

P. ELÍAS REYERO S. J.



MISIONES



DEL

M. R. P. TIRSO GONZALEZ DE SANTALLA

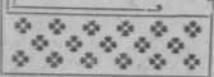
XIII PREPÓSITO GENERAL

DE LA

COMPañIA DE JESUS

1665-1686

†
JHS



SANTIAGO
TIP. EDITORIAL COMPOSTELANA
1913



MISIONES

DEL M. R. P. TIRSO GONZALEZ



electus in Congrego
6. Julij
1547. Octob. 1705.



Generali XIII.
Anno. MDCCLXXVII.

P. ELÍAS REYERO S. J.

MISIONES

DEL

M. R. P. TIRSO GONZALEZ DE SANTALLA

XIII PREPÓSITO GENERAL

DE LA

COMPAÑÍA DE JESÚS

1665-1686



SANTIAGO
TIP. EDITORIAL COMPOSTELANA

1913

IMPRIMI POTEST
PEDRO BIANCHI S. J.

NIHIL OBSTAT
EMILIO VILLELGA RODRIGUEZ

IMPRIMATUR
Santiago 11 de Agosto de 1913.
† El Auxiliar,
DR. D. RAMIRO FERNANDEZ VALBUENA

Por mandato de S. S. Ilma.
LIC. MIGUEL FERNANDEZ DEL BLANCO
PRO-SECRETARIO

¿A quién dedicar si no á ti, oh Compañía de Jesús, esta obra, que ve la luz pública al terminarse el primer siglo de la nueva gloriosa existencia, que en 1714 te dió el Sumo Pontífice Pío VII, repitiendo, como representante del hijo de Dios humanado, al pie de la tumba en que los enemigos tuyos y de la Iglesia encerraron tus restos mortales, aquel Surge et ambula, que de nuevo te llenó de vida?

Al recurrir el primer centenario de tu fundación, los hijos que entonces contabas en este mundo, en obsequio tuyo hicieron gemir las prensas, y consignaron en escritos imperecederos las glorias de aquel primer siglo de tu fecunda existencia. Cosa parecida se aprestan á ejecutar los que ahora se honran con militar bajo el lábaro que tremola en su diestra el grande Ignacio.

Como precursora de los demás escritos que han de publicarse en esta memorable fecha, recibe, oh Compañía de Jesús, madre mía queridísima, á quien debo todo lo que valgo en espíritu y en letras, recibe esta obra, que al mérito de ser la primera ó de las primeras que se te ofrecen en el presente centenario, añade el de contener las hazañas apostólicas, hasta hoy casi desconocidas, de uno de tus más gloriosos hijos de las pasadas edades.

CARTA AL AUTOR ⁽¹⁾

Mi reverendo Padre: no queriendo diferir por más tiempo la devolución de sus interesantes cuadernos sobre el P. Tirso Gonzalez, ahí se los envió, temiendo haber agotado ya su sufrida paciencia.

Aunque para nada precisa Ud. conocer mi modesta opinión sobre su futura obra, máxime cuando, como Ud. dice, le consta la de muchos y graves varones, me complazco en felicitar á Ud. por este curioso hallazgo y por la diligencia y celo que empleó en completarlo con afortunadas investigaciones biográficas y críticas. Tiene Ud. razón en cuanto consigna en el Prólogo: la gloriosa figura del insigne general de la Compañía no es, ni con mucho, todo lo popular que debiera ser, por sus positivos merecimientos, por los altos cargos que ocupó y por las relaciones que tuvo con ilustres personalidades de su tiempo.

Es indudable que el aspecto de misionero, bajo el cual Ud. principalmente nos lo ofrece, resulta altamente interesante: mas aunque no se tratara con esto de completar las noticias de su vida, siempre justificaría plenamente su obra de Ud. el publicar un nuevo escrito de varón tan señalado. Creo, pues, que tiene Ud. contraída una verdadera obligación de conciencia para con la historia de su ilustre Instituto y para con la de la patria en general, y que sería grave falta dilatar por más tiempo la impresión de su importante libro.

Confesándome culpable, en gran parte, de esta dilación, quedo, como siempre á sus órdenes afmo. amigo y servidor q. l. b. l. m.

ARMANDO COTARELO

Santiago 26 Mayo 1912.

(1) A modo de presentación, ponemos esta carta en que emite su juicio acerca de la presente obra el benemérito publicista y catedrático ilustre de Literatura de la Universidad Compostelana Dr. D. Armando Cotarelo.

PRÓLOGO DEL EDITOR

RAZÓN DE LA OBRA

Habiéndome encontrado por singular providencia del Señor hace años, con un autógrafo del M. R. P. General Tirso Gonzalez de Santalla, referente á sus misiones apostólicas, autógrafo que se guarda en los archivos de la Universidad de Salamanca, la curiosidad primero, el entusiasmo después, y el respeto y veneración ultimamente, dominaron por completo mi espíritu y me impulsaron á buscar más y más datos sobre la vida y trabajos apostólicos de este varón ilustre de la Compañía de Jesús, que bien merece figurar en la consideración del público, para quien es casi totalmente desconocido, al lado de los más afamados misioneros.

Sujetos gravísimos de nuestra Compañía, á quienes dí cuenta de mis trabajos, me indicaron desde luego la conveniencia de ordenar é imprimir los manuscritos coleccionados, presupuesta la aprobación de los superiores. Estos han visto con satisfacción el que empleara en obra tan de la gloria de Dios y de la Compañía mis ratos de ocio; y nuestro M. Reverendo Padre General Luis Martín, por carta que guardo con filial afecto, deseó vivamente la publicación de la presente obra, animándome á trabajar en ella.

Providencialmente se ha diferido tanto la colección y arreglo completo de los presentes documentos históricos, que, si hubieran visto la luz pública hace diez años, como se pensaba, no saldrían precedidos ó acompañados, como ahora van, con algunos datos interesantísimos, concernientes á la vida del célebre misionero ó á sus misiones; datos que he ido recogiendo por las diversas poblaciones á donde me envió la santa obediencia á ejercitar los sagrados ministerios, en estos últimos años. Los que tenían alguna noticia de estos documentos históricos, mucho desearon que se publicasen en 1905 para conmemorar el segundo centenario de la muerte de este español insigne; mas los acontecimientos se sucedieron de suerte, que fué completamente imposible el satisfacer deseos tan razonables, por más que la obra en lo sustancial estuviera ya terminada.

Tres cosas sobre todo han contribuido á excitar mi actividad en este asunto, y tomar sobre mis hombros esta carga, que no por serme gustosa deja de ser pesada, máxime cuando va sobre tantas otras, ya de suyo abrumadoras: 1) El encontrarme en estos documentos con un modelo de misioneros y catequistas populares, que puesto ante los ojos de propios y extraños, ha de excitar como excitó ya, visto solamente en los manuscritos, á más de uno, á emular sus gloriosas hazañas. 2) El amor manifiesto de este ilustre varón á la Virgen Inmaculada y á las Congregaciones Marianas, que están en vías de recobrar ahora la importancia religioso-social que antes alcanzaron. 3) El celo tan infatigable como industrioso con que propagó y extendió por todas partes la devoción á San Ignacio de Loyola, de quien soy, aunque indigno, hijo muy favorecido.

Herederos el P. Tirso Gonzalez del espíritu apostólico, con que desde el principio de la Compañía comenzaron á trabajar entre el católico pueblo español por medio de las santas misiones los celosísimos varones, PP. Juan Bautista Sanchez, toledano, Juan Ramirez, madrileño, Antonio Sanchez, andaluz, Juan Goudino, aragonés, y Jerónimo Lopez, valenciano; espíritu que él avivó, y aumentó en sus contemporáneos los PP. Juan Gabriel Guillén, aragonés, Juan Rubí, barcelonés, y Juan Berreyarza, vascongado; herederos, repito de aquel espíritu, se ejercitó el Padre Tirso en las misiones con tal empeño y arte, que vino á superar, en el método y fruto, á cuantos le precedieron. Continuator del método de misionar del P. Tirso Gonzalez, su inmediato sucesor el navarro Jerónimo Dutari, transmitiólo por medio del P. Abarizqueta al célebre P. Calatayud, del que bebieron en parte el celo apostólico, al restablecerse y propagarse la Compañía en España en el siglo anterior, los beneméritos PP. Mach, Cabrera, Conde, Santos, Tarín y otros, cuya memoria está aun reciente en nuestras campiñas y grandes poblaciones, ó que ahora mismo las están evangelizando.

Por lo que hace á las congregaciones marianas, en el decurso de esta obra encontrará quienquiera que la hojee, las pruebas fehacientes del amor del P. Tirso á las mismas, y de la estima en que las tenía. La devoción que profesaba á la Santísima Virgen, cuyo culto amplificó por todas partes, y su ardiente deseo de que el misterio de la Inmaculada se definiera por la autoridad pontificia, están bien claras en esta relación de sus misiones, y en la obra que expresamente escribió y publicó en defensa de este misterio.

Respecto del celo del P. Tirso en propagar la devoción á nuestro Padre S. Ignacio de Loyola, nadie que lea estas relaciones de sus empresas apostólicas, me tachará de temerario si afirmo, que pocos hijos habrá te-

nido el santo fundador de la Compañía de Jesús, que más hayan promovido su gloria entre los hombres. Algunas iglesias ó capillas levantadas en su honor, multitud de altares erigidos para avivar su culto, millares de imágenes del santo expuestas á la pública veneración, y oraciones y votos sin cuento que se le hacían á todas horas y en todas partes por consejo del P. Tirso; he aquí algunos de los medios de que este se valió para honrar al gran heroe guipuzcuano. Honra que el santo munificentísimamente pagó, con los portentos que en esos templos, ante esas imágenes y altares, y vencido con esas súplicas fervientes, obró en todas partes, con aumento de la piedad cristiana, y de la estimación y aprecio del celo misionero.

Y ese título, que bien se le puede dar al P. Tirso Gonzalez, de glorificador insigne de S. Ignacio de Loyola ¿no será más que suficiente, para que un hijo de la Compañía de Jesús, procure desenterrar los manuscritos desconocidos, juntar los datos dispersos, y levantar con ellos un monumento tan honroso para el M. R. P. General Gonzalez, como para la universal Compañía, que en su seno llevó, y á sus pechos amamantó, y tuvo por cabeza suprema á heroe tan esclarecido?

Movido por estas razones poderosísimas, y confortado con las palabras *autorizo y deseo esa publicación* del M. R. P. Luis Martín, me dediqué en ratos perdidos á ordenar los manuscritos sobre las misiones del Padre Tirso, que hallé en los archivos de Salamanca y Loyola, á los que fui agregando, con la valiosa cooperación de los PP. José Eugenio Uriarte, Cecilio Comez Rodeles, Miguel Gonzalez, Celestino García Romero y algunos más que oportunamente se irán citando, otros nuevos en número suficiente para tejer con ellos la vida del P. Tirso Gonzalez como misionero. Que no es mi intento presentarlo al público sino bajo esta fase de su interesante vida; ni pretendo siquiera pasar como historiador á los ojos de nadie. No, mi puesto en esta obra es mucho más modesto. Voy á hacer poco más que de mero colector y ordenador de los documentos, que el mismo celo misionero, sus compañeros de misión, y otros varones coetaneos nos dejaron referentes á las correrías apostólicas de este operario evangélico.

Siguiendo el ejemplo de insignes escritores de la Compañía de nuestra edad, que en obras como la presente, á los escritos que editan anteponen la enumeración de los autógrafos y obras que se transcriben ó de que se valen, habré de hacer cosa semejante. A esto se seguirá una breve noticia de la vida del Padre Tirso anterior á su apostolado, y la relación año por año, de los interesantísimos sucesos acaecidos en las misiones y demás ministerios apostólicos de este varón insigne. Por fin

terminada la relación de esas misiones y ministerios, indicaré de pasada, cómo el P. Tirso en su generalato promovió las obras de celo y veló por el bienestar de la Compañía, cuál fué su muerte y cuáles los ejemplos de virtud que á todos dió desde tan alto puesto.

Con método semejante no quedarán razonablemente descontentos los sabios y eruditos, que, en obras de este jaez, prefieren al criterio subjetivo del historiador, el que se les pongan delante las fuentes buenas ó malas en que bebió las noticias que ofrece al público; ni el vulgo curioso y pío echará de menos el enlace, trabazón é igualdad posible, que se desea en toda obra; enlace, trabazón é igualdad de cuya carencia se lamenta en algunas obras históricas de nuestros tiempos, compuestas según las exigencias de la crítica moderna, como dicen; y que más que historias parecen ser mosaicos formados con variados documentos escritos sobre tal ó cual hecho ó personaje determinado.

Para una obra como la presente que ha de andar en manos de todos, y leerse por todos, no nos parece conveniente, ni aun mucho menos necesario, el conservar v. g. la ortografía de los diversos documentos que presentamos, y otras cosas á este tenor. Ridículo sería v. g. el hacer hoy para uso de todos una edición de la Guía de Pecadores de Fr. Luis de Granada con la ortografía arcaica de este escritor, y con las erratas con que salió á luz por primera vez. ¡Cuánto más si la ortografía fuera variadísima, como en nuestro caso, por el origen distinto de los manuscritos que aducimos!

Para que salga más tersa la narración, dejaré para las notas y apéndices lo que, si bien es conveniente para mayor comprobación de lo narrado y más completa noticia de las cosas, pudiera sin embargo, puesto en el texto, extraviar la atención y entorpecer el curso de las diversas relaciones citadas. Con las llamadas convenientes á las notas y apéndices, podrá cualquiera encontrar lo que desee y leerlo, si gustare. En las notas, que irán al pie de las páginas pondré sólo las citas breves, dejando las más largas para los apéndices, los que por fuerza han de ocupar algunas páginas, dada la naturaleza de esta obra, y supuesto nuestro intento de comprobar con los documentos autorizados llegados á nuestras manos, la verdad de lo que se consigna en el texto. A fin de que en éste, y aun en los mismos apéndices se distinga, á simple vista, lo escrito por mí, de lo que está tomado de los documentos, se emplearán tipos de letra diversos, ó se llamará oportunamente la atención de los lectores sobre el particular.

Este y no otro, benigno lector, es el *porqué* y *cómo* de la obra que pongo en tus manos, fiado, en tu benevolencia. Quiera el cielo que aho-

ra se verifique de nuevo con estas relaciones, lo que de recién hechas, se verificaba, según testimonio del Venerable Mártir de Cristo P. Diego Luis de Sanvitores, en carta al P. Juan Gabriel Guillén, compañero de nuestro P. Tirso: «No deje V. R., le decía, de escribir las nuevas que de sus misiones hubiere, porque una carta de estas hace tanto y más que un sermón. Que no en valde nuestro Santo Apóstol Javier, tenía tanto celo en que se enviasen estas nuevas por todas partes.»

Antes de entrar en materia quiero dejar consignada mi gratitud hacia los Padres arriba citados juntamente con el P. Federico Cervós, que tanta parte tienen en esta obra, no menos que mi afecto á los superiores benignos en favorecer esta publicación, y á todos los demás de la Compañía y de fuera de ella, sacerdotes y seglares, allegados y extraños, que de un modo ó de otro, con su concurso personal ó con palabras de aliento y recursos pecuniarios, me han ayudado á llevar á feliz término esta obra que emprendí y termino *Ad Majorem Dei Gloriam et Beatæ Mariæ Virginis Immaculatae*.

RELACIÓN

DE LOS MANUSCRITOS PRINCIPALES QUE SE TRANSCRIBEN
EN ESTA OBRA, O SE CITAN EN LAS NOTAS

DEL P. TIRSO GONZALEZ.

Breve Itinerario de las Misiones que hizo el P. Tirso, desde que Dios le sacó para este ministerio hasta el año 1686, escrito por él mismo. Es un cuaderno en 4.º de 17 hojas, foliadas, escrito con letra bastante menuda y renglones muy apretados; tiene en blanco la mayor parte de la primera hoja y de la última plana. Contiene un brevísimo resumen ó *itinerario*, como lo indica el nombre, de sus excursiones apostólicas durante 21 años. Es autógrafo y se guarda en los archivos de la Provincia de Castilla.

Itinerario de la Misión del P. Guillén y P. Tirso, escrito por el P. Tirso. Este manuscrito forma un tomo en pergamino 4.º menor sin foliación. Vendrá á tener de unas 500 á 600 páginas. Las 16 primeras hojas y alguna más están en blanco; las restantes van escritas de puño y letra del P. Tirso. Contiene la relación más ó menos lata de las misiones de 1665 á 1669, 1673 á 1674 y 1675 á 1676. Asimismo se encuentran en este códice las memorias de casos raros acaecidos en los años del 67 al 71 y del 73 al 76. El título general no conviene sino á parte del libro; pues, en compañía del P. Guillén, no misionó más que seis años. Guárdase este manuscrito autógrafo en el archivo de la Universidad de Salamanca.

Memoria y Diario de las Misiones que hizo el P. Tirso desde Septiembre de 1674 hasta fines de Julio de 1675 en el Arzobispado de Santiago. Cuaderno en 4.º de 18 hojas de letra y líneas muy apretadas. Autógrafo. Se guarda en el archivo de la Provincia de Castilla.

Memoria de algunos casos particulares que pasaron por mano del P. Tirso Gonzalez de la Comp.^a de Jhs. en las Misiones desde el Otoño de 1671 hasta Junio de 1672. Cuaderno autógrafo de ocho hojas en 4.º de puño y letra del P. Tirso con líneas y letra muy apretada. Se guarda en el archivo de la Provincia de Castilla.

Memoria breve de algunos casos que pasaron por mis manos en la Misión del año 1665 á 66. Cuaderno de 16 hojas en 4.º autógrafo. Letra y líneas apretadas. Va unido al anterior.

Carta-memoria del P. Tirso al P. General sobre los sucesos de sus Misiones de 1671 á 1672. Consta de unas pocas hojas en folio de puño y letra del P. Tirso y de renglones muy juntos. Va unida al tomo de sus misiones aunque no forman cuerpo con él. Archivo de Salamanca.

Carta-memoria íd., íd. sobre el mismo asunto, pero más lata y con más datos que la anterior, que debió ser extracto de la presente: autógrafo. Consta de 14 hojas en folio, con líneas y letra muy apretada de letra del autor; se guarda en el archivo de la *Provincia de Castilla*.

Cartas autógrafas del P. Tirso Gonzalez al M. R. P. Juan Pablo Oliva sobre asuntos de sus misiones. Se guardan estas cartas en los archivos de la Compañía y llevan los núms. 32, 102, 104, 105, 107, 108, 109, 111, 112, 113, 114, 115, 116, 117, 118, 120, 125, 127, 130, 132, 136, 137, 138, 139, 141, 144, 147, 148, 149, 150, 153, 155. 2) De la misma fuente y por el mismo conducto llegaron á mis manos dos papeles. Uno de *Noticias del P. Tirso, 1670-1671, escrito por él mismo, y una carta escrita al P. Provincial de Castilla, fechada en Valla, dolid á 31 de Octubre de 1676. El otro también del P. Tirso en que se mencionan las cartas escritas sobre su vocación y la de los PP. Guillén y Rubí á las misiones.*

Carta-súplica del P. Tirso Gonzalez al P. Diego de la Fuente Hurtado escrita desde Valladolid á 31 de Octubre de 1676, para que no le saque de las misiones á la cátedra de Salamanca: es el original en dos pliegos, de puño y letra del autor. Archivo de la Compañía n.º 154.

Respuesta Theológica sobre los escotados. Tratado Theológico acerca del abuso de los escotados y traxes provocativos. Un tomo en 4.º mayor deteriorado, sin foliación de unas 80 hojas, letra metida y á veces difícil, lleno de correcciones en el margen y aun en el cuerpo mismo de la obra. Es autógrafo, y según parece el borrador mismo, escrito en Santiago el año 1670, como el mismo Padre lo dice al narrar los sucesos de la famosa misión de Madrid, y en la carta 12 Junio de 1674, se imprimió este tratado, no en Santiago, como algunos piensan, sino en la corte. En el códice presente, después del doble título, sigue en cuatro hojas á dos columnas el índice, y á la hoja siguiente se repite el título, y es la dedicatoria en la forma siguiente: «Respuesta Theológica acerca del abuso de los escotados al Excmo. é Ilus-

trísimo Sr. el Sr. D. Andrés Gyrón, Arzobispo de Santiago, Virrey y Capitán general del Reyno de Galicia, por el P. Tyrso Gonzalez de la Comp.^a de Jhs. y lector de Theología en la Unv. de Salamanca.» Consérvase este manuscrito en el archivo de Salamanca 4, 3, 5.

Tomo 2.º de las misiones. Este manuscrito forma un regular volumen en 4.º menor, pergamino, de unas 694 páginas, algunas de ellas en blanco. Empieza por un índice de los apuntamientos y sermones que en él se contienen, y siguen después estos. Hay entreverados, un impreso sobre la manera de rezar el Rosario y otros papeles. Este códice, que se guarda en el archivo de Salamanca, parece ser en general de la misma letra que los anteriores, aunque algo mejor á menudo, sin duda porque los sermones los había escrito con menos prisa que las relaciones de sus misiones. Para que la letra de este volumen se reputé del autor hay una razón poderosa, dice el P. Miguel Gonzalez, á quien debo muchos de estos datos bibliográficos, y esa razón es, que no siempre son sermones; á menudo son retazos y añadiduras y envíos á otros; y la letra de estos trozos truncados, que no es natural sea de otra mano, es la misma que la del tomo en general.

DEL P. GUILLEN

Carta al M. R. P. General Juan Pablo Oliva, dándole cuenta de los sucesos de las Misiones de 1665 á 1666. Es de puño y letra dicho Padre, consta de 16 páginas en 4.º de letra muy clara. Se conserva en los archivos de la Compañía, lleva el n.º 110.

Carta al M. R. P. General escrita el 27 de Agosto de 1668 desde Madrid, dándole cuenta de los trabajos apostólicos llevados á cabo por él y el P. Tirso de 1667 á 1668. Tiene los mismos caracteres de la anterior y se guarda en los mismos archivos, con el n.º 121.

Carta al M. R. P. General escrita el 16 de Julio de 1669 desde Granada, refiriendo los sucesos de sus misiones con el P. Tirso desde 1668 á 1669. Consta de 36 páginas; tiene los caracteres de las anteriores, y se guarda, como ellas, en nuestros archivos.

Carta al M. R. P. General escrita en 10 de Julio de 1670 desde Jesús del Monte, sobre los sucesos de sus Misiones con el P. Tirso en el curso de 1669 á 1670. Es de condiciones semejantes á las anteriores.

Carta al M. R. P. General escrita desde Avila á once de Octubre de 1670, en que da cuenta de los ministerios ejercidos en el verano, de las misiones de Segovia y de Avila y de los pro-

yectos que abrigaban. Guárdase en el Arch. de la Compañía con las del P. Tirso, y es de la misma mano que las anteriores.

DE OTROS PADRES Y PERSONAJES DIVERSOS

Respuesta del P. Juan Pablo Oliva, Vicario General de la Compañía de Jesús, á la carta que el P. Tirso Gonzalez le escribió desde Salamanca en 7 de Enero de 1664, pidiendo dejar la Cátedra y consagrarse á las misiones. Fué dada esta respuesta el 24 de Marzo de 1664. Se conserva en los Arch. de la Compañía una copia de puño y letra del P. Tirso.

Carta del M. R. P. Vicario General Juan Pablo Oliva, escrita el 24 de Marzo de 1644, al P. Provincial Francisco Cachupín sobre el dejar al P. Tirso Gonzalez, libre para la preparación y Ministerio de las Misiones. Se conserva en los Arch. de la Compañía en las condiciones de la anterior.

Carta del M. R. P. Vicario General Juan Pablo Oliva, escrita en Noviembre del mismo año, en la que repite la orden dada en la anterior, desechadas las razones alegadas en contrario. Se guarda en los mismos Archivos, y condiciones que las otras dos.

Carta del P. Provincial Martín de Lezaun, escrita en Villagarcía á 16 de Octubre de 1658, al M. R. P. General Goswino Nickel sobre los talentos del P. Tirso para las misiones. Archivo de la Compañía.

Dos cartas del Ilmo. Sr. D. Juan de Palafox, Obispo de Osma, escritas á 3 y 6 de Octubre de 1658 al P. Martín de Lezaun, Provincial de Castilla, en que ensalza el celo apostólico del Padre Tirso Gonzalez. Se conservan en el Arch. de la Compañía, y parecen autógrafas.

Cinco cartas del P. Juan Rubí al M. R. P. General Juan Pablo Oliva, acerca de su vocación á las misiones. Parecen ser de puño y letra del autor, según testimonio del P. G. Rodeles, de quien son las copias, que tengo á la mano. Se conservan en los Arch. de la Compañía, junto con las del P. Tirso Gonzalez.

Misión de Salamanca 1. Diciembre año 1670. Aunque no tiene firma, el P. Tirso dice en una suya al P. General que de hacer esta relación estaba encargado, por orden del P. Benito Vazquez, Rector del colegio de Salamanca, el P. Juan Rubí. Hay un ejemplar en el Arch. de la Compañía y otro en el de Castilla. El 1.º tiene un párrafo al fin, de que carece el ejemplar de Castilla. Este en cambio tiene varias notas de puño y letra del P. Tirso.

Misión de Segovia de 1670. Relación interesentísima, en varias hojas en folio, de lo acaecido en dicha misión. Se conserva en el Archivo de Salamanca unida al tomo de misiones del P. Tirso, y debió ser escrita por el P. Rector, ó algún otro individuo del colegio de Segovia. Va anotada de puño y letra del P. Tirso.

Relación de la misión de León en 1674. En varias hojas en folio unidas al tomo de misiones. Es obra, y probablemente autógrafa, del P. Rector ó de algún otro Padre del colegio de León. Estuvo este ejemplar en poder del P. Tirso, de cuyo puño y letra tiene alguna nota.

Relación de la misión de Villafranca en 1674. Consta de varias hojas en folio. Fué escrita por el P. la Lafuente, Rector del colegio de aquella villa. Probablemente este ejemplar es autógrafa, y estuvo en poder del P. Tirso que lo anotó de su puño y letra. Se guarda en el archivo de Salamanca unida al tomo de misiones.

Relación de la misión de Zamora en 1674, escrita por el compañero de misión, P. Andrés de Zupide. Parece ser el autógrafa. Estuvo en poder del P. Tirso, que le puso algunas notas. Se guarda en el archivo de Salamanca unida al tomo de misiones.

Relación de la misión de Salamanca 1676, hecha por el Padre B. Vazquez. Lleva un encabezamiento de letra del mismo P. Tirso. Se conserva en los archivos de la Compañía. En el archivo de Salamanca hay otro ejemplar, que pudiera ser el borrador, y me fundo en que el ejemplar de nuestros archivos tiene al fin algún párrafo de la misma letra que la del cuerpo del escrito, párrafo que falta en el otro de Salamanca, que estuvo en poder del P. Tirso. Este último ejemplar va unido al tomo de las misiones.

Carta del P. Pedro Prada, Catedrático de Salamanca, al P. Tirso Gonzalez, referente á la misión de que habla la relación anterior; es autógrafa. Archivo de Salamanca.

Cartas del V. P. Jerónimo Lopez al P. Tirso y otros sujetos de la Compañía sobre misiones. Códice de Talavera.

Papel autógrafa del H. Acacio, residente en Sevilla, en que se da cuenta de algunos casos acaecidos en la misión de Sevilla. Va unido al tomo de las misiones.

Relación de la Misión que de orden del Ilmo. Sr. el Sr. Don Ambrosio Ignacio de Spinola y Guzmán, Arzobispo de Sevilla hizo el P. M. Tirso Gonzalez de la Compañía de Jesús, este año de 1679, en dicha ciudad. Manuscrito de 24 hojas en 4.º archivos de la Compañía.

Decreto del Rey Carlos II dirigido á la Universidad de Sala-

manca, para que el **Maestro Tirso Gonzalez** pudiese leer su cátedra por sustituto, para pasar á hacer misión en la ciudad de Sevilla la cuaresma de 1679. Respuesta de la Universidad. Estos documentos están copiados juntos y de la misma letra, y llevan de puño y letra del P. Tirso el título que va transcrito. Se conservan en los arch. de la Compañía.

Carta de un académico de la Universidad de Salamanca, á un caballero residente en la corte, refiriendo los progresos de la misión que en aquella ciudad han hecho el Ilmo. y Rdmo. Sr. D. Pedro Salazar, Obispo de Salamanca y el Rdmo. P. Tirso Gonzalez, Doctor Teólogo de la Compañía de Jesús, y catedrático de Prima de la Universidad de Salamanca, este año de 1682 en 4.º pp. 27. Archivos de Bélgica.

Misión en Salamanca por el Sr. Obispo y el P. Tirso Gonzalez. Relación en italiano. Archivo de la Compañía.

Carta autógrafa de D. Juan Parga y Gayoso, cura de Sta. Cristina de Veá, en la que da cuenta al P. Tirso del fruto obtenido con la misión que este diera en aquella parroquia. Va unida al tomo de las misiones.

Carta del P. Diego Jacinto de Tobar al P. General á 12 de Marzo de 1681. Autógrafo. Archivo de la Compañía.

Ejemplos Morales. Dos tomos que contienen una colección de ejemplos cuya narración constituyó durante algún tiempo en Salamanca uno de los ejercicios de púlpito más fructuosos de nuestra iglesia. Archivo de Salamanca.

Dos cartas del M. R. P. Angel Tamburini, Vicario General de la Compañía, escritas á raíz de la muerte del P. Tirso Gonzalez, en las que da cuenta á la universal Compañía de tan triste suceso y hace un breve elogio del finado. Estas cartas traducidas al castellano por el P. Viceprovincial de Castilla, P. Diego de Robles, y transmitida por él mismo á todas las casas de su Provincia con fecha de 11 de Diciembre de 1705 y 25 de Enero de 1706, se las debo al P. José Eugenio Uriarte, insigne bibliógrafo de imperecedera memoria (q. e. p. d.)

Documentos varios de los archivos parroquiales de la villa de Arganza (León), patria del P. Tirso.

Diario del Colegio Real de Salamanca, desde 1620 hasta la expulsión de Carlos III. Cuatro tomos en 4.º Los dos primeros comprenden, salvas algunas lagunas más ó menos grandes, lo acaecido hasta 1665; el 3.º se extiende hasta 1746; y el 4.º por fin abarca los 21 años restantes. Este último lleva el siguiente título del cual se infiere cuál es su contenido, así como el de los restantes tomos: *Diario de*

este Colegio Real de Salamanca desde el año 1746, siendo Rector el Padre Luis de Meneses, y Ministro el P. Vicente Gomez; en el cual se irán apuntando las cosas particulares que ocurrieren, y las que se innovaren por alguna circunstancia, dejando las cosas ordinarias; y puestas en estilo que se podrán ver en el Diario antecedente, que empieza desde el año 1665, registrando el índice que tiene al fin, y en especial desde el folio 315, que corresponde al año 1685, y es el más copioso y exacto. Archivos de Salamanca

Libro de los que se reciben en el colegio de Salamanca para la Compañía. Abarca este códice: 1. *Antiguo libro primero de los que en este colegio... han sido recibidos, desde el año 1554 hasta 1589 á 28 días de Abril, con una lista resumen de cuatro mártires, veintidós escritores, nueve Colegiales mayores y otros nueve hijos de títulos y grandes señores.* 2. *Segundo libro antiguo, de 1589 en 29 de Septiembre hasta el año 1652 en 18 de Noviembre, con un resumen de seis mártires, un colegial mayor, dos hijos de Grandes de España y veinte escritores.* 3. *Libro tercero desde el año 1653 hasta 1767. Tengo á la vista la copia fiel de este manuscrito, que me la proporcionó el H. Ochandarena, benemérito socio coadjutor del P. Provincial de Toledo.*

Libro de votos. Un volumen en folio pergamino bien conservado de 385 hojas, de ellas foliadas las 315. A la 3.^a hoja foliada lleva el anagrama *Jhs.* y á continuación el siguiente título: «*Libro de los que hacen los votos en la Compañía: de los que profesan: de los que se despiden: de los difuntos; á que se añaden los casos reservados; y luego índices.*». Al folio 4.^o empiezan las fórmulas y firmas de los votos simples, sin título especial: *Omnipotens sempiterna Deus: Ego Philippus Ramirez, etc.* Al folio 9, dice: *Aquí se ponen los que han hecho la Profesión de tres votos desde el año 1571.* Al folio 127: *Aquí se asientan los votos de los Coadjutores Espirituales formados: Ego Joannes Aegidius, etc.* Al folio 180: *Aquí se asientan los que han hecho los votos de Coadjutores temporales formados. Yo Martín Merino, etc.* Al folio 245: *Aquí se ponen los que han sido despedidos de la Compañía en este colegio.* A dos de Septiembre de 1626, etc. Al folio 256 con el título: «*lista de Muertos*» á línea cada uno, desde el año 1647. Al folio 269: *Aquí se ponen los que han hecho Profesión de cuatro votos, desde el mes de Junio del año 1571.* La letra de la firma cuando menos es del votante, salvo alguna copia. Se encuentra este libro en el Arch. de Salamanca.

Libro en que se escriben los Muertos, sepultados en los dos carneros (ó enterramientos subterráneos, que corresponden al presbiterio de la Clerecía) **de este Colegio Real de la Compañía de Jesús**

de Salamanca. Libro manuscrito en 8.^o menor pergamino de 117 hojas. Se conserva en el Arch. de Salamanca.

Libro de defunciones y misas por bienhechores. Un tomo en 4.^o menor en pergamino, se contienen en él, los fallecidos en Salamanca desde 1590, y en el resto de la Provincia de Castilla desde 1602, hasta la expulsión. Este precioso libro del que tengo sacada copia, tiene por desgracia, alguna que otra laguna, debida á la incuria del que estaba encargado de ir anotando los difuntos cuyos sufragios se anunciaban en refectorio. Que por los sufragios imperados se compusiera este precioso catálogo de bienaventurados, aparece claro; pues no sólo se contienen en él los individuos de la Compañía pertenecientes á nuestra Provincia, sino también los demás, como PP. Generales y Asistentes, y aun los fundadores de colegios, por quienes, según nuestro Instituto, debemos hacer todos algunos sufragios. Se iba escribiendo según iba llegando la noticia de la defunción de cada uno; y así acontece ordinariamente estar primero en lista los de los colegios próximos como Medina, Valladolid, etc. que los que con fecha anterior murieron en los más remotos de Galicia, ó las Provincias Vascongadas. Se guarda en el Arch. de Salamanca.

Libro en que se han escrito las consultas de este Real Colegio conforme al orden de Nuestro P. General en carta dc 6 de Enero de 1680, que llegó á este dicho Colegio por Julio del mismo año. Manuscrito en folio, pergamino, bien conservado, que tiene 109 hojas paginadas y escritas, y luego otras 6 en blanco. Al margen lleva los títulos de materias y fecha, pero rara vez el año; sino es al comenzar este. Est. 2.^o caj. 1. n.^o 22 del arch. de Salam.

Diario del Colegio de Huete. Manuscrito original en 4.^o sin foliar, que empieza por las *Ordenaciones de nuestros PP. Generales, Visitadores y Provinciales para los convictorios de la provincia, las cuales hizo ver y examinar el P. Francisco de Forres prov. desta prov.^a en una consulta en la qual se hallaron los consultores de la prov.^a y otros PP. graves, estando en la Congregación Provincial en Alcalá á 22 de Mayo de 1593.* Se encuentran después las ordenaciones dejadas en las visitas de 1595 y 1597 por los Provinciales P. Francisco de Porres y Luis de Guzmán, que las firmaron de su puño y letra. Pónese después el método y costumbres que se observaron en los Estudios, y las distribuciones diversas de tiempo para los nuestros. A continuación se halla el *Status domus* de 1609, y por fin el catálogo de los que hicieron allí la Tercera Probación, desde 30 de Enero de 1670 hasta 26 de Octubre de 1700. Archivos de Castilla.

Libro de los que se reciben y hacen votos en el Colegio de Oviedo. Ms. en 8.º pergamino de 172 páginas. Códice precioso en el que desde 1580 hasta entrado el siglo XVIII, se iban anotando no sólo los recibidos en la Compañía, y los que allí hacían los votos del bienio, la incorporación final, ó la profesión solemne; sino también los que de seis en seis meses eran examinados durante el noviciado, y aun los despedidos de la Compañía en aquel colegio. En este manuscrito, que debo á los Sres. Sandoval y Canellas, de Oviedo, encontramos el dato precioso, hasta ahora desconocido, de haber sido recibido en aquel colegio el P. Tirso. En mi poder.

Litterae Annuae Provinciae Castellae S. J. ab anno 1642 ad 1717, ó sea *Cartas anuales*. Manuscritos en que se refieren los sucesos principales acaecidos en la Provincia, durante ese tiempo, cuya copia en lo referente al P. Tirso, me fué facilitada por el P. Cecilio Gomez Rodeles, tan conocido de los bibliófilos é historiadores por sus trabajos meritísimos, como redactor y aun director ó administrador de *Monumenta Historica S. J.*

Libro de los que se recibieron ó hicieron votos en el colegio de Villagarcía de 1599 á 1621. Tengo en mi poder la copia sacada de los originales que obran en los archivos de Valladolid.

Historia de la casa Profesa de Sevilla. Manuscrito de los archivos de la Provincia de Toledo, del que el H. Ochandarena me entresacó algunas notas.

Libro en 8.º sin título de 390 páginas dobles, muchas en blanco, en el que el P. Procurador del colegio de Villafranca del Bierzo apuntaba las prendas de vestir que traían ó llevaban los que de nuevo llegaban, ó los que salían de aquel colegio para otros destinos. Hay datos desde 1590 hasta el de la expulsión. Es libro curiosísimo, pues consta por él lo que valían muchas cosas, y la estimación de la moneda en aquel entonces. Me hice con él en Villafranca, y lo dejé en el archivo de Castilla.

Cartas del P. Diego Luis de Sanvitores. Códice de Talavera.

Registro 86 de autos Capitulares de Domingo de Loyola y D. Pedro Barriomirón desde 1663 á 1671. Códice voluminoso de unas mil hojas en folio, en que se refieren por menudo los asuntos tratados en las Juntas del Cabildo Metropolitano de Burgos. Archivo de la Catedral de Burgos.

Libro de acuerdos del Cabildo Catedral de la Sta. Iglesia de León, pertenecientes al año de 1674. Un volumen en 4.º pergamino. Archivo de la Catedral de León.

Códice del Cabildo de León, titulado: *Miscelanea de Gobierno y Ceremonias del Cabildo.* Archivo de la Catedral de León.

Provisión del Rey Felipe II para que no se haga el coro en medio de la nave mayor de la Catedral de León. Archivo municipal de íd.

Actas capitulares del Cabildo de la Sta. Iglesia de Mondoñedo del año 1675 en 4.º pergamino. Archivo de la Catedral de íd.

Actas capitulares del Cabildo de la Sta. Iglesia Metropolitana de Santiago. Archivo de dicha Sta. Iglesia Metropolitana.

Libro de cuentas del P. Procurador del Colegio de Santiago. Archivo municipal de íd.

Libro de las ordenaciones enviadas por los PP. Generales, que son de mayor importancia y perpétuas. Archivo de íd.

Actas capitulares de la Sta. Iglesia de Orense. Archivo de aquella Iglesia Catedral.

Actas capitulares del Cabildo de la Sta. Iglesia de Segovia. Archivo de la Iglesia Catedral de íd.

Libro 4.º de Cuentas y Visitas de la parroquia de Santiago de Betanzos: Archivos parroquiales de la misma.

Carta de D. Gregorio Baztán, arcediano de Eciija y familiar del Excmo. Sr. Espínola, en que da cuenta al P. Tirso de la muerte de este Sr. Arzobispo, y de la manda que le dejó en su testamento. Archivo de Salamanca.

Libros de claustros de la Universidad de Salamanca. Archivo de íd.

Apuntes bio-bibliográficos del P. José Eugenio Uriarte sobre escritores Jesuitas. Archivos de la Prov. de Castilla.

Resumen de los ejercicios en que se ocupan los Hermanos de la Santa Congregación de Ronda. Manuscrito unido al libro de las misiones.

Actas capitulares del Cabildo Catedral de la Sta. Iglesia de Palencia pertenecientes al año de 1676. Un volumen en 4.º mayor pergamino. Arch. Cated. de Palencia.

Actas del Cabildo de Mareantes de la ciudad de Coruña. Archivos de íd.

Cláusula testamentaria del Excmo. Sr. D. Rodrigo Moscoso y Sandoval en favor de la Compañía de Jesús. Archivo municipal de Santiago.

ALGUNAS OBRAS IMPRESAS QUE SE COPIAN Ó CITAN EN ESTA

Relación de los maravillosos efectos, que en la ciudad de Sevilla ha obrado una misión de los Padres de la Compañía de Jesús, este año de 1672 y especialmente en la conversión de 44 turcos y moros de que bautizó 38 el Ilmo. Sr. Arzobispo D. Ambrosio Ignacio de Espínola y Guzmán con ostentosa celebridad, dispuesto y ejecutado en la

Sta. Metropolitana Iglesia de Sevilla; (2.^a impresión añadida por el autor de ella). *JHS*. Con licencia. Impreso en Sevilla por la Viuda de Nicolás Rodríguez. 1672.

Cinco cartas del Ilmo. Palafox al P. Tirso Gonzalez, que publicó el P. Gabriel de Henao en su obra *Scientia Media Historice Propugnata. Valladolid 165*. Una de estas publicóla también Gonzalez Rosende en su *Vida de Palafox*. Madrid 1671.

Vida del célebre misionero P. Pedro de Calatayud de la Compañía de Jesús, y relación de sus apostólicas empresas en los reinos de España y Portugal, 1689-1773. Por el P. Cecilio Gomez Rodeles de la misma Compañía. Madrid 1882.

De Viris Illustribus in Castella Veteri S. J. ingressi et in Italia extinctis, libri duo, anctore Joanne Andrea Navarrete. Bononiae 1797. Typographia S. Thomae Aquinatis.

Insignes misioneros de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay, y estado de sus misiones... por el Dr. D. Francisco Xarque, deán de la Catedral de Albarracín, cura-rector que fué de la villa imperial de Potosí y juez metropolitano de Chuquisaca. En Pamplona por Juan Micón año 1687. Su obra va dedicada al Rdm. P. Tirso Gonzalez, catedrático de Prima, jubilado, y se hace de él un grande elogio, llamándole Atlante de las Misiones.

Vida heroica, virtudes y prodigios del P. Jacinto de Loyola de la Compañía de Jesús, escrita por el P. Alonso de Cifuentes, de la misma Compañía. Pamplona, por Francisco Ricart. Año 1706. En esta vida se hace un gran elogio del P. Tirso.

Boletín Eclesiástico del Obispado de Astorga correspondiente al 7 de Septiembre de 1905. En él se conmemora el II centenario de la muerte del P. Tirso, como hijo esclarecido de aquel obispado.

Rodriguez Lopez: *Episcopologio Asturicense*. A la página 482 del tomo 4.^o se refieren las Honras Fúnebres celebradas en la Iglesia Catedral con motivo del segundo centenario del M. R. P. Tirso Gonzalez de Santalla, oficiando de pontifical el Prelado diocesano excelentísimo Sr. D. Julián de Diego y Alcolea.

Cartas edificantes y curiosas escritas de las misiones extranjeras por algunos misioneros de la Compañía de Jesús, traducidas del francés por el P. Diego Davín de la misma Compañía. Madrid 1757, tomos 16. Comenzáronse a recoger é imprimir estas cartas en los últimos años del generalato del P. Tirso.

Fuera de éstas van citadas en el texto otras muchas obras impresas, que no ponemos aquí por falta de espacio.

INDICE

	<u>Página</u>
Dedicatoria	III
Carta al autor	V
Prólogo	VII
Relación de los Manuscritos principales que se transcriben en esta obra.	XIII
Obras impresas que se copian ó citan en ésta.	XXI

Cap. I. El P. Tirso antes de su apostolado

Sumario: 1. Brevísimas notas sobre los primeros años de la vida de este varón apostólico.—2. Su entrada y estudios en la Compañía de Jesús.—3. Enseña Filosofía en Santiago y Teología en Valladolid y Salamanca.—4. Su llamamiento al ministerio de las misiones, y amistad que traba con el V. P. Jerónimo Lopez.—Correspondencia epistolar con el mismo Padre, y con el mártir de Cristo V. P. Diego Luis de Sanvitores.—6. Hace los primeros ensayos apostólicos y recibe alientos del P. Lopez.—7. Da un paso más en el apostolado y, de acuerdo con el P. Gabriel Guillén, pide al P. Vicario General de la Compañía el ser dedicado á las misiones.—8. Respuesta del M. R. P. Juan Oliva.—9. Oposición que se hace en la Provincia á que deje la cátedra.—10. Ordenes terminantes del P. Vicario.—11. Es nombrado misionero: su agradecimiento por el nuevo cargo.—13. Retírase á Villagarcía para disponerse al nuevo ministerio.—13. Su aptitud para él: dos cartas del Ilmo. Palafox, Obispo de Osma. I

Cap. II. Breve itinerario de las misiones.—1665-1686

Sumario: 1. Razón de ser de este itinerario y primer año de las misiones en Extremadura.—2. Segundo año: misiones en Navarra y Aragón.—3. Tercer año: nuevas misiones en Extremadura.—4. Continúa lo de Extremadura, y comienza á misionar en Andalucía.—5. Misiona el cuarto año en Granada.—6. Concluye de misionar en Granada, y pasa á Málaga.—7. Pasa á Gibraltar y Ceuta, y termina las misiones de Málaga.—8. Pasan á misionar á Alcalá y Madrid.—9. Pasa el verano en Jesús del Monte, y en el otoño del quinto año, misiona en las principales ciudades de Castilla la Vieja.—10. Celebradas las Navidades en Salamanca vuelve á misionar en Andalucía.—11. Séptimo año de las misiones: continúa sus correrías apostólicas por Andalucía.—12. Misión de Sevilla y conversiones de moros: vuelta á Castilla.—13. Comienza las misiones de Galicia.—14. Continúa el noveno año de sus misiones evangelizando á Galicia.—15. Es llamado á misionar por segunda vez en el corte, y de allí pasa á otras ciudades.—16. De vuelta para Galicia misiona en León y Villafranca del Bierzo, su tierra natal.—17. Nuevas misiones en Galicia.—28. Continúa su labor evangélica por Coruña, San-

tiago y Lugo.—19. Misiona en las rías bajas, y algunas otras comarcas de Pontevedra.—20. Termina de misionar el Arzobispado de Santiago, y pasa á Mondoñedo y Orense.—21. Vuelve por Portugal á Salamanca, misiona en el reino de León; rómpese un brazo.—22. Es destinado de nuevo á la enseñanza, y misiona de vez en cuando.—23. En la cuaresma del 79 es llamado á Sevilla.—24. En la del 81 y 82 misiona por tercera vez en Madrid.—26. Misiona por Salamanca y en Valladolid.—27. Cuaresma del 86 y proyectos para lo futuro.	26
---	----

Cap. III. Primer año de las misiones del P. Tirso 1665-1686

<i>Sumario:</i> 1. Salamanca, Alba de Tormes, Valdefuentes, La Calzada, Valdehijaderos y Valbuena.—2. Montemayor, Baños, Villar de Plasencia, Galisteo, Torrejuncillo y Portaje.—4. Coria; misión, composición de enemistades.—6. Alcántara; misión fructuosísima.—8. Brozas y Arroyo del Puerco.—8. Garrovillas; paces hechas, actos de contrición.—9. Las Ventas y Casar de Cáceres.—10. Cáceres; misión en la iglesia mayor y en S. Juan.—11. Misión en la parroquia de Santiago y en los conventos de monjas.—12. Altar á S. Ignacio, y fundación de un colegio en Cáceres.—13. Vuelta de los misioneros á Toledo y Salamanca.—14. Resumen del fruto de las misiones de este año: confesiones generales y destierro de ignorancias.—15. Admirable providencia de Dios, en lo espiritual con los pecadores, y en lo temporal con los misioneros.—16. Memoria de algunos casos raros de conversión, por medio de la devoción á María Santísima.—17. Otros casos de conversiones extraordinarias.—18. Más sobre lo mismo.—19. Casos raros de perdón de enemigos.—20. Idem de protección de S. Ignacio.—21. Idem de intervención del cielo.	51
---	----

Cap. IV. Segundo curso de las misiones del P. Tirso Gonzalez 1666-1667

<i>Sumario:</i> 1. El Provincial de Castilla determina retener en su Provincia separado del P. Guillén al P. Tirso, quien escribe al P. General sobre el caso.—2. Nueva carta del P. Tirso al P. Oliva sobre lo mismo.—3. Dirección espiritual de una monja de Sancti Spiritus de Salamanca.—4. El P. General ordena se vuelvan á juntar los dos misioneros.—5. No puede ejecutarse por este año la orden recibida.—6. Misiona en Lumbier, Sangüesa, Sos y Uncastillo.—7. Fruto hecho en estas misiones.—7. Notable milagro de S. Ignacio.—9. Misión y cuaresma en Pamplona: su fruto.—10. Propone al P. General el que los misioneros para mayor autoridad de su ministerio sean graduados de doctores.—11. Al P. General no le parece aceptable lo propuesto.—12. Sale á misionar en Puente la Reina, Estella, Abarzuza, Tafalla y otro lugar.—13. Moción que hubo en estas misiones.—14. Frecuencia de Sacramentos, meditación y lectura.—15. Va á visitar la Santa Casa de Loyola.—16. Vuélvese á Salamanca para salir con el P. Guillén.	92
---	----

Cap. V. Tercer año de las misiones del P. Tirso

<i>Sumario:</i> 1. Sale de Salamanca en busca del P. Guillén, y de camino ejercita su celo en Endrinal, Segura y Talabán.—2. Pasa de Cáceres á Mérida por Montanchez y San Pedro, donde predica y confiesa con gran fruto.—3. Llega á Mérida y trabaja allí en los con-	
---	--

ventos de monjas hasta la llegada del P. Guillén.—4. Sale con él para Badajoz, pasando por Talavera la Real donde hacen el acto de contrición.—5. Misión de Badajoz.—6. Misión de Alburquerque.—7. Fruto de esta misión.—8. Sepáranse los misioneros, y el Padre Tirso pasa á misionar á Talavera la Real.—9. Promueve el fervor en el convento de carmelitas.—10. Misiones de Montijo y Puebla de la Calzada.—11. Misión de Lobón.—12. Predica en Almendralejo, Fuente del Maestre, Zafra y Los Santos.—13. Misión de Llerena.—14. Fruto de esta misión.—15. Promueve la oración mental entre las personas devotas.—16. Misiones de Villagarcía y Montemolín.—17. Misión en Fregenal y la Higuera.—18. Fruto de estas misiones.—19. Sepáranse de nuevo los dos misioneros, y el P. Tirso misiona en Burguillos.—20. Sale para Fuentes de Cantos y Llerena, y misiona en Fuente del Arco.—21. Misión de Guadalcanal.—22. Fruto copioso de esta misión.—23. Reconciliaciones de enemistados y congregación reorganizada.—24. Fruto en los conventos de monjas y personas piadosas.—25. Misión de Cazalla.—26. Perdón de enemigos y otros frutos.—27. Congregación, jubileo de las doctrinas, etc.—28. Célebre misión de Constantina.—29. Fruto de esta misión, y paces famosas que allí se hacen.—30. Alegría por estas paces, y recuerdo conmemorativo de las mismas.—31. Algunos casos raros de estas misiones.—32. Casos de conversiones extraordinarias por la devoción de la Santísima Virgen.—33. Otros casos extraordinarios.—34. Fin de los casos de este año. 113

Cap. VI. Cuarto año de las misiones del P. Tirso

Sumario: 1. Ministerios durante el verano. De camino para Granada pasa por Guadalcanal, Constantina y Segura de León.—2. Sale en Octubre de Granada á misionar en Alcalá la Real.—3. Pasa de allí á Castillo.—4. Predica en Pinos y misiona en Motril, donde se hacen unas famosas paces.—5. Misiones de Granada, Morón y Sevilla.—6. Sepáranse los PP. Tirso y Guillén, y misionan en Osuna, Antequera, Marchena, Cañete la Real, Ronda y Archidona.—7. Medios empleados en estas misiones: Acto de contrición.—8. Ejercicios nocturnos para solo hombres.—9. Cooperación de los Prelados, Cabildos y Religiones.—10. Concurso á las doctrinas, y moción en los sermones.—11. Fruto extraordinario en confesiones y comuniones.—12. Devoción á S. Ignacio, y favores obtenidos por su mediación.—13. Fruto hecho en los conventos de monjas.—14. Nuevas congregaciones. Conversiones raras.—15. Reforma que se hace en la predicación.—16. Vicios y escándalos que se corrigen.—17. Perdón de agravios.—18. Paces de Motril.—19. Famosos bandos de Almuñecar y Morón, y su composición.—20. Casos que pasaron por mano del P. Tirso y otros sucedidos en Sevilla. 178

Cap. VII. Quinto año de las excursiones apostólicas del P. Tirso

Sumario: 1. Ministerios del verano de 1669 en Granada: por Septiembre pasa á misionar á Loja, y funda allí una congregación.—2. Misión de Málaga.—3. Misiones de Velez y Torrox, y bautismos de Moros en Granada.—4. Pasa á misionar a Ceuta y de camino predi-

ca en Gibraltar. Misiones de Estepona y Marbella.—5. Salen de Málaga para la Corte, y misiona en Alcalá de Henares y Madrid.—6. Doctrinas generales, actos de contrición y concursos á los sermones.—7. Confesiones y comuniones generales: congregaciones y devoción á S. Ignacio.—8. Conversiones extraordinarias.—9. Perdón de agravios.—10. Enemistades particulares que se quitaron.—11. Predica á los moros en Málaga y se convierte un buen número de ellos.—12. Más conversiones de moros en Andalucía.—13. Conversión y solemne bautismo de moros en Madrid.—14. Algunos otros casos raros acaecidos al P. Tirso. 216

Cap. VIII. Misiones dadas en el Verano y Otoño de 1670

Sumario: 1. Misión de Segovia.—2. Fruto extraordinario que se hizo en ella.—3. Misiones de Avila, Valladolid y Burgos.—4. Misión de Salamanca: oposición que encuentra; procesión de nuestra iglesia á la de S. Martín: acto de contrición.—5. Pasa la misión desde San Martín á nuestro colegio; nuevo acto de contrición; último día de la misión.—6. Fruto que en ella se obtiene: confesiones; compuncion de los fieles.—7. Reconciliación de enemistades; mudanza de costumbres: restituciones, etc. Va el P. Tirso á predicar á Castellanos.—8. Dos cartas del P. Tirso y una del P. Guillén al P. General, referentes á las misiones. 249

Cap. IX. Misiones dadas en Andalucía de Enero á Julio de 1671

Sumario: 1. Relación del P. Guillén. Vuelven de Castilla á Andalucía. Llegada á Sevilla y misión de Ecija.—2. Misión de Jerez de la Frontera.—3. Misiones de Cadiz, Puerto de Santa María y Sanlúcar de Barrameda.—4. Medios usados en estas misiones: doctrinas y actos de contrición.—5. Concurso á los sermones y castigos ejemplares.—6. Confesiones y vocaciones religiosas.—7. Conversiones raras.—8. Reformatión de costumbres.—9. Perdón de agravios.—10. Rosario y jubileo de las doctrinas.—11. Conversiones de moros.—12. Bautismo del Príncipe Muley.—13. Bautismo de moros en Cadiz.—14. Idem en Jerez.—15. Idem en el Puerto de Santa María.—16. Favores debidos á Prelados y Comunidades.—17. Otros casos raros sucedidos al P. Tirso 267

Cap. X. Año séptimo de las misiones apostólicas del P. Tirso

Sumario: 1. Ministerios durante el verano de 91 en Sanlúcar; bautismo de moros: acto de contrición en Ntra. Sra. de Regla.—2. Sale á misionar en Arcos, Bornos, Villamartín, Morón de la Frontera, Huelva y Trigueros.—3. Misión de Sevilla: ejercicios al Sr. Arzobispo. Misión de Montilla y vuelta á Castilla.—4. Fruto de estas misiones; fundación y aumento de congregaciones.—5. Congregación de Montilla.—6. Congregaciones de Sevilla y Ronda.—7. Frecuencia de Sacramentos.—8. Corrígense muchos escándalos.—9. Castigos horrorosos de algunas personas escandalosas.—10. Misericordia de Dios con algunos pecadores.—11. Pacés hechas este año.—12. Fruto en las confesiones.—13. Protección especial de la Stma. Virgen con sus devotos.—14. Concurso á los sermones y moción exterior.—15. Estimación que por las personas de dignidad se hace de las misiones.—16. Conversiones de moros.—17. Devoción al V. P. la Puente. 302

Cap. XI. Misión en Sevilla en la cuaresma de 1672 y famosa conversión y bautizo de moros

Página

Sumario: 1. Razón de ser de esta misión extraordinaria.—2. Fruto de la misma.—3. Misión á los moros.—4. Comienzan las conversiones.—7. Ceremonias y procesiones solemnisimas.—8. Salida de los catecúmenos para la Catedral.—9. Efectuarse el bautismo y confirmación con el más grandioso aparato. 349

Cap. XII. Octavo año de las misiones

Sumario: 1. Vocación del P. Rubí al ministerio de las misiones: su primera carta al P. General.—2. El P. Tirso apoya la pretensión del P. Rubí.—3. Da esperanza el P. General al P. Rubí, y al fin accede á sus deseos.—4. Nuevos planes del P. Tirso.—5. Es llamado á misionar por el arzobispado de Santiago, después de hacerlo en Medina de Rioseco: misiones de Padrón y Rianjo.—6. Edicto del Sr. Arzobispo en pro de las misiones.—7. Célebre misión de Santiago: efemérides de la misma. Empieza por la Catedral. Primer acto de contrición.—8. Prosigue la misión: disciplina pública en nuestra iglesia para los hombres.—9. Jubileo del mes en la Compañía. Comunión general en la Catedral.—10. Pasa la misión á S. Martín con una solemne doctrina.—11. Fin de la misión: pasmosa comunión general en la Catedral y en S. Martín. Resumen del fruto logrado en esta misión.—12. Misiones de Betanzos, San Pedro de Nos y la Coruña.—13. Jubileo de las doctrinas, fiestas de la canonización de S. Francisco de Borja é inauguración de la nueva iglesia de Santiago. Misiones de Pontevedra, Cangas, Vigo y Redondela. Ejercicios á las monjas de Vistalegre. 373

Cap. XIII. Año noveno de las misiones apostólicas del P. Tirso Gonzalez

Sumario: 1. Misión en el Arciprestazgo de Barcala.—2. Pasa á Sta. Comba.—3. Va de allí á Bergantiños.—4. Misión de Malpica.—5. Id. de Laje.—6. Id. de Vimianzo y Cee.—7. Id. de Corcubión y Finisterre.—8. Id. de Mugia.—9. Id. de Muros.—10. Id. de Noya.—11. Vuelve á Santiago: Fruto de las misiones pasadas.—12. Es llamado á hacer misión en Madrid, y sale para allá.—13. Misión en Alcalá con el P. Gamboa y luego empieza la misión en Madrid por S. Ginés, continuándola en otras iglesias.—14. Fruto de esta misión é ida á Madrid.—15. Intenta formar una congregación de todos los señores de la nobleza, y lleva el negocio muy adelantado.—16. Introduce las pláticas de misión en el Palacio Real.—17. Sale de Madrid y misiona en Riaza y Pedraza (Segovia).—18. Predica en Segovia y pasa á misionar en Zamora.—19. Relación de esta misión.—20. Fruto de la misma.—21. Vase á descansar á Villagarcía, y desde allí escribe dos cartas sobre las congregaciones al Padre General. 398

Cap. XIV. Verano y Otoño de 1674

Sumario: 1. El Sr. Obispo de León pide para misionar en la capital de su diócesis al P. Tirso, y éste va allá.—2. Llega á León y publica la misión, que comenzó con una solemne doctrina.—3. Sermones en la Catedral.—4. Tiénese segunda vez el acto de contrición, y

con otra doctrina se pasa la misión de la Catedral á S. Marcelo, y de allí á Ntra. Sra. del Mercado.—5. Comuniones generales y fin de la misión.—6. Fruto de la misma.—7. Reformación en los conventos de monjas: misión en la cárcel, y corrección de un abuso notable entre las señoras de León.—8. Orden que se tuvo en los sermones y salida de León.—9. Villafranca del Bierzo solicita la misión, y la consigue; pasa por Astorga, Ponferrada y Arganza, su patria.—10. Comienza la misión de Villafranca; concurrencia extraordinaria de toda suerte de personas.—11. Orden de los sermones y fruto inmenso de esta misión. 426

Cap. XV. Décimo año de las misiones

Sumario: 1. Llegada á Santiago, y misión de Puentedeume.—2. Misión de Ares.—3. Por segunda vez misiona en Betanzos.—4. Pasa de allí á Monfero.—5. Misión de Sobrado.—6. Misión de Arzúa y vuelta á Santiago.—7. Nuevas misiones en la Coruña y Santiago.—8. Misión de Lugo y su fruto extraordinario.—9. De vuelta para Santiago hace escala en S. Martín de los Condes. Sale después á misionar en Puebla del Deán.—10. Pasan de allí á Villagarcía, donde misiona con grande fruto y da ejercicios á las monjas de Vistalegre.—11. Misión de Cambados, Fefiñanes y Sto. Tomé: su fruto.—12. Los Groves y Portonovo: caso singular allí acaecido.—13. Pasa de Portonovo á Caldas de Reyes, haciendo noche en Leiro: fruto de la misión de Caldas.—14. Misión de Quiresa.—15. Pasa á Tabeirós y Sta. María de Rubín.—16. Misión de Veá. Carta del Sr. Parga y Gayoso al Padre Tirso sobre el fruto permanente de esta misión.—17. Memoria de algunos casos raros de las precedentes excursiones por Galicia. 440

Cap. XVI. Undécimo año de las misiones del P. Tirso Gonzalez 1675, 1676.

Sumario: 1. Misión de la Puente de Ledesma.—2. Reconcilia á las Religiones y á los Curas de la Archidiócesis con el Sr. Arzobispo.—3. Sale para Coruña y en la Audiencia arregla un asunto del colegio de Santiago.—4. Pasa á misionar á Mondoñedo.—5. Termina la misión con grande fruto: Favores que los misioneros debieron al señor Obispo y al Cabildo.—6. Llega á Lugo, donde predica y es agasajado. Fruto de la misión pasada.—7. Misión de Monforte; concurrencia extraordinaria y orden de los actos.—8. Frutos extraordinarios.—9. Sale para misionar en Allariz.—10. Singulares providencias que experimentan en esta misión y fruto de la misma.—11. Misión de Orense, congregaciones que allí se establecen.—12. Fruto notabilísimo de la misión en las reconciliaciones que allí se hacen y en otros efectos.—13. Misión de Monterrey: va á dar la comunión general el obispo de Orense.—14. Pasa la misión á Verín: Fruto de las dos misiones.—15. Parte para Salamanca, atravesando por el vecino reino de Portugal.—16. Casos acaecidos en estas misiones. 484

Cap. XVII. Desde la euaresma hasta el Otoño de 1676.

Sumario: 1. Segunda misión del P. Tirso en Salamanca: acto de contrición.—2. Comienza la predicación en nuestra iglesia: asuntos tratados en los sermones y moción del auditorio.—3. Confesiones y re-

formas de costumbres.—4. Acto final de la misión, pláticas á las diversas congregaciones y resumen del fruto conseguido.—5. Casos extraordinarios allí acaecidos.—6. Misión de Toro.—7. Pasa á Casaseca, Ntra. Sra. del Viso y Zamora, y vuelve á recoger los últimos frutos de la misión de Toro.—8. Al ir á misionar á Vez de Marbán se rompe un brazo, y tiene que recogerse á Villagarcía.—9. Misión de Villagarcía de Campos.—10. El Sr. Presidente de Castilla pide con instancias una misión para Palencia. Misión en Vez de Marbán.—11. Misiones de Palencia y Villalpando.—12. Planes del P. Tirso para las misiones futuras: Carta al P. General. 517

Cap. XVIII. Es destinado de nuevo á la enseñanza, y ejercita algunos ministerios de 1676 á 1679.

Sumario: 1. Es destinado el P. Tirso á suplir en la Universidad de Salamanca á uno de los catedráticos recién fallecidos, y representa al Padre General.—3. El P. Rubí pide ser dedicado por completo á las misiones para suplir la falta del P. Tirso.—4. Llega éste á Salamanca, pasa á graduarse en la Universidad, y toma posesión de su cátedra.—5. Ministerios apostólicos ejercitados por el P. Tirso dentro y fuera de Salamanca en estos dos años. 550

Cap. XIX. Tercera misión del P. Tirso en la ciudad de Sevilla y otros ministerios de 1679 á 1681.

Sumario: 1. Apremiante necesidad de la ciudad de Sevilla.—2. Llegada del P. Tirso y comienzo de la misión en la Santa Iglesia Catedral.—3. Continuación de la misión en la Casa Profesa de la Compañía, en la parroquia de la Magdalena, etc.—4. Jubileo de las doctrinas, misión en Triana y otros diversos barrios, pláticas á los clérigos y su cárcel, hermandades, etc.—5. Misión á las Recogidas, y pláticas en los conventos. 6. Predica á los moros y judíos, con gran consuelo de los fieles y no menos fruto de los moros; sucesos extraordinarios; fin de la misión.—7. Vuelve de Sevilla á Salamanca, enferma en el verano, y por cuaresma del 80 misiona allí de nuevo.—8. En las vacaciones del 81 va á Ciudad-Rodrigo. Necesidad de aquella misión, y fruto que con ella se obtiene. Ministerios subsiguientes en Salamanca. Lo que era el *Ejemplo*. 561

Cap. XX. Misión en Madrid y permanencia en la corte hasta el Otoño.— Febrero á Octubre de 1681

Sumario: 1. Orden urgente para que el P. Tirso vaya á Madrid. Misión en San Sebastián, en el Noviciado y en el Colegio Imperial. Pláticas en Palacio. Fruto general.—2. Apoya las pretensiones del franciscano Fr. Patricio Buffio, delegado de los católicos antijansenistas de Flandes.—3. Audiencia secreta con el Rey y visita á la Reina.—4. Detiéndese por orden del valido. Confesión general del marqués de Priego. Interviene en favor de la duquesa de Aveiro.—5. Bienes seguidos de esta su detención.—6. Asiste en su última hora al Sr. D. Juan de la Puente, Presidente que había sido de Castilla, sobrino del V. I'. Luis de la Puente.—7. Exención obtenida en favor de sus "Selectas" y otros buenos efectos de la detención. 588

Cap. XXI. Misiones dadas de 1682 à 1686

Sumario: 1. Misión dada durante la cuaresma de 1682 en la Catedral de Salamanca. Pasa de allí a San Julián.—2. Trasládase la misión al colegio de la Compañía.—4. Fruto que hizo esta misión.—4. Notas sobre los ministerios apostólicos del P. Tirso en los tres años siguientes.—5. Misión que dió en Valladolid durante la cuaresma de 1685. Otras ocupaciones que tuvo durante el resto de ese año.—6. Ministerios del año 1686. 661

Muerte del P. Tirso Gonzalez. Elogio que de él hace su sucesor en el Generalato el P. Angel Tamburini

Sumario: 1. Es nombrado el P. Tirso en la congregación Provincial de Castilla elector para el nombramiento de nuevo Propósito General y resulta él elegido: breve noticia de su vida en el Generalato.—2. Primera carta del P. Tamburini en elogio del P. Tirso.—3. Carta segunda del P. Tamburini: enfermedad y muerte del P. Tirso.—4. Alabanzas que de él se hacen en toda Roma y por el Romano Pontífice: su celo por la salvación de las almas y en promover las misiones.—5. Celo del Padre Tirso en promover la gloria de nuestros santos.—6. Otras virtudes del P. Tirso. 630

Apéndice 1. Notas sacadas de los archivos de Arganza.—Id. de los catálogos trienales de la Compañía.—Fechas de las profesiones solemnes.—Carta latina del P. Tirso al P. General.—Cinco cartas de Palafox al P. Tirso. p. 649.

Apéndice 2. Diario de Salamanca en todo lo referente al P. Tirso.

Apéndice 3. Exhortación para antes de salir con el acto de contrición.—Acto de contrición.—Jaculatorias ó saetillas para cuando se sale con el acto de contrición.—Dos cartas del P. Tirso al P. Juan Pablo Oliva.

Apéndice 4. Carta del P. Tirso al P. General sobre un proyecto de fundación en Sos, cerca de Javier.

Apéndice 5. Cartas del Párroco de Constantina.

Apéndice 6. Después del sermón de la muerte, al sacar la calavera.

Apéndice 7. El Obispo de Málaga.—Carta del P. Tirso al P. General sobre la misión de Ceuta.

Apéndice 8. Acta del Cabildo Catedral de Segovia.—De las cartas anuas sobre Segovia.—Id. sobre Valladolid. Actas del Cabildo Catedral de Burgos.

Apéndice 9. Dos cartas del P. Tirso al P. General.—Datos sacados de la vida del V. Fr. Francisco de Posadas.—Casos raros tomados del *Manuductio*.

Apéndice 10. Resumen de los ejercicios en que se ocupa la Congregación de Ronda.—Carta del P. Tirso al P. General.

Apéndice 11. Del Compendio histórico de la fundación de la Compañía en Sevilla.—Modo de convocar á los moros para los sermones, según el *Manuductio*.—Conversión de un moro nonagenario.

Apéndice 12. Fundación del Colegio de la Coruña.—Acta del cabildo

de Marcantes.—De la Historia de la Coruña de Vedia y Goossens.—Actas capitulares del cabildo de Santiago.—Inauguración de la iglesia de la Compañía de íd. en las fiestas de Canonización de San Francisco de Borja.—Distribuciones antiguas para tiempo de ejercicios.

Apéndice 13. Breve idea de la Respuesta Teológica sobre los Escotados.

Apéndice 14. De las cartas anuas sobre la misión de León.—De los encuentros allí habidos entre canónigos.—Del Colegio de León.—Provisión de Felipe II, prohibiendo que el coro se pusiera en la nave mayor.—Del Colegio de Villafranca del Bierzo.

Apéndice 15. Del Libro de Cuentas y Visitas de Betanzos. Actas capitulares de la Sta. Iglesia Metropolitana de Santiago.—Cláusula del testamento del Sr. Moscoso.

Apéndice 16. Actas del Cabildo Catedral de Mondoñedo.—Id. del de Orense.—De las cartas anuas.

Apéndice 17. Estudios y Noviciado de Villagarcía por los años en que que allí vivió el P. Tirso.

Apéndice 18. Jubileo de las doctrinas en tiempo del P. Tirso.

Apéndice 19. Carta de D. Gregorio Baztán al P. Tirso. Lo que era el Ejemplo.—Del libro de consultas de Salamanca.

Apéndice 20. Sobre los Clérigos Menores, tomado de La Fuente.—De las cartas anuas.

Apéndice 21. Claustros de la Universidad de Salamanca referentes al Padre Tirso.

Apéndice 22. Menologios de la Compañía de Jesús. Inscripción puesta por el P. Tirso en la Capilla de San Ignacio de a Via Torta de Roma.—Notas sobre los libros compuestos ó editados por el P. Tirso.—Id. sobre sus Manuscritos.



CAPÍTULO PRIMERO

El M. R. P. Tirso Gonzalez de Santalla antes de su apostolado

SUMARIO: 1. Brevisimas notas sobre los primeros años de la vida de este varón apostólico.—2. Su entrada y estudios en la Compañía de Jesús.—3. Enseña Filosofía en Santiago, y Teología en Valladolid y Salamanca.—4. Su llamamiento al ministerio de las misiones, y amistad que traba con el Venerable P. Jerónimo Lopez.—5. Correspondencia epistolar con el mismo Padre, y con el mártir de Cristo V. P. Diego Luis de Sanvitores.—6. Hace los primeros ensayos apostólicos, y recibe alientos del P. Lopez.—7. Da un paso más en el apostolado y, de acuerdo con el P. Juan Gabriel Guillén, pide al P. Vicario General de la Compañía el ser dedicado á las misiones.—8. Respuesta del Muy R. P. Juan Pablo Oliva.—9. Oposición que se hace en la Provincia á que deje la cátedra.—10. Ordenes terminantes del P. Vicario.—11. Es nombrado misionero: su agradecimiento por el nuevo cargo.—12. Retirase á Villagarcía para disponerse al nuevo ministerio.—13. Su aptitud para él: dos cartas del Ilmo. Palafox, Obispo de Osma.

FUENTES HISTÓRICAS: 1. Libro de los que se reciben y hacen votos en este colegio de Oviedo, ms.—2. Archivos parroquiales de la villa de Arganza (León), ms.—3. Diario del Colegio de Salamanca, ms.—4. Apuntes bibliográficos del P. José Eugenio Uriarte, sobre Escritores Jesuitas, ms.—5. Diario del Colegio de Huete, ms.—6. Cartas del P. Jerónimo Lopez: Códice de Talavera, ms.—7. Cartas anuas de la Provincia de Castilla, ms.—8. Libro de votos del Colegio de Salamanca, ms.—9. Libro de cuentas del Colegio de Santiago, ms.—10. Libro de entierros del Colegio de Salamanca, ms.—11. Cartas del P. Tirso, ms.—12. Cartas del P. Oliva, ms.—13. Carta del P. Lezaun, ms.—14. Cartas del Obispo de Osma, ms.—15. Compendio Histórico de las Milagrosas Imágenes de la Virgen en España por el P. Villafañe, Madrid 1740.—16. Rodeles: Vida del Célebre Misionero P. Pedro Calatayud, Madrid 1882.—17. Carrez: Atlas Geographicus S. J., París 1900.—18. García: Vida y Martirio del P. Diego Luis de Sanvitores, Madrid.—19. Tirso Gonzalez: *Manuductio ad Conversionem Mahumetanorum, Matriti 1687, 1688.*

1. Fué el M. R. P. Tirso Gonzalez de Santalla, leonés, natural de la pequeña villa de Arganza, (1) dos leguas distante, aunque en opuestas direcciones, de Villafranca y Ponferrada, poblaciones que se disputan el honor de ser cabeza de la rica, hermosa y apacible región berciana. Así consta del Catálogo de los Preósitos Generales

(1) Arganza: villa de 173 vecinos; su curato es de ascenso, y de presentación del Marqués de Astorga. Véase, *Nomenclator del Obispado de Astorga*, año 1901.

de la Compañía de Jesús (1), del Libro de Sujetos Recibidos en el Colegio de la ciudad de Oviedo, que luego citaremos textualmente, de la relación que de su misión en Villafranca el año 1674 hizo el mismo P. Tirso (2), y de los testimonios de Miñano (3) y Madoz (4) en sus Diccionarios Geográficos, hechos, como es sabido, con los datos suministrados por los párrocos, ó cabezas en lo eclesiástico, de los diversos pueblos que allí se describen. Por lo tanto esos testimonios, por regla general, reúnen en sí la fuerza de la tradición.

Quiénes fueran sus padres, cuántos sus hermanos, cuál la condición de su familia, cosas son estas que se han ocultado hasta ahora á mis investigaciones históricas. La modestia del mismo P. Tirso y su desprendimiento de todo lo que era carne y sangre, por una parte, y por otra la destrucción de los archivos parroquiales y municipales de Arganza por los franceses, durante la guerra de la Independencia (5), frustraron mis sudores en la aclaración de este punto, no poco interesante.

La existencia durante el siglo XVIII en Arganza de los apellidos Gonzalez y Santalla, no solo separados, sino también unidos; la existencia asimismo en la citada villa y en el siglo XVII, de un Tirso Gonzalez, propietario de cierta heredad; esto es lo único sobre nuestro asunto que, de un libro de apeos (6) que se salvó del incendio de los franceses, y de las partidas, que inmediatamente después de aquel hecho luctuoso, se rehicieron por el celoso párroco, ha podido sacarse en limpio hasta el presente momento. (7)

Sobre esto, y el dato que nos ofrece el Diario del Colegio de Salamanca (8) acerca de un regalo hecho por la familia del P. Tirso al hacer éste su profesión solemne, dato del que parece deducirse la posición desahogada que aquélla tenía; he aquí algunos rastros, que inducen a creer haber sido el P. Gonzalez de Santalla miembro de alguna noble casa de la región del Bierzo.

Algunos pocos años posterior á nuestro misionero fué, el también jesuita y berciano, P. Francisco de Santalla, que se hizo notable como

(1) Catalogus Prov. Tolet. an. 1894.

(2) Véase el capítulo XIII de esta misma obra.

(3) Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España.

(4) Idem.

(5) La provincia de León fué de las más castigadas por los ejércitos napoleónicos; los robos, incendios y ruinas, de que la hicieron objeto, no tienen número. Sin duda obraron así para vengarse de la resistencia que se les opuso en Astorga, y de los daños que les causaba, entre otros, el valiente y heróico guerrillero leonés, D. Federico Castañón.

(6 y 7) Véase apéndice n. 1.

(8) Véase apéndice n. 2.

escritor, y sobre todo como orador y hombre de gobierno. (1) El llevar los dos el mismo apellido, el haber tenido su cuna entrambos en la misma tierra y a dos leguas de distancia, que no hay mas de Arganza a Ponferrada ¿no hace creible el parentesco entre ellos, tratándose de apellidos algún tanto raros? ¿No lo hace sobre todo, el llamarse el P. Francisco Santalla en el prólogo de su obra *Peregrinaciones del Abismo*, biznieto de un *D. Pedro Gonzalez de Santalla*, de la ilustre casa de Vega, que debió de vivir a principios del siglo XVII? Ahora bien este D. Pedro Gonzalez de Santalla, por confesión del citado Padre, en el Prólogo en cuestión, estaba emparentado con los Marqueses de Figueroa y los de Robledo, así como también con los Mezquitas y Perez Osorios, de alcurnia tan elevada. Luego rastros hay para conjeturar razonablemente, que nuestro Tirso pertenecía a alguna de tantas casas nobles como existían en el Bierzo y aun en Arganza.

¿Fué quizás nuestro biografiado pariente de los Ulloas, (2) que tenían su casa solariega en Arganza? Algún fundamento nos da para afirmarlo la conducta del P. Tirso, cuando, al pasar por aquel su pueblo en Septiembre de 1670, hizo hospedaje en el palacio de los sobredichos señores. Si hubiera tenido allí familia mas cercana ¿no es lo natural que, la primera y única vez que se vió entre los suyos, después de tan larga ausencia, se hubiera aposentado en su morada, y comido con ellos, y no en casa de los extraños?

Por fin ¿tuvo algún hermano el P. Gonzalez de Santalla, que se haya significado en el estado secular, ó en el eclesiástico? En 1707 era dean de la Santa Iglesia Catedral de Astorga, D. Marcos Gonzalez de Santalla; así consta de la cédula real de Felipe V dirigida á dicho señor, con motivo del portentoso milagro que se obró en el santuario de Nuestra Señora de la Encina de Ponferrada (3) por la mediación de la Virgen benditísima, ordenándole hiciera las averi-

(1) El P. Francisco de Santalla, nació en Ponferrada el 29 de Julio de 1639. A los 22 años de edad ingresó en la Compañía de Jesús, y terminados en ella sus estudios, enseñó por cinco años Teología en el Colegio de Pamplona, y durante otros veinte estuvo dedicado á la predicación en diversos Colegios de la provincia de Castilla, de algunos de los cuales fué Rector. Murió á 22 de Setiembre de 1672. Publicáronse estas tres obras suyas: *Panegírico de Santiago*. Valladolid, 1680. *Sermones*. Valladolid, 1681. *Peregrinaciones del Abismo*. Valladolid, 1691.

(2) Véase Vignau y Uhagon en su *Índice de Pruebas* de los caballeros de Santiago. Tenía además esta casa muchas otras ramificaciones, no sólo por Galicia, sino en el mismo Bierzo, sobre todo en Villafranca.

(3) En 1907, á los dos siglos de tan insigne milagro, con ocasión de una misión que dió en Ponferrada, promoví la coronación canónica de Nuestra Señora de la Encina por Reina del Bierzo, lo que se realizó en Septiembre de 1908 con sin igual pompa.

guaciones que estuvieran en su mano, para evidenciar hecho tan extraordinario. (1) Ahora bien; el tratarse de la misma diócesis á que pertenecía el P. Tirso, y el darse los mismos apellidos en este don Marcos, que por aquella fecha debía ser entrado ya en años, todo esto nos hace sospechar con gran fundamento, que dicho señor era hermano ó próximo pariente de nuestro misionero.

La fecha de su nacimiento, bastante alterada por lo que toca al año en diversos autores, fué sin duda la del 18 de Enero de 1624, según testimonios autorizados de los PP. José Eugenio Uriarte (2) y Cecilio Gomez Rodeles. (3) Y a la verdad que el año no pudo ser otro, si al ser nombrado General en 1687 contaba 63 de edad, y 81 al morir en 1705, como dice el catálogo de los Prepósitos Generales, y si en 1664, como él mismo escribe al M. R. P. Juan Pablo Oliva, tenía 40 de edad.

En el Colegio de la Compañía de Jesús de Villafranca del Bierzo, según testimonio fehaciente de uno de sus Rectores, estudió *primeras letras y latinidad*. Encontrándose ya estudiando Artes ó Filosofía en Oviedo a los 18 años, y empleando, como emplearía, según costumbre, cuatro ó cinco años en el latín y humanidades, y otros dos en la escuela de primeras letras, que eran los que por entonces se enseñaban en Villafranca, es lógico deducir, que á los nueve ó diez años comenzó á frecuentar las aulas de aquel Colegio.

2. El dato de su estancia en Oviedo é ingreso en la religión al cumplir los 18 de su edad y entrar en los 19, no puede ser mas claro, como tampoco la fecha precisa en que abandonó por completo el mundo. El libro autógrafo, que obra en mi poder de los *Sujetos Recibidos en el Colegio de la Compañía de Jesús de la Ciudad de Oviedo*, consigna esta partida valiosísima á la página 99: «*Por Cuaresma del año 1643, fué recibido en este Colegio en la Compañía el H. Tirso Gonzalez, estudiante, natural de cerca de Villafranca del Vierzo, por orden del P. Juan Antonio Velazquez, (4) Provincial.*» Al pie de esta partida, para disipar toda duda, con letra de fines del siglo XVII se

(1) Véase: Compendio Histórico en que se da noticia de las milagrosas y devotas imágenes de la Reina de los Cielos, que se veneran en España, por el P. Juan de Villafañe. Madrid 1740.

(2) Manuscritos.

(3) Vida del P. Calatayud.

(4) El P. Velazquez nació, según unos en Avila, en Madrid según otros, sin que falte quien le señale por patria á Villalón. Fué sujeto de grandes prendas literarias y de gobierno. Siendo estudiante de la Universidad de Salamanca, abrazó allí la Regla de San Ignacio. Murió en Madrid á los 84 años de su edad y 67 de vida religiosa, el 6 de Noviembre de 1670. Fué repetidas veces Rector y aun Provincial.

lee: *Llegó á ser General de la Compañía, electo en la Congregación XIII.*

Era costumbre en aquellos tiempos, el vestir la sotana á los nuevos candidatos en los mismos Colegios en los que eran recibidos, y aun el que permanecieran en ellos, como novicios, algún tiempo mas ó menos largo, hasta tanto que se encontraba compañero á propósito para llevarlos á la Casa de Probación ó Noviciado, (1) que era en aquel entonces la de Villagarcía de Campos. No sabemos cuánto permaneció el nuevo jesuíta en Oviedo; lo que sí nos consta es, que pasó de hecho á la dicha Casa Noviciado.

Acabado el bienio de probación, y hechos los primeros votos según el estilo de la Compañía, inmediatamente le enviaron los superiores á Valladolid para dar fin al curso de Filosofía en el Colegio de San Ambrosio. Era entonces cosa corriente, á juzgar por los documentos que tenemos á la vista, el hacer esos estudios en dos cursos. Nuestro P. Tirso, debido á llevarlos hechos en todo ó en parte al menos, cuando entró en el Noviciado, solo consagró á ellos en Valladolid año y medio; pues en el verano de 1647 pasó á Salamanca para dar comienzo en aquellas aulas á la Teología, bajo la dirección de los sabios y eminentes teólogos PP. Bernardo Alderete, (2) Juan Barbiano, (3) Miguel de Elizalde, (4) Miguel Esparza, (5) Hurtado (6) y Velliza (7), que se fueron sucediendo en las cátedras diversas del Colegio de Salamanca durante los estudios del P. Tirso Gonzalez.

Muy excelentes fueron las muestras que este dió de su aprovechamiento é ingenio, pues, entre tantos condiscípulos como tenía, fué escogido desde principios del segundo curso, y en los siguientes para mantener conclusiones en pública liza, adonde tantos impugnadores

(1) Véase el Diario del Colegio de Salamanca en múltiples lugares.

(2) El P. Bernardo Aldere era zamorano, entró en la Compañía en Salamanca el 17 de Diciembre de 1613, y en Salamanca, donde tanto lució su ingenio, vino á morir el 15 de Setiembre de 1657, á los 63 de su edad.

(3) El P. Barbiano, hijo de los condes de Beljoyoso en Milán, fué catedrático y Rector del Colegio de Salamanca y Doctor de su Universidad, y contribuyó con cuantiosos bienes de su legítima á las obras de Loyola. Murió en Salamanca el 15 de Setiembre de 1676.

(4) Era el P. Elizalde navarro, de Echalar, fué catedrático en Valladolid, Salamanca y Roma, y Rector del Colegio de Nápoles. Murió en San Sebastián el 18 de Octubre de 1678, á los 66 de edad y 43 de vida religiosa.

(5) También el P. Esparza de Artieda era navarro, de Escaroz, fué como Elizalde catedrático en los mismos colegios y escritor insigne. Murió en Roma á 21 de Abril de 1689, á los 83 de edad y 68 de Compañía.

(6) El P. Diego de la Fuente Hurtado nació en Talavera y murió en Valladolid el 30 de Abril de 1688 á los 73 años de su vida y 57 de entrada en la Compañía, en la que desempeñó varios rectorados y el provincialato.

(7) El P. Luis de Velliza murió en Logroño el 8 de Setiembre de 1870.

de dentro y de fuera de casa concurrían entonces, tan pertrechados de buenas armas, como diestros en manejarlas, y deseosos de lucirlas en el combate.

A tales principios, correspondieron los fines de su carrera; pues, terminados los cuatro años, que constituían por entonces el curso ordinario de la Teología, le dieron los Superiores otros dos, lo que se conoce con el nombre de *bienio*, para disponerse así á enseñarla. En esos dos años tuvo dos actos literarios públicos: el menor en 1652, y el mayor, ó solemne de todas las materias teológicas, el día de San Ildefonso de 1653.

El Diario de Salamanca pasó por alto la fecha de la ordenación sacerdotal del P. Tirso y de sus compañeros ó condiscípulos rigurosos en Teología; mas nos presenta ya á nuestro biografiado ejerciendo los sagrados ministerios desde el principio de su bienio en 1651, por lo que es de creer que las órdenes se les conferirían durante el cuarto año de Teología, según era costumbre de aquel colegio. Con el acto solemne dábase por terminado el bienio; y los superiores, para ganar tiempo, determinaron enviarle en seguida á Tercera Probación, á fin de tenerle dispuesto para las cátedras á principios del futuro curso.

En el Diario del Colegio y Casa de Tercera Probación de Huelva, que tengo á la mano cuando esto escribo, se observa, que no había en aquellos tiempos regla fija, como ahora, para dar principio y fin á ese último año de prueba, que usa la Compañía de Jesús con los sujetos de ella, luego que han terminado los estudios. Quizá en Castilla sucedería lo mismo que en la Provincia de Toledo. Este caso del P. Tirso parece confirmarlo.

Los Padres de la Provincia de Castilla solían hacer este año de retiro y ejercicios de oración y propia abnegación en el Colegio de León, según las *cartas anuas* (1); si bien alguno que otro se recogía para esto al Noviciado de Villagarcía. Al P. Tirso se le asignó para esa prueba esta última casa, en dirección a la cual salió de Salamanca al día siguiente de su acto solemne de Teología. Estando en Villagarcía recibió una carta del celosísimo y apostólico P. Jerónimo Lopez de la que parece desprenderse, que el P. Gonzalez de Santalla tenía alguna superintendencia sobre los novicios, ó cuando menos relación con ellos. ¿Sería Ayudante del P. Maestro de Novicios?...

3. Al comenzar el curso de 1653 á 1654 fué destinado á en-

(1) El P. Carrez, en su Atlas de la Compañía, entre otras varias notables omisiones en lo concerniente á España, tiene esta de la Tercera Probación de León.

señar Filosofía, ó Artes como entonces se decía, al Colegio de Santiago de Galicia (1), donde cursaban esta facultad algunos de los jóvenes jesuítas, y un crecido número de seglares. En 1655 terminó de leer, ó explicar, el curso de Artes ó Filosofía, y los Superiores le llamaron á Valladolid, en cuyo colegio de S. Ambrosio enseñó Teología en el año escolar de 1655 á 1656, terminado el cual pasó con el mismo destino al Colegio de Salamanca, que era el principal de toda la Provincia de Castilla. Enseñando Teología pasó nueve años seguidos en aquel gran centro universitario, a satisfacción de los superiores y de los discípulos, como aparece en el *Diario*, sin mezcla de mas ministerios, que los de alguna que otra misión, durante las vacaciones del verano, tal cual sermón durante el curso, y el confesionario siempre, mas ó menos continuado.

En la Semana Santa de 1660, al cumplirse justamente los 17 años de Compañía, ó sea diez sobre los siete de estudios que había hecho en la Religión, única condición que restaba de las esenciales para la profesión solemne, le fué esta concedida por el Preposito General, Padre Gosvino Nickel (2). El día en que la hizo fué bien extraordinario por cierto, y quizá no se encuentre otro caso semejante en toda la historia de la Compañía (3). El *Diario* y el *Libro de Votos* de Salamanca están clarísimos y conformes en la fecha y particularidades todas, de suerte que no queda lugar á tergiversaciones de ningún género.

He aquí, lo que sobre el caso dice el primero de estos Manuscritos: «1660. Marzo, 27. Sábado Santo. Se comenzaron los oficios á las nueve; los hizo el P. Provincial (4) como los días anteriores, y en tiempo de la misa hizo su profesión en manos de su Reverencia el Padre Tirso». No hay para que transcribamos aquí otras circunstancias que en el *Diario* se expresan, como se puede ver en el Apéndice.

Con la nueva honra procuró juntar el P. Tirso mayor fervor, observancia y celo por la salvación de las almas. Los prójimos mas

(1) La llegada del P. Tirso á Santiago acaeció en el mes de Junio, según se infiere del Libro de Cuentas del Colegio de Santiago, en el que se consigna esta partida: *Gastaron el P. Tirso y el H. Layman de Viático* [i. e. en su viaje] ciento y seis reales.

(2) Era alemán, y ocupó el puesto de General desde 1652 á 1664, en cuya fecha falleció á los 82 años de edad.

(3) Hasta mil seiscientos y sesenta y tantos la profesión solemne ó incorporación se hacía al cumplirse el tiempo reglamentario; más después acá se hace por todos generalmente el 2 de Febrero, ó el 15 de Agosto. Véase el apéndice n. 1: de los que hicieron los votos en el Colegio de Oviedo.

(4) Lo era en aquella ocasión el P. Antonio Ibarra, que me parece ser el mismo que en el Libro de Entierros de Salamanca, se dice haber fallecido en Vergara el 1.º de Junio de 1673.

necesitados, como eran entre otros los pobres encarcelados, le atraían de una manera especialísima. A estos los visitaba muy de ordinario con tanto fruto, que mensualmente, en algunas épocas, se acercaban a los Santos Sacramentos de la Confesión y Comuni6n, según consta del mismo *Diario*.

Estas breves noticias biográficas, que he procurado documentar cuanto mi capacidad y los medios de que dispongo me lo permiten, desvanecen muchos conceptos falsos, que por ahí se tienen, y no menos aseveraciones gratuitas, que se han hecho, y algunas de ellas por quienes estaban obligados á ser mas exactos, acerca de la patria, edad y estado de nuestro héroe, á su ingreso en la Compañía. Apenas si se halla autor, que hable de él, y que no yerre en alguno ó algunos datos. Lo de menos es el darle por patria á Galicia, ya que en otros tiempos era bastante usual el llamar gallegos á los naturales de aquella parte de la Provincia de León, que confina con Galicia, como se vé en los beneméritos PP. Baeza (1) de nuestra misma Compañía, nacidos en Ponferrada, y en el ilustre general de los franciscanos Fr. Gonzalo de Balboa y Valcarce (2), que lleva bien patente su hogar en los dos apellidos, al estilo de muchos religiosos de aquel entonces.

Hay entre esos escritores, quienes, como los Backer, Sommervogel, Cretineau Joli etc. etc., le hacen natural de Arganda, ó machucho doctor de la Universidad de Salamanca, á su ingreso en la Compañía, ó profesor, no solo de Teología, sino también de Filosofía y de Retórica en el Real Colegio de Salamanca. ¡Se necesita inventiva!

4. Llegamos ya al punto culminante de la vocación del P. Tirso al ministerio apostólico de las misiones. En esta materia no quiero decir nada por mi propia cuenta; dejo la palabra al editor del *Manuductio ad Conversionem Mahumetanorum*, Juan de Goyeneche (3), que en el año mismo de la elevación de nuestro misionero al Generalato, en el Prólogo de la citada obra del P. Tirso, omitidas otras particularidades, que no hacen al caso, dice lo siguiente: «Después

(1) Eran éstos los PP. Gabriel, Bartolomé y Diego que vivieron á fines del siglo XVI y principios del XVII. El primero fué santo misionero en el Perú, el segundo prudente Superior, que gobernó varios Colegios de Castilla, y el tercero sabio teólogo y escritor, y elocuente predicador.

(2) Es aserción de muchos que los padres de Fr. Gonzalo poseían el señorío de los valles de Balboa y Valcarce (León). Fué Fr. Gonzalo uno de los más insignes Generales de su orden, por haber conseguido para ella la custodia de los Santos Lugares, y haber graduado de Maestro al célebre Escoto. Murió en 1313.

(3) Este D. Juan de Goyeneche, parece ser el caballero navarro del mismo nombre y apellido, natural del valle de Baztán, muy apreciado de Felipe V, de quien habla Madoz en su Diccionario.

de haberse dedicado cuatro años al estudio de la Sagrada Teología en el Real Colegio de la Compañía de Jesús de Salamanca, le ordenaron los Superiores, que siguiese empleando otros dos años en repararla. El segundo de estos, que fué el de 1652 a 1653, llegó á aquella ciudad el egregio P. Jerónimo Lopez, (1) maestro admirable de cuantos misioneros han evangelizado á España en nuestro siglo.»

«Quien con atención considere la santísima vida del P. Lopez, tan colmada de ejemplos de admirables virtudes, y la serie de misiones á que se dedicó durante treinta y nueve años, en los que recorrió casi todos los reinos de España, no tendrá reparo en apellidarle segundo Vicente Ferrer. Muchísimo se pudiera decir de él, pues el P. Martín de la Naja llenó un tomo en folio con la relación de sus virtudes. Y ¿já quién no asombra lo que su biógrafo asegura haber oído de sus labios, que llegaron á ochenta mil las confesiones generales necesarias que había escuchado?»

«Entendiendo pues este venerable Padre, que á cuatro leguas de Salamanca, en la villa de Alba, se venera con gran concurso de fieles el cuerpo de la seráfica Madre Teresa de Jesús, creyó muy puesto en razón acudir á visitarle, antes de dar principio á la misión de la capital, con el fin de ganarse así el favor de tan ilustre santa para el feliz éxito de sus empresas. Y deseoso de honrar á la seráfica Madre, decidió reformar con una misión aquella villa, ¡Dichosa coincidencia, que á esta misión estuviese presente nuestro Tirso! Al ser testigo ocular del increíble fruto producido en las almas con aquella misión de Alba de Tormes, tuvo por acertadísimo el sistema del P. Lopez en evangelizar los pueblos.»

«Confirmóse el P. Tirso con lo que oyó contar de la misión de Peñaranda, y finalmente con lo visto de nuevo por sus propios ojos en la misión de Salamanca, en la que hubo de tomar mucha parte en el confesonario y en los mismos ejercicios de la misión. Desde este punto quedó nuestro teólogo, tan aficionado al ministerio de las misiones, como prendado del método del P. Jerónimo, en tanto grado, que de su puño y letra copió todos los sermones del anciano misionero, y se unió a él con los lazos de la amistad mas estrecha. Que, como se abrasaba el venerable Padre en vivas ansias del bien de las almas y propagación del Evangelio, así también se esforzaba con sus consejos, cartas y oraciones, en traer primero al

(1) Nació en Gandía el 23 de Octubre de 1589; á los quince años entró en la Compañía y vivió en ella 69, muriendo en opinión de santidad.

apostolado, y luego en conservarlos y alentarlos en él, á cuantos creía dotados de la aptitud necesaria.»

5. «Partió el P. Lopez de Salamanca, concluida la misión, para la Provincia de Toledo, y al pasar por Madrid contrajo amistad con el fervorósísimo P. Diego Luis de Sanvitores, (1) que fué martir de Cristo, y primer apóstol de las Islas Marianas. Con sus cartas trató entonces el P. Jerónimo de que el P. Tirso entablase íntima y familiar correspondencia con este santo sujeto de la Provincia de Toledo; y si bien él deseaba que fuesen tan duraderas sus relaciones como la vida que les restase sobre la tierra, con todo, no pudieron prolongarse sino hasta el año 1660 en que el P. Sanvitores, llamado por Dios á las misiones de Indias, emprendió su navegación hacia Nueva España.»

«Ni se concretaron a esto solo las diligencias del P. Lopez para conservar en nuestro Tirso el espíritu del apostolado; también al Padre Juan Guillén, profesor de Sagrada Teología en la Provincia de Toledo, le dió el encargo de fomentar en el catedrático de Salamanca el amor á las misiones, y á uno y á otro los invitó á que estrechasen entre sí mas y mas los vínculos de la caridad que de tiempo atrás los unían. El P. Sanvitores trabajó en el mismo sentido; y así desde Sevilla (2) antes de embarcarse, escribió á los dos futuros apóstoles de Jesucristo por separado, y después de trasladar al P. Guillén cuanto al P. Tirso le decía, añade estas textuales palabras: *Con esta ocasión conviene que V. R. le escriba; y sepa que importa mucho esta correspondencia.* Y desde Cadiz, después de haber notificado al P. Tirso el fruto que con el *Acto de Contrición*, hecho por la noche, había obtenido, añadía proféticamente: *Todo esto lo tengo por una simple preparación, para el tiempo en que V. R. lo haya de poner en práctica. No tome lo que le digo, como presagio de que ha de evangelizar en las Indias; que de distinto modo ha de ejercer Vuestra Reverencia este ministerio.* No pudo penetrar por entonces el misterioso sentido de estas palabras; pero después lo comprendieron todos, cuando renunciando los PP. Tirso y Guillén sus cátedras el año 1665, anduvieron por España entregados al ministerio de la predicación, y cuando el año 1671 fueron, después de Pascua de Resurrección a Cadiz, y allí predicaron una misión fructuosísima.»

(1) Era natural el P. Sanvitores de Burgos, y murió en defensa de nuestra santa Fe á los 45 años de su edad y 32 de Compañía, el 2 de Abril de 1672.

(2) Vida y Martirio del P. Diego Luis de Sanvitores, por el P. Francisco García, capítulo XIII.

«Otra predicción no menos clara se dió, del futuro provechósimo apostolado del P. Gonzalez de Santalla, y fué la siguiente: Habiendo éste admirado en Alba y Salamanca el fruto que coronaba las misiones del P. Lopez, el año 1653 en que pasó á Santiago, dióse maña para obligar al veterano misionero, á fuerza de instancias y ruegos á que fuese á ilustrar á la ciudad del Apóstol con los fulgores de su predicación. Accedió el P. Lopez, y después de dar fin á las misiones de Madrid, Avila y Alcalá de Henares, emprendió el camino de Santiago; pero ¡oh designios admirables de la divina providencia! Estaba haciendo una plática á las Religiosas Agustinas de Villafranca del Bierzo, cuando de pronto le acometió una parálisis que le obligó á interrumpir su viaje. Pues bien; cuando de orden de su Provincial de Aragón iba á dar vuelta á su Provincia para restablecer en ella sus fuerzas quebrantadas, escribió al P. Tirso suplicándole encarecidamente que él mismo diese en su lugar la misión proyectada de Santiago; y luego, enfermo y medio paralítico como estaba, añadió de su misma mano estas palabras: *No puedo persuadirme, que tantas oraciones y tantos deseos de que se diese misión en esa, hayan sido ineficaces; sino que en Nuestro Señor espero, que trazará sus planes de modo que se obtenga tan suspirado fruto.*»

«El suceso confirmó las esperanzas; pues por consejo del Excelentísimo é Ilustrísimo Señor Arzobispo de Santiago, D. Andrés Girón, partió allá á misionar nuestro celoso operario en el adviento de 1672, acompañado del preclaro y virtuoso P. Juan Rubí. Todos sabemos cuan preciosos bienes produjo en los ánimos una misión, en cuya comunión general no bajarían de treinta y dos mil las personas que se acercaron á la Sagrada Mesa.»

6. «Las ansias de misionar, por fin comenzaron á lograrse al P. Tirso; pues á fines de Agosto de 1654 salió á una excursión apostólica en la que recogió tan abundante cosecha, que con ella se despertó, avivó y encendió mucho más en su alma el amor á tan fructuoso ministerio. (1) Anunció al P. Jerónimo Lopez este suceso, y la respuesta que de él recibió fué otra predicción más de que

(1) El Libro de Cuentas del Colegio de Santiago en Septiembre de 1654 contiene esta partida: *Los PP. Melchor Miki y Tirso gastaron en viático y cabalgaduras en la Misión de la Puebla cuarenta reales.* El mismo P. Tirso, al describir la misión que dió en la Puebla del Deán por Mayo de 1675, refiriéndose á ésta, dice: *Estuvimos hospedados en casa del Rector pasado, llamado D. Pedro Reino. En esta casa estuve hospedado 22 años antes, viniendo á hacer misión en compañía del P. Melchor Miki, siendo Lector de Artes en Santiago.*

había de ser un día misionero de oficio, y esto en un tiempo en que ni por la imaginación le pudiera pasar tal ocurrencia.»

«Creció tanto el amor que desde entonces le profesó el P. Lopez, que cuando, terminados ya los dos cursos de Filosofía, cayó nuestro Tirso enfermo después de una misión, se apoderó del venerable anciano tan intenso dolor y sentimiento, que nos pareciera increíble si él mismo no lo asegurase con palabras terminantes en una de sus cartas dirigida al convaleciente novel misionero. *Di gracias, dice y recé el Te Deum delante del Santísimo Sacramento, y no menos rogué por V. R. á la Madre de Dios, á quien hablé en estos términos: Si Dios Nuestro Señor me hiciese esta proposición UNO DE LOS DOS, TIRSO Ó TU HA DE MORIR ESTA NOCHE, ESCOGE LO QUE PREFIERAS, moriría gustoso porque Tirso viviese por mi muerte. Testigo es Dios Nuestro Señor, testigo es también la Virgen Santísima de que esta ha sido mi oración, no una sino muchísimas veces. También otros me acompañaron al dar gracias en presencia del Santísimo, por el restablecimiento de V. R.; que apenas supe por sus cartas, que Vuestra Reverencia estaba acometido por la fiebre, empecé yo á rogar y á hacer que otros rogasen conmigo una dos y cien veces.*» Hasta aquí lo que Goyeneche dice sobre la materia; mas por estar con ella íntimamente relacionado ponemos lo que sigue, tomado de otra carta del Padre Lopez en respuesta á la que escribió el P. Tirso, como dijimos antes, sobre los buenos sucesos de la misión de La Puebla.

«Carísimos Padres míos Tirso y Miki (1); sean VV. RR. tan bien venidos, como idos. Bendito sea el Señor que les guardó *euntes, manentes et redeuntes*. Dice V. R., P. Tirso, que el primer día tuvieron excesivo calor; en fin *euntes ibant et flebant*; ya era víspera de lo que se sigue: *Venient cum exultatione portantes manipulos suos*. Dice más V. R.; que se habrán cogido en esta caza como doscientos javalíes. Diga V. R. al Rey y á D. Luis de Haro, si en los bosques reales de El Pardo y de Aranjuez han hecho mejor caza. El rey de Ceilán, entre otros títulos que se pone, es el de cazador de elefantes. ¡Cuánto mayor título es el de cazador de almas!».

«Todo lo que en su carta viene me ha consolado mucho. Yo, es verdad que aguardaba la carta de V. R.; pero aguardábala cual ha venido, con relación de misión. La circunstancia de los disciplinan-

(1) El P. Melchor Miki era de nación, alemán; y vino á Santiago con el cargo de confesor de los muchos peregrinos de la raza teutónica, que acudían á postrarse ante las reliquias del Santo Apóstol. Por haber aprendido muy bien el castellano, se dedicó á toda suerte de ministerios, incluso el de la predicación. Su muerte, acaecida en 3 de Agosto de 1660, fué muy sentida.

tes es muy agravante, y me ha causado particular alegría; y lo que V. R. dice, que antes de salir, puesto sobre una mesa, á la puerta de la iglesia, les hizo una plática, fué cosa muy acertada y por no hacerse así se yerran muchas acciones. Lo del ánima condenada, Padre mio, me agradó mucho, y querría que todos los misioneros se valiesen de estos medios, que cuando son como este, mueven mucho...»

»Lo último que V. R. me dice en su carta consuela sobre todo. Las palabras de V. R. son estas: *Mientras no me dieren oficio de misionero, delante de Dios ofrezco á V. R. hacer cada verano una misión.* Este ha sido un acto heróico que ha hecho V. R., y confío que Dios le ha puesto una joya en sus tesoros. No sé yo qué joya es esta; pero sospecho que es, *ponam in te tronum meum*, que Dios pondrá en V. R. su cátedra, para desde ahí enseñar á muchos. Dios será el catedrático y V. R. será cátedra de Dios; que hay cátedras vivas y sillas vivas «*Illic sederunt sedes*». Y cuando la madre tiene sentado al niño en su regazo, ella es silla viva de su hijo; y ese es uno de los oficios de los del noveno coro, y se llaman Tronos. Así que no se contentará Dios Nuestro Señor con hacerle sentar en su trono, esto es salvarle, sino que hará tronø de V. R. para salvar á otros; y si V. R. puede entrar en el cielo con cien mil almas, no se contente con cuarenta mil, que los mercaderes, si pueden ganar dos millones no se contentan con uno. Y lo que V. R. hará de provecho con su ejemplo, también le caerá dentro de sus arcas. Con su ejemplo muchos harán misiones; y sus discípulos, que ahora son leoncillos y pollitos de águila, después serán leones y águilas reales. Ruegue V. R. á Dios que el diablillo no pretenda diezmo. Dios le bendiga».

«El año 55 me dicen que es célebre en Santiago por el gran concurso de peregrinos (1) (ya V. R. me debe entender lo que digo), y que acude mucha gente como al Jubileo del Año Santo en Roma. Si así es, buena ocasión se ofrece de echar las redes. V. R. sírvase de encomendarlo á Dios, y que los HH. Estudiantes ofrezcan algún rosario y comunión á esta intención; y consultándolo con el santo celo del P. Rector y Salíngero (2) y Miki y otros, vea que se podría hacer en honra del Señor Santiago y provecho de las almas. A mi,

(1) El *Año Santo* de Santiago, de que aquí se habla, es aquel en que la fiesta del Santo Apóstol cae en domingo. Desde vísperas de la Circuncisión de aquel año, hasta igual fecha del siguiente, se ganan allí las mismas indulgencias que el año del Jubileo en Roma, y se da entrada á la Basílica por la *Puerta Santa*.

(2) El P. Salíngero era uno de los Padres venidos del extranjero al Colegio de Santiago, como confesor de peregrinos. Murió en dicha ciudad el 9 de Junio de 1665.

aunque lo miro de lejos, se me ha ofrecido multiplicar los actos de contrición y doctrina, y poner por las esquinas los rótulos contra juradores. Aquí se ha hecho un molde, ya sabe que en Salamanca se hizo otro, y en Madrid, Zaragoza y Huesca, y en todas las misiones los solemos fijar en los lugares, á las entradas sobre la pila del agua bendita, en las carnicerías y plazas, mesones, trinquetes, casas de barberos y otras partes frecuentes.»

«Cuando V. R. me escriba, acuérdesse de decirme qué hay acerca del año 55; porque si hay pesca me pesaría mucho no se lograse. (1) Al P. Rector un cordialísimo recaudo, á quien confío que el Espíritu Santo gobierne sus acciones. Al P. Miki no digo más, sino que esta carta va á los dos; y al P. Salíngero agradezco mucho lo que favorece las misiones *verbo et opere*. A todos sus discípulos saludo *ex corde*, y al H. Santos le agradezco el cuidado, que me dicen tiene de los pobres, y que se acuerde de la Salve y Ave María. Ya supe la misión del P. Lezaun y Ormazá, y Cachupín y Muñoz. *Dominus mittat operarios in messem suam*, y me guarde á V. R.—De Valencia y Octubre 12 de 1654.—Tuus in Chto.—Jerónimo Lopez. Ruego á V. R. que esta carta la vea el P. Camacho, que lo hace bien con los misioneros.» Omitimos otra carta de este santo misionero por ser algo agena á la materia; mas puede verse en el apéndice número 3.

«Ocho años llevaba el P. Tirso de profesor de Teología en Salamanca, prosigue diciendo Goyeneche en el lugar citado, cuando no por gusto natural como él dice repetidas veces en sus cartas; sino movido de celestial impulso, determinó, para vivir consagrado del todo al santo ejercicio del apostolado, renunciar á su cátedra (2), después de meditarlo detenidamente en unos santos ejercicios. Dió al punto parte de su resolución al P. Guillén, y le exhortó vivamente á salir en su compañía á las sagradas excursiones que meditaba. En gran manera impresionó al P. Guillén la carta de su confidente y,

(1) Las *Cartas anuas* dicen, que por este tiempo en Santiago los ministerios eran tantos y tales, que parecía aquello una continua misión; que se habían comenzado á dar tandas de ejercicios, sobre todo á estudiantes; que asimismo se había iniciado el hacer por las calles, durante la cuaresma el *Acto de Contrición*; y que se iban acreditando nuestros Estudios de suerte, que pasaban de mil los estudiantes de Primeras Letras Gramática y Humanidades, Filosofía ó Artes y Teología Moral, que era lo que se enseñaba en el Colegio de Santiago.

(2) Las *Cartas anuas* de la Provincia de Castilla dan cuenta de este hecho con las siguientes palabras: Uno de los profesores de Teología, *el mejor de todos y digno de equipararse con los más excelentes, varón de grande ingenio y doctrina, y mayor virtud y piedad, ha pedido el ministerio santo de las misiones, oponiéndose la Provincia á sus ruegos, en atención á sus eminentes dotes para la cátedra*. Litt. an. 1665.

para mejor conocer la voluntad divina en este asunto, se acogió él también al retiro de los ejercicios de nuestro santo Padre Ignacio, donde con celestial luz entendió que, para acomodarse á los divinos designios, debía abrazar este sagrado oficio.»

«Seguros ya uno y otro de la voluntad divina trataron por largo tiempo del camino que los llevaría á la realización de sus intentos. Juzgaba el P. Guillén medio muy adecuado el que propusiese cada uno á su Provincial los deseos que abrigaba; mas no así el P. Tirso, como que conocía muy bien que entraba en los planes de su Provincial el investirle de la dignidad de Doctor por la Universidad, y presentarle después para una de sus Cátedras. Juzgaba, que una vez recibida la investidura de Doctor, quedarían fallidas sus esperanzas y frustados sus intentos; así que tuvo por más acertado y conducente manifestar sus deseos al General mismo en persona. Convino en ello el P. Guillén, y ambos escribieron al M. R. P. Juan Pablo Oliva, Vicario General de la Compañía, (4) cartas bien nutridas de razones para que se les otorgara la patente de misioneros.»

La carta del P. Tirso es como sigue con su propia ortografía, que para muestra queremos trasladar en este primer capítulo de la obra. «Pax Chrti.—Llega á los pies de V. P. su humilde hijo á representarle sus deseos y comunicarle los impulsos y toques que ha sentido en su alma para dejar las cátedras y escuelas, y dedicarse á las misiones. Por gran dicha mía, siendo passante en este colegio, conocí al venerable P. Gerónimo Lopez, Misionero insigne y Varón Apostólico; vi la misión que aquí hizo, y acompañádole en otras, De aquí me nació una affición grande á este ministerio; hice propósito entonces de hacer una Misión todos los años, por lo menos de quince ó veinte días, en tiempo de vacaciones. Trasladé los sermones de tan insigne varón, procuré imitar su estilo en las Misiones; y por la misericordia de Dios he cumplido esse propósito todos los años, aún el tiempo que fuí Letor de Artes, que es más ocupado. Este propósito le convertí en voto, que hice luego que tuve noticia de la muerte deste varón y he guardado asta oy. Tuve muchas cartas deste zeloso ministro del Evang.^o en que me alentaba á este empleo; y con santa industria para empeñarme más y desper-

(1) El día 7 de Junio, tercer día de Pentecostés del año 1661 fué elegido Vicario General *cum jure successionis*, á causa de la enfermedad y muchos años del P. General Gosvino Nikel, el P. Oliva, elector de la Provincia Romana, quien por muerte del P. Nikel comenzó á gobernar como Prepósito General el 31 de Julio de 1664, y continuó al frente de la universal Compañía hasta el 26 de Noviembre de 1681 en que falleció.

tar mi tibieza con el fervor del P. Diego de Sanvitores de la Provincia de Toledo, dispuso que nos correspondiésemos los dos.»

«Fuese el P. Sanvitores á Philipinas, y siguiendo el mismo designio del P. Gerónimo López, me dexo encargado me correspondiese con el P. Juan Gabriel Guillén, de la misma Provincia, sujeto de grandes prendas y de mucho espíritu para que los dos promoviésemos el ministerio de las Misiones, y el P. Juan Gabriel con sus exemplos y con sus cartas despierta cada día mi tibieza, pues me corro de hacer tan poco quando su R.^a trabaja tanto. Estas vacaciones al tiempo de ir á cumplir con mi voto sentí grandes ansias de tomar este ministerio de propósito, y consagrarme á él toda la vida, y un vivo deseo de que Dios N, S. con su amorosa providencia dispudiese, que el P. Juan Gabriel y yo nos dedicásemos á este empleo.»

«Con la Misión (que por la bondad de Dios fué de singunlar moción) crecieron los deseos y el aprecio del ministerio, y no pude sosegar asta comunicar estos designios con el P. Juan Gabriel. Su R.^a lo recibió tan bien, que me confirmó más en ellos. Conferimos por cartas el modo cómo aviamos de dirigir esta pretensión. Ultimamente convenimos en que su R.^a representasse en un papel á V. P. las razones que ay, para que V. P. nos dedique y consagre á este ministerio. Supliqué al P. Juan Gabriel hiciesse este papel, pareciéndome que su R.^a lo sabría hacer mucho mejor que yo: hámele comunicado, y me parece dictado por el Espíritu Santo quanto en él escribe, y así en todo me remitto á él. Yo solo tengo que añadir que por lo que he sabido de persona que supo lo que movió en Toledo con un sermón del juicio, tiene el P.^e muy gran talento para Misionero.»

«Yo toda mi vida, desde que entré en los estudios me he dado á lo scholástico sin cuidar de lo que suelen los mozos, de hacer estilo para predicar con asseo; y así solo sé el predicar en estilo de Misionero, que cuesta menos y aprovecha más. Sé por la experiencia, que tengo algún talento para mover, y pocas Misiones he hecho que no haya encontrado alguna persona virtuosa, que me exhortasse á darme de propósito á las Misiones. Cada día crece en mí el aprecio á este ministerio, aunque por andar tan metido en lo scholástico, y tan rodeado de tareas de letras, que en Salamanca son continuas, me hallo tibio y seco. Cada día siento el corazón más despegado de la estimación que trae consigo el officio de Letor de Theología, y si este despego me fuera ocasión de afloxar en el estudio, lo tuviera por tentación. Antes tengo affición al estudio; pero á las Misiones affición y aprecio. Cada año que salgo unos quince ó veinte días á Misión, cobro más estima

del ministerio; y me parece que el mejor medio para ser santo, sería para mí el seguir de propósito este ministerio.»

«Por la misericordia de Dios, en diez años que he salido á Mission, me parece que estoy mas seguro en medio de los seglares, y ocasiones de mas libertad, que en mi aposento; y siempre que vuelvo de Mission traygo á casa mas salud y fuerzas de las que saqué del collegio, siendo assi que el trabajo corporal es continuo, pero gasta menos que el estudio. Si miro á mi inclinación, solo por dedicarme á las Misiones dexara de buena gana la Theología; pero no por otra ocupación. Y assi la pretensión es dexar la cátedra para ser Misionero de officio, de suerte que no me aparten de este ministerio sino es en caso que yo no cumpliere con la edificación que pide el ministerio. Que dexar la ocupacion de las Letras, para que mañana se le antoje á este ó al otro Provincial apartarme del ministerio, y ponerme en ocupacion que no sea de mi talento, no es cosa apetible.»

«El hacer compañía al P. Juan Gabriel será para mi de grande consuelo; y me hallo en tal disposición, que sino es con tal arrimo, no me atrevería por ahora á el officio de Misionero de propósito, aunque estuviera en mi mano. Supp.^o [*suplico*] á V. P. con todo el affecto de mi corazón, mire esto delante de N. S.; y pues está en lugar de N. S., me dirija para que sepa hacer la voluntad de Nuestro Señor; y si V. P. juzgare ser conveniente el dedicarnos á este ministerio, lo disponga quanto antes. Yo me hallo ahora en los 40 años y con buena salud y fuerzas, y podré en poco tiempo hacer bastante provisión de armas espirituales para hacer Mission en qualquiera ciudad de España, y con la compañía del P. Juan Gabriel aprovecharé mucho. —Gde. [*guarde*] N. S. á V. P. con la salud que este su menor hijo le Supp.^a y la Comp.^a ha menester—Salamanca, hen.^o 7 de 664.—Thirso Gonzalez.»

A esta carta de nuestro Misionero respondió sin demora el Muy Reverendo Padre Oliva con la siguiente, por medio de su secretario: «Pax Christi: No sabré decir á V. R. el singular consuelo y edificación que me ha causado su carta del 7 de Enero, y lo mismo digo de la del P. Juan Gabriel Guillén, que he recibido al mismo tiempo. He considerado con atención todo lo que decía V. R. de la grande inclinación que tiene á las misiones, y de los vivos deseos que le comunica Nuestro Señor de dejar la cátedra, y dedicarse totalmente á tan apostólico ministerio en compañía de dicho Padre; y he juzgado que debo aprobar su santa resolución, no sólo porque es muy conforme al

espíritu de nuestra vocación, sinó también porque me persuado, que Dios quiere que V. R. le haga ese grato sacrificio de sí mismo, para bien y salvación de muchas almas, y para ejemplo de los nuestros.»

«Con ésta envío á V. R. una *patente*, y otra semejante al P. Guillén; y escribo á los PP. Provinciales de esa provincia y de la de Toledo lo que he resuelto respecto á VV. RR., para que en todo caso se ejecute en la forma que me ha escrito el P. Guillén, después de haberla comunicado con V. R. No tengo que añadir ahora, sinó que quedo con una santa envidia, y la esperanza segura de que entrambos han de coger copiosísimo fruto de sus loables trabajos, y yo se lo suplicaré continuamente al Señor, el cual guarde, bendiga y llene de su divino espíritu á V. R. en cuyos sacrificios me encomiendo» etc... A estas palabras, escritas por el P. Secretario, añade luego el P. Oliva de su mismo puño lo que sigue: *No pude leer sin lágrimas la carta de V. R.; abrazo al nuevo apóstol de España, y aunque sintiéndolo mucho sacaré á tan gran Maestro de la insigne Universidad Salmantina. Dios, por quien inmolo á este mi querido Isaac, nos aumentará los Doctores como las estrellas del cielo, en el cual V. R. recibirá el premio del gran ejemplo que da ahora.* (1)

9. El P. Francisco Cachupín (2), á la sazón Provincial de Castilla, (dice el P. Tirso en una nota á la carta anterior), resistió fuertemente á que el P. Tirso dejase la escuela [*cátedra*], y estaba empeñado en promoverle al grado de Maestro, en lugar del P. Bernardo de Alderete muerto recientemente, que había sido el primero de la Compañía que se graduó en Salamanca, juntamente con los PP. Juan Barbiano y Ricardo Lince. Y porque el P. Provincial deseaba que hubiese tres Maestros graduados, y contaba para esto con el P. Tirso, escribióle el P. Vicario lo siguiente:

«El P. Tirso Gonzalez quiere dejar la cátedra de Salamanca, no porque no esté contento en ella, sinó porque Dios le llama eficazmente para que le sirva en otro empleo de su mayor gloria, dedicándose totalmente á hacer misiones, discurriendo por toda España en compañía del Padre Juan Gabriel Guillén, que también lee Teología en la Provincia de Toledo. Entrambos me han escrito con tal espíritu é indiferencia religiosa,

(1) "Sine lacrimis R. V. litteras non legi: amplector novum apostolum Hispaniæ, et quamvis invitus, detraham tam insigni Academiz tantum Magistrum. Deus cui immolo meum Isaac multiplicabit nobis Doctores sicut stellas cæli; ibi recipiet mercedem tanti exempli.,"

(2) El P. Cachupín nació en Palma; mas parte de su familia se estableció, al parecer, en Villafranca del Bierzo, y á esta razón se debe, sin duda, su entrada en la Provincia de Castilla. Ocupó altos cargos de gobierno, y vino á morir á Valladolid, el 13 de Octubre de 1678, á los 79 de su edad y 61 de religioso.

representando los eficaces impulsos que sienten, y los motivos que les obligan á procurar este género de vida apostólica, que he juzgado, que el impedirlo ó no ayudar á ello con toda eficacia, sería oponerse ó resistir á la voluntad de Nuestro Señor, y así se lo he concedido, y les envío á cada uno de los dos *patente* particular, con que verá V. R. cuán determinado estoy de llevar adelante lo que he resuelto.»

10. El P. Provincial de Castilla, no obstante esta carta tan apretada del P. Vicario General, en su deseo de retener en la cátedra á tan insigne maestro, hizo á Roma con este fin una propuesta de razones, á su parecer muy fuertes; y por asegurar el éxito de tal propuesta, ni dió publicidad á la carta del P. Oliva, ni entregó la de este al P. Tirso, ni aun quiso hacer consulta de Provincia. Aun más: habiéndole escrito el P. Tirso, que ya por vía de Toledo era sabedor, cómo había el P. Vicario enviándole *patente de misionero*, y que así le suplicaba se la enviase, le respondió que, habiendo escrito á Nuestro Padre dos pliegos de razones tan fuertes, esperaba que su Paternidad se había de rendir, y que aun lo tenía por cierto; pero se engañó, pues el P. Oliva llevó adelante su determinación, y aun de los medios de que el P. Provincial se valió para impedirlo, echó mano Dios para efectuarlo. Que enojado grandemente el P. General contra el P. Cachupín, por haber detenido la patente al P. Tirso, y hecho tanta resistencia á que este saliera de Salamanca, por el mes de Noviembre de 1664 le escribió la siguiente carta, que nada tiene de blanda.

«Hame causado no pequeña admiración, que habiendo escrito y ordenado yo con los términos y eficacia que escribí en la carta del 24 de Marzo, que se diese sucesor en la cátedra de Salamanca al P. Tirso Gonzalez, porque había determinado que se dedicase á las misiones, del modo que entonces avisé, en compañía del P. Juan Gabriel Guillén, de la Provincia de Toledo, V. R., no sólo no lo ha puesto en ejecución, sino que, sin consultarlo con sus consultores, contentándose con haberlo dicho á su compañero, ha detenido la carta y patente que yo escribí á dicho P. Tirso, sin conseguir el fin, que por ventura ha pretendido V. R., esto es que dicho Padre ignorase mi resolución; porque sin duda la habrá sabido por el P. Guillén, á quien escribí lo mismo en substancia; y me persuado será ya público en la Provincia de Toledo, y quizás también en las demás de España.

Las razones que ha tenido V. R. para hacer lo que ha hecho, no nos hacen acá fuerza ninguna, y antes de determinarnos las habíamos considerado muy despacio, y encomendado muy de veras á Nuestro Señor el acierto de la resolución que tomé; y es cierto que, si no aten-

diera á su buena intención, y á la satisfacción que tengo de su santo celo, con lo que ha obrado, me daba ocasión de tener y tomar un grave sentimiento. V. R. juzgará todo lo que ha faltado, no ejecutando lo que ordené en dicha carta y ahora vuelvo á ordenar, con la misma y aún mayor resolución; porque siempre estoy entendiendo que esta es la voluntad de Dios. V. R. envíe mi carta y patente al P. Tirso, y no dilate la ejecución, ni el darme aviso de ella...»

Ordenes tan precisas y urgentes, hubo de cumplirlas el P. Provincial en cuanto le fué dado hacerlo; y así, antes de llegar el Sábado Santo, en que terminó su provincialato, sacó de la cátedra al P. Tirso y le envió á Villagarcía de Campos, con el fin de que se dispusiera allí para las misiones. Fué esa partida de Salamanca el lunes santo de 1665, según el Diario de aquel real Colegio.

Toda esta larga y empeñada lucha del P. Provincial, para retener al P. Tirso en la ocupación de la enseñanza, no engendró en el ánimo de éste ni el más leve resentimiento contra aquél, como lo prueban otras dos cartas del mismo P. Tirso al M. R. P. Juan Pablo Oliva, que por este tiempo, muerto el P. Nickel, cuyo Vicario fuera, había pasado ya á ocupar el puesto de Prepósito General de toda la Compañía. En esas cartas, que tenemos á la vista, y que no ponemos aquí por ser ajenas en casi su totalidad á la materia del presente capítulo, el Padre Tirso se muestra afectísimo al P. Cachupín, de cuyo gobierno hace grandes elogios.

11. Tenemos ya á nuestro misionero en posesión de la facultad apetecida; y por tanto nos resta solo, para terminar este capítulo, que le exhibamos en su preparación inmediata, y presentemos algunos documentos sobre la aptitud de que estaba dotado, para el apostólico ministerio de las misiones. Acerca de su preparación, he aquí lo que él mismo dice, en carta escrita poco antes de salir de Salamanca para Villagarcía:

«Pax Christi.—Ricibí la de V. P. de 4 de Marzo, y la patente que en ella me envía, con mucho consuelo de mi alma por parecerme que Nuestro Señor, que me escoge para tan apostólico empleo, me dará la suficiencia para él, y me sacará de la tibieza con que hasta aquí le he servido. Hasta ahora estuve dudoso, si quería Nuestro Señor de mí que hiciese á dos manos, empleando toda la vida los dos cortos talentos que me ha dado, para la escolástica y para las misiones, haciendo cada año una misión [*excursión apostólica*], y dando lo demás al estudio; ó si pretendía acreditar me con las letras, para que después con más provecho me consagrarse *ex*

officio á las misiones. Ahora he salido de la duda, tomando la resolución de V. P. como oráculo del cielo.

De aquí adelante ya no trataré de otra cosa, que de mi ministerio, aplicándome á hacer mis sermones de misión, con tantas y aun con más veras, que hasta aquí me aplicaba á hacer mis materias. Y aunque ahora respondo á la de V. P., días ha que la tengo en mi poder, juntamente con la patente. Porque aunque el P. Provincial la detuvo hasta suplicar á V. P. le diese licencia para consultarlo, por ver la ejecución llena de dificultades; con todo, como yo supe lo que había por medio, del P. Guillén, insté á su Reverencia me diese para mi consuelo la carta de V. P. con la patente. Diómela, advirtiéndome que no me diese por entendido con nadie, hasta que él tuviese respuesta de V. P. Luego que llegó ésta, que fué cuatro días después que nos habíamos pasado á la nueva obra (1), me avisó de lo que había, y determinó enviarme á Villagarcía, y se publicó dentro y fuera de casa mi *poliza* [*nombroamiento de misionero, ó patente de tal*], aunque el partir se me dilataría hasta semana santa. Porque, como en este colegio hay toda la cuaresma una misión continuada, hacía yo alguna falta, particularmente para predicar los domingos por la tarde en un puesto público de la ciudad, donde, si el día es bueno, se suelen juntar más de dos mil almas.

Para el tiempo señalado, iré á prevenirme, esperando de V. R. la instrucción del modo con que nos hemos de portar, para no disgustar á ninguno de los dos Provinciales. Llevo gran consuelo en la compañía del P. Gabriel Guillén, y Dios me ha llamado á este fin por estos medios; y no se me levantó el corazón á discurrir por toda España, sinó en su compañía, para que su fervor aliente mi tibieza.

Doy á V. P. una y muchas veces las gracias con todo rendimiento, por haberme dedicado á tan glorioso empleo, y le suplico me eche su bendición y encomiende á Nuestro Señor, para que me dé su Santo Espíritu, y me asista para llenar mi vocación y desempeñar á V. P., cuya persona guarde su Majestad, como se lo suplico y toda la Compañía ha menester.—Salamanca 28 de Febrero de 1665.—Humilde hijo de V. P.—Tirso Gonzalez.—Sobrescrito A. N. Padre Juan P. Oliva, General de la Compañía de Jesús.

(1) En este año, último de la primera estancia del P. Tirso en Salamanca, se trasladó el Colegio del antiguo edificio, que hoy es Hospicio Provincial, al nuevo, destinado ahora, parte á Seminario Conciliar y parte á Residencia de la Compañía.

12 Dejando para el apéndice (1) otra carta que escribió en latín el novel misionero, recién llegado á Villagarcía, pondremos la que después de algunos meses de preparación, y en vísperas de comenzar las misiones, dirigió desde Salamanca al P. Oliva. Dice así:

Pax Christi...—No he querido escribir más á V. P. hasta ver del todo concluído el negocio de nuestro empleo. Ahora lo hago para dar cuenta á V. P. cómo vine á este Colegio de Salamanca á juntarme con el P. Guillén, por ser este el paso para la Provincia de Extremadura, por donde hemos de empezar, Ya estamos, bendito sea el Señor, juntos, y pasado mañana nos partiremos. Vamos con mucho contento, aunque yo, de verdad, me hallo sin el espíritu que pedía el empleo. Prevención de sermones de misión harta tengo; ¡así la tuviera de calor interior para decirlos! Jamás he trabajado cosa con tanta continuación, ni con tanto gusto; y me hallo, bendito sea el Señor, con buena salud; porque ese estudio es más ligero que los escolásticos. Aunque todo el verano no levanté la mano de él, salí de Villagarcía mejor que entré en ella, en cuanto á las fuerzas corporales,

Días ha que el P. Guillén me comunicó, que en su Provincia muchas personas graves hallaban grandísimas conveniencias, en que V. P. nos sacase patente de Su Santidad, para que hagamos este ministerio inmediatamente con su autoridad. Después de haberlo considerado bien, hallo que esto conduce mucho para el fin propuesto. Lo primero, porque los Prelados nos recibirán con más estimación, si entramos con esta recomendación, y ella misma les obligará á asistirnos y ayudarnos. Y para los que no son afectos á la Compañía, es este medio más importante, cual la experiencia lo comprobó poco ha; pues, por haber venido á Toledo unos frailes franciscanos con título de misioneros apostólicos, los recibió el Sr. Cardenal con singulares muestras de aprecio, y lo mismo hicieron otros Prelados. Lo segundo, porque al ver que los Padres vienen por orden de su Santidad, los pueblos se conmueven más, y acuden con más frecuencia á los sermones, y reciben mejor la doctrina. Y lo último, porque en muchos lugares se encuentran frailes, que sienten vayan los de la Compañía á hacer misiones donde ellos están, y que procuran entibiar la gente; y estos se atreverían menos á sacar la cara, si nosotros fuéramos con patente de Su Santidad.

V. P. se sirva determinar en esto, lo que le pareciere mas con-

(1) Véase, apéndice n. 2.

veniente á gloria del Señor; que abrazaremos, como mejor, lo que Vuestra Paternidad dispusiere, porque en esto únicamente pretendemos el mayor fruto de las almas.—Nuestro Señor guarde á V. P. como deseo y se lo suplico, y toda la Compañía lo ha menester.—Salamanca 21 de Octubre de 1665.—Paternitatis Vestræ humilis in Christo filius—Tirso Gonzalez.

13. Por lo que hace á la aptitud del P. Tirso para el ministerio de las misiones, las pruebas manifiestas que de ello había dado fueron tan excelentes, que paladinamente lo reconocieron personas autorizadísimas, como el P. Provincial Martín de Lezaun, (1) y el Obispo de Osma, D. Juan de Palafox, en los siguientes documentos:

El P. Lezaun, Provincial, por segunda vez desde 1658 á 1660, en carta escrita al M. R. P. Gosvino Nickel á 16 de Octubre de 1658, y fechada en Villagarcía, dice estas textuales palabras, al hablar de una misión, que el P. Tirso en compañía del P. Antonio de Arrieta, lector de Artes en el Colegio de San Ambrosio de Valladolid, dió en Aranda de Duero, estando presente el Ilmo. Sr. Obispo de aquella diócesis de Osma: «Don Juan de Palafox ha quedado *muy pagado y obligado*, al parecer, de una misión que en este mes de Septiembre ha hecho en presencia suya *el P. Tirso Gonzalez*, maestro de estudiantes de Salamanca. Al P. Asistente envió las cartas de agradecimiento que me ha escrito, y me parece se holgará V. P. de verlas, tanto más cuanto ese señor ha estado tan poco corriente con la Compañía, como V. P. sabe. *El P. Tirso es tan insigne y fervoroso misionero, como estudiante, y eslo muy grande y de excelente ingenio, y mucha ostentación; y si maestro de su edificación y ejemplo no fuera de tanta importancia para nuestros hermanos, yo le empleara de asiento en tan glorioso ministerio como el de las misiones.*

Las cartas del Ilmo. Prelado Oxomense, que se conservan en nuestros archivos, son del tenor siguiente: 1.^a «Recibí de [parte?] del correo la carta de V. P. Rma. con mucho consuelo y gozo de que V. Rma. me tenga en su memoria, así para que se sirva encomendarme á Dios, como si se ofreciere ocasión de mandarme alguna cosa de su servicio. El P. Tirso y el P. Antonio instantemente trabajan en esta espiritual viña, esforzando á que seamos buenos y santos; y con todos creo lo han de conseguir, sino conmigo. Y será mayor culpa mía, teniéndolos tan cerca. Grandísimo fruto hacen;

(1) Nació el P. Lezaun en Pamplona y, á los 59 años de edad y 43 de Compañía, vino á morir en Villagarcía de Campos, el 13 de Agosto de 1660. Había sido Maestro de Novicios, Rector, Instructor de Tercera Probación y Provincial.

¡Dios sea bendito!; y V. R. me ha de hacer merced, de prestarme al P. Tirso en Soria, el verano que viene, como me lo tiene ofrecido.»

«*Aunque su ingenio es para todo, pero su espíritu y vocación le llaman á las misiones.* El gran juicio y virtud de V. Rma. verá en lo que servirá mas á Dios. Yo como operario evangélico, aunque inútil, abogo por almas, y creo que vale mas salvar una sola, que escribir muchos libros, cuánto más tantas, como van mejorando. Suplico á V. Rma., que, si se detuviesen ocho ó diez días más, me lo permita; porque están muy enfermos dos lugares de este obispado, y deseo que me los curen.

Recibí de V. Rma. la carta del Sr. Obispo de Palencia para Su Santidad, y suplico á V. Rma. con toda llaneza é ingenuidad, que haga escribir otra al intento, por la persona que quisiere, que la firmaré yo con mucho gusto, y añadiré lo que V. P. Rma. gustare, porque sobre ignorar entrambas lenguas con igual torpeza, deseo que vaya de la forma que gasta la Santísima Madre y Religión, donde aprendió aquel Venerable Padre (1) la santidad, que tan merecida tiene la bendición apostólica. Dele Dios la bendición á V. P. Rma. como deseo, y guárdele muchos años.—Aranda 3 de Octubre de 1658.—Juan, Obispo de Osma.»

Tres días después volvió Palafox á escribir esta otra, no menos expresiva, carta: «Envío á estos *santos hijos* de V. P. Rma. y propiamente *ángeles del Señor*, evangelizantes de su santísima palabra, como embajadores de mi afecto á V. P. Rma. No se han dejado regalar de mí, por conservar también esa circunstancia de apóstoles. *No es ponderable el bien que han hecho á estas almas, y cuán reconocido me hallo á la merced que V. P. Rma. me ha hecho en esto.*

Yo suplico á V. P. Rma, que se acuerde, que me tiene ofrecido darme al P. Tirso para el verano que viene, y si trae el mismo compañero será circunstancia de mayor consuelo. Cierto, Padre Reverendísimo, que tiene mucho qué mirar y qué pensar para desviar de las misiones al P. Tirso, *porque es declarada para esto su vocación*, y es grande cosa esto de ganar almas: que pesa más para Dios ganarle una sola, que hacer una librería entera. De tratados escolásticos, y aún de Artes, hay muchísimos, y aún sobran, y de otro mucho menos, y falta para la necesidad que hay en el mundo de operarios

(1) Parece aludirse aquí al V. P. Luis de La Puente, por cuya beatificación elevaban á Roma sus preces los Prelados españoles.

fervorosos, cuando tan fervorosas andan las culpas.—Dios me guarde á V. P. Rma. como deseo y se lo suplico.—Aranda 6 de Octubre de 1658.—Juan, Obispo de Osma.» (1)

(1) A los que conozcan la enemiga de Palafox á la Compañía, les admirará no poco, ver estas pruebas de afecto. ¡Tanto pudo conseguir de él la fervorosa vida y ardiente celo del P. Tirso!

CAPÍTULO SEGUNDO

Breve itinerario de todas las misiones.—1665-1686

SUMARIO: 1. Razón de ser de este itinerario y primer año de las misiones en Extremadura.—2. Segundo año: misiones en Navarra y Aragón.—3. Tercer año: nuevas misiones en Extremadura.—4. Continúa lo de Extremadura, y comienza á misionar en Andalucía.—5. Misiona el cuarto año en Granada.—6. Concluye de misionar en Granada, y pasa á Málaga.—7. Pasa á Gibraltar y Ceuta y termina las misiones de Málaga.—8. Pasan á misionar á Alcalá y Madrid.—9. Pasa el verano en Jesús del Monte, y en el otoño del quinto año, misiona en las principales ciudades de Castilla la Vieja.—10. Celebradas las Navidades en Salamanca, vuelve á misionar en Andalucía.—11. Séptimo año de las misiones: continúa sus correrías apostólicas por Andalucía.—12. Misión de Sevilla y conversiones de moros: vuelta á Castilla.—13. Comienza las misiones de Galicia.—14. Continúa, el noveno año de sus misiones, evangelizando á Galicia.—15. Es llamado á misionar por segunda vez en la Corte, y de allí pasa á otras ciudades.—16. De vuelta para Galicia misiona en León y Villafranca del Bierzo, su tierra natal.—17. Nuevas misiones en Galicia.—18. Continúa su labor evangélica por Coruña, Santiago y Lugo.—19. Misiona en las rías bajas, y algunas otras comarcas de Pontevedra.—20. Termina de misionar el Arzobispado de Santiago, y pasa á Mondoñedo y Orense.—21. Vuelve por Portugal á Salamanca; misiona en el reino de León; rómpese un brazo.—22. Es destinado de nuevo á la enseñanza y misiona de vez en cuando.—23. En la cuaresma del 79 es llamado á Sevilla.—24. En la del 81 y 82 misiona por tercera vez en Madrid y Salamanca.—25. Graves asuntos reclaman de nuevo su presencia en Madrid.—26. Misiona por Salamanca y en Valladolid.—27. Cuaresma del 86 y proyectos para lo futuro.

FUENTES HISTÓRICAS: 1. Breve itinerario de las misiones que hizo el P. Tirso Gonzalez, desde que Dios le sacó para este ministerio hasta el año 1686, ms.—2. Diario de Salamanca.—3. Libro de Entierros del Colegio de Salamanca.

I. Consagrados los PP. Tirso Gonzalez de Santalla y Juan Gabriel Guillén al ministerio de las misiones, recibieron orden especial del M. R. P. Juan Pablo Oliva de hacer la historia de sus trabajos apostólicos, anotando los sucesos principales que fueran acaeciendo en ellos. Obediente el P. Tirso á las disposiciones de su Superior, fué escribiendo un breve itinerario de los lugares misionados, y una relación de los trabajos ejecutados en dichos lugares. Esta relación es la que llama el P. Tirso *Itinerario*, simplemente tal.

En el presente capítulo, proponemos á nuestros lectores el *Itinerario Breve*, que es, como un resumen, de todo lo que en los siguientes iremos publicando, tomado, ya del otro *Itinerario* del mismo Padre Tirso, ya de las relaciones hechas por sus compañeros, según lo exigiere el buen orden y la más clara y completa exposición de los hechos. Y, hecha esta advertencia, dejamos la palabra al celoso misionero.

Itinerario Breve de las Misiones que hizo el P. Tirso desde 23 de octubre del año de 1665. que salta para este ministerio: á las 29 de Julio del año de 1679. que anduvo el Arzobispado de Santiago.

(Sobrescrito autógrafo del Itinerario Breve.)

Partimos de Salamanca el P. Juan Gabriel Guillén y yo, en 23 de Octubre de 1665; fuimos á visitar el cuerpo de Santa Teresa, y empezamos á misionar por Valdefuentes, último lugar del obispado de Salamanca. Luego nos dividimos en dos lugares cortos, el P. Guillén en Valdehijaderos, yo en la Calzada. Juntámonos en Balbuena. y de allí pasamos á Montemayor, y de aquí á Baños, primer lugar de Extremadura, donde le dieron unas calenturas al P. Guillén. Pasamos de allí al Villar de Plasencia, que dista cinco leguas de Baños, y el P. Guillén se retiró á curarse á Plasencia; yo en el ínterin hice misión en el Villar y en Jarilla.

Llegué día de la Expectación á Plasencia, y hallé ya sin calentura al P. Guillén. En 27 de Noviembre pasamos á la villa de Galisteo, y de allí á la de Torrejoncillo. Mientras yo acabé de concluir algunas cosas de esta misión, pasó el P. Guillén á una aldea corta llamada Portaje. Luego pasamos á la ciudad de Coria, en 7 de Diciembre, é hizose misión en la Catedral, asistiendo el señor Obispo, y en un convento de monjas. Pasadas las Navidades, partimos á la villa de Ceclavín, plaza presidida [con guarnición] en las fronteras de Portugal, adonde estaba recogida lo mas de la gente de la villa de la Zarza, que quemaron los portugueses. Hizose misión en otro convento de monjas, y se les dieron diez pláticas. De aquí fuimos, en 13 de Enero, á la villa de Alcántara, que era plaza de armas de mil

vecinos, y tendría más de 700 soldados; hízose misión en dos conventos de monjas, con seis pláticas en cada uno. De Alcántara pasamos á Brozas, villa de 800 vecinos, que tenía alojados un tercio de soldados; hízose también misión en dos conventos de monjas.

De Brozas pasamos á la villa de Arroyo del Puercu, en que estaban alojados tres capitanes de caballos [caballería, con sus soldados]. De aquí, víspera de San Matías, y quince días antes de cuaresma, pasamos á Garrovillas, villa de mil vecinos; hízose también misión en dos conventos de monjas. Mientras el P. Guillén quedó concluyendo aquella misión, pasé yo á hacerla, acompañado de un buen sacerdote, á un lugar llamado Las Ventas, que está entre Brozas y Garrovillas. Juntámonos después en el Casar, y de allí pasamos, segundo sábado de cuaresma, á Cáceres, donde se hizo juntamente misión en cinco conventos de monjas. Detuvímonos allí toda la cuaresma y pascua de Resurrección.

A primero de Mayo partió el P. Guillén para Medellín, á donde hizo misión en compañía del P. Andía, que vino de Fuente de Cantos á ayudarle, empezando primero por la villa de Don Benito, pasando de allí á Medellín y Miajadas. Yo me quedé en Cáceres al negocio de una nueva fundación, que allí se ofreció, y estuve esperando, concluido este negocio, al P. Guillén, el cual vino de Miajadas á Cáceres á 20 de Junio, y á 22 nos partimos, su Reverencia para Toledo, y yo para Salamanca, á descansar el verano. La relación de los sucesos de este año la escribió el P. Guillén á nuestro Padre.

2. Al segundo año nos dividió la obediencia; el P. Guillén con el P. Miguel de Fuentes volvió á proseguir lo de Extremadura, é hizo misión en Trujillo, Mérida, Fuente del Maestre, Almendralejo y otros lugares. Yo pasé al reino de Navarra, á fines de Octubre de 1666, é hice misión en compañía del P. Ochoa; primero en la villa de Lumbier, y en un convento de monjas que allí hay; después en Sangüesa, y de allí pasamos á Sos, villa de Aragón, y de Sos á Uncastillo. Luego dimos la vuelta á Pamplona, á donde se hizo la misión, después de Pascua de Reyes (y juntamente en algunos conventos de monjas, sujetas al Ordinario), por tres semanas, en S. Cernin. Detuviéronme allí aquellos señores de la Audiencia para que les predicase la cuaresma.

En la primavera del año 1667 pasé á hacer misión á Puente de la Reina en compañía del P. Ochoa, y después, en compañía del Padre Andrés Lince, en la villa de Mendigorriá, y en la ciudad de Estella.

En la Puente hice misión en el convento de las Comendadoras de San Juan, y en Estella en el convento de las Benitas.

De Estella pasamos al valle de Abarzuza, y de allí á la ciudad de Tafalla, de donde me recogí á tener el verano en Barandian, granja del Colegio de Pamplona. Fui á visitar la casa de nuestro Padre San Ignacio, á fines de Agosto y principios de Septiembre; y luego, por orden de N. P. General, me volví á juntar con el P. Guillén, el cual aquel verano se quedó en Zafra, y allí le dió una enfermedad, de que vino á convalecer á Madrid. No tuve yo noticia de ello en Navarra, hasta que llegué á Salamanca; allí esperé algunos días, hasta que tuve aviso suyo, que me partiese, que me esperaría en Cáceres.

3. Partí de Salamanca á 6 de Noviembre de 1667, y por haber llegado temprano al Endrinal, hice aquella noche el acto de contrición por las calles y prediqué un sermón. El día siguiente determiné ir á dormir á la Jarilla y, al salir de Aldeanueva, perdí el camino, y sin pensar me hallé á vista de un lugarillo llamado Segurilla de la Sierra; y no pudiendo acertar el camino para volver á él, me fui á dormir á aquel lugar. Prediqué aquella noche, y estuve confesando desde antes de amanecer hasta las nueve, y reconocí había sido disposición de Dios, para la salvación de algunas almas. Aquel día fui á dormir á Plasencia, y al siguiente á Talaván, cinco leguas antes de llegar á Cáceres. Salí allí con el acto de contrición por las calles, haciéndolo una vez fuera y otra dentro de la iglesia, habiendo precedido una plática de una hora; fué extraordinaria la moción.

Llevaba mula solamente hasta Cáceres, y aunque no encontré allí al P. Guillén, hallé carta suya en que decía, que me esperaba en Mérida. Dí con un arriero que me llevase hasta allá; y por huir del enemigo, esto es del Portugués, que infestaba aquellos caminos, fuimos por rodeo, y dormimos en Montanchez, villa de 300 vecinos. Allí hice el acto de contrición por las calles, y prediqué un sermón aquella noche, pagando Dios de contado este corto servicio; pues no hallando antes qué comer, después, de todo sobró, y se remediaron por este medio muchas almas. El día siguiente llegamos de noche á una aldea, dos leguas antes de Mérida, llamada San Pedro: hice el acto de contrición por las calles, juntando la gente, y acabando con una plática.

Llegué á Mérida, y no hallé allí al P. Guillén, porque estaba haciendo misiones en la Zarza, lugar de 300 vecinos, dos leguas de

Mérida. Mientras venía el P. Guillén, hice misión en dos conventos de monjas, en el de Jesús, y en el de la Concepción. Tres días estuve esperando, y en viniendo él, partimos para Badajoz. Hicimos noche en Salaveruela, adonde estaban alojados muchos soldados; salimos con el acto de contrición, hicimosle dos veces fuera y una dentro de la iglesia con una plática, y no hallando antes posada ni qué comer, después nos sobró todo.

Llegamos á Badajoz, viernes 18 de Noviembre del 1667, al tiempo que estaba allí el señor Marqués de Caracena con todo el ejército; hicimos misión 15 días en la Catedral y en los conventos de monjas. De Badajoz pasamos á Albuquerque, víspera de Santo Tomé; dióse misión en la villa, que estaba llena de soldados, y en un convento de monjas. Después, para que fuese mayor el fruto nos dividimos; el P. Guillén fué al Acebuchal, Villalba y á Los Santos; y yo, acompañado de un sacerdote, seglar, eché por otra parte. Hicimos misión primero en Salaveruela, y al mismo tiempo en un convento de monjas carmelitas descalzas, sujetas al ordinario; de allí pasamos al Montijo, á 19 de Enero de 1668, y estuvimos hasta el 3 de Febrero; y estando aquí hicieron los portugueses la entrada á robar ganado. De allí pasamos á la Puebla del Montijo, y de aquí á Lobón. En el Montijo se hizo también misión á un recogimiento de Beatas.

De Lobón se volvió el sacerdote que me acompañaba á Badajoz, y yo pasé á Almendralejo (adonde había hecho el P. Guillén el año antes misión) el sábado de *carnestolendas*. Hice aquella noche el acto de contrición por las calles; prediqué el domingo por la mañana á la fiesta de las *Cuarenta Horas*, y por la tarde hice una plática y doctrina. El lunes pasé a la Fuente del Maestre, y prediqué el martes a las *Cuarenta Horas*. De allí pasé a Zafra, adonde había hecho misión el año antes el P. Guillén, y prediqué el Miércoles de Ceniza por la tarde. De aquí pasamos a la villa de Los Santos, donde poco antes acababa de hacer misión el P. Guillén. Prediqué aquella noche, y el viernes vinimos de Los Santos á Llerena.

Empezóse la misión de Llerena con el acto de contrición, duró quince días y, concluida, se partió el P. Guillén a la villa de Montemolín, que es de 400 vecinos, en compañía del P. Andía, que residía en Fuente de Cantos. Yo, porque la Inquisición me echó el sermón de la Samaritana, no pude alejarme tanto; fuí solo a Villagarcía, lugar del duque de Arcos y patria del Cardenal Siliceo, que es de 150 vecinos y, hecha aquella misión, volví á Llerena á predi-

car el sermón de la Inquisición. Uno de los principales frutos de la misión de Llerena, fué la reformatión del convento de Santa Ana adonde, yo solo, hice siete pláticas, y el P. Guillén otras, Pasé de Llerena á Montemolín sábado *ante quartam dominican*, ayudé á los Padres á confesar el domingo, y prediqué el último sermón.

4 De allí partimos el P. Guillén y yo á Fregenal, distante siete leguas, hicimos misión en aquella villa, y al mismo tiempo en otra cercana de 350 vecinos, llamada La Higuera, ayudados de los Padres del Colegio, remudándonos el P. Guillén y yo de una parte á otra. Quedóse el P. Guillén en Fregenal para concluir aquella misión, y yo, en compañía del P. Manuel de Lara, ministro de aquel Colegio, pasé á la villa de Burguillos, adonde al mismo tiempo se hizo misión en un convento de monjas. De Burguillos salí, Sábado Santo por la mañana, á Fuente de Cantos, adonde hice aquella tarde una plática á las monjas Carmelitas Descalzas que allí hay. Lle vé conmigo al P. Andía, que estaba en aquella Residencia, para que me acompañase la primavera, con el fin de que, divididos el Padre Guillén y yo, fuese mayor el fruto. Vinimos á dormir, día de Pascua á Llerena. Allí descansé aquellas fiestas é hice una plática en Santa Ana, y dos en la iglesia mayor, después del rosario.

El P. Guillén estaba ajustado de salir á misión con el P. Medina, predicador del Colegio; y porque este había de tomar unas píldoras, llevó el P. Guillén consigo al P. Andía á la misión de Azuaga, y yo con un sacerdote muy virtuoso, llamado D. Juan del Castillo, vine á Fuente del Arco, y empecé la misión, viernes por la noche, con el acto de contrición. El domingo por la tarde entré en Guadalcanal, y ese día dimos principio á la misión con el acto de contrición, á que me ayudó el P. Peñarrubia, que había ido á aquella villa á cierto negocio, y juntamente predicó dos sermones de misión. Al mismo tiempo hacía misión en dos conventos de monjas, que hay allí, sujetas al ordinario, platicándolas por la mañana, y predicando por la tarde al pueblo. Después de once días vino el P. Andía á juntarse conmigo, y el P. Medina fué á acompañar al P. Guillén.

De Guadalcanal pasamos á la misión de Cazalla, distante de allí tres leguas, en 26 de Abril, y se hizo al mismo tiempo misión en un convento de monjas Agustinas. De Cazalla pasamos á la misión de Constantina, domingo 13 de Mayo al amanecer, y dimos principio aquella noche con el acto de contrición: aquí se ajustaron aquellas paces de tanta monta.

De Constantina me retiré á Llerena, año de 1668, por una voz que corrió de que el P. Guillén había vuelto allá, la cual fué falsa; pues andaba en misión en los Pedroches de Córdoba, y después se retiró á Madrid, adonde el P. Ginés de la Fuente, que salió por Provincial, le forzó á entrar por su secretario. Estuve en Llerena desde 8 de Junio hasta principios de Julio; y hallándome mal de salud, me pasé á Fregenal á tener lo restante del verano, é hice algunas pláticas en la iglesia mayor y en las monjas de Santa Ana.

5. Salió el P. Cachupín por Visitador de Andalucía, y con ocasión de enviar á buscar para Procurador de Granada al P. Manuel de Lara, que residía en Fregenal, envió también por mí, con sus mulas. Partimos los dos víspera de la Porciúncula, y vinimos á decir misa á Segura de León. Hice aquella mañana una plática en un convento de monjas, á que concurrió mucha gente, y cogimos singular fruto en el confesonario. Prediqué por la tarde un sermón de enemigos á instancia del corregidor, levantándose los encontrados, que á gritos se pidieron perdón. Con esto y con el acto de contrición, que hicimos por la noche, les dejamos dispuestos para ganar el jubileo. Partimos, día de la Porciúncula, y pasando por Guadalcanal y Constantina, prediqué en estas dos villas de paso, para persuadirles á conservar el fruto de la misión.

Llegué á Granada el día de San Lorenzo, y aquel verano hice misión en el convento de Santa Isabel la Real, y algunas pláticas á las Recogidas, y otras, por orden de la Inquisición, á los penitenciados por el Santo Tribunal, que vivían juntos. En este tiempo el Padre Guillén reclamó fuertemente á Roma, y obtuvo volver á juntarse conmigo, y mientras su Reverencia llegaba, salí con el P. Bartolomé de Arjona, Lector de Escritura de aquel Colegio, á hacer misión á Alcalá la Real, y á la villa del Castillo.

Víspera de Todos Santos del año 1668 partimos el P. Guillén y yo con el P. Francisco de Amayuelas, maestro de Gramática del Colegio de Granada, á la misión de Motril, adonde se ejecutaron aquellas célebres paces, que describió el P. Guillén en su relación. De allí pasamos á hacer misión en Granada por el adviento de 1668, y de Granada pasamos á Morón de la Frontera, diócesis de Sevilla, á principios de 1669, adonde se ajustaron otras paces como las de Motril, aunque no fueron tan firmes.

De Morón pasamos a Sevilla, é hicimos misión desde la Septuagésima hasta las Cuarenta Horas, esto es, hasta los Carnavales, en

Triana, y después, desde el miércoles de Ceniza, dentro de la ciudad. Era Arzobispo el Sr. D. Antonio Payno. Pasada la cuaresma del 69, después de Pascua, nos dividimos; el P. Guillén con el P. Zuleta pasó á Osuna y después á Antequera; yo con el P. Estanislao de Acosta pasé a Marchena, y de allí á Cañete la Real, adonde estaba alojado un tercio de soldados; haciendo primero misión dos días y medio en Saucejo, adonde el Colegio de Osuna tiene un cortijo; allí fué el fruto estupendo, pues casi todas era confesiones de necesidad.

Dejando en Cañete la Real al P. Estanislao, para que concluyese la misión, me adelanté yo para introducir la de Ronda, día de fiesta y su víspera. La introduje con el acto de contrición, y al día siguiente con doctrina y sermón. Vino después el P. Estanislao, y se prosiguió la misión con inmensos concursos y fruto. No cabiendo la gente en la iglesia, que es bien capaz, nos salimos á la plaza, y no acomodándose aun aquí bien, bajamos allá abajo á unos llanos, debajo de unas arboledas, á donde se predicó los días de pascua del Espíritu Santo. Hízose segunda vez el acto de contrición, y al concluirse conté el ejemplo de Pelayo, que debió de sacar más de 600 confesiones de necesidad; yo solo en una mañana hice 68 de pecados callados. Hízose misión en el convento de monjas Franciscas, á instancias de su Vicario, y se dejó fundada una ilustre congregación en Santa Cecilia, que es el arrabal; y tan entablado el jubileo del mes, que en cada uno de ellos se gastarán tres mil formas. La víspera anda un hombre devoto con la campanilla por las calles, haciendo este pregón: *Mañana se gana el jubileo, que dejaron los Padres de la misión;* y así á este jubileo llamaban, el jubileo de la misión.

De Ronda se partió para Sevilla el P. Estanislao, y yo vine á juntarme con el P. Guillén á Antequera, haciendo noche en un lugar que llaman el Campillo. Hice allí el acto de contrición, que les movió mucho, y en Antequera prediqué un sermón. De allí nos partimos para Granada, deteniéndonos cinco días en la villa de Archidona, para hacer misión.

Llegamos á Granada, víspera de San Pedro de 1669, para tener allí el verano, y durante él predicamos los domingos por la tarde, yo en la carrera de Darro, y el P. Guillén en otras partes. Allí asistimos á un ajusticiado, que degollaron. Caí malo, y recobréme con haberme retirado á Jesús del Valle, que es sitio muy fresco, arriba de Granada legua y media, adonde el Colegio de Granada tiene una casa de campo y una huerta.

6. Salimos de Granada para la ciudad de Loja, viernes por la tarde 28 de Septiembre; el P. Juan Gabriel, el P. Francisco Amayuelas y yo. Introdujimos la misión el sábado con el acto de contrición, y estuvieron los Padres conmigo hasta el viernes siguiente, que se partieron para la ciudad de Alhama. Quedé yo solo hasta que el martes por la mañana me vino á ayudar un sacerdote muy espiritual de Granada, llamado D. Dionisio de Barrio.

De Loja se volvió el sacerdote á Granada, y el P. Amayuelas desde Alhama. Yo me fuí de allí á Málaga, adonde entré jueves por la noche, 17 de Octubre, en que llegó también el P. Guillén. Domingo 20 de Octubre dimos principio á la misión por la catedral; el fruto de la misión, y el tiempo que duró lo describió el P. Guillén en su relación.

Concluida la misión de Málaga, empecé á predicar á los moros, engolosinados con la conversión de una esclava muy rebelde, llamada Fátima, que teniendo dos hermanos cristianos jamás se quiso convertir. Estaba la esclava á la muerte, y me llamaron para hablarla. Dió Nuestro Señor eficacia á mis palabras, bautizóse, y recibió el viático y la extremaunción con gran consuelo suyo y de todos. Era esclava del racionero Montenegro.

Después de varias consultas sobre el lugar adonde se había de predicar á los moros, vinimos á parar en el teatro de las comedias, adonde sucedió lo que cuenta el P. Guillén en su relación. Bautizáronse treinta y tres, día de San Juan Evangelista, por mano del Sr. Obispo D. Fray Alonso de Sto. Tomás de la Orden de Sto. Domingo, hijo del Rey don Felipe IV, no reconocido; y después otros diez ú once, en bautismos particulares, año de 1670.

Mientras yo quedaba en Málaga á rezagos de la misión, pasó el P. Guillén á Velez Málaga con el P. Zanartu, después fuí yo á ayudarles, y prediqué dos ó tres sermones á los moros, convirtiéndose cinco ó seis, de los que se hizo bautismo solemne, siendo padrinos los señores Marqueses de Santillana, Gobernadores de la Costa.

Luego el P. Guillén hizo allí misión en una fortaleza, ó presidio de soldados, y yo pasé á Villabermeja, que se estaba abrasando en odios, y todo, bendito sea Dios, se compuso con la misión. De allí vine á una casa de campo de D. José Acedo, é hice algunas pláticas á la gente de aquellas aldeas, que no había concurrido á Málaga; y fué el Señor servido de rescatar por este medio algunas almas.

7. El señor Marqués de Asentar, que gobernaba á Ceuta, hizo grande instancia con el Sr. Obispo de Málaga, para que nos enviase á hacer misión á aquella ciudad. Y como había su Ilustrísima dado palabra

al Marqués de Aytona de enviarnos á hacer misión á la corte, y que estaríamos en Madrid para la Candelaria, fué forzoso anticipar la jornada á Ceuta, á donde fuimos en compañía de tres sacerdotes, que nos ayudasen á confesar. Fuimos por tierra y, llegados á Gibraltar, mientras estuvimos esperando barco de Ceuta, que viniese por nosotros, hicimos el acto de contrición por las calles, y yo prediqué dos sermones á los moros, que hizo convocar el Sr. Marqués de la Laguna, que gobernaba aquella plaza, y el P. Guillén predicó á los cristianos. Después pasamos á Ceuta, é hicimos la misión con la moción y fruto, que describió el P. Guillén.

Salimos de Ceuta con intención de tomar el rumbo de Estepona, villa más arriba de Gibraltar hacia el oriente cinco ó seis leguas en medio del estrecho, pero se turbó el tiempo, y por no perdernos, fué necesario dejarnos caer al puerto de Gibraltar. Allí entramos sin pensamiento de detenernos ni predicar. Y así pedimos de seguida al señor Marqués caballos para ir por tierra. Estábamos ya almorzados para caminar, pero fué tanta la continuación de la lluvia, que nos obligó á detenernos. Un caballero se llegó á mí entonces y me dijo: Padre, algo pretende Dios con esta determinación; yo tengo una esclava que me ha dicho, que algunas moras están tocadas de los sermones de los otros días, y será posible que pidan algunas el bautismo, si se les hace otro sermón. Apenas determinamos hacerlo se mudó el viento de vendaval en poniente, que serenó el cielo.

Mandó el señor Marqués echar un bando, que todos los que tuviesen moros y moras los llevasen á la tarde á la iglesia. Como había de predicar el P. Guillén á los cristianos, yo hice antes una plática de tres cuartos de hora á los moros, y cinco moras pidieron el bautismo, con que claramente conocimos la disposición de la Divina Providencia para la conversión de aquellas almas. Serenado ya el tiempo, nos volvimos á embarcar, y por no doblar el monte Calpe y entrar otra vez en el estrecho, enviamos por allá el barco vacío y nosotros fuimos por estotra parte del norte con nuestro ato para embarcarnos. Por falta de viento, no se pudo arrimar el barco á parte cómoda, y nos costó trabajo el trepar por aquellas peñas, para salir adonde nos esperaba el barco. En fin, nos embarcamos, y el P. Guillén, con uno de los sacerdotes se quedó en la villa de Estepona, y yo, con los otros dos, pasé á la ciudad de Marbella, que está más arriba. Allí hice misión á los cristianos; y prediqué á los cristianos y á los moros con más eficacia que en ninguna parte; y para que se echase de ver, que la conversión de los infieles es toda de la eficacia de la gracia, el P. Guillén que nunca había predicado á los

moros, haciendo un sermón de la muerte, y diciéndoles *obiter* algunas razones, convirtió cuatro ó cinco que allí había, y yo no convertí ninguno con dos sermones muy fuertes.

Había en Marbella un moro noble, que tenía el Alcorán en la uña, y decían que había sido colegial en Fez. Este previno á los suyos diciéndoles, que yo era hechicero y que embaucaba á los moros, y que con hechizos había pervertido tantos moros en Málaga; hízoles un convite y los juramentó para que nadie pidiese el bautismo, y dicen, los emborrachaba cuando habían de ir al sermón. Mas ¡oh bondad y misericordia infinita de Dios! esta injuria vengó Dios, con darle el verano siguiente una enfermedad, en la cual el mismo, sin que nadie le hablase, pidió el santo bautismo, y murió cristiano, según me escribió el Sr. Obispo de Málaga.

8. Partimos de Málaga el P. Guillén y yo á la Corte, según pienso á cinco ó siete de Febrero del año 1670. Tuvimos un tiempo muy terrible con lluvias, vientos y nieves; hicimos de camino el acto de contrición, terminándolo con una plática, en muchos pueblos, como en Aldamuz, La Conquista, Almodóvar del Campo y otros lugares, y con todo eso llegamos, bendito sea Dios, con salud á Madrid, día del Angel.

Fuí á la hermita del Angel, detrás de la Puente Segoviana, adonde hay inmenso concurso, y publiqué la misión, que habíamos de hacer en la Corte, antes de la cual fuimos por las carnestolendas á la Universidad de Alcalá, y empezamos la misión miércoles de Ceniza. Yo vine de Alcalá á Madrid, para empezar la misión de la corte, sábado *ante secundam dominicam*, quedándose el P. Guillén á acabar la de Alcalá.

Empezóse, en efecto, la misión de Madrid, la segunda dominica de cuaresma, por San Sebastián. Después de la misión de los cristianos, predicamos á los moros; y la primavera la gastamos, en hacer misión en todos los conventos y comunidades sujetas al ordinario, en catequizar los moros convertidos, en hablar á otros para convertirlos, y en disponer el bautismo de todos los ya preparados, el cual se celebró solemnemente en el Colegio Imperial, por pascua del Espíritu Santo. Fué el bautismo, de unos once ó doce. Bautizólos el señor D. Miguel Perez, Obispo Titular.

9. Por San Juan nos retiramos á Jesús del Monte, más allá de Alcalá seis leguas, á tener el verano con las escuela [*los estudiantes*] del Colegio de Alcalá, que se pasa á este sitio. Después el P. Guillén, aquel verano, hizo jornada á Aragón, y tuvo misión en Cariñena

su patria; yo vine á hacerla en Segovia, y acudió de Salamanca á ayudarme el P. Rubí. Empezóse esta misión, víspera de la octava de la Natividad de nuestra Señora, con una doctrina en que fué el señor Obispo, y acabóse día de San Miguel. El día siguiente, para recoger la rebusca, se hizo segunda vez el acto de contrición.

De allí pasamos el P. Rubí y yo á la misión de Avila, y estando en medio de ella, vino el P. Guillén á juntarse conmigo. Con eso el P. Rubí se volvió á Salamanca, y nosotros pasamos á hacer misión á Valladolid, y concluida ésta, pasamos á Burgos, adonde no nos pudimos detener más que diez ú once días, por el poco tiempo que nos quedaba para la misión de Salamanca. Esta se empezó día de la Concepción de nuestra Señora de 1670.

10. Hicimos las Navidades en Salamanca. De Zamora vinieron dos regidores de parte de la ciudad á pedir misión. Nosotros teníamos orden de nuestro P. General, ganado del Sr. D. Ambrosio de Espinola, Arzobispo de Sevilla, para ir á hacerla á su arzobispado. Estando nosotros en Andalucía la primera vez, hicieron á su Ilustrísima Arzobispo de Santiago y clamaba por llevarnos á Galicia, y nosotros nos excusábamos por no dejar aquello. Murió el Sr. Arzobispo Payno, é hicieron Arzobispo de Sevilla al Sr. D. Ambrosio Espínola, y entonces convirtió la pretensión en volvernó desde la corte á su arzobispado. Yo saqué de su Ilustrísima licencia, para hacer primero misión en algunas ciudades principales de mi provincia de Castilla. No fué posible mover al P. Guillén á que nos detuviésemos más, excusándose con el orden de nuestro P. General, y por esta razón no podía el P. Provincial de Castilla mandárnoslo.

Sintieron tanto algunos Prelados de Castilla la Vieja, y los Jesuitas de ella, que volviésemos tan presto á Andalucía, que se quejaron á la Reina nuestra Señora, y sacaron decreto de su Majestad para que nos detuviésemos por acá. Pero no fué con tanta presteza, que nosotros no hubiésemos partido antes de intimárselo ella á los Provinciales. Partimos pues, pasados Reyes del año 1671 para Andalucía, y fuimos por Extremadura. En Plasencia nos quiso, casi por fuerza, detener el Cabildo; pero por la misma razón que nos excusábamos de detenernos en Castilla, nos excusamos en Plasencia.

En esta jornada hicimos el acto de contrición de noche, en muchos lugares adonde llegamos, con un sermón por postre, como en Trujillo, en un lugar que llaman Torrejón, en Miajadas, La Oliva, Ornachuelos, Guadalcanal, Constantina, Porcuna y otros lugares. Fuimos derechos á

Sevilla, á dar la obediencia al Sr. Arzobispo, el cual recibió el decreto de la Reina, y suplico de él á su Majestad.

De Sevilla volvimos á la ciudad de Ecija á empezar la misión. Acabada ésta pasamos á la de Jerez de la Frontera. Allí se predicó juntamente á los moros, y se convirtieron unos catorce ó quince. Hicimos en Jerez la Semana Santa, y después de los días de Pascua pasamos á Cádiz, á ruegos del Sr. Obispo y de la ciudad, que pidió con instancia la misión por estar aturridos con los estragos que hizo por aquel tiempo un huracán. Mi señora, la Duquesa de Segorbe y Cardona, casada con el Sr. Duque de Medinaceli, instaba por la misión para el Puerto de Santa María, adonde su Excelencia residía. A la sazón estaba el Duque su marido en Madrid. Pedímosle á dicha señora licencia para pasar primero á Cádiz, por lograr la buena disposición en que les había puesto el huracán, y obtenido el permiso, pasamos á Cádiz, adonde se hizo una gran misión, y se convirtieron muchos moros. Treinta y ocho bautizó un día el Sr. Obispo, fuera de otros que se bautizaron en bautismos particulares.

Dejando al P. Guillén en Cádiz, para acabar de perfeccionar algunas cosas que faltaban, pasé yo al Puerto de Santa María, á introducir la misión y dar principio á ella. Aquí se catequizó el Príncipe de Fez, sobrino del Rey Tafilete, y se bautizó solemnemente, llamándose D. Agustín José de la Cerda y Aragón. Predicamos aquí también á los moros, y se convirtieron muchos; y después se hizo, de ellos y de los negros, un bautismo de treinta y ocho.

Pasamos del Puerto á la misión de Sanlúcar de Barrameda, adonde se predicó también á los moros, y se convirtieron y bautizaron seis ó siete. Desde el Puerto de Santa María volvimos á Cádiz á asistir al solemne bautismo de los treinta y ocho moros, llevando con nosotros al Príncipe D. Agustín, que ayudó mucho á la conversión de éstos, y estando aquel verano en Sanlúcar, fuimos á Jerez, á asistir al bautismo solemnisimo, que se hizo de los moros convertidos, llevando también con nosotros á D. Agustín. Desde Sanlúcar vine al Puerto, á disponer y catequizar, para el bautismo, los moros convertidos y los negros, en que gasté algunos días, y se celebró con mucha solemnidad el bautismo. De todo esto hizo larga relación el P. Guillén.

II. Quedamos aquel verano en Sanlúcar de Barrameda; predicamos algunos sermones los domingos por la tarde, que dió lugar el calor, en la plaza; adelantamos una congregación del Colegio, y catequizamos los moros y dispusimos su bautismo. Bajamos, víspera de nuestra Señora de Septiembre, á la casa de nuestra Señora de Regla, que está en

el último rincón de España, y es el primer edificio que descubren los que vienen de Indias, adonde concurre infinita gente aquel día y toda la octava; y allí hicimos el acto de contrición con una plática.

A fines de Septiembre salimos el P. Guillén, el P. Bartolomé de Andrade (que dejó el Rectorado de Sanlúcar por emplearse en misiones), y yo para la ciudad de Arcos. Detúveme un día en Jerez, á instancia de la congregación de caballeros, que dejamos allí fundada, para hacerles una plática, y principalmente para soldar una quiebra que había padecido la congregación de sacerdotes. Uno de los frutos principales de la misión de Arcos fué la reformación de un convento de monjas.

Concluida esta misión, nos dividimos el P. Guillén y yo, para que fuese mayor el fruto, después de haber andado seis años juntos. El P. Guillén fué á juntarse con el P. Francisco Gamboa, que había solicitado acompañarle, á la ciudad de Lebrija; el P. Andrade y yo pasamos de Arcos á hacer misión á la villa de Bornos, á fines de Octubre de 1671, pues aquella misión se acabó día de Todos Santos. De aquí fuimos á Villa Martín, y de allí á los Algodonales; después á la villa de Zahara, que es el título del Marquesado de los príncipes de los Duques de Arcos. Al fin de esta misión vinieron á buscarme dos sacerdotes de una congregación, que fundé en Ronda en la primera misión, y está floridísima; y mientras el Padre Andrade se quedaba á hacer misión en algunos cortijos de aquella villa, y en un pequeño pueblo llamado Puerto Serrano, que tiene por patrón á San Francisco de Borja, yo pasé á Ronda, adonde hice misión por ocho ó nueve días, con inmensos concursos y grandes frutos. Allí admiré el fervor con que perseveraba la congregación que dejé fundada en la santa misión.

Di la vuelta á juntarme en Puerto Serrano con el P. Andrade. De allí pasamos á la villa de Espera, y de ésta á la de Utrera, y de aquí á la del Coronil, y de ésta á la de Morón de la Frontera, por haber resucitado nuevamente los bandos, con ocasión que los Añones dieron á D. Juan de Boorques, cabeza del bando contrario. Estando en medio de la misión de Morón, vino á juntarse conmigo el P. Juan de Losada, Rector que acababa de ser de Ecija, que estando nosotros en misiones en su Colegio, escribió á nuestro Padre pidiendo el consagrarse á este ministerio, y su Paternidad le señaló por mi compañero; no habiendo podido desprenderse de su antiguo cargo hasta ahora.

Desde Morón pasamos el P. Losada y yo á Huelva, volviéndose el P. Andrade, primero á Sevilla, para pasar de allí á juntarse

con el P. Serrano hacia Fregenal, distante de allí hacia poniente 26 leguas. En Huelva tenían entonces su habitación los Sres. Duques de Medina Sidonia, y allí empezamos la misión por nuestra Señora de la Candelaria. De Huelva volvimos á la villa de Trigueros, más propinqua á Sevilla, adonde tenemos Colegio.

12. No pudiendo detenernos á hacer misión en la villa de Niebla, como lo deseaban, pasamos á Sevilla, porque estaba ya la cuarentena muy cerca, y allí nos juntamos aquella cuarentena de 1672, los cuatro misioneros: el P. Guillén, el P. Gamboa y nosotros, é hicimos durante ella, misión en Sevilla, y después de Pascua predicamos ocho días á los moros en nuestra Casa Profesa; platicándose á los hombres en el patio, y al mismo tiempo á las mujeres en la iglesia. Concluidos estos sermones, mientras los otros Padres catequizaban á los moros convertidos, el Sr. Arzobispo se retiró á Umbrete (1), casa de la dignidad en sitio fresco, para hacer los ejercicios de N. P. S. Ignacio, y me llevó consigo para que se los diese. Volvimos luego, y se celebró aquel bautismo tan solemne de treinta y ocho moros, de que se hizo relación impresa, y después se bautizaron otros, llegando todos á cerca de cincuenta.

Cuatro ó cinco días después del bautismo, yo me partí solo para la misión de Montilla, haciendo por allí camino para retirarme á mi Provincia. Cansóseme el mozo que traía, en Almodovar; y así vine solo hasta Villagarcía. Pasé por Toledo, y de allí vine á Navalcarnero; no quise embarazarme en pasar por Madrid, aunque me convidó con mucha instancia el santo P. Roda, Rector á la sazón del Colegio Imperial.

Vine por Segovia, é hice el acto de contrición, víspera de la Santísima Trinidad, y el día siguiente una doctrina, que se terminó en la Catedral con un sermón que prediqué. De Segovia me retiré á Villagarcía á descansar aquel verano, en compañía del P. Juan Rubí, que cuando hicimos la misión escribió á nuestro Padre pidiéndole dejar la cátedra, para que discurriésemos ambos juntos en este

(1) Hacen mención de estos ejercicios los Bolandos: mens. Julio t. 7 pág. 787. Este Ilmo. Sr. Espinola fué el primero en pedir, *por iniciativa del P. Tirso*, la misa particular de San Ignacio, para toda la Iglesia. Asl consta expresamente del *Libro de Entierros* de Salamanca fol. 186 (vuelta), donde se cuenta, cómo por este favor hecho á la Compañía, se mandaron decir ú oír á todos los Padres y Hermanos: dos misas por Su Santidad Clemente X, que concedió esta gracia, una por el Cardenal Nepote, otra por el Cardenal Everardo, y por último otra por nuestro D. Ambrosio Espinola. El P. Tirso le estimaba mucho, y en prenda de ello le dedicó el Vol. III. de sus *Selectas Disputaciones*, impreso en Salamanca el año 1680.

ministerio; y, alcanzada la licencia, estaba ya en Villagarcía disponiéndose para él.

13. El señor D. Andrés Girón, que sucedió en el arzobispado de Santiago al señor D. Ambrosio de Espinola, y que era Obispo de Pamplona cuando yo hice misión en aquella ciudad, instó con nuestro Padre, pidiéndole me enviase á su arzobispado, y lo obtuvo después de mucho tiempo de pretensión, y á ese fin vine de Andalucía. Antes de pasar á Galicia, salimos por nuestra Señora de Septiembre el P. Rubí y yo á hacer misión en Rioseco, porque la ciudad y clerecia vinieron á pedirlo. Concluida aquella misión nos partimos á Santiago, adonde llegamos á principios de Octubre. Dimos principio á las misiones del arzobispado por Padrón, adonde empezamos día de Santa Teresa. Hiciéronse allí dos comuniones generales, porque una no bastó para tanta gente. Duró la misión diez y nueve días, y dejamos fundada una buena congregación. Aquí me sentí indispuerto, y se me puso el rostro y los ojos de color de atericiado, con que fué preciso recogerme á Santiago, adonde, con solo beber agua fría con nieve, estuve bueno. El P. Rubí pasó á Rianjo con el P. Andrés Lince, é hicieron misión, mientras yo convalecía y descansé. Por adviento dimos principio á la misión de Santiago, de cuyo fruto é innumerable concurso (pues en un día se gastaron treinta y dos mil formas), hizo relación cumplida el P. Rubí. Después de los Reyes pasamos á hacer misión á la ciudad de Betanzos, y de allí fuimos á San Pedro de Nos, donde, á la gente de aquella comarca, hicimos misión ocho días. Después pasamos á la Coruña, y se empezó allí la misión, miércoles de Ceniza por la tarde del año de 1673.

Concluida la misión de Coruña, vine yo á Santiago, para empezar en la Catedral, la dominica cuarta, las pláticas para el jubileo de las doctrinas. La 1.^a fué de los motivos de credulidad, sobre estas palabras: *Hæc est vita æterna ut cognoscant te verum Deum, et quem misisti Jesum Christum*. La 2.^a del misterio de la Encarnación, sobre los motivos de ella. La 3.^a de los Sacramentos que Cristo dejó á su Iglesia, y en especial del Sacramento de la Penitencia. La 4.^a del altísimo Sacrificio de la Misa. Tuve, por fin, dos sermones morales; y siempre hice al fin el coloquio con el Cristo, pasando de la enseñanza especulativa á la moción práctica. Los concursos fueron grandísimos.

En el ínterin quedó en Coruña el P. Rubí, con el P. Rosales (que estaba allá en pleito), prosiguiendo las resultas de la misión, y dando calor á los principios de la fundación, que allí se ofreció. Después de Pascua fueron las fiestas de la canonización de San Francisco de Borja,

y dedicación de la nueva iglesia de Santiago, en las cuales predicó el P. Rubí.

Pasadas éstas, fuimos á hacer misión á Pontevedra. De Pontevedra pasamos á Cangas, y de Cangas á Vigo. Concluida esta misión, el Padre Rubí se partió á la Coruña, para dar calor al negocio de la nueva fundación, y yo pasé á Redondela. Vino de Pontevedra á ayudarme á confesar el P. Francisco de Lamas. Concluyóse aquella misión día de S. Juan; y por entrar ya la siega, y yo hallarme fatigado de haber predicado tantos días continuados en el campo, me recogí á descansar al Colegio de Santiago, adonde pasé aquel verano hasta principios de Octubre.

Por el mes de Agosto, después de nuestra Señora, fuí de orden del Sr. Arzobispo, á dar los ejercicios espirituales de N. P. S. Ignacio á las Madres Agustinas Rocoletas de Vistalegre (Villagarcía), que fué una misión provechosísima, y de grande gloria de Dios. A la tarde, de seis á siete, les dada el ejercicio, que venía á ser una plática; por las mañanas, antes de comer, les hacía otra en el locutorio, y lo restante lo empleaba en las oraciones y en el confesonario. Este año, de 1675, les volví á dar los ejercicios, estando allí en misión, y reconocí el grande provecho que sacaron de los primeros. El mismo verano trabajé la «Respuesta Teológica, acerca de los abusos de los escotados,»

14. Por no poder el P. Rubí desamparar la nueva fundación de la Coruña, no pudo acompañarme, y así fué menester buscar otros compañeros. Día de S. Francisco de Asís del año 1673, salí en compañía del P. Crislobal de Robles, predicador de Pontevedra, á proseguir mi ministerio. Empezamos por el arciprestazgo de Barcala: llegamos á las tres de la tarde á la iglesia de S. Cristóbal de Corneira, anejo de S. Juan de Riva, donde era cura D. Juan Pita da Veiga. Allí había mucha gente convocada, por razón de una cofradía; híceles una plática y convoquéles, para que los días siguientes acudiesen á nuestra Señora de Cobas, adonde se hizo la misión por estar en medio del arciprestazgo de Céltigos. De allí fuimos á Traba de Bergantiños, y aquí vino el Padre Alonso Lopez á acompañarme, y el P. Robles se volvió á Pontevedra.

De Traba pasamos á Malpica, en donde tuve noticia de que estaba enfermo el P. Rubí, y partí volando á verle. Había siete leguas de distancia. Entré en fuerte aprensión, de que el mal se originaba de haber entrado á vivir en aposento recién hecho; hícele salir á casa de un amigo honrado, llamado Juan Trasvivilla, con que quiso Dios que mejorase y se hallase sin calentura. Salí de Coruña lunes por la mañana, y volví miércoles por la noche á Malpica. De allí pasamos Láje, de Láje á Cée

y Corcubión, junto al cabo de Finisterre; de Corcubión pasamos á Mugía, de Mugía bajamos á Muros, de allí á Noya por mar. De Noya salimos, víspera de Navidad, para casa de D. Juan Pita, que nos acompañó por orden del Sr. Arzobispo, para convocar los confesores; allí descansamos cuatro días, y entramos en Santiago en 29 de Diciembre.

15. Estando para volver á misión, después de Año Nuevo, tuvo arta el Sr. Arzobispo del Sr. Presidente de Castilla, en que le pedía que se enviase á hacer misión á la Corte. Partí de Santiago para Madrid, día de San Antonio abad de 1674. Fuí por Monterrey, por hallarse á la sazón en Santiago el Rector de aquel colegio. Hice misión primero en Alcalá, en compañía del P. Gamboa, la cual se empezó la primera dominica de cuaresma, y el sábado *ante secundam dominicam*, me vine á Madrid, para empezar la segunda dominica por San Ginés. El fruto de esta misión, los lances que me pasaron, y la causa de haberme detenido en la Corte toda la primavera, hasta segundo día de pascua del Espíritu Santo, en que salí para Segovia, lo tengo escrito en papel aparte.

De Segovia, tomando por compañero al P. Diego de Allende, fuí á hacer misión á la villa de Riaza, distante doce leguas de Segovia, que es del Ducado de Maqueda, por habérmelo pedido la Sra. Duquesa de Abeiro, á quien debía mucho. De camino hicimos también misión en la villa de Pedraza, que es del Sr. Condestable, por atención á mi Sra. la Duquesa de Frías, su mujer, que me dió 500 ducados de limosna para ayuda de la Beatificación del santo P. Luis de la Puente. Al volver á Segovia, prediqué un sermón en la Catedral.

Vine de Segovia á Valladolid, para tomar compañero, y pasar á Zamora á cumplir la palabra que tenía dada al Sr. Obispo de ir allá á hacer misión; el cual instaba con los Superiores. Allí me dieron por compañero al P. Rúzpide; entramos en Zamora, día de San Antonio, y concluimos la misión, día de San Pedro, la cual fué muy gloriosa, y de ella hizo relación el P. Rúzpide. Recogíme á descansar los caniculares en Villagarcía, adonde entré á 5 de Julio.

16. El Sr. D. Juan Osorio, Obispo de León, me escribió repetidas veces, pidiéndome misión para su ciudad, y también escribió al P. Provincial. Salí de Villagarcía para esta misión, jueves seis de Septiembre, pasando por Valderas. Vine á dormir á Valencia de D. Juan, hice el acto de contrición por las calles, terminándole con una plática en la iglesia. Llegué viernes, víspera de Nuestra Señora, á comer á León, y aquella tarde se dió principio á su publicación con el acto de contrición, y el día siguiente con una doctrina muy solemne, que honró

su Ilustrísima. Fué esta una misión muy cumplida y fructuosa, de que hizo relación el P. Rector de aquel Colegio; hizose también misión en dos conventos de monjas.

De León vine por Astorga y Ponferrada á Villafranca, y llegué sábado, día de S. Miguel, á las cinco de la tarde. Para poder comenzar el día siguiente, fué preciso publicar la misión aquella noche, con que se aseguró el concurso del día siguiente. Ni en León, ni aquí tuve quien me ayudase á predicar.

17. El Sr. Obispo de Lugo, D. Juan Aparicio, había mucho que andaba en pretensión de llevarme á hacer misión á aquella ciudad; y pedía este servicio en retorno de un beneficio insigne que había hecho á la Compañía, obligando á los administradores de la obra pía de Sor Catalina, hija del Conde de Lemos, que pasasen los mil ducados que dejó de renta al Colegio de Palencia; y como me vió tan cerca, escribió apretándole al P. Provincial, que á la sazón concurrió allí, y á mí.

Andando los misioneros capuchinos en su obispado, y estando para entrar en la ciudad, quería que fuese yo. Y como yo le escribiese, que no me atrevería á detenerme en Lugo, si su Ilustrísima no sacaba licencia del Sr. Arzobispo de Santiago, á cuya disposición estaba atado por orden de nuestro P. General; porque si sobre la digresión que hice de León y Villafranca, añadiese esta, lo había de sentir poderosamente; su Ilustrísima, por no exponerse al desaire de que se lo negase, admitió á los misioneros capuchinos, contentándose de que fuese yo allá por la cuaresma.

Con esto partí derecho á Santiago, jueves 12 de Octubre; y habiendo llegado, y descansado algunos días, partí á fines de Octubre con el P. José Pernía, predicador del Colegio de Santiago, á hacer misión en la villa de Puente deume, de la cual pasamos á la de Ares. Habiendo ido á Betanzos el Sr. Arzobispo, á la visita, instándole la ciudad, nos llamó allá para hacer misión en aquel pueblo, aunque no había dos años cumplidos que la habíamos hecho allí el P. Rubí y yo. Cuando entramos en Betanzos, hallé allí al P. Juan Berreyarza, que el P. Provincial me enviaba por compañero, sacándole de Villagarcía adonde estaba en tercera probación; con que el P. Pernía se volvió al Colegio. Concluida esta misión, partimos el P. Juan y yo á Monfero, en 4 de Diciembre; y hospedados de aquellos religiosos Padres, predicamos en la iglesia de aquel insigne monasterio, y se hizo una gran misión, de la cual, con las demás de este año, tengo hecha relación ó memoria mas por menudo, en papel aparte.

Lunes 17 de Diciembre salimos de Monfero para el Real Convento de Sobrado, adonde, día de la Expectación, se dió principio á otra misión aun más fructuosa y de mayor concurso, cuyos sermones se concluyeron día de Año Nuevo, habiéndose continuado todos los días de Pascua, fuera del primero. El día siguiente cogimos la rebusca de las confesiones. y nos despedimos de aquellos religiosos Padres. Partimos para Arzúa, jueves 3 de Enero de 1675, y aquella tarde dimos principio á esta misión (hay de Sobrado á Arzúa cuatro leguas), que duró hasta sábado 19 de Enero, víspera de San Sebastián, en que partimos á descansar á Santiago.

Descansamos hasta cuaresma, y en este tiempo trabajé unas adiciones al libro de los *Escotados* de 32 pliegos, é hice una carta de otros ocho pliegos para los Príncipes y Prelados, en orden á la reformation de este abuso, No pudiera trabajar tanto en tan poco tiempo, si no tuviera recogidos los materiales en una apología que hice el verano en Villagarcía en defensa del libro de los escotados, respondiendo á las objeciones que contra él hicieron los Padres de Madrid,

18. Jueves primero de cuaresma, 28 de Febrero, partí á la Coaña á hacer misión, acompañado del P. Rubí, que vino á Santiago á predicar las cuarenta horas, y á llevarme para este efecto. El Padre Juan se quedó ayudando á los de Santiago. Sábado por la mañana publiqué la misión en la plaza del mercado con una plática breve; por la noche hicimos el acto de contrición, saliendo del hospital de S. Andrés en la pescadería, y concluyendo en la parroquia de Santiago. Continué los sermones todos los días por las tardes; porque el P. Rubí gustó que yo los predicase todos, menos el viernes por la tarde que, habiendo yo predicado por la mañana, su Reverencia predicó por la tarde. Prediqué en Santiago hasta el lunes *post secundam dominicam* inclusive. El martes prediqué el último sermón en San Andrés, el miércoles me despedí, jueves partí á Santiago, para empezar la misión el sábado *ante tertiam dominicam* con el acto de contrición, el cual no se pudo hacer por la mucha lluvia.

Empezóse la misión de Santiago, en la Catedral, la dominica tercera de cuaresma, y se continuaron allí los sermones hasta el lunes *post dominicam quartam* inclusive, que fué día de la Anunciación. El martes por la tarde prediqué en la iglesia de casa un sermón de misión en lugar del ejemplo, y el miércoles á las Huérfanas. Jueves partimos el P. Juan y yo á Lugo, adonde llegamos el viernes. Sábado, *ante dominicam Passionis*, dimos allí principio á la misión con el acto de contri-

ción. Continuáronse los sermones en la Catedral hasta el Miércoles Santo inclusive, menos el martes, que fué el sermón á la puerta de las Madres Agustinas Recoletas. Los tres primeros días de Pascua se continuaron los sermones en la Catedral; miércoles se hicieron los ejercicios de la congregación, que se había formado el Sábado Santo; jueves se hizo la profesión; viernes, día de mercado, se remató la misión con una doctrina, y con el sermón de la calavera, en el campo del hospital; sábado nos despedimos, y la dominica de Quasimodo partimos con el cura de S. Martín de los Condes á su beneficio, que dista como cuatro leguas de Lugo. Tenía prevenida la gente aquella tarde, y les prediqué en el atrio de la iglesia, que está lejos de la casa del cura; y el día siguiente por la mañana, habiendo confesado algunas horas, volví á predicar y saqué [el cuadro de] el alma condenada. A la tarde predicó el P. Juan, junto á la casa del cura, y yo el martes por la mañana de diez á once, prediqué desde la puerta de la casa del cura, sacando la calavera; y á la tarde nos partimos, y llegamos á Santiago, miércoles 24 de Abril por la noche.

19. Descansamos ocho días, y jueves, dos de Mayo, partimos á misión á la Puebla del Deán, adonde se empezó día de la Cruz, á las tres de la tarde, y duró hasta martes 14 del mismo mes, que pasamos por mar hasta Villagarcía. Aquí se empezó la misión el miércoles, y duró hasta martes 28 de Mayo, en que por la tarde partimos á Cambados. Al mismo tiempo se hizo misión en el convento de las monjas de Vistalegre, dándoles los ejercicios. En Cambados se concluyó la misión en cuanto á los sermones á 9 de Junio, día de la Santísima Trinidad.

Lunes 10, cerca de medio día, me partí yo para Portonovo, y el Padre Juan, ese mismo día por la tarde, se embarcó para los Groves. En Pontonovo empezaron los sermones aquel día, y los continué hasta el viernes inclusive, y el sábado por la tarde partí para Caldas. El P. Juan vino de los Groves, y quedó concluyendo esto, predicando sábado y domingo.

Hay de Pontonovo á Caldas cinco leguas. Empecé la misión de Caldas la dominica *infra octavam Corporis Christi*, 16 de Junio. Estuve allí hasta el jueves 27, que partí al amanecer para Quireza, y el Padre Juan se quedó aquel día allí para concluir; predicó ese día, y tuvo que confesar hasta el viernes á mediodía, que se partió. Dista Quireza de Caldas tres leguas largas; empezóse esta misión el mismo jueves 27 por la tarde, y se continuó hasta martes 9 de Julio, que partimos para Ta-beirós á las ocho de la mañana, habiendo confesado gran rato.

Dista Quireza de Santa María de Rubín, que es el lugar adonde era cura el arcipreste de Tabeirós, casi cuatro leguas. Aquí empezamos la misión martes 9 de Julio, y yo estuve allí hasta el miércoles 17 inclusive, en que se hizo la procesión y el sermón de perseverancia. El jueves de mañana partí á Santa Cristina de Veá, y el Padre Juan quedó concluyendo la de Tabeirós. Empezóse la misión de Veá el jueves 18 de Julio, y duró hasta día de Santiago, que vinimos á comer al Colegio; la víspera rematamos con procesión.

Fundáronse en el arzobispado de Santiago las congregaciones siguientes: en Padrón, Rianjo, Betanzos, dos en Coruña, Pontevedra, Cangas, Vigo, Redondela, Malpica, Laje, Cée, Corcubión, Mugía, Muños, Noya, la Puebla del Dean, Villagarcía, Cambados, Portonovo, Sanxenjo, Caldas, Quireza, Valle de Verdedo, Santa María de Rubín, Tabeirós, Santa Cristina de Veá. No apunté en este papel las que fundamos en Extremadura y Andalucía. El último año que estuve allá, que fué desde otoño del 71, hasta Junio del 72, fundé 17, como consta de la relación de las misiones de aquel año.

20. En 20 de Septiembre salimos el P. Juan y yo á concluir el arzobispado de Santiago con el partido de la Villa. Hicimos alto en la Puente de Ledesma; duró diez días y medio la misión, y se remató, día de San Miguel por la tarde, concurriendo á ella el arziprestargo de Piloño. Volvimos á Santiago, para despedirnos del señor Arzobispo y dejar el arzobispado; y fuimos después á la misión de Mondoñedo, que empezó domingo, víspera de S. Simón y S. Judas, concluida esta misión nos encaminamos á Monforte, y de paso hicimos una misión breve en una aldea, distante como tres leguas de Mondoñedo, llamada Boucelos. Pasamos por Lugo, adonde el año antecedente habíamos hecho misión, é hicimos el acto de contrición. El P. Juan se quedó dando los ejercicios á las Madres Recoletas, y fué después á juntarse conmigo. Salí de Lugo el 18 de Noviembre, el martes por la tarde entré en Monforte, y publiqué la misión el miércoles, día de mercado.

Día de Sta. Lucía, pasamos á la misión de Allaríz, de donde partí el sábado, día de los Inocentes para Orense; y ese día por la noche se publicó la misión, que se empezó el día siguiente por la tarde, domingo, con la procesión de la doctrina. Salimos de la misión de Orense para la de Monterrey, en 16 de Enero de 1676; y vino el señor Obispo á dar la comunión en la misión, la que se hizo algunos días en nuestro Colegio, y otros en Verín.

21. Concluida esta misión partí para la de Salamanca en 6 de

Febrero. Vine por Portugal, por estar tomados los puertos de Castilla con las nieves, entrando por Aguas Frías, junto á Monforte de Portugal, y saliendo por Bamporta á Villarino. Entré en Salamanca el miércoles por la tarde *ante quincuagesimam*. De esta misión hizo relación el P. Benito Vazquez, Rector de aquel Colegio.

Salí para la misión de Toro en compañía del P. Prada, Pasante mayor de aquel colegio, lunes de la cuarta dominica, á 16 de Marzo. Concluida la misión de Toro. Viernes Santo, partí á Casa de las Chanas, adonde había partido el Lunes Santo el P. Prada con don Francisco Malo, cura de aquel lugar, é hice allí misión. El P. Prada se volvió después á Salamanca y yo pasé á Toro, adonde hice el domingo de Quasimodo la procesión de la doctrina y un sermón. El lunes de Quasimodo me partí para Vez de Marbán con el cura, y me sucedió la fatalidad de quebrárseme un brazo.

Antes de poder jugar el brazo, dí principio á la misión de Villagarcía, sábado después de la Ascensión, con el acto de contrición. Con el sudar se mejoró el brazo, y pude decir misa el día del Corpus, después hice misión en Vez de Marbán con el P. Manuel Antonio, la que se concluyó día de San Juan. Por Septiembre hice misión en Palencia, en compañía del P. Hevia y del P. Manuel Antonio; después en Villalpando, en compañía del P. Montero.

22. Con ocasión de la muerte del P. Barbiano, me llamó el P. Provincial á Valladolid, y determinaron el sacarme de las misiones y el graduarme. Entré en Salamanca, día de San Martín de aquel año de 1676, y graduéme por la primavera. Aquella cuaresma prediqué los domingos por la tarde de misión. Por las vacaciones hice misión en Arévalo y su comarca, con el P. Almendrete. Prediqué algunos días en Montejo, y con el P. José de Salcedo, y el P. Almendrete, y otros Padres, prediqué en algunos otros lugares de la comarca. El verano del 78 por Septiembre, hice misión en Segovia (1) y Moraleja, en compañía del P. Prada; y en cuaresma había predicado de misión, los domingos por la tarde, en Salamanca.

23. La cuaresma del 79 hice misión en Sevilla, para donde partí el domingo de sexagésima (2), y llegué allá, día de carnestolendas, y duró hasta 21 de Abril inclusive. Prediqué seis sermones á los moros. De todo hizo relación el P. Aranda. Vine por Madrid, de orden del Sr. Nuncio, á instancia de la Sra. Duquesa de Aveiro, y de la Sra. Duquesa de Medinaceli, y detúveme allí quince días. Entré en Salamanca en la octa-

(1) Véase apéndice núm. 2.

(2) Véase apéndice citado.

va del Corpus. Los sermones y pláticas que hice llegaron á ochenta. Aquel verano estuve á la muerte, y no hice misión en las vacaciones por estar malo y haberla hecho tan larga ese año, y ser necesario prevenir algunas disputas [*explicaciones para la cátedra*].

24. Por la cuaresma del año 1681 fuí llamado á hacer misión á la Corte, por el Excmo. Sr. Duque de Medinaceli, valido del Rey. Tuve carta suya muy apretada, el lunes de carnestolendas 17 de Febrero, y del P. Jacinto de Tobar, Provincial de Toledo. Entrambos escribieron al P. Provincial que estaba en Segovia, de quien recibí orden el miércoles de Ceniza, para partir.

En la Cuaresma de 1682, hice misión en Salamanca, desde la primera dominica hasta la tercera, en compañía del Sr. Obispo Salazar, de la que se imprimió relación. Empezó por la Catedral cuatro días; el primer sermón lo predicó su Ilustrísima, y yo los tres siguientes. De allí pasó la misión a San Julián, adonde prediqué tres días; de allí vino á la Compañía la segunda dominica, y aquí prediqué siete sermones hasta el sábado inclusive. El domingo partí a Valladolid á la congregación provincial, y ese día predicó en nuestro Colegio su Ilustrísima el último sermón.

Después que vine de Valladolid, la semana de Pasión, hice misión en cinco conventos de monjas: en las Madres de Dios, en San Pedro de las Dueñas, en Sta. Isabel, en la Penitencia y en Sta. Ana. Venía el Sr. Obispo por mí y era mi compañero, y *coram ipso solo*, se hacían las pláticas.

25. Por el verano fuí á Madrid de mandado del P. Asistente, á recabar del Rey se contentase con la neutralidad de las visitas á los embajadores, de parte de nuestro P. General, y cuando tenía negociado esto, sucedió el infeliz lance de visitar primero al de Francia.

Por la cuaresma de 1683 fuí llamado del Sr. Duque de Medinaceli á la Corte, para recabar del Sr. Marqués de Priego diese dote á su hermana D.^a María de Córdoba para casarse con D. Gaspar de Guzmán, hijo primogénito de los Marqueses de Villamanrique, que de primer matrimonio había estado casado con la hija del Sr. Duque de Medinaceli; y me costó infinitas fatigas ajustar esto. No me dejaron volver á Salamanca hasta San Lucas.

26. En la cuaresma del 84 hice en Salamanca seis sermones de misión, y jubileo de las doctrinas; y por vacaciones, allá por San Mateo, hice misión con el P. Almendrete, en San Esteban de la Sierra, en Valero, en San Miguel de Valero, en Miranda del Castañar (adonde se ajustaron unos pleitos, que tenían traza de arruinar la villa), en San Martín de Castañar, y en la villa de Sequeros (1).

(1) Véase apéndice núm. 2.

En la cuaresma del 85 hice misión en Valladolid, ocho días en la Catedral, y otros ocho en San Ambrosio, en la parroquia de Santiago, y en el Colegio de San Ignacio; y platiqué en todos los conventos de monjas sujetas al ordinario, y además de eso en Sta. Ana, á instancia de la señora Condesa de Oropesa, y en un convento de dominicas, que está junto á la casa de las aldabas. Hice plática en la Clerecia, en San Felipe Nerí, estando presente el Sr. Obispo, y á los estudiantes de San Ambrosio. Por las vacaciones fui enviado de la Universidad de Madrid, al negocio de las tercias, en que conseguí cuanto pretendí, y en atención á este servicio me dió la Universidad el privilegio de la jubilación con solos diez años (1) de catedrático empezados; pero no usé de este privilegio hasta el curso de 86 á 87.

27. La cuaresma del 86 hice misión ocho días en Salamanca (2) desde la dominica cuarta á la de Pasión inclusive, precedió el sábado el acto de contrición. El Sr. Obispo asistía á todos los sermones con sus dos acompañados, y el último día fué cantando en la doctrina general. Este año tenía echada misión para el otoño en León, y pensaba ir para después de vendimias. Al entrar en ejercicios escribí á León, pidiendo mula para partir. El Sr. Obispo, por ocupaciones que le sobrevinieron, respondió no podía ser la misión entonces, y pidió se dilatase para la cuaresma ó primavera, y así yo me ocupé en acabar la impresión del segundo y cuarto tomo de mis selectas, que estaba empezada desde el año del 81, y por tantas ocupaciones no la había podido proseguir (3).

(1) Habiendo comenzado á enseñar el curso del 76 á 77, realmente resulta ser éste de 85 á 86, décimo curso.

(2) De esta misión en que los sermones estuvieron á cargo del P. Tirso, y las pláticas al del P. Sartolo, dice el *Diario*, "que los auditorios fueron gravísimos y numerosísimos, hasta el punto de que no cabían en la iglesia y claraboya."

(3) En comprobación de los hechos diversos que se consignan en este capítulo, lea el curioso lector lo que resta de esta obra, que no es sino el desarrollo gradual de lo que aquí, solamente se ha indicado.

Acerca de la extensión de este *Itinerario Breve*, algo mayor que la indicada en el sobrescrito autógrafo que va en la pág. 27, no nos ocurre sino esta explicación. En 1675, al dejar el oficio de misionero, puso en limpio las notas reunidas para este Itinerario, estampando al frente de él el sobrescrito en cuestión. Mas como sus ministerios apostólicos continuaron después, fuélos anotando á continuación de lo ya escrito.

CAPÍTULO TERCERO

Primer año de las misiones del P. Tirso.—1665-1666

SUMARIO: 1. Salamanca, Alba de Tormes, Valdefuentes, La Calzada, Valdehijaderos y Valbuena.—2. Montemayor, Baños, Villar de Plasencia y Jareilla.—3. Plasencia, Galisteo, Torrejoncillo y Portaje.—4. Coria: misión, plática á los eclesiásticos, congregación.—5. Ceclavin: misión, composición de enemistades.—6. Alcántara: misión fructuosísima.—7. Brozas y Arroyo del Puerco.—8. Garrovillas: paces hechas, actos de contrición.—9. Las Ventas y Casar de Cáceres.—10. Cáceres: misión en la iglesia mayor y en San Juan.—11. Misión en la parroquia de Santiago y en los conventos de monjas.—12. Altar á San Ignacio, y fundación de un colegio en Cáceres.—13. Vuelta de los Misioneros á Toledo y Salamanca.—14. Resumen del fruto de las misiones de este año: confesiones generales y destierro de ignorancias.—15. Admirable providencia de Dios, en lo espiritual con los pecadores, y en lo temporal con los misioneros.—16. Memoria de algunos casos raros de conversión, por medio de la devoción á María Santísima.—17. Otros casos de conversiones extraordinarias.—18. Más sobre lo mismo.—19. Casos raros de perdón de enemigos.—20. Idem de protección de S. Ignacio.—21. Idem de intervención del cielo.

FUENTES HISTÓRICAS: 1. Itinerario de la Misión del P. Guillén y P. Tirso, escrito por el mismo P. Tirso. ms.—2. Carta del P. Guillén al M. Reverendo P. General Juan Pablo Oliva, dándole cuenta de los sucesos de las Misiones de 1665 á 1666. ms.—3. Cartas del P. Tirso al mismo P. General escritas desde Coria y Salamanca. ms.—4. Tomo II de las Misiones del P. Tirso Gonzalez, en el que se contienen exhortaciones diversas, pláticas, sermones etc. ms.

1. El P. Juan Gabriel Guillén, llegó a Salamanca día de S. Lucas del año 1665, para juntarse con el P. Tirso Gonzalez y salir á misión. Empezaron por el obispado de Coria (1). Salieron de Salamanca viernes, 23 de Octubre. Fueron á Alba á decir misa y visitar á Sta. Teresa,

(1) La razón de haber empezado por aquí sus excursiones apostólicas, la da el P. Guillén en la carta que escribió en Julio de 1666 al M. R. P. Juan Pablo Oliva, refiriéndole los sucesos de la misión, dice así: "Dimos principio á ella en Valdefuentes, primer lugar del obispado de Coria, cuyo prelado el llmo. Sr. D. Frutos Bernardo de Ayala, tan celoso de la salvación de las almas, como afecto á la Compañía, había procurado con instancias, fuese su obispado, como en la necesidad de doctrina, el primero en lograr los frutos de la misión."

y á dormir á Miguel Muñoz, (1). El sábado llegaron á Valdefuentes, (2) hicieron el acto de contrición por las calles aquella noche, y predicaron el día siguiente dos sermones, y los otros dos días, que allí estuvieron, predicaron á boca de noche, precediendo doctrina. Allí comulgaron como trescientas personas. Dejaron entablado el jubileo de la comunión general. El martes por la tarde, salió de Valdefuentes el P. Tirso para la Calzada, que dista una legua camino de Coria, quedando allí el P. Guillén, acabando de confesar la gente hasta el miércoles por la tarde, que pasó á un lugarcito llamado Valdehijaderos, en donde confesó toda la gente, y comulgaron ochenta personas. Después pasó á Valbuena, qua dista una legua de la Calzada, á donde volvió á juntarse con su compañero el P. Tirso, sábado por la tarde, último de Octubre, habiendo confesado en la Calzada á ciento ochenta personas. En Valbuena confesaron setenta y seis personas, y dejaron dos libritos: uno de verdades cristianas; y otro de la frecuencia de los sacramentos. Queda establecido en la Calzada el jubileo del mes, habiendo exhortado á la frecuencia de los sacramentos, y dejado un librito de esta materia á una persona devota, para que lo leyese de cuando en cuando al pueblo.

2. De Valbuena pasaron á Montemayor, á primero de Noviembre, domingo día de Todos los Santos. Llegaron por la tarde; y predicaron aquella noche, después de haber hecho el acto de contrición por las calles. Estuvieron allí hasta medio día del jueves, y comulgaron cerca de doscientas personas y, entre ellas, muchos jitanos y jitanas que estaban allí recogidos y vivían en aquel lugar algunos meses; además dejaron entablado el jubileo de la comunión general, y el que se rezase el rosario á coro los días de fiesta; y para fomentar esta devoción lo rezaban cada día con el pueblo antes de empezar la doctrina, y lo mismo hicieron en los demás lugares. Dejaron también allí dos estampas en dos tablas, la una de los Santos de la Compañía «Militia Societatis Jesu»,

(1) Granja del Colegio de Salamanca.

(2) En conmemoración de esta misión del P. Tirso Gonzalez, primera de sus excursiones apostólicas, con ocasión de haberse iniciado el año precedente la idea de publicar esta obra sobre las misiones de operario tan famoso, al dar allí misión, á mediados de Enero de 1899, los infatigables misioneros PP. Ignacio Santos y Juan Conde, de la Compañía de Jesús; se colocó en la iglesia de este pueblo, al lado del Evangelio una hermosa lápida de mármol (cabiéndome á mí una pequeña parte en ello), con la siguiente inscripción:

†
JHS

Al M. R. P. Tirso Gonzalez—Catedrático de Teología en la Universidad de Salamanca—General XIII de la Compañía de Jesús—Que en 1665—Principió por Valdefuentes—Las misiones del Obispado de Coria—Dedican este recuerdo los Padres de la misma Compañía—Dando aquí misión—En 1899.

y la otra de las Formas de Alcalá, con los Santos también de la Compañía.

De Montemayor pasaron á Baños, el jueves por la tarde. Aquí se hizo el acto de contrición (1) por las calles; y se predicó en la parroquia de Sta. María, que es del obispado de Coria, la primera noche, y la segunda en la de Sta. Catalina, que es del de Plasencia, y así, alternativamente, se predicaron seis sermones, precediendo siempre la doctrina y el rezar el rosario. Duró la misión hasta el miércoles todo el día, y salimos de allí el jueves; comulgarían como quinientas personas. Aquí se dejó muy recomendada la frecuencia de los sacramentos y devoción á la Virgen; y de cada una de estas devociones predicó el P. Tirso un sermón, y dejáronse en las parroquias estampas de nuestros Santos, y papeles contra juradores. Compusiéronse allí varias enemistades. Reconciliáronse dos cuñados que tenían pleito entre sí, y no se hablaban: el uno era el cerrajero y el otro uno de los alcaldes. Asimismo un sastre á quien otro hombre, que después se casó con una hermana suya, había dejado tullido con dos balas que le tiró á los muslos, y hacía tres años que no se hablaban, abrazó á este su enemigo y quedaron reconciliados. También se reconcilió un vecino honrado con su hijo, que se había casado sin licencia, y por eso el padre y toda su gente estaban reñidos con el mozo y con los padres de la novia. Reconcilióse el Sr. Don Francisco Florez, cura de Sta. María, que estaba muy disgustado, con un hidalgo de allí, llamado Santos Gomez; y Magdalena Florez, hermana del cura, que no hablaba más de dos años había con la mujer de Santos Gomez, que era su prima, se reconcilió con ella y se abrazaron. Un hijo, escribano del lugar, que había perdido el respeto á su madre, y no estaba en su casa, la fué á pedir perdón, hincándose de rodillas; y como la vieja le negara el perdón, por entonces, después se lo otorgó, y vino á casa del hijo para perdonarle, y éste se la humilló de nuevo. Estas y otras enemistades se compusieron.

Aquí cayó malo el P. Guillén, porque habiendo predicado lunes 9 de Noviembre el sermón del juicio, con mucha fuerza, en Sta. Catalina, y andando mucho al venir á casa del cura de la misma parroquia, que estaba algo distante, le dió un airecillo; y el día siguiente estuvo confesando hasta mediodía y no pudo comer, porque le sobrevino una calenturilla. Estuvo con ella hasta que nos dió lugar el jueves por la mañana, que se sintió más alentado, para partirnos.

(1) El *Acto de Contrición* del que se hablará tantas veces en esta obra, era un ejercicio, que se cree introducido por el P. Jerónimo Lopez, y fué propagado por el P. Tirso, más que por ningún otro misionero. Para formarse cabal idea de lo que era, véase el apéndice n. 3.

Determinóse el recogerse á Plasencia unos días. El jueves pudimos caminar desde Baños al Villar de Plasencia, al que hay cinco leguas, de un tirón, sin ser necesario descansar, y sin haberse fatigado mucho. Llegó mejor á la posada, acostóse y amaneció mejorado, y el viernes á las diez se partió á Plasencia. Experimentaron en este caso la particular providencia de Dios en proveer al enfermo de cómoda cabalgadura, cariñosa asistencia y buena compañía. El P. Tirso se quedó haciendo misión en el Villar; predicó aquella noche, y luego el viernes, el sábado, y dos veces el domingo.

El primer sermón fué de la confesión, segundo del juicio, tercero de los males del pecado, cuarto de los mandamientos y medios para conservarse en gracia. Aquí encargó la frecuencia de los sacramentos, la devoción de oír cada día misa, la de la Virgen, de las ánimas y los pobres, y antes del sermón, hizo la doctrina con dos muchachos que estaban ensayados (1). Ayudóle el cura, que era recién venido, y por eso aun no conocido, á confesar. Estuvo allí el lunes y el martes hasta mediodía, y siempre tuvo grande concurso de confesiones. El lunes predicó de la gloria, y comulgaron trescientas personas.

Del Villar fué á Jarilla el P. Tirso, adonde predicó el martes por la noche, y el miércoles, jueves y viernes; y estuvo allí hasta sábado á mediodía. Se hallaba este lugar media legua antes de Villar, viniendo de Salamanca para Plasencia; comulgaron ciento cuarenta personas. El sábado por la mañana, veintiuno de Noviembre, día de la Presentación, les explicó después de misa la doctrina, para que ganasen las dos indulgencias de las doctrinas, y dejó establecidas las cosas que en los demás lugares (2).

3. Del Villar vino á dormir á Plasencia, día de la Presentación, para ver al P. Guillén y besar la mano al Sr. Obispo, y á instancias del P. Rector y demás Padres del Colegio. Halló al P. Guillén sin calentura.

De Plasencia salieron para Galisteo, distante de allí tres leguas, el P. Guillén y el P. Tirso, viernes veintisiete de Noviembre; y estuvie-

(1) La práctica que aquí se inicia, y que el P. Tirso continuará siguiendo, y en pos de él la generalidad de los misioneros, que de entonces acá ha habido, de tener plática doctrinal antes del sermón de misión, reconoce por principal autor á nuestro Gonzalez de Santalla, que fué también celoso propagador del rezo en público, ó á coros, del rosario, rezo que tuvo su origen á principios del siglo XVII.

En este caso y otros semejantes, que ocurrirán en esta obra, tiene su comienzo el *Ejercicio de los niños*, que se ha hecho ya ordinario en las misiones de hoy día.

(2) De estas dos misiones del P. Tirso, dice el P. Guillén en su Carta-Relación: "Entretanto el P. Tirso, solo, hacía misión en dos lugares de poca vecindad, pero de tanto fruto, que atribuyó á disposición del cielo que mi accidente nos hubiera llevado por aquel paraje... Apéndices n. 3.

ron allí hasta el miércoles dos de Diciembre, que salieron á mediodía. Comulgaron en Galisteo cerca de tres mil personas (1).

Asistió el Sr. Conde y la Sra. Condesa con todas sus damas al acto de contrición por las calles, aunque hacía mucho aire y muy mala noche y el Conde estaba indispuerto. Asistieron también á los sermones, y quisieron llevar los Padres á Palacio, y como ellos no lo admitiesen (2) tuvieron singular cuidado de enviarles á la posada algunas cosas de regalo, dentro de los límites de no admitir ave ni dulce.

De Galisteo pasaron á Torrejoncillo, distante de allí tres leguas, hacia Coria, un poco á mano izquierda, á donde se hizo el acto de contrición. Aquí dejaron el jubileo del mes, nombrando doce personas devotas para que cada una cuidase un mes de promover y fomentar este jubileo, trayendo un confesor, y haciendo repicar el día antes, y comulgando él con su familia. (3). El miércoles por la noche hicieron el acto de contrición tres veces con mucho concurso y lágrimas, dos en las calles y una en la iglesia, á donde vino á parar; y después del acto de contrición se hizo la primera plática de misión. Llevó el Cristo el alférez de una compañía de caballos, que estaba allí acuartelada y era del comisario Rivera. Volvióse á hacer el acto de contrición, víspera de Nuestra Señora de la Concepción. Predicáronse nueve sermones; el domingo á la misa y por la noche, y lo mismo el día de la Concepción, y los demás á uno por día, precediendo siempre doctrina y antes de ella el rezar á coros el rosario. Comulgarían hasta seiscientas personas (4).

Salieron de allí y pasaron á Portaje, lugar pequeño, y que se iba despoblando con el temor de los portugueses, y por verse oprimidos de los cuarteles de los soldados. Comulgarían más de ochenta personas, dejése introducido el rezar el rosario á coros, y promovida la devoción de las ánimas y frecuencia de los sacramentos.

4. A la ciudad de Coria llegaron, once de Diciembre, viernes por

(1) El P. Guillén lo confirma por estas palabras: "Comulgaron más de tres mil personas entre paisanos y soldados.," Apéndices n. 3.

(2) "Por ser más á propósito para la misión otra casa, por serlo para la libertad y de los penitentes y nuestra quietud.," Carta Relación del P. Guillén. Apéndices n. 3.

(3) Jamás en este pueblo habían visto misión y, al parecer, ni aun religiosos de la Compañía. Algunos nos tuvieron por espías de Portugal. Al decirles que les traíamos jubileos, decían unos: que mejor fuera les quitáramos los soldados; otros que cuánto habíamos de llevar por inscribirlos en la cofradía; otros que si habían de dar á cuarto por confesarlos, pues tanto lo deseábamos... Al oír las sentencias y exhortación para el acto de contrición por las calles, se compungían tanto las mujeres, que se decían unas á otras: *¡ay que viene la fin del mundo!*—Carta Relación del P. Guillén. Apéndices n. 3.

(4) El pueblo era de unos trescientos vecinos según el P. Guillén. Carta citada. Apéndice n. 3.

la tarde, hospedándose en el hospital que está enfrente del Palacio del Sr. Obispo, que es bien desacomodado, (1) y en ningún lugar de la misión tuvimos más incomodidad de casa (2). El Sr. Obispo nos convidaba con su palacio; pero dejése vencer de las súplicas que le hicimos.

La misión se comenzó, publicándola con el acto de contrición el sábado por la noche, en que hubo grande concurso y moción, y el domingo, tercero de adviento, se dió principio á los sermones de la misión en la catedral, asistiendo el Sr. Obispo con su cabildo, y el corregidor de la ciudad. Por la tarde, después de vísperas, se hizo una doctrina muy solemne por las calles, en que llevó el pendón el regidor más antiguo y de más suposición, acompañándole toda la gente noble, que iban delante junto al estandarte; á lo último venían todos los eclesiásticos y todo el cabildo, no en forma de cabildo, sino de sotana y manto. Tuvimos prevenidos los niños de la escuela y los estudiantes gramáticos, por no detener al cabildo, y salir con la doctrina después que acabasen completas. Anduvo la doctrina las calles principales de la ciudad y volvió á pasar á la catedral, á donde concurrió cuanta gente había en ella, y asistiendo allí el cabildo, en forma, con su Prelado y la ciudad, esto es, las autoridades de la población.

Se predicó por la tarde, de tres y media á cuatro y media, precediendo antes una explicación breve de los mandamientos, para facilitar las confesiones generales; después se predicó todos los días por la tarde, á las tres poco más, precediendo doctrina, y asistiendo siempre el Sr. Obispo (sino es dos días, que estuvo ocupado con las órdenes), con el cabildo. Los auditorios en los días de entre semana, no eran tan grandes como el domingo, pero nunca faltó eclesiástico ninguno, ni la gente de plaza, y cada día iba creciendo.

Echamos la dominica cuarta para día de comunión general, dióla el Sr. Obispo de su mano. Predicáronse diez sermones en la Catedral, cuatro en las dominicas y seis entre semana, y fueron los siguientes; Domingo tercero por la mañana sobre las *confesiones generales*, introduciendo esta materia con el evangelio de aquel día; *Quis es tu? ego vox clamantis in deserto; parate viam Domini, rectas facite semitas ejus*, el P. Tirso; por la tarde del juicio, el P. Guillén. Lunes de número *predesti-*

(1) La incomodidad experimentada en este y otros hospitales, á donde se acogían en sus misiones, según la regla 6.^a de los misioneros, les probó la necesidad de apelar, como generalmente lo hacían después, á la segunda parte de la misma regla, alojándose en casa de algún honesto eclesiástico ó virtuoso seglar, en los pueblos donde no habia colegio de la Compañía, ni hospital bastantemente acomodado para los ministerios.

(2) Hasta aquí habla el P. Tirso, en su relación, en tercera persona, en adelante lo hace en primera *tuvimos, hicimos, etc.*

natorum, P. Tirso. Martes, de la fealdad del pecado, P. Guillén. Miércoles de la medida de los pecados que tiene Dios determinado á cada uno, P. Tirso. Jueves, del infierno, P. Guillén, Viernes, que fué el día de la Expectación, de la devoción de Nuestra Señora, exhortando al rosario; y para dar buen principio, me bajé del púlpito al altar de Ntra. Sra. del Rosario, que está detrás del coro, y me siguió todo el auditorio sin que faltase ningún prebendado. Sábado, del vicio de la lujuria (y también fué todo el auditorio á rezar el rosario) P. Guillén. Domingo, por la mañada, á las nueve y media, otra vez el P. Guillén, sobre el Evangelio de la dominica, y después del sermón fué la comunión general; por la tarde el sermón de la calavera, (1) probando que como se vive, se muere. El jueves hizo el P. Tirso una plática á la gente del mercado en la plaza, y todos los días iba uno de nosotros á buscar los niños de la escuela, porque el verlos venir cantando avisaba la gente para que acudiesen al sermón.

De la Catedral pasamos la misión á otra parroquia que hay en la ciudad. Allí predicamos día de Santo Tomé dos sermones, y martes y miércoles otros dos; en uno se exhortó á la frecuencia de los sacramentos; y en el otro á la oración mental. La moción fué extraordinaria, la gente ha quedado aturdida, y acudieron con rara devoción á todos los sermones sin enfadarse nunca.

Quedaron todos muy deseosos de frecuentar los sacramentos, y para esto dejamos en la Catedral el jubileo de la comunión general para todos los primeros domingos del mes; y queda establecida una Congregación de la oración mental, á que acudirán muchísimos eclesiásticos entre año. Los viernes se leerá una meditación por el Padre Luis de la Puente ó por Fr. Luis de Granada, y se tendrá un rato de oración mental á boca de noche; en adviento y cuaresma se hará esto tres días, á saber: lunes, miércoles y viernes, y este día se rematará con *miserere* y disciplina.

Casi todas las confesiones han sido generales, y apenas habrá quedado prebendado que no haya hecho confesión general. Encargamos la devoción de nuestro P. S. Ignacio, echando 'cada día un Padrenuestro y Avemaría, y manifestando el deseo de ver imagen suya en la iglesia; y un ciudadano honrado, llamado Ignacio del Castillo, boticario de la ciudad, ofreció luego hacer, no solamente imagen, sino altar á su costa; y otra persona devota ofreció cien reales para ayuda. Y el Señor fué servido se le dedicara una capilla de los Ce-

(1) Para hacerse cargo de lo que era el sermón de la muerte en que se sacaba la calavera, de que aquí se habla, véase el apéndice n. 3.

pedas, que está al lado derecho del altar mayor, y que es pieza aparte, y sirve para sala de la congregación de la oración mental.

El afecto de la gente á la misión y misioneros fué increíble; pues no se hablaba de otra cosa en la ciudad todos los días, sino es de ésto, y se lastimaban de que nos fuéramos tan pronto. Muchos dijeron, que si se tratase de fundar Colegio, ofrecerían todos limosnas, y algunos prebendados dijeron que de sus haciendas, ofrecían á cincuenta ducados de renta. Muchas cosas se han remediado, y las confesiones fueron con grandes lágrimas, y se quitaron muchos escándalos.

Después de concluída la misión, se hizo una plática á sólo los eclesiásticos, asistiendo el Sr. Obispo á ella, con todos los prebendados, ponderándoles las obligaciones de su estado, y cómo el ejercicio de la oración era el medio más eficaz para cumplir con ellas. Todos pidieron les alistásemos en la Congregación, y el Sr. Obispo fué el primero, y le siguieron todos los prebendados, y quedaron muy aficionados á la obra de la Congregación: dejámosles en medio pliego apuntadas las cosas en que se habían de ejercitar. Y por que los seglares deseaban también tener congregación de la oración mental, quedó encargado un sacerdote devoto de leer un día cada semana lección espiritual á los seglares en la parroquia de Santiago. Tres días después que nos partimos de Coria, hicieron los eclesiásticos su primera congregación (1).

5. De Coria salimos para Ceclavín, lugar distante de allí cuatro leguas, hacia el poniente y á la raya de Portugal, Salimos martes, veintinueve de Diciembre; y habiendo llovido muchísimo los días antecedentes, tuvimos lindo día, y luego que llegamos á Ceclavín, hicimos el acto de contrición. Fué extraña la moción, lágrimas y clamores con que pedían misericordia á Dios de sus culpas. Después del acto de contrición, se hizo la plática de la confesión, llenándose la iglesia con ser muy grande, y el día siguiente fué aun mayor el concurso, y un curioso contó los que salían por una puerta, y contó mil y trescientas cincuenta personas, y tiene la iglesia tres puertas. Las noches siguientes llovió mucho; parece que Dios nos entresacó aquel día, para que pudiésemos venir con disposición para hacer el acto de contrición. Siempre fueron los concursos grandes; y la gente labradora dejaba de salir á trabajar á los campos por acudir á los sermones. Echamos el jubileo de las doctrinas y la comunión gene-

(1) Véase la carta del P. Tirso, al P. General escrita desde esta ciudad de Coria, apéndice n. 3.

ral para el día de Reyes y fué el concurso á confesar y comulgar muy extraordinario. Alargóse la misión otros días más, y dejóse entablada la frecuencia de los sacramentos, la devoción del rosario y la oración mental. (1)

Habían conservado una Congregación de la oración mental que fundó el P. Deza, hacía más de cuarenta años, pero limitada á la cuaresma; extendímosla á los viernes de adviento. Reunimos la primera vez esta congregación el martes trece de Enero, haciendo primero señal con una campana grande. Concurrió gran mayoría de gente; paréceme que se juntaron más de seiscientos ú ochocientos hombres. Hizose una disciplina que duró el tiempo que se cantó un *miserere*, y se azotaban todos con notable fervor. Leyó el ejercicio del fundamento un sacerdote en voz alta, y como cantando, al modo que leen los frailes franciscanos, en refectorio.

Compusiéronse aquí muchas enemistades. Dos hermanos que estaban casados con dos hermanas, por intereses de hacienda hacía más de dos años que no se hablaban; pues bien, la mujer del uno, que era más recia de condición, fué á ponerse de rodillas delante de su cuñado, á pedirle perdón, y su marido hizo lo propio. Dos personas de las más ricas teníanse mortal odio; porque el uno, que acababa de ser alcalde el año antecedente, había hecho muchas causas al otro, que era regidor, y si pasaran adelante las causas se perdieran; lo que no sucedió, porque con la misión hicieronse amigos, y se abrazaron, y se echó tierra á las causas.

Una mujer había seguido muchos años un pleito contra un hombre que había llamado traidor á su marido; tenía sentencia en su favor y quería ir á Madrid adonde el otro apelaba; hicimosle que perdonase, y se apartó por escrito. A esta misma le habían muerto al marido, y perdonó á los matadores.

Otra persona, que había condenado á un enemigo suyo á ocho años de destierro, cedió de su derecho, y dió licencia para que el contrario, que hacía algunos años que estaba desterrado, volviese al lugar. Por fin otra, á quien habían muerto desgraciadamente á su marido, cedió de su derecho.

En Ceclavín fué grande el fervor que un convento de monjas Franciscanas, sujetas al ordinario, concibió con las pláticas que les hicimos. Deseaban con ansia viniese la misión, y la tarde que llegamos cantaron el *Te Deum laudamus*. Tenían una abadesa de mucha

(1) Según el P. Guillén en la carta citada, en Ceclavín, se dejó establecido el rezar el rosario todos los días en cinco partes distintas. Apéndice n. 3.

oración y mucho entendimiento; ésta estaba gozosa de ver que á las tres de la mañana estaban ya muchas en el coro en oración, y que algunas no se acostaban, y que cada noche bajaban muchas á tomar disciplina. Todas se confesaron generalmente; hicimosles diez pláticas; pues mientras el uno predicaba al pueblo, el otro iba á platicarlas.

6. De Ceclavín vinimos á Alcántara á trece de Enero, miércoles; hicimos la primera noche el acto de contrición, á que asistió el Sr. D. Antonio Paniagua, Gobernador de la Plaza, con todos los cabos de la milicia y toda la nobleza. Hubo gran concurso y muy grande moción. Vinimos á apearnos al hospital, y como estuviese lleno de soldados enfermos, fuimos á buscar al mayordomo, y encontramos al P. Luis Vazquez, Superior de un Hospicio que allí tienen los Clérigos Menores, el cual nos hizo apearse en su casa. Después nos llevó consigo un sacerdote de gran virtud, llamado D. Pedro Flores (1) el cual nos tenía prevenida su casa, que era muy acomodada.

Es este clérigo de treinta y seis años, y de mucha virtud, y por voto tiene abstinencia perpetua á *carnibus*, y el no comer ni beber entre semana, sinó una vez de veinticuatro en veinticuatro horas; también tiene muchas horas de oración. Aquí estuvimos, como pudiéramos en un Colegio de la Compañía; pues él mismo se levantaba á darnos luz, y se desvelaba en agasajarnos.

Hicimos segunda vez el acto de contrición el martes veintiseis de Enero, echándole de antemano, y encargando que llevasen luces algunos devotos; concurrió infinita gente; más de mil y cuatrocientos hombres. Hízose cuatro veces; D. Pedro Flores y otro sacerdote, llamado D. Francisco Perona, lo hicieron, cada cual su vez; y nosotros, uno al principio y otro al fin. El silencio y devoción con que fué la gente era admirable; el fruto fué singular. Hubo los días siguientes grandísimo concuso á las confesiones, y yo toqué con las manos algunas conversiones singulares con el acto de contrición, que queda entablado para que se haga tres veces al año, y juntamente queda entablada la Congregación de la oración mental, como en Ceclavín; hízose dos viernes, y otro día entre semana, mientras estuvimos allí, y siempre con gran concurso, y con una larga disciplina.

La gente se movió extrañamente, y los soldados se confesaron y compungieron. Había en la plaza como ochocientos hombres, y se

(1) Nos hospedamos en casa del Ldo. Pedro Flores de Vergara á quien quitamos el encogimiento en que estaba, y dilatamos el corazón, y este fué uno de los mayores frutos. Es la villa de mil vecinos, y habia en ella setecientos soldados.—P. Guillén. Carta citada. Apéndices n. 3.

confesaron todos; y asistían á los sermones mucho, principalmente los jefes y gente lucida, que era mucha. No se oían juramentos aquellos días en Alcántara, cuando antes todo era oír blasfemias, cosa que con admiración reparaban los de la villa. En una salida que hicieron á Portugal en aquel tiempo, aunque pasaron de noche una ribera, y cayeron muchos en el agua, y hubieron mucho trabajo, solo se oía decir: ¡Vaya por amor de Dios!, cuando en semejantes casos antes todo eran votos y retos; así lo dijeron los capitanes en la villa. Fuera de lo que se dijo ontra los juramentos desde el púlpito, repartimos librillos del P. Eusebio á algunos oficiales como son: sargentos, alféreces y capitanes, para què los hiciesen leer en sus compañías.

Los PP. Clérigos Menores nos ayudaron mucho á confesar. Venían á ayudarnos á la iglesia mayor el P. Presidente y otro sacerdote que tenía consigo, lector de artes; y éste dejó algunos días de leer por acudir á confesar. Del convento de S. Francisco, que está fuera de la villa, vinieron á ayudarnos el domingo de la comunión general. Fué aquel día el concurso á las confesiones y comuniones extraordinario y nunca visto en la villa; comulgarían más de dos mil quinientas personas.

La devoción con que quedan á S. Ignacio, es grande. Estando con dolores de parto una señora, casada con el hijo del Conde de Fuensaldaña, envió á pedir con grandes ansias la medalla del Sto. Padre. Enviéla mi rosario con la medalla, y apenas se la aplicaron, con feliz parto, dió á luz un niño. De allí á dos días, otro vecino honrado, vino á buscar la medalla del Sto. Padre, para aplicarla á su mujer, y al punto que se la aplicó, parió. Con esto creció grandemente la devoción á S. Ignacio, y un Regidor hizo á un platero que vaciase, por la mía grande que traía en el rosario, la medalla del Santo, y salió excelente. Vació también otra pequeña, con que la villa se llenara de medallas de plata del Sto. Patriarca y de S. Francisco Javier. Muchos devotos ofrecieron limosna para poner cuadro á S. Ignacio, y en el interin un caballero, llamado D. Fabián de Cabrera, nos prestó dos cuadros muy hermosos, que tenía de S. Ignacio y S. Francisco Javier, que quedan colocados en la iglesia mayor, en la parte más pública. Aquí un caballero ofreció á D. Pedro Flores, para ayuda del gasto, un doblón; y él, viéndonos con lor sombreros rotos é indecentes, lo aplicó para este fin, y nos hizo á cada uno su sombrero. Queda la villa con rara estimación de la Compañía, y con ansias de tener colegio, y todo era hablar de esto la gente granada.

Hizose grande provecho en dos conventos de monjas, el uno de Franciscanas, de las de Santa Isabel, sújetas al obispo, y el otro de las

Comendadoras, sujetas al Consejo. En las Comendadoras no se hacia más de un cuarto de hora de oración mental después de *Completas*; y se entabló una hora de comunidad, y se persuadió á todas las que no estuviesen achacosas, que se levantasen á tener otra hora de oración antes de *Prima*. La prelada me dió cuenta del fervor con que andaban todas, y cómo se levantaban con gran puntualidad, y lo mismo se experimentó en el convento de las Franciscanas, en donde se levataban ya á las cuatro á tener oración las que antes eran las más flojas. Quedaron persuadidas y determinadas á no comunicar con hombres á las redes [reja ó locutorio], y tratar mucho con Dios.

7. Salimos de Alcántara para Brozas, que cuenta setecientos vecinos (1) y dista tres leguas, sábado treinta de Enero. Nos acompañaron dos regidores de la villa D. Antonio Gutierrez y D. Francisco Moreno, y un capitán de caballos reformados, camarada del Sr. Gobernador. Estuvimos en Brozas hasta el otro sábado, de allí á quince días, y la experiencia enseñó que movió menos el primer acto de contrición en los llantos exteriores, por ser de día. Hicimosle cuatro veces, saliendo de la iglesia de los Mártires, que es la parroquia menos principal, pero mas abrigada y mas capaz por estar la otra, que llaman la iglesia mayor, descubierta en el plano de ella y atajada con paredones.

Los concursos fueron muy grandes, y singularmente la conmoción tanta, que en llegando á hacer el acto de contrición á lo último del sermón, todo era un grito y clamor continuo. Hizose segunda vez el acto de contrición que quedó establecido, y dos sacerdotes lo hicieron con nosotros.

La Congregación de la oración mental, que estaba estrechada á la cuaresma, se extendió á todos los viernes del año, en la forma que en Alcántara, y se hizo dos veces mientras estuvimos allí. Había en Brozas cinco compañías de caballos, y asistió allí D. Francisco Velasco, comisario general, y confesóse la milicia. Las comuniones serán poco más ó menos que en Alcántara. Hay dos conventos de monjas, el uno de Comendadoras, muy observante, y el otro de Franciscas de la Penitencia. Todas se confesaron generalmente, y quedan muy aprovechadas con las pláticas que les hicimos.

Aquí se compusieron muchas enemistades envejecidas, y se sacó perdón de una muerte. La gente de la villa nos es afectísima, y llora haberse desbaratado una fundación que allí tuvo la Compañía, á la cual asistía

(1) El P. Guilléri le da ochocientos en la carta citada. Apéndice n. 3.

el P. Rodrigo Deza; y todos dicen á voces que ha castigado Dios á los caballeros que, con la mano y poder que tenían, la impidieron. Dos personas devotas han ofrecido poner cuadro á S. Ignacio y á S. Francisco Javier; hay pintor en la villa, y quedaba haciendo los retratos, habiendo sacado un dibujo por dos estampas que yo traigo conmigo. Posamos en casa de un sacerdote honrado, D. Diego Flores Arias, el cual está con su padre y su gente, que toda es piadosa y honrada. Esta posada la dispuso desde Alcántara el Sr. D. Pedro Flores.

De Brozas vinimos al Arroyo, sábado 13 de Febrero; hízose aquella noche el acto de contrición; asistieron los capitanes de caballos con toda la milicia que había en aquella villa. El Sr. Comisario, unos siete ú ocho caballos de convoy y sus ayudantes, y los tenientes D. Bernardo del Pulgar, y D. Luís de Córdoba, andaluces, y D. Francisco Agustí, que era de Vitoria, nos vinieron acompañando más de una legua. Echóse el jubileo de las doctrinas para el domingo veintiuno de Febrero, y cumularon aquel día mil ochocientas personas; entre semana habían cumulado otras muchas. Hicimos segunda vez el acto de contrición por las calles; el concurso á él fué estupendo, concurrieron casi tres mil personas. Los auditorios no cabían en la iglesia con ser muy capaz; las lágrimas, gritos, sollozos y bofetadas, todos los días á lo último de los sermones, era cosa singular. Hízose la última noche el acto de contrición tres veces. La primera el P. Guillén, la segunda un sacerdote, llamado el licenciado Salgado, la tercera yo en la iglesia. Conté el ejemplo de Pelayo, y experimenté en las confesiones el fruto, pues sacó tres confesiones de personas, que únicamente por este ejemplo, se movieron á confesar lo que de otra manera no confesaran. Hospedónos en su casa D. Tomás Uribe, cura de la villa, caballero muy principal y de grande afabilidad. En esta villa dicen hay tres mil personas de comunión y el convento, de los frailes descalzos estuvo muchos días lleno de peditentes.

8. Del Arroyo vinimos, vispera de S. Matías, á Garrovillas (1). Fuimos á apearnos á la iglesia de S. Pedro, que es la mayor. El vicario del Obispo, que estaba en Coria, tenía prevenido á su teniente, para que en llegando nos llevase á su casa, en donde estuvimos. Hicimos aquella noche el acto de contrición con estupendo concurso.

Es Garrovillas lugar muy dado á los desahogos del antruejo [carnavall], y ya habían empezado. Desde aquella noche cesó todo, como si fuera semana santa. Fueron aquí grandiosos los concursos;

(1) Lugar de mil vecinos, según el P. Guillén, carta citada. Apéndices n. 3.

es la iglesia de tres naves, y se llenaba con grande aprieto; y algunas veces era tanto, que tres mujeres estuvieron cerca de ahogarse, y para que volvieran en sí del desmayo, fué menester, que hombres de buenas fuerzas detuviesen la gente. Los días de trabajo, hacíamos señal al sermón á las cinco de la tarde, y apenas oían la campana, cuando venían corriendo; luego se rezaba el rosario á coros, y después se hacía la doctrina, cantando cada día unos muchachos alguna tonada devota (1). El sermón duraba de cinco y tres cuartos, hasta seis y tres cuartos.

Introdujimos aquí las Cuarenta Horas; pidióse la cera de limosna, y se halló en abundancia; dispusóse un altar muy adornado y los eclesiásticos ordenaron su poco de fiesta y villancicos. Predicamos el P. Guillén y yo diez y siete sermones, y los cinco fueron en las *Cuarenta Horas*. El domingo por la mañana no se predicó por dar lugar á las confesiones; aquel día fué el jubileo de las doctrinas; hubo estupendo concurso; y toda la mañana no hizo otra cosa un sacerdote que estar dando comuniones. Comulgaron aquel día sobre dos mil personas, y en toda la misión comulgaron tres mil.

Había encuentros muy pesados entre la gente más granada sobre puntos de honra, y por haber descompuesto los unos á los otros con el Conde de Alba de Liste, señor de la villa. Estaban los ánimos tan enconados, que se temía una grande desgracia; pues bien, todas estas enemistades se compusieron, yendo unos á pedir perdón á los agraviados con humildad. Fueron más de cien las personas que dieron satisfaccion á sus contrarios, poniéndose de rodillas delante de ellos, y solo en un barrio se contaron nueve personas que pidieron públicamente perdón. La gente andaba aturdida de ver la mudanza y los más entendidos lo admiraban más. Hubo un sacerdote que apuntó todo lo sucedido en la misión, y los temas de los sermones como cosa notable.

El domingo de quincuagésima hicimos segunda vez el acto de contrición, y porque no se ahogase la gente si volvíamos á la iglesia, le concluimos en la plaza, que es grande y se llenó; había más de tres mil personas. Subíme en un bufete; conté el ejemplo de Payo; dije que aquella noche había de predicar Jesucristo, y fueron grandes los llantos, gritos y alaridos y el tropel de apretados. Cogióse con este acto de contrición una gran redada, y yo apunté seis casos singulares que movió el ejemplo de Pelayo.

(1) Este nos parece ser el origen de los cantos de misión, que ahora se estilan.

Hay dos conventos de monjas, las unas Jerónimas, y las otras Franciscas; en las unas hice tres pláticas y en las otras cuatro, y el P. Guillén poco menos. Confesáronse generalmente todas, y se siguió gran reforma en quitar correspondencias, y en darse á la oración. Levantábanse á las cuatro, y aun á las tres de la mañana á tener oración, y quedó entablado este santo ejercicio, que estaba muy caído. A las Jerónimas las persuadí no admitiesen visita de hombres sin escucha, sino es que fuese de padre ó hermano; y luego se entabló esto, que jamás se había observado en aquel convento, aunque era de regla. Las Franciscas, cuando me oyeron, quedaron persuadidas á hacer lo mismo; mas después debieron de consultar con algunas personas el caso, y se volvieron atrás.

El mayordomo del Conde, llamado Baraona, ofreció poner cuadro á San Ignacio y á San Francisco Javier. Hay aquí convento de la Observancia de San Francisco, del que, cuando era de día la misión, nos venían á oír ocho ó diez frailes. Ayudáronnos muchísimo ellos y los clérigos seculares á confesar. Cada día confesábamos por la mañana, hasta las doce; y desde las tres, hasta entrar en sermón, y después de sermón hasta las nueve, y siempre había un concurso grande, sin poder agotar los penitentes.

9. Quedó en Garrovillas el P. Guillén á descansar, y recobrase del pecho por dos ó tres días, y yo vine á un lugar llamado Las Ventas, acompañado de un sacerdote virtuoso de Garrovillas, apellidado Suárez, para que me ayudase á confesar.

Fueron el alcalde de Las Ventas y un caballero llamado Hurtado, á pedirnos con grande instancia fuésemos á su lugar, y en Brozas nos lo habían pedido algunos hidalgos, por haber muchas discordias y enemistades entre los vecinos. (1)

Vine pues á las Ventas, y el jueves, viernes y sábado por la mañana concluí el lugar con la ayuda del sacerdote y de un predicador franciscano, que asistía allí. Comulgaron doscientas cuarenta personas, y el fruto fué copioso. Prediqué el viernes por la noche de los enemigos, como lo pedía el evangelio de aquel día, y el efecto fué que se compusieron todas las enemistades. Llamé á mi posada á todos los encontrados, y allí se abrazaron y pidieron publicamente perdón. Quisieron hacer los más devotos disciplina de sangre por las calles; no vine

(1) Según el P. Guillén, los de las Ventas solicitaron por varios medios la misión, y el último fué decir á los misioneros; que si no iban, los habían de acusar en el juicio de Dios, y que al fin sino querían á buenas los harían ir por fuerza. Carta-Apéndice citada.

en eso por hacer aire, y con todo salieron algunos penitentes, y llevaron consigo unos estudiantillos que les iban cantando el miserere, y diciendo las coplas del acto de contrición que se cantaban por las calles, y en la iglesia, hubo disciplina muy grande y recia.

El achaque del P. Guillén, lo dispuso Dios para remedio de muchas almas, que vinieron á Garrovillas aquellos días, de los lugares vecinos, atraídos de la voz de lo que allí pasaba, y quedaran sin socorro, si no hubiera sido por esta causa.

Fué á rezar el rosario aquellos días, y se juntaba todo el lugar, tanto que, no cabiendo en la iglesia de Santa María, fué menester volver á la de San Pedro, adonde se hizo la misión.

Aquí se movieron tanto el día que saqué la calavera, que no solamente se daban bofetadas, sino que un hombre, llevado del fervor, se mesaba las barbas y cabellos; y esto con tantas veras que sacó las manos llenas de cabellos de la cabeza. Así me lo aseguró un hombre llamado Pedro Cabrera, en cuya casa posé, porque él mismo lo observó. Vió también este sujeto con admiración en este lugar, la noche de carnestolendas, una cosa singular que hizo un estudiantillo de Brozas, que nos había asistido mucho en aquella villa, y había cantado algunas tonadillas en las doctrinas. Llegó el muchacho á aquel lugar; juntó á otros cuatro de su edad, formó un túmulo, y cubriendo las andas con el paño de difuntos, que estaba bordado de calaveras, tomó un Cristo en las manos, cubriólo con un velo negro, y salió por las calles adonde había los bailes y desahogos de carnestolendas. Iba cantando algunas jaculatorias del acto de contrición que nos había oído, y cuando llegaba á un corro de gente decía esta copla que se cantó en Brozas: «Buscad á Cristo, cristianos,—y si buscarlo queréis,—en esta cruz lo hallaréis (y entonces descubriría el Cristo);—que no en pasatiempos vanos.» La gente se arrodillaba y compungía; y me dijo un vecino que con esto había recabado, que en toda aquella noche no se oyesen juramentos ni hubiese las libertades de otras veces.

Entrando acaso en Las Ventas á oirme unos soldados, que traían consigo una mujercilla desde Alcántara, se determinaron á dejarla, y ella se determinó á recogerse. Era de Ceclavín, escribí á una persona grave de aquella villa, para que hablase á su gente y la recogiesen, y en el ínterin quedó sirviendo en una casa honrada.

El sábado, trece de Marzo á las cinco de la tarde entré en Casar de Cáceres, lugar de quinientos vecinos. Viniéronme acompañando tres personas honradas en sus caballos; poco antes había llegado el P. Gui-

llén de Garrovillas, con cuatro sacerdotes que le hicieron compañía. Hicimos el acto de contrición con gran concurso; y el P. Guardián de San Francisco de Cáceres, que había de predicar el domingo por la mañana, cediónos el sermón. Echamos el jubileo de las doctrinas para el viernes, día de S. José. Llamaron tres frailes para ayudarnos á confesar, y en el lugar había cinco ó seis confesores muy asistentes. Con esto, en pocos días, comulgaron más de dos mil personas.

De Santiago del Campo, lugar de ciento cuarenta vecinos, vinieron á pedirnos fuésemos allá; y como no pudimos, vinieron muchos á oír los sermones, y movidos de lo que oían y de lo que decían todos, casi todo el lugar vino, y los más se quedaron á oír el acto de contrición, que se hizo el día de S. José por la tarde, y á oír el sermón, al que hubo grandísimo concurso. El sábado por la mañana hubo que confesar hasta las nueve, y un sacerdote estuvo dando comuniones toda la mañana; así es que comulgarían día de S. José dos mil personas. (1) Hízose el acto de contrición dos veces no más, y la primera vez lo hizo un sacerdote, teniente cura, de gran talento. Estaba en este lugar un capitán vizcaino apellidado Urbina, sobrino del Arzobispo de Sevilla, Urbina, que sabe pintar muy bien. Este callero habiéndonos oído encargar la devoción á N. P. San Ignacio, se ofreció á pintarle, y el Sr. Cura dió todo el gasto necesario. Al Casar vinieron unas devotas mujeres de Garrovillas por oírnos, y trajeron un presentillo de peces y huevos; vinieron primero á Santiago del Campo, pensando estábamos allí y así anduvieron cinco leguas. Decían estas buenas mujeres que si no fueran casadas, se habían de ir tras los Padres para servirles, como la Magdalena al Salvador, y venían á pedirnos qué habían de hacer para salvarse y aprovechar mucho. Aquí nos vino á visitar el Vicario que el Sr. Obispo de Coria tiene en Cáceres, en un coche, con cuatro sacerdotes.

10. De Casar vinimos á Cáceres en veinte de Marzo; acompañáronnos cuatro sacerdotes, el capitán Urbina y otro seglar. Entramos en esta ciudad sábado, víspera de la segunda dominica de cuaresma, é hicimos el acto de contrición aquella noche, y por que no fuesen mujeres, después que se cantó la Salve á Nuestra Señora de la Montaña, que se había traído por el agua á la iglesia mayor, hice una breve plática á las mujeres que allí asistían, para que no saliesen de noche á esta función, y encargasen lo mismo á las demás de sus calles. Salimos de la iglesia mayor y anduvimos por las calles principales de la villa. El acto se hizo la primera vez en la parroquia

(1) Según el P. Guillén en la carta citada, las comuniones fueron dos mil quinientas. Apéndices n. 3.

de San Juan, y la última en la iglesia mayor. Fué inmenso el concurso, no faltó caballero ninguno, y causó admiración á todos ver en dos horas tan conmovida la villa.

Una persona de las más graves estaba poco afecta; y esta se llegó mucho á nosotros aquella tarde; y estando uno de nosotros en la sacristía á reconocer, si un crucifijo que allí había, sería á propósito para sacarlo por las calles; por que al mirarle, fijó en él los ojos con algún afecto y devoción, él y otros publicaron que se me habían arrasado los ojos mirando al Cristo, y que así éramos hombres santos. Por que habían oído decir que el auditorio se abofeteaba en nuestros sermones, dijeron algunos; en verdad que se han de dar las bofetadas los teatinos, que no nosotros. Pues bien estos aquella noche, fueron los que más lloraron, y siempre al fin de los sermones, que eran á las cuatro y media de la tarde, se daban de bofetadas muchísimos, y retumbaba la iglesia con los golpes y con el eco.

Al predicador de Sto. Domingo tocaban las dominicas y ferias; y para que nosotros publicásemos la misión en la segunda dominica, nos cedieron aquel sermón á instancia del Sr. Vicario, que lo suplicó así á su Provincial, que entonces estaba en visita. En los demás días de ferias y dominicas siempre predicábamos por la tarde, por no encontrarnos; sino en un día en que la villa asistió á la misa, que ese día prediqué de la devoción de nuestra Señora, por la mañana. Acomodando la salutación á la fiesta presente, cogí la circunstancia de llegar la misión en tiempo en que aquella noble villa había traído á Ntra. Sra. de la Montaña, que es una imagen devota, que está cuarto y medio de Cáceres, en una cuesta sobre unas peñas; y dije: *Levavi oculos meos in montem unde veniet auxilium mihi*, (1), y de aquí me prometí buen suceso en la misión y que, pues habían derramado tanta agua de lágrimas, se había de enternecer el cielo, y repartir sobre los campos la lluvia deseada. El P. Guillén, por la tarde, hizo la salutación [*exordio*] de lo mismo.

Dios se dejó mover de la piedad de los fieles y desempeñó nuestra palabra; pues un día ó dos, después que se empezó la misión, comenzó á llover; y después como la lluvia fuese poca y se volviese á serenar el cielo, echábamos una Ave María por el agua. Observaron algunos que en dos ocasiones que las habíamos echado, había llovido al día siguiente; y un día me dijo un sacerdote: Padre eche una Ave María, y échela pidiendo *pluviam in tempore opportuno*; y aunque no llovió luego, llovió dentro de pocos días: esto es el Jueves Santo por la mañana, y la lluvia fué con furia por más de tres horas, de suerte que crecieron tanto los

(1) Ps. 120, v. 1.

arroyos, que á un pobre hombre, que traía una carga de leña, se le ahogó un macho en un arroyo, que creció con la lluvia. Todos constantemente decían que por la misión les había traído Dios el agua. Los auditorios los días de fiesta eran de mar á mar, y los días de trabajo eran famosos, concurriendo todas las señoras y caballeros.

Duró la misión en la iglesia mayor diez y ocho días, desde la dominica segunda hasta el miércoles *post dominicam quartam*; y la dominica cuarta fué la comunión general y el jubileo de las doctrinas, á que concurrió tanta gente, que jamás vió Cáceres concurso semejante: comulgaron como tres mil personas. Estuvo el Santísimo patente hasta las cinco de la tarde, y después de encerrado se dijo el sermón. Antes de predicar se rezaba el rosario á coros.

Los predicadores de Cáceres, sabiendo que nosotros habíamos de venir, predicaron mas moral y al alma que otras veces; y con todo padeció gran mortificación el dominico que antes se llevaba todo el séquito; porque predicando él por las mañanas en la iglesia mayor, no tenía gente, y nosotros teníamos por la tarde la iglesia casi llena; y los domingos, que predicaba en su casa la historia, antes que nosotros el sermón en la iglesia mayor, le faltaban los auditorios; porque la gente, por venir á coger asiento, no iba á Sto. Domingo, y otros no querían oír dos sermones, y para oír uno, les llevaba más el afecto al de la misión.

El jueves *post quartam dominicam* pasamos la misión á la parroquia de S. Juan; allí se predicaron tres días. El domingo no se predicó, porque por la mañana tocaba el sermón al franciscano, y por la tarde no le podía haber por hacerse esa *dominica in passione* procesión al calvario.

Antes de pasar la misión de allí á Santiago; volvimos á predicar dos sermones á la iglesia mayor; el uno lo prediqué yo de la devoción á los pobres, y el otro el P. Guillén, con ocasión de que se temía viniese el portugués á Cáceres. Estos dos se predicaron martes y miércoles. El lunes no hubo sermón; porque andaba el Regimiento ocupado en formar las escuadras para defender la villa, caso de que viniese el enemigo, y así aunque estaba ya echado el sermón, nos envió un recado el Corregidor, pidiéndonos dejásemos de predicar aquel día.

11. Ultimamente hicimos la misión en la parroquia de Santiago, que está en un barrio de muchos hortelanos y labradores, que no habían podido los días de trabajo acudir á oír el sermón. Para que pudiesen acudir ahora, determinamos predicarles á la noche, y á solo los hombres; y á fin de que el concurso fuese mayor, negociamos se pasase allí la Congregación, que había tres días á la semana en S. Mateo, y que

aquellos cuatro días hubiese siempre disciplina; y para mover y atraer más la gente, venía la Congregación de noche de S. Mateo á Santiago, atravesando el lugar; y en medio del camino, á donde está la iglesia mayor, se hacía un acto de contrición. La Congregación se compone de clérigos y caballeros; traía un sacerdote el Crucifijo, otros le alumbraban, y todos venían cantando el *miserere*, y un caballero seglar gobernaba la procesión, y todos venían con mucho silencio. En llegando á la parroquia de Santiago se empezaba el sermón, el cual se concluía con una fuerte disciplina. El último día, que fué sábado de Ramos, volvió después del sermón la Congregación en forma á traer el Crucifijo á San Mateo, atravesando por la plaza, para correr con eso casi todo el lugar. En Santiago hubo cuatro sermones.

Sábado de Ramos, á puertas cerradas, hice una plática á todos los sacerdotes en la iglesia mayor, dentro de la sacristía; el domingo por la tarde fuí al calvario, que está en una cuesta á cuarto y medio de legua de la villa, á donde va la Congregación en procesión, y concurre muchísima gente; prediqué sobre estas palabras de S. Pedro, (cap. VI. v. 1): *Christo igitur in carne passus, et vos eadem cogitatione armamini.*

Hay cinco conventos de monjas en Cáceres, cuatro sujetos al ordinaria y otro á los frailes franciscanos; en todos hicimos misión. Platiqué tres veces en cada uno, y el P. Guillén platicó una vez en la Concepción. La abadesa de Sta. Clara, ella se previno y sacó licencia del Provincial. Remediáronse muchas cosas en estas comunidades, y se cogió gran fruto. En Sta. Clara había seis años, que á una religiosa se le imputó un hecho muy feo, y fué haber quemado un chozo ó gallinero que tenía la abadesa en la huerta, de lo cual hubo mucho escándalo, y los superiores hicieron información, y por sospechas vehementes padeció grave infamia una señora, estando inocente. Súpose la verdad in foro confessionis, y se obligó á la culpada diese licencia para testificar á la comunidad, cómo aquella religiosa había padecido siendo inocente. Todas se confesaron generalmente; compusiéronse muchas disensiones que había; y la abadesa nos dijo, que en cincuenta años jamás había visto las religiosas tan devotas y compungidas. En el convento de S. Pedro se atajaron correspondencias, y se reformaron algunos sujetos, particularmente una que se ponía color, y en el vestir jubón escotado, y otras cosas que ofendían á la comunidad.

Para restituir la honra á la religiosa que había padecido injustamente hice una plática, y á lo último añadí; que en aquel convento había sucedido un escándalo hacía dos años, é imputádose la culpa á una de estas señoras; pero que yo sabía de cierto, que estaba

sin culpa, y que así lo aseguraba á todas, y les encargaba no anduviesen echando juicios ni se hablase palabra en la materia. Salió tan bien esta traza, que todas quedaron satisfechas, y no se habló palabra más del caso, y la abadesa no acababa de dar gracias á Dios; por que temía que habían de andar echando juicios, y que lo habían de imputar á alguna que se alborotase, y después me dijo que todas aquellas en quien se había puesto boca y se había sospechado, pensaban que yo había vuelto por su crédito, y la que padeció el descrédito quedó honrada, particularmente con la prelada, que estaba muy persuadida había sido ella.

12. El Sr. Vicario del Obispo, llamado D. Juan de la Vega Quirós, tomó con empeño hacer altar á S. Ignacio, y así dedicósele la capilla del baptisterio, que es la más desahogada y capaz de la iglesia. Es de los Ulloas, y la patrona, que es una señora viuda, llamada D.^a Leonor de Córdoba, dió licencia. Pintóse un cuadro en que se puso á S. Ignacio, entregando á S. Francisco Javier el estandarte de la fe, en una bandera roja con un Jesús en medio, para que lo llevase á las Indias.

Hízose la dedicación el segundo día de Pascua: predicó el Padre Guillén, y yo dije la misa; estuvo el Santísimo descubierto, y el cuadro colocado en el altar mayor sobre la custodia. Acabada la misa se encerró el Santísimo, se bajó la imagen y se llevó en procesión por la iglesia debajo del palio, cuyas varas llevaban los caballeros. Asistió la comunidad de S. Francisco, y en la procesión llevaron sus velas blancas. El Vicario se vistió su capa de coro, y llevaba en brazos la imágen; yo hice oficio de preste. Llegados al altar, cantóse la antífona del santo, invocóse su socorro con estas palabras; *Sancte Pater Ignati, ora pro nobis, ut digni efficiamur, etc.* y luego se cantó la oración propia. Los días siguientes fué grande el concurso de sacerdotes á decir misas, y de las señoras á visitar el altar. Una, en el sermón del santo, hizo propósito de hacerle una novena para que le alcanzase su salvación, y mandó luego al día siguiente decir una misa y vino á oirla. Es grande la devoción con que quedan á S. Ignacio. Estando una señora, mujer de un hidalgo con dolores de parto, envió una criada que encendiese una candela en el altar del santo, para que por su intercesión Dios la alumbrara con bien, y apenas se había encendido la vela, cuando parió felizmente un niño. Mucha gente piadosa envió aceite para que arda siempre una lámpara delante del altar (1).

(1) Véase la carta segunda del P. Tirso al M. R. P. General Juan Pablo Oliva, que va en el apéndice n. 3.

Habiendo concluido con la misión de Cáceres el segundo día de Pascua, el P. Guillén se fué al condado de Medellín con el P. Andía, que vino de Fuente de Cantos á ayudarle, é hizo misión en D. Benito, Medellín y Miajadas, con estupendo fruto. Yo en el ínterin quedé por orden del Sr. Obispo, á solicitar el negocio de la fundación de un Colegio de que se trataba; saqué el consentimiento de la villa, después de tres ayuntamientos en que se controvirtió la materia por instancia de los frailes dominicos y franciscanos, que hicieron extraña contradicción, hasta llamar éstos á su Provincial, que había sido Guardián y tenía allí muchas simpatías, para avivar la oposición. Hicieron grandes papelones en contra, y entraron en el Consistorio á leerlos. Yo no eché petición ni hablé; dí á D. Diego Carbajal un papel, que contenía los motivos para que la villa desease el Colegio, y los medios que se ofrecían, y él lo leyó, haciendo con esto la propuesta.

Opúsose á la fundación D. Pedro Rol con su padre y hermano; ó por hacer frente á D. Juan de Carbajal su cuñado, con quien está mal, ó por el orgullo y vanidad de que pareciese que su casa era bastante para impedir una cosa en que estaban empeñados los demás, ó por afecto á los frailes, con los cuales hicieron varias juntas. Estos llevaron tras sí á D. Alvaro de Ulloa Garabito; y todos los demás estuvieron por la Compañía, que fueron once y el Corregidor. Siendo D. Pedro de Obando, llamado por mal nombre el Tiñoso, y D. Francisco de la Plata, de la casa de D. Pedro Rol y de su facción en otros negocios, en este no se le quisieron arrimar, por más que lo solicitó. Después de Pascua de Flores, prediqué en dos domingos dos sermones por la tarde, el uno de los deseos de los bienes eternos; y el otro de la devoción de oír misa cada día.

Fué singular providencia de Dios mi detención en aquella villa para asistir en la muerte á tres religiosas, que fallecieron en el convento de la Concepción en espacio de un mes; pues apenas habían acabado de hacer el novenario por la una, cuando caía la otra. Después que murió la primera, que era mujer de muchas prendas y había sido abadesa, murió otra que era de pocos años y andaba achacosa. Esta quedó tan edificada del modo con que ayudé á la primera, que me pidió con ansias la asistiese, si Dios la quisiere llevar, estando yo en Cáceres; diciéndome se holgaría morir en esta ocasión. Dióle el mal, asistíla, y después á otra, é hice algunas pláticas á la comunidad (que estaban afligidísimas y les parecía como de peste), lo cual fué para ellas materia de gran consuelo.

También el haberme quedado aquí, fué ocasión de que se res-

catase una alma que estuvo ausente cuando hicimos misión en otro lugar, y me vino á buscar, sabiendo estaba en Cáceres. Principalmente me parece me detuvo allí Dios para ajustar con D. Pablo Mayoralgo y D.^a María de Saavedra, diesen licencia á D.^a Francisca Mayoralgo, hermana de D. Pablo é hija de D.^a María, para venir á Salamanca, á tomar el hábito de Carmelita descalza. Es doncella de gran virtud y pureza de vida, de mucha oración y trato con Dios. Comunicó su modo de oración conmigo y los deseos que había tenido desde niña de ser monja carmelita; yo la examiné y hallé que Dios la quería para esto, y exhórtela á ejecutarlo. Hablé á su madre y á su hermano, híceles que escribiesen á las madres carmelitas de Salamanca, y yo también escribí abonando el sujeto. Ellas lo hicieron en una plaza que había vacante, dejando otras pretendientes mas antiguas; sobrevinieron después dificultades en el casamiento de una hermana, que se trataba entonces, vencilas y dejé empeñados [obligados á cumplir lo resuelto] á estos caballeros.

Puédese esperar de los principios de doña Francisca, que Dios la levante á grande perfección. (1) Había de venir para fines de Septiembre, cayó mala su cuñada; con que se ha dilatado el viaje, con todo se espera vendrá de aquí á Todos los Santos. Escribía á ella desde Salamanca muchas cartas para animarla y confirmarla en su vocación; y á su madre y hermano, para que rompiesen por todas las dificultades, que no eran pocas. Por fin, entró esta señora religiosa en Salamanca, día de Pascua del Espíritu Santo, de este año de mil seiscientos sesenta y siete, casi un año después que yo partí de Cáceres; está muy contenta y las Madres con ella. Está persuadida, que Dios me detuvo en Cáceres para efectuar su venida á Salamanca, y así me lo parece á mi también.

No tuvo sin embargo salud para profesar, y así se pasó á ser monja en Sta. María de Jesús de Cáceres, adonde vive con grande virtud y perfección.

13. Habiendo concluido el negocio de la fundación de Cáceres, (2) estuve esperando al P. Guillén el cual vino de Miajadas á Cáceres el veinte de Junio, y á veintidós nos partimos, su Reverencia para To-

(1) Este párrafo y algunos otros de estos escritos del P. Tirso no fueron escritos de una sola vez, ni aun siquiera en la misma época de tiempo, sinó en diversas. Esto explica, lo que de otra suerte no se entendería fácilmente.

(2) El P. Tirso trabajó el negocio de la fundación de Cáceres infatigablemente con suma prudencia, modestia y eficacia; que todo fué necesario para deshacer las diligencias de los enemigos de la fundación, responder á sus papeles, y conseguir que no le faltase un voto, con que la villa dió su licencia y consentimiento para la fundación con general aplauso. P. Guillén: carta memoria al P. General. Apéndices n. 3.

ledo, y yo para Salamanca á donde llegué vispera de S. Pedro. Dió-nos el Sr. Obispo viático y cabalgaduras.

Algunos meses después llegó á confesarse conmigo un hombre que nos había oído en una misión, hacía un año casi, y tenía necesidad de confesarse. Veintidós años había que andaba perdido, y tan enlazado en un vicio, que cada día caía en pecado; doce años llevaba separado de su mujer, sin haberle escrito palabra en todo ese tiempo. Causáronle grande pavor los sermones que nos oyó; pero el demonio le persuadió que no se confesase, y, muchas veces le decía se ahorcase, que ya no tenía remedio. Mas aunque no se confesó dejó el pecado tan de veras, que en todo un año casi entero, que se había pasado desde la misión hasta que vino á confesarse, no había vuelto á caer, aunque antes caía cada día. Vino herido de Dios, y entrando en la sacristía, adonde yo estaba para salir á decir misa, díjome, que deseaba mucho le oyese en penitencia, pero que había de ser despacio, y que así dijera primero misa. Confesóse con tantas lágrimas y sentimiento, que bien se echaba de ver venía herido de la mano amorosa de nuestro Dios. Propuso ir luego á asistir y servir á su mujer. Vino antes á reconciliarse algunas veces, y siempre con lágrimas, no hartándose de dar gracias á Dios por tantas misericordias. Entendí que Dios me lo había traído á mis pies, para confirmarme en mi vocación y en el modo de predicar apostólicamente, que tiene tales efectos.

14. Menos molesta hubiera sido esta relación, (1) si en sus propios lugares se hubieran referido algunos casos, que por lo raros hubieran causado admiración, y gusto por la variedad; pero los he dejado de proposito, escogiendo antes el escribir sin orden, que caer aun en la apariéncia del menor inconveniente. Ahora puedo, en común decir, que las confesiones generales que haríamos todos los misioneros en veinticuatro lugares, diez y seis conventos de monjas y gente de milicia y aldeas vecinas, pasaron de veinte mil. Cuántas de éstas serían por poca satisfacción de las antecedentes, no es fácil observarlo. Cuántas claramente de obligación precisa por haber callado pecados por vergüenza ó por falta de propósito, es de admiración lo que observamos; pues han pasado de tres mil. Mañana hubo que, entre otras confesiones ordinarias y generales, hice veinticinco de obligación. Y para que se conozca la eficacia del medio, de salir con el Sto. Cristo, para el acto de contrición; puedo asegurar, que las más de las confesiones de pecados calla-

(1) Este resumen está tomado de la carta del P. Guillén al P. Juan Pablo Oliva, antes citada.

dos por vergüenza, las dispuso Nuestro Señor por este medio; pues preguntando á los penitentes, que desde cuando se disponían y habían resuelto el confesarse, respondían; «Padre, desde que salió el Sto. Cristo.» Lugar hubo donde, por haberle sacado segunda vez, acabada la misión; vinieron á mí solo seis confesiones generales de obligación, y algunas de personas que aun en la misión se habían confesado sacrílegamente con nosotros. Causábame gran gozo el ver la claridad y arrepentimiento con que se confesaban no pocas personas; de las cuales unas se habían visto muchas veces en riesgo inminente de perder la vida, otras en el artículo de la muerte en las enfermedades, otras que habían recibido varias veces la Exremaunción; otras que habían visto morir de repente, en el mismo pecado, al cómplice de su culpa, otras á quienes Dios había amenazado con rayos, hasta quemarles la ropa y caballos, sin que esto hubiese sido bastante para que confesaran su pecado, ya en treinta, ya en cuarenta, ya en cincuenta, ya en sesenta años, hasta que llegó la misión.

Entre otros me daban grande consuelo algunos penitentes tan doloridos, que me bañaban de lágrimas el manteo, y otros que en su resolución manifestaban bien la eficacia de su arrepentimiento, y verdad de su propósito; pues parecía que se les partía el corazón de sentimiento, y afirmaban algunos, que si les fuera lícito se quitaran la vida por vengar, en sí mismos, las ofensas de Dios. En esta materia me edificó mucho un hombre, que para llegar á confesar se quitó la capa delante de un grande concurso, causando no poca risa en los que lo repararon. Díjele que volviese por su capa, porque se reían. *No importa, dijo, que se ríen, que ayer hice propósito en el sermón de confesarme de esta suerte; y no sólo la capa sino la piel quisiera quitarme, para manifestar sin rebozo mis culpas, que ha muchos años las callo por vergüenza, y ahora vengo con tal dolor, que si me fuera lícito me atravesaría el corazón con una espada.* La ocasión de risa, fué para mí de lágrimas y consuelo. También le hu- be grande por saber, que una religiosa, que tenía grande cariño á su pelo, y le traía disimulado en trenzas, salió tan desengañada de una plática, que subiendo al coro se lo cortó delante de un Sto. Cristo, y por haber entendido al día siguiente, sería más obsequio de Nuestro Señor el quemarlo, lo ejecutó así delante de otras muchas religiosas.

Ha sido también singularísimo el fruto de desterrar ignorancias que por ocasión de la guerra, y poca cultura, ocupaban algunos de los pueblos. Persona hubo de más de treinta años, que preguntada, que cuántas eran las personas de la Santísima Trinidad, respondió que siete; y otra dijo que serían las que yo quisiese. Otra que después de haber

hecho confesión general, me entregó algunas formas consagradas, que había recogido; porque habiendo de comulgar, por cumplir con su confesor, y estando en pecado mortal, le pareció menos mal el guardarlas, que recibirlas en cuerpo manchado con las deshonestidades y sacrilegios. En uno de los lugares dichos, encontramos una costumbre inmemorial, que en algunos sería ignorancia y en los más era malicia tan horrible como pública, de tratarse como casados los esposos sólo con promesa de matrimonio, y esto consintiéndolo sus padres. Fué Nuestro Señor servido de atajar este escándalo por medio de la misión, aunque á algunos les parecía imposible. Rogamos al Prelado para más seguridad, repitiese en aquella ocasión las censuras que no habían aprovechado en otras. Sería nunca acabar el referir ignorancias.

Algunas nos ocasionaban gran consuelo por padecerlas personas que, juzgando por pecado enorme lo que sólo era venial y tal vez lo que era virtud, se habían estado treinta ó cuarenta años cometiendo sacrilegios, por no atreverse á confesarlo hasta que llegó la misión. Era para alabar á Dios que en más de seis ocasiones me sucedió este lance con almas, que fuera de los sacrilegios ocasionados de su error, en toda su vida, siendo de muchos años no habían cometido otro pecado mortal. Es digna de especial reparo la providencia que usó Nuestro Señor, con una de estas almas; pues haciendo un viaje pasé á un lugar, pidiendo la prudencia y habiendo determinado antes, quedarme en otro. Llegado allá no hallo mesón; pido que me recojan en la primera casa que me encuentren, admítanme con gusto, y sólo con saber que era de los religiosos, que habíamos andado en misión, ve abierto el cielo una persona de la casa para confesar una cosa, que le parecía pecado muy feo, y como tal lo había callado muchos años por vergüenza, siendo un acto de heroica virtud. Hubo poco que trabajar en la confesión, porque fuera de los sacrilegios, no había cometido otro pecado mortal en toda su vida, y espero que no lo ha de cometer.

15. Otras providencias raras de Nuestro Señor experimenté en esta misión. En un lugar salí, después de comer, á tomar el sol camino de una ermita, y á pocos pasos encuentro un caminante, que bajando de su cabalgadura y derramando muchas lágrimas, vino corriendo, y se arrojó á mis piés diciendo: Padre, aquí tiene al mayor pecador del mundo; si no ha de ir á mi lugar, me quedaré aquí para que me confiese de espacio. Auguróle iría á su lugar de allí á dos días; preveníle para la confesión y, en llegando á su lugar, ejecuté sus santos intentos con gran consuelo mío. Pregúntele, cuando le encontré, si venía prevenido de que andábamos por aquella tierra, y me respondió que la pri-

mera noticia, había sido verme salir al campo, y que al mismo punto se le había mudado el corazón, para llorar y confesar sus pecados. Dí gracias á Nuestro Señor por la suavidad y eficacia, con que convierte á las almas. A otras las redujo con igual misericordia.

Una persona no se había reducido con los sermones á confesar pecados que había callado treinta años, envióle Nuestro Señor en un sermón una calentura tan fuerte, que aquel mismo día se confesó generalmente para morir. Díjole el confesor, anímese que ya Nuestro Señor ha conseguido su intento. Ello fué así, porque al día siguiente estaba buena. Otra persona hallándose tibia para hacer confesión general y dejar ocasiones, pidió á Nuestro Señor la redujese, aunque fuese por medio de una enfermedad. Oyóla Nuestro Señor, y el mismo día se la envió tan ejecutiva, que al siguiente se confesó generalmente con grande resolución, y lágrimas para morir; pero como Dios la tenía ya convertida, le dió de allí á dos días la salud. Otra persona, huyendo de los sermones encontró un acreedor, que le echó en la cárcel: al día siguiente fuimos á confesar los presos, y viendo el contento con que salían todos de los pies del confesor, se animó con este ejemplo á confesar graves pecados que había callado por vergüenza muchos años. Otra persona no se atrevió, ó oír ningún sermón de los que habíamos predicado en la iglesia, por no verse obligada á dejar una torpe amistad. Parecióla podía ir sin riesgo á saciar su curiosidad, oyendo el último sermón; pero cayó en el lazo que le tenía dispuesto el amor divino; pues salió del sermón tan herida, que aquella misma tarde hizo, deshecha en lágrimas, una confesión, con grande resolución y arrepentimiento. Otra persona, aunque oyó todos los sermones, no se atrevió á confesar unos pecados que había callado por vergüenza muchos años, detuvimos dos días, después de la misión, por un accidente, y en ellos la dió Nuestro Señor una enfermedad mortal y vomitó su culpa.

Sería muy larga la relación si hubiera de contar todos los casos, que observé por raros, con toda mi negligencia para estas observaciones. Muchos eran raros y la frecuencia los hacía comunes. Otros tan raros que no se podrían decir por singulares. Concluiré con tres ó cuatro que son breves y de edificación. Sintió tanto el demonio que se compusiesen unas enemistades, que la misma noche se le apareció á una persona seglar muy virtuosa, que había intervenido en ellas, y la atormentó con gran crueldad. Otra persona dada á un vicio torpe, dijo delante de un Santo Cristo: *Señor si vuelvo á este vicio quitadme la mano*. Pocos días después la perdió por haber repetido la culpa. Otra persona dijo á su padre: *plegue á Dios que un soldado le*

atraviase con una bala el corazón. Salió al campo su padre y murió, cumpliéndose á la letra la maldición; pues un soldado le tiró un carabinazo y le traspasó el corazón. Otra mujer, viendo en peligro su honra dijo á Nuestro Señor: *defendedme, Dios mio, aunque sea quitándome la vida.* Defendióla Nuestro Señor quitándola al que quería deshonrarla. No escribo los casos, que ha observado el P. Tirso; porque me los participó muy tarde y son tantos, que de ellos solos se pueden hacer dos relaciones tan largas como esta, y para abreviarla ha sido forzoso dejar mas de la mitad de lo que yo observé.

Concluyo con decir que entre tantas providencias para lo espiritual, no se olvidó Nuestro Señor, aun en lo temporal, de nosotros. El P. Tirso no tuvo en todo el año ronca la voz, ni cansado el pecho, ni un dolor de cabeza; yo fuera del accidente, que dije al principio tuve un catarro que duró algunos días, sin que en ninguno me embarazara ni el confesar mañana y tarde, ni el predicar, y se curó con este ejercicio, no sin admiración de los médicos. En todo el año jamás fuimos de un lugar á otro, que no nos hiciese un tiempo como de primavera, habiéndole hecho muy de invierno ó de verano antes y después. Al punto que necesitábamos de alguna cosa, ó para la salud ó para el sustento y abrigo, nos la enviaba Nuestro Señor sin buscarla ni pedirla, de que pudiera contar muchos casos singulares. Ni es de menos admiración, el que no llegásemos á lugar donde, aun á los principios de la misión, pareciésemos cargosos; que no llevando dinero ni otra provisión, pareciera cosa bien rara á los que tienen experiencia de misiones. Solo en un lugar lo temimos con algún fundamento. Porque el huesped era pobre, aunque nos tenía mucho afecto; determinamos el recibir las limosnas que nos enviasen para nuestro sustento sin pedir las, como no fuesen aves ni dinero. El día siguiente comenzó Nuestro Señor á enviarnos tantos presentes de todo género de comida, que tuvimos mucho que despedir, mucho que dar á los pobres, y nos sustentamos nosotros, el huesped y su casa diez y ocho días, y valdría como doscientos reales lo que se quedó para el huesped por ser pobre. Aun antes de salir á misión experimentamos esta piedad. Por agravarse la enfermedad del Sr. Cardenal Sandoval, no pudo cobrarse una limosna que ofreció su Eminencia, y de que yo necesitaba, y le había suplicado, para premios á los niños. Prevínola Nuestro Señor por otra parte, pues al mismo tiempo la Excma. Sra. D.^a María de Guadalupe, Duquesa de Aveiro y Maqueda, á quien yo no había dado noticia de lo dicho, ni había pedido limosna, me escribió esta cláusula. *Quiero enviar á V. P. una*

limosna para los niños, porque con estos nuevos accidentes no podrá cuidar de ellos el Sr. Cardenal. Admiré la providencia de Nuestro Señor y admití agradecido la limosna, venciendo su Excelencia con su piadosa liberalidad la repugnancia que tuve al recibirla por excesiva. En Toledo al tiempo de partirme, me obligó un prebendado á tomar el dinero necesario para llegar á Madrid, otra persona lo bastante para llegar á Salamanca, donde el Sr. Obispo de Coria tenía dado orden nos preveyesen de todo lo necesario para llegar á su Obispado, y él nos asistió y honró con la liberalidad que he dicho, hasta que volvimos á nuestros colegios, para pasar los caniculares.

Finalmente todo ha sucedido de suerte que juzgo ha querido Nuestro Señor tratarnos como á misioneros novicios, y empeñarnos con tanto fruto y favor suyo á proseguir el año que viene las misiones en Extremadura. Quiera su divina Majestad, que acertemos á servirle, buscando en todo su mayor gloria y á V. P, que con tanto celo, y órdenes lo ha dispuesto, y con sus santos sacrificios y oraciones nos lo ha conseguido, la salud que el misionero, las misiones y la Compañía han menester.

16. *Para que el lector se forme más cabal idea del fruto de estas misiones agregaremos en este número y los cuatro siguientes algunos de los casos extraordinarios acaecidos durante el año, y en primer lugar aquellos en que medió la devoción especial de la Virgen Santísima (1).*

En un lugar vino á confesarse un hombre viejo, que hacía más de cuarenta años que callaba pecados, confesóse con gran sentimiento y dijo: que le parecía que todo este tiempo había traído un ascua en el pecho que no le dejaba sosegar y muchas veces no podía dormir de pena y congoja. Contó que hacía dos ó tres años que yendo fuera de su lugar á confesarse á cierto convento, y habiendo empezado á manifestar sus pecados, el confesor le dijo que fuera á su cura á confesarse y no lo quiso oír. Este hombre rezaba cada día el rosario á la Virgen, pidiéndole le deparase ocasión de confesarse bien, y la Virgen le dió esta.

Un hombre de más de sesenta años se confesó con grandes lágrimas y sentimiento, el cual hacía cincuenta años que se confesaba sacrílegamente; había estado tres veces sacramentado para morir y nunca se había atrevido á confesar sus pecados. Con muchas lágrimas decía: «Padre, por mí les ha traído Dios, que yo nunca me habría confesado si no hubieran venido. Después que están acá ha

(1) De los numerosísimos casos que consigna el P. Tirso trascribimos solo algunos, dejando otros por semejantes á estos, ó á los expuestos por el P. Guillén, que van en los dos números anteriores.

muchas noches que no duermo ni descanso con el ansia de hallarles desocupados para llegar á sus pies.» Confesóse y dijo que la noche antecedente, que había estado solo en su casa, si hubiera tenido unas disciplinas ó ramales para azotarse, lo hubiera hecho con tanto odio de si mismo, que quizá se hubiera muerto á azotes; pero que por no haber topado otra cosa se azotó con una sogá, cuan reciamente pudo. Este hombre era muy devoto de nuestra Señora, y y cada día la rezaba el rosario, y las más veces á coros con sus hijos y familia, y entendió que por esta devoción, Dios le había alumbrado.

Habiendo hecho una plática en un mercado contando un ejemplo de callar pecados, vino luego desolada á buscarme una pobre labradora, la cual había quitado unos cerros de lino á una vecina para satisfacerse de unos cuartos que la debía y no le quería pagar, y por ignorancia había hecho gran pecado, y por vergüenza lo había dejado en seis ó siete confesiones. Era mujer notablemente devota, siendo tan piadosa, que ayunaba, miércoles, viernes y sábado, y todo el adviento lo llevaba arreo; rezaba cada día muchos rosarios á la Virgen y á las ánimas. Confesóse con grandes lágrimas y sentimiento; y si no es este pecado, ocasionado de la ignorancia, era de conciencia muy pura. Parecióme que la Virgen la había traído al mercado para que saliese de aquel estado. Estaba embarazada y con todo eso ayunaba, y yo le mandé que no ayunase mientras estuviese así ó criase, y que pues andaba cada día trabajando, y los demasiados ayunos la quitaban sus fuerzas para trabajar y sustentar á sus hijos, que moderase aquellos rigores, encargándole otras obras de piedad en lugar de los ayunos.

Una persona de treinta años de edad, no se había confesado desde los trece, sino una vez; pero esa sacrílegamente, callando todos sus pecados. Deseaba mucho salir de aquel cieno, y porque el vino le había sido ocasión de caer en los más infames pecados y que más vergüenza le causaban; para tratar de disponerse para la confesión, dió en abstenerse de esta bebida, y con esto se halló muy mejorado en sus liviandades. Hallóse en este tiempo en muchas batallas, refriegas y peligros de muerte, sin que se hubiese confesado; cada vez hacía propósito firme de salir de aquel pecado y confesarse, si Dios le sacase con vida de aquel peligro, y nunca cumplía su propósito. Por muchos años dió en rezar ciertas oraciones que trae Sta. Brigida para alcanzar de Dios tiempo de penitencia, y gracia para no morir sin confesión. Cuando vió el primer acto de contrición se determinó á confesarse, y se confesó en efecto con nuevo sentimiento de sus culpas.

Un soldado se confesó conmigo, el cual habiendo ido á hurtar unas ovejas cargaron sobre él unos hombres, y ellos y los pastores le dieron tantos golpes con la llave y cañón de un arcabuz en la cabeza, que se la magullaron y derribaron los dientes. Trajéronle al hospital y confesóse con grande sentimiento de sus culpas, atribuyendo á un milagro de la Virgen del Pilar el no haber muerto. Invocaba á esta Señora en aquellos trances, pidiéndola no le dejase morir sin confesión; y en orden á conseguir esta gracia, hacía dos años que ayunaba á pan y agua.

Un hombre cometió en su juventud un pecado enorme contra el Señor muchas veces, apenas le cometía, luego lloraba vivas lágrimas por haber hecho tal maldad y proponía abstenerse, y después, arrebatado de la pasión, volvía á caer. Cayó hasta sesenta veces, y andaba de allí adelante con una tristeza mortal en el corazón, porque no se atrevía á manifestarlo después de haberlo callado unos once años. Dió en encomendarse á Ntra. Sra. de Guadalupe, y trajo consigo nueve años una imagen suya en el pecho, y nunca dormía sin ponerla debajo de la almohada. Habiendo entrado nosotros en un lugar, él pasó allí al fin de la misión. Oyó decir que habían llegado dos Padres, que enviados de Dios andaban predicando por el mundo, y parecióle que esta era ocasión que la Virgen le ofrecía para salir de su miseria. Quiso confesarse, pero, por haber de partir sus compañeros, no pudo, y desde entonces hizo propósito firme de buscarnos en cualquiera lugar á donde fuésemos. Vinimos después á donde estaba este hombre, el cual había caído en la cama. Sentía vivamente el no poder oír los sermones; enviá-nos á llamar y empezó á ponderar las llagas de su alma, con tantos sollozos y suspiros, que fué menester alentarle mucho, viendo que no acababa de vomitar la ponzoña. Para animarle se le apuntó la especie de pecado, y él entonces con un grande sollozo y suspiro dijo; «sí Padre ese es mi mal.» Alentóle el confesor y se confesó, de más de setenta años que callaba los pecados. El hombre estaba después con tantas ansias de oír sermones que pidió á la Virgen le diese lugar para ir á oír alguno, aunque tenía tan grandes dolores que estaba toda la noche en un grito y no se podía menear en la cama; pero con el favor de la Virgen, se halló algo más aliviado, y se hizo llevar en una silla por dos amigos.

Un hombre, de noventa y cinco años, callaba unos pecados graves desde los doce de su edad, y nos dijo que si nosotros no hubiéramos venido por esta tierra nunca se atreviera á confesarlos; pero movido de la voz que corría de nuestra doctrina, se había determinado á ir á buscarnos. Este hombre rezaba cada día sesenta y ocho Padre-

nuestros con otras tantas Avemarías á diferentes santos, uno al ángel de la Guarda, otro al santo de su nombre, otro á la Virgen del Rosario, etc. Acordándose de sus pecados lloraba, pidiendo á Dios que le trajese á tiempo de confesarlos. El demonio le tentaba para que dejase aquellas devociones, diciéndole que todo iba perdido por estar en pecado mortal, mas el ángel le decía: confiesa tu pecado, para no malograr las buenas obras que haces. Entendí que las devociones le habían alcanzado esta misericordia.

Estando yo de partida de un lugar, se vino á confesar un soldado de á caballo, que había llegado aquella noche y había oído el acto de contrición; hacía cuarenta años que se confesaba mal, y la causa fué porque había tenido relaciones con una moza y fué á confesarse con un fraile ignorante, quien le dijo que no le podía absolver, que le era necesario ir á Roma. Con eso calló siempre aquel pecado. Hallóse varias veces en peligro de muerte, y en una ocasión vió venir sobre él una bala de cañón; encomendóse á la Virgen pidiéndole le amparase, y la bala, entrando por el pecho del caballo, le salió por las ancas, quedando él sin lesión. Cada noche en este tiempo, rezaba tres credos á la muerte y pasión de Cristo, pidiéndole le sacase de aquel mal estado y no le dejase morir en pecado.

17. Con singular providencia divina, yendo con mi compañero de misión, el compañero quedó malo y dejamos la vereda que llevábamos pensada, y mientras él se retiró unos días á un colegio á curarse y repararse, yo me quedé en unos lugarcillos, y habiendo estado en uno, vino el cura de otro á hacerme grande instancia que pasase á él y fui allá. Confesóse allí una mujer de más de setenta años, á la cual, siendo recién casada, hizo fuerza un mal hombre, sin que ella pudiese resistirse; tuvo esto por gran pecado y nunca se atrevió á declararlo hasta que me oyó. Nunca había hecho otro pecado mortal, y si aquel mal hombre no le hubiera ocasionado estos sacrilegios, se hubiera conservado sin pecado mortal toda su vida. Entendí que Dios me había llevado á aquel lugar para remedio de ella, y por ventura la enfermedad de mi compañero, fué efecto de la predestinación de esta alma. Fuéme de gran consuelo este caso.

Otro hombre se confesó de muchos años y dijo: que habiendo ido una vez á confesarse con gran sentimiento y lágrimas de los pecados que había callado y de las malas confesiones que había hecho, el confesor no le había querido oír más de un pecado, y que le había dicho, que no era menester confesarse de los demás, que ya todos se los perdonaba Dios por aquel dolor que traía y con esto le absolvió. El hom-

bre después formó escrúpulo, pareciéndole que tenía obligación de confesarse de todos sus pecados, como era la verdad, y aunque formó ese escrúpulo, no se atrevió á confesar y con eso hacía malas confesiones.

Estando en un lugar, me llevaron á una casa. Hablé allí de Dios; la huéspedera era piadosa y confesóse para ganar el jubileo al segundo ó tercer día de misión; yo pregunté á la noche si su marido se había confesado, dijo que no; habléle á él cariñosamente, diciéndole que mal caso sería que se quedase sin confesar teniendo el confesor en casa, y díjele otras muchas cosas con blandura. Confesóse después generalmente y quedó consoladísimo y con grande amor y cariño al confesor. Eché de ver haber sido de Dios el haber ido á posar á su casa, pues nunca se hubiera confesado, si no hubiera oído aquellas conversaciones particulares.

Otra mujer vivía desconsoladísima porque el demonio le traía tentaciones contra la fe y otros pensamientos malos contra Dios y los Santos, y persuadiéndose que aquello era grave pecado, lo dejó de confesar hasta que se vió cercana á la muerte. Confesóse entonces y después le volvieron los pensamientos, y por vergüenza los volvió á callar otros quince años. No había hecho otro pecado mortal, sino aquellos sacrilegios nacidos de la conciencia errónea.

Una persona, con buen deseo, avisó á los parientes de una mujer lo que se murmuraba de ella, de que andaba en malos pasos, para que la fuesen á la mano; y porque de aquí resultó el que ellos se pusieran mal con ella, el hombre hizo grande escrúpulo de haberlo dicho, pareciéndole había hecho gran pecado, y lo callaba por vergüenza, siendo en lo demás de buena conciencia. Con singular providencia fuí á parar á su lugar, que esto fué ocasión de que se confesase y también su mujer, que por vergüenza había callado algunas deshonestidades de la mocedad.

Un hombre hacía cuarenta años que callaba unos pecados cometidos siendo muchacho, por parecerle que eran herejías. No se movió á confesarlos con haber oído sermones fuertes de la misión, y se movió de oír decir unas preguntas que hice á los muchachos antes del sermón, en que les pregunté, si el confesor podría decir algo, aunque le confesasen herejías, ó al Rey, ó al Papa, ó á la Inquisición. Sáquese de aquí lo que importan esas preguntas.

Un hombre salía de ofender á Dios, cuando el acto de contrición pasó por aquella calle; él no sabía nada que hubiésemos llegado á la villa, y aquella fué la primera noticia: compungióse mucho y propuso de confesarse. Hacía trece ó catorce años que callaba pecados, y dos

años que andaba buscando ocasión para matar á un hombre de quien tenía indicios le había agraviado en la honra, y que entraba en su casa con capa de amistad, y que con ella le hacía alevosías. No se había confesado la cuaresma por andar con la inquietud de buscar á su enemigo para matarle. Perdonóle de corazón, propuso muy de veras deponer tales intentos, salió de los pies del confesor, á reconciliarse con una persona con quien hacía cuatro años que no se hablaba, y quedó tan aficionado á nosotros que dijo: «Padre, si no fuera casado, como quien soy, que me había de ir tras su Paternidad á cualquier parte que fuese.»

Una persona había callado treinta y siete años, por vergüenza, pecados feísimos y nunca tuvo cara para confesarlos, aunque estuvo tres veces sacramentado de enfermedad, y se halló en batallas navales y de tierra, y en refriegas y en peligros inminentes de muerte muchísimas veces, por haber militado en muchas partes, en Indias, Cataluña y otros puntos; y luego que nos oyó se determinó á confesarse.

En una ocasión habiéndome detenido en la iglesia á boca de noche para confesar, salí solo para ir á mi posada, encontré á dos soldados, saludéles, preguntéles si se habían confesado, y respondieron que no; díjeles que acudiesen que yo les confesaría y que si querían podían venir á mi posada; preguntáronme á dónde era; díjeles me acompañasen para que por el camino les dijese cómo habían de disponer la confesión. Con lo que les dije exclamó uno de ellos, apretándome la mano: Padre, algún ángel le ha traído á encontrarse conmigo. Llegados á la posada, confesóse de pecados callados siete años. Díjome que los sermones le habían movido; pero que no se atreviera á llegar á mis pies, si Dios no le hubiera dado esta ocasión de verse á solas conmigo. El compañero cuando este entró, dijo que no estaba dispuesto para confesarse; pero movido del ejemplo de su compañero, entró detrás de él. Tenía necesidad de hacerlo de catorce años, díjome que no se había atrevido de vergüenza á llegar á mis pies en la iglesia, por ver allí tanta gente, y que se había resuelto ahora, por haber hallado ocasión tan buena, pues Dios me había hecho contradizo con ellos.

Una mujer que estaba amancebada con un mozo, salió tan movida del primer sermón de la misión, de aquellos del lobo, y de los gritos del alma condenada, que se fué á su casa temblando; y deshecha en lágrimas empezó á hacer promesa á un Sto. Cristo que tenía delante, de hacer una gran mudanza y de dejarse antes hacer cuartos que volver á pecar. Vino el amigo y hallándola tan llorosa, la preguntó qué tenía; ella le descubrió su determinación, diciéndole, que únicamente por Dios y su salvación le dejaba, y que estaba resuelta de de-

jarse hacer cuartos antes que volver á pecar. El hombre la alabó su intento, y la dijo que él había venido con intento de hablarla claro y decirle que ya no había de volver á pecar más, ni con ella, ni con otra, y que se holgaba de haberla oído primero, y que la empeñaba su palabra de no inquietarla. Esta pobre mujer estuvo dos ó tres días temblando de su salvación, sin poder dormir ni descansar de sobresaltada, vino á los pies del confesor deshecha en lágrimas, descubrióle su pecho, preguntándole si había remedio para su alma. El confesor la alentó y la halló tan fija en su propósito, que le parecía que después de haber oído estos sermones, primero se dejaría hacer tajadas que volver á pecar.

18. Habiendo hecho misión en cierto punto, hicimos el último día segunda vez el acto de contrición. Hubo estupendo concurso y el fruto fué grande. Al día siguiente vino aflijida una mujer que en toda la noche no había podido dormir, todo había sido gemir y suspirar; y la causa era, que hacía diez años que callaba pecados. Habíanos oído todos los sermones y á cada sermón que oía proponía de irse á confesar luego con el predicador, que en bajando del púlpito se ponía á confesar, y luego se dejaba vencer del demonio. Finalmente se quedara sin confesar, si no hubiera salido el acto de contrición. Este la rindió y madrugó por la mañana, y estuvo cuatro horas esperando que le tocara la vez de llegar á los pies del confesor, á quien dijo después, que iba tan aliviada y consolada que la parecía había de morir de puro contento.

Una mujer que se casó á los trece años, á los catorce parió dos niños, y por huir el trabajo de criarlos les dió veneno después del bautismo. Era mujer honradísima, y que jamás se abatió á cosa de torpeza, siendo muy perseguida y hermosa. La vanidad y el pundonor le hizo callar diez y seis años los pecados. Oyóme el sermón del juicio y salió tan movida, que en toda la noche no pudo dormir. El día de la Purificación, que fué de grande concurso, vino á confesarse y esperó más de cinco horas antes de llegarse á los pies del confesor.

La última vez que hicimos el acto de contrición en Brozas, oyó una religiosa, muy sierva de Dios, esta copla: «Una mortaja y no más,— de este mundo sacarás,» y empezó á llorar hilo á hilo y no pudo contener las lágrimas toda aquella noche. Considerando por su humildad que había de salir desnuda de buenas obras, y sólo había de salir con una mortaja.

Un hombre de grande entendimiento, hacía más de setenta años que callaba pecados gravísimos. Había oído el primer acto de contri-

ción de la misión y seis sermones, sin moverse el corazón. Un día en que tenía pensado predicar de otro asunto, mudé de repente de parecer y prediqué, *de como se vive se muere*, sacando la calavera. En este sermón le tocó Dios tan de veras, que toda aquella noche no pudo sosegar, y quedó tan determinado á confesarse, que lo hizo así.

Una mujer casada hizo traición á su marido, y porque un niño de cinco años fué testigo de su delito, temiendo se lo parlase al padre, lo mató con solimán. Estuvo amancebada muchos años, y hacía catorce que no confesaba estos pecados. Estaba tan acosada de su mala acción que le parecía que no había de haber misericordia para tan enormes maldades. En cuatro ocasiones soñó que la llevaban los demonios y salía de estos sueños tan asolada que andaba flaca y se la robaba el color. Oyó el primer sermón de la misión, y en toda la noche no pudo pegar los ojos. Vino á manifestar sus culpas con muchas lágrimas, y se confesó muy á satisfacción del confesor.

Un hombre hacía diez meses que estaba fuertemente enamorado de una mujer y amancebado con ella. Oyó el acto de contrición y luego al punto se fué á casa de la mujer y la dijo: «Fulana; el camino que llevamos es del infierno, yo, por mi salvación estoy determinado á dejar la comunicación, déjala tu también.» Pidióla perdón con lágrimas en los ojos de haberla inquietado, y ella hizo el mismo propósito.

Una mujer de veintiseis años, de muy honestas costumbres y cristiana vida, había cometido ciertas deshonestidades, siendo de doce ó trece años, vino deshecha en lágrimas preguntando si la perdonaría Dios un pecado muy grande que había cometido en aquella edad, y no se atrevió á pronunciarlo. Fué tocando algunas especies de pecados, hasta que le apuntó el confesor aquella, á que respondió sollozando, que aquel era su pecado, y preguntando si se lo perdonaría Dios. El confesor la alentó mucho y se enterneció al verla tan afligida. Era en todo lo demás una mujer de una vida casi inculpable, sin haber pecado gravemente jamás contra el Señor en otra materia, con ser hermosa y pobre, y haberse criado sirviendo, aunque muy honrada.

Otra mujer padecía imaginaciones feas de blasfemia y de cosas horrendas contra Dios y sus Santos, afligíase y vivía en general tormento con ellas y le parecía, que sin duda ella estaba rematada y condenada. Vino á confesarse al Arroyo, de dos leguas de allí, y fuese consolada. Otra padecía el mismo mal y su ignorancia le hacía pensar que aquel era un gravísimo pecado, lo callaba y al confesarse preguntaba, si Dios se lo perdonaría, y fué menester mucho para desengañarla de que no había tenido pecado en aquellas imaginaciones.

Pasando el acto de contrición por un convento de monjas, se dijo una jaculatoria que atravesó el corazón á una religiosa, que hacía muchos años que callaba ciertos pecados. No pudo sosegar aquella noche, y persuadida que aquella voz era determinadamente para ella, confesóse después con muchas lágrimas.

Un hombre que hacía veinte años que callaba pecados de los de Pelagio, de aquellos que el vulgo llama de los de heregía (así lo dije yo en el púlpito, por no decir que eran de bestialidad), se vió tan acosado de su conciencia, que habiendo ido á las viñas, no pudo descansar. Anduvo dos días luchando consigo, hasta que cayó malo de congoja, y su mujer me vino á llamar, diciéndome que su marido se moría; fuí á confesarle, y me dijo que toda su enfermedad, nacía de melancolía de su mala conciencia.

Otro hombre, que hacía más de treinta años que callaba pecados feísimos, se movió tanto á confesarlos, que le reventaba el corazón; pero no se atrevió á confesarlos en la iglesia, sino donde no hubiera gente. Vino su mujer, ó su madre, á decirnos que aquel hombre estaba llorando y no se atrevía á confesarse, sino en el campo. Salimos de la iglesia á las siete, y la mujer me enseñó con el dedo el hombre que salía embozado hacia el campo, y empezó á pedirme que le fuese siguiendo; yo le dije que sería más nota el seguirle; que viniese á la posada; vino en efecto oculto y temblando y quedó lleno de consuelo.

Una mujer estaba en casa de un hombre con quien pecaba, y era pobre y no tenía con que pasar á vivir aparte; el confesor le dijo, que no la había de absolver sino procuraba apartarse. Ella alegó hartas razones, más el confesor estuvo firme. Con esto quedó la pobre tan compungida, que no pudo descansar hasta que se fué á una casilla suya, resuelta á seguir allí, aunque allí pereciese, y vino después á que la absolviese, diciendo que todas aquellas noches se había hartado de llorar su desdicha, sin poder pegar los ojos.

Cuando hicimos en cierto lugar la última vez el acto de contrición dije en medio de la calle: Sepan todos que el confesor no puede decir nada, aunque le confiesen pecados de heregía; acudid fieles á la confesión, que para todos daremos remedio; y después luego á la mañana vino un hombre á manifestar unos pecados que había callado hacía treinta años, por parecerle que por ser tan enormes, nadie podía absolverle, sino el Padre Santo.

Otro hombre hacía casi cincuenta años que ocultaba ciertos pecados feísimos, por persuadirse que nadie sino el Padre Santo, podía ab-

solverle; y atraído de la fama de que los Padres misioneros absolvían de todo, vino de muchas leguas á confesarse.

19. Una mujer tomó tanta pesadumbre, de que otra la dijo que era alcahueta, que se determinó á una de dos: ó á pasar con un cuchillo á la que la había agraviado, ó á echarse en un pozo; y aunque comunicó su aflicción y determinación á un confesor, que la disuadió, ella estaba tan perdida, que una noche salió de su casa con determinación de echarse en el pozo; pero al salir de la puerta, sin que ella viese ni sintiese persona alguna humana, la dieron un empujón que la obligó á entrarse dentro y la causó grande temor, con que desistió de este mal intento. Las circunstancias aseguran que esto fué debido al ángel de su guarda.

Un hombre que había reñido con una mujer y la había empujado y había corrido voz que la había dado una bofetada, después que oyó el sermón del perdón de los enemigos, se fué á la ofendida y se puso de rodillas, pidiéndole le perdonase, y mostrándole los carrillos para que le hiriese en entrambos y le diese de bofetadas á él. La mujer, que estaba en la cama y no había venido al sermón, no quiso perdonarle aunque hizo esta demostración. Otra mujer hacía muchos años que no se hablaba con otra, y salió del sermón tan movida, que fué á buscar á su enemiga y se le puso de rodillas. Otra, siendo la agraviada, buscó á su contraria y la pidió perdón con grande humildad.

Una persona que había reñido con otra, salió tan movida á reconciliarse con ella que, viviendo ésta en un lugar cuatro leguas distante, se determinó ir allá solamente por reconciliarse con ella y pedirle perdón, esto sin que el confesor la dijese nada. Vino á confesarse conmigo y díjome que no había podido ir aquel día, pero que iría luego; alabéle la acción, aunque reconocía que hacía más de lo que tenía obligación.

En Alcántara un soldado dió una bofetada á una mujer, y ella le tenía notable odio. La primera noche que llegamos á la villa hicimos el acto de contrición; la mujer oyéndole se compungió mucho, y por amor de Dios deseó verse con su enemigo y ofrecerle el perdón; miró á una y otra parte y fuése á él, habiéndole visto, y apretándole la mano le dijo: Señor, yo le perdono el agravio que me hizo, para que Dios me perdone. Otro hacía dos años que andaba con intención de matar á su enemigo, y hasta que oyó el acto de contrición no se le ablandó el corazón; entonces se rindió y vino á confesarse.

Dos mujeres, que hacía dos años que no se hablaban, y la una estaba muy agraviada de la otra por haberla deshonrado con su lengua,

viendo la procesión del acto de contrición, se pidieron perdón y se reconciliaron. Un soldado hacía dos años que andaba buscando coyuntura para matar á su enemigo, y con el acto de contrición se movió á perdonarle para siempre, y dejó aquellos intentos. Otro hombre que había dejado á su mujer diez años hacía, por estar amancebado; de haber oído dos sermones de la misión salió tan movido, que determinó el ir á buscar á su mujer para hacer vida con ella, determinando de vivir en el lugar que ella quisiese.

20. En la villa de Alcántara, habiendo encomendado la devoción con nuestro P. S. Ignacio, y dicho, como era abogado de las criaturas para que no se muriesen sin bautismo; estando una señora de lo más principal de la villa con dolores de parto, envió á pedir con mucha instancia una medalla del Santo; y otro hombre honrado de la villa, á quien debimos particular afecto, nos pidió por gran merced una para aplicarla á su mujer que estaba en las mismas circunstancias, y apenas se las aplicaron dieron á luz felizmente una y otra.

Habiendo hecho misión en Arroyo del Puerco, una persona de las derrotadas, que vivía en aquella villa, se halló á la sazón ausente; después vino, y habiendo oído lo que había pasado, le dió grande ansia de confesarse. Hacía algunos años que por vergüenza callaba cierto pecado muy feo. Como dejamos entablado el jubileo para los primeros domingos de mes, y dejamos encomendada la devoción de S. Ignacio, ella y otras mujeres devotas hacían decir á S. Ignacio una misa todos los primeros domingos del mes, y ella se encomendaba al Santo para que la sacase de aquella miseria. Finalmente movida de Dios, se determinó venir á buscarnos á Cáceres.

En Cáceres ha cobrado mucha devoción la gente con S. Ignacio, nuestro Padre; erigióse altar, y como no tiene lámpara dotada, mucha gente devota envía aceite con que alumbrarle, y así casi siempre está encendida una lámpara junto á su altar.

Una señora casada con un hidalgo, viéndose muy apretada con dolores de parto, envió una luz para que se encendiese delante del altar del Santo, á fin de que, por su intercesión, Dios la alumbrase con bien. Premióle Dios su devoción, pues al tiempo mismo que se encendía la candela, la alumbró Dios, dándola un feliz parto de un hijo, y luego vino una persona á dar aviso á la iglesia, que ya Dios, por la intercesión de S. Ignacio la había otorgado lo que le pedía.

21. En un lugar una niña de trece años, habiendo visto sacar al predicador el Cristo en el púlpito; por que no lloró como ella quería, después le dió tanta pena de ello, que de sentimiento de no

haber llorado cayó desmayada á los piés, ó sobre la falda de otra mujer, y después se confesó conmigo, acusándose de no haber llorado, y contándome lo que la había pasado.

Una mujer echó con mucha cólera una maldición á un hijo suyo de catorce años, por pesadumbre que le había dado diciendo: Pleague á Dios que reventado mueras y se te partan las entrañas; y de allí á cuatro días, andando en el campo guardando unas vacas y bueyes, parió una vaca, y queriendo él encaminar el becerrillo hacia una parte, vino la madre tras el mozo como una fiera y arremetió hacia él derribándole en el suelo, se arrodilló sobre los hijares y vientre del muchacho y le mató y él echó la hiel por la boca, y quedó allí muerto. Confesóse muy afligida la mujer, juzgando que en aquella ocasión se había cumplido al pié de la letra aquella maldición.

Una persona, mujer muy rica y virtuosa, me dijo que hacía más de siete años le hablaban unos espíritus, y que ella percibía sus palabras con los oídos del cuerpo, y unas veces á los principios la persuadían que se ahorcase, y como ella renegase de tal consejo les oía decir, vámonos de aquí que no hacemos nada. Otras veces pidiendo ella perdón á Cristo de sus pecados le respondió uno de aquellos, fingiéndose que era Cristo; «Ya te he perdonado tus pecados, para qué te cansas en pedirme perdón más veces? Mira que ahora estoy ocupado en juzgar una alma». Algunas veces le aconsejaban cosas buenas, y muchas mezclaban pláticas impertinentes. La mujer es buena y ya no les tiene miedo, ni hace caso de lo que le dicen, pero aseguróme que los oía hablar, con tanta claridad como me veía á mí.

En Coria un hombre mozo de treinta años, viudo, se confesó generalmente y ganó los jubileos de la misión y de allí á dos días dijo á un amigo. Yo me he confesado; ya no hay más pecar; trataré de casarme pronto y pienso no volver más á pecar; dentro de dos ó tres días con ocasión de un alboroto y motín, sobre si había de entrar en la ciudad un lugar teniente de caballería que pasaba á Ciudad Rodrigo, le vino un accidente de mal de garganta. Pidió confesión, llamáronme á mí que estaba en el hospital, cerca de la casa donde le dió el accidente, fui en seguida y tasadamente tuvo vida en mi presencia, la que fué necesaria para absolverle en fuerza de haber pedido confesión. Otro hombre no ganó jubileos, y antes que saliésemos de Coria, murió sin poder confesarse, dejándonos dudosa su salvación.

Una mujer, encontrándose su marido ausente, estando una noche durmiendo, por tres veces despertó despavorida de una voz interior que la dijo: Tu marido es muerto. Hizo decir algunas misas, y aun-

que al principio las ofreció por su salvación, y el corazón la dijo que las ofreciese por su alma, de allí á ocho días tuvo noticias ciertas de que era muerto. Esta misma, teniendo afición honesta á un hombre que había ido á la guerra, entrando un día se un aposento, vió un relámpago de luz y una cosa blanca y luego en su corazón se persuadió que había muerto aquel hombre; y dijo luego á su madre: «Madre, fulano es muerto,» con tanta seguridad que le hizo decir algunas misas, y luego tuvo nueva cierta que había muerto de repente.

Una señora, doncella, estando ausente un hermano suyo, soñó que estaba agonizando, y que había muerto; despertó despavorida y refirió el sueño. De allí á quince días vino la nueva de la muerte de su hermano, y hallóse por cuenta, que había sucedido al tiempo que ella tuvo el sueño. La misma soñó una vez, que oleaban á un primo suyo que estaba enfermo, y de quien habían sabido estaba con mucha mejoría; refiriólo, enviaron á saber como estaba, y hallaron que le habían dado la Extremaunción aquella noche.

Otra mujer había cometido en su mocedad un grave pecado, que había dejado de confesar. Una noche soñó que por aquel pecado que ya tenía olvidado la estaban quemando. Despertó despavorida con el aprieto y ardor que sentía, cual si verdaderamente la estuvieran quemando, y el efecto fué no poder sosegar hasta buscar un confesor á quien manifestar aquella culpa.

Un hombre hacía más de treinta años que no se confesaba. Le envió Dios un carbunco en la garganta que parecía le iba á ahogar con la grande hinchazón. Tomó él esto como aviso del cielo, que le apretaba la garganta, que él había tenido cerrada tanto tiempo. Confesóse, y fué Nuestro Señor servido de darle pronto la salud.

Habiendo estado hospedado en algunas casas, los huéspedes [patronos] al despedirme de ellos lloraban, me enviaban á visitar á otros lugares, y volviendo á pasar por su lugar, salían á recibirme, y no podían contener las lágrimas, viendo que había de volver á hablarles de Dios y decirles cosas santas.

De un lugar á otro me acompañaron una vez tres hombres, y á pie, solo porque les fuese hablando de Dios. Y en otro lugar un hombre honrado me dió cabalgadura para andar tres leguas, y me vino acompañando á pie, solo porque en el camino le dijera cosas santas, y le hablase de Dios. Tanto importa hablar con los prójimos de cosas buenas.

CAPÍTULO CUARTO

Segundo curso de las misiones del P. Tirso Gonzalez.—1666-1667

SUMARIO: 1. El Provincial de Castilla determina retener en su Provincia, separado del P. Guillén, al P. Tirso, quien escribe al P. General sobre el caso.—2. Nueva carta del P. Tirso al P. Oliva sobre lo mismo.—3. Dirección espiritual de una monja de Sancti Spiritus de Salamanca.—4. El P. General ordena se vuelvan á juntar los dos misioneros.—5. No puede ejecutarse por este año la orden recibida.—6. Misiones en Lumbier, Sangüesa, Sos y Uncastillo.—7. Fruto hecho en estas misiones.—8. Notable milagro de San Ignacio.—9. Misión y Cuaresma en Pamplona: su fruto.—10. Propone al P. General el que los misioneros, para mayor autoridad de su ministerio sean graduados de doctores.—11. Al P. General no le parece aceptable lo propuesto.—12. Sale á misionar en Puente la Reina, Estella, Abarzuza, Tafalla y otro lugar.—13. Moción que hubo en estas misiones.—14. Frecuencia de Sacramentos, meditación y lectura.—15. Va á visitar la Santa Casa de Loyola.—16. Vuélvese á Salamanca para salir con el P. Guillén.

FUENTES HISTÓRICAS: 1. Itinerario de la misión escrito por el P. Tirso.—2. Breve Itinerario de las misiones que hizo el P. Tirso.—3. Cartas autógrafas del P. Tirso al P. Juan Pablo Oliva.—4. Cartas del P. Jerónimo López.

1. Encontrábase el P. Tirso en el Real Colegio de Salamanca, preparándose para sus excursiones apostólicas, soñando nuevas empresas y esperando el aviso del celosísimo P. Guillén, para irse á juntar con él, según lo dejaron acordado á fines de Junio, cuando vino á modificar todos sus planes la disposición tomada por el P. Provincial de Castilla de que trocarse la Extremadura por Navarra. Los sentimientos, que entonces tuvo nuestro misionero, se reflejan bien á las claras en la siguiente carta que escribió al P. General Juan Pablo Oliva:

«Ya por carta del P. Juan Gabriel Guillén, habrá sabido V. P. cómo por este año estamos divididos, y la causa. Habiéndome escrito el P. Provincial la palabra que tenía dada al Sr. Obispo de Pamplona, y el empeño en que se hallaba de que fuésemos allá, yo le respondí, que si el negocio se hubiese de gobernar por mi elección, volviera á prose-

guir lo de Extremadura á donde con la bendición de Dios y de V. P. habíamos cogido tanto fruto: representándole para esto muchas razones y enviándole dos cartas del P. Guillén, que contenían motivos de mucho peso acerca de lo mismo; pero que viviendo debajo de obediencia estaba dispuesto á ejecutar lo que su Reverencia me ordenase; y sin saber porque razón me hallé inclinado á ir á Pamplona, por ver tan determinado á mi Provincial.

Ahora no puedo dejar de suplicar á V. P. se sirva de tomar forma para adelante; porque si cada Provincial tira por su lado y se empeña con este ó el otro Prelado, ¿qué hemos de hacer? La empresa de las misiones que yo pedí á V. P. no fué para quedarme dentro de la Provincia, variando á cada paso de compañero, expuesto á no encontrar el que había menester mi tibieza y poco talento. Que á esto jamás me he hallado inclinado, sino para discurrir por toda España en compañía de un sujeto como el P. Guillén, sin el cual yo no haré nada; y en esto aprendí mayor [entendí haber] gloria de Dios, que en hacer lo que hacía en Salamanca, y no en lo primero.

Ser esto así constará de cuantas cartas escribí á V. P. sobre el punto. Y aunque me pudiera cerrar con esta razón para embarazar con ella la determinación del P. Provincial; pero ni me pareció buen espíritu, ni me hallé inclinado á esto, sino á bajar la cabeza y obedecer hasta informar á V. P. á quien ahora digo, que mi deseo es proseguir en la empresa comenzada; y con la gracia divina estoy determinado á morir antes que faltar por mi elección al empleo que V. P. me ha consagrado en compañía del P. Guillén, sin atender á lo que la carne y sangre tal vez pide: que si hubiera atendido á esto nunca hubiera dejado la escuela [cátedra] á donde me llevaba naturalmente mi genio.

Para quedarme en la provincia, dividido del P. Guillén, haciendo misiones con diferentes compañeros, no me hallo inclinado; pero sí indiferente con la indiferencia de la buena razón y motivos eternos, y muy determinado á seguir lo que V. P. juzgare por más conveniente á gloria de Dios, y con esperanza de hallarme inclinado en viendo á V. P. resuelto á esta parte, á quien suplico no mire en esto á mi repugnancia, sino á la mayor conveniencia pública. Porque si V. P. lo determinase, apechugaré con todas las dificultades que se me representan, que no son pocas, poniendo en Dios la confianza, el cual guarde á V. P. con la salud que la Compañía ha menester, y este su menor súbdito é hijo en Cristo se lo suplica.

Al P. Asistente escribo cierto punto que juzgo de mucha importancia para que lo comunique á V. P., por no cansar con obligar á V. P. á

leer dos cartas mias.—*Salamanca, Septiembre 22 de 666.*—Humilde hijo en Cristo de V. P.—Tirso Gonzalez.»

2. Sin esperar contestación á esta carta, tomando ocasión de la respuesta que recibió á otra del mes de Agosto, insiste el misionero con el P. General en los sentimientos de la anterior, al par que toca algunos otros puntos en la siguiente:

«Pax Christi.—La de V. P. de 30 de Agosto, recibí en Salamanca en treinta de Octubre, en que su santo celo de las misiones alienta mi tibieza á trabajar; y me es motivo no pequeño para procurar ser menos ruín de lo que soy, el ver el fruto que con las misiones se hace en otros. Después de Dios se debe el buen suceso de las misiones de Extremadura al fervor del P. Guillén (1) y por eso temo no hacer cosa de provecho sin su compañía.

Ya escribí á V. P. cómo por este año estábamos divididos, y el Padre salió ya á trece de Octubre con otro compañero. Yo me he detenido aquí, esperando la mula que del Colegio de Pamplona había de venir por mí, la cual por varios accidentes, no ha podido venir antes. No sé si esta detención será causa de que su carta de V. P. no encuentre al P. Provincial á tiempo para que me mande volver á Extremadura. Su Reverencia está en las montañas de Vizcaya, y la carta no llegará á sus manos hasta tercero ó cuarto día de Noviembre, si vino como la mía. Indiferente me hallo para lo que me mandare.

Algunos mozos [jóvenes estudiantes], de esta Provincia, de gran talento para las misiones, están muy deseosos de dedicarse á este empleo. Pero es aun temprano, porque no tienen las ínfulas de las letras que tendrán de aquí á tres ó cuatro años, y son muy necesarias; porque hace muy al caso, el que se sepa que los misioneros son maestros.

3. Hállome necesitado á representar á V. P. una cosa en favor de una sierva de Dios que ha veinte años que la Compañía gobierna su alma. Es esta una señora llamada D.^a Ana María de Espejo, religiosa en un convento abierto que hay aquí, pero muy grave, de la orden de Santiago. Por ausencia del P. Barbiano, la asistí este verano algunas veces, y conozco su interior y la necesidad que tiene de guía. Sus cosas en materia de padecer enfermedades, cruces interiores, persecuciones de los demonios, y cosas semejantes, son extraordinarias, y ninguno puede tener noticia de ellas, que si tiene algún celo y pue-

(1) El P. Guillén á su vez en carta al P. General dice estas textuales palabras hablando de las misiones de Extremadura del curso pasado: "El instrumento principal para la ejecución del inmenso fruto es el P. Tirso con su gran celo, y yo sólo entro con mi tibieza á ser el todo de lo que se fia dejado de hacer." Véase apéndice núm. 3.

de acudirle, no se halle movido á ayudarla. A mí me ha causado tal compasión, y he hecho tanto concepto de la necesidad que tiene de consuelo, que hubiera grave escrúpulo de dejar de acudirle, sí fuese dueño de mi libertad.

El P. Barbiano la acudía; mas á algunos, que no deben de saber sus cruces, les debió de parecer demasiada asistencia, por lo que el P. Provincial en la visita debió de apuntar algo, en fuerza del nuevo orden de no acudir á confesar monjas.

El P. Rector con esta ocasión la dejó por algunos meses, hasta que habiendo caído en una enfermedad en que la mandaron sacramentar, la enferma pidió confesarse para morir con el Padre, y la superiora le envió á llamar. Con esta ocasión la asistió en aquel aprieto. Hizo ausencia y dejóme encargado la acudiese yo.

Ahora desde Madrid, me escribió con resolución de no volver más á confesarla, porque en acabando su oficio pensaba no tratar con nadie; y me mandó que con buen modo la dijese, que su Reverencia no la podía asistir. A mí me ha parecido dura esta resolución, y me he salido afuera, con intento de escribir á V. P. á quien suplico se sirva de compadecerse de esta pobre señora, encargando al P. Barbiano la asista, ó al nuevo Rector, ó al P. Provincial que le sucediere, señale persona competente para que la acuda.

Pongo á Dios por testigo que no tengo otro fin en suplicar esto á V. P. más que la necesidad que tiene esta sierva de Dios, que sin duda es de gran virtud, aunque dentro de su misma comunidad padece no poco. Muévale á V. P. el saber las personas que la han tratado. Asistieronla el P. Pablo Serlogio, y el P. Andrés Prieto Ramírez, y el P. Martín de Lezaun, Rector de este Colegio y provincial de esta Provincia, y después el P. Francisco Vergara, Rector de este Colegio. El P. Lezaun, hacía tanto caso de sus cosas, que por cartas la dirigía en medio de las ocupaciones del gobierno de la Provincia. A esto se añade que, aunque de muchas religiones, personas muy graves desean comunicarla, ella está tan colgada de la Compañía, que primero escogerá el quedarse sin guía, que tenerlo de otra religión; y es crédito de la Compañía, que persona de esta virtud no quiera otra enseñanza. No nos ha menester para confesarse, que eso lo hace con cualquiera, sino para la dirección. Ha menester persona que la aliente mucho. Algún sujeto grave de este Colegio la asistió dos años, pero no sabe nada de las grandes cruces interiores que padece; porque su natural encogido y el genio del Padre la ocupó de suerte, que nunca se atrevió á manifestarle sus penas; y así sólo se reconciliaba de sus faltas la vez que iba á verla. Este

sólo de cuantos le han tratado, podrá juzgar no es tan necesario el asistirle, y si fuera para sólo confesarla, sobrábale razón. Yo, del tiempo que la acudí, he tenido mucho de que confundirme, y mucho que aprender. Esto es lo que me ha parecido representar á V. P. Concluyo con dar á V. P. muy de corazón las gracias de lo mucho que favorece á las misiones, y alienta á los misioneros, heredando con el oficio el celo que de ellas tuvo nuestro Santo Padre; y suplicando á V. P. se sirva tenerme muy presente en sus oraciones, para que con mi tibieza no ponga estorbo á las obras de Dios, el cual guarde á V. P. con la salud que este su menor hijo en Cristo desea, y la Compañía ha menester.—*Salamanca, Octubre 30 de 666.*—Tirso Gonzalez.

4. Las representaciones de los dos misioneros al P. Oliva hicieron su efecto; pues su Paternidad dió órdenes al P. Provincial de que se retractase la disposición tomada sobre el P. Tirso; dejándole libre para continuar misionando en Extremadura. Así consta de la siguiente carta, en la que insiste por tercera vez en algunos de los pensamientos expuestos en las anteriores.—Dice así:

Pax Christi.—De Salamanca escribí á V. P. dándole cuenta de la división que estaba hecha, y cómo la carta de V. P. en que ordenaba al P. Provincial no me trajese á Navarra, sino que me dejase volver á Extremadura con el P. Guillén, había llegado tarde. Ahora digo á V. P. que ha tres ó cuatro días que llegué á este Colegio de Pamplona, y hoy salgo con un Padre anciano á hacer misión á algunas ciudades y villas de la comarca para volver después de Reyes á hacerla en esta ciudad.

No ha podido el P. Provincial, darme compañero fijo á propósito; porque no lo hay desembarazado. El que yo más deseaba es el P. Juan de la Llama, Rector de Santander, que desea, como él me dijo, el emplearse en esto. El P. Provincial escribe á V. P. que se sirva absolverle del rectorado y señalármele por compañero. Esto mismo suplico yo á V. P. y es conveniente, aunque V. P. esté fijo en la determinación de que yo prosiga con el P. Guillén; porque podremos entrar por Andalucía cada cual con su compañero, juntándonos en los lugares más grandes, adonde fuere necesario el concurso de los dos; y dividiéndonos adonde no fuere necesario, andando uno cerca del otro para darnos la mano cuando fuere necesario.

Esto es lo que ahora se me ofrece representar á V. P. á quien suplico se sirva de tenerme presente en sus santos sacrificios y oraciones, para que me haga instrumento de su gloria. Dios Nuestro Señor, guarde á V. P. con la salud que deseo y la Compañía ha menester.

ter.—Pamplona, Noviembre 19 de 666.—Humilde hijo en Cristo de Vuestra Paternidad,—Tirso Gonzalez.

5. Cumpliendo el P. Provincial la orden recibida escribió al Padre Tirso, mandándole que dejara á Navarra y volviere á Estremadura; mas el misionero, estando ya tan adelantado el año, creyó prudente representar al P. Oliva, lo inútil de aquel viaje en tiempo semejante, abandonándose á lo que en vista de lo representado determinare. Esta carta es del tenor siguiente:

Pax Chisti:—Doy cuenta á V. P. cómo habrá seis días que recibí carta del P. Provincial, en que me intima el orden de V. P. de volver á juntarme con el P. Guillén. Yo, viendo el tiempo tan adelantado, juzgué que sería más gloria de Dios, y que no sería contra el gusto de Vuestra Paternidad, el que se suspendiese la ejecución del orden por este año. Le hice esta propuesta al P. Provincial, porque entonces era forzoso el detenerme aquí, por estar predicando al Consejo. Si no obstante viene orden de que me parta, iré con mucho gusto á obedecer á V. P., aunque juzgo que esta jornada atrasa las misiones. Porque de aquí adonde está el P. Guillén habrá ciento treinta leguas, y á buen andar llegará allá á fines de Abril. Además en el país en que está, es fuerza terminar por Junio, por los excesivos calores: con que solamente haré misión con su Reverencia un mes: y teniendo él ya su compañero, el ir yo no añadirá misiones sino confesores y predicadores, y por acá se pierden con esto tres meses de misión. Fuera de esto por acá ha corrido la voz de las misiones, la gente las apetece, y el Sr. Obispo, que es prelado santo, las desea con ansia.

Yo hago juicio que, si V. P. se hallara por acá, juzgara que por este año prosiguiéramos divididos. Y doy este aviso á V. P., para que si acaso el P. Provincial admite la propuesta, V. P. se sirva de tenerla á bien; que el año que viene, con la bendición de Dios y de V. P., iremos á proseguir nuestra derrota [*derrotero*]. Ahora añado, que me hallo con tal indiferencia para quedarme dentro de la Provincia algunos años haciendo misiones con el P. Llamas, como universalmente lo desean todos, ó para volver á juntarme con el P. Guillén, y que estoy en manos de V. P., *sicut lutum in manu figuli*; para que determine lo que juzgare por mejor; que con seguir el gusto de V. P. iré contento. Nuestro Señor guarde á V. P. como se lo suplico y la Compañía ha menester.—Pamplona Abril 1 de 1667;—Humilde hijo en Cristo de V. P.—Tirso Gonzalez.

6. «El año de 1667 nos dividió la obediencia al P. Guillén y á mí. Su Reverencia, acompañado del P. Miguel de Fuentes, volvió á

proseguir lo de Extremadura, é hizo misión en Trujillo, Mérida, Fuentes del Maestre, Almendralejo y otros lugares. Yo pasé á Navarra á fines de Octubre, y en compañía del P. Ochoa, hice misión; primero en la villa de Lumbier y en un convento de monjas benitas, que allí hay, sujetas al abad de San Juan de la Peña, cuya misión fué muy provechosa; después en Sangüesa; y de allí pasamos á Sos, villa de Aragón (1); y de Sos á Uncastillo. No me acuerdo si en Sos y Uncastillo hice misión en conventos de monjas. La relación de los sucesos de estas misiones se me perdió. Paréceme escribí á N. P. el suceso de todas.» Hasta aquí el P. Tirso en su *Itinerario*, donde se lamenta del extravío de los papeles ó notas, que iba tomando al dar las misiones, de los sucesos más principales de ellas; extravío por el cual estas misiones no ocupan en el *Itinerario* el lugar que ocuparon las del año precedente, y el que ocuparán las aun más importantes que dará en lo sucesivo. Habla sin embargo de este particular, aunque brevemente, en la siguiente carta al muy reverendo Padre General Juan Pablo Oliva, que lleva en los archivos el número 114.

7. Pax Christi—Doy cuenta á V. P. de la misión que hice desde diez y nueve de Noviembre, en que salí de este Colegio, hasta el catorce de Enero, en que volví á él. Anduve una ciudad y tres villas de á cuatrocientos y quinientos vecinos. Habré predicado más de sesenta veces; por que el compañero solamente ayudaba á confesar, y hacía algunas veces la doctrina. Con haber sido el tiempo terrible con los fríos y aguas, y la tierra montañosa ¡bendito sea el Señor! siempre tuve el pecho bueno; sino tres ó cuatro días que se me cerró con un aire cierzo que me cogió en una doctrina, y por haber estado en un cuarto muy frío.

Y aunque por la tierra, adonde anduve, están las misiones más sendereadas que en Extremadura, con todo eso el fruto ha sido grande y la moción extraordinaria; pues habiendo llegado á una villa del reino de Aragón, adonde en espacio de nueve años habían tenido dos veces misión; con todo, el fruto fué grandioso, y cayeron en las redes de la predicación, peces de sesenta y setenta años, que habían alcanzado tres misiones. Las confesiones de necesidad, que han llegado á mis piés en todo este tiempo, son doscientas sesenta y cuatro.

Los llantos, lágrimas, y pedir á voz en grito misericordia, casi

(1) En Sos, diez y ocho años antes, había misionado el P. Jerónimo Lopez, y ocho después se trató de fundar un colegio de misioneros. Véase apéndice n. 4.

en todos los sermones, ha sido cosa singular. Y el fervor con que, dos veces en cada misión, se juntaban más de cuatrocientos hombres á tomar disciplina en las iglesias, fué tal, que de oír desde afuera las mujeres lo que hacían los hombres, se movían á llorar y sollozar tanto, que se oían de muy lejos: y algunos ví yo que tenían los ojos hinchados de llorar. Hombre hubo, que se disciplinó con tal fuerza, que al fin de la disciplina cayó desmayado. Algunos, no teniendo otras disciplinas se azotaban con los zapatos; y todos lo hacían con tal fervor, que no había medio para hacerles parar; y día hubo que, habiendo hecho nueve veces señal con la campanilla, no lo querían dejar hasta que les amenazamos con que sacaríamos la luz. Otras veces ellos mismos *sua sponte*, mientras se disciplinaban, levantaban las voces al cielo pidiendo á gritos misericordia. Las bofetadas que se daban en los sermones al sacar el Santo Cristo eran con tan buena gana, que en una villa de estas un hidalgo, de los más entendidos y de mayor suposición, se acardenaló las mejillas.

El fruto de mayor estima es lo que dejamos entablado para adelante: quedan formadas congregaciones de sacerdotes adonde jamás las había habido; y en dos cabildos queda entablado, que todos los días, después de vísperas, se lean algunos puntos de meditación por los ejercicios de nuestro P. S. Ignacio, ó por el P. Luis de la Puente; y esto se empezó á practicar estando nosotros allí.

Todos los días de fiesta, después de vísperas, se lee al pueblo como media hora de lección espiritual en tono alto, devoto y grave; y esto lo han abrazado tan bien, que volviendo del último término de la misión al Colegio por los mismos lugares, supimos que á este ejercicio concurre casi tanta gente como á los sermones, y antes de él se reza el rosario á coros.

En uno de estos lugares todos los días, á boca de noche, se toca al rosario y á la meditación, y se juntan quinientas personas, y todas oyen los puntos de la meditación con gran silencio, y muchas se quedan largos ratos en la iglesia, y algunas más de una hora.

El jubileo de la comunión general y frecuencia de los sacramentos queda tan asentado, que para conservarlo se formaron congregaciones, y los congregantes comulgan con velas en las manos, y tienen obligación de buscar la cera para descubrir al Santísimo. Y en estos lugares, después que salimos, comulgaron aquel día quinientas y seiscientas personas, y todas alaban á Dios de ver tal reformation.

8. En una villa llamada Uncastillo, obró nuestro P. S. Ignacio un milagro claro. Yo encargo la devoción del Santo, y particularmente

digo que en los peligros de parto le invoquen las mujeres; que se apliquen una medalla suya, ó envíen una luz que arda en su altar, para que por su intercesión las alumbré el Señor con bien; ó hagan decir una misa votiva (1).

Al tiempo que acabamos la misión, una mujer estaba tan apretada del parto, que el cirujano, con consulta del médico, estaba resuelto á abrirla, porque tenía la criatura atravesada. Acababan de decir misa los capitulares, y el cura les mandó no se quitasen las sobrepellices; porque luego habían de llevar el viático á aquella mujer. El mismo cirujano vino á dar prisa en esto. A este tiempo un sacerdote estaba descolgando del púlpito dos estampas de S. Ignacio y S. Francisco Javier, grandes y muy hermosas, que pongo á los lados del jubileo, y dijo al cirujano las llevase á la enferma y le dijese se encomendase á los gloriosos Santos. Va el cirujano, habla con la enferma, ella se entenece con su vista, ofrece una misa, y llena de confianza invoca su socorro. Hecho esto, aplicáronse las estampas sobre el vientre, y luego al punto dió á luz un niño muy hermoso. Quedó toda la villa alborozada. Al niño le llamaron Ignacio Francisco, y se pondrá altar á los dos Santos en parte principal de la iglesia. Este ha sido en compendio el suceso de esta misión. En esta ciudad la empezaremos mañana. V. P. me encomiende á Nuestro Señor para que con mi tibieza no ponga estorbo á las obras de Dios, el cual guarde á V. P. como se lo suplico y la Compañía ha menester.—Pamplona Enero 22 de 667.—De V. P. humilde hijo en Cristo.—Tirso Gonzalez.

9. Después de Pascuas de Reyes se hizo misión en Pamplona por espacio de tres semanas en S. Cernin, y juntamente en algunos conventos de monjas sujetos al ordinario (dice el P. Tirso Gonzalez en su *Itinerario*). La víspera de la misión, en una plática, ponderé el suceso de haberse encendido unos días antes algunos barriles en la casa de la pólvora, que la volaron, con la particularidad, de que algo antes habían sido trasportados de aquella casa al castillo quinientos barriles. Que á haber estado estos dentro de la ciudad, se hubiera abrasado toda entera. Tomé por tema: *Dedisti metuentibus te significationem ut fugiant á facie arcus. Arcum suum telendit et paravit illum, paravit vasa mortis, sagittas suas ardentibus effecit* (2). Dí la explicación de Belarmino, que vino nacida para el caso, y exhorté á oír la misión, y á lograr la ocasión.

(1) Este milagro divulgado por todo el país, contribuyó á aumentar la devoción á los santos Ignacio y Francisco Javier en toda Navarra, que se distinguió por ello entre todas las demás provincias de España.

(2) Ps. VII, v. 13, 14.

Fueron grandísimos los concursos. Para ir de la sacristía al púlpito costaba grandísimo trabajo. Un día, porque se ahogaba un hombre, fue necesario sacarle sobre los hombros de los oyentes; otro, unos caballeros hubieron de sacar las espadas, para detener la gente que se atropellaba y quería atropellarlos á ellos. A todos los sermones asistió el Ilustrísimo Sr. Obispo, D. Andrés Girón, que me había llevado. Después me detuvo la Audiencia para predicar la cuaresma. Prediqué también las *Cuarenta Horas*, y el Mandato en la Catedral, adonde el Sr. Obispo lavó los pies á los pobres. La relación de los sucesos se me perdió. Parece escribí á nuestro Padre la relación de todo; mas no hallo entre mis papeles los borradores.

De lamentar es respecto de esta misión de Pamplona, aún más que de las otras, la pérdida de estos papeles, lo que impidió al P. Tirso el hacer en su *Itinerario* lato una completa relación de los sucesos de ella. Y decimos que en esta misión es aún más de lamentar la pérdida; porque respecto de ésta, sobre ser más importante, en sí misma considerada, carecemos de toda otra noticia. Pues si bien dió cuenta de ella en carta al P. Asistente, y el P. Rector de Pamplona escribió sobre el caso como veremos luego, estas cartas no han llegado á nuestras manos. Ni aún el recurso tenemos al presente de las cartas anuas; pues éstas, lacónicas este año en demasía, se concretan á decirnos, que en Pamplona con la ida del P. Tirso Gonzalez, y el efecto de su predicación, se aumentó mucho la congregación de caballeros, con la entrada en ella de muchos nuevos congregantes (1).

Muy de notar es lo que apuntan las anuas y es, que en esta época precisamente de la ida á Pamplona de este hijo amante y gran glorificador de S. Ignacio de Loyola, y sucesor suyo en el Generalato, se dió principio á la Basílica del héroe guipuzcoano, en el lugar mismo en que estaba el castillo cuya defensa sostuvo contra los ejércitos franceses. Así el P. Tirso vino á tener parte en cuatro de los mas grandes santuarios del Santo Patriarca: en esta Basílica de Pamplona; en el Santuario de Loyola, construído principalmente durante su generalato; en el altar de Roma, que según el adagio es el mejor altar del universo, levantado por su iniciativa y bajo su inmediata dirección; y en la capilla de S. Ignacio de la *Vía Torta*, donde se apareció Jesucristo con la cruz á cuestas al Santo Fundador, la que fué por este P. General reparada.

Ya que nos falten otros datos explícitos acerca del fruto consigui-

(1) Pompejiopoli, adventu P. Thyrsi Gonzalez, magna sodalium accessio facta est. Litter ann. 1666.

do en esta misión del P. Tirso en la capital del católico reino de Navarra, llamaré la atención sobre dos datos implícitos, que dicen mucho al que reflexione un poco sobre ellos. El primero es el grande aprecio y estima que formó de él la ciudad, tomando el acuerdo de llamarle, en vísperas de cuaresma, para predicar los sermones de S. Cermín, que son tres ó cuatro á la semana, cuando tendrían encargado ya á algún otro célebre predicador, de dicha cuaresma. ¡Tanto pudo en ellos el deseo de oír por más largo tiempo al fervoroso misionero y de participar del fruto espiritual de sus predicaciones.

El segundo dato implícito, acerca del buen resultado obtenido en la misión de Pamplona, es el concepto tan honorífico que desde entonces formó de él el Ilmo. D. Andrés Girón, Obispo de esta sede pamplonense. Este Prelado, que en 1660 fué presentado para la silla de Lugo, y promovido en 1664 al obispado de Pamplona, de donde pasó á Santiago y últimamente á Sevilla, en todas partes se mostró igualmente celoso del bien de sus ovejas, y de su propia santificación; y en todas partes, para ayuda suya y de su rebaño, procuró la cooperación de los Padres de la Compañía de Jesús, y muy en particular del Padre Tirso Gonzalez, cuyo ardoroso espíritu y heróicas empresas miraba entusiasmado.

10 Concluida ya la misión de Pamplona, escribió el misionero la siguiente importante carta *con soli*, esto es, para el P. General exclusivamente, sobre un punto muy importante para el ministerio en que se ocupaba. Dice así:

Pax Christi.—Al P. Asistente escribo brevemente el suceso de la misión de Pamplona, que ha sido felicísima, para que se lo refiera á Vuestra Paternidad, á quien enviará relación por extenso el P. Rector. Yo deseo proponer á V. P. una cosa, que ha más de cuatro meses que la ando pensando, y para el fin que V. P. ha pretendido en darme licencia para dejar la Escuela la tengo por muy importante. La comunico á V. P. *con soli*; porque tiene muy grande inconveniente, el que se sepa en la Provincia que yo he tocado esto, pues tiene la cosa sobrescrito de ambición; y yo pongo á Dios por testigo que no me mueve eso, que, si lo pretendiera, no hubiera dejado á Salamanca.

El caso es, Padre Nuestro, que yo con las manos he tocado cuánto importa el crédito de las letras, para que esta empresa de discurrir por toda España tenga feliz logro; y si antes de pedirla hubiera tenido el conocimiento experimental, que hoy tengo, no hubiera salido hasta entrar en la cátedra de Vísperas ó de Prima; y si por algo quisiera estar graduado, es por esto.

El asunto es, proponer á V. P., que es convenientísimo graduar á los dos, al P. Guillén en Alcalá, y á mí en Salamanca, para dar ínfulas al ministerio. No condene V. P. la proposición hasta oír las razones. Aunque para los que nos alcanzaron en las Universidades y entienden en la facultad no añade mucho el grado; pero para con los de afuera, que nunca nos vieron, ni entienden, sino por el eco del vulgo, importa muchísimo. El decirse son Maestros por Alcalá y Salamanca, hace gran papel, aún dentro de Salamanca. Para el vulgo supone tanto más un graduado, aunque sea sujeto corto, que uno que no lo es, cuanto va de lo vivo á lo pintado. Los Obispos no dan en sus patentes título de Maestro á uno que no lo tiene; y un misionero no puede andar diciendo á quien no le conoce: *mira* que yo leí Teología, *mira* que fui Maestro.

Nuestro Padre S. Ignacio, quiso que sus compañeros se graduasen, y el fin no fué para que leyesen Teología escolástica; sino para que con el grado autorizasen la predicación. El empleo de las misiones es el fin á que se ordenan las letras de la Compañía. Pues si se gradúan los sujetos para autorizar el medio, razón parece graduarlos para autorizar el fin. Algunas veces se gradúa un sujeto que ha leído y trabajado, solo á título de no desconsolarle; más razón parece graduar al misionero que ha leído, á título de no desconsolar el ministerio apostólico de las misiones.

Con graduar misioneros que sean capaces de ello, da V. P. un pregón por el mundo, de la estimación que hace la Compañía de las misiones; y con esto despierta los ánimos de los que tuvieren prendas para el ministerio, para que se dediquen á él. Y así, la estimación que Vuestra Paternidad hace de las misiones, con fomentarlas de palabra, no se imprime en los ánimos tanto, como con esa demostración. Estando graduados, y recogíendose el uno á Alcalá y el otro á Salamanca por el estío, cuando se descansa, será este un continuo despertador para nuestra juventud, y común edificación de las Universidades.

Saliendo á hacer misión por reinos extraños, adonde hay Universidades, éstas forzosamente han de honrar á los maestros de Salamanca y Alcalá, y esta honra acredita el ministerio; y no llevando esas ínfulas, no hacen caso. Si dice alguno: *los Padres son Maestros*, luego preguntan, qué cátedra tuvieron, y si fueron maestros en las Universidades; y si no oyen *catedrático de Visperas ó de Prima*, y maestro graduado; luego le desestiman, pareciéndole que son sujetos de poco más ó menos.

Por estas razones juzgo por convenientísimo el grado de los dos; y el leer cada uno un par de meses alguna de las primeras cátedras. A que añadido, que el P. Guillén, por no haber leído en Alcalá, necesita aun más de estas ínfulas. Si V. P. juzgare que esta es ambición mía, á eso me expongo contento, con saber que Dios me ha de juzgar por lo que hallare en mí, y no por lo que otros juzgaren de mí. Parece puedo tener bastantemente probada mi intención, pues dejé la Escuela, cuando según el estilo de la Religión, me tocaba el entrar ó en la cátedra de Vísperas de Salamanca ó en la de Prima de Valladolid. Y aunque no soy tan vano, que presuma ser más que otros que se juzgan aptos para el grado, tampoco soy tan humilde, que no reconozca, que si la Compañía hubiera de graduar dos sujetos en Salamanca, cuando yo la dejé; había de ser yo el uno de ellos; sino es que se hiciera notable violencia al sentir común.

A mí no me hizo fuerza ninguna el saber que muchos deseaban el verme graduado; y el que estaban persuadidos á que lo sería. Todo lo puse debajo de los pies; y después acá no estoy arrepentido; sino antes más confirmado en mi vocación, por ver el fruto que el Señor coge por tan vil instrumento. Y el ver la afición con que me oyen, y los grandes concursos que tengo, no puede desaficionarme del ministerio. A que añadido que por ventura Dios dispone que sea tan seguido un hombre que siempre fué escolástico mero, y reputado por inútil para otra cosa, que para el *ergo*, á fin de que con esto se reforme el modo de predicar que hoy se estila en tanto daño de las almas (1). Pues viéndome tener séquito á mí, sólo porque miro como blanco de mis sermones el bien de las almas; se desengañarán y se aplicarán á predicar espiritualmente. Y si Dios nos quisiese tomar por instrumentos para reformar la predicación, ya se ve cuanto importa para este fin las ínfulas del magisterio.

Diráme V. P. que el grado cuesta mucho. A eso respondo, que si esta dificultad se vence por mirar por el mayor crédito de las letras, que son medio para las misiones, deberá vencerse por mirar por el lustre de las misiones, que son el fin. Fuera de esto yo daré á Vuestra Paternidad un medio fácil. Las propinas que sacan los maestros, ó se las dan á ellos con licencia de V. P. ó se reparten á los pobres; pues mayor servicio de Dios parece emplearlas en esto, que no que se conviertan en útil del particular. Y si va por limosna ¿qué mejor limosna que esta que mira al bien de las almas? Si V. P. encarga á los

(1) Alude al gerundianismo imperante, al que algún tiempo más tarde había de dar el golpe de gracia el P. José Francisco de Isla en el *Fr. Gerundio*.

Rectores de Alcalá y Salamanca que busquen dinero para este grado, y que para pagarlo se depositen las propinas que cogen los maestros, no será dificultoso el hallarlo.

Si á V. P. le hiciesen fuerza estas razones, sírvase de valerse de ellas para el intento; pero de suerte que no se sepa acá que yo soy el autor. Son varios los juicios y diversos los afectos, y el que se sepa, está expuesto á desacreditar el ministerio para que Dios me llamó, y en que deseo morir. Y como V. P. tomó cuerdisima resolución de que saliésemos de la Escuela, sin consultarlo con las Provincias; porque juzgó que esto convenia para el bien común; también ahora, si juzgare conveniente esto para el bien universal, es bueno que siga el mismo rumbo.

Para el bien particular de las Provincias juzgará el P. Provincial que no es necesario hacer esos gastos. Y si V. P. se lo propone ha de pensar que nació esto del P. Cachupín, y por el mismo caso hará más oposición. Esto puede ser sospecha mía, y por ventura me engaño; mas no me parece sospecha temeraria, porque conozco el estado que hoy tiene la Provincia.

El P. Provincial siempre ha repugnado los grados; y el P. Cachupín, el P. Lezaun y otros, hombres muy santos y celosos del bien común, los han apoyado. Y en mirando el grado hacia mí, han de entender que es ardid del P. Cachupín, y por el mismo caso lo han de rebatir.

Este pensamiento ni lo he comunicado, ni lo comunicaré con alma nacida; póngolo á los pies de V. P. con toda indiferencia. Si Vuestra Paternidad juzgare no conviene, respóndame con sola una palabra; que yo quedaré muy contento, y no despegaré jamás mis labios. Como recurrí á V. P. inmediatamente con mi vocación, así recurro ahora con esta propuesta, protestando *coram Deo*, que no pretendo, sino su mayor gloria; y que quedaré muy quieto con cualquiera resolución que Vuestra Paternidad tomare, recibéndola como venida de Dios. El cual guarde á V. P. con la salud que la Compañía ha menester y le suplica este su humilde hijo en Cristo.—Pamplona, Febrero 18 de 1667.—Tirso González (1).

11. A esta carta respondió en 2 de Abril el P. General, dando largas á la decisión, por la gravedad del asunto. Así se infiere de la

(1) Por el reverso lleva la carta esta nota de letra, sin duda, del P. Oliva.—Pamplona 18 Febrero de 1667.—P. Tirso Gonzalez.—Propomit pro majore auctoritate et fructu missionum, ut ipse et collega fiant doctores in Theologia. Rogat sive id approbetur sive non, ne unquam sciatur ipsum haec proposuisse. Ipse est indifferens.—Resp. 2 April.

siguiente carta del P. Tirso al mismo P. Oliva que trascribimos íntegra en su texto latino:

Pax Christi.—Agnosco et toto cordis affectu amplector eximiam illam charitatem, qua vestra Paternitas misiones fovet et missionarios prosequitur et ministerium istud promovere curat. Certusque sum, vestram Paternitatem non omissurum aliquid ex his quae judicaverit munus nostrum illustrare posse, ac provide amplexurum medium illud quod in hunc scopum litteris secretis 18 Februarii proposui, si re mature perpensa, et libratis rationibus in utramque partem militantibus, illud tandem ad majorem Dei gloriam expediens judicaverit.

Video rem esse magna discussione dignam et Vestram Paternitatem, prudentissime tempus sibi assumere ad hoc decernendum. Et quamvis plurimas possem congerere rationes, quae maximam hujus medii convenientiam detegerent, ab illis omnibus abstineo; quia forsan in causa propria amor privatus me fallet; satisque mihi est, id Vestrae Paternitati simpliciter et sincere representasse. Sortes meae in manibus tuis sunt, Reverendissime in Christo Pater. Quod Vestra Paternitas decreverit, illud libentissime amplectar; certusque esse potest, me non aegre laturum repulsam, si judicaverit, é majori Dei gloria esse, ut sine hac auctoritate munus meum adimpleam. Huic devovi vitam meam, in hoc vivo, et in eo mori cupio. Et quamvis tepidus valde sim, hujus tamen apostolici ministerii beneficio, animum meum á caducis rebus et dignitatibus in dies magis avelli, et expediri plane sentio.

Qua propter iterum atque iterum Paternitatem Vestram rogo supplex, ut hac in re decernenda, unice spectet majorem Dei gloriam, et ut nihil, condescendo et indulgendo infirmitati meae, disponat; sed unice rem ipsam in se inspiciendo. Timeo enim, ne pro suo in missionarios amore, forsan condescendo et indulgendo, procedat; et non tantum attendat ministerio, sed stiam ministerium exercenti. Deus Opus Maximus Vestram Paternitatem incolumen servet ad majus Societatis bonum et missionariorum augmentum.—Pamplona 31 Junio 1667.—Paternitatis Vestrae in Christo filius.—Thirsus Gonzalez.

La resolución del P. General de 20 de Agosto fué negativa á juzgar por los efectos. Conformóse con ella el P. Tirso; mas en su deseo de que el ministerio se autorizara en bien de las almas, propone otro medio en una nueva carta al Padre General, que, para no estorbar la relación de las misiones, la pondremos en el apéndice núm. 4.

12. En la primavera, dice el P. Tirso, en su *Itinerario*, después de Pascua de Resurrección, pasé á hacer misión á Puente de

la Reina en compañía del P. Ochoa, y después, en compañía del Padre Andrés Lince, á la villa de Mendigorria y á la ciudad de Estella. En la Puente hice también misión en el convento de las comendadoras de S. Juan, y en Estella en las monjas benitas. No me acuerdo sí en Sangüesa, Uncastillo, La Puente y Estella hice misión en otros conventos; porque escribo este Itinerario algunos años después, y no hallé entre mis papeles la relación de la misión de Navarra.

De Estella pasamos al valle de Abarzuza y de allí á la ciudad de Tafalla, adonde empezamos día de S. Bernabé. De allí me recogí á Pamplona y tuve el verano en Barañain, granja del Colegio, y volví á la ciudad á predicar el sermón de S. Ignacio.

El fruto de estas misiones, indicadas en las palabras precedentes del *Itinerario*, lo refiere así el P. Tirso en la carta siguiente al M. Reverendo P. General Juan Pablo Oliva:

Pax Christi:—Doy cuenta á V. P. del suceso de la misión que hice después de Pascua de Resurrección, hasta 27 de Junio. Lo primero refiero el fruto grande que se cogió en tres conventos de monjas, sujetos al ordinario, en que hice misión después que salí de la cuaresma; el uno de esta ciudad y los otros dos fuera de ella. Quedaron muy adelantados en fervor, y con determinación muchas religiosas de hacer cada año los ejercicios de N. P. S. Ignacio; y todas persuadidas á no tratar con hombres en la reja, y tratar mucho con Dios en la oración. Todas se confesaron generalmente, y en uno de estos conventos reformaron unas rejas, que estaban muy claras, poniendo luego otras muy edificativas, porque yo se lo advertí.

Los lugares en que hice misión son seis: (1) dos ciudades, dos villas y un lugar cabeza de Merindad, adonde concurrieron de toda la comarca, y otro.

13. La moción ha sido grandísima; los concursos á los sermones no han podido ser mayores. Llenábanse las iglesias, con tanto aprieto, que muchas veces no cabían de pie. Al fin de los sermones, al sacar el Santo Crucifijo eran tantas las lágrimas, sollozos, suspiros, bofetadas, y voces con que pedían á Dios misericordia, que hacían retumbar las bóvedas de las iglesias.

Al fin de la misión se señalaba un día para el jubileo de las doctrinas, y para mayor solemnidad se descubría el Santísimo Sacramento, con la mayor solemnidad que es posible; y en la ciudad de Estella, en

(1) Tenía escrito *cinco* con *letra* y lo borró para poner también con *letra seis*. En la enumeración, la partícula *y otro*, está añadida por el autor. Ahora se explica también la variedad que hay en los dos *Itinerarios*; pues en uno se lee cinco y en otro seis. Qué lugar fuera este, no lo sabemos.

la de Tafalla y en la villa de Puente de la Reina, patria del P. Antonio Perez, se hizo con la autoridad, que se suelen celebrar en nuestros colegios, las Cuarenta Horas, con música, villancicos y fiesta; y el concurso de comuniones fué el mayor que se ha visto jamás. En Estella se gastaron aquel día cuatro mil formas, en Tafalla dos mil quinientas, en Puente de la Reina mil ochocientas, y en un lugar de la Merindad de Estella, llamado Abarzuza dos mil (1). Las personas que comulgaron en todos los lugares que corrí en esta última misión pasaron de once mil; y de seis partes, las cinco habrán hecho confesiones generales. Los frailes se admiraban de ver sus conventos tan llenos de penitentes; y en muchos de estos lugares estuvimos desde las cuatro de la mañana hasta las dos de la tarde confesando, y todo ese tiempo hubo continuamente comuniones. Venían de todas las comunidades religiosas, muchos á oír los sermones.

En Estella se atajó el fuego de unas enemistades entre familias principales, que amenazaba un gran incendio; porque los unos se habían venido á querellar de otros, y éstos por defenderse habían requereándose de los otros, y la materia estaba tan sangrienta que parecía muy difícil el ajuste; y Dios lo sosegó todo con la misión. Moviéronse tanto con un sermón de enemigos, que llegaron algunos á hacer indiscrecciones notables. Uno se arrojó á los pies de un caballero del hábito de Santiago muy alentado y brioso, pidiéndole perdón de que había andado mucho tiempo con ánimo de matarle, cosa que el caballero ignoraba: y éste le preguntó la causa, y oída, le satisfizo de suerte que quedaron grandes amigos; y estas indiscrecciones no sucedieron una sola vez.

En otro lugar, al primer sermón en que toqué *obiter* el perdón de los enemigos, se movió tanto un caballero que tenía gravemente ofendido á muchos sacerdotes, que en acabando el sermón, se arrojó públicamente á sus pies en la iglesia. Y habiendo concurrido mucha gente forastera á un sermón de enemigos que prediqué, una mujer que había dos años que estaba tan irritada con otra que no habían bastado ningunos medios para aplacarla, se fué del sermón á entrar por las puertas de su enemiga, convidándola con la paz. En otro lugar, en que había grandes discordias y pleitos, se apaciguaron todos; y se reconciliaron públicamente las cabezas de ellos, pidiendo el principal motor públicamente perdón á muchos.

Dios me llevó á la ciudad de Tafalla al tiempo oportuno, para

(1) Si en estas cinco misiones comulgaron más de once mil, de los datos puestos por el P. Tirso, se saca que en Mendigorria debieron comulgar unos mil.

atajar un gran mal. A un eclesiástico, el de más autoridad de la ciudad y vicario de la parroquia, le levantaron, no sé si con algún fundamento ó sin él, que había puesto la lengua en la honra de muchos, notando de cristanos nuevos á toda una calle; con que se levantó un motín tan grande, que si á la sazón no hubiéramos llegado nosotros, le hubieran infaliblemente puesto fuego á la casa, pues estaban determinados á esto muchos. El Señor fué servido de que todo se quietase, cosa que toda la ciudad admiró.

Un hombre á quien otro había dado una bofetada, hacía muchos días que andaba buscando á su enemigo para matarle, y de un sermón salió tan trocado, que fué á entrarse por sus puertas á ofrecérsele por fiel amigo; y una señora principal que había tres años que no se hablaba con otra, la fué á buscar á su casa, y se abrazaron con muchas lágrimas y ternuras. Fuera nunca acabar si por menor quisiera hacer mención de casos semejantes.

Con ocasión de haber vencido á los de Tafalla en un pleito de los diezmos, nos miraban con ojeriza, y con la misión se trocaron tanto, que en ninguna parte nos hicieron tantos agasajos; pues todos los días el alcalde con todos los regidores y el cabildo y clerecía nos acompañaban desde la iglesia á nuestra posada, con notables muestras de estimación y amor, engrandeciendo la Compañía. Y en ninguna parte hubo mayor moción que aquí, con estar muy sendereadas las misiones.

Un ciudadano piadoso hizo particular observación de que yo hubiere entrado en aquella ciudad á once de Junio por la tarde; pues el año de 1648 en ese mismo día entró allí el R. P. Gerónimo Lopez, por cuyo medio Dios me llamó para este ministerio: cuya memoria está muy reciente en los corazones de todos los que le oyeron.

14. En todos estos lugares queda muy promovida la frecuencia de los santos sacramentos, y entablado el rosario á coros cada día en la iglesia, en las partes adonde no estaba entablado; y después del rosario se leen cada día unos puntos de meditación; y los días de fiesta, después de visperas, se lee un capítulo de lección espiritual. De todo esto tomé posesión antes de salir de los lugares, empezando yo á leer el primero; y en todas partes queda este ejercicio entablado con tanto fruto, que casi dos meses después que salí de uno de estos lugares, vinieron muchos hidalgos á darme cuenta del fruto que se experimentaba en este ejercicio.

En todas partes hago un sermón de la importancia de la consideración y meditación y lección de los libros santos, y muchas personas

se determinan á tener oración mental. Desde la Puente de la Reina vino una señora devota á otro lugar distante una legua, á darme cuenta de las misericordias que Dios la hacía después que por mi consejo había empezado á tener oración mental; y me admiró lo mucho que en menos de dos meses se había adelantado. Vino juntamente á darme las gracias de lo que veía en su marido y en otros después de la misión. En una villa de estas, después de la misión, se reza á coros, el rosario en tres partes, y en todas hay lección espiritual y meditación, y muchas personas gastan horas enteras en esto.

Fundáronse dos congregaciones de sacerdotes, la una en la Puente de la Reina, y la otra en Estella. En Tafalla ya la había. Me prometo ha de sacar Dios gran fruto de ellas porque han empezado con mucho fervor y veras. A su cargo queda hacer el acto de contrición por las calles dos ó tres veces al año; que es cosa que mueve grandemente, y en mi presencia y compañía lo hicieron y movieron mucho. Quedan erigidos altares, ó por lo menos puestos cuadros, á N. P. San Ignacio y S. Francisco Javier en cuatro ó cinco partes; y muy entranada su devoción en los corazones.

Fué muy observado de muchos que durante la misión, no entró un alma en la casa de juego de Estella, adonde acudían con tanta afición al sermón, que en oyendo tocar iban casi corriendo á tomar lugar, y los labradores dejaban el campo por venir á tiempo, haciendo concierto los trabajadores con sus amos, que madrugarían una hora más temprano por poder venir al sermón. En Tafalla la noche y mañana de S. Juan, no salió un alma al campo, como se estila; parecía viernes Santo en la mesura y modestia.

Este fué el suceso de la misión de este verano, á que puse fin tres ó cuatro días ha, porque la siega y los calores no dan lugar á proseguir. Aquí haré mansión estos caniculares, aguardando el tiempo de volver á juntarme con el P. Guillén, si es que V. P. no dispone otra cosa. Nuestro Señor guarde á V. P. como deseo y la Compañía ha menester.—Pamplona y Junio 30 de 667.—Humilde hijo en Cristo de V. P.—Tirso Gonzalez.

15. Fuí á visitar la casa de N. P. S. Ignacio á fines de Agosto ó principios de Septiembre, dice el P. Tirso en su Itinerario, y luego por orden de nuestro P. General, partí á juntarme con el P. Guillén, el cual aquel verano se quedó en Zafra. Allí le dió una enfermedad, de que vino á convalecer á Madrid. De esta venida no tuve yo noticia en Navarra hasta que llegué á Salamanca.

Hasta aquí el Itinerario, con él que está conforme la siguiente car-

ta al M. R. P. General: Pax Christi.—En ejecución del orden de Vuestra Paternidad llegué á Salamanca á 21 de Septiembre para pasar de aquí á juntarme con el P. Guillén; y cuando andaba disponiendo mi partida tuve carta del Padre en que me dice llegó á 19 de este á Madrid á convalecer de unas cuartanas, en que terminó una enfermedad que tuvo este verano; y los médicos le mandaron salir de Extremadura para curarse de ellas. Me es, pues, forzoso suspender la jornada; hoy escribo al P. Provincial, que me señale vereda y compañero para hacer algunas misiones mientras el Padre convalece. Yo me encuentro indiferente para hacerlas dentro ó fuera de la Provincia, como la obediencia dispusiere. En Navarra mucha ha sido la moción; pero están por allí mucho más sendereadas las misiones, que en Castilla; y así juzgo que es mayor la necesidad de por acá. Aunque soy tan tibio y flojo, y no me dispongo para ser instrumento apto de ministerio tan apostólico, con todo experimento en mi un afecto y es, que con haber sido siempre mi genio é inclinación totalmente dado á lo escolástico, y con haber entrado en este empleo, no por inclinación natural, sino por vocación de razón, siento que se me va resfriando aquella inclinación que tenía á la *Escuela*, adonde mi genio *suoapte pondere* me llevaba, y ya miro á Salamanca con otros ojos.

Dios nuestro Señor quiera, que no se haga de mí, sino lo que fuere de su mayor gloria.—Su Majestad guarde á V. P. como este su hijo en Cristo desea y la Compañía ha menester.—Salamanca, Septiembre 24 de 667.—De V. P. humilde hijo en Cristo.—Tirso Gonzalez.

CAPÍTULO QUINTO

Tercer año de las misiones apostólicas del P. Tirso.—(1667 á 1668)

SUMARIO: 1. Sale de Salamanca en busca del P. Guillén, y de camino ejercita su celo en Endrinal, Segura y Talabán.—2. Pasa de Cáceres á Mérida por Montanchez y San Pedro, donde predica y confiesa con gran fruto.—3. Llega á Mérida y trabaja allí en los conventos de monjas hasta la llegada del P. Guillén.—4. Sale con él para Badajoz, pasando por Talavera la Real adonde hacen el acto de contrición.—5. Misión de Badajoz.—6. Misión de Albuquerque.—7. Fruto de esta misión.—8. Sepáranse los misioneros, y el Padre Tirso pasa á misionar á Talavera la Real.—9. Promueve el fervor en el convento de carmelitas.—10. Misiones de Montijo y Puebla de la Calzada.—11. Misión de Lobón.—12. Predica en Almendralejo, Fuente del Maestre, Zafra y Los Santos.—13. Misión de Llerena.—14. Fruto de la misma.—15. Promueve la oración mental entre las personas devotas.—16. Misiones de Villagarcía y Montemolín.—17. Misión en Fregenal y La Higuera.—18. Fruto de estas misiones.—19. Sepáranse de nuevo los dos misioneros, y el P. Tirso misiona en Burguillos.—20. Sale para Fuentes de Cantos y Llerena, y misiona en Fuente del Arco.—21. Misión de Guadalcanal.—22. Fruto copioso de esta misión.—23. Reconciliaciones de enemistados y congregación reorganizada.—24. Fruto en los conventos de monjas y personas piadosas.—25. Misión de Cazalla.—26. Perdón de enemigos y otros frutos.—27. Congregación, jubileo de las doctrinas, etc.—28. Célebre misión de Constantina.—29. Fruto de esta misión, y paces famosas que allí se hacen.—30. Alegría por esta paces, y recuerdo conmemorativo de las mismas.—31. Algunos casos raros de estas misiones.—32. Casos de conversiones extraordinarias por la devoción de la Santísima Virgen.—33. Otros casos extraordinarios.—34. Fin de los casos de este año.

FUENTES HISTÓRICAS: 1. Itinerario de la misión del P. Guillén y el Padre Tirso, escrito por el P. Tirso.—2. Carta al M. R. P. General escrita por el P. Guillén, el 27 de Agosto de 1668 desde Madrid, dándole cuenta de los trabajos apostólicos llevados á cabo por él y el P. Tirso de 1667 á 1668.—3. Itinerario Breve.—4. Diario de Salamanca.

1. Habiendo salido de Salamanca á 6 de Noviembre del 67, para venir á juntarme con el P. Guillén en Mérida y pasar de allí á Bada-

joz, el primer día hice noche en Endrinal, y allí, por haber llegado temprano, hice el acto de contrición por las calles, enseñé la doctrina y prediqué un sermón; pero no pude detenerme á confesar.

El día siguiente, habiendo hecho mediodía en Baños, determiné ir á la Jarilla á hacer noche. En Aldeanueva nos dieron señas del camino, y en Baños me habían dicho tomase á mano izquierda, en saliendo de Aldeanueva; mas con todo perdí el camino, arrinándome demasadamente hacia la sierra, que está á mano izquierda viniendo de Salamanca á Plasencia, y halléme á vista de un lugarcillo llamado Segura ó Segurilla de la Sierra. Queriendo volver á mano derecha, perdimos la senda; y por no perdernos, determinamos el mozo y yo subir á Segura á tomar el camino.

En esta detención se iba acercando la noche, con que me pareció que me llevaba Dios á aquel lugar para remedio de alguna ó algunas almas; dije á la gente el yerro del camino, y cómo entendía lo había encaminado el Señor para bien de sus almas.

Mandé tocar á sermón, porque no estaba en casa el cura; pero no se atrevieron al principio, por ser él de mala condición, y haber ido á caza: después, como tardase, hice tocar. Vino el cura corriendo, pensando que acaso era el Obispo, que venía á visitar; y como reconoció lo que era, empezó á murmurar entre dientes; pero yo le quieté con buenas razones, con la patente que traía del Sr. Obispo, y con haber interpretado su voluntad.

Juntóse todo el lugar; hice un sermón de lo fuerte, y dije que me levantaría dos horas antes de amanecer á confesar, como lo hice. Estuve confesando hasta las nueve en que dije misa, y toqué con las manos el fruto, pues apenas oyeron las campanas, cuando acudieron á confesarse en gran muchedumbre. Algunas de aquellas almas estaban muy necesitadas, sobre todo una que por más de cuarenta y dos años, venía haciendo confesiones sacrílegas.

Aquel día fuí á dormir á Plasencia, y el siguiente vine, de noche ya, á Talabán, cinco leguas antes de Cáceres. Fuí á pedir licencia al cura para hacer el acto de contrición; estaba cenando, y aunque ponía algunas dificultades, todas las vencí. Mandé repicar las campanas, y como estaban los labradores aderezando las rejas para la sementera y hacía una noche como de Mayo, convidélos á la procesión del Santo Cristo, y todos respondieron: «Luego iremos, Padre, ¡Dios se lo pague!»

Hice el acto de contrición dos veces, una en la plaza y otra en la iglesia, habiendo predicado una plática de una hora. Compungiéronse

notablemente, hubo grandes gritos, pidiendo misericordia, y muchas bofetadas. Díjeles á lo que iba á Badajoz, y que no me podía detener; exhortéles á que acudiesen á Cáceres ó á Plasencia, ó á otros lugares á buscar el remedio de sus almas, quienes tuviesen necesidad de desahogar su conciencia; que si caminaban algunas leguas para ganar una docena de reales, más razón era las anduviesen por el bien de sus almas.

Con haber dicho en el púlpito que yo no les pedía nada, que estaba ya acomodado de posada y tenía qué cenar; con todo vinieron los alcaldes con un presente de cuatro perdices, un jarro de vino y dos panes, y no lo quise recibir. Vino luego una buena mujer casada, rica y piadosa, con otro presente de un perdigón y otras cosas, convidándome con su casa siempre que pasase por aquel lugar, diciéndome que se tendría por dichosa de que fuese allá. No le admití el presente, y le dí un librito y una estampa; pero ella, viendo que no comía ave ni admitía aquel regalo, envió unas uvas y un par de huevos con una niña; y porque la niña no quería volverlos á casa, los hube de tomar.

2. El jueves 10 de Noviembre, á mediodía, entré en Cáceres; y cuando pensé hallar allí al P. Guillén, como lo habíamos determinado, me hallé con una carta escrita desde Trujillo, en que me decía no había podido hallar cabalgadura para Cáceres, y que la había hallado para Mérida, que allí me esperaría. Despedí la mula, que venía de Salamanca concertada hasta allí no más.

En el mesón, adonde me apeé, encontré unos arrieros, que venían á tierra de Mérida, y un soldado, que venía á Badajoz, y se juntaba con ellos para venir más seguro. Por no perder esta ocasión traté con uno de los arrieros me trajese; hizolo por haberme alcanzado en la misión de Ceclavín el año antecedente de 65; con que no me pude detener en Cáceres, sino aquella tarde. No hallamos que comer, ni aun pan; pero acudió la divina providencia, moviendo al soldado me convidase con un puchero que tenía de vaca y repollo. Confesóse conmigo el arriero que me dió bagaje, el viernes por la mañana, y comulgó de mi mano; trájome las bizazas (1) y maleta en un macho, y aun me dió un jumentillo que andaba bien.

Por no encontrar al enemigo (2) vinimos por rodeos, y llegamos aquel día á Montanchez, villa de 300 vecinos, que está seis leguas de Cáceres. Allí pedí licencia al cura para hacer el acto de contrición por las calles, no se atrevió á resistirse; pero me dijo lo comunicase con el

(1) Alforja de baqueta.

(2) Esto es, á los portugueses, que infestaban aquella comarca. (Itin. breve).

gobernador, que allí tiene la Orden de Santiago, por ser aquel lugar cabeza de partido. Este caballero comenzó á poner dificultades, y á proponer debía de ser imposible se juntase la gente. Vencí todas esas dificultades *suaviter et fortiter*, hice repicar las campanas, y correr por las calles de toda la villa á cuatro muchachos con cuatro esquilas, llamando la gente á una procesión del Sto. Cristo; y con esto, en breve se juntó mucha. Salimos por las calles principales; hice dos veces el acto de contrición, una en la plaza y otra en la iglesia, que se llenó toda, al fin de un sermón que prediqué. Entrambas á dos veces hubo grandes lágrimas y pedir perdón á gritos con muchas bofetadas. Al salir de la iglesia, tropezamos con un hombre, que se había postrado allí para que le pisasen.

Por la mañana, mientras los arrieros disponían su viaje, confesé un rato; y entre otras personas, se confesaron el soldado y los arrieros. Aquí también experimenté había sido moción de Dios el haber hecho el acto de contrición, para el remedio de algunas almas. Quedaron tan deseosos de misión, que me pedían con instancia me quedase allí algunos días; ofrecíles volver por allí al retirarme por el verano á Salamanca.

Este corto servicio que hice en Montanchez á Dios, me lo pagó su Majestad de contado. Venía muerto de hambre, porque no había comido aquel día más que un poco de pan y queso. Al salir de la iglesia, me convidaban el gobernador y el cura, yo respondí que no podía dejar la compañía de un hombre honrado que venía conmigo; con que me encaminé al mesón. Iba acompañándome el cura, que al oír de boca de la huéspedea que no había para mí posada por estar ocupadas las camas, decididamente me llevó á su casa; y me dió muy buena cena y cama; y el gobernador le envió para agasajarme, huevos, pan, vino, melón y uvas. Así lo dispuso el Señor para que yo lo pasase mejor.

Al día siguiente salieron tarde los arrieros, y tuvimos que hacer noche en una aldea, llamada S. Pedro, á dos leguas antes de Mérida. Llegamos de noche oscura; y en apeándome mientras los arrieros iban á buscar posada, fuí yo á buscar al cura para pedirle licencia de salir con el acto de contrición, y al sacristán para que abriese la iglesia. Obtuve la licencia, y de camino, fuí convocando la gente, y acudió lo bastante; muchos eran soldados, que estaban de guarnición para defensa del lugar.

El cura no se quiso ofrecer para llevar el Sto. Cristo. Era éste de poco peso; llevéle, pues, yo, y juntamente la campanilla. Fuera de la iglesia solamente dije jaculatorias; mas dentro hice dos veces el acto de contrición; una antes de la plática, y otra al fin de ella. Con los actos de

contrición y con los ejemplos se aturdieron los fieles, á quienes exhorté á acudir á Mérida.

La mañana siguiente dije misa mientras los arrieros almorzaban; y aunque no venían á Mérida, no quisieron dejarme, antes enviaron un mozo que me trajese en un macho aquellas dos leguas, y volviere luego á juntarse con ellos. No me quisieron llevar nada por el bagaje, ni consintieron gastase nada, ni la mesonera quiso llevar nada por la cama, ni por unos huevos que me dió á cenar. Los arrieros vinieron muy gustosos, porque por el camino les venía contando ejemplos y enseñándoles coplas santas, que cantasen, las cuales venían decorando.

3. Llegué á Mérida, domingo á mediodía; mas no hallé allí al Padre Guillén. La razón fué que, habiendo venido el P. Retes, con un compañero, acompañando al conde de Medellín, el P. Guillén fué á verle; y mientras yo llegaba, salió con el P. Gabriel Gonzalez, compañero del P. Retes á hacer misión en La Zarza, lugar de 300 vecinos, dos leguas distante de Mérida, á cuyos naturales vió con grandes ansias de misión las dos veces que había pasado por allí. Fuí á apearme á un mesón donde pregunté por el Padre; mas nadie me daba razón. Entonces lleguéme á preguntar á dos conventos de monjas, al de la Concepción y al de Jesús. En este segundo salieron luego todas las monjas descalzas, porque son muy afectas á la Compañía, é hiceles aquella tarde una plática. Convidáronme á comer, pero no quise aceptar, porque tenía el P. Guillén prevenido á un eclesiástico muy virtuoso, llamado D. Diego Murillo, al que dió noticia de mi llegada el capellán de las monjas de Jesús. Llevóme D. Diego á su casa, donde estuve hospedado con mucho agasajo, hasta que el miércoles por la tarde vino el Padre. Aquellos tres días los gasté en hacer pláticas en los dos conventos, y en confesar á muchas religiosas.

4. El jueves á las diez partimos para Badajoz, en dos caballos alquilados por 30 reales, para tres días de ida y vuelta. Vinimos á hacer noche á Talavera, distante de Mérida seis leguas; llegamos á boca de noche, y no hallamos posada, porque todas estaban ocupadas con los soldados que venían á pasar muestra [revista]. Determinamos hacer el acto de contrición; mas en buscar al cura y abrir la iglesia se pasó buen rato. Juntóse no obstante alguna gente, hicimos dos veces el acto de contrición afuera, y concluí yo en la iglesia con una plática, convocándolos á venir á Badajoz.

Antes de hacer el acto de contrición todo nos faltaba, y después todo nos sobraba; tuvimos qué cenar y buenas camas, aunque para la cena no quisimos admitir nada de la villa, como querían los alcaldes;

sólo admitimos las camas. Hay allí un convento de monjas carmelitas descalzas, adonde fuimos por la mañana á decir misa; y tenían grande ansia de que nos detuviéramos, para consultar con nosotros sus dudas. Háblome la priora despacio, y ofrecíle volveríamos por allí al pasar á Andalucía. Por la mañana nos enviaron pasas, unos peces, pan para almorzar, y una caja de dulces: éstos no los admitimos.

5. Llegamos á Badajoz (1) viernes 18 de Noviembre, y no se pudo disponer como quisiéramos doctrina el sábado para publicar la misión, por pasar muestra aquel día toda la milicia. Vencidas varias dificultades, la publicamos con el acto de contrición, que salió de día, después de puesto el sol, á las Avemarías. Hicimosle fuera en tres partes, y se vino á concluir á una iglesia, á donde hicimos una plática de media hora, exhortando á oír los sermones de la misión. Juntóse mucha gente, y con ser de día hubo muchas bofetadas y levantaron el grito, pidiendo misericordia.

Convidamos al pueblo para el día siguiente en S. Juan, que es la Catedral, adonde prediqué á la misa mayor el primer sermón de la misión. Por la tarde, salió la doctrina de nuestra casa con todo lo granado de la milicia; llevó el estandarte D. Rodrigo Mógica, teniente general. El Sr. Marqués de Caracena, aguardó la doctrina en la iglesia. Duró la misión en la Catedral quince días. El segundo domingo de adviento, que fué á 4 de Diciembre, se hizo allí la comunión general; dióse en tres altares y gastáronse cinco mil formas. Los concursos á los sermones fueron muy grandes, y la moción singular: hubo lágrimas, bofetadas y pedir á voz en grito misericordia. El sábado, día de San Francisco Javier, no se predicó en S. Juan, por haber predicado yo en casa á la fiesta que allí se hizo, y por dar lugar á las confesiones.

Pasamos la misión de la Catedral á nuestra iglesia (2) el lunes á las tres de la tarde, con una doctrina en que vino el Sr. Marqués de Caracena con todos los cabos del ejército y los canónigos. Llevó el estandarte D. Francisco de Rojas, Sargento general de batalla. Predicamos en casa de la importancia de la oración mental y lección de libros santos, de las ánimas, y de los pobres.

El día de la Concepción por la tarde prediqué yo en la Catedral, que estaba llena de gente, de la devoción á Ntra. Señora; y concluí rezando á coros el rosario, y haciendo el ofrecimiento desde el púlpito; y nadie se movió. Desde entonces quedó introducido, el que el rosario se

(1) A tiempo que estaba allí el Sr. Marqués de Caracena con todo el ejército (Itinerario breve).

(2) Santa Maria la Real (Madoz).

rece á coros en la Catedral todos los días después de completas, en la capilla colateral del altar mayor; y un prebendado salió á hacer el ofrecimiento mientras le durase la vida.

Los días que allí nos detuvimos después del 8 de Diciembre, acudí yo, en acabando completas, á hacer el ofrecimiento; y antes salía por la plaza de S. Juan, á llamar á los fieles de parte de la Sma. Virgen, á rezar el rosario, y acudía famoso concurso. Introducimosle también en la ermita de la Soledad; y allí se reza al anochecer, y es mucho el concurso. Dejámosle encomendado á un sacerdote virtuoso, que es preceptor y rector de un colegio ó seminario de gramáticos, que hay en la ciudad.

Hicimos misión en seis conventos de monjas sujetas al ordinario, y en cada uno tuvimos cuatro, cinco ó seis pláticas, y se siguió gran re-formación y notable provecho, poniendo en oración á muchas que no la tenían. Los conventos que más se afervorizaron, son el de Sta. Catalina, que es de agustinas calzadas; y el de S. Onofre, que es de jerónimas, y el de los Remedios, que es de trinitarias.

Aquí me llamó un caballero, llamado D. Baltasar de Cobas, para confesar á una hija suya doncella, que estaba con tercianas; confeséla, y después le dije los evangelios, y con un vaso de agua en que se mojó una reliquia de la venerable D.^a Marina de Escobar, se la quitaron las calenturas. En el convento de Valverde, que es de monjas franciscas, con el agua tocada con la misma reliquia, le faltaron también las calenturas á una enferma de ellas.

6. De Badajoz fuimos á Albuquerque, víspera de Sto. Tomás Apóstol. Hicimos aquella noche el acto de contrición, conque se movieron mucho, y el día siguiente predicamos mañana y tarde en la parroquia de S. Mateo, que está extramuros (la mayor parte de la villa es el arrabal). Se halla esta iglesia la mitad descubierta; y por haber llovido muchísimo, después del día de Sto. Tomás, pasamos los sermones á la parroquia de Sta. María, que está intramuros. Allí, por ser el tiempo tan lluvioso y frío y haberse de predicar de noche, fueron los concursos moderados, y un día dejamos de predicar por el mal temporal. Después fué Ntro. Señor servido, de que el tiempo mejorase y volviésemos á predicar á S. Mateo; y con estar la iglesia muy húmeda, y en algunas partes chorreando agua, se llenaba de gente, y concurrían á los sermones más de 3.000 personas.

El jubileo de la comunión general, esto es el de las doctrinas, fué el día de Año Nuevo; gastáronse 3.800 formas, y sólo á la misa de alba se gastaron 1.600. Hay convento de franciscanos descalzos, que ayudaron á confesar. Detuvimos otros tres días y medio más, y siempre

hubo mucho que confesar. Vispera de los Reyes salimos de Alburquerque á las nueve, y llegamos á Badajoz á las tres de la tarde. A la ida y á la vuelta tuvimos lindísimos días, como de primavera, sin haber encontrado enemigos en aquellas seis leguas de despoblado y montes, que hay de Alburquerque á Badajoz, que son muy infestadas del portugués.

7. La moción en Alburquerque fué mayor que en Badajoz. Dejamos fundado congregación de seglares y eclesiásticos, como la de Al-mendralejo; el Rector es el Arcipreste, y el Prefecto el Maestre de Campo, gobernador de la plaza.

Erigiéronse dos altares á nuestros santos, y á S. Ignacio se le dedica la capilla de los Cuéllares, que es la primera del lado izquierdo. El Maestre de Campo tomó á su cuenta el cuadro y adorno del altar. Hala de enladrillar y poner su reja y, en lugar del cuadro que tiene, se pondrá el de S. Ignacio. A S. Francisco Javier hace el altar el Sargento Mayor de la plaza, en la capilla primera del lado derecho, que es la mejor de la iglesia, la cual tiene ya un altar y retablo, y se pondrá otro del santo enfrente de la puerta de la capilla, ya que el otro está hacia el crucero y altar mayor. Prediqué trece veces; seis en las monjas, y siete en la villa.

Hay aquí un convento de monjas franciscas, sujetas al ordinario, muy murmurado en las correspondencias, tanto que obligó al Sr. Marqués de Caracena, á echar un bando debajo de muy grandes penas contra los militares que visitasen á las religiosas, con el cual se atajaron los escándalos en gran parte. En este convento hicimos misión muy de propósito. Yo les hice seis pláticas, y el P. Guillén tres; apreté mucho á la abadesa y á las porteras, así en público como en secreto, para que no permitiesen semejantes visitas, y que ninguna, de padres ó hermanos abajo, se hiciesen sin escucha. La abadesa, aunque tiene fama de demasiado blanda, las desengañó en capítulo, que no había de permitir nada de esto, y así lo hizo.

Con haber tenido en estos últimos años de la guerra fama de relajado (antes era ejemplarísimo), hay en el convento citado muchas religiosas de grande virtud y largas horas de oración. Diéronme casi todas éstas, cuenta de su espíritu, y hallé en muchas grande perfección. Algunas tienen ciertas exterioridades notables, y que *prima facie*, no huelen bien, y parecen embustes, y es de dar unos gritos tan extraordinarios, que á quien le cogen de repente le parecieran fingidos, y mi primera aprensión fué esa. Pero visto su modo de proceder tan ejemplar, y oyéndolas dar cuenta de sus cosas, nadie puede prudentemente hacer

juicio de que son embusteras, y ha de juzgar, que si ellas no mienten al confesor, de lo cual ninguno puede hacer prudente juicio, aquellos gritos nacen del ímpetu y fuerza del espíritu, y movimiento vehemente del corazón, ocasionado del fervor de los actos de amor de Dios, que tienen en aquella oración de recogimiento; sin que intervenga en esto cosa del demonio, que si se entremete en esta parte inferior, inmutando el corazón con vehemencia, es sin culpa de ellas, pues ellas no le pueden atajar.

Yo examiné despacio á estas mujeres, y de la primera, que empezó á dar los gritos muchos años ha, hago juicio que allí no tiene parte el demonio. Esta se llama la Madre Sacramento, que á la sazón era vicaria, á la que levantó el Señor á una oración de recogimiento, en la que se le pasaban tres y cuatro horas con gran consuelo de su alma, saliendo de ella con grande despego de las criaturas y deseo de mortificarse y unirse más con Dios. Un día, contemplando en el atributo de la omnipotencia de Dios, fué tan grande la luz con que el Señor le descubrió su poder, que redundando en el cuerpo le causó un sudor tan copioso, que mojó sábanas y colchones; y los efectos que le quedaron, todos fueron buenos, de humildad, respeto y veneración, y recelo de no disgustar en nada á Señor de tanta majestad, y deseo que todos le temiesen. Los primeros gritos que dió fueron nacidos de un ímpetu grande de amor, que inflamó de suerte el corazón, que la obligó, para desahogarse, á dar aquellas voces. En oyendo hablar de la presencia de Dios ó de Cristo Sacramentado, se le enciende el corazón y prorrumpe en aquellas demostraciones, como yo mismo lo ví, sin poder contenerse. Por entonces queda con una gran suspensión de sentidos, un semblante muy devoto y un cuerpo como envarado y muerto, aunque esto no dura mucho; en los gritos no dice nada ni forma razón.

Encarguéla se fuese á la mano, y que, cuando con alguna consideración se le inflamaba el corazón de esta suerte, apartase la imaginación á pensar en otra cosa. Ella me respondió, que este asalto é ímpetu le venía de repente, en fuerza de alguna grande luz que Dios la imprimía en el alma. El modo de proceder es tan religioso, que hice concepto, que esto es de Dios; y en dar aquellos gritos no pretende vanidad, pues antes por eso la persiguieron mucho.

8. Para que fuese mayor el fruto nos dividimos: el P. Guillén fué al Acebuchal, á Villalba y á los Santos; y yo vine á Talavera, El Montijo, La Puebla y Lobón, acompañándome el Licdo. D. Francisco Gonzalez Nieto, rector del colegio de gramáticos de Badajoz; que es un sacerdote muy virtuoso, que muchos años enseñó gramática en nuestro Colegio, leyendo una clase en lugar de uno de los nuestros.

Llegamos á Talavera, sábado 7 de Enero, y duró la misión hasta el miércoles inclusive. Prediqué en la villa de Talavera, doce sermones, dos además en la iglesia de las madres Carmelitas, de parte de mañana; y cinco pláticas en la grada, con que mañana y tarde había función de predicar. Aquí se cogió uno de los mayores frutos que he visto en ninguna parte, en el confesionario.

Compusieronse varias enemistades. Dos estaban desafiados, y del sermón de los enemigos salieron ellos mismos á buscarse para abrazarse. Un mozo á quien le habían muerto á su padre y á su hermano, salió tan movido de este sermón, que se fué á otro lugar, distante de allí cinco leguas, adonde vivían sus enemigos, á entrarse por sus puertas y ofrecerles el perdón; y era joven alentado, de veintidós á veinticuatro años. Alcanzóse el perdón de una muerte, viniendo el matador á casa de la mujer del difunto y de un sacerdote hermano suyo, cura del lugar, á echarse á sus pies, y ellos le abrazaron y perdonaron. El sacerdote confesó después á un confidente suyo, que había sido extraño el gozo que experimentó después de este caso, premiándole Dios con esto la acción que hizo.

Un hombre había infamado á una familia honrada, llamando á una persona de ella judía y morisca, de que estaban todos irritados y deseosos de tomar venganza. El agraviador movióse en la misión á humillarse; se entró por las puertas de la familia agraviada y le pidió perdón de rodillas, diciendo que estaba fuera de sí cuando tal dijo; pues no cabían en familia tan honrada aquellas manchas; y con esto se atajó este fuego. Uno había tirado un pistoletazo á otro, hiriéndole malamente; y por esta causa había notable odio entre las familias, que con la misión se reconciliaron. Un sacerdote que había herido y dado de palos á dos ó tres personas, y tenía con esto escandalizado el lugar, fué ahora con mucha humildad á pedirles perdón.

Finalmente compusieronse tantas cosas, que la gente no se conocía después de la misión, y se admiraban de ver tal mudanza. Un sacerdote me dijo: «antes de la misión apenas había cuatro personas que se mirasen bien, y ahora las veo á todas muy conformes. Muchas personas se fueron á entrar por las puertas de sus contrarios y á pedirles perdón, y algunas siendo las agraviadas.

La moción era tan grande en los sermones, que los muchos suspiros hacían daño, pues no dejaban oír lo que se decía con el Santo Cristo. Quitáronse aquí muchos escándalos y amancebamientos públicos. Un viudo, de lo principal de la villa, estaba amancebado con una mujercilla, de lo que se seguía grande escándalo. Este pecador asistió al

sermón que prediqué contra la lujuria, y le hizo tanta fuerza, que echó luego á la mujercilla de casa, con estar tan asido á ella, que le parecía le tenía hechizado según la quería; y ella, después que salió de Talavera se casó con un soldado, por salir de tan malos tratos. Otra, natural de Sevilla, que había venido con un soldado, y andaba en tan infame vida había más de siete años, convertida á Dios, se determinó á volverse á Sevilla á casa de su madre.

Estuve hospedado en casa del comisario general Ardila; y su hijo, D. Pedro de Ardila, capitán de caballos, vino conmigo y estuvo el tiempo de la misión para asistirme. No quedó persona en el lugar, que no ganase el jubileo, y era mucho el tropel de gente que nos buscaba. El día de la comunión general duraron las confesiones y comuniones hasta las tres de la tarde; y la víspera fué tan grande el concurso á mi posada, que no pudiendo con tantos, y siendo forzoso recogerme para madrugar, se quedaron siete ú ocho mozos á dormir en aquellos patios y aposentos exteriores de la casa del comisario, para poder confesarse; y entraron á hacerlo por la mañana, poco más de las cuatro.

Hubo durante la misión dos días disciplina con mucho concurso y fervor. Gastáronse cosa de ochocientas formas, ó cerca de mil; queda fundado el rosario todos los días á coros; y la congregación asentada en la forma que en otras partes, y en la que hay lección espiritual y disciplina todos los viernes del año, y en la cuaresma tres días.

Haráse altar á Ntro. Sto. Padre; y un vecino honrado fué luego á Badajoz, y por medio del P. Rector, envió á Madrid por un cuadro de los dos Santos, de tres varas de alto por dos y media de ancho. El capitán D. Francisco Guerrero, hermano del comisario Ardila, ha tomado por su cuenta el adorno del altar; y luego ofreció todos los materiales una persona devota.

9. Las Madres Carmelitas se adelantaron mucho en fervor, y todas me dieron cuenta de sus conciencias; además algunas entraron luego en ejercicios, y la comunidad entrará entre pascua y pascua. La Madre Priora alababa mucho á nuestro Señor de verlas tan adelantadas, y tan deseosas de estrecharse más con Dios. En una plática que les hice un día de los motivos amorosos para servir con fervor al Señor, concluí explicando aquel lugar de los Cantares: «Surge, propera amica mea, columba mea.»

La Madre Priora, que es muy sierva de Dios, recibió de repente, en la plática citada, tan grande luz del Señor para ver sus faltas, y un conocimiento propio tan profundo, que le pareció le habían abierto el corazón; y el mirarse á su parecer tan desagradecida á lo que había re-

cibido de Dios, le causó un dolor tan excesivo, que quedó como pasmada y muerta de puro dolor. Llamándome después al confesonario, toda deshecha en lágrimas y suspiros, me dijo que le había costado mucho el reprimirse para no dar gritos delante de la comunidad, y que no sabía cómo no se le había acabado allí la vida. Tal fué la fuerza del dolor que le ocasionó el propio conocimiento, que cuando es muy profundo, hunde el alma hasta el abismo, representándole como muy grandes las faltas más pequeñas. Hube menester estar largo rato alentándola y trayéndola á la memoria lo mucho bueno que tenía, para que el propio conocimiento no la amilanase demasiado. Escribióme á El Montijo el fervor con que perseveraba la casa y la puntualidad que había en todo, especialmente en leer libros espirituales y prevenirse para las oraciones.

10. De Talavera pasé á El Montijo, jueves 19 de Enero, adonde duró la misión hasta el 13 de Febrero; prediqué aquel día, precediendo la doctrina por las calles, y entre todos hice allí diez y seis sermones. De El Montijo pasé á la Puebla, que es lugar de 500 vecinos y dista un cuarto de legua. Aquí vine á predicar cuatro sermones, los tres fueron de mañana y el último, día de San Blas, por la tarde. En el primero le exhorté á confesarse sin callar pecados y con propósito firme de la enmienda, y á acudir á El Montijo á los sermones; pues yo no podía venir de propósito á aquel lugar; y por mi persuasión trajeron un religioso, que estuvo confesando toda la semana. Moviéronse grandemente, y con ser de día se daban de bofetadas hombres y mujeres, al segundo sermón en que saqué el Cristo.

Acudían las gentes de La Puebla á los sermones de El Montijo á bandadas, con grande piedad aunque volvían de noche á sus casas, y se fueron á confesar conmigo y con el compañero muchísimos. Estaban esperando hasta las once y las doce; y no pudiendo alcanzar lugar, tomaban por medianera á la huespeda, que era natural de La Puebla; y era necesario confesarlas, después de haber tomado un bocado; y por no ser tiempo de ir á la iglesia, ni ser decente el confesarlas en un aposento, salían todas á un corral raso al sol, y se iban confesando, estando á la vista de todas las demás. El peso de las confesiones aquí fué terrible, por ser mucha la gente y pocos los confesores.

Echóse el jubileo de la comunión general para el domingo de Septuagésima. La vispera y el día nos ahogaban las confesiones. Desde las cuatro de la mañana estuve confesando hasta las tres de la tarde. Aquel día estaba toda la villa en la iglesia, y el enemigo con cuarenta y siete batallones de caballos, que eran cerca de tres mil, estuvo

emboscado en los montes vecinos á El Montijo, sin ser sentido. Envió algunos batallones á los lugares circunvecinos á recoger el ganado; y á las diez del día, asomó por unos repechos, que están hacia el septentrion muy cerca de la villa; y cuando la gente estaba más devota tocaron á alarma. Salieron los hombres á recoger el ganado, que estaba en unas vegas pegadas á la villa; pero los enemigos se dieron tanta prisa y tan buena maña, que sin que pudiese haber resulta, barrieron todo el ganado que había en los campos. De la Puebla y El Montijo, recogieron más de cuatrocientas yuntas de bueyes de arado, y muchas yeguas, y doce mil cabezas de ovejas. Todas aquellas vegas estaban cubiertas de la caballería enemiga.

Yo proseguí confesando la gente hasta las tres. Desbarató mucho este accidente la devoción de la misión; pero á ella y á la devoción con que estaban se debió el no ser mayor la desdicha; porque los enemigos tuvieron una muy larga consulta sobre sí había de saquear á El Montijo y La Puebla, de noche; y prevaleció el parecer de que no se empeñasen en eso. Hallando un cabo portugués á dos hidalgos de El Montijo, les dijo: «Algún buen ángel tienen los del Montijo, que los ha librado, quitando á nuestros generales el pensamiento que tenían». Ello fué providencia singular, porque, si hubieran acometido la villa de noche, lo roban todo sin dificultad; y Dios se compadeció de aquellos pobres, quitando el pensamiento al enemigo. En Badajoz dispararon las piezas de aviso para recoger el ganado, al tiempo que ya el enemigo lo había recogido todo.

Salió de Badajoz la caballería para quitar la presa al enemigo; y llegaron á escaramucear con los contrarios más de dos horas; pero fué forzoso retirarse por no perderse; pues nosotros teníamos solamente quince batallones de caballos, y los contrarios cuarenta y dos; nosotros mil y ellos casi tres mil hombres. No obstante hizo un grande efecto nuestra caballería, y fué obligar al enemigo á dejar la presa del ganado menor, que venía más despacio; para incorporar toda su caballería.

La gente quedó muy triste; híceles aquella tarde un sermón acerca de la conformidad con la voluntad de Dios en semejantes azotes; con que se consolaron y adelantaron mucho. En los sermones siguientes, para que pudiese la gente, que faltaba, ganar el jubileo de la hora de la muerte, señalé el día de la Purificación; conque todos aquellos días hubo confesiones, y el día de la Virgen duraron las comuniones hasta las tres de la tarde. Gastáronse en entrambos días cerca de mil formas.

Del sermón de enemigos salieron tantas personas tan movidas, que más de treinta fueron á casa de sus contrarios á pedir perdón de rodillas, y algunas eran las agraviadas. Una mujer, á quien habían muerto á su marido, fué luego al procurador de la causa, á decirle que no pasase adelante, porque ella perdonaba á su contrario. Otra mujer viuda y un hijo suyo perdonaron la muerte de su marido, dando licencia al matador para que viviese en el lugar y granjease su hacienda. Una mujer soltera, á quien una casada había publicamente infamado de que andaba con su marido, y estaba á matar por esto, siendo deshonrada, ella misma se fué á abrazar con su enemiga, ofreciéndole el perdón. Un padre, que no podía ver á un hijo suyo por haberse casado sin su licencia, y tenía jurado de no admitirle jamás en su casa, se reconcilió con él. En La Puebla se alcanzó el perdón de una muerte, y había sido el caso más atroz; porque habiendo un mozo deshonorado una doncella debajo de palabra de casamiento; después, porque los deudos de la moza, le obligaban por justicia á casarse con ella, él la mató, por no casarse desigualmente.

Dos hijos de una viuda á quien un hombre dió una bofetada, de que murió por la pesadumbre, perdonaron al agraviador. Un suegro y un yerno, que estaban á matar, se reconciliaron. En fin, dejados otros casos, dos clérigos, que no se comunicaban, y si el uno entraba en la sacristía el otro huía, y tenían escandalizado al pueblo, se abrazaron é hicieron amigos.

Durante la misión hubo dos días en El Montijo disciplina con mucho concurso y fervor; y como antes no había podido hacer el acto de contrición por las calles, lo hice víspera de la Purificación, y sacó una gran redada.

Queda fundada congregación con la advocación del nombre de Jesús, como en Talavera. El día que nos juntamos para asentarla, los clérigos, según me contaron después, se reían de que allí se había de entablar tal cosa; y en la junta hicieron alguna resistencia; pero el Señor lo venció todo, y quedó entablada y se nombraron todos los oficios, y se trasladaron las constituciones, y se publicó una y muchas veces en el púlpito, y de los seglares hay personas aun de más celo, que la adelantarán. Había rosario á coros todos los días; y el primero, con que se empezó, se llenó la iglesia. Un sacerdote queda encargado de añadir los días de fiesta unos puntos de meditación, como lección espiritual, después del rosario, para las mujeres.

En La Puebla queda establecido el rosario todos los días á coros, y lección espiritual todas las fiestas, después del rosario. Para esto les dejé

unas Flores Espirituales del P. Eusebio. Un sacerdote muy virtuoso queda encargado de entrambas á dos cosas, y el pueblo advertido de todo y con deseo de estos santos ejercicios. También les dejé el jubileo de la comunión general; y para entablar estas cosas les hice un sermón.

En El Montijo, en las partes más públicas, se pusieron en las paredes, que se blanquearon para este fin, los rótulos contra los juradores, que escribió con un pincel el maestro de la escuela; y se ha seguido gran reformación en los juramentos; tanto que una persona admirada, reparó en que no se oía juramento ninguno en toda la villa, por todo aquel tiempo, cuando antes eran tan frecuentes.

El capitán Toribio Mateo Gragera, que es un hidalgo rico y muy piadoso y fué capitán de caballos, tomó por su cuenta hacer altar á nuestro P. S. Ignacio en una capilla que tiene su casa en la parroquia, que es la mejor de la iglesia; y en La Puebla el cura ha ofrecido hacer altar al santo, por lo que yo les dije; pues todos le han cobrado gran devoción. Una mujer me preguntó cuándo caía su día; porque habia hecho promesa de ayunarle la víspera; y en Albuquerque, un muchacho de catorce años, por haber oído los elogios del santo, se determinó á rezarle cada día un tercio de rosario.

Hay en El Montijo una casa de beatas que guardan la tercera regla de S. Francisco, viven en comunidad, sin salir jamás de casa, hacen dos horas de oración mental todos los días, tienen su iglesia con sacramento, y son muy ejemplares. Adelantáronse mucho en fervor estas beatas con las pláticas que les hice, que fueron cinco, y todas se confesaron conmigo, y me dieron cuenta de sus conciencias.

En ninguna parte he tenido tanto trabajo como en esta misión; por haber de confesar tanto, y hacer tantos sermones; pues en El Montijo prediqué diez y seis, haciendo siempre antes la doctrina. Además en La Puebla prediqué cuatro, y en las beatas cinco, y esto en quince días.

Estuve hospedado en casa de un vecino honrado y rico, llamado Pedro García, que tiene una mujer muy honrada y piadosa, llamada Isabel Lopez. Este hombre nos oyó algunos sermones en Badajoz; y de haber oído el sermón de la frecuencia de los sacramentos, sacó determinación de confesarse de ocho á ocho días, y lo practica después acá. Movióle mucho aquella comparación: «Las arañas no hacen sus telas en las cuadras y piezas limpias y bien barridas, sino en los pajares y caballerizas, ni las arañas del infierno traman sus telas en las conciencias que están limpias y aseadas.

Vino muy pagado de los sermones, y comunicó con el capitán Toribio Mateo, para que escribiese pidiéndome viniese á El Montijo. El

capitán me escribió en efecto con el maestro de la escuela, llamado Martín Gabriel, hombre de mucha virtud; y lo pidió con tantas veras, que no me atreví á decirle que no. El capitán tenía deseo de llevarme á su casa, pero aquel día que llegué á El Montijo había salido con una partida de caballos á una arma, y Pedro García, cuya mujer es prima del capitán, me llevó á su domicilio, adonde me tuvo con todo el agasajo que llevaba la tierra.

II. El sábado, 4 de Febrero, vine por la tarde á Lobón, hice aquella noche el acto de contrición por las calles, y al día siguiente prediqué tarde y mañana; por la tarde saqué la calavera, y el lunes el alma condenada. El martes fué el sermón de enemigos, con excelente resultado. En la iglesia se pidieron perdón dos vecinos de los de más suposición, que había mucho estaban encontrados. Un hombre dió una bofetada á una doncella, por haberla encontrado riñendo con su mujer. La agraviada por justicia le perseguía, y el hombre estaba retraído en S. Francisco. Vino de noche á oír el sermón de enemigos y valiéndose de la ocasión, se fué á casa de la agraviada y le pidió con mucha humildad perdón, y ella le perdonó, é hizo apartamiento por ante escribano.

Un hombre honrado había sido gravemente injuriado de una mujer, pues le llamó públicamente morisco y mulato. Persegújala el hombre por justicia, y la mujer andaba huyendo fuera del lugar, y con la misión la perdonó y se reconciliaron. Un hidalgo de suposición que perseguía á un hombre y su mujer por ciertos agravios, y ellos temiéndole andaban huídos, movido de los sermones les perdonó y dió licencia para que volviesen al lugar. Otras muchas personas había dos años, otros tres, y algunas cinco, que no se comunicaban, con grave escándalo de la villa, y todos se perdonaron y quedaron en mucha paz, y no quedó cosa que no se ajustase.

Duró la misión, en cuanto á los sermones y á mi estancia, hasta el viernes inclusive, y en pocos días fué el fruto de las confesiones de los mayores que he visto. Dejéles señalado el domingo de la quincuagésima, para el jubileo de la hora de la muerte, y el clérigo, mi compañero, se quedó allí el sábado y domingo para confesar lo que faltase, y luego se volvió á Badajoz.

Dejé fundadas una congregación, semejante á la de otras partes, excepto que por ser lugar pequeño, la disciplina se redujo á sola la cuaresma, y el rosario es solamente los sábados y días de fiesta; pero con lección espiritual después de él.

Drante la misión hubo disciplina miércoles y viernes con mucho

concurso y fervor, de suerte que no era posible hacerles que lo dejasen; y si no se sacara la luz, prosiguieran mucho tiempo. Llevóme á su casa un vecino honrado y rico, llamado Juan de la Cruz, que tiene una mujer muy piadosa, llamada Catalina Esteban, la cual se deshacía por agasajarme. Esta diligencia, juntamente con haber en aquel lugar buena agua, me puso bueno el pecho, que lo traía de El Montijo, adonde son las aguas muy gruesas, cansado y apretado.

12. El sábado de Carnestolendas vine á Almendralejo, distante de Lobón cuatro leguas, adonde el P. Guillén hizo misión el año pasado y dejó fundada una congregación que está en buen sitio puesta. Hice allí aquella noche el acto de contrición por las calles, exhortéles á que se confesaran todas aquellas Carnestolendas, publicándoles para esto el jubileo de las misiones; y prediqué el domingo á mediodía á las Cuarenta Horas, y por la tarde hice una plática y doctrina; y el Padre Guillén hizo las mismas funciones al mismo tiempo en la Fuente del Maestre, con que en estas dos partes se confesó toda la gente en aquellos tres días.

El lunes, después de haber hecho una plática á las monjas, de una hora, en que lloraron mucho, fuí á la Fuente del Maestre para predicar el martes en las *Cuarenta Horas*, que se entablaron allí, este año, por industria del P. Guillén, el que vino en mi lugar á Almendralejo, á la misma función, con que entrambas partes se celebraron las *Cuarenta Horas*, con mucha solemnidad. En Almendralejo otros años tenían sermón solamente el domingo, y desde ahora quedan entablados los tres días, y en La Fuente se instituyeron de nuevo.

De La Fuente vine á Zafra, porque deseaban oirme, y se lo habían pedido al P. Guillén, que había hecho misión allí el año antecedente. Prediqué el miércoles de Ceniza, por la tarde, y el asunto fué: «Cómo se vive se muere.» Duró el sermón cinco cuartos de hora, y no les pareció largo, habíase anunciado en el último de las *Cuarenta Horas*, que allí son muy célebres.

De Zafra vinimos el jueves á dormir á Los Santos, villa de quinientos vecinos, en la cual poco antes había hecho misión el P. Guillén, con mucha moción; y no le quisieron dar la ropa, por obligarle á que volviésemos por allí; prediquéles aquella noche, y el concurso y moción fué grande.

13. El viernes vinimos de Los Santos á Llerena, distante ocho leguas, pasando por Fuente de Cantos, villa en que hay Residencia de la Compañía, adonde nos detuvimos medio día. El sábado hicimos en Llerena, por las calles, el acto de contrición, que salió con grande mo-

ción y tuvo grandísimo concurso; hízose cinco veces fuera, y la última en la Iglesia Mayor, que se llenó.

Allí hice para conclusión del acto, una plática, exhortando á oír los sermones de la misión; y fueron muchos los llantos, bofetadas y moción con que pedían misericordia en voz alta. El domingo hízose una doctrina muy solemne, con todo lo lucido de la ciudad, llevando el estandarte el gobernador. Cuando llegó la doctrina á la Iglesia Mayor, á las tres de la tarde, ya estaba tan llena, que la gente principal que venía en la doctrina, tuvo no pequeña dificultad para entrar á sus asientos.

Duró la misión quince días, desde la primera dominica hasta la tercera, y juntamente en este tiempo se ganó el jubileo del Pontífice, de las dos semanas. Luego en la primera semana, se confesó toda la ciudad, y cada día estaba nuestra iglesia llena de penitentes, y todos volvieron á confesarse la dominica tercera, en que se gastaron más de tres mil formas; y con haber avisado, que para ganar el jubileo de la hora de la muerte, era necesario comulgar aquel día en la Iglesia Mayor; con todo muchas personas no lo entendieron, y comulgaron en las comunidades. Hiciéronse en dos días de mercado, pláticas y doctrinas en la plaza, con grande moción de los oyentes, que públicamente, á la luz del mediodía, se daban de bofetadas.

El domingo último, en que hubo procesión por el jubileo del Papa, salieron muchos penitentes, algunos aspados, y muchísimos nazarenos, con cruces muy pesadas á los hombros. Cuando llegó la procesión á las cuatro de la tarde á la Iglesia Mayor, estaba toda que reventaba con la gente, y así muchísima se quedó fuera, sin poder revolverse ni oír el sermón último de perseverancia, que prediqué yo, concluyendo con un coloquio amoroso en que se movieron mucho.

Vinieron muchos forasteros de dos y tres leguas á la fama de lo que les decían los que habían estado ú oído algún sermón en la iglesia. Persona hubo que vino de su lugar, por haberse sentido movido, estando en el monte, á venir luego á buscar el remedio de su alma. Oyó pues éste tal, que los Padres habían sacado un alma condenada al púlpito, y temeroso de no ser como aquella, y animado con lo que había oído decir, que los Padres no se espantaban de nada, aunque les confesasen mil herejías, de repente le dió un vuelco el corazón, y sin dar parte á su mujer se vino á Llerena, y no quiso confesarse sino con uno de los misioneros. Topó conmigo, y aunque le dije se quedase aquella noche en la ciudad, no quiso, sino volverse á oscuras, porque su mujer estuviese sin cuidado. Hacía este hombre

cada día oración al arcángel S. Miguel, y á Nuestro Señor, para que le sacase de la miseria en que estaba su alma; y aquel movimiento repentino, sin duda fué recabado por estas devociones.

Hízose durante la misión el ejercicio de la disciplina seis veces, tres cada semana, con mucho fervor y grande concurso, precediendo antes los puntos de la meditación léidos en tono alto y grave. Con esto se abrió camino para dejar asentada la congregación.

14. Quedó la ciudad otra; y con suma estimación de la Compañía; algunas personas principales, que estaban algo torcidas con los nuestros, y que no habían entrado en nuestra casa había tiempo, quedaron muy afectas, y algunos no salían de casa aquellos días.

No habían podido los nuestros levantar una congregación, que antiguamente se había fundado y se estaba perdida, y ahora recabamos de ellos cuanto quisimos. Fundóse, pues, una congregación ilustre compuesta de toda la nobleza y clerecía de suposición; y para asentarla se hizo junta en nuestra casa, en que se halló el Sr. D. Juan Abad, Presidente de la Inquisición; el Provisor, que es cabeza de lo eclesiástico, puesto por el prior de S. Marcos de León; el Gobernador, y todos los caballeros y clérigos de más suposición. El Presidente de la Inquisición, salió por prefecto, y el Gobernador y el Alcalde mayor por asistentes. Decretóse una fiesta para la tercera dominica *post pascha*, en que comulgasen todos los congregantes de mano del prefecto, y hubiese sermón. Para mayor publicación de la nueva congregación, hízose la fiesta con grande lucimiento.

Cuando me recogí á esta ciudad, por Junio, hallé muy adelantada esta congregación. Cada martes salen dos congregantes á pedir para los pobres con sus alforjas al hombro; y en cada una de estas salidas recogerán cien reales en dinero, huevos y dulces. Salen á este ejercicio todos sin que nadie se escuse; el uno es fijo, y es un cirujano muy devoto, llamado Pedro Díaz, que lleva una campanilla en la mano para llamar; el otro es el que le toca la suerte, y para eso se ponen en una caja los nombres de los congregantes, y se designa aquel cuya cédula sacare el prefecto, revolviéndolas todas, y nadie se escusa. Está congregación, además de los ejercicios ordinarios de nuestras congregaciones, tomó á su cargo el que todos los días haya rosario á coros en la Iglesia Mayor, y ejercicio de disciplina tres días cada semana de cuaresma y todos los viernes del año, precediendo lección espiritual en tono alto y devoto, como cantado. Se practican esos ejercicios con tanto fervor, que al rosario en las fiestas se llena la iglesia de hombres y mujeres; y entre semana se juntan más de doscientas ó trescientas

personas; y en oyendo toear al rosario se deshacen todos los corrillos, y acuden á él; y á la disciplina concurren más de trescientas ó cuatrocientas personas.

Hay cuatro hospitales en Llerena, y todos estaban perdidos, sin que en ninguno se curase pobre. Esto supuesto, prediqué un día de la devoción de los pobres, exhorté á fomentar esta obra; dije que saldríamos á pedir limosna de ropas, camas y demás alhajas. Con esto juntóse buena limosna, saliendo yo con tres caballeros; y además uno de ellos tomó por su cuenta el componer uno de los hospitales. Así se remedió esta necesidad, y se ajustaron cuatro ó seis camas, que es lo bastante; y hoy está con grande aseo y limpieza, y se han curado muchos enfermos en los tres meses siguientes á la misión.

Olvidábaseme decir, que uno de los principales frutos de la misión de Llerena, fué la reformación del convento de Sta. Ana, que es muy numeroso y lleno de gente moza. Hicimos allí muchas pláticas, de las que estaban tan ansiosas, que no se hartaban nunca de este precioso manjar; yo les hice siete; todas se confesaron generalmente y con tantas lágrimas y suspiros, que era necesario interrumpir la confesión, y alguna, para desahogar el corazón, salió del confesonario dando gritos y sollozos de dolor, que se oían en toda la casa. Desterráronse las devociones y gradas; y se entregaron muy de veras á la oración y trato con Dios, y quedaron determinadas á hacer ejercicios de comunidad, que les dará el P. Rector. Algunas los hicieron por mi consejo en tiempo de la misión.

Hay en Llerena, otros tres conventos sujetos á los frailes franciscos; el de Sta. Clara, el de Sta. Isabel y el de la Concepción. Del primero y último me llamaron muchas veces y se confesaron generalmente, movidas de lo que habían oído decir de los sermones de la misión, y se siguió en ellos mucho provecho. De Sta. Isabel me llamaron algunas, lastimándose todas de que sus prelados no las diesen licencia para gozar de la doctrina que gozaban las de Sta. Ana.

15. Otro fruto fué el adelantar el ejercicio de la oración y mover á muchas personas á tenerla. Hay en esta ciudad muchas mujeres de gran virtud y oración, doncellas, viudas y casadas. Muchas vinieron á darme cuenta de su oración, y hallé algunas entre ellas de grande perfección, y mucha unión con Dios; y estas con la misión crecieron no poco, y otras empezaron de nuevo. Una doncella, entre otras, empezó á tener oración mental, es hija de familia, tiene padre y madre y mucha gente en casa. A ocultas de los suyos dió en recogerse, después que todos se acostaban, y tenía una hora de oración.

Viendo yo que aquella hora era desacomodada, y reconociendo en ella gran disposición para la contemplación, por ser de natural muy sosegado y de rara pureza, la aconsejé tuviera un rato de oración mental antes de cenar y otro por la mañana, madrugando antes que se levantase la gente de casa. Ella lo tomó tan bien, que entabló desde luego dos horas de oración mental todos los días, una antes de cenar y otra al amanecer; favoreciendo Dios tanto sus deseos que con sinceridad me confesó, se le pasaban las dos horas, sin tener distracción ninguna, ni divertirse á otro pensamiento; y es un alma como una paloma en la sinceridad y pureza; entre día anda en presencia de Dios continuamente, refiriendo á su Majestad todo cuanto practica, haciéndolo todo por agradarle. Espero que á esta alma la ha de levantar Dios á grande perfección. Sus padres tienen inclinación á casarla; yo la incliné y exhorté á que se conservase siempre en el feliz estado de la virginidad, y ella quedó en eso, con propósito de resistir á sus padres, si trataban de casarla. Al fin logró esta doncella entrar monja franciscana.

Otra, mujer muy piadosa y de mucho fervor, ocupaba de ordinario su oración en confundirse y llorar sus pecados, en cuanto fueron causa de la pasión de su Redentor, en que medita siempre. Algunas veces parecía que se le deshacía el corazón; y eran tantas sus lágrimas, que después de haber bañado el pañuelo, regaba el suelo. Acontecióle una ó dos veces, cuando con más fervor lloró sus culpas, que aplicando el lienzo mojado en las lágrimas á las narices para limpiarlas, percibió con éstas tal fragancia y olor en aquel pañuelo, que quedó admirada; pues no hay olor de jazmines que con aquél se puede comparar. Algunas veces, levantándose de noche á tener oración, el demonio la espantaba visiblemente, con ruido, con golpes y otros ardidés á fin de hacerla dejar la oración; pero ella ha perseverado en levantarse á oración, gastando en ella dos ó tres horas, macerando su cuerpo con muchas disciplinas y cilicios. La mujer me pareció sin doblez, pues ella está tan lejos de pensar que es buena, que todo es llorar sus pecados. Tiene esta mujer una hija, casada con un caballero, la cual es de grande espíritu; y deseando hablar conmigo en la misión, como no pudiese entonces por el tropel de las confesiones, vino los días de pascua, cuando después de la misión de Fregenal volvimos á Llerena algunos días. Llenóme mucho el fervor y modo de oración de esta señora, y el desasimiento de las criaturas, y las ansias que tiene de agradar á Dios en todo, Llámase doña Agueda. El haber tanta gente de oración en Llerena, es por haber habido en nuestro

Colegio algunos operarios de mucho espíritu, que las criaron con esa leche.

En la misión de Llerena, dí de penitencia á una mujer, que hallé con disposición para tener oración mental, que tuviese por quince días un rato diario, y tomó tan bien la lección, que de allí á tres meses vino á verme y darme las gracias, llamándome con palabras ponderativas su segundo redentor. Yo no la entendía, y se explicó diciendo que había salido esto tan bien, que después acá se ha determinado á seguir dos horas cada día, una por la mañana y otra por la noche; con que se halla muy mejorada. Prediqué en Llerena nueve sermones y el de la Samaritana, y veintisiete pláticas en las monjas.

16. Concluída la misión de Llerena, el P. Guillén en compañía del P. Miguel de Andía, que residía en Fuente de Cantos y vino á ayudarnos, se partió á Montemolín, lugar de 400 vecinos, de donde hicieron grande instancia por misión. Yo fuí á Villagarcía, (1) lugar corto de 150 vecinos, distante una legua de Llerena, y es del Duque de Arcos, donde fuí solo, porque no hubo compañero para mí.

Estuve hasta el jueves por la tarde, en que volví á Llerena para predicar á la Inquisición el sermón de las amargas. Prediqué en Villagarcía seis sermones, lunes por la noche uno, y dos el martes, otro el miércoles á la noche, y otro, por fin, el jueves á las once del día. Fué allí grandísima la moción, y tantos los llantos y sollozos, que una mujer sintió tan apretado el pecho con el dolor y sentimiento, que cayó desmayada y pensamos se muriese.

De un punto de perdón de enemigos que toqué en un sermón salieron tan movidos, que todas las personas que estaban encontradas, se echaron á los pies de sus contrarios, y viniendo un hombre á pedir perdón de rodillas á un hidalgo principal, éste se movió tanto, que empezó á llorar, y arrojándose á los pies del contrario, dijo que él tenía la culpa. Sacóse el perdón de una muerte porque el padre del muerto, sus hermanos y gente, movidos del sermón, hicieron el perdón ante escribano. De Llerena había venido yo muy encargado de

(1) "Patria del cardenal Siliceo." (Itin. Breve). Algunos hacen á este cardenal hijo de Zafra; pero equivocadamente. Apellidábase Guijarro y latinizándolo, convirtió este apellido en el de Siliceo, con que es de todos conocido. Fué uno de los hombres más ilustres de España en el reinado de Felipe II, que hizo de él grandísimo aprecio. Aunque hombre extraordinario, Siliceo, por esa limitación propia de la naturaleza humana, no alcanzó á ver en la Compañía de Jesús, recientemente fundada, la poderosa ayuda que el cielo le ofrecía para el bien de las almas confiadas á su cuidado; sino que por el contrario, creyéndola sospechosa y muy perjudicial á la Iglesia, la persiguió de mil modos.

sacar este perdón; porque se había procurado, y no se había podido obtener.

Compúsose un grave disturbio que había; porque una moza, que estaba depositada en casa honrada, contra el parecer de sus padres y gentes, se quería casar con un mozo, al cual estaba determinado matar un cuñado de la novia. y andaba buscando ocasión para ejecutar sus intentos; aunque no lo pudo lograr, porque el novio andaba á sombra de tejado. Aplacóse el cuñado, que era el que impedía el casamiento, y así este se hizo, y quedaron todos en paz.

Un hidalgo, de los que más se movieron con la misión, hizo conmigo una confesión general con gran sentimiento de sus culpas y de allí á quince días murió; teniéndose por dichoso, por haber muerto con tan buena disposición. Fué este de los que más desearon y pidieron la misión, y el que en las paces metía la mano, y hacía oficio de ángel de paz.

Moviéronse tanto con el sermón del infierno, en que les saqué el alma condenada, que me dijo uno de los más entendidos: «Padre, del sermón de la otra noche salió la gente tan aturdida, que todos se volvieron á sus casas sin acertar á hablar una palabra unos á otros; todos salimos temblando.»

Prediqué el viernes el sermón de la Samaritana al tribunal, y fué muy grande el concurso; pues las gradas del altar estaban llenas de caballeros y gente principal, siendo así que á los sermones del tribunal, por no tener allí bancos sino los ministros, concurre muy poca gente de ordinario. El sábado á mediodía, *ante dominicam quartam Quadragesimae*, me partí á Montemolín, distante de Llerena tres ó cuatro leguas, para juntarme con el P. Guillén y ayudarle el domingo, y pasar con su Reverencia el lunes á Fregenal. Ayudé, en efecto, á los Padres á confesar el domingo, y prediqué por la tarde el sermón último de misión.

17. De Montemolín salimos para Fregenal, distante de allí siete leguas, lunes á las ocho, y llegamos entre tres y cuatro de la tarde. Los Padres del Colegio, ya tenían echado el jubileo de la doctrina en la Iglesia Mayor. Fuimos á oírle, y reconocimos que aquel modo de pláticas más era para enseñar, que para mover. Hicimos el acto de contrición por las calles aquella noche; el concurso fué inmenso; todo el lugar se halló presente, y es de los de más gente, que encontramos en Extremadura.

Con el acto quedaron tan impresionados, que no salían de sí; la moción fué extraordinaria, los gritos, pidiendo misericordia, llegaban al cielo, y las bofetadas hacían eco en todas aquellas calles. Hicimosle tres

veces fuera, y la última en la iglesia de Sta. Ana, que es la más capaz de la villa; y con estar tan apretados, que se ahogaban, quedó muchísima gente fuera. Terminé con una plática, excitando á venir á oír los sermones de la misión; y el día siguiente di principio con el primer sermón, exhortando á confesiones generales. Empezábamos á predicar á boca de noche, por tener aquella villa mucha gente del campo.

Dispusimos con el P. Rector y con el Vicario de la villa, se trasfiriere el jubileo de las doctrinas, al domingo de Ramos y determinamos hacer al mismo tiempo misión en una villa de trescientos cincuenta vecinos, distante de allí media legua, llamada La Higuera, á causa de habérnoslo pedido así el P. Provincial de Andalucía, por razón de una nueva fundación que allí hace un indiano.

Estábamos determinados á venir de Llerena á Guadalcanal; mas recibimos carta de P. Provincial de Andalucía, en que nos pedía con instancia fuésemos á Fregenal y La Higuera, y fué forzoso el obedecerle, y muy conveniente para el fin de nuestra derrota. Habíamosle dado cuenta de nuestra vocación, y de la patente que teníamos de nuestro Padre para discurrir por toda España, y le pedimos licencia para entrar por su provincia. Respondiéronos, después de mucho tiempo (sospechamos que lo tomó para consultar la materia), estimándonos que fuésemos á su provincia; pero rogándonos, no entrásemos en los lugares donde existe Colegio de la Compañía, diciendo que en ellos hay una continua misión. Nosotros, con modestia, le respondimos estimando mucho la caridad que nos hacía; pero advirtiéndole que con aquella limitación no la podíamos admitir sin consultar á nuestro Padre; porque aquella cortapisa parecía contraria á la patente de su Paternidad y al fin de nuestra vocación, y que era descrédito del ministerio hacer misión por los lugares menos principales, dejando las ciudades mayores. Propusimosle el ejemplo de las misiones que se hacen en Toledo y Castilla, en las ciudades donde hay Colegios, y el del venerable P. Jerónimo Lopez, que siendo de provincia extraña, hizo misión en Salamanca, Alcalá y otras ciudades de entrambas provincias, Castilla y Toledo.

La carta iba llena de tanto peso de razones, que el Provincial se resignó, ó ya por temor de no incurrir en la indignación de nuestro Padre, ó lo que parece más verosímil, por haberle desengañado nuestras razones. Respondió que nos había escrito en aquella forma, persuadido á que no estaba en estilo hacer misión adonde hubiese Colegio; pero que desengañado ya con nuestra carta, nos pedía con muchas veras entrásemos en su provincia sin limitación alguna.

Contestámosle agradeciendo este favor, y diciendo que remitíamos

á nuestro Padre su carta, para que viéndola su Paternidad estimase la caridad con que su Reverencia nos recibía. Con esto, ganado el Provincial, nos recibió, pidiéndonos encarecidamente fuésemos á Fregenal y á La Higuera, (1) y el Señor lo dispuso para abrimos con suavidad las puertas de Andalucía; porque los Padres de Fregenal, quedaron atónitos de ver la misión y fruto de este género de misiones, y por medio de ellos corrió la voz por toda la Provincia. Por esta causa hicimos misión en La Higuera; y para concluir con entrambos lugares en Cuaresma, las hicimos á un tiempo; y echamos el jubileo de la hora de la muerte para día de S. José, que fué lunes ó martes *post dominicam Passionis*.

Después de haber predicado el martes en Fregenal, fuí yo á predicar miércoles y jueves á La Higuera, adonde fueron los llantos, gritos y bofetadas en los sermones, en todo parecidos á los de Fregenal; y empezó luego tanto tropel de confesiones, que no me dejaban reposar; acompañóme el P. Diego Serrano, (2) sujeto de Fregenal y varón santo. En el interin predicó el P. Guillén en Fregenal, de la muerte y del juicio. Luego nos remudamos, y su Reverencia fué á La Higuera hasta concluir la misión, día de S. José, y yo me quedé en Fregenal, predicando estos días y haciendo á la vez las doctrinas; porque nos pareció más conveniente tomar cada uno esta doble carga, por el mayor provecho de las gentes. El domingo prediqué por la mañana en la parroquia de Sta. Maria, que llaman la Iglesia Mayor; tenía el sermón el Padre Rector, pero gustaron que yo lo dijese, y fué el que menos mal pareció, aunque se fraguó en breve tiempo. Por la tarde prediqué en Sta. Ana el sermón de enemigos; y desde el martes fuimos alternando el P. Guillén y yo.

18. La moción en los sermones fué tan grande, que por el mucho suspirar no dejaban se entendiese lo que se decía, y temíamos nos sucediese alguna desgracia de ahogarse algunas mujeres con la fuerza del sentimiento y ahogo de corazón; porque era tanto este y la apretura del corazón, que para desfogarle lanzaban la respiración con tanta vio-

(1) La Higuera.—Se fundó este Colegio en 1666 por D. Francisco Fernandez Dávila, caballero de Santiago, natural de esta villa, y establecido en la ciudad de los Reyes del Perú, quien, navegando de Callao á Panamá, y viéndose en peligro de muerte, hizo voto de levantar este Colegio, si salía con bien del peligro. La iglesia es muy hermosa.—Madoz. La villa es de 350 vecinos. (Itinerario breve).

(2) Muerto el 19 de Febrero de 1680, á los 63 años de edad y 48 de Compañía. De él dice el P. Rodeles, en el párrafo 2.º del apéndice, á la vida del V. P. Pedro Calatayud, que introdujo la costumbre de que el blasfemo, en señal de arrepentimiento, se arrodillase y besase la tierra. ¿No se podrá decir mejor que esta práctica la aprendió del P. Tirso y de su compañero, ya que estos en su misma entrada en Extremadura, y antes de que tratasen al P. Serrano la habían usado en sus misiones?

lencia que se oía, no sólo en toda la iglesia, sino fuera de ella, y quedaban caídas en tierra con la fuerza del accidente. Fué necesario para evitar las desgracias que se podían temer, el advertir repetidas veces desde el púlpito, que no viniesen al sermón las mujeres que eran tan blandas de corazón; y no había medio de poderlo conseguir.

El día que prediqué de enemigos, se movieron tanto, que allí en la iglesia se abrazaron públicamente personas que había más de nueve años que no se hablaban; y los caballeros y gente principal de la villa salieron por ella, llevando consigo los notarios para ajustar las discordias, y hacer el apartamiento por ante escribano las partes agraviadas; perdonándose cinco muertes con jurídico apartamiento.

Un hidalgo de los que anduvieron metiendo paz, hizo una lista de los agravios que se perdonaron, de bofetadas, palabras afrentosas y otras injurias, y puso en el papel hasta treinta. Causaba grande admiración ver entrar por las casas de sus contrarios á muchas personas, á pedir ú ofrecer el perdón de rodillas; y de muchos me consta, que se andaban buscando para matarse, y que salieron del sermón para abrazarse. Sacerdotes, escandalosamente encontrados con seglares, llegaron á pedirles perdón de rodillas; y no es encarecimiento decir que pasaron de doscientas las personas, que movidas de aquel sermón, fueron á echarse á los pies de sus enemigos.

No quedó ninguna discordia por ajustar, y un caballero de Jerez, que está casado en aquella villa, me dijo: «Padre, año y medio había que tenía tal odio y rencor con cierta persona, que me parecía imposible el reconciliarme jamás con ella, y solía decir, que sólo Dios, con un milagro de su omnipotencia, me podía aplacar, y hoy, por la misericordia de Dios, me halló tan trocado, que le amo como á mí mismo y daría la sangre por él.

En Fregenal quedaron tan desterrados los juramentos, que no se oía ninguno, ni se oyó en mucho tiempo; y pasando yo de Cazalla á Constantina, casi dos meses después, encontré unos pobres de Fregenal, los cuales venían de Andalucía, que, en viéndome, corrieron desalados á besarme la mano, diciéndome que en Fregenal estaban tan desterrados los juramentos, que hasta un boticario, que antes no echaba palabra sin juramento, ahora no tomaba el nombre de Dios en la boca, sino para alabarle.

Hicimos segunda vez el acto de contrición, á fin de que los Padres del Colegio perdiesen el miedo con tomar posesión en hacerlo; y así el viernes del concilio, prediqué yo de la oración mental en el convento de la Paz, á las cinco de la tarde, concurriendo allí la villa, á fin de

dejar desocupada la noche para el acto de contrición. Hízose cuatro veces; la primera lo hizo el P. Lara, ministro del Colegio y lector de gramática; la segunda lo hice yo en frente del convento de Sta. Clara, por haberlo pedido así las monjas; la tercera el P. Serrano, y la última el P. Guillén, en una parroquia, contando antes un ejemplo. El concurso fué de todo el lugar. Dejóse fundada una lucida congregación, compuesta de lo eclesiástico y secular, cosa que deseaban mucho los Padres, y no habían podido conseguir.

El domingo de Ramos, por la tarde, se hizo una lucidísima doctrina, con los Padres; y en esta función no me hallé yo, por haber asistido á las confesiones toda la mañana, desde las cuatro hasta las doce. Hicimos misión también en un convento de monjas, llamado de la Paz, sujeto al ordinario. Confesáronse todas generalmente, y se pidieron perdón públicamente en el coro, unas á otras, por disgustos y cismas que habían tenido, cosa que en la villa había sonado mal. Híceles tres pláticas, y el P. Guillén otras dos ó tres, y se reconciliaron y abrazaron todas.

19. Por la tarde me partí con el P. Lara á la villa de Burguillos, distante de Fregenal tres leguas, por habernos pedido con mucha instancia los de aquella villa fuésemos allá. Ya el año antecedente, estando el P. Guillén en Zafra, distante de allí dos leguas, habían pedido los de Burguillos misión, y ahora se lastimaban de ser ellos los desgraciados.

Habíamos ofrecido volver á Llerena el acto de contrición, miércoles santo, y eso nos detenía. Habiéndolo encomendado á Dios, me pareció que para eso bastaba viniese el P. Guillén; y así me determiné á ir yo á Burguillos, y fué disposición del cielo por el fruto que se cogió allí, y porque con el embarazo de la semana santa y tinieblas, no se pudo hacer el acto de contrición en Llerena. Con eso se quedó el Padre Guillén, en Fregenal conmigo el domingo, para predicar y fundar la congregación el lunes, como se hizo.

Fuéronme acompañando en mi viaje á Burguillos muchos hidalgos y caballeros de Fregenal, que iban á una boda, y me pidieron que por el camino les dijese lo que había de predicar aquella tarde en Fregenal si me hubiera quedado; porque ya que no podían oír al P. Guillén, no querían quedar sin sermón. Fuíles exhortando á la perseverancia, y les conté varios ejemplos; con esto y con rezar el rosario á coros, se pasó con gusto el camino.

Los caballeros de Fregenal venían tan edificadas de las paces que se habían hecho en su lugar que, en entrando en Burguillos, empezaron á tomar la mano para pacificar algunas personas y familias que estaban muy encontradas, y compusieron algunas diferencias.

Aquella noche se hizo el acto de contrición por las calles; salimos de la parroquia de Sta. María, que está en lo alto del lugar, habiendo rezado primero el rosario á coros; y se hizo dos veces, una en la plaza y otra en la iglesia de las monjas, teniéndose la procesión en la ermita de los Mártires, que está en una llanura á dos tiros de piedra de la villa, y es más capaz que ninguna de las parroquias, y más acomodada para el concurso de la gente. Allí prediqué, además de estos, otros tres sermones y otros dos en el convento de las monjas, y concurrió toda la villa. Tenían echado el Mandato á un fraile francisco descalzo, y el vicario, y el corregidor, y la gente de la plaza, fueron á pedirle cediese el sermón, y me lo dejase á mí; yo no quise hablar palabra en la materia, ni me quise meter en eso. Ellos allí lo hablaron con el fraile, el cual de ninguna manera quiso dejar el sermón, ni yo quise predicar el Mandato por no hacerle daño y barrerle la gente; pero, á instancias de la villa, después que salieron del Mandato en Sta. María, prediqué de la oración mental en el convento de las monjas. El fruto que Nuestro Señor cogió en este lugar, en estos pocos días de misión, fué indecible. Lo primero, en las monjas, se hizo notable provecho con los dos sermones que prediqué en su iglesia, para todos, y con otras tres pláticas que les hice en la grada; todas se confesaron generalmente, atajáronse las correspondencias y devociones, y quedaron instruidas en tener oración y ocuparse en leer libros devotos.

La moción, lágrimas y suspiros, en los sermones, fué grande. Reformóse el abuso del jurar, tanto que en jurando alguno, los demás le perseguían, hasta hacerle besar la tierra. Fundóse una lucida congregación de lo eclesiástico y seglar, dejando por rector de ella al vicario, y por prefecto al corregidor, con rosario todos los días en la parroquia de S. Juan, y meditación y disciplina todos los viernes del año y tres días por semana en cuaresma.

Un día, que en un sermón prediqué un punto de perdón de enemigos, se movieron tanto, que aquella noche y el día siguiente se hicieron gran número de paces, abrazándose y pidiéndose perdón, las partes, de rodillas. Perdonáronse agravios, bofetadas y otras injurias graves, y grandes encuentros sobre pleitos muy reñidos, de que habían ido á Granada, y quedaron ajustados. Una mujer viuda, llamada María Venegas, á quien habían muerto á su marido (que era un hidalgo honrado), perdonó con tanto corazón al matador, que dijo: 'que si estuviera éste condenado en la cárcel á muerte, fuera allá y lo echara fuera.

Fueron tantas las cosas que se ajustaron, que habiendo encargado á un sacerdote virtuoso, llamado Juan Jaramillo, las apuntase, apuntó

en un papel quince perdones muy señalados de encuentros terribles, y algunos de personas que había más de siete años que no se comunicaban, y añade al fin del papel: «más de otras treinta enemistades se ajustaron en la misma conformidad, y no quedó cosa por ajustar en toda la villa, que antes se estaba abrasando en odios y enemistades.»

Un familiar del Santo Oficio, había tenido unas palabras pesadas con D. Juan Vitorio, teniente de corregidor, y quedó tan ofendido de él, que fué á Zafra á comprar un puñal para atravesar con él al dicho teniente, y le traía consigo, sin que el contrario cayese en que él le buscaba para matarle. Oyó el tal familiar el sermón de enemigos, y al salir de él estaba tan conmovido, que viniendo D. Juan acompañándome con otra gente á la posada, se entró tras nosotros y echándosele á los pies, arrojó en el suelo el puñal desnudo, diciendo: «Aquí me tiene vuestra merced á sus pies; este puñal compré con infames intentos, de que estoy arrepentido; por amor de Dios perdonéme, vuestra merced, mi atrevimiento». Abrazáronse allí, y el teniente llevó á su casa consigo al familiar, y allí hablaron largo y bebieron en señal de amistad, y quedaron de allí adelante muy amigos. El puñal le recogí yo, y le llevó el P. Lara al Colegio de Fregenal, para memoria de este caso, y para uso de la cocina, por ser á propósito.

Fundóse la congregación el Viernes Santo, después de los oficios; y aquella tarde se tomó posesión de rezar el rosario en forma de congregación, divididos en dos filas; y les hice una plática de tres cuartos de hora, exhortándoles á la perseverancia. Ya el Jueves Santo, después de haber predicado de cuatro á cinco de la tarde el sermón de la oración mental, á boca de noche, en que convidé para el rosario en la parroquia de S. Juan, les hice una plática breve de media hora acerca de esta devoción. He tenido noticia, después acá, que no se ha faltado ni un día solo, al ejercicio del rosario, ni los viernes á la disciplina y lección espiritual, á que concurre mucha gente.

20. De Burguillos salí Sábado Santo por la mañana, vine á asistir á los oficios á Fuente de Cantos, á fin de llevar á Llerena al P. Miguel de Andía, para que saliese después de Pascua en mi compañía á misión. El P. Calatrava, Rector de aquella Residencia, estaba ausente y había dicho no le dejaría salir de Fuente de Cantos. En vista de esto quedéme aquella tarde esperando al P. Rector, é hice una plática á las monjas carmelitas descalzas, que hay en aquella villa. Vino el P. Rector aquella noche, y hablando á D. Alonso del Corro, fundador del colegio, se venció la dificultad que había de hacer suelta del Padre.

Día de Pascua por la mañana, ayudé á confesar, y por la tarde, nos vinimos el P. Andía y yo á dormir á Llerena, adonde encontré al Padre Guillén, que había llegado de Fregenal miércoles santo. Descansé algunos días allí para escribir cartas, pero no nos dejaban un punto; pues vinieron en la Pascua muchas de aquellas mujeres que trataban de oración á consultar cosas de espíritu, y era necesario oirlas. Hice una plática á las monjas de Sta. Ana; y acudiendo dos días al rosario á la Iglesia Mayor, hice otras dos pláticas después del rosario; la una de los motivos que tenemos para entregarnos con fervor á las obras de virtud, sobre aquellas palabras: *sicut fuit sensus vester ut erraretis á Deo, decies tantum convertentes, iterum eum requiretis*; (1) y la otra de la presencia de Dios, sobre el texto «Ambula coram me et esto perfectus.» (2) Hubo mucho concurso, y con oirla en pie los hombres á ninguno se le hizo larga; y la oían con notable afecto.

La congregación está muy fervorosa. Fuí á visitar el hospital, que con ocasión de la misión se ha reparado; obra que ha tomado con notable fervor D. Rodrigo Rangel, caballero mozo, muy devoto él y toda su casa de la Compañía, y muy amigo mío de Salamanca.

Vinieron á hacerme grande instancia de la villa de Fuente del Arco, distante dos leguas y media de Llerena, camino de Guadalcanal, para que fuese allá. Trajo esta comisión el regidor más antiguo, que está casado con una sobrina del P. Juan de Maldonado, que llaman la Maldonada; y esto fué gran parte para moverme. Es esta señora la parienta más cercana que ha quedado de este insigne varón, el cual fué natural de un lugar corto, de cien vecinos, cerca de Llerena una legua, llamado las Casas de la Reina. (3) Este regidor tuvo en casa, y hoy las conserva en Cazalla un pariente, algunas cartas originales que escribió el P. Maldonado desde París á un hermano suyo, acerca de un casamiento; refirióme algunas cláusulas de las cartas, las cuales eran dignas de su gran juicio.

Determinéme á venir á Fuente del Arco, siquiera á dar un jarabe á este enfermo, ya que no me podía detener á darle purga, con designio de hacer el acto de contrición aquella noche y predicarles un sermón, y repetir otro el sábado por la mañana, y dejarlos movidos á que acudiesen á Guadalcanal, distante de allí media legua. Hubo dificultad en ajustar compañero. El P. Medina, predicador del colegio de

(1) Bar. cap. IV, v. 28.

(2) Genes. cap. XXVII, v. 1.

(3) Se equivocan los que le dan al famoso P. Maldonado otra patria, como se la dan algunos.

Llerena, había de ir con el P. Guillén á Azuaga y otros lugares, y de allí hacia la Hinojosa de Cordoba; más por haber de tomar unas pildoras, no podía salir aquella semana. Por otra parte el P. Guillén necesitaba de compañero que le ayudase á predicar, y yo no tenía necesidad; con que el P. Andía, fué con su Reverencia á la misión de Azuaga, y yo, mientras se ponía bueno el P. Medina, que quedó determinado á juntarse conmigo en Guadalcanal, traje en mi compañía á un sacerdote de Llerena, llamado D. Juan del Castillo, muy de la Compañía, y que en la modestia y virtud, es como un jesuita de los mas ajustados.

Llegamos á Fuente del Arco, viernes al ponerse el sol, hice aquella noche el acto de contrición por las calles, corriendo las más principales, y terminando en la iglesia con el acto de contrición. Después prediqué un sermón fuerte, concluyendo con otro acto de contrición.

Citéles para la mañana á las seis para otro sermón, con intento de no predicar más; pero después, por haber sabido que los de Gualdacañal salían sábado por la tarde, á buscar á Ntra. Sra. de Guaditoca (que es una imagen de mucha devoción, á quien traen desde una ermita distante de allí legua y media, en todas sus necesidades de agua); me determiné á aguardarme allí á predicar aquella noche; para que el domingo todos ganasen el jubileo de la hora de la muerte, como se hizo; pues comulgó todo el lugar. Un cura vecino y un fraile mercenario, que vino á predicar ese día un sermón de fiesta, nos ayudaron á confesar. Con éstos y los confesores de la villa se despachó toda la gente, y en poco tiempo se hizo mucho.

El cura, que es un freire de Santiago (que se había hallado en el Almendralejo, en la misión que allí hizo el P. Guillén), había introducido el rosario, y le dejé un libro de los ejercicios de San Ignacio, para que cada día, al fin del Rosario, se lea un punto de meditación, y las fiestas se lea un cuarto de hora. Dejéles el jubileo de la comunión general, y quedaron muy deseosos de frecuentar los sacramentos. Hicieronse varios perdones y se atajaron algunos escándalos. La cosa más sobresaliente que allí se ajustó, fué el volver por la honra de una doncella. Una noche vieron entrar en su casa á un hidalgo mozo; corrió la voz que la había deshonrado, y preguntándosele á él, se alabó de lo que no había hecho. Después de esto hubo grande pleito para que se casase con ella, ó la dotase; y por vía de concierto se había obligado á darla trescientos ducados. Yo le obligué á que públicamente, en la iglesia, delante de todo el pueblo, afirmase con juramento, por aquel Señor que había recibido, que no había quitado su honra á aquella don-

cella; aunque había entrado con malos intentos; pero que ella se había resistido.

21. Por más presto que quise despachar, no pude salir de Fuente del Arco hasta el domingo por la tarde á las tres, con que llegué á más de las cinco á Guadalcanal. El P. Peñarrubia había ido á aquella villa á cierto negocio; y aquel día, en que concurrió de los lugares circunvecinos mucha gente en procesión para traer á Nuestra Señora, de su casa á Guadalcanal, les había predicado un sermón de ocasión, y había publicado la misión. Dí principio á ella aquella noche con el acto de contrición por las calles, rezando primero el rosario á coros en la iglesia.

Estaba la villa llena de gente del campo, que andaba cabando en las viñas y de algunos forasteros; el concurso fué grandísimo, y la procesión inmensa. El Padre nunca lo había hecho, y viéndome sin quien me ayudase, se animó. Hízose dos veces fuera; la primera lo hice yo, y hubo gritos, bofetadas, lágrimas; la segunda lo hizo el Padre con la misma moción. Terminóse en la iglesia, y concurrió tanta gente, que gran parte no cupo dentro; pero oían desde fuera por las dos puertas. Contéles el ejemplo de Pelayo y otros, ordenados á que acudiesen á confesarse. Hizo esta plática, que duró más de media hora, grande efecto, porque movidos de ella vinieron todos los hombres del campo que la oyeron á confesarse. Eché para el día siguiente el sermón de la confesión general; hubo grande concurso, y se continuó todos los días. El P. Peñarrubia me ayudó con dos sermones.

Casi todos los días por la mañana, de diez á once, hice plática á las monjas en uno de los conventos que allí hay, sujetas al ordinario; y por la tarde predicaba á la villa y hacía la doctrina, sino una vez ó dos, que la hizo el P. Peñarrubia, hasta que vino el P. Andía, once días después, á ayudarme. Suponiendo que había de venir este Padre el lunes, ocho días después de empezada la misión, se volvió por la mañana el Sr. D. Juan del Castillo á Llerena; con que estuve hasta el miércoles por la noche solo; porque el P. Peñarrubia se volvió también á Llerena; y para confesar, muy poca ayuda tenía en él, por ser achacoso.

El P. Andía predicó tres sermones, yo prediqué catorce, é hice diez pláticas á las monjas. Un domingo prediqué por la mañana sobre el evangelio. «Ego sum pastor bonus.» juntando las propiedades de este divino Pastor, y sacando de ellas motivos de confianza para alentar á los pecadores, y luego expliqué las propiedades que habían de tener las ovejas de este pastor; agradó este sermón más que ningno.

Por la tarde prediqué de las penas del infierno, sacando el alma condenada; y con haber predicado largo á la mañana, y haber hecho la doctrina por la tarde, tuve el pecho mejor que nunca, como lo requería el sermón. Todo el tiempo que duró la misión, tuvieron en la iglesia á Nuestra Señora de Guaditoca con altar muy rico; y la gente que es devotísima de esta Señora, acudía á visitarla.

Son los moradores de esta villa de buenos naturales y amigos de oír sermón; tocábase á misión á las cuatro y media, empezábase el rosario á las cinco ó cerca de ellas, y estaba ya entonces la iglesia llena. Sucedió la doctrina y el sermón, y allá entre dos luces cantaban todos los días una salve y una letanía á la Virgen con mucha devoción.

El jubileo de las doctrinas se echó para la dominica tercera *post pascha*. Ese día y los otros de fiesta, yo me subí al coro á confesar la gente del campo, que no tenían entre semana lugar para acudir; y estuve confesando desde las cinco de la mañana hasta la una. Fué grande el concurso de comuniones: gastaríanse dos mil quinientas formas y más. Concurrieron de dos, tres y cuatro leguas algunos forasteros.

Hay en Guadalcanal un convento grave de frailes Franciscos en que hay muchos confesores; está fuera de la villa, y por eso era más difícil el concurso; y á nosotros nos oprimían con las confesiones. De noche venían hombres del campo, diciendo no tenían otro tiempo y solíamos estar confesando hasta las diez de la noche, ó cerca de ellas, y cada noche era menester despedir á muchos, que luego madrugaban, por la mañana. Nunca me senté aquí á confesar mujeres, que no dejase por confesar una gran muchedumbre de ella, por ser tantas las que concurrían. El día de la comunión general hicimos doctrina por las calles, en la que todos iban cantando, y era tan larga la procesión, que no bastaban ocho cantores divididos á trozos. Por coger lugar para el sermón se adelantaban muchas personas, y no había entrado la mitad de la procesión, cuando ya estaba la iglesia llena.

La villa quería que fuese el sermón en la iglesia, y que por las dos puertas de los costados oíría la gente que quedase fuera. Yo ya había subido al púlpito, y viendo el ahogo, y que de afuera clamaban, que quedaba la mitad de la gente sin sermón, hablé con los alcaldes y con la clerecía, y les moví á que, posponiendo su comodidad, mirasen por el bien de sus prójimos; con que salieron todos á una plazuela que hay muy espaciosa entre la iglesia y las casas de ayuntamiento. Hacía la tarde fresca, por lo que yo me subí al corredor de las casas del regimiento y de allí prediqué, sin que de ninguna parte se perdiese pala-

bra. Las monjas de Sta. Clara desde el mirador de su convento oyeron todo el sermón, y todas derramaron muchas lágrimas al oír el coloquio último con el Sto. Cristo.

El lunes hubo grande concurso de confesiones, de los que no habían podido confesarse el domingo, y de algunas personas que se movieron á hacerlo con este sermón; y ese día por la tarde prediqué de la frecuencia de los sacramentos. Por ver en todos tanta hambre de oír la palabra divina, el martes predicó el P. Andía, y yo eché para el miércoles por despedida, el sermón de la devoción á Nuestra Señora, sin saber la ocupación que tenían aquel día; pues tuvieron por la mañana sermón á Nuestra Señora de Guaditoca, por haber hecho fiesta aquel día, no sé si el gremio de las doncellas, ó el de estudiantes, ó cierta cofradía; y por la tarde tuvieron procesión de las letanías en otra parroquia. No obstante todas estas fiestas, y después de tantos sermones, acudieron aún con tanto gusto al sermón de la misión, que no cabía la gente en la iglesia y coro.

Todos estos días hubo bien que confesar, sin que tuviésemos ni un rato de tiempo desocupado; pues á las confesiones del pueblo se agregaron las de las monjas de la Concepción que son muchas, y todas ó casi todas se confesaron generalmente. El jueves pudimos ya recoger nos un poco para escribir algunas cartas y hacer ciertos apuntamientos de la misión.

Las monjas de Sta. Clara, sujetas á los frailes franciscos, viendo la misión que hubo en la villa, desearon con grandes ansias, les hicieron algunas pláticas, y á ese fin echáronme varios rogadores. Respondílas, que sacasen licencia de su prelado, que sin ella no me quería meter en eso. En efecto, acudieron obedientes al Guardián, quien no quiso venir en ello, y luego en vista de esta negativa, escribieron al Provincial, cuya respuesta no pudo llegar á tiempo. Para no quedarse sin oírme, quisieron valerse de un ardid, y fué rogarme que me llegara á ver á dos hermanas, de un caballero que nos tenía en su casa, á fin de acudir todas á la grada para que allí las hablase. Yo me escusé todo lo posible, pero no pude evitar el ir á despedirme de aquellas señoras la víspera de mi partida. Con las monjas hermanas del caballero, mi huesped, salió la madre abadesa, y luego toda la comunidad, y me obligaron á que por modo de conversación les dijese algunas cosas en orden á su instrucción y aprovechamiento, de que quedaron tan gustosas, que determinaron prevenirse para semejantes lances, con tener prevenida la licencia anticipada ó del Provincial ó del General.

22. El fruto de esta misión fué copiosísimo. Los juramentos que-

daron tan desterrados, que pasando por allí mes y medio después, me dijeron que en todo ese tiempo apenas si se había oído un juramento. A un caballero se le escapó uno sin reparo, y todos empezaron á decir: «bese tierra,» «bese tierra» según lo que en la misión les enseñamos; y porque él se resistía, el vicario de la villa se arrodilló y la besó en nombre suyo, dejándole confuso. En diez ó doce partes públicas se blanqueó un pedazo de pared, y en ella un pintor escribió con el pincel estas palabras: «En la casa del que jura —no faltará desventura.»

Quitáronse muchos amancebamientos públicos, y una persona me hizo una lista de ellos, la cual dice así: Diez y seis años hacía que una persona estaba en una amistad torpe, y había tenido en este tiempo nueve hijos de su cómplice, y se apartó. Otro de catorce años de torpe amistad, en los cuales tuvo cinco hijos, hizo lo mismo que el anterior. Otro de doce años de amancebamiento, con cuatro hijos, también se apartó. Otro de nueve, que había tenido un hijo, hizo otro tanto. Otro de seis años, que había tenido tres hijos, dejó también su torpe trato. Otro que llevaba en él tres años, y otro de dos, también pusieron término á sus pecados, así como otros muchos de que no recuerdo en particular.

Entre estos amancebados el más escandaloso era el médico, que tenía la amiga en casa, como si fuera mujer propia, y tenía de ella muchos hijos; él y ella eran naturales de Llerena. Apliqué el cuidado á persuadirle que se casase. Como apreté tanto en los sermones, el hombre se aturdió de suerte, que en más de treinta horas no probó bocado. La conciencia le estimulaba á que se casase, y el pundonor le detenía. Era este un hombre muy abultado; y con el susto enflaqueció no poco, y dijo á un confidente suyo: más de dos arrobas menos peso hoy de lo que pesaba antes que el P. Tirso entrase en la villa. Llaméle aparte, persuadíle á que se casase, obtuve del vicario, que por causas urgentes que había, dispensase en las denunciaciones previas, guardándolas para después; todo estaba dispuesto, y el demonio que no duerme, por medio de unos parientes, le hizo volver atrás. Hícele luego, á los principios de la misión echar la manceba de casa; y hablé á los alcaldes en público y en secreto, para que atajasen este y otros escándalos. La justicia seglar no se atrevía con él por gozar del fuero de la Iglesia; y la eclesiástica no hacía nada; así que no se pudo echar del lugar á la mujer. Amenacéla con que si volvía al vómito, y la villa no lo remediaba, ni la justicia eclesiástica, había de dar cuenta al Consejo.

Al volver de la misión de Cazalla y Constantina, pasé por Guadal-

canal, supe que había vuelto la mujer á casa; hablé con la justicia seglar y eclesiástica, afeando el caso; persuadí á los alcaldes, que á ella la metiesen en la cárcel, y á él le quitasen el salario y le echasen del lugar. Los celosos, que deseaban se casase, sabiendo que yo había venido, le dijeron: amigo, el P. Tirso está en la villa, si no os casáis os ha de perseguir. Con esto el hombre, temeroso de lo que le esperaba, y de la reprensión pública con que le amenacé á él y á los alcaldes, dispuso luego el casarse, y me envió á rogar, por tercera persona, no le reprendiese en el púlpito, porque aquella noche se había de casar.

Yo llegué el miércoles 6 de Junio, á mediodía, de vuelta de Constantina á Guadalcanal, y el jueves por la tarde prediqué exhortando á la perseverancia, y él, receloso de la reprensión pública, por el vicario y otro amigo, me envió á rogar no le nombrase, porque aquella noche se había de casar; no le nombré, pero dí doctrina general, reprendiendo severamente el volver á las ocasiones, exhortando á las justicias que atajasen los escándalos, y concluí diciendo: que si las justicias no lo remediasen, que como había tenido lengua para reprender, tendría mano para escribir á quien pusiese el remedio; y todo lo hice á fin de que no se nos volviese atrás esta vez como la pasada. Finalmente esta mi venida por Guadalcanal, fué causa de que se hiciese el casamiento.

23. Perdonáronse en Guadalcanal cinco muertes, en fuerza del sermón de enemigos, con el cual se movieron muchísimo, y un sacerdote grave, que me apuntó en un papel lo de las muertes, y lo más que queda referido, añadió en el papel, «que se habían hecho más de doscientas amistades;» del sermón salieron á buscarse para abrazarse, sin quedar enemistad que no se compusiese.

Un canónigo de Sevilla, pasando por una calle, vió que uno llegó á echarse de rodillas á los pies de otro á pedirle perdón, y quedó admirado. Dos personas se andaban buscando para matarse, y del sermón salieron á buscarse para abrazarse y hacerse amigos. Una mujer á quien habían muerto el marido, salió tan movida del sermón de enemigos, que estando el matador retirado en otro lugar distante de allí dos leguas, pidió á una vecina suya la acompañase, para ir aquella noche á buscar á su enemigo y ofrecerle el perdón, y para hacer este viaje vino á confesarse con el P. Peñarrubia, el cual la disuadió la jornada, diciéndole que nosotros enviaríamos á llamar al matador, y que eso bastaba.

Un hombre, que había agraviado á otro dándole una puñalada, se movió tanto en la misión, que se determinó á caminar tres leguas á pie

y descalzo y con una cruz á cuestas para ir en esta forma á pedir perdón al que había ofendido, el cual estaba en un lugar distante tres leguas de Guadalcanal. Pero antes de partirse, por no exponerse á que el contrario hiciese un disparate, le envió á pedir licencia para ir á echarse á sus pies con esta demostración.

Un hidalgo principal de la villa, habiendo tenido un disgusto, con un hombre ordinario (porque se atrevió á querer darle de puñaladas sin causa), estaba enemistado con él, y siendo persona principal se echó á los pies de su contrario, pidiéndole perdón de rodillas.

Estaba en Guadalcanal muchos años había fundada una congregación con título de la Concepción por un clérigo mallorquín que predicó allí algunos sermones. Estaba esta congregación muy caída; el prefecto ó rector se nombraba de tres á tres años, y no tenía en la práctica más función que el ejercicio de la disciplina tres días cada semana de cuaresma, y los oficios eran pocos. Más me costó el renovar esta congregación, que el fundarla de nuevo. Hízose junta para este fin; el rector antiguo era de poca autoridad; dispúsose con buen modo que se nombrasen oficios nuevos, según el estilo que guardamos en otras congregaciones, añadiéronse muchas cosas importantes, y entraron en los oficios personas de mucha suposición y celo, que tomaron con grande empeño esta obra. Quedó también entablado el rosario á coros, al que es muchísima la gente que concurre cada día, y los días de fiesta se llena la iglesia, y hay mucho concurso al ejercicio de los viernes de lección espiritual y disciplina. Dos caballeros de los más principales se esmeran en su oficio de sacristanes. Comulgan de comunidad todos los terceros domingos del mes con sus velas en las manos, y el tercero domingo de Mayo hicieron el voto de defender la Concepción, habiéndolo comulgado antes de manos del Vicario, que es el rector de la congregación. Antes que yo me partiese se hicieron algunas juntas de la congregación, y muchos caballeros y gente principal echaron petición, pidiendo ser recibidos, y los recibieron con las ceremonias que disponen las constituciones.

Hay en esta villa un sacerdote teólogo, y buen predicador. Este ha tomado por su cuenta hacer algunas exhortaciones al pueblo, para que se conserve el fruto de la misión, y á mi me mostró la salutación de la primera plática ó sermón que pensaba hacer, y cierto que me admiró. Refería brevemente los efectos que había causado la misión, y ponderaba, como idos nosotros, les incumbía á ellos el llevar adelante esta obra; señalóse día particular, para la fiesta de la congregación, y se decretó que ese día se ganase el jubileo de las doctrinas, y que para ese

fin se hiciesen entre año algunas doctrinas públicas; y tomó el oficio de maestro doctrinero este sacerdote, que se llama el Dr. D. Benito Marquez de la Barrera, cura de S. Sebastián. Dispuse en buena forma los nuevos estatutos y oficios, que esta congregación añadía á la pasada, para que el ordinario los apruebe.

Idos nosotros la congregación nombró hermanos congregantes que saliesen á pedir para los pobres y enfermos; y se juntaron 200 reales, 200 huevos, dos cestas de dulces, y veinte libras de tocino; y esto se repartió por manos de la congregación entre los pobres vergonzantes, y con singular ejemplo de celo, se fijaron por las esquinas, y partes públicas carteles con estas palabras: Cualquiera persona que por la necesidad que padece haya de cometer algún pecado mortal, acuda al hospital de la Caridad, que allí le darán remedio de su necesidad, para que no ofenda á Dios. Fuera de eso la congregación tenía dispuesto el acudir con la limosna conveniente á las mujeres, que por necesidad se hallasen en contingencia de ofender á Dios.

24. En los dos conventos de monjas sujetas al ordinario se hizo notable provecho; del uno se arrancó de raíz una comunicación que había de persona de mucha suposición, la cual causaba escándalo á la comunidad y á la villa, y todas las monjas quedaron muy compungidas y se adelantaron mucho en fervor. Haciendo un día una plática en el convento de la Concepción, dije: quizá me está oyendo alguna religiosa, que no tiene un mes de vida, y piensa vivir muchos años. La abadesa, que era mujer de mucho celo de virtud y talento, con los ojos arrasados en lágrimas, dijo: ¡ay Padre, que por ventura yo seré esa!, y así sucedió, que dentro de un mes murió de unas sincopales.

Una religiosa moza, de buen natural, comunicó conmigo; yo reconociendo de su natural que podía peligrar si bajase á la grada á comunicar con cierta persona, que venía á verla, aunque no al descubierto con intención mala, la apreté mucho en esta parte, diciéndola: que si huía de aquellas redes, me parecía, le podría de parte de Dios, prometer su salvación; pero que si bajaba, lo dudaba mucho. Instruía, además, en leer libros espirituales, y tener más oración de la que tenía; y la exhorté á que se confesase con el cura de S. Sebastián, persona anciana, de virtud y ciencia. Ella después me escribió á Constantina, dándome las gracias y significándome el contento y paz con que se hallaba. Pasando por allí alabé al Señor de verla tan adelantada en la virtud, y tan desasida de las criaturas. En entrambos conventos quedaron muchas determinadas á hacer ejercicios, como los habían hecho otras

veces, por dirección del P. Rodrigo Deza, que puso en mucha perfección á algunas religiosas.

En el convento de la Concepción hay una gran sierva de Dios, de 70 años de edad, tan dada á la contemplación, que no se puede valer con los ímpetus de amor y arrobos que le vienen. Tiene una candidez de paloma, está con la gracia bautismal, es sumamente celosa de la observancia religiosa, fué dos veces prelada, y primero se dejaría hacer cuartos, que permitir cosa de desagrado del Señor. Hace tres ó cuatro veces al año los ejercicios de S. Ignacio, y algunas veces le duran veinte y treinta días. Cualquiera persona que la comunicare echará de ver que es alma escogida de Dios, humilde como la tierra, y con sumo desasimiento de las criaturas. Puede decir esta sierva á Dios con mucha verdad lo del apóstol: «*conversatio nostra in caelis est;*» trae siempre una cara de risa, y el júbilo interior del corazón le hace dar de cuando en cuando algunas risadas; no pierde á Dios de vista todo el día, tiene cinco, seis y siete horas de oración mental; regálase con el niño Jesús, hablándole con gran ternura, y dice que cada noche le hace la cama, y que su corazón es la almohada y su alma el colchón.

Hubo gran repugnancia á ser prelada, y la primera vez que la eligieron, el Señor se lo dió á entender tan claramente, que ella estaba certísima que había de salir, y viéndola triste el Señor, la animó y consoló. Llámase la madre Sor Juana, que sin duda es alma de mucha perfección. Estimóla mucho un santo sacerdote que murió en Constantina el año pasado de 1667 con aclamación universal de santo, lo cual testifican sus obras, llamado D. Sancho Castaño. Díonos á mí y á mi compañero, á cada uno unas disciplinas; y como después desde Constantina le envié á decir, que aquellas disciplinas eran muy blandas, que hacían mucho ruido y dolían poco; luego pasando por allí me dijo, que nos había dado aquellas disciplinas, porque no nos hiciésemos mucho mal, que para ella otras usaba.

A dos ó tres días después de empezada la misión llovió excelentemente en Guadalcanal, y su comarca; que parece que para darles el agua por intercesión de la Virgen, solo esperó Dios á verlos arrepentidos, y llorando sus culpas. En Guadalcanal estuvimos hospedados en casa de unos caballeros santos, así la mujer como el marido; él se llama el Licenciado D. Juan de Ortega, que escribió á Llerena pidiéndonos con grande instancia fuésemos á su casa. Ella se dice D.^a María de Galvez. No tienen hijos; son muy ricos y desean fundar un colegio de la Compañía. Tiene él un hermano trinitario descalzo, y por eso trató de fundar un convento de esta religión, que no cuajó. Ahora está más

inclinado á la Compañía. Tiene dos hermanos casados, cargados de hijos; para éstos quiere la hacienda raiz, y el dinero lo guarda para una obra pía. Yo no le hablé palabra en la materia. Tiene un cuarto apartado del ruido de la casa muy capaz y acomodado, adonde estuvimos con mucha quietud. El afecto y llaneza de estos caballeros, y el amor con que nos trataron, y el cuidado con que se desvelaban en agasajarnos, no es decible. Quedaron muy pagados de ver el fruto de la misión; y D. Juan, tomó por su cuenta el poner un cuadro grande á nuestro P. S. Ignacio en el hueco de una capilla, que está desembarazada en la iglesia, y es de D. Diego Tamayo, que reside en Cazalla; el cual me dió francamente la licencia. El adorno del altar corre por cuenta de otro caballero, llamado D. Diego del Castillo. Para el día del Santo Padre estará compuesto el altar, y se dedicará con sermón.

25. De Guadalcanal partimos á Cazalla, distante de allí tres leguas, viernes 26 de Abril á mediodía, y llegamos entre cuatro y cinco de la tarde, apeándonos en el hospital de la Caridad. Por haberse caído una pared, y estarse reforzando el cuarto principal, no nos quisieron dejar allí, siendo así que no solo para la edificación, sino también para la comodidad temporal, fuera mejor estar en él.

Un caballero mozo, por nombre D. Francisco Maldonado, natural de Guadalcanal y casado en Cazalla con una señora muy piadosa, llamada D.^a Mariana Valero, luego que nos vió en el hospital, sin tener qué comer ni quien cuidase de ello, nos convidó para ir á comer y cenar todos los días á su casa cercana al hospital, y tomó por su cuenta el disponernos en éste dos camas; pero yendo á disponerlas, y viendo aquello tan mal parado, se determinó á traernos á su casa, sin que fuese posible resistirnos.

Díjonos este señor, que el haberme oído decir en el primer sermón. «Sin un maravedí entramos y sin un bocado de pan, y de ese modo hemos de salir,» le había movido de suerte para asistirnos, que aunque durmiera él al sereno, nos había de hospedar en su casa. El agasajo que aquí se nos hizo fué grande; pero el tráfago y ruido que en la casa había y la estrechez de las habitaciones, nos hizo estar ahogados y sin poder descansar y dormir lo necesario.

Tiene D. Francisco consigo un hermano religioso de la orden de Santiago, llamado D. Antonio Maldonado, el cual nos asistió mucho, y no obstante haber oído algunos sermones en Azuaga y Guadalcanal, asistió á toda la misión de Cazalla y después fué á Constantina á oírnos. Premió Dios á D. Francisco, la devoción con que nos acogió del modo siguiente; no tenían hijo varón, lo que les tenía tristes; dije-

les que se encomendasen á S. Ignacio, hicieronlo así, y antes de un año les dió nuestro Señor un niño muy lindo, á quien pusieron por nombre Ignacio, y su padre hizo un altar al Santo en reconocimiento.

Empezamos la misión con el acto de contrición: dos veces se hizo fuera de la iglesia y la última dentro de ella, terminándose con una plática de media hora poco mas. El concurso al acto fué grandioso y la moción extraña, como la de Fregenal. Con estar las viñas distantes y llena de cabadores, de solo la gente que estaba en la villa concurrieron tantos que no se cabía en la iglesia, siendo capacísima; y dijeron algunos caballeros, que nunca habían visto aquella iglesia tan llena de fieles, ni tan movidos á éstos, pues levantaban el grito hasta el cielo pidiendo misericordia. Había en Cazalla más de mil seiscientos forasteros, que habían venido á la caba de las viñas; y para que éstos gozasen el acto de contrición, le hice un día de fiesta, convidando para él desde el púlpito, y diciendo no fuesen mujeres.

El P. Andía había quedado muy molido de haber predicado aquella tarde, y así fuí yo solo. Salí desde el hospital de la Caridad, y corriendo las calles principales hice alto en una plaza grande que hay en frente de la iglesia, porque en entrando dentro no se atropellasen; conté antes el ejemplo de Pelayo, y el de la palomita, para alentar á confiar en la divina misericordia, proponiéndoles razones eficaces para oír las voces de aquel Señor que salía á buscarles. Nunca se movió la gente tanto como entonces. Estaba en el auditorio un hombre muy valiente y desgarrado, del cual se sabía, que había muchos años que no se confesaba; y éste se movió extrañamente; confesóse, y reformó sus costumbres. Un caballero muy entendido y devoto, á quien hicimos prefecto de la congregación, observó que la primera noche del acto de contrición, muchas personas que estaban muy encontradas, se abrazaron y pidieron perdón con mucha humildad.

26. En Cazalla no es la gente de naturales tan dóciles é inclinados á oír sermón como en Guadalcanal. En las fiestas, los auditorios eran grandes; pero entre semana no fueron crecidos, hasta que se predicó el sermón de enemigos; que después de él se llenaba la iglesia: este hizo grande operación. Después del sermón de los enemigos, dice el caballero citado, los que estaban envejecidos de más de cuatro, seis, diez y veinte años, se buscaron y reconciliaron, entrándose los ofendidos por las puertas de sus ofensores; y esto con fruto tan copioso, que puedo asegurar no haya habido enemistad que no se haya ajustado; y *por escrito se han hecho algunos apartamientos ante Escribano*. Hasta aquí aquel caballero.

En esta materia movió á todos mucho una acción heróica, que hizo una señora viuda principal, llamada D.^a María de Monroy, viuda de D. Fernando de Vargas, caballero del hábito de Alcántara, y la que hizo D. Pedro de Vargas, su hijo. Son en Cazalla dos familias muy ilustres, los Vargas y los Toledos. Dos caballeros mozos de los Toledos, hermanos, quitaron la vida á D. Fernando de Vargas, en una riña que tuvieron en las viñas. Huyeron los matadores á las Indias; y aunque los Vargas no persiguieron á los matadores, pero no se comunicaban con los Toledos, ni se hacían las cortesías, huyendo los unos de los otros. Movióle tanto á D. Pedro de Vargas, hijo primogénito del difunto el sermón de enemigos, que de medio sermón abajo, estuvo llorando hilo á hilo, y al salir del sermón, públicamente se echó á los pies de los Toledos, y se abrazaron. Esta acción movió mucho; pero más movió la que hizo su madre, pues del sermón se fué derecha á visitar á D.^a Elvira Toledo, hermana de los matadores, entrándose por sus puertas.

Todos los caballeros y gente principal, habiendo visto lo que había hecho D. Pedro de Vargas, vinieron á mi posada á pedirme fuese á hablar á D.^a María de Monroy, para que siguiese el ejemplo de su hijo, y diese licencia para que las señoras Toledos, viniesen á visitarla y echarse á sus pies en nombre de sus hermanos. Por no saber entonces lo que había hecho, y por ser de noche, resolvimos, que esto se dejase para la mañana siguiente; y cuando luego supieron lo que había hecho esta señora, que era mucho más de lo que ellos deseaban, quedaron admirados de su valor y piedad. Este ejemplo pudo tanto, que no hubo enemistad en Cazalla, que no se ajustase; y había muchas.

Hacía veinte años que una persona principal había dado á otra, también principal, con un sombrero en la cara, y en ese tiempo no se comunicaban. El agresor fué ahora á pedir perdón al agraviado, que había muchos años que estaba en cama, y quedaron amigos. Más de doscientas personas hubo que se echaron á los pies de sus contrarios. Y en esta materia dió también mucha edificación un caballero ilustre, de grande entendimiento, el cual había recibido en Guadalcanal de otro caballero un agravio personal de los más pesados que pueden suceder á persona noble; y no contentándose con tener ya limpio el corazón, y haberse reconciliado con la casa del ofensor, quiso hacer alguna demostración exterior, con que asegurase á todos sus contrarios, y les manifestase estar olvidado de la injuria pasada. Para eso, escribió una carta en esta forma: «A todos los que hubiere ofendido en la villa de Guadalcanal, con todo rendimiento, pesándome de ello, les pido me perdonen; y de todo corazón perdono á todos los que me

hubieren ofendido, porque Dios me perdone; y les ofrezco y aseguro la fidelidad de este propósito, mientras viviere; y quiero se publique, y que tendré los brazos abiertos para recibirlos, siempre que los vea. Cazalla y Mayo 7 de 668.» Esta carta firmada de su nombre me la entregó, para que yo la enviase á Guadalcanal, como lo hice, quedándome con su traslado; leyóse públicamente, con notable edificación de todos, que alabaron á Dios, porque tal fervor comunicó á este caballero para atropellar con las leyes del mundo, y poner á los pies de Jesucristo agravio tan pesado.

Muchas personas, que estaban con escándalo amancebadas de muchos años, se apartaron de los amancebamientos, y quedan muy trocados, y estos son en crecido número. Moviéronse á penitencia muchos hombres que había años que no se confesaban; y esto era muy sabido, y así lo apuntó en un papel el caballero que observó el fruto de la misión. Muchas personas casadas que estaban apartadas por su propia autoridad, por disgustos y pesadumbres que tuvieron, en la misión se reconciliaron, y volvieron á hacer vida maridable. El jubileo de las doctrinas y la comunión general, fué el día de la Ascensión.

Hay en Cazalla dos comunidades, la de los Franciscanos, que es muy numerosa y la de los Agustinos, que es más moderada. Veintidós ó veinticuatro confesores estuvimos aquella mañana confesando, desde el amanecer hasta después de las doce. Yo y mi compañero, estuvimos hasta la una y media; gastáronse más de tres mil formas. Jamás se vió en Cazalla concurso semejante de confesiones; y un definidor de S. Francisco decía, que en su vida no le había sucedido cosa semejante; pues estuvo sin levantarse del confesonario desde el amacer hasta después de las doce, que se levantó á decir misa; y lo que más les admirada á los confesores era ver la disposición de dolor y lágrimas con que llegaban los penitentes.

Un hombre forastero que había más de siete años que no se confesaba, y más de cuarenta que andaba lleno de abominables pecados y sacrilegios, y que, en fin, era uno de los más desalmados pecadores que han llegado á mis pies, entrando en Cazalla en tiempo de la misión, y viendo la gente tan movida, aturdida y enmendada, se compungió extrañamente, y propuso enmendar su mala vida y empezó á reformarla; pues siendo así que antes no se le pasaba día sin caer en algún pecado muy feo contra el sexto, y echar muchos juramentos, cuando llegó á mis pies en otro lugar, que fueron veinte días después que estuvo en Cazalla, no había caída más que una vez en cosa del sexto y se había abstenido de jurar por completo.

Grande fué la reformatión que hubo en Cazalla, adonde no se oía un juramento. Blanquearon las paredes en las partes públicas de la villa, y en más de doce, personas celosas escribieron de letra grande la amenaza contra los juradores: «en la casa del que jura —no faltará desventura.»

27. Fundóse la congregación con título del nombre de Jesús; nombrando por rector á un sacerdote muy santo, llamado Juan de Larios; y por prefecto á un caballero piadoso y muy entendido, que ha sido congregante en la congregación de los caballeros de Sevilla, y en la de Madrid, y es muy celoso del aumento de estas obras. Busqué traza para que el vicario no saliese por rector, porque está impedido de los pies, y no tiene actividad; y dispuse que él mismo pidiese el que se nombrase otro. Entablóse excelentemente la congregación, y en la primera disciplina que se hizo, se llenó la iglesia. Un caballero viejo asistió á ella, y á oír la lección espiritual, y dijo después: yo no me puedo azotar; pero el tiempo que leyeron aquellos desengaños tan fuertes, con voz tan devota, y mientras dieron la disciplina, yo no hice sino derramar lagrimas. Habiéndose hecho la primera junta para erigir la congregación, el día siguiente se hizo otra para determinar algunas cosas, y se inscribieron en el libro de la congregación más de cien congregantes de la gente más granada de la villa, acudiendo á competencia á ser recibidos, y dando todos de antemano la limosna que se señaló para los gastos comunes, que fué de seis reales. El concurso al rosario es mucho, aunque menos que en Guadalcanal.

Cuando entramos en la villa con la misión, habían traído por el agua á nuestra Señora del Monte, que es una imagen muy devota, que tiene su ermita á distancia de tres cuartos de legua; y la Virgen para socorrerles sólo esperó á ver los arrepentimientos. Llovió tres ó cuatro días copiosísimamente, y esta lluvia fué lo que aseguró el año; y así la misión les dispuso para alcanzar este beneficio. Aunque en tiempo de esta misión hubo muchos días de fiesta, no predicamos á mediodía, por haber sermón de tabla ó del novenario, que se hacía á la Virgen. Predicamos quince sermones, el P. Andía predicó los seis, y yo nueve.

El día de San Felipe y Santiago, hicimos una doctrina muy solemne por las calles, en que hubo inmenso concurso, y todos iban cantando. Hubo una circunstancia singular en esta doctrina, fué que los Padres Franciscanos, sabiendo se había de hacer la doctrina, se determinaron venir á honrarla, y dijeron á un clérigo confidente suyo, me aconsejase les enviase á convidar, que sin duda vendrían. Hablome este cléri-

go, y yo, aprendiendo la demostración por dificultosa, le respondí que aquella honra era tan grande que el pretenderla parecía temeridad. Asegurado pues de su ánimo, fuí á convidarlos con el preámbulo de que no me atreviera, á no tener entendido, era tanta la honra que nos hacían, y el celo con que miraban la edificación y ejemplo de la villa. Vino pues la comunidad: el P. Guardián llevó la campanilla; un definidor, el lector de artes, y otro Padre grave, gobernaron la doctrina con las cañas en las manos; y los demás nos ayudaron á cantar. Debióse esta honra al celo del definidor Albala, persona grave y de virtud.

Hay en Cazalla un convento de monjas Agustinas, muy numeroso, sujeto al ordinario, que estaba muy murmurado de correspondencias y devociones. Hizose en él notable provecho, con las muchas pláticas en que fijamos las piezas más fuertes de la misión; yo hice unas siete y el P. Andía cinco ó seis. Hablélas con gran claridad; reformóse mucho el convento, y á tener prelada de valor y brío para no dar licencia á las que desean bajar á la grada, nos pudiéramos prometer, quedara desterrada del todo esta peste. Una religiosa moza que tenía mucha profanidad en sus trajes, y usaba de muchas galas, se movió tanto con una plática en que afeé estas cosas, que se desnudó de todas ellas y se las ofreció á la Virgen. Hizo mucho ruido la conversión de esta monja á vida modesta y reformada; yo la di algunos librillos de devoción, como en premio, y la exhorté á la perseverancia, y á llevar adelante el empeño.

En esta villa me quisieron algunos caballeros hacer de vestir; y con grande afecto hicieron grandes instancias sobre el caso; y D. Francisco Maldonado, sobre habernos tenido en su casa, me hizo grande instancia para que recibiese un doblón para comprar premios. A mí me pareció que ni para ese fin es bien recibir nada estando en misión, y me excusé diciendo: que aunque para premios y viajes habíamos menester de limosnas; pero que no quería recibirlas en la misión, para que se pudiese con todo rigor verificar lo que dije, en el primer sermón, sin un maravedí entré, y sin un maravedí tengo de salir; que Dios tenía cuenta de socorrernos, cuando fuese necesario. Hizo voto este caballero de llamar Ignacio al primer hijo que tuviese, y queda con altísimo concepto del Santo, pareciéndole que santo que fundó una religión tan apostólica, no pudo dejar de tener muy heroica santidad.

A imitación de los de Guadalcanal, salieron dos caballeros congregantes á pedir limosna para una cama de una doncella pobre, que estando para casarse, no la tenía, y juntaron más de 250 reales en dine-

ro, y algunas cosas de lienzo nuevo; y saldrán á pedir de quince á quince días, ó de mes á mes.

28. De Cazalla salimos para Constantina (1) domingo 13 de Mayo, al amanecer. No fué posible arrancar antes, aunque habíamos determinado marchar el sábado para hacer el acto de contrición; pero fué singular providencia de Dios, porque el sábado no estaba en la villa la gente trabajadora, que andaba en las viñas, y el domingo estaba toda, y pudo gozar del acto de contrición. Llegamos á Constantina á las ocho de la mañana. Hacían en ese día fiesta al Santísimo, y le tenían patente y había sermón, al fin del cual se hizo procesión por la iglesia. Cuando acabaron de encerrar al Señor, antes que la gente se menease, desde las gradas del altar mayor, dí brevemente razón de nuestra venida, publiqué la misión, y convidé para el primer sermón de la tarde, después de vísperas.

Había días que nos esperaban; el eco de la moción de Llerena, Guadalcanal y Cazalla les había puesto en grande deseo. No quise hacer doctrina solemne aquella tarde, porque habíamos de hacer el acto de contrición aquella noche; y eran muchas procesiones para un día, y cansarles y cansarnos demasiado. No obstante; para convocar la gente, salimos á la ligera, cantando la doctrina con los muchachos de la escuela; íbamos pregonando la misión y convidando á que viniesen luego al primer sermón; corrimos las calles principales, y con esta diligencia, y con haber salido el Padre Andía con otras dos personas celosas por las sombras de los castaños, adonde la gente labradora estaba descansando y entreteniéndose, para barrer á los que no trajo la doctrina; se llenó la iglesia, que es muy grande y capaz, y de tres naves, y hubo un grande auditorio.

Aturdióles este primer sermón, pues nunca habían oído predicar de misión con tanta fuerza. Dos amancebados, que hacía muchos años que se comunicaban, salieron tan movidos de él, que cada uno, sin saber del otro, se determinó apartarse, y llegándose ella aquella noche á despedir del hombre, él le alabó los intentos, y le dijo que la misma determinación tenía él. Quedaron de este sermón tan prendados los dos, que no perdieron ninguno, de todos cuantos se predicaron en la misión. Como el concurso de las confesiones era tan grande, la mujer vino muchas veces sin poder hallar lugar para confesarse conmigo; y así se confesó á lo último de la misión, después

(1) Constantina, población de la provincia y diócesis de Sevilla, cuenta unas 11.500 almas, según carta que tengo á la vista del párroco de Ntra. Sra. de la Encarnación, de dicha ciudad, D. José María Maestre. Véase apéndice núm. 6.

que se habían desahogado las confesiones; y confesóse con las lágrimas y sentimiento de una Magdalena. Era mujer moza, y salió determinada á cercenar las galas y afeites.

En este primer sermón eché el acto de contrición para la noche con las advertencias de que no se han de mezclar en las procesiones las mujeres con los hombres; sino que vayan estos delante del Santo Cristo, siguiendo el estandarte, y las mujeres detrás. El concurso á esta función fué inmenso, compuesto de toda la gente de la villa, y de la forastera que andaba en la caba de las viñas. La moción fué de las mayores que hemos visto; porque clérigos, caballeros y todos deshechos en lágrimas y suspiros levantaban las voces hasta el cielo, pidiendo misericordia, y se daban tan recias bofetadas, que se podían oír de mucha distancia. Dos veces hicimos el acto de contrición fuera; y la última dentro de la iglesia, adonde les hice una plática breve de menos de media hora, concluyéndola con un razonamiento tierno, en que les proponía los motivos para oír las voces de aquel Señor que había salido á predicarles, y rematando con un coloquio con el Cristo, hablando en nombre del pecador, debajo de la semejanza del hijo pródigo. Si se habían movido mucho allá fuera, acá dentro fué mucho mayor la moción; pues retumbaban las bóvedas de la iglesia, con el eco de las voces y de las bofetadas. Habría, á mi ver, cuatro mil personas en la iglesia, que es capacísima de tres naves; y estaba tan llena que no cabían de pie, y desde las dos puertas de los dos costados oía de afuera mucha gente.

Con el primer sermón y este acto de contrición dimos por hecha la misión, por haber quedado la gente movidísima; y se echó de ver la moción en que luego nos cercaban tantos penitentes, que nunca nos levantábamos del confesonario sin dejar muchos por confesar. A algunas personas les costaba venir seis, siete, ocho y diez veces, para que les tocara la suerte de hallar entrada; y lo mismo había sucedido en Guadalcanal y Cazalla. Estaban hechos á las misiones de Andalucía, y como hallaron tanta diferencia de ésta á ellas, acudían á los sermones con singular afición, y ponderaban el que todos los días hubiese tan gran moción, al fin del sermón, de lágrimas, suspiros y bofetadas, inmutándoles y moviéndoles cada día como si fuera el primero; cuando en otras ocasiones, una vez que se sacaba el Cristo, no se inmutaban la tercia parte, y les enfadaba que el predicador se valiese de este medio para mover.

Como en otras partes, después de rezado el rosario á coros, antes de la explicación de la doctrina, solemos instruir á algunos muchachos

para que canten alguna letrilla devota; aquí tomaron este oficio algunos hombres devotos y un sacerdote, cantando al arpa algún tono á lo divino.

Continuáronse los sermones cada día hasta el domingo de la Trinidad; y el día de Pascua de Espíritu Santo hubo dos, uno por la mañana, y por la tarde otro; el sábado vispera de la Trinidad no hubo sermón, así por dar lugar á las confesiones, como para dejar ese tiempo, para la junta en que se erigió la congregación. Fué el concurso de confesiones, y comuniones grandísimo; desde las cinco de la mañana, hasta las doce se estuvo dando la comunión en dos altares; gastáronse más de cuatro mil formas; y muchos juzgan que llegaron á cinco mil.

Fué forzoso detenernos allí toda la semana siguiente para acabar de ajustar algunas cosas, y por haber concurrido mucha gente á confesarse. El lunes fuimos á un acto de S. Francisco, á que nos convidaron mucho antes, con grandes instancias. Teníanle echado para el día de la Trinidad, y habían venido para ese día de Guadalcanal, que dista de allí seis leguas, y de Cazalla, que dista tres, tres ó cuatro religiosos á replicar, y por el concurso de las confesiones lo hubieron de dilatar para el lunes; y así fué providencia de Dios, que viniesen ese día, porque con eso hubo cuatro confesores más. El lunes por la mañana fué solo el P. Andía al acto, yo me quedé confesando á mucha gente forastera, y ellos sintieron notablemente el que les faltase, habiéndolo por nuestra atención dilatado. A la tarde fuimos entrambos, y les dí satisfacción. El martes prediqué de la limosna, el día del Corpus por la tarde del misterio, y el domingo para despedirnos exhorté á la perseverancia, en los ejercicios de la congregación. Así las veces que allí prediqué fueron catorce, y el P. Andía cinco.

29. El fruto de esta misión fué copiosísimo. Quitáronse muchos amancebamientos escandalosos; y en particular dos hombres, que había más de nueve años que estaban amancebados, se casaron con las amigas, movidos de los sermones. Los juramentos se desterraron, como en Guadalcanal y otras partes. Una persona entendida y piadosa llamaba á una calle, la «Calle del Infierno»; porque siempre que pasaba por allí, no oía sino juramentos y maldiciones, y después que entró la misión no oyó maldición y juramento en toda ella.

El fruto más sobresaliente fué en materia de paces. Estaba Constantina ardiendo en bandos, y desde Llerena, Guadalcanal, Cazalla y toda la comarca nos decían á cada paso: Padres, vayan á Constantina, que se abrasa en odios. Estaban todas las villas del contorno y en Sevilla, escandalizados de las enemistades sangrientas de Constantina,

cuyo origen fué este: Había más de catorce años que una familia de grande lustre y riqueza, (y que en estos tiempos ha tenido en la guerra uno de los capitanes de caballos más afamados que hubo en Badajoz, el cual murió con merced de hábito y de Maese de Campo), pretendió el oficio de familiar del Santo Oficio para su casa, en la que había entonces dos señoras muy bien casadas: una con un caballero del hábito de Alcántara muy calificado, y otra con otro caballero de familia muy principal y extendida. Hiciéronse las primeras diligencias é informaciones corrientemente, mas faltó no se qué circunstancia, y fué necesario se hiciesen segundas diligencias.

Los interesados no supieron portarse con la cordura que era razón, hablando y ganando la voluntad de otra familia principal, con la cual tenían algunos disgustos; sino que dejóse uno de ellos decir: *No es necesario humillarnos á esa gente ruín, que no los tenemos menester para salir con nuestro intento.* Saben esto los contrarios, y en las segundas diligencias se opusieron declaradamente á la pretensión. Tomáronles sus dichos, y ellos fueron tan eficaces para dañar á los pretendientes, que les han empatado la pretensión todo este tiempo, y les han hecho gastar más de diez mil ducados, y andar discurriendo por muchas inquisiciones. Después de esto, habrá cuatro años que, un sacerdote de esta familia, que empató la pretensión de la otra, salió á pretender el ser comisario del Santo Oficio. Estos otros que estaban irritados y sentían vivamente, que estando ellos en ese estado, los contrarios saliesen con su intento, presentaron un memorial en la Inquisición de Sevilla, el cual fué bastante para empatar la comisiatura.

Son de tanta suposición estas dos familias, que estando ellas divididas, lo había de estar toda la villa, arrimándose unos á una parte y otros á la otra, ó por parientes, ó por amigos, ó por dependientes, y obligados con beneficios. Estaba toda la villa dividida; nadie se fiaba de otro, algunos metían cizaña, otros se arrimaban ya á una parte, ya á otra. Huían unos de otros, y en los corrillos y conversaciones no se hablaban ni comunicaban, y cuando llegó la misión estaban las dos partes que pretendían la comisiatura y familiatura en Sevilla, á promover su causa.

Fuera de esto había una sangrienta enemistad entre otras dos familias y cabezas principales de la república. Siendo uno de estos alcalde, sucedió un desmán contra un visitador del Arzobispo. Dió cuenta de ello el alcalde á la Audiencia; vino juez pesquisidor, y echóse la culpa á un caballero de suposición, por presunciones que hubo, siendo así que estaba inocente. Este caballero, echó la culpa de lo que padeció al alcalde,

y quedaron con mortal ojeriza, y se hicieron muchos tiros muy pesados. Estas eran las causas principales de los bandos de Constantina, fuera de otras de menor cuantía, que no refiero. Para conseguir el ajuste de estas paces, fuimos disponiendo los ánimos poco á poco con los sermones, introduciéndolos, primero en el temor de Dios; y además de eso, yo hablé á los cabezas principales que más resistían á la paz, primero por medio de personas celosas, y luego directamente, hallando no pequeña dificultad.

Tenía determinación de echar el sermón de enemigos el primer día de Pascua del Espíritu Santo; pero lo dilaté, esperando á que viniesen de Sevilla los dos contrarios, que estaban allá en seguimiento de sus causas. Fué providencia singular de Dios que el presidente de la Inquisición *motu proprio* les dijo tres ó cuatro días antes de Pascua: *Váyanse vuestras mercedes á su casa, que aquí no hacen falta*. Con que llegaron á Constantina víspera de Pascua. Parecióme era menester que oyeran un sermón fuerte de otra materia, que les dispusiese; y por eso, día de Pascua, por la tarde, eché un sermón de los más fuertes de la misión, el cual les hizo grande impresión. También hubo especial conveniencia, fuera de esta, en que no se predicase el primer día de Pascua, porque ese día no podía ser por la mañana, en que había sermón de tabla, que predicaba un fraile; y hubo especial conveniencia en que fuese por la mañana, para que quedase todo ajustado, sin que, con la oscuridad de la noche alguno metiese cizaña.

El dilatar más el sermón de enemigos, era enfriar la materia, y así lo eché para el segundo día de Pascua, por la mañana; y por empeñarlos y obligarlos á que nadie faltase, la tarde antecedente les hablé muy claro, diciéndoles, que se desengañasen, que estaba escandalizada toda la comarca de los odios de Constantina, y que el resistir á la paz era resistir al Espíritu Santo, que es espíritu de amor y de unión. Amenacé con la ira de Dios, á cualquiera que metiese cizaña, y quisiese impedir el ajuste de estas discordias. Exhortéles á que todos hiciesen oficios de ángeles, moviendo con sus consejos á todos los que estaban encontrados, á venir á este sermón; y dije que sería enemigo de la paz, quien huyese de oírle; é hice breve recuento de las paces que se habían hecho por medio de estas misiones en Extremadura. Fué esta prevención de mucha importancia, porque con eso no faltó nadie. La cabeza principal, de quien más temíamos, estuvo para salirse aquel día, con achaque de divertirse un poco en el campo; pero detúvole el pundonor y el qué dirán, y juntamente un amigo que, tomando la doctrina que dí, hizo oficio de ángel en persuadirle no faltase á este sermón.

Aquella noche una persona celosa, que me servía de interlocutor, me habló como totalmente desconfiado del ajuste, por la mala disposición que halló en aquel caballero; y todo esto lo permitió el Señor, para que campase más la eficacia de su palabra, y se echase de ver que esta había sido obra suya.

El lunes, pues, segundo día de Pentecostés, á la misa mayor, prediqué el sermón de enemigos. Para decirlo con más calor, celebré misa poco antes, á fin de que Cristo, nuestro bien, me calentase el corazón. En ningún sermón me he sentido tan movido interiormente. El evangelio y la oración de aquel día, eran nacidos para el caso; el evangelio es: *Sic Deus dilexit mundum*, etc. Introduje el sermón de enemigos diciendo que, habiendo recibido Dios tantas y tan grandes injurias del mundo, la venganza que tomó de sus enemigos, fué darle su Unigénito Hijo por redentor, maestro, etc., y que Cristo, nuestro bien, en su Evangelio nos pide imitemos esta perfección de nuestro Padre celestial.

La oración de aquel día es: *Deus qui Apostolis tuis Sanctum dedisti Spiritum, concede plebi tuae, piae petitionis effectum, ut quibus dedisti fidem largiaris et pacem*. En todos los sermones antecedentes habíamos echado una Avemaría por la paz, y así en la salutación, dije esta oración de nuestra madre la Iglesia, pidiendo al Señor diese efecto á los ruegos de tantas almas justas (hay en Constantina gran muchedumbre de mujeres que comulgan cada día, y son de conocida virtud, y no pocos hombres que hacen lo mismo), que le habían pedido y pedían la paz, y diese eficacia á mis palabras. Púseme para predicar aquel día una sobrepelliz con que predicaba un venerable sacerdote, natural de aquella villa, varón de rara virtud, llamado D. Sancho Castaño, la cual se guarda como reliquia; y pienso que desde el cielo alcanzó muerto para su patria, lo que no pudo alcanzar en vida.

Con esta prevención hice el sermón con la mayor energía que pude. Bien se echaba de ver, que los ánimos se iban moviendo; pues á la segunda razón que propuse, observó una persona que estaba al lado del caballero que más se resistía, que se le había demudado el semblante, y se había enternecido mucho. Rematé con un coloquio largo y muy tierno, con un Sto. Crucifijo en la mano. Estaba el auditorio suspenso y derramaban con silencio muchas lágrimas. Yo deseaba que prorumpiesen en alguna demostración exterior, y como yo lo deseaban todos; pero no tenían ánimo para vencer la vergüenza y el empacho natural, pues temía cada uno no hallar á su contrario con la disposición necesaria para salir bien de aquella acción.

Al fin del coloquio me movió Dios á que hiciese lo que no llevaba pensado; de repente se me ofreció un pensamiento de retirar el Santo Cristo hacia la escalera del púlpito, volviendo las espaldas de la imagen al pueblo. Yo no me acuerdo lo que entonces dije; bien sé que me hallé movidísimo, y que en nombre de aquel Señor les signifiqué no habían de ver su rostro, si no dejaban los odios, y se reconciliaban con sus contrarios. Bien se echó de ver por los efectos, que aquel había sido pensamiento del cielo; pues penetró de suerte los corazones, y compelió con tanta fuerza las voluntades, que dos señoras principales, las más agraviadas, y á cuyo linaje toca la familiatura defendida, sin poder contenerse, con los rostros encendidos con el fuego interior, que ardía en sus pechos, se levantan de sus asientos, y á voces piden las dejen pasar para echarse á los pies de un caballero enemigo suyo, que aqúeste año era alcalde ordinario. Van á voces pidiéndole perdón, mientras rompen por entre la gente (la una de ellas estaba casada con un caballero del hábito de Alcántara, que á la sazón se hallaba ausente). Con esto se conmueve toda la iglesia; levántase el caballero de su asiento, sale á recibir las con lágrimas en los ojos, corrido de no haberlas prevenido, y pídeles perdón con grandes veras.

Estaba el marido de una de estas señoras en el coro, y acompañado de algunos deudos suyos, viendo la acción tan heroica de su mujer, viene á echarse á los pies de sus contrarios y abrázanse tiernamente. El sacerdote cuya comisiatura estaba detenida, busca á sus enemigos, y éstos le andan buscando también, póstranse los unos á los pies de los otros, y todo es cruzar la iglesia de una parte á otra para buscarse, abrazarse y pedirse perdón. No se ven sino abrazos y humillaciones de postrarse unos á los pies de los otros; todos lloran y derraman copiosas lágrimas, unos de compunción, y otros de gozo y alegría. No se oyen sino suspiros, con que desahogan el corazón, que estaba oprimido de reprimir la vehemencia de los afectos que el Espíritu Santo había despertado en él. Interrumpióse la misa más de un cuarto de hora, por el ruido de los suspiros y sollozos, y por el movimiento de la gente que cruzaba la iglesia de una parte á otra.

Enterneciera á una peña ver lo que aquí pasó, y así no hubo en tan numeroso auditorio quien no se sintiera movido á llorar. El Espíritu Santo, que en otro tiempo bajó en lenguas de fuego sobre los apóstoles, parece descendió este día invisiblemente sobre todos los corazones de Constantina para abrasarlos y encenderlos en fuego de amor á Dios y al prójimo. La moción fué tan extraña, que todos la tuvieron por obra singular del poder de Dios, y se echaba de ver claramente

que el Espíritu Santo era el autor de todo. Una de estas señoras me contó después, que fué tan grande la fuerza con que se sintió movida al retirar yo el Cristo, para ir á echarse á los pies de aquel caballero, que aunque le pusieran por delante espadas desnudas y picas, para impedirle el paso, se entrara por ellas.

Yo estaba suspenso en el púlpito, mirando y admirando lo que pasaba, esperando á que se sosegasen para echar el sermón de la tarde; y aunque procuré hacer silencio, no lo pude conseguir, y así casi nadie percibió lo que dije al echar el sermón, aunque lo dije en voz alta. Bajéme del púlpito y fuí á abrazar á los caballeros, que con tanto ejemplo se habían reconciliado, alabándoles la acción; y aunque estaba muy sudado, me quedé en la iglesia hasta el fin de la misa, para asistir al *Te Deum laudamus* que se cantó á punto de órgano, en acción de gracias; y se repicaron las campanas de fiesta.

Habiendo visto el fervor de aquellas dos señoras, con presentarse á pedir perdón á sus enemigos, siendo ellas las agraviadas, me persuadí les había de premiar Dios acción tan heroica, con darles buen suceso, y así fué; pues después de cuatro ó cinco años, le tuvieron felicísimo. La primera vez que hice misión en la corte, conté esta acción al Sr. Inquisidor General, el cual quedó muy aficionado á aquellas señoras por esto. Ultimamente esta segunda vez que hice misión, (1674), visitando á su excelencia, la primera palabra con que me recibió, fué decirme: «ya aquellas señoras de Constantina, sus encomendadas de Vuestra Paternidad, han salido con lo que pretendían;» lo que fué para mí de sumo consuelo. Después me contaron, que estando enfermo el comisario Gomez, su contrario, el día que vino la nueva de la familiatura de los Cabrerías, se murió de pena.

No quedó enemistad en la villa, que aquel día no se ajustase; estaba pendiente la causa de tres muertes, y las partes que solicitaban el castigo, salieron del sermón á hacer el apartamiento delante del escribano, sin que nadie les hablase, perdonando los costos y gastos. Un mozo de grande resolución y valor, había esperado á un enemigo suyo veinte noches, para darle de puñaladas; y salió de este sermón tan movido, que estando su enemigo ausente cinco leguas de camino, las anduvo aquel día, á fin de echarse á sus pies, como lo hizo en efecto.

Una persona entendida y devota, hizo una lista de las enemistades y rencores más sobresalientes entre familias y casas honradas, que se habían compuesto aquel día, y contó hasta cuarenta y ocho. Las de menos nombre y de gente ordinaria no tienen número. No es enca-

recimiento decir, que más de seiscientas personas se pidieron perdón aquel día y se buscaron, yendo muchos de los agraviados á buscar á sus contrarios para echarse á sus pies. Persona hubo que, habiendo recibido de otra un agravio muy pesado, fué á buscar al que, le había afrentado y se echó á sus pies, diciéndole que le tuviese por su mayor amigo de allí adelante.

Fué de tanto ejemplo lo que pasó en este día, que habiéndose hallado presente un forastero, fué aquella noche á su lugar, y sólo con haberle oído referir lo que pasó en Constantina, se movieron tanto los que en aquel lugar estaban encontrados, que luego se buscaron para pedirse perdón y hacerse amigos.

Una señora de las más principales, y de más conocida calidad en Constantina, á quien habían levantado un falso testimonio en materia de honra, por el cual había padecido mucho detrimento su crédito y pudo peligrar su vida, salió del sermón tan movida, que se fué á su casa para desahogar el corazón delante de una imagen de Jesucristo, poniendo á sus pies aquellos agravios. Llamamos á su casa á un pariente suyo, autor de su descrédito, á que le pidiese perdón. Para prevenirla, entramos primero yo y un sacerdote, y hallámosla deshecha en lágrimas, ofreciendo á Jesucristo su deshonor, y perdonando por su amor á todos sus enemigos. Luego entró aquel caballero, pariente suyo, y le pidió perdón. Y porque esta señora no se comunicaba con otras, cinco ó seis, aunque por causa diferente que la pasada, le suplicamos viniese á la iglesia, para abrazarse con aquellas señoras, que la estaban esperando. Bajábamos ya á la iglesia, y las otras señoras, sin poder sufrir aquella dilación, no reparando ya en puntillos de honra, venían á su casa, con que se llenó el zaguán de señoras; todas las que se abrazaron y pidieron perdón con grandes veras.

No fueron estas amistades de cumplimiento, sino tan de corazón, que han quedado con grande unión y amor entre sí, comunicándose, visitándose y agasajándose. Un hidalgo de los que estaban más ensangrentados en los oídos, me dijo, que cuando en la iglesia llegó á abrazar á un caballero su enemigo, le había parecido un ángel, cuando antes le parecía un demonio. Y una de aquellas señoras, que hicieron la primera demostración, llamada D.^a Jerónima Cabrera, que es de gran capacidad y talento, y de mucha piedad, me dijo después: «Padre, todas las mañanas antes de esta misión, cuando despertaba sentía mi corazón apretado, cubierto de tristeza, y lleno de inquietud por estas cosas; y ahora despierto con el corazón tan dilatado, y lleno de gozo, que no lo puedo disimular; y me parecen tan bien los que antes no po-

día ver, que me asomo á la ventana por gozo que experimenta mi corazón cuando los miro, porque los amo como á mí misma, y esto tan de veras, que no se me da nada que salga ó que no salga el negocio; pues mi contento estriba en tener á Dios contento. Ya me parece que estoy en un cielo, y es para mí materia de singular alegría el hablar, saludar y comunicar á todas aquellas de quien antes huía; y quisiera haber recibido mayores agravios para tener más que perdonar por amor de nuestro Señor Jesucristo. El mismo efecto experimentó su hermana, llamada D.^a Catalina Cabrera, casada con un caballero del hábito de Alcántara; y todos los contrarios se hacen lenguas, alabando la acción de tales señoras, y reconocen por cosa cierta, que unicamente obraron por Dios, como á mí me consta claramente; y me persuado que aquel gozo se lo comunica el Espíritu Santo, que habita en sus almas y que en ellas se verifica lo del sabio: *Qui pacis ineunt consilia, sequitur eos gaudium* (1).

30. Quedaron todos tan alegres, que nadie puede disimular su gozo; los de entrambos bandos son uniformes en esto, y para toda la villa fué este día tan festivo, que no le saben dar otro nombre, que el día de la alegría, el día de la paz. La villa, para festejar estas paces, luego decretó hacer demostración pública, pasada la misión, y así determinaron se corriesen toros el día de S. Bernabé. Y el día que se fundó la congregación en la forma que en otras partes, todos convinieron que se le diese título del Espíritu Santo, y para fiesta se señalase el segundo día de Pentecostés, para memoria de este caso, y que todos los años en el sermón de ese día se hiciese mención de este beneficio de la paz.

Y para conservar más viva la memoria de cosa tan notable se hace un cuadro grande con S. Ignacio, Ntro. Padre, á mano derecha y S. Francisco Javier, á la izquierda, y en medio el Espíritu Santo, en forma de paloma, con un ramo de oliva en el pico (2). Abajo lleva un rótulo con letras de oro, que dice: Gloria al Espíritu Santo, autor de la paz de Constantina, segundo día de Pentecostés, año de 1668; añadiendo en otro renglón: *Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris*

(1) Prov. cap. XII, v. 20.

(2) Según carta de 9 de Octubre de 1901, del párroco antes citado, aun se conserva este cuadro, que está colocado en un altar de la iglesia de S. Juan de Dios; y aunque no recibe culto, está bien conservado. La iglesia está al cuidado de las Hermanitas Mercenarias encargadas del Hospital, en cuya iglesia está el cuadro del que me remite una fotografía, y otra de la población. No le falta al cuadro ni una tilde de las señaladas por el P. Tirso. Según el Sr. Párroco, es probable que ese cuadro lo llevasen al Hospital cuando trasladaron la parroquia á él, á causa de una obra muy prolongada que se hubo de hacer en la iglesia matriz. Véase apéndice núm. 4.

per Spiritum Sanctum qui datus est nobis (Rom 5); y en la orla alta del cuadro se pondrán las palabras de S. Juan, capítulo 2.º: *Quaerite pacem civitatis et orate pro ea ad Dominum, quia in pace illius erit pax vobis*. Este cuadro es para el altar de la congregación, por cuya cuenta corre el conservar la paz, y en la orla se pondrán las palabras de los Proverbios, capítulo 12: *Qui pacis ineunt consilia sequitur eos gaudium*.

El mismo día de este suceso, lo escribieron algunos caballeros de Constantina á Guadalcanal, Cazalla, Llerena y á Sevilla, adonde tienen noticias muy puntuales de todo lo que pasó, admirando el suceso. En Guadalcanal, con haber visto muchas cartas, no acababan de creerlo algunos caballeros, hasta que pasó por allí el vicario de Constantina y les refirió, como testigo de vista, todo lo sucedido.

Para conservar la memoria de esta misión, la congregación, en el libro adonde se escribieron las constituciones dando razón de su fundación, describe muy por menudo todo lo que pasó en la misión, el número de los sermones y los asuntos de ellos, los efectos que causaron y la moción que hicieron, y todo lo que hubo el día de las paces, para que los predicadores se aprovechen de estas noticias para el sermón de la congregación.

Nombróse por rector de la congregación al vicario, y por prefecto al administrador de millones, que es un caballero del hábito de Alcántara, llamado D. Fernando de Chavarri, natural de Navarra. El rector de la congregación con otros caballeros, después del sermón de los pobres, salieron á pedir por la villa para los pobres vergonzantes, y se juntó buen socorro. Pónese altar á nuestros santos.

La cabeza de los Gomez, que es la familia que hizo oposición á la pretensión de la familiatura de los Cabrerias, fué á Sevilla á echarse á los pies de los inquisidores, pidiéndoles, en nombre de toda su parentela, que amparasen la pretensión de los Cabrerias, dándoles un memorial, que puede ayudar mucho al buen despacho; yo lo dispuse y va de suerte, que sin desdecirse los ofensores, puede favorecer mucho á los ofendidos.

Concluída la misión de Constantina, iba á juntarme con el P. Guillén, que andaba en los Pedroches de Córdoba, y por falsa relación le fuí á buscar á Llerena; y habiendo tenido allí noticia, que iba caminando hacia Madrid, (la cual salió falsa, porque después se detuvo en dos lugares á hacer misión), me quedé en Llerena, por ser entrada ya la siega. Allí estuve un mes, desde 8 de Junio de 1668, hasta principios de Julio.

31. Vino á confesarse conmigo un hombre, díjome algunos peca-

dos, preguntéle si había dejado alguno por vergüenza, y si tenía encubierto algo que le diese cuidado, respondió con gran serenidad que no, y después que salió de mis pies, empezó á cabar en la pregunta que le hice y la conciencia á remorderle. No podía sosegar; lastimábase de no haber descubierto su pecho á quien le recibía con tanta benignidad y blandura. En fin, dióle en tan breve tiempo, tan gran batería nuestro Señor que sin poder contenerse vino deshecho en lágrimas á mis pies, sollozando por haber callado muchos años unos pecados muy feos, diciéndome lo que había obrado en su corazón aquella pregunta. Había más de veintinueve años que se confesaba sacrílegamente, y ahora lo hizo con grandísimo sentimiento de sus culpas y agradecimiento á Dios nuestro Señor, por haberle tocado el corazón y dado ánimo para decir lo que nunca se había atrevido á manifestar, dándome una cantidad que restituir á una persona. Yo hice llamar luego á la tal persona y le entregué la plata que él me había dado, sacando recibo.

Habiendo yo predicado en una ciudad el punto de la obligación que hay de echar las ocasiones de casa, vino á confesarse un eclesiástico, diciendo que toda aquella noche había estado temblando, sin haber podido pegar sus ojos. Tenía una mujer en casa, con quien pecaba, confesaba el pecado, y nunca había confesado aquella circunstancia, y esto no por malicia, sino por parecerle que bastaba llevar propósito de abstenerse de su comunicación. Obligúele á echarla, aunque no caía ya, sino muy de tarde en tarde. La mujer era principal, y no tenía fácil salida á otra parte; mas finalmente se determinó á ir á vivir con su hijo á reino diferente.

Estando para espirar una mujer religiosa en convento bien relajado, la cual había sido algunas veces prelada, estando otra religiosa en su celda, sintió que se había levantado un gran remolino y tempestad, y al mismo punto, sintió pasar como por encima del tejado un ruido como de coche, y oyó unos gemidos muy lastimeros; y conoció claramente ser la voz de aquella prelada, que al mismo tiempo acababa de espirar. No supo lo que aquello significaba, aunque sospechaba que aquella mujer, por ambición y por disimular correspondencias ilícitas, se había condenado.

En una villa de Extremadura en un convento muy religioso, había dos monjas amigas y de pocos años, que tenían sus divertimientos. Dábanse cuenta una á otra de sus cosas, queríanse mucho, y no procedían con aquel fervor que fuera razón. Murió la una de ellas de bien pocos años, que no pasarían de veinte y siete, y murió lamentándose de su temprana muerte, no dejando de la boca estas palabras: «*veinte y*

siete años no más y sin remedio, deseando servir á Dios Nuestro Señor.» Con sus palabras dejó aturdidas á todas. Su compañera, aunque por algún tiempo dejó algún divertimento que le hacía perder tiempo, volvió pronto á ser la de antes. La difunta entonces, se apareció á la prelada del convento, que es una gran sierva de Dios, y le dió un recaudo para que la tal se enmendara. No se atrevió á dar este recaudo, porque no pensase que era invención suya; pero de allí á algunos días, siendo mañana clara, yendo esta religiosa á tocar la campana y quejándose de que, habiéndose dormido no habían tenido caridad las religiosas para suplir su falta, vió estar una monja en el coro, y que delante de ella daba quejas. Al acabar de tocar la campana, vió que aquella monja venía hacia ella por el aire, sin poner los pies en el suelo, y que traía el hábito más blanco de lo que comunmente suelen, y oyó que le dijo las mismas formales palabras que le había mandado decir por medio de la prelada.

Con el espanto dió un terrible grito, á que acudieron las monjas. Quedóle tan impreso en el alma el aviso que le dió la difunta, que desde aquel día hizo una extraña mudanza, y se dió mucho al trato con Dios. Tuve yo mucho conocimiento en aquel convento, y habiendo este año estado allí de paso un rato, la superiora me dió cuenta de la aparición, y la religiosa me contó el caso, y quiso hacer conmigo una confesión general; pero no me pude detener. Los efectos y demás circunstancias manifiestan que Dios ha andado por aquí.

En Badajoz hicimos al fin de la misión el acto de contrición víspera de la Expectación, y habiendo llegado con él á la plazuela de S. Juan, al principio un hombre que estaba allí, empezó á enfadarse de que saliésemos con el Sto. Cristo. Habría quince años que este hombre callaba pecados, tenía oídos muchos sermones de misión, y aunque su conciencia le remordía, y se hallaba movido á confesarse, dejábase vencer del enemigo, y de un día para otro lo iba dilatando. Hizo el P. Guillén allí el acto de contrición, tomando por tema lo del Profeta: *Curavimus Babilonem, et non est sanata, derelinquamus eam*; y fué haciendo cargo á los que después de tantos desengaños se quedaban en su dureza, y no se habían aprovechado de tantas medicinas, y dijo, cómo á los tales los dejábamos, etc. Tocóle Dios el corazón al pecador en cuestión, y empezó á llorar hilo á hilo, y se hicieron sus ojos dos fuentes de lágrimas; acompañó al Santo Cristo todo el tiempo que duró la procesión, siempre llorando, y al día siguiente vino á confesarse muy dolorido.

32. Un hombre, habiendo cometido algunos pecados los más feos

que hay contra el sexto mandamiento, pareciéndole que quien había vivido como un bruto en las costumbres, merecía andar paciendo en el campo con las bestias, estuvo varias veces tentado de irse por esos montes á hacer penitencia, condenándose á sí mismo á comer yerbas como los brutos. Era casado, y solamente le detuvo el temor de que su mujer, siendo moza, se perdería, quedando sola. Oyóme en un lugar; vino después á confesarse, y encerrándose conmigo á solas en un aposento, me besó los pies con muchas lágrimas, diciéndome que para él no había sido hombre sino angel, y que Dios me había enviado para su remedio. Traía un Sto. Cristo. Confesóse con mucho dolor de los pecados que había más de cuarenta años que callaba. Era hombre en lo demás muy virtuoso; rezaba cada día quince tercios de rosario á varios santos, y todo lo encaminaba á que Dios le alumbrase, y así el Señor se compadeció de él.

Un hombre de ochenta y cinco años de edad, desde los catorce tenía unos pecados feísimos, que nunca había dicho, y en la misión, el día de la confesión general, confesó sacrílegamente como otras veces. Vino después á buscarme acusado de su conciencia, y ocho veces llegó á la puerta, y otras tantas le venció el enemigo para que se volviese. Finalmente, la noche antecedente á la mañana que vino á mis pies, estuvo desvelado clamando á la Virgen le ayudase, y con su favor se determinó á no pasar aquel día sin descubrir las llagas de su alma. Vino lleno de dolor, y con muchas lágrimas confesó todos sus pecados de setenta y un años que se confesaba mal; díjome que había estado doce veces sacramentado, y que la Virgen le había guardado hasta esta ocasión. Todos los días le rezaba, uno, dos y tres tercios del rosario, para que le diese aliento para confesarse; y le pedía con muchas veras le trajese ocasión oportuna; parecióle que esta era la que había pedido, y que para lograrlo le había conservado Dios la vida. Díjome, que muchísimas veces había ido con determinación de manifestarse, y que en llegando á los pies del confesor, le cerraban la boca y apretaban la garganta, sin poder abrirla para decir sus pecados. Hice concepto claro, que la devoción continua que este hombre tuvo con la Virgen, le sacó de esta miseria.

Una religiosa por más de veinte y seis años calló siempre sus pecados, haciendo maldades abominables. No podía reducirse á confesarse; mas oyóme una plática, y viendo lo que alentaba á los pusilánimes, dijo con su corazón: si no es con este Padre, no me confesaré con otro, con este yo propongo de descubrirme. Vino á mis pies con mucha determinación, pero diciéndome á la primera palabra: Padre,

tantos años ha que no me confieso bien, y ahora vengo movida; pero me cuesta mucha dificultad el declararme. Alentéla, confesóse y quedó otra. En medio de sus maldades conservó siempre gran devoción con la Virgen, y gran compasión de los pobres dando limosna, de lo que había menester para sí, y quitándose el bocado de la boca para socorrer á otros. Me decía, que aunque muchas veces se había hallado tentada á dejar las buenas obras, pues no merecía con ellas nada, con todo nunca tuvo ánimo para dejar la devoción á la Virgen ni la de los pobres, y por este medio el Señor le abrió los ojos.

Un hombre había cuarenta años que callaba pecados, y en este tiempo, oprimido con carga tan pesada, andaba lleno de una profunda melancolía, sin poder hallar descanso en nada. Muchas veces en los montes lloraba su pecado y pedía á Dios le diese ánimo para decirlo. Diez años continuos hizo oración á la Virgen, para que fuese su medianera y le trajese ocasión en que poder manifestarlos. Llegué al lugar donde vivió, y parecióle que la Virgen le había traído aquella ocasión; mas el demonio no dejaba de ponerle estorbos y apretarle con la vergüenza. Fué al monte á hacer leña, y oyó estas palabras con los oídos exteriores: «Hombre confiésate, pues tienes tantos pecados como días hay en el año.» Examinando su conciencia acerca de un pecado muy grave en que había caído muchas veces, halló que había caído trescientas sesenta y seis veces. El hombre vino tan compungido, que bien se echaba de ver, que la Virgen le había traído.

En cierta ciudad una mujer llegó á confesarse conmigo con tanta congoja y tan afligida, que no se atrevía á declararse. Le parecía que se había de afrontar su linaje, diciendo que era de gente principal, finalmente la pobre mujer trasudaba. El caso era, que hacía como dos años que se le había ofrecido un pensamiento muy sucio contra Cristo Sacramentado; duróle como veinticuatro horas con notable aflicción suya, pues reventaba de congoja por tal pensamiento. Fuése á Santo Domingo, y abrazándose con Ntra. Sra. del Rosario, le pidió la librase de aquel trabajo, é hizo propósito de rezar cada día la estación del Santísimo, con que se libró totalmente de él. Pero quedó persuadida que aquel pensamiento había sido una muy grave herejía. Creció su pena con ocasión de un sermón que oyó á un fraile el día que se leen los edictos, en que dijo, que con esas cosas de herejía no se había de ir á los confesores, sino á la Inquisición. Como ella pensaba que aquel pensamiento era herejía, parecíale que habían de afrontar á su linaje, y que la habían de castigar.

Cubriósele el rostro de vergüenza á la pobre señora, y no se atrevía

á parecer en público, pensando que sus pecados se leerían en el rostro. La aflicción era tanta, que algunas veces trasudaba de congoja, y temblaba tan fuerte, que le parecía se le desencajaban los huesos. En estos dos años padeció un terrible martirio, y cuando llegó á mis pies empezó á sollozar y á significar su aflicción y su vergüenza con tales palabras, que me costó no poco sacar en limpio lo que había sido. Al principio cuando yo la dije que aunque trajese herejías, no podía decir nada á la Inquisición, pensó que yo decía aquello para consolarla. Finalmente, cuando informado del caso le dije, que en aquel pensamiento ni pecado venial había cometido, y le expliqué la razón, empezó á respirar. Era una mujer muy honesta, y sino es los sacrilegios que había hecho en diez confesiones y otras tantas comuniones, con aquella conciencia errónea, apenas tenía cosa grave en toda la vida. Aunque en aquella misión no se hubiera hecho otro fruto, quedara yo muy consolado.

Un hombre callaba pecados que había hecho en la puericia, siendo de doce años; y fuera de los sacrilegios que cometió en las malas confesiones, en lo demás era de buenísimas costumbres. Cada día rezaba dos tercios del rosario á la Virgen, para que le sacase de pecado. Oyóme este hombre el primer sermón de la misión en Llerena; hablóle Dios al corazón por medio de él, y determinó confesarse; pero el demonio le ponía tantos estorbos, miedos y dificultades, que en toda aquella noche no pudo pegar sus ojos. Era hombre del campo, anduvo ocho días continuos en una batalla terrible; porque Dios le movía á confesarse, y el demonio le apretaba; sin poder dormir ni descansar en todo ese tiempo. Finalmente venció la gracia, alcanzada por intercesión de la Virgen; pues seis días después que me había oído, dijo: «Pues mañana domingo, aunque reviente, tengo de ir á confesarme con el Padre predicador.» Así lo cumplió, se confesó muy á su gusto, y reconocí que la Virgen le había alcanzado esta victoria.

Habiéndose predicado un sermón de enemigos, que conmovió grandemente, llegaron muchos á una mujer que tenía mortal enemistad con otra persona en materia de honra, sobre que había habido pleitos y viajes á Granada. Pidiéronle que perdonase; mas ella estuvo tan terca, que respondió á los que le hablaron, que no lo haría aunque se condenase. Aquella noche en sueños se le apareció Cristo nuestro Señor llagado, con semblante severo y triste. Despertó primera y segunda vez, y lo tuvo por sueño; volvióse á dormir, y tercera vez se le apareció con el mismo semblante. Despertando con la impresión de que aquel semblante severo de Cristo, era porque no había querido perdonar, empezó á

compungirse mucho de su dureza, y con esto se determinó á ir á buscar á su enemiga para ofrecerle el perdón. Ya había tomado el manto para ir á buscarle, cuando llegó el P. Guillén con él, y allí en su casa se reconciliaron. La noche siguiente al día en que hizo el perdón, se le apareció en sueños Ntra. Sra. de la Soledad, con quien tenía especial devoción. Llevaba en sus brazos al niño Jesús, el cual, mirándola con ojos apacibles, la echó los brazos en agradecimiento del perdón, que por su amor había hecho. Despertó gozosísima, y despierta asió con la mano al niño por el brazo por un breve espacio, y luego se le desapareció, y ella testifica que despierta le asió del brazo. Después de esto, con grande consuelo suyo, hizo el apartamiento ante escribano, arrojándose primero á los pies de un Sto. Cristo y diciendo: «Para que vos me perdonéis, Señor, perdono por vuestro amor.»

33. He hallado por experiencia que el decir: ¿Dime, por qué no te confiesas? —Padre, porque tengo un pecado muy grande del que es menester ir al Padre Santo. —Y tú ¿sabes cual es la herejía que está reservada al Padre Santo, ó á los inquisidores? —No. —Pues óyelo. *Haeresis est error voluntarius in fide cum pertinacia*, etc. Explico esto y digo: ¿Por ventura has tu negado algún artículo de la fe, etc.? Pues si no lo has hecho, no tienes el pecado de herejía, que pide el ir á Roma: ven, ven á mí, que no me espanto de nada, etc.; ánimoles mucho, y con esto vienen á desembuchar.

Un hombre que tenía pecados callados de veinticuatro años, llegó á mis pies, dando gracias al Señor porque le había traído á tanta dicha; pareciale que de ciertos pecados no había absolución para él, sino es en Roma. En los montes, siempre que se hallaba solo, lloraba su pecado y pedía á Dios misericordia, trayendo una losa sobre el corazón. Como me oyó, y vió lo que animaba, y por lo que dije, entendió que hallaría remedio, vino á confesarse con grandísimo arrepentimiento, y con tanta determinación de no volver á pecar más, que hablando de los juramentos, dijo: «Primero consentiré que me saquen todos los dientes, que volver á jurar.» Quedó como en el cielo.

Un hombre había veinticuatro años que no se confesaba, por andar rendido á los más horribles pecados en que se puede desmandar la humana flaqueza; y cada año había cometido más de ciento, escandalizando á setenta personas diferentes, á quienes enseñó la maldad é hizo caer en tan horribles delitos. Andaba como desesperado, persuadido de que no había remedio para él, sino en Roma, ó que su pecado se había de publicar. Como me oyó cuánto facilité esta materia, vino á confesarse y me dijo, que si yo no hubiera venido, nunca hubiera di-

cho su pecado. Tuvo muchas veces sueños horribos de que un rayo le partía, de que los enemigos le mataban, etc., y todos estos avisos no habían sido bastantes para reducirle. Tenía maña para hurtar cédulas de confesión en la semana santa, y era tenido por hombre virtuoso. Llegó á confesarse con gran dolor y determinación de hacer una gran mudanza,

En un lugar, un pecador lleno de horribos pecados, y que por espacio de veintiocho á treinta años, no sólo siendo soltero, sino aun siendo casado, caía cada día en un pecado feísimo, oyóme algunos sermones. Andaba deseoso de salir de esta desdicha; pero el demonio le hacía dilatarlo de día en día, hasta que oyéndome despedir para irme al día siguiente, se encomendó á la Virgen para que le diera aliento, y vino á confesarse con mucho sentimiento de tantas maldades, y con gran resolución de hacer una gran mudanza, pues Dios le había sacado del infierno.

En otro lugar, estando yo hablando á un sacerdote para entregarle un libro, en que había de escribir algo; por hacer calor, le dije que nos fuésemos á la sombra, detrás de la iglesia. El dijo: mejor será entrar dentro, y abrió la puerta. Entramos, hicimos oración, y allí mudé de determinación de no escribir por entonces, y al salir me llamó una mujer, que andaba barriendo la iglesia, y me dijo que me quería una palabra, y con lágrimas en los ojos añadió: Padre, Dios me lo ha traído aquí para mi remedio, porque con otro yo no me atrevería á confesar, y por estar impedida no he podido ir al lugar adonde V. R. ha estado; tres años ha que, de vergüenza de ciertos pecados, no me he atrevido á llegar á los pies de ningún confesor. Confesóse con grandes lágrimas, y eché de ver que el haber ido yo á aquel lugar á pie, y el haber entrado en la iglesia, con ocasión de escribir lo que tenía que poner en el principio de un libro, lo había dispuesto Dios con singular providencia para la salvación de aquella alma.

En Cazalla un hidalgo sacó una mujer casada de casa de su marido; estuvo con ella amancebado á mesa y cuchillo, teniéndola en casa, y hacía pocos meses que su marido se había muerto. Llegó la misión á aquella villa, y después que llegamos, todavía vivían juntos, aunque no pecaban. De un sermón en que saqué la calavera, salió la mujer tan movida que, arrodillándose delante de un Sto. Crucifijo, le ofreció el dividirse de aquel hombre, aunque se le partía el corazón en dejarle. Era de veinticuatro años, y antes de venir á confesarse se había apartado de él, y se fué á vivir con su madre.

Un hombre había tres años que no se confesaba, porque otro tanto

tiempo había que andaba buscando á otro para matarle por haber agraviado á una hija suya, y deseaba encontrar ocasión de verle en parte donde no hubiese registro; y por no dejar esta determinación, no llegaba á los pies del confesor. Oyó dos ó tres sermones, y vino á confesarse con mucha compunción de su pecado.

También vino á confesarse una doncellita de once años, de tan buena inclinación á la virtud, que pagado de ella la dije, que á su madre, por ser su madre, la confesaría. (Era el caso que andaba tan rodeado de mujeres que venían á confesarse que muchas tenían que esperar seis y siete días sin que les tocara la vez), y fué esta una providencia singular, porque la niña se lo dijo á su madre, y ella con esto se alentó á descubrir su pecho. Era una mujer bonísima en lo demás y muy honesta; pero había algunos años que el demonio la afligía con unos pensamientos de blasfemia contra Dios, y con ponerle en la imaginación cosas muy inmundas contra la hostia y contra el cáliz y la Virgen. La pobre mujer vivía en un martirio, y le parecía que aquellas eran unas terribles herejías de las cuales nadie la podía absolver, sino el Padre Santo. Vino con ocasión de lo que yo dije á la niña, diciéndome que era la madre de la niña. Quedó sumamente consolada, y yo lo quedé no poco por ver libre de tanta miseria á mujer tan virtuosa en todo lo demás.

34. En Abril de 1668 en la misión de Guadalcanal encargué el rosario del acto de contrición, diciendo en lugar del Avemaría, la substancia del acto de contrición en breves palabras. Como fruto de esta recomendación, una mujer, después de haber oído muchos sermones de la misión, se confesó en ella sin atreverse á confesar un pecado que había callado muchos años. Deseosa de salir de tanta miseria, hacía oración á Dios y tomó la devoción de rezar el rosario del acto de contrición, y habiéndole rezado con el mayor fervor que pudo, una noche tomó una recia disciplina hasta derramar sangre; y pidiendo á Dios misericordia, y estando tomando disciplina, oyó con los oídos exteriores del cuerpo, estas formales palabras: «Confiesa ese pecado, que siempre has callado;» las cuales se le imprimieron tan vivamente, que se volvieron sus ojos en dos fuentes de lágrimas y no paró hasta venir á los pies de uno de nosotros, Llegó á los del Padre Andía, y le dijo que si no es con su Reverencia ó conmigo, fuera imposible manifestarse. Quedó con suma paz y consuelo, y en confirmación de que aquella voz fué verdadera, refirió que al mismo tiempo que ella oyó la voz, sintió ruido una muchacha que estaba cerca del lugar donde tomaba disciplina, y se estremeció aunque no oyó la voz.

Vino á confesarse con mi compañero el P. Andía un hombre, el

cual le refirió el caso siguiente: Estando él con una mala compañía, una noche á deshora sintió que abrían la puerta del aposento. Sobresaltóse, y vió delante de sí á un gatazo horrendo, el cual le miró con unos ojos terribles, lo que le atemorizó no poco. Creció el susto, porque saltando aquella fiera sobre la cama, le enroscó la cola en las piernas, causándole gran dolor. De esto y del susto y congoja, llegó á estar tan malo, que se confesó para morir y le dieron el viático. Cuando se vió con aquella fiera asióse de un Sto. Cristo, y aquella fiera desapareció, quedando el hombre desmayado, y con este aviso enmendado.

Llegó á confesarse con un clérigo ignorante un pobre hombre labrador, que habiendo otros hurtado una vez un castrón, le convidaron á comer de él. Comió como dos libras, confesó esto por un gran pecado, y el confesor le dijo que no le había de absolver, si no le traía allí el dinero de lo que valía la res, para decirlo de misas por el dueño. El pobre hombre dijo que daría su parte luego; pero estuvo duro el sacerdote en no quererle absolver, hasta que fuese á los otros dos y juntase todo el dinero. Fué en efecto, y ellos no pudieron ó no quisieron pagar; y como él no tuviese para pagarlo todo, no lo quiso absolver aquel confesor ignorante, siendo así que este pobre hombre no intervino en el hurto. Con esto concibió tanto miedo á decir este pecado, que se confesó muchos años sin atreverse á manifestarlo. Era un pobre que pedía de puerta en puerta, y estaba abrasándose de congoja, y habiendo oído lo que yo animé á decir los pecados, vino á confesarse con muchas lágrimas, diciendo que Dios nos había traído para su remedio, porque él no se atreviera á decir aquel pecado con otros. Halléle de bonísima conciencia, y que en todo ese tiempo no había hecho pecado mortal, sino los sacrilegios de las malas confesiones, ocasionadas de la ignorancia del confesor.

Una mujer cayó en algunas flaquezas antes de casarse, por haberle hecho violencia un padrasto suyo, casóse luego, y en los setenta años después del caso, no se atrevió á confesar su pecado, siendo tan buena en lo demás, que no tenía otro pecado mortal que los sacrilegios ocasionados de la vergüenza. Cayó tan grande tristeza en su corazón por estos pecados, que le dió mal de corazón, de pura melancolía. Había más de un año que ayunaba dos días en la semana, para que Dios le sacase de aquel pecado; y en el primer sermón que oyó, cayó desmayada de congoja y la llevaron á su casa como muerta. Si nosotros no hubiéramos venido, no se hubiera atrevido á manifestarse. Confesóse con grande consuelo suyo y mío.

Una doncellita de trece para catorce años, una mañana antes de

levantarse vió en la cortina de la cama un retrato de una tía suya como que la llevaban á enterrar; vióla con un hábito de S. Francisco, metidas las manos en la manga, y cubierta la cabeza con una toca de seda. Atemorizóse, dijolo á su madre, riéronse todos, porque á la sazón estaba la tía buena y sana, y les parecía disparate el ir con hábito de S. Francisco y toca de seda; pero dentro de cinco días dió á aquella señora el mal de la muerte, y las personas que asistieron, al meterla en la sepultura, ó en el ataúd, testificaron que iba en la forma en que la muchacha la vió. La madre de la niña concibió gran temor, porque, estando en la cama, se acordaba frecuentemente de lo que su hija vió allí, y vino á confesarse conmigo. Sucedió esto en Cazalla.

Un hombre desalmado, que había siete años que no se confesaba, y lo restante de su vida, desde los quince hasta los cuarenta y cuatro años, siempre había callado los pecados; jurador, blasfemo, perdido en el vicio deshonesto, y por muchos años, que cada mes había cometido sesenta pecados de malicia, habiendo ido á Cazalla, sólo de ver la compunción con que estaba la gente, trató de enmendar su vida, y después de la misión de Constantina se confesó. Y el que antes caía cada día, en más de veinte y seis días se abstuvo de pecar, sólo por ver la gente de Cazalla tan movida.

En cierto lugar un mozo se movió tanto con el primer sermón de la misión y con el acto de contrición, que propuso firmemente de no volver á pecar más, y acudió á todos los sermones con mucha compunción. Después de todo este desengaño, encontrándose una vez delante de la persona con quien antes había caído, volvió á pecar, y le castigó Dios visiblemente; pues habiendo pecado, luego al punto se sintió herido de una enfermedad de que murió dentro de los ocho días. Confesóse y dijo, que desde aquel día que pecó se sintió malo, siendo así que estaba bueno y sano, y en el pecar no tuvo exceso. Parece que con aquel pecado llenó la medida. Habiendo en un lugar oído un hombre la misión, y callado por vergüenza los pecados, después fué á otro lugar, distante de allí tres lenguas, sólo á confesarse. Sucedióme este año hacer en una mañana veinticinco confesiones generales de necesidad, en otra veinte y cinco, y en otra treinta y ocho.

CAPÍTULO SEXTO

Cuarto año de las misiones del P. Tirso 1668 á 1669.

SUMARIO: 1. Ministerios durante el verano. De camino para Granada pasa por Guadalcanal, Constantina y Segura de León.—2. Sale en Octubre de Granada á misionar en Alcalá la Real.—3. Pasa de allí á Castillo.—4. Predica en Pinos y misiona en Motril, donde se hacen unas famosas paces.—5. Misiones de Granada, Morón y Sevilla.—6. Sepáranse los PP. Tirso y Guillén, y misionan en Osuna, Antequera, Marchena, Cañete la Real, Ronda y Archidona.—7. Medios empleados en estas misiones: Acto de contrición.—8. Ejercicios nocturnos para sólo hombres.—9. Cooperación de los Prelados, Cabildos y Religiones.—10. Concurso á las doctrinas, y moción en los sermones.—11. Fruto extraordinario en confesiones y comuniones.—12. Devoción á S. Ignacio, y favores obtenidos por su mediación.—13. Fruto hecho en los conventos de monjas.—14. Nuevas congregaciones. Conversiones raras.—15. Reforma que se hace en la predicación.—16. Vicios y escándalos que se corrigen.—17. Perdón de agravios.—18. Paces de Motril.—19. Famosos bandos de Almuñecar y Morón, y su composición.—20. Casos que pasaron por mano del P. Tirso y otros sucedidos en Sevilla.

FUENTES HISTÓRICAS: 1. Diario del P. Tirso.—2. Carta-relación de los sucesos de este año de 1668 á 1669, enviada por el P. Guillén á 16 de Julio de 1869 al M. R. P. General Juan Pablo Oliva. Ms.—3. Papel del H. Juan Acacio al P. Tirso, escrito en Julio de 1669, donde se apuntan algunas conversiones notables que se hicieron en Sevilla. Ms.

1. Concluida la misión de Constantina el día 8 de Junio de 1668, me retiré á Llerena, en donde aquel mes hice algunas pláticas en la iglesia mayor después del rosario, y otras en Sta. Ana á las monjas, que quedaron muy fervorosas de la misión. Después, por hallarme mal de salud, me retiré á Fregenal en donde estuve hasta fines de Julio, en cuya fecha el P. Francisco Cachupín, Visitador de Andalucía, que se hallaba en Granada, con ocasión de haber de venir el P. Manuel Lara que estaba en Fregenal, á ser procurador de Granada, é irse de Granada otro en su lugar, me envió una mula para que viniese con él.

Pasé por Guadalcanal y Constantina, y en una y otra parte predi-

qué. En Constantina fué mi llegada á tiempo oportuno para confirmar la paz; porque se estaban haciendo nuevas informaciones para la comisiatura del clérigo del bando de los Gomez, y sirvió mi llegada para que los Cabreran estuviesen firmes, y dijesen en su favor.

Fué providencia divina muy singular el haber salido de Llerena para Fregenal. Porque el P. Guillén, luego que llegó á Madrid el nuevo Provincial, P. Ginés de la Puente, le forzó á entrar á ejercitar el oficio de secretario suyo, antes de tener respuesta de Roma. Y en Castilla, luego que supieran esto, el Provincial me hubiera mandado volver á mi provincia, á no haberse prevenido el P. Visitador con traerme á Andalucía, por haberme ido á Fregenal, que es de su jurisdicción. Después que estuve en Granada tuve en efecto esa orden; pero quiso Dios que entonces ya había venido la de nuestro P. General, para que el P. Guillén prosiguiera conmigo el ministerio de las misiones.

Al salir de Fregenal, vinimos á decir misa á una villa, distante de allí dos leguas, llamada Segura de León, víspera de la *Porciúncula*. Dije misa en un convento de monjas, é instáronme los presentes para que les hiciera una plática. Hícela, y después nos pusimos á confesar; y eché de ver que aquella plática fué efecto de la predestinación de algunas almas, que jamás se confesaran de ciertos pecados, si no me hubieran oído; y eso que habían visto misión allí algunas veces.

Existían en Segura de León ciertos bandos y encuentros, de que se temían graves daños. El Corregidor y el Vicario me pedían que me detuviese dos días siquiera para remediar esos males. Detúveme uno sólo, y en él prediqué por la tarde el sermón de enemigos, en que se movieron tanto, que uno, pidiendo perdón á voces, interrumpió el sermón, al fin del que se abrazaron todos; y en tan breve tiempo se consiguió la paz. Por la noche hicimos el acto de contrición, con que les dejamos dispuestos para ganar al día siguiente el jubileo, y nosotros nos partimos á las dos de la mañana.

En Granada, á donde llegué día de S. Lorenzo, hice misión aquel verano en el convento de Sta. Isabel la Real, y algunas pláticas á las recogidas, y otras por orden de la Inquisición, á los penitenciados por el Santo Tribunal, los cuales vivían juntos. Por principios de Octubre, mientras llegaba el P. Guillén á unirse conmigo, salí á misión á la ciudad de Alcalá la Real, distante de Granada ocho leguas, y á la villa del Castillo, que es de la jurisdicción de Alcalá.

2. Llegamos á esta ciudad para dar comienzo á la misión, víspera de S. Francisco. Apeámonos en el hospital, y después de haber besado la mano del Sr. Abad, y pedídole su licencia, me fuí á decir mi-

sa al convento de la Consolación, que es el de la Orden Tercera de la Penitencia de S. Francisco. El Ministro del convento tenía noticia del ministerio en que andábamos, por habérselo dicho un caballero de allí, llamado D. Pedro Viezma, que nos oyó en Fregenal, y me pidió viniese á Alcalá la Real.

Después de misa, convidónos á comer, y nos ofreció posada, y esto antes que hubiera recado del Sr. Abad en que le pedía lo mismo. Túvonos, pues, hospedado en su convento con grande agasajo, y nos dió su iglesia para predicar, por ser la más á propósito de la ciudad; porque la mayor estaba en una eminencia muy alta á donde se sube con grande trabajo.

Para publicar la misión salí con el acto de contrición por las calles, acompañándome el P. Arjona con algunos religiosos. El Padre, como no había visto este ejercicio, iba temblando del suceso; pero luego que vió la devoción que llevaba la gente, y lo mucho que lloraron al primer acto de contrición y al último, quedó con grande aprecio de este ejercicio. Allí convidé para el día siguiente por la tarde á una doctrina que salió del convento de los Padres Terceros, y se terminó en la iglesia mayor, en donde prediqué el primer sermón, con tanto concurso, que no cabía la gente en la iglesia.

Se predicó los demás días, abajo en la iglesia del convento; y el último, en que terminamos con una doctrina, á que acudió toda la gente de la ciudad, fué necesario ir con ella al convento de los capuchinos; y predicar en aquellos llanos á más de siete ú ocho mil personas. El día de la comunión general, ó jubileo de las doctrinas, se gastaron cerca de ocho mil formas. Para las confesiones, ayudáronnos con grande aplicación aquellos buenos Padres.

Fuera de la primera vez, salimos otras dos con el acto de contrición por las calles, habiendo en ellos inmenso concurso de fieles. Ayudábannos los religiosos á echar las jaculatorias, y á hacerlo; y á instancias suyas se tuvo este acto la tercera vez, porque quedaron tan gustosos de la segunda, que querían se repitiese muchas veces. El vicario del coro, que tenía grande voz, se moría por echar jaculatorias y hacer el acto de contrición. Hizo gran riza el ejemplo de Pelayo que conté al final del acto último. El fruto en lo interior de la conciencia fué grandísimo, pues tuve mañana de cincuenta y tres confesiones generales de necesidad.

No había bandos en esta ciudad; así que en materia de perdón de enemigos nada sucedió especial, fuera del perdón de dos ó tres muertes, y de algunas reconciliaciones de personas encontradas. Por haber

en aquella ciudad Escuela de Cristo, no hubo disposición para fundar congregación; mas persuadí á la dicha Escuela el que tomase por su cuenta el ejercicio de la disciplina, lección espiritual y rosario. El señor Abad hizo altar á S. Ignacio, porque yo se lo supliqué.

El vicio de jurar quedó muy enmendado. Blanqueáronse algunas partes de la ciudad, y se pusieron en ellas los rótulos contra juradores; y un religioso de los Terceros, salió en dos noches á pintar ó escribir uno enfrente de su convento. También quedó bien entablado el jubileo de la comunión general.

Al mismo tiempo que en la ciudad, hice misión en un convento de monjas Trinitarias, sujetas al Abad, las cuales quedaron muy aprovechadas con las cinco ó seis pláticas que con ellas tuve. Las monjas de otro convento que hay de dominicas desearon grandemente el que fuese allí; pero el Prior, á quien están sujetas, no quiso dar licencia.

Conservóme Dios el pecho y la salud en medio del mucho trabajo. Un día de fiesta prediqué por la mañana contra las ocasiones próximas, y por la tarde el sermón del infierno, sacando el alma condenada, con que se movieron muchísimo. Además de parte de noche hicimos el acto de contrición por las calles, y concluí con un ejemplo; y después de tanto gritar, al fin tenía la voz tan entera como al principio.

Sucedió aquí una cosa particular en el concurso del acto de contrición. Una niña de siete á ocho años salió á ver lo que pasaba; perdióse, y un hombre la cogió y llevó debajo de la capa fuera de la ciudad, no se sabe con que designio. Lloraba la niña, y él la acallaba diciendo que allí vendría su madre. Esta y su abuela, echándola de menos, vinieron al convento á ver si acaso se había quedado dormida en la iglesia; y no hallándola en ninguna parte, estaban afligidísimas. La abuela, que es sierva de Dios, la encomendó á S. Antonio con muchas veras, y vino á la iglesia á hacer oración; y allá, cerca de las diez ó las once de la noche, vino la niña á casa.

El dejar aquel hombre á la niña fué debido á que ésta, porque en el campo perdió un zapato, empezó á gritar que quería buscarlo, y entonces él atemorizado la soltó. Al soltarla el hombre, se hizo presente una mujer que la tomó y trajo de la mano hasta la calle, y luego desapareció, sin que se pudiera averiguar qué mujer había sido aquella. Se dijo aun más; se dijo que, teniendo aun el hombre á la niña debajo de la capa, se le llegó la mujer y le habló así: «¿Qué hacéis ahí con esa niña?» y luego tomando á ésta de la mano, se la quitó y trajo á la ciudad, en lo que convienen todos, y todos tuvieron por singular favor del cielo.

3. De Alcalá pasé á la villa del Castillo á hacer misión cuatro ó cinco días. Llevé conmigo tres religiosos de la Tercera Orden, de los que nos habían hospedado; y después fué el Superior con otro compañero y con el P. Arjona, á ayudarnos. No es creíble el fruto que se hizo en pocos días. Empezamos con el acto de contrición por las calles, y lo repetimos otro día. No cabía la gente de pie en la iglesia, y fué grande la moción que hubo.

Del sermón de enemigos salieron tan movidos que, habiendo sucedido un año había cierta muerte que hizo un caballero de Alcalá, el padre y un hermano del muerto jamás habían querido perdonarle por más medios que se habían aplicado; y ahora de este sermón salieron á buscar á su enemigo (que había ido de secreto allá por si podía hallar lugar de echarse á los pies de los agraviados), y ofrecerle el perdón. Encontrándole, le abrazaron é hicieron apartamiento ante escribano. Fueron tantas las enemistades que se compusieron, que un sacerdote llenó medio pliego con la lista de los más sobresalientes. Los muchachos, viendo lo que pasaba, quisieron también cooperar á la función del perdón de los enemigos; y porque dos habían reñido, se juntaron otros muchos, y los carearon é hicieron que se abrazasen y pidiesen perdón.

Quitáronse muchos amancebamientos escandalosos. El día que hicimos el acto de contrición dije en el camino: «¡Ay, que me da el corazón que está aquí alguna alma que se ha de condenar, si no hace presto frutos dignos de penitencia!» Llegó á este mismo tiempo á meterse en la procesión un amancebado de más de veinte años, é hiriéndole aquellas palabras el corazón, pareciéndole se decían por él, asombrado de temor, vino á hacer con muchas lágrimas una confesión general.

Fundóse allí una lucida congregación, con rosario todos los días, lección espiritual todas las fiestas, comunión de comunidad todos los meses, y disciplina en los viernes del año y en tres días de cada semana durante la cuaresma. Decíanme, que aquel no era lugar de rosario cada día, mas yo insistí en ponerlo; y tres meses después de la misión estuvo conmigo un caballero de la villa que me dijo, que casi se llenaba diariamente la iglesia á la hora del rosario. Gastáronse como dos mil formas el día de la comunión general, y *propotione servata* fué mayor el fruto del Castillo, que el de Alcalá.

4. De vuelta de la misión, sentí en Granada el pecho malo, sin saber por entonces á qué atribuirlo; mas después reparé que nacía de la falta de sueño que tuve muchas noches, y del demasiado trabajo de predicar y dar voces. Llegó el P. Guillén á Granada, y por no haberse

podido disponer para entonces la misión de esta ciudad, porque el señor Arzobispo lo tomaba friamente y estaba en el convento de la Cisma, distante una legua de Granada, nos determinamos á ir antes á Motril, que se estaba abrasando en bandos.

Fuimos de Granada á hacer noche á una aldea llamada Pinos, que está dividida en dos barrios, muy, distantes el uno del otro y de muy mal camino intermedio. La iglesia está en el barrio bajo, y nosotros nos apeamos en el alto, que está camino de Motril. Deseosos de hacer el acto de contrición aquella noche, buscamos al cura, y estaba fuera; buscamos al sacristán, y nos dijeron que se hallaba en el barrio de abajo. Por ser de noche y el camino muy quebrado, después de mucho trabajo, no lo encontramos.

Finalmente, viendo que el lugar no era capaz de esta función, convocamos la gente que pudimos del barrio bajo, para hacerles una plática en una ermita que hay en el barrio alto, á la que concurrió no mucha gente, por no oirse la campana de la ermita allá abajo. En la plática convidámoslos á que fuesen á Motril, y confesamos después alguna gente. A la vuelta logramos mejorar el lance; porque vinimos de Motril á hacer noche allí, y á tiempo los convocamos en la iglesia, y en ella les hizo el P. Guillén una plática; y aquella noche y á la mañana siguiente estuvimos confesando largo rato, de suerte que en la comunión se gastaron ciento setenta formas.

Llegamos á Motril víspera de Todos los Santos. El Colegio de Granada tiene obligación cada tercer año, de hacer misión en aquella ciudad; y así el gasto corre por cuenta de la Compañía. Acompañónos el P. Francisco de Amayuelas, que estaba leyendo gramática en el Colegio de Granada, y luego entró á hacer oficio de ministro de él. Este Padre cuidaba del gasto. Hospedámonos en una casa honrada, cerca de la iglesia mayor, propiedad de un sacerdote llamado D. Matías de Lará, que á la sazón estaba en Grañada, y tenía en ella un casero. Empezamos la misión con el acto de contrición por las calles, que no hizo mucha impresión, aunque extrañaron el modo de los misioneros, y echaron de ver que esta misión era diferente de las pasadas.

Faltábannos á los sermones algunos de los caballeros más metidos en los bandos, y exhortamos á todos desde el púlpito, á que viniesen á oír la palabra de Dios, ponderando cuan escandalizada estaba Granada y todo el reino de los bandos de Motril. No bastando esto fuimos á buscar á su casa á los principales, diciéndoles que el no asistir á estos sermones, era profesarse enemigos de la paz; y que siquiera por el decir de las gentes debían acudir. Con esto obtuvimos el que fuesen.

Los bandos eran sangrientos, y su origen fué, que pretendiendo un hábito cierto caballero de la familia de los Cárcamos, al tiempo que se habían de hacer las informaciones, les dijeron no sé que chisme, de que D. Antonio Canisia, caballero principal, había hablado con desestimación. De aquí que se desafiaron, y en la demanda quedó muerto el Don Antonio Canisia, caballero muy ajustado y sumamente amado en la ciudad, cuando el matador era aborrecido y mal visto. Con esto la parentela del muerto, que comprende todos los Cerratos y otros muchos, quedó sumamente opuesta á los Cárcamos, con quienes estaban enlazados los Bellugas, Vargas y Fonsecas; y así hizo fuerte resistencia á un hábito y una *familiatura*, que pretendieron.

En esta ocasión vino un juez de parte del Rey para averiguar lo que se usurpaba á S. M. en los azúcares, con amplia facultad de castigar y dar nueva forma. Así las cosas, entraron unos embozados en casa de este juez, y le quitaron la vida. En las informaciones de este delito, los Cárcamos, Bellugas y Vargas, como estaban ofendidos en sus pretensiones, depusieron contra muchos de la parte contraria y contra otro. Fué el negocio tan pesado que costó más de 80.000 ducados, y algunos caballeros estuvieron á pique de que les costase la cabeza.

Por otra parte los cabos de la milicia, que siempre asiste allí, estaban divididos, favoreciendo unos á los de un bando y otros á los del contrario. Fuera de eso, la milicia estaba encontrada con la ciudad, sobre los asientos de la iglesia, huyendo el Corregidor de concurrir con D. Bartolomé de Velasco, gobernador de las armas. Por fin la clerecía estaba por lo mismo opuesta con la ciudad, que en odios y divisiones era retrato del infierno. De aquí que los superiores de las religiones no se atreveían á visitar á nadie; porque entrar en una casa, era lo mismo que hacerse sospechoso á los de la parte contraria.

Fuimos apretando en la misión, y disponiendo los ánimos, ya en el púlpito, ya en las conversaciones particulares, para que hiciesen alguna demostración pública. De quien más temíamos era de D. Bartolomé de Velasco, gobernador de las armas, que estaba con notable odio con D. Ramón de Campos, capitán de caballos, á quien falsamente habían acumulado, que se había hallado en la toma de los papeles. Echamos para día determinado el sermón de enemigos; y aquella tarde, dos horas antes de predicarle, vino el Corrector de los Mínimos á persuadirnos no pretendiésemos la comunicación entre muchas de aquellas familias; porque eso había de ser origen de mayores pesares. Ni les obligásemos á carearse con sus contrarios; porque no se perdiesen todos. Respondimosle lo que era razón.

Concurrió al sermón toda la ciudad con la expectación de la paz: y lograda ésta del modo conmovedor que refiere el P. Guillén en su carta, (1) celebróse una fiesta en Ntra. Sra. de la Cabeza, que es una imagen fuera de la ciudad, de mucha devoción. Hubo sermón, y en la fiesta se hallaron unidos todos los que antes andaban encontrados. Perdonáronse más de veinte muertes con el ejemplar de lo que pasó en la iglesia; y hubo otras muchas cosas, en las cuales no me detengo por haberlas tocado el P. Guillén.

Concluyó la misión de Motril con una doctrina desde la iglesia mayor á Ntra. Sra. de la Cabeza, con el mayor concurso que allí se había visto, y después de eso el P. Juan Gabriel se partió á Almuñecar con el P. Amayuelas; á misión. Yo entre tanto me quedé en Motril para fundar la congregación y concluir otras cosas. Esta fundación me dió más trabajo que la misión, y para ello hubo muchas juntas.

Existía allí una hermandad de la caridad, compuesta de la nobleza, que estaba algo caída. Algunos pretendían, que la congregación se uniese á esta hermandad; mas yo insistí en que no, logrando finalmente que se fundase una congregación distinta con el título del Espíritu Santo, compuesta del brazo eclesiástico, militar y político, uniendo á los que estaban tan discordes. En un día de fiesta, hicieron su incorporación solemne con una fórmula muy devota que leía el presidente, estando patente el Santísimo, y que todos iban repitiendo en voz alta. Entre otras cosas, ofrecieron en ella muy de veras el conservar la paz.

La congregación es de mucho ejemplo, pues salen todos los congregantes por turno á pedir limosna con sus capachas [*espuertas de palma ó esparto*] al hombro. El primero y más puntual es D. Bartolomé de Velasco, gobernador de las armas, el cual tenía natural fortísimo, y antes de la misión era como un león, y después de ella quedó como un cordero.

El brazo militar ofreció poner un cuadro grande á S. Francisco Javier; y la ciudad otro igual á S. Ignacio, debajo del dosel del altar mayor de la iglesia principal. Exhorté á que erigiesen una hermosa cruz de piedra con un santo crucifijo á un lado, y estas palabras: *Pacem meam do vobis*; y el Espíritu Santo al otro con estas: *Posui fines tuos pacem*. Para esto se salió á hacer una demanda, juntándose cerca de dos mil reales. La congregación quedó encargada del cuidado de esta obra, cuyo importe pasa de quinientos ducados.

5. La misión de Motril hizo grande eco en Granada, y así ganó

(1) Véase el núm. 18 de este mismo capítulo.

las voluntades de suerte que, con un memorial que presentamos al Cabildo, nos dieron licencia para que hiciésemos misión entre los dos coros de la santa Iglesia, cosa que los Padres de casa tenían antes por muy dificultosa de obtener. Comenzóse el primer domingo de adviento esta misión de la Catedral, donde se prosiguió toda la semana. Otra se tuvo en nuestro Colegio, otra en S. Matías, otra en S. Ildelfonso, y la última en la Colegial de S. Salvador. El fruto y orden de esta misión púsole el P. Guillén en su *Relación*.

De Granada pasamos á Morón de la Frontera, diócesis de Sevilla, á mediados de Enero, por desearlo el Sr. Arzobispo, D. Antonio Payno, para que compusiésemos los bandos reñidos que había en aquel lugar, que será de dos mil vecinos. Estuvimos en Morón tres semanas, y el suceso fué tan feliz, que nos introdujo con crédito la misión de Sevilla, adonde nos llamó su Ilustrísima. Dióse principio á esta misión en la dominica de Septuagésima por Sta. Ana de Triana, parroquia de tres mil vecinos, que está de la otra parte del Guadalquivir. Duró allí once días; y desde el Miércoles de Ceniza la proseguimos en la santa Iglesia Catedral, y en su sagrario, hasta la dominica segunda de cuaresma. Después predicamos otra semana en nuestra Casa Profesa, otra en la parroquia de S. Lorenzo, otra en la de Sta. Marina y en nuestro Noviciado, y la última en S. Bernardo y en Sta. María la Blanca.

Pareció á los de fuera, y aun á los de casa, como milagroso la salud y fuerzas que nos dió Ntro. Señor; pues ayunando toda la cuaresma, y confesando á todas horas, pudimos hacer el acto de contrición, veinticuatro pláticas á monjas, noventa de doctrina, y noventa y seis sermones de misión y ferias de cuaresma; saliendo de esta mejores que entramos en ella, sin haber tenido ni un dolor de cabeza, ni la menor indisposición.

6. Después de Pascua de Flores nos dividimos: El P. Juan Gabriel Guillén con el P. Zuleta, pasó á Osuna y después á Antequera, Yo con el P. Estanislao de Acosta pasé á Marchena, en cuya misión, que fué fructuosísima, sucedieron dos cosas notables. La una que al Duque D. Francisco le pusieron en mala fe con el acto de contrición, y quería que no se hiciese, temiendo que saldrían las mujeres á él, y habría inconvenientes. Habléle y le aquieté; mas después alguno del Colegio le volvió á poner en escrúpulo, é insistía en que no se hiciese. Entonces yo le escribí un papel muy fuerte, representándole los inconvenientes que se seguían de omitirle, y que correría la voz de que un príncipe, como su Excelencia, tan piadoso, impedía el acto de contrición. Finalmente le dije, que si supiera que se había de poner estorbo

á esta función, no hubiera puesto los pies en Marchena. Aseguréle de nuevo que no se seguiría inconveniente ninguno, y con esto rindióse por entero. En el púlpito eché el acto de contrición, y advertí no habían de ir á él las mujeres, encargando esto con severidad. Juntóse infinita gente, y el buen Duque fué con mucha devoción, alumbrando al Santo Cristo, y se pasmó de ver la quietud y devoción de la gente, y la moción que hubo, y que en toda la procesión no se vió una mujer, que era lo que se temía.

La segunda cosa notable que sucedió fué, que el P. Rector del Colegio, que había sido catedrático de Prima en Córdoba ó Sevilla, no arrostraba la misión, diciendo no era necesaria, pues cada año hacían el jubileo de las doctrinas, ni allí se hallaría el fruto que se encontraba en otras partes de pecados callados. Pero padeció en esto engaño; que el día de la comunión general conté las confesiones generales de necesidad, que llegaron á mis pies, y se me apuraron todas las cuentas de un rosario en que las apuntaba, y por lo menos llegaron á cincuenta y tres.

De Marchena pasé á Cañete la Real, adonde estaba alojado un tercio de soldados, haciendo primero dos días y medio de misión en Saucejo, villa en la que tiene un cortijo el Colegio de Osuna. El fruto que allí se recogió fué estupendo, pues casi todas eran confesiones de necesidad. La misión de Cañete fué de mucha moción y fruto.

Dejando en Cañete la Real al P. Estanislao, para que concluyese la misión, me adelanté yo con objeto de introducir la de Ronda; hospedéme en el hospital. Día de fiesta y su víspera la comencé con el acto de contrición, y al día siguiente tuve doctrina y sermón. Vino después el P. Estanislao, y se prosiguió la misión con inmensos concursos y fruto. No cabiendo la gente en la iglesia, que es bien capaz, nos salimos á la plaza; y no acomodándose ni aun aquí bien, bajamos allá abajo á unos llanos cubiertos de árboles, adonde se predicó los días de Pascua del Espíritu Santo. Hizose segunda vez el acto de contrición, y al concluirle conté el ejemplo de Pelayo, que debió de sacar más de seiscientas confesiones de necesidad. Yo sólo en una mañana hice sesenta y ocho de pecados callados.

Hizose también misión en el convento de monjas Franciscas, á instancias de su vicario, y se dejó fundada una ilustre congregación en Sta. Cecilia, que es el arrabal. El jubileo quedó tan entablado, que cada mes se gastarán tres mil formás. La víspera de él anda un hombre devoto con una campanilla por las calles, haciendo este pregón: *Mañana se gana el jubileo que dejaron los Padres de la misión.* Y así á este

jubileo lo llamaban, el jubileo de la misión. La relación de la misión de Marchena, Cañete y Ronda, ó no la hice, ó se perdió.

De Ronda se partió para Sevilla el P. Estanislao, y yo vine á juntarme con el P. Guillén á Antequera, haciendo noche en un lugar, que llaman el Campillo. Hice allí el acto de contrición, que les movió mucho, y en Antequera prediqué un sermón. De allí nos partimos para Granada, deteniéndonos cinco días en la villa de Archidona, para hacer misión. Llegamos á Granada, víspera de S. Pedro de 1669 para tener allí el verano. Durante él predicamos los domingos por la tarde: yo en la Carrera del Darro, y el P. Guillén en otras partes. Allí asistimos á un ajusticiado, que degollaron. Caí malo y recobréme con haberme retirado á Jesús del Valle, que es sitio muy fresco, arriba de Granada legua y media, adonde el Colegio de esta ciudad tiene una casa de campo y una huerta.

Hasta aquí el Itinerario del P. Tirso Gonzalez sobre las misiones de este curso. Del fruto de ellas habla extensamente el P. Guillén, en los párrafos que ponemos á continuación, tomados de su anua carta-relación al Padre Juan Paulo Oliva.

7. Los medios principales de que nos hemos valido para la salvación de las almas son, el acto de contrición por las calles, la lección espiritual de noche á solos hombres con ejemplo y ejercicio de disciplina, enseñanza de la doctrina cristiana y sermones de moción. El acto de contrición siempre se hace dificultoso á los que no han experimentado la eficacia y decencia con que se ejecuta; y como en Andalucía no se ha usado este medio, ha tenido algunas dificultades.

En Granada se hizo consulta para determinar si convenía que se hiciese, y cuando algunos Padres dudaban de la conveniencia, la apoyó tanto el P. Bartolomé de Arjona, que lo había visto y ejecutado en Alcalá la Real, que por voto de todos se determinó la salida. Ayudaron para las exhortaciones los PP. Maestros de Prima, Vísperas y Retórica, y para las sentencias muchos de los hermanos estudiantes; unos y otros con grande acierto espiritual.

Era el concurso de hombres inmenso, sin una mujer; la moción, alaridos, llantos y bofetadas extraordinarias; el silencio sumo. No se oía una sola palabra; lo que en tanto concurso, detenciones y apreturas para pasar por las calles estrechas, pareció milagro. Con los mismos llantos y estimación, se efectuó otras dos veces en Granada y en los demás lugares.

En Marchena quiso por malos informes embarazarlo el Sr. Duque de Arcos; pero después, informado mejor por el P. Tirso, no sólo dió

licencia, sino que honró la procesión, acompañando con hacha al Sto. Cristo; y quedó admirado de los efectos que palpaba, y de no ver mujer en todo el acompañamiento. Lo mismo sucedió en Triana (Sevilla), Antequera y Ronda, donde concurrió mucha gente forastera, y fué el número y la moción de lo mayor que había visto el P. Tirso Gonzalez. El mayor que yo ví fué en Osuna, donde, por ser la noche clara y las calles muy anchas, permitimos fuesen mujeres separadas de los hombres. Juntáronse más de catorce mil personas, tan compungidas, que con oír sólo una sentencia, levantaban el alarido, y en llegando á la exhortación, no podía la voz del predicador sobresalir entre sus llantos.

Ganóse este medio tanta estimación de los de fuera y de los de casa, que el P. Tirso, el P. Estanislao y otros muchos, que lo habían visto hacer y cooperado á su ejecución, están determinados á usarle muchas veces, especialmente en las misiones. Un eclesiástico muy entendido de Granada decía: «Otros medios de que se valen los PP. Misioneros están sujetos á opiniones; pero el acto de contrición no es opinable.»

Al paso que es tan eficaz este medio, es continuo el empeño con que procura estorbarlo el demonio; mas quedaron vencidas sus trazas en todas partes. Sólo en Sevilla, después de haberse hecho la primera vez como podíamos desear, y haberlo estorbado las aguas en otra ocasión, al tiempo de salir, hubo un accidente por el cual el Sr. Asistente de Sevilla, juzgó pedía la prudencia se dejase la salida que teníamos publicada para el lunes santo, pareciéndole no era bien se juntasen muchos hombres de noche, cuando estaba alborotado Madrid.

El aviso de esta suspensión, vino al P. Visitador tan tarde, que no se pudo estorbar el que se juntasen más de diez mil hombres en nuestra Casa Profesa y calles vecinas. Unos con velas, otros con hachas y todos con rosarios, sin una espada, sino es alguna que habían los títulos y caballeros, aguardaban la salida del Sto. Cristo. Hízose una plática en el patio de la Casa Profesa, donde había más de cinco mil hombres en pie, entre los que estaba toda la nobleza de la ciudad. Rara fué allí la moción y el llanto. Si salimos aquel día con el acto de contrición, se hubieran juntado más de treinta mil hombres; y en ese caso, juzgo que se hubiera logrado la mayor demostración de piedad y penitencia, que se hubiera visto en España en estos siglos.

Fué necesario disimular la causa del embarazo que impidió el acto mencionado, dando por razón que el P. Tirso estaba indispuerto; ya para templar así el sentimiento del pueblo; ya porque temimos, no sin fundamento, que si se sabía la causa, habían de alborotarse todos con-

tra el Sr. Asistente. Tan impaciente estuvo la piedad y tan olvidada de alterarse por otras razones, que nos decían los políticos, que desde que comenzó la misión nadie se acordaba del Sr. D. Juan de Austria, ni del Inquisidor General; pues sólo se hablaba de las misiones; y siendo el pueblo de Sevilla muy á propósito para hablar, é insultar contra la Compañía, y ocasionarlo los ecos y ejemplos de Madrid; no se había visto desde que entramos, ni en palabras, ni acciones, sino una continua y nunca vista estimación de la Compañía, y de cada uno de los sujetos de ella. Cosa que los Padres atribuían á una rara providencia de nuestro Señor. Los caballeros añadían, que si en Sevilla hubiera un tumulto, el medio eficaz para quietarlo era salir como queríamos con el Santo Cristo; y aprobaron el dictamen de muchos de Granada, que acabada la misión, quisieron detenernos sólo para este fin.

Innumerables fueron las conversiones de almas, que se debieron á este medio. Sólo referiré dos por más raras. La primera llegó á los pies del P. Tirso; la segunda pasó por mis manos. En un lugar de los dichos, venía del campo un hombre y al entrar por las calles se encontró muy acaso con el acto de contrición. Acompañó al Sto. Cristo con tiernas lágrimas, cosa que jamás había experimentado su dureza; pero apenas se halló devoto, cuando se retiró pusilánime para llorar á solas sus culpas, pareciéndole no era digno de seguir á Cristo con los demás fieles, ni había de hallar misericordia quien la había desmerecido con cuatro muertes y otros delitos enormes; hasta que, considerando que si era oveja perdida, quizá había salido el Pastor divino á reducirla á su rebaño, se animó á juntar sus lágrimas con las de todo el pueblo en seguimiento de su Redentor; y prosiguió aquella noche en su casa, y los días siguientes en el campo, las lágrimas y suspiros.

Consolóse mucho este hombre una noche en que le pareció en sueños, veía delante de sí una imagen de Ntra. Señora, de quien era muy devoto, que se venera en su patria. Admirado con aquella vista, dijo: «¿Quién sois, Señora, que me parecéis la Virgen Santísima? —Es así, respondió Ntra. Señora, y vengo á decirte que te confieses, que mi Hijo te perdona.» Despertó y comenzó de nuevo á llorar sus culpas, animándose á vencer la vergüenza, que le detenía para no confesarlas. Volvióse á dormir, y oyó que le decían que se levantara, y sintió que una mano invisible ponía en la suya el candil, que había dejado distante de la cama. Levantóse admirado con tales sucesos, y viniendo á nuestra casa á las cuatro de la mañana, confesó sus culpas con tantas lágrimas y contrición, que mostraban bien había debido á María Santísima tan piadosa misericordia.

En otro lugar había una persona, que había callado en la confesión muchos años, pecados feísimos contra el sexto mandamiento, por haber oído decir á un confesor, que en confesando pecados de herejía, aun *in articulo mortis*, habían de decirlos á la Inquisición. Vino desconsoladísimo, sin atreverse á confesarlos; porque decía era cristiano viejo, y tenía sacerdotes y religiosos en su linaje, que se afrentarían. Llegó á su lugar una misión de las nuestras, y habiendo oído todos los sermones por espacio de quince días, y muchos ejemplos contra el callar pecados, no tuvo ánimo para descubrirlos.

A esta persona trájola Ntro. Señor, á su parecer acaso, á la ciudad, donde hacíamos misión y oyó que uno de la Compañía pronunció con sonora voz esta sentencia: «Hombre que estás en pecado —si aquesta noche murieras —dime, dime adonde fueras.» Quedó su corazón atravesado con aquellas palabras, como si fueran una saeta que había entrado por la ventana. No pudo dormir en toda la noche; y aunque después tuvo varios impulsos del demonio para no confesar sus pecados, hizo con muchas lágrimas una confesión general, con resolución de proseguir agradecido las grandes penitencias que había hecho temeroso, con el deseo de alcanzar gracia de Ntro. Señor para aquella confesión.

Sería cosa de nunca acabar el referir á V. P. los casos admirables y conversiones varias que hemos debido á este medio; pues es experiencia, que el día inmediato al acto de contrición, suele haber gran número de confesiones generales de obligación. El P. Tirso observó que en cierto lugar hizo una mañana 41, y en otra 53, y en otra 66 de estas confesiones. ¿Cuántas harían sus compañeros? ¿Cuántas los demás confesores seculares y religiosos, cuando todos salían admirados de lo que en esta parte habían experimentado?

8. El segundo medio empleado en estas misiones es el de la lección espiritual, plática con ejemplos y ejercicio de disciplina. En Granada, Sevilla, Motril, Morón, Osuna y Antequera se hizo tres veces cada semana, y en los demás lugares, por lo menos los viernes. Suelen á este ejercicio llenarse las iglesias de solos hombres. Todas las parroquias de Sevilla en que hicimos la misión, eran cortas para los concursos. A la Casa Profesa acudían más de dos mil hombres. Sucedió algún día que, aun habiéndose salido muchos después del ejemplo y quedándose los demás para la disciplina, éstos no cabían en la iglesia, coro, tribunas y tránsito de los confesonarios; y eso que en otras seis iglesias de la ciudad se hacía la misma diligencia con grandes concursos.

Tiene este medio grandes consecuencias. Lo primero porque la

gente del campo y oficiales, que no pueden dejar por la tarde su trabajo, acuden en aquella hora con grande gusto al sermón. Lo segundo, porque muchas personas eclesiásticas y nobles, y algunos ministros, se disimulan para lograr en la noche, lo que su autoridad y puesto no les permite en el día. Lo tercero, porque se facilita el dejar introducido en los lugares este santo ejercicio para los viernes de entre año y tres días cada semana de cuaresma. En la Casa Profesa estaba introducido en esta conformidad todo el año, y en los demás Colegios la cuaresma; y con ocasión de esta misión, se ha extendido á todo el año en los Colegios de Granada, Morón, Osuna y Antequera, abrazando los Padres de estos Colegios con mucho gusto este trabajo, por llevar adelante cosa de tanta gloria de Dios.

Lo cuarto por lo que este medio es de tan grandes consecuencias, es porque con él se reducen muchas almas que no se mueven con los sermones de día; pues excede la moción á la de los otros medios, por lo menos mientras dura la misión. Que con otros medios lloran y dan voces; mas con este suelen quedar asombrados de compungidos, y tan fervorosos, que es necesario persuadirles que templen el rigor con que maltratan sus cuerpos. En Osuna nos mancharon un frontal con la abundancia de sangre. En Sevilla, acabada la disciplina, comenzaron otra tan recia de bofetadas, y con tal fervor, que me dejó atónito, y prosiguió por buen rato, aunque se lo disuadía, ya con palabras desde el púlpito, ya con haber sacado la luz. En Triana se desmayó un hombre, por las llagas que se hizo en las espaldas, y la sangre que había derramado.

9. El tercer medio y más usado es la enseñanza de la doctrina cristiana y la predicación, actos que se vieron en todas partes muy asistidos. No hubo iglesia en Sevilla, que no pareciese corta; y aun la Catedral, siendo la mayor de España, no bastó algunas veces, como ni la de Granada siendo de las más capaces. En las demás iglesias de Sevilla era ordinario, ó sacar á la puerta el púlpito, ó predicar al mismo tiempo el compañero en una iglesia vecina; y esto sin cesar de llover, y estando las calles hechas unos estanques de lodo, y predicando otros al mismo tiempo los viernes y domingos, con el Santísimo descubierto, en casi todas las iglesias de Sevilla.

En Osuna se llenaba la Colegial, que es de tres naves, y de las más capaces que he visto; y un día de fiesta sobró tanta gente, que hubo otro sermón en la plaza con más de tres mil personas. Más aun: predicando los dos al mismo tiempo en dos conventos de monjas, en ambas partes fué necesario sacar el púlpito á la puerta de la iglesia, por

la mucha gente, que no pudiendo entrar, se quedaba en las plazas. En Antequera fué preciso predicar cinco veces en las plazas, al mismo tiempo que se hacía en las iglesias llenas de gente hasta los altares y cornisas. Era de ver allí á los caballeros de hábito en pie sobre los bancos, para ver al predicador.

En Ronda, por no bastar la iglesia, salieron á predicar unas veces al campo, y otras á la plaza, llenándose ésta por completo, y oyendo muchos el sermón desde las ventanas y tejados. Aun fué más lo que vimos en Granada, en diez y siete sermones que predicamos en los campos, y casi todos en diferentes partes, y á la misma hora, con auditorios de á diez y á doce mil almas cada uno, con gran número de coches de oidores, canónigos, caballeros y señores.

Gran parte de esta conmoción de los pueblos se debe á los señores Prelados, Cabildos y Religiosos, que hicieron demostraciones grandes para acreditar la palabra de Dios. El Sr. Arzobispo de Granada asistió á casi todos los sermones que se predicaron en la Catedral, cuyo púlpito de entre los dos coros nos dió el cabildo, asistiendo con capas de coro á todos los sermones con universal consentimiento. El señor Arzobispo de Sevilla nos dió cuatro sermones de feria en su catedral, y por sus achaques, que le quitaron la vida poco después, con grandísimo dolor de toda la ciudad, no pudo asistir más que dos veces á la misión.

El Cabildo de Sevilla nos dió también otros dos sermones por la mañana; y sin más diligencia que un memorial nuestro para el señor Deán, como en Granada, después de haber oído algunos señores prebendados en Triana el principio de la misión que allí dábamos, decretaron con universal acuerdo, que los tres días primeros de cuaresma en que la misión no se oponía á la distribución del coro, se hiciese en el púlpito principal, asistiendo el Cabildo con capas de coro. Para los demás días nos dieron la iglesia del Sagrario, que es de las mayores de Sevilla. Quitáronse los cancelos de las puertas y se colocó el púlpito en parte, que oyesen algunas gentes desde el patio y otras desde las naves de la Catedral. Gran parte del Cabildo asistió allí diariamente con manteo; y Sevilla toda se admiró de ver ejecutado lo que ninguno esperaba.

No fué de menos admiración á los que conocen el estilo de aquellos señores el mandar, como mandaron, atar el reloj, para que no nos viésemos obligados á dejar el sermón en dando la hora. Y porque el P. M. Fr. Juan de S. Agustín, agustino calzado, que siempre había predicado con grande desengaño, sacó más la cara en un sermón como

de misión, le mandó proseguir después de dada la hora, favor nunca visto antes de las misiones.

Otra muy especial merced nos hizo el cabildo sevillano, para honrar la doctrina con que se terminó la misión. Permitió por aquella vez que los señores prebendados acompañasen por las calles la doctrina, y que ésta entrase por las naves de la santa iglesia, y pasase por entre los dos coros, y por fin que predicasen los dos misioneros en el patio de los Naranjos. Cosas eran estas que hasta entonces no había podido conseguir la Compañía, aun procurándolas, y que ahora se alcanzaron sin pedir las, como también una buena limosna de trigo, que envió el Cabildo á la Casa Profesa. El Sr. Obispo de Málaga y el Sr. Abad de Alcalá la Real, honraron también mucho la misión; el primero con sus cartas y por medio de sus vicarios de Antequera y Ronda; el segundo solicitando la misión, y asistiendo á todos los sermones; y ambos deseando nuestra ida á los lugares de su distrito.

También acreditaron mucho la misión casi todas las religiones. En ninguna hallamos malas ausencias, y á casi todas debimos singular afecto y asistencia á los sermones, en que los vimos muchas veces derramar tiernas lágrimas, y mostrar en los parabienes su voluntad. Las que más se señalaron en Sevilla, Antequera, Ronda y Marchena fueron las de Sto. Domingo, S. Agustín, el Carmen y S. Francisco. Esta última hospedó en su convento á los PP. Misioneros y les dió su iglesia en Alcalá la Real; y en Ronda y Morón dió licencia para que se hiciese misión á sus monjas, que lograron bien este santo celo, confesándose casi todas generalmente. Este ejemplo de los eclesiásticos siguiólo en todas partes la nobleza y el pueblo. No puede expresar la modestia lo que les debimos en todas partes, especialmente en Sevilla y Granada. Baste la confusión que nos causó su afecto, en lo que hablaba, hacía y fingía.

Sólo tuvimos por contrarios á los comediantes, que no pudiendo disimular el verse sin gente aun en tiempo de pascuas, se querellaron contra nosotros á un señor oidor de chancillería, que les respondió con mucha gracia: «que no tenía jurisdicción sobre nosotros, y que no hallaba otro remedio, sino que acudiesen á la Inquisición, para que les hiciese justicia.» Otro día fué cierto religioso á la comedia, y hallando enfurecido al autor contra los misioneros, el que había de ser oyente, se convirtió en predicador para nuestra defensa, llevando el autor su pena en no representar aquella tarde, aunque era día de fiesta.

Ayudó finalmente á los concursos de los sermones el contar en todas partes dos casos que nos sucedieron en Granada. Acaeció el pri-

mero el día de Sto. Tomás apóstol, en que el P. Rector de nuestro Colegio envió á dos hermanos estudiantes al campo que llaman de Los Mártires, para que hiciesen una plática á la gente que salía á tomar el sol. Llegaron á un corrillo de hombres y les dijeron: «vengan, hermanos, á oír la palabra de Dios.» «Vamos, Padres» respondieron; y apenas se habían levantado, cuando se desprendió de lo alto una grande piedra, y dió en el lugar en que uno de ellos tenía la cabeza. Que sin duda se la hubiera hecho pedazos, á no ser tan pronto para oír la palabra de Dios. Admiraron todos el caso y dieron gracias á nuestro Señor. El segundo hecho, acaeció el día de los Inocentes. Un hombre, que fué el mismo que me lo contó á mí, dijo á otro: «Vamos al Campo del Triunfo á oír la palabra de Dios.» «No pienso, respondió aquél, gastar en eso la tarde, sino en entretenerme.» Con esto el buen consejero fuése solo al sermón, y al volver de él á la noche halló que á su amigo le habían quitado la vida, atravesándole la cabeza con un puñal.

10. Qué diré á V. P. de los concursos á las doctrinas generales por las calles para terminar la misión, especialmente de las que se hicieron en Antequera, Ronda, Marchena, Morón, Motril, Alcalá y Osuna? En algunas de éstas iban más de ocho mil hombres, y entre ellos todos los eclesiásticos y nobles, cantando las oraciones. Nada llega al lucimiento de la doctrina de Sevilla, que salió el domingo de Ramos de Sta. María la Blanca y, habiendo andado por las principales calles y entrado en la santa iglesia Catedral, se terminó en el patio de los Naranjos, donde se formaron, y predicamos sin embarazarnos á dos auditorios de los más graves y numerosos que he visto en mi vida.

Llevó el estandarte en esta doctrina general el Sr. Marqués de Villamanrique, asistido de sus dos hijos, de su yerno el Sr. D. Antonio de Toledo, primogénito del Sr. Duque de Alba; de todos los títulos y nobleza de Sevilla; de muchas dignidades, canónigos y prebendados de la santa iglesia; de los religiosos de las seis casas de la Compañía y de sus colegiales y estudiantes; y por fin de un pueblo inmenso, cantando todos las oraciones en voz alta por la ciudad.

La moción en los sermones fué tan grande, que muchas personas no se atrevían á oírlos, y algunas se quedaban desmayadas. Al acabar todo era lágrimas, alaridos y demandar á voces misericordia. Unos pedían licencia para irse al desierto; otros, y de grande virtud, para venirse con nosotros; y aun, según nos dijo persona de casa muy fidedigna, en cierto lugar hubo mujer que, neciamente piadosa, tuvo ya cortado el vestido de hombre para irse por España á oír sermones de misión, y con grandes veras trató de persuadir á otra su desatino. Quiso

nuestro Señor que por medio de la prudencia de su confesor, hallasen ambas la dirección debida en sus fervores.

Sólo en una semana de la misión de Sevilla, cuyos naturales en lo piadoso y blando exceden á cuantos he conocido en España, salieron de mis pies seis mozos de buenos entendimientos para diferentes religiones. Uno para una provincia muy recoleta de S. Francisco, otro para capuchino, otro para cartujo, y tres colegiales de la Concepción de excelentes ingenios y prendas para la Compañía. Otros muchos querían seguirles; pero á unos les embarazaron sus parientes, á otros su tardanza en la resolución, á otros la dificultad en admitirlos. Casi todo el Colegio estuvo conmovido y tan devoto que parecía un serminario [*ca-sa de estudios*] de los más fervorosos y observantes, de la Compañía.

Esta moción hacía tales ecos en los lugares y cortijos vecinos á las ciudades donde estábamos, que eran innumerables los que de todas partes acudían á nosotros. A Ronda bajó casi toda la gente de la Sierra. En Antequera confesé á persona que vino de doce leguas de distancia, sólo por confesarse. En Granada llegaron á nuestros pies personas, que habían andado doce, quince y aun diez y ocho leguas. A Sevilla vinieron algunos de la raya de Portugal, y uno de veinte leguas, buscando á los misioneros. Tengo por muy probable que con algunos usó nuestro Señor de especial providencia para reducirlos. En prueba de ello referiré sólo dos casos.

En cierto lugar donde hacíamos misión había un hombre devoto y de temerosa conciencia, pero que se venía confesando mal de muchos años atrás. Echándose á dormir una noche á la puerta de su cortijo vió dos hombres tan disformes y de tan fiero aspecto, que le parecían demonios. Llamó á la Virgen Santísima y á su Hijo, armóse con la señal de la cruz y algunas reliquias que traía al pecho. Con esto no se atrevían á llegarse á él; pero con una secreta violencia le obligaron á que, dejando el cortijo, los siguiese. Lleváronle á un campo espacioso y cercado con un vallado, y allí oyó echar un bando y pregón para que acudiesen todos á juicio al punto de la media noche. Parecióle que era Lucifer el que presidía en aquella junta, y que le acompañaba grande muchedumbre de demonios. Hicieron señal, llegada la media noche, y aunque no supo las causas que allí se propusieron y castigaron, ni conoció las personas, le fué dicho que eran de aquella ciudad donde hacíamos misión.

Vió este hombre muchas hogueras, y oyó lastimosas voces y alaridos por espacio de tres ó cuatro horas, sin que á él le hiciesen cargo alguno, ni se atreviese nadie á tocarle un pelo de la ropa; favor que

atribuía á las reliquias que llevaba, y al ánimo con que había llamado á la Virgen Santísima. Desapareció todo aquel aparato, y hallándose en paraje desconocido al rayar el alba, empezó á caminar. A poca distancia encontró á un hombre que le dió noticia de la tierra, y halló que estaba legua y media de su cortijo y no lejos de la ciudad. Entró en ésta, buscó á los misioneros; dispúsose aquel día, y antes de la noche hizo una confesión general con singular compunción y lágrimas. La viveza con que en medio de su asombro siendo hombre del campo, refería el suceso, el asegurar que siempre estuvo despierto y con grande ánimo; el haberse hallado á legua y media de distancia de su cortijo; y, lo que más es el efecto, me persuaden sería esta especial providencia de nuestro Señor para el remedio de su alma.

En otro lugar había un hombre tan desesperado de remedio en los trabajos temporales, y en lo referente á su salvación, que saliendo de noche al campo, buscó una profunda cueva donde llamó con repetidas voces al demonio para luchar con él. No quiso nuestro Señor castigar este loco atrevimiento, como necio; sino remediarle, como amoroso padre; pues saliendo de la cueva, cansado de dar voces se arrojó al suelo, y vió un pastor, que encaminando á él los pasos le dijo estas palabras: «Deja esos pensamientos, y ve á Sevilla.»

Tomó el hombre este aviso como voz del cielo y diligencia de aquel Pastor divino que va á buscar la oveja perdida á los desiertos. Siguió la voz de Dios como otro Pablo, anduvo muchas leguas sin saber á quien había de buscar, y entró en Sevilla. La primera conversación en que se halló fué cerca de los misioneros, de quienes hasta entonces no había tenido la menor noticia. Parecíale que Dios le traía para buscar en ellos el remedio de su alma. Dispuso una confesión general con tantas lágrimas, confusión y dolor, que daba bien á entender venía su corazón tocado de la piadosa mano de Dios.

11. Los frutos de estas diligencias han sido muy abundantes. Las confesiones y comuniones no es posible reducir las á número. En Granada, que es ciudad de cuarenta mil vecinos, fué la comunión tan general, que hice juicio pasarían de cien mil. En Sevilla, como el lugar es mayor y ayudó el tiempo de cuaresma, serían muchas más. En Osuna pasarían de veinte mil, y lo mismo juzgo de Antequera. En los lugares donde se pudo determinar día para el jubileo de las doctrinas, por no haberla publicado los de la Compañía, se conoció mejor el número.

En Morón comulgaron en un día diez mil, y el siguiente dos mil; y así en los demás pueblos. En Saucejo fué tal la prisa de confesiones, que una niña de catorce años se estuvo sin comer hasta las siete de la

tarde con ansias de comulgar aquel día para ganar el jubileo; piedad que obligó al P. Tirso á darle la comunión. Más que el número debe estimarse la calidad de las confesiones. Casi todos querían hacerla general y como para morir; á lo cual ayudaron mucho dos casos, sucedido uno en Sevilla y otro en Osuna.

En Sevilla, predicando uno de los misioneros el martes de carnestolendas por la tarde en nuestra Casa Profesa, encargó la memoria de la ceniza, y sin haberlo prevenido añadió: «Quizá me oiga persona que mañana no llegará á recibirla, sino que será con sus cenizas desengaño á nuestros ojos.» Estaba en el sermón una doncella, vecina de nuestra casa, que en la hermosura y nobleza era de lo primero de la ciudad, heredera de un mayorazgo de trece mil ducados de renta. Hizo el acto de contrición con tierna devoción y copiosas lágrimas; y el día siguiente, sobreviniéndole una aplopegía, según creyeron los médicos, habiéndose confesado, espiró á las once de la mañana, con desengaño de muchos, que notaron el suceso.

En Osuna, haciendo el acto de contrición, dijo el P. Zuleta esta sentencia: «¡Cuántos buenos se acostaron —que á amanecer no llegaron!» Y poco después en la exhortación para el acto de contrición profirió esto con grande fervor y empeño: «Por ventura alguno de esta villa se quedará muerto de repente esta noche.» Pocos pasos de allí, y dos horas después, se quedó un hombre muerto instantáneamente con asombro de todos.

Aun en las confesiones generales de obligación, que parece fruto más propio de lugares cortos, ha excedido lo que ha llegado á nosotros, á la experiencia de otros años. Temo que algunos han de dudar de esta verdad, sabiendo que casi todo el año hemos andado por lugares donde hay Colegios de la Compañía y conventos de casi todas las órdenes religiosas, y muchos sacerdotes y confesores seculares, que ayudaban á coger este fruto, admirados de tanta mies.

Siendo tantos y tan grandes los lugares, tan innumerables los cortijos, aldeas y villas, que acudían á las misiones de las ciudades, no tiene inconveniente el decir que el P. Tirso hizo en pocas semanas de misión en cierto lugar 434 de estas confesiones generales; y un sacerdote secular 300; yo en otro lugar 500; y en otro, en que la misión duró algunas semanas, no hubo día en que no saliese á veinte confesiones de esta calidad.

12. La devoción á S. Ignacio ha adelantado mucho. En Villanueva de los Infantes y Triana, ofrecieron altares al Santo. En Motril se encargó de hacerle un cuadro grande la ciudad, y otro á S. Francisco Ja-

vier la milicia. En Alcalá la Real se lo ha dedicado ya el Sr. Abad, y en Cañete se lo dedicará presto el Sr. Conde de la Moncloa.

Mercióse el Santo con sus favores este singular cariño. El día que llegamos á Antequera vino un caballero á pedirnos encomendásemos á nuestro Señor á una hija suya, que hacía diez y ocho días tenía una criatura muerta en el vientre, estando la madre para espirar. Preguntéle si le habían aplicado alguna reliquia de S. Ignacio; y como me dijese que no, le dí una medalla para que se la aplicara. Quiso nuestro Señor que, en habiendo puesto la medalla, arrojase á trozos la criatura, y quedase la madre en salud y muy agradecida á nuestro Señor y á S. Ignacio.

En Osuna me pidieron una medalla suya para aplicarla á una mujer, que hacía 24 horas padecía recios dolores de parto. Lleváronla, y apenas se la aplicaron, cuando dió á luz felizmente. Más dichosa fué la criatura, pues murió poco después de haber recibido el agua del bautismo. En Cañete sucedió otro caso muy semejante á una mujer, que estaba en el mismo peligro, con una medalla que le habían dejado los Padres.

El favor más plausible fué el que atribuyó á su intercesión toda Sevilla, y ha sido el remedio de otros reinos. Estaban todos muy afligidos por la falta de agua; pues iba muy adelantado el mes de Marzo y apenas salían los trigos y cebadas de la tierra. Valía todo carísimo, y el ganado perecía, porque no había una yerba en el campo. Ofrecióseme esta común aflicción el primer sábado de cuaresma, acabando de predicar en el Sagrario á un auditorio inmenso, y viéndole tan compungido y devoto, aunque antes no había tenido ese intento, dije en alta voz, teniendo aun el Sto. Cristo en la mano: «Recemos un Padrenuestro á S. Ignacio para que nos alcance el agua.» Luego imploré su favor diciendo: «Glorioso Santo, agua luego, luego.»

Conmovióse con esto de suerte el pueblo que, derramando copiosas lágrimas, clamaban todos en alta voz repitiendo: «Agua, glorioso Santo, agua luego.» Daba el cielo tan pocas esperanzas de alcanzarla que muchos devotos de S. Ignacio y de la Compañía sintieron ver empeñado tan claramente su poder. Ni faltaron Padres de la casa, que significaron se hallaban por la misma causa con alguna pena.

Me excusaba yo, con que el empeñar al Santo había sido de repente, y llevado de la devoción del pueblo, y de la experiencia que en las misiones tenemos de su intercesión; y les decía, qué por que no habíamos de confiar en el poder del Santo, y en las lágrimas de tantos pecadores arrepentidos? Con todo me desanimé mucho cuando, con algu-

na curiosidad abrí la ventana á las ocho de la noche, y ví tan despejado el cielo y tan lucidas las estrellas, que pronosticaban algunos meses de serenidad. Pero no hay cielo tan de bronce, que se resista al poder de nuestro Santo. Cuando estábamos más descuidados, sin haber precedido ni vientos, ni truenos, ni haber reparado ninguna otra inmutación del aire, oímos con grande regocijo que corrían los canales, y que prosiguió toda la noche una lluvia copiosa.

Una persona seglar y devota abrió la ventana poco antes de que lloviese y, viendo el cielo tan sereno dijo: «Miren que esperanza de que alcance agua su S. Ignacio.» Poco después, antes de media hora, oyó que llovía copiosamente, y quedó tan temerosa de su poca confianza, que se hincó de rodillas, y rezó un rosario en honra del Santo para que le perdonase, y al día siguiente vino muy temprano á confesarse.

Toda Sevilla quedó muy alborozada y agradecida al Santo por tan singular beneficio. El Sr. Deán fué al día siguiente al Sagrario, donde estábamos confesando, y nos mandó que exhortáramos al pueblo á que diese las gracias al Santo y le pidiese continuase su favor. Así se hizo varias veces, pidiéndole expresamente nos alcanzase un grande año en toda Andalucía, y especialmente en la tierra de Sevilla. Logróse lo que pedimos, pues la cosecha en toda Andalucía es muy buena, y en Sevilla abundantísima, bajando el trigo de 66 reales fanega á 22, y la cebada de 44 á 10.

Llovió casi todos los días por espacio de cuatro semanas; y quejándose ya los labradores de tantas aguas, pedimos serenidad al Santo y nos la alcanzó para tres semanas. Volvió á llover después tanto que, estando en Osuna fué necesario que clamase otra vez el pueblo por serenidad, al acabar el sermón; y como es tan eficaz la intercesión del Santo y tan agradables á Dios los ruegos y lágrimas de los pecadores contritos, lo mismo fué pedirla que alcanzarla, y con ella un tiempo cual se podía desear para granar los panes. Con este favor, y el buen suceso del parto peligroso, fué tal en Osuna la devoción al Santo, que todos anhelaban por sus medallas. Juzgo que en todo el lugar no quedó ciego, ni sordo, ni mudo, ni cojo, ni achacoso, que no viniese á nuestro Colegio, para que le aplicásemos la reliquia, ó alguna cédula, como ellos decían, de S. Ignacio.

13. El provecho que este año se ha hecho en los conventos de monjas ha sido de singular gloria de Dios. En doce se hizo misión de propósito, con grande reformatión de costumbres, trajes y libros profanos, que unas echaban de casa, y otras en la hoguera. En Sevilla y Granada eran tantos los conventos y tantas las ocupaciones, que sólo pu-

dimos hacerle á cada uno algunas pláticas, que bastaron para muy buenos efectos; pues al acarbarlas vimos muchas veces, que se reconciliaban todas, con tiernos abrazos y lágrimas; y supimos que se habían mejorado mucho en su recogimiento y fervores.

En Villanueva de los Infantes estuvieron tan devotas, que no podía la abadesa moderar sus ansias de mortificación y oración, y gastaban gran parte de la noche en estos ejercicios santos; y de común acuerdo determinaron que todas tuviesen una hora de oración antes de prima. Había entre ellas algunas discordias, y al acabar una plática, la abadesa, que era de mucho entendimiento, las mandó se pudiesen en el coro en sus lugares, luego besó á todas los pies, y abrazándolas después tiernamente, les pidió perdón de los disgustos que las hubiera dado. Al concluir esta acción la abadesa, soltaron todas las riendas á las lágrimas y sollozos, y prosiguieron por más de media hora á competencia las humillaciones y abrazos. Estimó tanto el Sr. Cardenal de Aragón tan piadoso fervor, que les envió una grande limosna de trigo, que fué el remedio del convento en año tan necesitado.

En estas misiones supimos algunos casos raros; contaré sólo los que puedan ser de alguna edificación. Había en cierto convento una monja muy desvanecida en el adorno de su persona, usaba trajes profanos especialmente en el calzado, trayendo zapatos de poleví [ó *ponleví*, especie de calzado que estuvo muy de moda], con listones muy inmodestos. Reprendiéndola, pero sin fruto una amiga que tenía, muy sierva de Dios. Muerta la monja profana, con buena disposición al parecer, se apareció después á su amiga. Esta sintió que gemía la difunta, y que mostraba gravísimos dolores, que la ocasionaban unos grillos, que le aprisionaban los pies, en castigo de su desahogo. La virtud de la religiosa viva persuadía ser verdadera la aparición de la difunta.

Dejo al juicio de V. R. como tan prudente, el conocimiento de la causa en otro efecto no menos admirable al parecer. En cierto lugar salía de casa para hacer una plática en un convento de monjas: al llegar á nuestra portería me hallé movido para ir á otro, y aunque estaba muy distante. Luego que llegué á él comencé la plática; y habiendo declarado el tema que era de exhortar al ejercicio de las virtudes, y perfección, por haberme dicho era convento grave y muy observante, se oyó en la puerta de la iglesia, que estaba cerrada, una voz alta, como de muchacho, que dijo por dos veces: *Padre, predique contra las devociones* [visitas de devotos y aficionados en demasía], *que hay muchas en este convento.*

No pude percibir lo que decía la voz; pero el Hermano que me

acompañaba, que es virtuoso y de grande verdad, lo oyó claramente, y juzgó que era cosa de la otra vida, porque ni parecía persona humana por aquel paraje, por estar lloviendo reciamente, ni era fácil que un muchacho tuviese atrevimiento para una calumnia tan ofensiva á un convento tan grave, y más con grande peligro de que saliendo alguno á la puerta de la iglesia le descubriese, por no haber en aquel campo, que es muy despejado, dónde ocultarse. Así que, considerado esto, quedó tan asombrado, que levantándose del asiento, se encaminó hacia el altar mayor, arrodillándose en el camino algunas veces, y prorrumpiendo en unos suspiros tan horribles y espantosos, que las monjas quedaron temblando, y me ví obligado á suspender la plática y acudir al Hermano para ver el accidente que padecía. Halléle de rodillas, desmayado el semblante, y perdido el ánimo. Recobróse un poco, y le pregunté si tenía semejantes accidentes; aseguróme no los había padecido en su vida, y añadió: *Padre, predique contra los devotos, que ha dicho una voz, hay muchos en este convento.* Procuré sosegarle, y volví á consolar á las monjas, con decirles había sido apretura de corazón, y sin declararme más, proseguí la plática, predicando contra las devociones, venerando en estas circunstancias alguna oculta y singular providencia de Dios. Teníamos dispuesta para la mañana siguiente la salida de aquel lugar, y no pude volver á examinar más el suceso, que por ventura se hubiera descubierto en los efectos.

14. Como este año hemos andado por lugares donde hay Colegios de la Compañía y en ellos congregaciones instituidas, no hemos fundado más que siete, en Triana, en Morón, Ronda, Almuñecar, Castillo, Motril y Villanueva de los Infantes. Todas esperamos que han de proseguir en sus ejercicios santos; pero estas dos últimas han dado mayores argumentos de su constancia, no sólo en las comuniones, rosario, lección espiritual y penitencias; sino en pedir limosna para los pobres vergonzantes, con que en ambos lugares han recogido gruesas limosnas para el remedio de necesidades gravísimas. En Motril la piden los eclesiásticos y caballeros, y aun el gobernador, con alforjas al hombro. Costumbre, que introdujo la congregación de Llerena, é imitó la de Almendralejo; que con este medio recogió el año pasado catorce mil reales de limosna. Hacen cada año sus fiestas con mucha solemnidad; y la de Llerena hizo el año pasado una procesión y fiesta tan solemne, que aseguran fué de los días de mayor fervor y regocijo que se han visto en aquella ciudad.

Y qué diré á V. P. de las conversiones raras de innumerables almas, que parece estaban como desesperadas de su salvación, ó tan ol-

vidadas de Dios, como si no le creyeran. Unos habían pasado toda su vida en latrocinios, otros en atroces torpezas, otros no se habían confesado en diez, veinte y treinta años, y algunos de ellos alguna vez sólo por cumplimiento, y diciendo misa cada día. En un lugar hubo persona que restituyó seis mil reales de á ocho; en otro puso doscientos en mi mano un hombre pobre, que había de sustentar á su mujer é hijos con su trabajo, para la satisfacción de varios cargos; y ajustados éstos, de algún dinero que le sobraba, quiso dar cuatro doblones de limosna, para el Santísimo Sacramento, y con grande dificultad pude reducirle, á que se llevase á su casa los dos.

En cierto lugar confesaron conmigo dos hombres, que estaban aguardando la primavera para ir á Roma á pedir á su Santidad absolución de un pecado deshonesto, que juzgaban no podía absolverse en España. Otro confesó con el P. Tirso, que estaba resuelto á no confesarse en su vida, pareciéndole no había ningún hombre caído en pecado semejante al suyo. Pedía al Señor con lágrimas le sacase de aquella culpa, y halló el principio de su remedio en una hoja, como de libro pequeño, que se encontró en el campo, en la cual leyó estas palabras: «Item se acuse, si ha cometido tal pecado,» nombrándose expresamente la especie de su torpeza. De aquí, discurrió; luego en este pecado alguna vez habrán caído otros hombres, y así no se admirará el Padre de la misión. Confesó su culpa y quedó muy consolado. Mayor gozo fué el que tuvimos en la conversión de tres herejes y un moro, que se redujeron á nuestra santa fe católica, por la misión, y dos de ellos por mirar en ocasiones de grandes concursos al Sto. Cristo que sacó el P. Tirso, y reparar en la devoción, ternura y lágrimas con que todos contemplaban aquella santa imagen, y pedían misericordia á su Dios.

15. No sé si califique por el mayor fruto, que ha tenido la misión este año, la rara mudanza que hubo en Sevilla, y se dejó reparar, y admirar de todos, en el predicar la palabra de Dios. No hubo predicador en la ciudad, ni regular, ni secular, que no predicase desengaños, de los más fuertes que suelen predicarse en misiones. Sólo al principio de cuaresma hubo dos ó tres de buenos talentos, que se descuidaron en predicar desengaños, y hallaron en el auditorio tal desvío y desazón, que aprendieron el desengaño para sí, y de allí en adelante le dieron con ejemplo á los demás. Otro predicador secular, que había predicado siempre con grande gala y talento, comenzó un sermón diciendo: «De aquí adelante no me atreveré á subir al púlpito de esta santa iglesia, sino para predicar desengaños.»

El domingo de Ramos ví á un predicador de Sto. Domingo, que al

acabar el sermón, que había sido muy especial, exhortó al auditorio al acto de contrición; y lo consiguió con grande moción y muchas lágrimas; y como yo le aplaudiese delante de muchos oyentes, me dijeron que así lo había hecho toda la cuaresma, y que no sólo los de la Compañía, que siempre predicán muy moral; sino todos los predicadores habían tenido aquel estilo toda la cuaresma. Ayudaron mucho los curas, advirtiéndoles cuando subían al púlpito, exhortasen al acto de contrición, que aquello estimaba el auditorio. En Granada después de algunos meses tenían tan presente la misión, que dos señores prebendados, que predicaron en la cuaresma algunos sermones, procuraron fuesen como de misión, no sólo en la substancia de los desengaños, sino en el modo de fervor.

16. Más me he dilatado, que creí de tanta falta de observación, y así habré de referir brevemente á V. R. los abusos, vicios y escándalos que se han quitado. En Sevilla había tres abusos enormes la Semana Santa. Uno era vestirse las mujeres aquellos días con mucha gala, profanidad é indecencia. Otro era vestirse de *nazarenos* algunos hombres, que con acciones indecentes, y algunos instrumentos ridículos causaban grande escándalo é irrisión en cuantos los miraban. Otro era reñir las Cofradías unas con otras, para lo cual llevaban armas prevenidas debajo de los pasos, y solían usarlas, no sin algunas heridas y desgracias, sin que la Justicia pudiese atajar tan graves inconvenientes. Clamamos contra ellos de suerte en los púlpitos, que hubo grande decencia y modestia en los trajes, rara fué la mujer que trujese cinta alguna de color, y fueron muchas las señoras principales que se vistieron de luto. Una no había estado en los sermones, y se vistió como solía; pero, llegando á una reunión de señoras, y viéndolas modestas y enlutadas, al punto que entendió el motivo, se retiró corrida á su casa.

No hubo penitentes indecentes, ni pleitos entre las Cofradías, y en la santa iglesia, donde concurre toda la ciudad y gente forastera, no se notó, según dijeron los señores prebendados y celadores, cosa digna de reprehensión, sino una quietud y devoción nunca vistas. El vicio de los juramentos, que está en Andalucía muy introducido, se ha remediado mucho en los lugares donde hemos hecho misión. Exhortándose los eclesiásticos y nobles á desterrarle, con el ejemplo de besar la tierra. Lo mismo sucede en las maldiciones en cuya materia me contó muy desconsolada una mujer, que hechó á una hija suya esta maldición: «plegue á Dios que mala perlesía te acabe,» y que antes de dos horas le sobrevino una terrible perlesía que la acabó en poco tiempo.

Los escándalos que en todas partes se han dejado en materia de

deshonestidad son innumerables, y de personas de todos estados. En Granada fué tan reparable esta reformatión, que decía un señor Oidor con muy buena gracia, que no sabía con que conciencia le habían quitado los Padres 600 ducados de renta, que le contribuían los amancebados. En Sevilla, y en los demás lugares, se casaron muchos con sus amigas, otros las echaron de casa, después de muchos años de público escándalo; volviendo á ella, y á su antigua estimación á sus mujeres.

No refiero casos particulares por ser muchos y semejantes. Sólo diré dos en que se muestra la dificultad, que se siente en conseguir estos efectos. Un cierto sujeto había pecado muchos años con una parienta, que tenía en casa, deseando ella mucho la ocasión de apartarse de maldad tan enorme; ofreciósele nuestro Señor, dándole al sujeto una grande enfermedad. No bastó para que dejara de inquietarla; mas ella le dijo con mucho sentimiento «¿es posible que ni aun ahora me ha de dejar usted? ¿Hasta cuándo ha de durar este pecado?» Respondió el enfermo: «hasta la muerte.» No duró mucho, porque dentro de pocos días murió.

Otro caballero estaba en una ocasión muy escandalosa, y deseando algunos amigos suyos sacarle de aquel peligro, le rogaron fuese á oír los sermones de la misión: respondióles que no necesitaba de oírlos, ni los Padres le podían decir cosa que él no la supiera ya. Quedóse en el cieno de sus culpas, y dentro de dos meses fué á dar cuenta á Dios, dejando á sus amigos muy lastimados, aunque consolados por parecerles que había muerto con buena disposición. Más clara fué la misericordia que usó Dios con otro caballero muy noble, que imitó al antecedente en no querer oírlos; y con gran descuido de la eternidad se había estado sin confesar nueve años. Volvimos seis meses después á la misma ciudad, y saliendo muy acaso al paseo á tomar el fresco, no pudo huir de una plática, que hacía en aquel puesto el P. Tirso, de la cual salió tan movido, que al día siguiente se confesó, y llevó su capellán á la parroquial para cumplir con la Iglesia.

17. En lo que se conoce más la eficacia de nuestras misiones, es en los agravios, que por ellas se perdonan, y en la paz que por ellas se comunica á los pueblos. Conócese en esto que que son misiones de V. P., que aun en el nombre [Oliva] es la esperanza y señal de la paz y concordia. En todos los lugares se han desterrado los odios y perdonado enormes agravios. En Granada admiró el ver que en un sermón, se abrazaron y reconciliaron algunos prebendados y otras personas de cuenta. En otro dos mujeres pobres perdonaron con llantos y voces las

muerter de sus maridos, conmoviendo á lágrimas y alaridos á gran parte del auditorio.

En Sevilla hubo los mismos efectos, y entre otros fué muy digno de reparo, que un caballero, heredero de un título, buscó á otros dos por testigos, y se entró por las puertas de su enemigo, pidiéndole con lágrimas y de rodillas, perdón de no haber querido desengañar antes al vulgo acerca de un agravio afrentoso á su persona, que le habían atribuido sin haberlo hecho, protestando delante de Dios y de aquellos caballeros, que se lo habían levantado falsamente. Mereció con acción tan heroica no sólo los abrazos del contrario y aplauso de toda Sevilla; sino el piadoso agrado de Dios nuestro Señor, que se mostró en mudar de suerte el corazón de este caballero, que antes de salir nosotros de aquella misión era ya el ejemplo de la ciudad.

Para que se vea el acierto de este caballero en pedir perdón de la injuria, la confirmaré con un suceso bien raro al parecer. Un hombre había quitado violentamente á una mujer el honor. Algunos años después le dió nuestro Señor una grave enfermedad, de que estuvo sacramentado. Una noche le sintió la mujer junto á su cama, y le oyó gemir tristemente, y que con voz clara le dijo: «Fulana, perdóname el agravio que te hice en deshonorarte;» ella le respondió: «Yo te perdono para aquí y para delante de Dios;» y luego sintió que se apartó de su presencia. Quedó la mujer confusa, y dudosa, si acaso había sido sólo sueño, hasta que á la mañana supo 'se había muerto al mismo tiempo que se le había aparecido. Quedó muy consolada de haberle perdonado y contó al P. Tirso la visión.

Innumerables fueron en varias partes las personas que buscaron de rodillas á sus enemigos. En la misma ciudad de Sevilla había jurado un hombre que si se le ponía delante un enemigo, que le había hecho una herida, había de matarle á estocadas. Salió de un sermón que oyó muy acaso, tan movido que se entró por las puertas de su contrario, y de rodillas le pidió su amistad, y al día siguiente llevó á su casa al enemigo y á su mujer, y les regaló con mucho amor y agasajo. De otra persona supe en Osuna, que con un indiscreto fervor se fué á casa de su contrario, y arrojándose con muchas lágrimas á sus pies dijo: «Este es el puñal con que quería quitar á V. la vida; en sus manos le pongo, haga de mí lo que quisiere.»

En la misma villa oían el sermón dos canónigos, que habían estado sin hablarse veinte años, y al acabar se abrazaron tan tiernamente, que ocasionaron muchas lágrimas en los circunstantes, y tanta en las mujeres, que por espacio de un cuarto de hora no cesaron de llorar, y

de reconciliarse unas con otras, imitando todos aquella noche acción tan piadosa. Uno tuvo la curiosidad de contar las amistades, que se habían hecho en su calle, y me aseguró que pasaban de veinte. En Ronda sucedió lo mismo, buscándose á competencia para reconciliarse y abrazarse toda la gente principal. En Antequera entre muchos agravios, que se perdonaron fué muy alabada la acción de un caballero de mucho valor que, encontrándose en la calle á un enemigo suyo, se quitó la espada, la puso á sus pies, le pidió de rodillas su amistad, y se abrazó con él tiernamente.

En Archidona me consolé mucho de alcanzar el perdón y entrada en casa de sus padres á un hijo, que sobre unos pleitos, que traía contra ellos, al parecer injustos, en materia de hacienda, fué á Málaga á sacar una excomunión. Venía muy contento con el buen despacho; pero apenas había caminado una legua, cuando comenzó á trasudar la mula como si llevara un grande peso; parecióles á los compañeros aliviarla y mudaron las alforjas, que pesaban muy poco, á un caballo muy brioso y fuerte. A poco camino andaba ya la mula muy ligera, y en cambio no podía moverse el caballo cubierto de sudor. Mudaron las alforjas á otra cabalgadura, y sucedió lo mismo, hasta que cansadas todas, y cansados ya los amigos de ayudarle, le volvieron sus alforjas, y con ellas á su mula los trasudores, que la cansaron tanto, que al entrar en Archidona reventó, y hubo de pagarla á su dueño.

Los perdones que hemos ignorado son muchos más que los que han llegado á nuestra noticia. Con todo hemos sabido, se han perdonado sesenta muertes, y algunas de ellas de notables circunstancias. En el Castillo había un hombre de natural tan terrible, que habiendo oído la misión de Alcalá la Real, no quiso reducirse á perdonar una muerte; mas después le movió nuestro Señor de suerte, en un sermón de la misión de su tierra, que se entró por la casa de sus contrarios rogándoles con el perdón.

En Osuna sólo, se perdonaron ocho ó nueve muertes, y algunas de ellas buscando los ofendidos al escribano para apartarse de la querrela. Una señora estaba tan rebelde en no querer perdonar la muerte de un hijo, que, para conservar siempre fresca la memoria del agravio, tuvo guardada ocho años la camisa ensangrentada del muerto. Fué el P. Zuleta dos veces á su casa, para persuadirla que perdonase, y no se dejó ver, temerosa de reducirse; pero después, corrida de haberse retirado, llamó al Padre, y en su presencia perdonó por amor de Jesucristo.

18. He guardado para el último el referir á V. P. la composición

de los bandos de Motril, Almuñecar y Morón. Los que había en Motril entre las familias más principales eran de tanto empeño, que lo mismo era hablar alguno á los de un bando, que ser enemigo de los del otro... El Sr. Presidente de Granada envió á llamar á los encontrados con intento de componerlos, y después de seis meses de trabajo no pudo reducirlos á que se hablasen. Además, D. Antonio de Heredia, presidente de la Sala del Crimen, fué á Motril á la averiguación de delitos enormes, que mutuamente se habían impuesto y, aunque les ofreció el perdón general de S. M. y el volverse él sin salarios, si se avenían, no pudo conseguir la concordia.

Estando así las cosas acudimos nosotros á remediar tan grave mal con nuestros medios. Fué necesario hablar á algunos para que acudiesen á los sermones. Parecía materia tan desesperada la paz, que un Superior de cierta Religión vino á nuestra posada media hora antes de predicar de enemigos, á conjurarnos de parte de Dios, que no intentásemos que se hablasen; porque le constaba se perderían, si acaso se comunicaban. Respondimosle, que no podíamos dejar de predicar lo que mandaba y aconsejaba Jesucristo, y que, si con sus palabras se movían los corazones á la concordia, corría por su cuenta el estorbar los inconvenientes, que con tanto celo y prudencia temía su Paternidad.

De la visita salimos para el sermón, á que asistió toda la ciudad deseosa de ver el suceso. Fué nuestro Señor servido de mover los ánimos, de suerte que dos caballeros principales, llamados D. Pedro de Quesada y D. Alonso Belluga, se levantaron en medio del sermón, para romper por la gente, y arrojarle á los pies de sus enemigos. Retúvolos un *Veinticuatro* de Granada, que estaba á su lado, y el predicador les avisó lo mismo desde el púlpito. No pudieron en todo el sermón suspender las lágrimas, ni al acabarse los pasos; pues rompiendo por medio de la gente, y saltando por sobre los bancos, llegaron á los pies de sus contrarios, y ellos los recibieron amorosamente en sus brazos. Todo era llorar, todo buscarse unas familias á otras, todo abrazarse los eclesiásticos con los de la ciudad, y estos con los militares. El que más admiró fué D. Bartolomé de Velasco, gobernador de la milicia de aquella costa, que, siendo de natural fuerte, estuvo tan blando y tierno, que bajó á los pies de la iglesia á buscar á unos capitanes de caballos y sargentos mayores, súbditos y contrarios suyos, y á abrazarlos con grande amor.

Para desahogarse más la piedad salieron todos los hombres á la plaza, quedándose en la iglesia las mujeres, donde por espacio de me-

día hora, prosiguieron unos y otros los perdones y abrazos, llorando todos de gozo y alegría. No hubo en la ciudad agravio, que no se perdonase, y algunos eran de más dificultoso ajuste, que la composición de los bandos. Perdonáronse, casi sin diligencia nuestra veinte muertes. Una berberisca, recién convertida, viendo lo que pasaba en la iglesia, se fué al escribano, y le dijo que testificase, como ella perdonaba la muerte de su marido por amor de Jesucristo. Una señora, llamada Doña María de Guzmán, envió á llamar un escribano, y perdonó las muertes de su marido y de su hijo. Otra mujer, que estaba once leguas de Motril, perdonó ante escribano la muerte de su hijo, sólo con saber lo que había pasado en la ciudad.

Luego que se tuvo noticia de tan feliz suceso, se repicaron las campanas de todas las iglesias, y en la mayor se cantó con muy buena música, y asistencia de todos el *Te Deum laudamus*. El día siguiente hizo la ciudad, convidando á la milicia, una fiesta á Ntra. Señora con sermón, en acción de gracias por la paz conseguida; y para perpetuo vínculo de ella y memoria del suceso, quedó á cargo de la congregación, que se fundó, el erigir una cruz hermosa de mármoles, que costará 500 ducados, con estos títulos: *Pacem meam do vobis, y qui posuit fines suos pacem*, y á la una parte un crucifijo, y á la otra el Espíritu Santo.

La Iglesia y Ciudad hicieron dos propios, uno al Sr. Arzobispo, y otro al Sr. Presidente de Granada. Además otros particulares enviaron otros tres, para dar noticia á sus amigos. Deseaban tanto esta paz en Granada, que fué universal la alegría que causó la nueva, y muy especial en los señores oidores, canónigos y caballeros. El Sr. Arzobispo lo mostró en salir de su casa, en su silla, sin aguardar criados ni coche, para venir á nuestro colegio á dar las gracias al P. Rector y demás Padres, del dichoso suceso de la misión. El Sr. Presidente y su señora derramaron tantas lágrimas de gozo al leer las cartas, que se asustó la familia, juzgando habrían tenido en las cartas alguna nueva lastimosa. Aun en Madrid hizo tanto ruido esta paz, que admirado el Consejo del perdón de tantas muertes, escribió al Sr. Presidente que se hacía grande novedad, que en una ciudad tan pequeña hubiese tantas muertes que perdonar, y que temía no fuese descuido de la Justicia. Satisfizo facilmente el Presidente al Consejo con la verdad, de que aquellas muertes, que se habían perdonado de una vez, habían sucedido en Motril y otros lugares vecinos, en espacio de más de veinte años.

19. En Almuñecar, fué muy semejante al de Motril el suceso, en otros bandos, que allí había de menos ruido, pero de igual empeño; pues

al acabar el sermón, se abrazaron en la iglesia los que estaban encontrados con grandes muestras de alegría. Un caballero se había ausentado á una aldea vecina. Toda la ciudad, y aun la de Motril, lo atribuyó á empeño de no hacerse amigo del Vicario de su Ilustrísima; pero sabiendo lo que había pasado en la ciudad, y que al volvernos á Motril le habíamos buscado sin hallarle en aquella aldea, apenas volvió á su casa, cuando se entró por la del Vicario. Le pidió perdón de rodillas, y le besó la mano, abrazándose después los dos con grande amor y ternura.

A esta ciudad vino desde Motril, que dista cuatro leguas, un pobre pescador genovés, sólo para reconciliarse con un hombre que le había tirado un carabino, y hecho una herida, que le costó mucha hacienda. Y aunque al principio decía, que si iba á casa de su enemigo, le abrazaría y perdonaría el agravio, pero no el dinero; después se hicieron tan amigos al hablarse, que lo perdonó todo.

Una mujer de ochenta años, estuvo tan rebelde en no perdonar la muerte de un nieto, que desgraciadamente le habían muerto, que porque no la hablásemos, se huyó á una casa de campo. Viéndola un labrador piadoso, sacó un Sto. Cristo de su casa, y al pasar por ella la mujer, la hizo un sermón muy fervoroso y tierno. Sólo pudo conseguir que se hiriese la cara con las uñas, rabiosa de sentimiento. Fuimos á buscarla al campo, guiándonos el mismo labrador, á quien encontramos muy á caso, y quiso nuestro Señor, que aunque al principio dijo mil desatinos, se redujera después á perdonar benignamente, en el campo con testigos, y en la ciudad por efecto.

Más dificultad hallamos en la composición de los bandos de Morón, que estaba para perderse cuando llegamos, con tan sangrientos empeños, que el Vicario no quería permitir que hiciésemos el acto de contrición de noche, temeroso de que había de haber algunas muertes, y se había de derramar mucha sangre. Eran los pleitos sobre el gobierno de la villa, y algunos otros que se hacían acerca de la nobleza, obligándoles á los que la poseían á litigarla en Granada. Hasta los clérigos estaban divididos en dos bandos, y lo que más es, aun las religiones; pues unas se inclinaban á un bando, y otras al otro.

Lo que más nos embarazaba era, que aun á los de la Compañía los del un bando los miraban como contrarios, porque entraban en nuestra iglesia y casa los del otro, á título de patronos y bienhechores antiguos. Acudían estos á nuestros sermones, y estaban tan movidos, que deseaban ocasión de obligar á sus contrarios á la paz con alguna demostración cristiana. En quince días de sermones, que siempre herían en el punto de la paz, y con dos que se predicaron de propósito, de perdonar

á los enemigos, no se pudo conseguir el ajuste; porque faltaba siempre la cabeza del un bando, á quien no podíamos reducir á que fuese al sermón. Ni bastó que la cabeza del otro bando, siendo como era caballero muy principal, le rogase un día, después del sermón delante de todo el pueblo en la plaza, con la amistad; ni que en la sacristía se arrojase á los pies de un sacerdote que con grande empeño había favorecido á la parte contraria, y á quien Dios, poco tiempo después, llamó para pedirle cuenta.

El medio que tuvimos para predicarles á todos juntos, fué pedir al Sr. Conde de la Moncloa, Maese de Campo, quien con su tercio estaba alojado en la villa, que llevase el estandarte, y los convidase á todos para una doctrina muy solemne que se hizo el último día. Acudieron todos, y parando la doctrina en la plaza, donde se juntaron más de ocho mil personas, les predicó el P. Tirso con tal energía que, al acabar el sermón, interviniendo el Sr. Conde, el P. Rector de nuestro Colegio y otros religiosos, los del bando que deseaba más la paz, fueron á donde estaban los otros, que saliendo á recibirlos amorosamente, les abrazaron con tiernas lágrimas.

No se puede describir lo que vimos con grande gozo en aquella plaza. Tales llantos de alegría, tales alaridos, tales vítores del pueblo y de los soldados á las familias de ambos bandos y á la Compañía, tal arrojar el sombrero todos al aire, tal volverse todos juntos á la iglesia, sin orden de doctrina, mezclados unos con otros, eclesiásticos con seglares, y nobles con plebeyos. Unos cantaban las oraciones, otros coplas á nuestra Señora, otros vitoreaban á la Compañía. Resonaban las campanas de las iglesias, donde hubo rara confusión de pueblo y voces, hasta que se dió principio á una breve plática en confirmación y acción de gracias de la paz. Siguióse el *Te Deum laudamus*, y se publicó un novenario de fiestas al Smo. Sacramento, descubriéndole por mañana y tarde, con sermones de estas circunstancias. El Sr. Arzobispo de Sevilla se alborozó mucho por la paz, que tanto deseaba, y escribió una carta muy de padre, exhortando á todos á la perseverancia, y ordenando al Vicario la leyese al pueblo en la iglesia, y publicase cuarenta días de indulgencia, que concedía á los que rogasen á nuestro Señor por el mismo intento. *Hasta aquí lo que tomamos de la carta del P. Guillén al M. R. P. Oliva.*

20. *En el Manuscrito «Memoria de casos que llegaron á los pies del P. Tirso Gonzalez de la Compañía de Jesús, en la misión que hizo en Andalucía el año 1668-1669, apuntados por él mismo,» contiénense muchos de los que acaba de referirnos el P. Guillén y otros cuatro, que aquí po-*

nemos. Se confesó en la misión un hombre que había más de 28 años que callaba ciertos pecados; y era tal el horror que tenía á declararlos que aseguraba, que nunca jamás se hubiera determinado á declararse, á no habernos oído á nosotros. Resuelto ya á confesarlos, propuso no comer hasta hacerlo, y pasó más de treinta horas sin probar bocado. Hubo otro que tenía un pecado callado que no osaba manifestar. No me había oído sermón ninguno; mas por lo que le contaron otros, deseaba oírme y confesarse conmigo. Una noche soñó que estaba viendo á un pecador confesarse conmigo, y que le decía muchas cosas para moverle á contrición. Por lo que soñó, despertó, llorando con gran sentimiento sus pecados, y por la mañana vino á confesarse, y quedó con gran consuelo de su alma.

Una mujer de cerca de ochenta años callaba desde la niñez una cosa, que le pareció era un gran pecado. Fué el caso que cuando niña comulgó, habiendo comido antes, sin acordarse entonces, ó sin saber que fuese necesario ir en ayunas. Poco después cayó en la cuenta de que era menester guardar el ayuno natural, y se persuadió que lo hecho por ella era un pecado tan grande, que si lo confesaba la habían de llevar á la Inquisición; y por este temor lo callaba comulgando de ocho á ocho días. Cuando más moza estuvo determinada de ir á Roma, y sólo la detuvo el pundonor, porque no pensasen su marido y sus deudos que se había ido por ser mala mujer. Oyóme decir que el confesor no podía decir nada ni al Rey, ni al Papa, ni á la Inquisición, aunque le confesasen mil herejías, etc. y con eso vino á confesarse con grande consuelo suyo y mío.

Acudió á mi cierto hombre y me dijo que siendo muchacho asó un viernes en el monte unas salchichas para comérselas. Al meter el bocado en la boca sintió unos ladridos terribles de un perro, que él no vió por ninguna parte, ladridos que le espantaban. Atemorizado dejó de comer y cesaron los ladridos; mas volviendo segunda y tercera vez al manjar prohibido, volvió á oír los mismos ladridos; con que espantado, se abstuvo de cometer aquel pecado.

Para conclusión de este capítulo, he aquí otros sucesos de este año, según se contienen en un «Papel del H. Juan Acacio al P. Tirso, sobre casos raros acaecidos en Sevilla» (1):

(1) Este *papel*, como en él se dice, respondió el H. Juan Acacio al P. Tirso, que por Julio de 1669 le escribió, que le enviase un apuntamiento de las conversiones más notables que causó la misión, que su Reverencia había hecho allí por la cuaresma.

Este H. Acacio, según consta por la historia manuscrita de la Casa Profesa de Sevilla (espejo 2.º, imagen 23), fué natural de Montilla y murió en Sevilla en 1671, á los 61 de su edad y 39 de vida religiosa. Había servido, cuando seglar, de contador á los

Como esta ciudad de Sevilla es tan grande, no se puede comprender todo, y apenas saben lo que pasa en su barrio los que viven en él. Pero es cierto, que todos los que oyeron las pláticas y sermones, dejaron las ocasiones de amancebamientos, y esto lo he oído decir en diferentes barrios, diciendo cada uno la reformatión que había en el suyo. Los casos particulares campanudos son los siguientes: Un título de mucha suposición tenía una ocasión muy pública, y tan pública que tenía puestas casas muy principales y coche, y asignados lacayos y pajes á la manceba. De los sermones y pláticas resultó dejar esta ocasión totalmente, y quedar reducido el tal señor, y con notable mudanza de vida, y muy amigo de los Padres, de suerte que hizo una impresión de sus devociones y las repartió en la ciudad. Está dicho caballero, refiriendo en todas las ocasiones que se le ofrecen, que los Padres le han puesto en gracia de Dios. Otra persona del mayor puesto y suposición de esta ciudad y su reino, había cuatro años que tenía la ocasión dentro de casa, lo que era muy público. De las pláticas y sermones resultó casarse con la señora, y hallarse hoy muy gustoso y en gracia de Dios, confesando lo debe á la doctrina de los Padres, y entendiéndolo así toda la ciudad.

Un alguacil de los *veinte* de esta ciudad, hombre temerario y valiente, y muy temido en todo este reino, había doce años que estaba amancebado públicamente con grande escándalo. Pasando por el Sagrario el día de la calavera [*sermón de la muerte*], le dió gana de oír. Oyó, en efecto aquél, y prosiguió oyendo los demás sermones, de que resultó dejar á la dama, dándole todo lo que tenía en su casa y mucho dinero; además pidió á su padre que lo casase, y se casó. Ha mudado de vida con gran edificación de la ciudad, y en todas ocasiones dice, que todo se lo debe á los PP. Misioneros; pero esta conversión y muchas de aquella tarde se deben al compañero (1) que llevó la calavera.

Un clérigo, muy rico y de vida libre, tenía una ocasión en su casa; oyó en S. Lorenzo las pláticas y sermones, y de ello resultó echar de

Marqueses de Priego, y fué agente de los Sres. Duques de Medina Sidonia, y aun á veces hizo de gobernador de todos sus estados. En la Compañía desempeñó el cargo de Procurador, y fué modelo de virtud. En medio de sus muchos y graves negocios, le gustaba mucho que le mandasen acompañar á cualquier Padre operario. Cuando había algún ajusticiado se desvelaba por cuidar al Padre que le asistía. Habiendo venido á esta ciudad á hacer misión N. M. R. P. Tirso Gonzalez y sus compañeros, tomó á su cuidado el regalarlos y asistirlos, no cabiéndole en el pecho el gozo por el mucho fruto que hacían.

(1) El compañero de que aquí habla el H. Acacio, fué él mismo, y el predicador el P. Tirso, con quien el Hermano se bromea, como buen andaluz.

casa la ocasión y mudar de vida, con mucho ejemplo de todos los que le conocieron, y publicando él mismo á voces que todo lo debe á los misioneros. Otro caballero mozo, hijo de un título de esta ciudad, muy conocido por su sangre y por sus muchas travesuras, oyó las pláticas y sermones, y está tan reducido, que cada semana comulga en esta casa dos veces, y confiesa con el P. Silva. Esta reducción ha hecho más ruido que todas las otras, y con sólo esto bastaba para coronar la misión de Sevilla. Ultimamente digo que aquí anduvo el dedo de Dios. Su Majestad pescó muchas almas, el fruto fué grande, y el crédito, que se ganó, infinito: todos lo aclaman y lo confiesan.

CAPÍTULO SEPTIMO

Quinto año de las excursiones apostólicas del P. Tirso 1669-1670.

SUMARIO: 1. Ministerios del verano de 1669 en Granada: por Septiembre pasa á misionar á Loja, y funda allí una congregación.—2. Misión de Málaga.—3. Misiones de Velez y Torrox y bautismo de Moros en Granada.—4. Pasa á misionar á Ceuta, y de camino predica en Gibraltar: Misiones de Estepona y Marbella.—5. Salen de Málaga para la Corte, y misiona en Alcalá de Henares y Madrid.—6. Doctrinas generales, actos de contrición y concursos á los sermones.—7. Confesiones y comuniones generales: congregaciones y devoción á S. Ignacio.—8. Conversiones extraordinarias.—9. Perdón de agravios.—10. Enemistades particulares que se quitaron.—11. Predica á los moros en Málaga y se convierte un buen número de ellos.—12. Más conversiones de moros en Andalucía.—13. Conversión y solemne bautismo de moros en Madrid.—14. Algunos otros casos raros acaecidos al P. Tirso.

FUENTES HISTÓRICAS: 1. Itinerario del P. Tirso Gonzalez.—2. Carta-relación de los sucesos de las misiones de este año escrita al M. R. P. Juan Pablo Oliva el 10 de Julio de 1670 desde Jesús del Monte, por el P. Juan Gabriel Guillén. ms.—3. Carta del P. Tirso al mismo P. General sobre la misión de Ceuta. ms.—4. Resumen de los ejercicios en que se ocupan los Hermanos de la Santa Congregación de la ciudad de Ronda, manuscrito que se halla junto con el Itinerario del P. Tirso.—5. Datos históricos sobre el Ilmo. Obispo de Málaga Sr. D. Fr. Alonso de Sto. Tomás sacados del *Catálogo Razonado* del P. Uriarte y del Instituto de la Compañía de Jesús.

1. Recogímonos el verano de 1669 á Granada, y allí predicamos los domingos por la tarde, ya en la Carrera del Darro, ya en la Plaza Mayor, ya en la de Vivarrambla, ya en la de las Agustinas. A la primera ó segunda plática que hice en el Darro, cerca de la huerta de los frailes Victorios, concurrió un título, que huía de los sermones y había siete años que no se confesaba, y aquella tarde había salido á esparcirse al Darro, sin saber lo que le esperaba. Vióse necesitado á oír la plática, por haber parado allí los demás coches, y salió de allí tan movido, que fué al día siguiente á un convento, y estuvo encerrado dos ó tres horas en una celda con un religioso, confesándose. Su hijo vino

alborozado á contar esto á la Compañía; y los caballeros que sabían cuanto había que no se confesaba, se alegraron mucho de verle tan trocado. Fuera de estos sermones predicamos algunos otros, que nos echaron en casa.

Salimos para Loja, el viernes por la tarde, día veinte de Septiembre, el P. Juan Gabriel, el P. Francisco Amayuelas, ministro de aquel Colegio y yo. Introdujimos la misión el sábado con el acto de contrición por las calles, al que hubo grandísimo concurso y singular moción. Estuvieron conmigo los Padres hasta el viernes siguiente, que se partieron para Alhama, y quedé yo sólo, hasta que el martes por la mañana llegó D. Dionisio de Barrio, sacerdote ejemplar de Granada, y que tiene muchos penitentes que tratan de virtud, al cual exhorté que saliese á misión para aficionarle á este ministerio, y vino á ayudarme.

Duró la misión quince días; pero con las vendimias menguaron algo los auditorios de hombres. El domingo por la tarde, trece de Octubre, se hizo una doctrina muy solemne por las calles con asistencia de toda la ciudad; terminóse en la plaza, adonde se puso el púlpito de la iglesia mayor, en que prediqué el sermón de perseverancia. Al octavo día de misión, que fué domingo, prediqué de enemigos, y de la gente ordinaria fueron innumerables los que buscaron á sus enemigos para pedirse perdón. De los caballeros y gente de república, que estaban encontrados, se hicieron seis ó siete amistades que deseaba mucho el alcalde mayor y otros, y nunca habían podido ajustarlas. Gastáronse el día de la comunión general de cuatro á cinco mil formas, que fueron menos de lo que yo deseaba, pues la ciudad será de mil seiscientos vecinos; á dos mil no llega.

Fundóse una congregación muy ilustre bajo el título de Nuestra Sra. de la Concepción. En medio de la segunda semana traté de ella, y la erigí antes que se ganase el jubileo de las doctrinas, haciendo para eso una junta, el viernes once de Octubre, de casi toda la gente grande y de algunos sacerdotes. Abrazaron todos las constituciones nuevas, impresas en Madrid este año de 1669. Tiene cada semana su junta y en ella una hora de lección espiritual, plática y oración. Tiene á su cargo el rosario cada día, y además de eso lección espiritual los domingos. Después de él, en las parroquias piden para los pobres vergonzantes con sus capachas al hombro, una vez cada semana; y tienen el ejercicio de la disciplina todos los viernes, y en cuaresma tres días cada semana. Comulgan cada mes una vez de comunidad, y cumplen con las demás cosas de aquellas constituciones nuevas que hice este verano. El lunes después de concluidos los sermones de la misión, tomé la posesión de

rezar el rosario, y de leer la lección espiritual, y concurrió tanto auditorio, como los demás días.

El martes, día de Sta. Teresa, hicieron todos los hermanos su incorporación solemne. Dijo la misa el prefecto, que es un sacerdote muy ejemplar, en la capilla de Ntra. Sra. de la Concepción. Después de consumir, estando patente el Santísimo en un vaso de formas que consagró para comulgar los hermanos, hicieron su profesión en la forma que disponen las constituciones, leyendo la oración de la incorporación otro hermano sacerdote, que tenía puesta su sebrepelliz, y respondiéndole todos en voz alta. Luego comulgaron los seglares, cantando en el ínterin los sacerdotes el *Te Deum*, con mucha devoción, y tocándose el órgano. Harían la incorporación cuarenta personas. Acabada la misa, el prefecto les dió uno por uno á besar la mano, y les iba echando su bendición. Esta función sacó á muchos lágrimas de ternura y devoción. Después de ella les hice una plática, y á la tarde me despedí con otra breve.

Fuimos á apearnos al hospital; el administrador no nos acogió, dando por excusa que estaba esperando al Sr. Arzobispo, que venía á visitar, y solían los Prelados hospedarse allí; con que volvimos á sacar el ato del hospital, y la primera y la segunda noche nos hospedó en su casa un caballero viudo muy fervoroso, llamado D. Diego de Mora, hasta que nos pasamos á la tribuna de la iglesia, en donde estuvimos todo el demás tiempo, enviándonos de comer algunas personas devotas. El concurso á confesar fué muy grande, y mucho el afecto con que todos quedaron.

2. El miércoles me partí para Málaga. Entre personas devotas juntaron cincuenta reales; veinticinco dieron por la cabalgadura y veinticinco al mozo; para el camino no sacamos un cuarto. Hice noche el miércoles en el Colegio de Antequera, y el jueves por la noche, 17 de Octubre, llegué á Málaga. Deseamos publicar la misión el sábado con una doctrina; pero el viernes y el sábado llovió todo el día, de suerte que no dió lugar. El domingo descubrió Dios que gustaba se empezase la misión, dicho día por la tarde, con una doctrina que, saliendo de nuestra casa, se terminó en la Catedral con el primer sermón, á que asistió su Ilustrísima el Sr. Obispo D. Fr. Alonso de Sto. Tomás, (1) con todo el cabildo eclesiástico y el secular, y muy grande auditorio; que para haber precedido tan poca publicación, fué mucho.

(1) Sobre este Ilmo. Prelado, tan celoso del bien de las almas, como justo apreciador de las grandes dotes del P. Tirso, y amante desinteresado de la Compañía de Jesús, véanse algunos datos históricos en el apéndice VII.

La publicación que precedió, fué solamente el haber dado noticia de la misión los curas en sus parroquias por la mañana á sus feligreses; y el haber hecho imprimir el sábado por la noche unas cédulas en que se avisaba, cómo el domingo segundo de Octubre se empezaban los sermones de misión en la Catedral, á las tres de la tarde, después de vísperas y completas. Todo el suceso de esta misión y la conversión y bautismo de los moros escribió en relación larga el P. Guillén á nuestro Padre. *Hasta aquí el P. Tirso en su Itinerario, transcribiremos ahora lo que el P. Guillén dice de esta y de las demás misiones del año en su carta-relación al P. General.* -

Más de siete semanas duró la misión de Málaga, ciudad de doce mil vecinos, adonde nos había llamado el Ilmo. Sr. D. Fr. Alonso de Sto. Tomás su Obispo, prelado de singular celo de las almas, y donde nos deseaban con ansia, desde el año antecedente los cabildos eclesiástico y secular. En la Catedral se hizo nueve días, entre los dos coros, con asistencia de su Ilustrísima algunos días, y siempre con la de ambos cabildos y de toda la nobleza é innumerable pueblo. En la parroquia de Santiago se prosiguió lo restante de la segunda semana. La tercera en la de S. Juan, la cuarta en la de los Mártires, y la quinta se repartió entre las iglesias de los arrabales. Por fin la sexta y séptima se emplearon en seis conventos de monjas, predicando los días de fiesta por la tarde, á los moros en el corral de las comedias, que se llenaba de eclesiásticos, religiosos y ciudadanos, y en las plazas á la gente del campo, que venía de las granjas, que pasan de ocho mil en aquella ciudad.

Aunque deje para después la relación del fruto que sacó nuestro Señor de estas diligencias, no puede mi agradecimiento dilatar el participar á V. P. lo que debimos á su Ilustrísima; pues, fuera de la honra que nos hizo al visitarle, y del regalo que enviaba todos los días á nuestro Colegio, nos defendió contra algunos, que delante de su Ilustrísima, intentaron murmurar de los medios de nuestra misión, atajando con graves palabras, y aun desengañando con algún desaire la pasión, que por ventura ellos imaginaban santo celo. Enviaba ordinariamente sus capellanes, para darnos las gracias del trabajo, como si no fuera en nosotros obligación; y, acabada la misión, vino en persona á darlas al P. Rector y Misioneros, mandándonos pasásemos á Ceuta, y leyéndonos las cartas, que el Sr. Marqués de Asentar, y su Gobernador, y el Cabildo de la Catedral le habían escrito para este intento.

La estimación que hizo su Ilustrísima del fruto de las misiones en los conventos de monjas de su filiación, le obligó á mandarnos fuésemos á uno sujeto á la religión de Sto. Domingo, y sintió no poco, que un

Vicario de otro convento de monjas, le estorbaba el consuelo que ellas habían solicitado con la misión, y aplaudió mucho el medio de enviar las monjas un propio al Provincial, con que consiguieron ellas la licencia, y nosotros el predicarlas sin queja de su religión.

Supo su Ilustrísima deseábamos se imprimiese el librito de las Cuatro Máximas de la Eternidad y otros tratados del P. Juan Eusebio, y de varias devociones, que introducimos en la misión, y envió á su Mayordomo, para que nos dijese que aquellas impresiones se habían de hacer por su cuenta. Sólo faltaba darnos de vestir, en qué rezar, y con qué predicar. Todo lo consiguió la discreta piedad de su Ilustrísima. Lo primero, mandándonos recibir el paño suficiente para manteos y sotanas, que sólo hubo de malo el ser demasiado bueno. Lo segundo, dándonos de su mano unos breviarios de cuatro tomos ricamente encuadernados. Y lo tercero, con darnos unas biblias, también de cuatro tomos, muy curiosas, y los tomos de sermones de V. P. La estimación de éstos abrió muchas manos para recibir; y el respeto á su Ilustrísima, nos las ató para cerrarlas á lo demás.

Imitó el Cabildo de la Catedral, que es de los más doctos de España, la piedad de su Ilustrísima; pues envió una dignidad, y un canónigo con sus maceros, para que nos diesen las gracias de la misión en su nombre, ofreciéndonos letra abierta para cuanto quisiéramos en cualquiera tiempo y lugar, y dando de presente al P. Rector del Colegio una libranza de cincuenta fanegas de trigo, que valían dos mil reales. El Vicario General asistió con la familia de su Ilustrísima á las doctrinas, y en el acto de contrición llevó el Sto. Cristo dos veces, alumbrando con hachas los pajes de su Ilustrísima, y asistió personalmente á todos los sermones que hubo en la misión, aun cuando íbamos á los arrabales, ó se predicaba en las plazas, ó á los moros.

3. Antes de mediado de Diciembre, pasamos á la ciudad de Velez, que es de 1.500 vecinos, donde deseaban mucho la misión, desde la primavera antecedente, los Sres. Marqueses de Santillán, que gobiernan las costas del reino de Granada, y son verdaderos devotos, é hijos de la Compañía. Diez y ocho días duró la misión, asistiendo siempre su Excelencia á los sermones y doctrinas con toda la familia y milicia. Ayudó mucho para la compunción y fruto de la misión, así este ejemplo como la desgraciada muerte de un soldado, que siendo desterrado de la ciudad por su Excelencia á título de un amancebamiento escandaloso, el mismo día que comenzó la misión, despidiéndose de la mujercilla, le dió un accidente tan arrebatado, que le quitó la vida. Juzgo que dió lugar á que le absolviese un confesor.

Por ser necesario, que el P. Tirso volviese la Pascua de Navidad á Málaga para asistir al bautismo solemne de los moros recién convertidos, vinieron á ayudarme el P. Juan de Zanartu, Maestro de Filosofía de nuestro colegio de Málaga, sujeto de grandes prendas de entendimiento y virtud, y el Dr. D. Cristóbal Brito, cura del Sagrario de Málaga, persona muy ejemplar. Pasamos también á Torrox, lugar de 300 vecinos, y á la Torre de la Mar, que tendrá hasta sesenta, mientras el Padre Tirso hacía misión en otro lugar, llamado Casabermeja, que será de 400 vecinos, asistido del capellán de su Ilustrísima. A once de Enero volvimos á juntarnos en Málaga, donde nos aguardaba un criado del Marqués de Asentar, para llevarnos á Ceuta, como había ofrecido su Ilustrísima, que también deseaba hiciésemos misión en la ciudad de Marbella, que será de 400 vecinos, y en la villa de Estepona, que tendrá 300, y están en las costas del mar Mediterráneo, camino de Gibraltar. Embarazaba al parecer este intento la vecindad de la cuaresma, y las cartas del Excmo. Sr. Marqués de Aytona, valido entonces de su Majestad, en que con instancias repetidas pedía á su Ilustrísima nos enviase para la cuaresma á Madrid. Parecióle á su Ilustrísima más precisa la necesidad de Ceuta, pero forzoso también el que fuésemos á Madrid; y así, deseoso de que se despachase presto en Ceuta, ciudad y presidio del Africa, en la boca del estrecho de Gibraltar, de 500 venos, y que de vuelta, dando lugar el tiempo hiciésemos misión en Marbella, y Estepona; nos dió por compañeros tres sacerdotes ejemplares de Málaga, y para todos mulas y criados de su casa, que nos llevasen hasta Gibraltar.

Salimos de Málaga para Ceuta á 15 de Enero. Llegamos á Gibraltar, que dista veinte leguas, á diez y siete. Allí fué necesario detenernos un día por falta de embarcación, para pasar el estrecho, lo que fué disposición divina, para que se hiciese el acto de contrición con grande provecho de los católicos, y se predicase en la plaza á los moros, con asistencia de toda la ciudad, convirtiéndose tres de ellos á nuestra santa fe. En uno veneramos la piedad y providencia de nuestro Señor, pues era de ochenta años, y los sesenta había estado en Gibraltar, sin querer tratar con los moros, ni bautizarse, ajustándose mucho á la ley natural.

Domingo 19 por la mañana, en espacio de dos horas pasamos el estrecho en un barco luengo, de tan mala calidad, que nos vimos en no poco riesgo, en medio de las corrientes que vienen del Océano, y las crecidas olas que se movían de frente. Recibiéronnos el Sr. Gobernador, la Iglesia, toda la ciudad y presidió con admiración y gozó, y en

diez días que duró la misión, no sé si fué mayor su piedad, que nuestro consuelo; el agasajo, que el fruto; la moción presente, ó los efectos que se siguieron, ya en discordias que se compusieron, ya en escándalos que se quitaron, ya en la congregación que se fundó (1).

Causábanos no poca ternura el ver que todos los días al acabarse el sermón salían cuatro caballeros del orden de Cristo, con sus mantos militares y hachas encendidas para alumbrar al Sto. Cristo, que sacábamos en el púlpito. Donde no pudimos contener las lágrimas fué en la marina al embarcarnos para España, recibiendo tiernos abrazos de su Excelencia, de toda la nobleza y milicia, del Deán y de todo el clero, que con cristianas demostraciones de su afecto, renovaban la memoria del piadoso cariño con que trataban á sus predicadores los fieles de la primitiva Iglesia.

Dímonos á la vela en un barco de mejor calidad, que el pasado, la vuelta de Estepona, que dista por mar nueve leguas de Ceuta; pero apenas habíamos navegado las tres con próspero viento, cuando creció de suerte el levante, que dificultaba el piloto pudiésemos llegar á Estepona, añadiendo que había claras señales de tempestad, y que en una hora podíamos tomar puerto en Gibraltar, por ser el tiempo favorable para aquel rumbo, y no distar más que tres leguas. Seguimos este parecer; y desembarcando en Gibraltar, buscamos caballos para hacer por tierra nuestro viaje el día siguiente á Estepona. Ofreciólos con mucho gusto el Sr. Marqués de la Laguna, hijo del Exmo. Sr. Duque de Medinaceli, que gobernaba aquel puerto; pero al tiempo de partir sobrevino tal lluvia, que se embarazó el viaje. Valióse de esta ocasión un caballero para instarnos á que predicásemos otra vez á los moros; y juzgando que quizá todos los embarazos pasados serían efecto de la providencia divina para la conversión de algunos, ofrecimos predicar dos sermones, uno á moros y otro á cristianos. Concurrió toda la ciudad á entrambos, y en el de los moros se convirtieron cinco moras, de las cuales casi todas pidieron públicamente, después del sermón, el bautismo. Dimos gracias á nuestro Señor que con tan alta providencia, embarazando nuestras disposiciones había conseguido el intento de las suyas.

El día siguiente hallamos otro embarazo para ir por tierra á Estepona, por los lodos del camino, y avenidas de los arroyos; pero nuestro Señor, que quería se hiciesen las misiones de Estepona y Marbella, lo dispuso mejor enviándonos una fragata, que pasaba á Málaga, y un

(1) Véase en el apéndice VII, la carta del P. Tirso al P. General sobre esta materia.

poniente tan próspero, que en dos horas nos puso en las playas de Estepona á los dos sacerdotes y á mí, y pasó á la de Marbella el P. Tirso y otro sacerdote. Como las poblaciones no eran grandes y la gente estaba prevenida con las esperanzas, pudimos en cuatro días despachar ambas misiones con el fruto, que si hubiéramos estado mucho tiempo; y pasar el día siguiente, que era cuatro de Febrero, todos juntos á Málaga. Alegróse mucho su Ilustrísima y toda la ciudad con nuestra vuelta, y tomando su bendición comenzamos la jornada á Madrid á seis de Febrero.

5. Apenas salimos de Málaga, cuando se mudó el tiempo, que era muy bueno, y se torció de modo, que apenas hubo día en que no nos mojásemos; pero, ni el agua, ni los lodos y pantanos del camino fueron bastantes para que no llegásemos en nueve días á Madrid, que dista de Málaga más de ochenta leguas, no sin admiración del P. Rector y demás Padres de nuestro Colegio, que apenas podían creer las misiones y viajes, que por mar y tierra habíamos hecho desde 15 de Enero á 15 de Febrero, ni acababan de alabar las singulares providencias de nuestro Señor.

Entre otras fué muy digna de admiración, la que usó con nosotros por medio del Emmo. Sr. Cardenal Portocarrero, grande protector de nuestras misiones. Deseábamos mucho ver á su Eminencia para darle el parabién del Capelo, y las gracias de tantas honras como nos hacía; pero nos desconsoló el ver que, por hallar á su Eminencia, habíamos errado el camino; pues, huyendo de Toledo por hallarle en Añober, supimos había salido ya de Añober para volverse á Toledo. Este yerro nos necesitaba á hechar por medio, sin buscar á su Eminencia en ninguna parte; pero cuando menos lo pensábamos nos le trajo nuestro Señor para nuestro consuelo á una venta, á donde habíamos parado al mediodía. Grandes fueron las demostraciones de piedad, con que nos honró su Eminencia, y por despedida, nos obligó á tomar de limosna todo el dinero que había sacado consigo para dar á pobres en aquellos campos, que sería como 200 reales, cantidad en que nos habíamos empeñado en Córdoba para la compra de una capa, que nos defendiese de las continuas lluvias, que temíamos nos descompusiesen los pechos y la voz. Agradecemos á nuestro Señor, que hubiese tomado á su Eminencia por instrumento para remediar la nécesidad, que por entonces no supo.

Cuando llegamos á Madrid estaban las calles tan llenas de lodo, y el tiempo tan desacomodado, que al P. Provincial y al Rector del colegio, les pareció conveniente que, pidiendo licencia al Emmo. Sr. Car-

denal de Aragón, y al Excmo. Sr. Marqués de Aytona, fuésemos luego á Alcalá para comenzar allí la misión, el día de Ceniza, como deseaba el P. Rector de nuestro colegio de Alcalá. Ejecutóse así, y en doce días de misión, á que asistió toda la Universidad, los colegios, doctores y nobleza, se consiguió inmenso fruto. Apenas hubo persona de la Universidad, que no hiciese confesión general; entraron en varias religiones hasta veinte estudiantes, y de ellos cinco en la Compañía, todos de buenas prendas, y cuatro que tenían acabada la Filosofía, siendo colegiales; y hubieran entrado en la Compañía muchos más, si no los hubieran retirado con violencia sus parientes y amigos de tan santos intentos.

Al ejercicio de la disciplina, que se hacía tres veces por semana, después de una breve plática, acudía, como en los demás lugares, toda la Universidad con tal fervor, que pidieron los estudiantes se hiciese el ejercicio todas las noches, como se ejecutó aun acabada la misión, haciendo las pláticas con singular acierto y espíritu los Hermanos Teólogos de nuestro colegio, que quedaron aficionadísimos al santo ministerio de las misiones, á que estaban muy inclinados con la experiencia de hacer el acto de contrición y de predicar de puntos de misión en nuestro refectorio, medios que facilitan mucho á ejercicio tan propio de la Compañía, y que espero han de deber al santo celo de V. P. se introduzca en todas las provincias.

Acabóse la misión de Alcalá, segundo domingo de cuaresma; y aquella misma tarde, habiendo enviado nuestro Señor en la antecedente un viento, que secó los lodos que hubieran embarazado mucho, dió el P. Tirso principio á la de Madrid, con asistencia del Sr. Cardenal Aragón, en la parroquia de S. Sebastián. Prosiguióse la segunda semana en el Noviciado (1), la tercera en nuestro Colegio Imperial (2), y la cuarta en la parroquia de S. Andrés. La semana de Pascua predicamos á los moros, y lo demás de la primavera, hasta S. Juan, nos ocupamos en el catecismo, y bautismo de los que se convirtieron, y en hacer misión en catorce conventos de monjas, y otras cinco casas de varios colegios y recogimiento de mujeres.

6. Ya deseará V. P. que pase á los efectos de estas diligencias, de que he hablado poco hasta ahora. La moción en los sermones fué grande en todas partes, aun en Alcalá y Madrid, donde no era fácil moverse mucho el auditorio, ya por el natural, ya por la calidad, ya

(1) El Noviciado de la Compañía de Jesús de Madrid se levantaba donde ahora está el Instituto, que del primer destino de aquellos solares, se llama *Instituto del Noviciado*.

(2) El Colegio Imperial con su iglesia, fué lo que hoy es Instituto de S. Isidro y Catedral.

por estar acostumbrados á oír misiones muy fervorosas casi todos los años. Nunca se había podido conseguir en estos dos lugares, que las doctrinas por las calles se hicieran con solemnidad y concurso conveniente, ahora lo facilitó nuestro Señor y la diligencia de los superiores de nuestros colegios; pues en Alcalá se dió principio á la misión con una doctrina solemne, en que fueron muchos doctores, canónigos, colegiales y caballeros; y en Madrid se dió principio á la misión de nuestro colegio con otra, que salió de la Encarnación y paró en el Colegio Imperial.

Llevaba el estandarte el Excmo. Sr. Marqués de Jarandilla, y el Padre Mateo de Moya la campanilla. Seguían el estandarte algunos señores, Grandes del Reino, y muchos títulos y caballeros, y algunos cantando las oraciones, como los niños y congregaciones de nuestros estudios y colegio, que iban muy numerosas. A lo último iban muchos Padres del colegio acompañando al P. Rector, que llevó el Sto. Cristo. Al pasar por la plaza de Palacio, salieron sus Majestades á las ventanas y celosías, y el Rey nuestro Señor veneró de rodillas, con grande piedad, la imagen de Cristo Crucificado. Causó esta doctrina, por la novedad, no poca admiración en Madrid.

El acto de contrición hizo en todas partes milagros, especialmente en Málaga, donde le acompañó toda la ciudad y muchos prebendados con suma devoción y silencio; siguiendo al Sto. Cristo algunos herejes de Inglaterra, que heridos de aquellas voces imitaron á los católicos en los llantos, y clamores, con que pedían á Dios misericordia. Después de tener tantos ejemplares de eficacia, de este medio en esta provincia, dudaron muchos que pudiera ejecutarse con provecho y crédito en Madrid; porque de día se le quita mucho de su eficacia, y de noche le dificultan las calles, el bullicio de las gentes, los coches y otros inconvenientes, que temió la prudencia de muchos de la Compañía, y quizá no se hubieran experimentado. No instamos en salir de noche, por ejecutarlo con menos riesgo, aunque no con tanta moción. Hicimosle cinco veces en la cuaresma, dos en las cruces, y tres por las calles menos principales; y después de Pascua los viernes, por las más principales y con mayor prevención. Moviase la gente más de lo que podía esperarse de día, y en una corte. Las dos últimas veces, le vieron y acompañaron algunos Padres del Colegio y de la Casa Profesa, y los curas más principales de Madrid, aprobando todos lo que habían dudado hasta verlo.

Edificó mucho á la corte el ver la piedad con que algunos señores de los grandes y primeros títulos de Castilla, llevaban, alumbraban y

acompañaban al Sto. Cristo. La primera vez lo llevó el Emmo. Sr. Cardenal Duque de Montalto. La segunda el Sr. D. Luis Enriquez, hijo del Excmo. Sr. Almirante de Castilla. Asistieron con luces y sin ellas los Sres. Marqueses de Jarandilla, de Aytona, de Guevara, de Camarasa, Condes de Melgar, de Palma, de Santisteban, de Puñoenrostro, de la Moncloa, el Sr. Duque de Abrahantes y su hermano, los hijos del Sr. Marqués de Villagarcía, los hijos del Sr. Conde de Baños, Don Rodrigo Mójica, Teniente general de la coronelia del Rey, y otros señores y capitanes, á quienes no conocí. Los caballeros de hábito, que seguían por las calles al Sto. Cristo, eran muchos.

El silencio y devoción con que se anduvo por las calles, donde suele ser tanto el ruido de la gente y coches, admiró aun á los de casa. La compunción con que el pueblo se daba de bofetadas, y las voces con que todos pedían á Dios misericordia excedieron nuestra esperanza, y el fruto interior, que se cogió de estas salidas aun en un lugar, que todo se hunde (*sic*), pudo dejar satisfecho nuestro deseo y el de algunos Padres, que nos ayudaron con mucho fervor.

¿Qué diré á V. P. de los concursos á los sermones? En todas partes fueron cortas las iglesias, aunque se predicó muchos días. En Madrid no admiré lo numeroso, porque hay pueblo para todo; pero se dejó mucho reparar la asistencia de Grandes, Titulos, Ministros de su Majestad, y de todas las señoras más principales de la Corte; y era de admiración el ver, que auditorio, en gran parte de esta calidad, llenaba las iglesias á las dos de la tarde, y se estaba fijo y á veces muy desacomodado, oyendo doctrina y sermón hasta cerca de las seis; siendo necesario hacer doctrinas, al mismo tiempo, en varios puestos de las plazuelas y calles vecinas, para satisfacer el ansia del numeroso pueblo, que no cabía en las iglesias. Ejercicio en que, así como en el de las confesiones, trabajaron gloriosamente los Padres del Colegio Imperial, y del Noviciado; pues las pláticas de doctrina que hicieron, pasaron sin duda de 200.

7. El concurso de confesiones y comuniones fué grandísimo en todos los lugares. En Alhama comulgaron en un día siete mil personas. Otras siete mil en Alcalá. En Madrid comulgaron, el tercer domingo de cuaresma en S. Sebastián, nueve mil, dando la comunión el Eminentísimo Sr. Cardenal Aragón dos horas y media sin cesar. En el Noviciado, el cuarto domingo, ocho mil. En el Colegio Imperial, el quinto domingo, diez y seis mil, dando la comunión gran parte de la mañana el Ilmo. Sr. Nuncio. Juzgo hubieran llegado á venticuatro mil, si no hubiera sido tan terrible de lluvias el tiempo. El sexto, en S. Andrés, sie-

te mil, y entre ellos los principales cabos y casi todos los soldados de la coronelía. ¿Cuántos comulgarían otros días en nuestras iglesias, y cuántos en las ajenas heridos de la misión?

De más estimación fué en Madrid y en las demás partes la calidad de las confesiones, que el número. Casi todos querían hacerlas generales, y en todas partes se dejaron muchos escándalos, y se vió notable mudanza de costumbres. Madrid es un lugar, donde nadie apenas sabe de otro, y con todo, no sólo muchos señores y ministros de los principales, nos aseguraron se había hecho más fruto del que podíamos pensar; sino que el Sr. Cardenal Aragón, el Sr. Presidente de Castilla y el Sr. Inquisidor General nos dieron repetidas gracias por el fruto, que cada uno había experimentado en lo que le tocaba. Mucho cogimos en lo interior nosotros; de esto, aunque sabemos más, podemos extendernos menos.

De lo exterior hay mucho. Hase hecho misión en ventiocho conventos, y recogimientos de mujeres, donde se ha cogido este año copioso fruto. Hanse fundado siete congregaciones, que prosiguen constantes en sus ejercicios santos, especialmente la de Marbella de cuyo ejemplo nos ha dado noticia el Sr. Obispo de Málaga. La de Velez se introdujo con tal fervor, que aun después de la misión proseguían los ejercicios de penitencia tres días cada semana, sin querer dispensar, aun el día de año nuevo y pascua de Reyes.

La devoción á nuestro P. S. Ignacio se ha extendido y adelantado mucho en todas partes y especialmente en Andalucía. No nos atrevíamos á hablar de ella hasta el último sermón, porque era tal la persecución á pedirnos medallas y estampas del Santo, que no nos dejaban vivir, ni en las iglesias ni en las casas. Hánsele dedicado varios altares, y entre ellos, uno en Velez los Sres. Marqueses de Santillana, otro en Alhama, y otro en Torrox, algunos devotos del Santo. No puedo dejar de referir un favor que se le atribuyó en Granada el verano pasado. D. Hernando Teruel (caballero muy principal de la orden de Santiago) y su mujer, estaban muy desconsolados, porque no tenían hijos á quien dejar un rico mayorazgo que poseían. Pidieron al P. Rector de nuestro colegio de Granada, que es su tío, nos mandase dijésemos un novenario de misas al Santo, para este intento. Sacóse por condición, que si Dios les daba dos hijos varones, el segundo había de ser para la Compañía; ofreciéronlo así al Santo, que parece se dió luego por obligado de su piedad; pues ya ha ocho meses ó más, que se hallan con próximas esperanzas de un hijo, que ha de venir á nacer cerca de la fiesta de nuestro Santo, que espero intercederá para el segundo, que ha de ser el cumplimiento de su promesa.

8. Hubo conversiones muy raras y casos de grande edificación. La falta de observación y muchedumbre ocasiona se olviden todos. Sólo referiré algunos que observó el P. Tirso, porque en esta parte ha sido grande mi descuido todo el año. En cierto lugar había una mujer de mala vida, que andaba muy compungida con la memoria de la muerte. Vino su galán á solicitarla, y ella le reprendió, diciendo: «Ya es tiempo que dejemos la culpa, pues no tenemos día seguro.» Hizo él burla del desengaño, diciendo: «Yo en mi vida me he visto muerto.» El día siguiente se fué á caza con un amigo, á quien, sentándose junto á una fuente, le dijo: «El agua de esta fuente ha muerto á muchos.» No obstante esto bebió de suerte, que siendo robustísimo murió dentro de pocas horas sin los sacramentos de Viático y Extremaunción; pues sólo hubo tiempo para que un confesor le absolviera.

Más lastimoso fué el caso que sucedió á una persona eclesiástica; pues habiendo vivido escandalosamente con una mujercilla, un día, ejecutando sacrilegio tan enorme, se le quedó muerto en los brazos. No bastó este castigo para que se desengañara la mujer; pero fué nuestro Señor servido de aguardarla, á que lograrse los desengaños de la misión.

Semejante al pasado en el castigo, y de más ejemplo en el desengaño del cómplice, es el que sigue: En cierto lugar tuvo una mujer trato ilícito por largo tiempo con un eclesiástico. Desengañóla nuestro Señor con una enfermedad peligrosa; pero apenas había convalidado cuando volvió el eclesiástico á inquietarla. Mostraba la mujer desabrimiento en el rostro, y le declaró la causa diciendo, que sentía mucho el volver á ofender á su Dios. *Pues por el mismo caso* (replicó el eclesiástico queriendo ejecutar la culpa) *he de volver mañana y los demás días á pecar*; pero no pudo, porque al acabar de pronunciar estas palabras se cayó en tierra como muerto, y dentro de poco tiempo, sin poderse confesar, espiró. La mujer, llena de terror, se postró á los pies de un *Eccehomo*, donde había sucedido el caso, é hizo voto de no ofender más á Dios. Tenía largos ratos de oración en aquel lugar, derramando arroyos de lágrimas, cual otra Magdalena, á los pies de Cristo.

Quiso el Señor consolar á esta mujer, pues un día quedó en la oración suspensa, y vió á Cristo nuestro Señor con un rostro muy obscuro y afeado; y que poco á poco, desvaneciéndose aquella fealdad, se volvía á su natural hermosura, y que su vestido era de una púrpura finísima. Causó esta visión maravillosos efectos en su alma, ya de dolor de sus culpas, viendo que afeaban el rostro de Jesús, ya de esperanza del perdón, por confiar que la mudanza del semblante era efecto

de su penitencia. Quedóle muy estampada en la memoria esta visión, y hoy la anima á llevar adelante la oración y penitencia, en que se ha ejercitado dos años.

Mayores efectos de penitencia se vieron en la misión de Loja, en una mujer noble, á quien sacó de otro reino el loco amor de un hombre, que la trataba como mujer propia. Convirtiéndose tan de veras con los sermones, que trató de huir luego de la compañía de su galán, y entre tanto que lo disponía, afligió su cuerpo con algunas disciplinas hasta derramar sangre; y para mortificarle más le traía ligado con una áspera sogá de esparto, cerrándose de noche en su aposento con determinación fija, de dejarse hacer pedazos, antes que volver á pecar, Estaba á la sazón el Sr. Arzobispo visitando aquella ciudad, hablóle á su Ilustrísima pidiéndole remedio, y al P. Tirso para que lo negociase. Envióla su Ilustrísima á Granada á una casa de recogimiento, donde entró con resolución de llorar toda la vida su pecado.

Y para que se vea como favorece nuestro Señor y su santísima Madre á las almas, que con deseo de dejar la culpa le piden su amparo, referiré un caso que es de edificación. Una doncella pobre tuvo una flaqueza, sintiéndose á su parecer embarazada con no pocos días de falta. Reconocida de su culpa, y temerosa de su afrenta se arrojó á los pies de un Sto. Cristo, deshecha en lágrimas, pidiéndole el remedio de su deshonra, y de la necesidad temporal en que se hallaba, sin esperanza de socorro humano, y con peligro de volver á la ofensa de Dios. Su Divina Majestad fué muy puntual en sacarla de una y otra aflicción, enviándola dentro de dos días las señales de que no estaba embarazada, y una buena cantidad de dinero, con que socorrió su necesidad, y prosiguió agradecida en la guarda de su pureza.

Mejor se aseguraron en el riesgo una doncella muy honrada y un muchacho muy hermoso. Pues aquella, viéndose moleestamente perseguida de su amo en una casa de campo, y que ya no tenía otro remedio humano, se arrojó por una ventana muy alta, favoreciéndola nuestra Señora, para que no se hiciese daño, ni peligrase su virginidad. El niño se vió acometido en el campo de tres moros, que querían, torpemente nefandos, violar su pureza; resistióse con tanto empeño, clamores y lágrimas, con que pedía socorro á Jesucristo y á la Virgen Santísima, que irritados los bárbaros, le hicieron pedazos con inhumana ferocidad; por lo cual fueron ajusticiados en Málaga, y dos tan venturosos, que pidieron el bautismo al pie del suplicio.

En el caso que se sigue se reconoce bien la fineza de Jesucristo en reducir almas perdidas. Una doncella, hija de honrados padres, se añi-

cionó torpemente de un moro, con quien vivió muchos años en ofensas de Dios, habiendo tenido no pocos hijos. Remordíale su conciencia, y pedíale á Dios remedio. El mayor embarazo era el natural del cómplice, que con su fiereza y temeridades estorbaba la resolución y la huida. Tomó la mano el cielo para desengañarla; una noche tuvo un sueño misterioso. Vióse metida en una sala ó aposento, rodeada por todas partes de demonios, en figura de animales espantosos, y en la forma que los suelen pintar. No había salida del aposento, sino subiendo arriba y por una escalera estrecha, á manera de caracol. Mas esta la guardaba un demonio en forma de soldado, armado con peto, manoplas, morrión y una alabarda en la mano. Este demonio le causaba más pena que los demás; porque por la visera despedía unas llamas de fuego azul, que la asombraban mucho.

Estaba la mujer con mucha aflicción, pidiendo á Dios el remedio, y lo experimentó presto de Cristo nuestro Señor, que se le apareció, ahuyentando al demonio que defendía el paso de la escalera. Comenzó á subir por ella y le dijo: «Si quieres ahora escaparte de este peligro, mira esta llaga de mi costado y los tormentos que dan esos enemigos á los pecadores.» Con estas razones se le enterneció el corazón, y comenzó á llorar sus culpas y á asirse de Cristo, que le dió la mano, para librarse. En esto despertó y prosiguió llorando con grande ternura. Esta visión le quedó tan fija en el alma, que jamás la ha podido olvidar. Fué el día siguiente á confesarse con muchas lágrimas; retiróse de la ocasión; pero no la dejaba el amigo, antes con una loca temeridad le rondaba la calle y le desquiciaba las puertas; violencias con que consiguió, que alguna vez volviese á la culpa; pero quedó en fuerza de la visión tan desengañada, que un día puesta de rodillas delante de una imagen de la Virgen Santísima, empezó á clamar al cielo, y pedir fortaleza para resistir á aquel monstruo; y con grande dolor de sus culpas y fervorosa resolución, hizo voto de castidad, y de dejarse matar antes que volver al pecado. Quedóse dormida en medio de esta aflicción, y se le apareció la Virgen Santísima con el Niño Jesús en los brazos, con cuya vista quedó su alma llena de paz y contento. Despertó del misterioso sueño llena de alegría, y con tal fortaleza, que ya no temía á la fiera, de quien antes temblaba. Vistióse un hábito de sayal, y desde entonces no ha faltado á su promesa, antes ha vivido en penitencia y oración.

No se conoce menos en el caso que se sigue, la astucia que usa el demonio para perder las almas más puras y desengañadas. Había en cierta ciudad, en una casa de singular virtud y recogimiento, una don-

cella tan virtuosa, que podía ser ejemplo de pureza á las más recatadas. Parecía imposible faltar á la castidad, y se admiraba mucho que hubiese mujeres tan poco atentas que se dejasen vencer de un vicio tan torpe y feo como el de la lujuria. Era tenida de toda la casa por un ejemplo de pureza y recato, y tanto más estimada cuanto era de excelentes habilidades y de rara hermosura; pero, ¿qué fortaleza no se rinde en dando lugar al trato? Permitted que la hablase de cosas indiferentes un mozo, que habiéndola visto, quedó preso de su afición. Gustaba ella, á los principios sin mala intención, de oírle; pero como no hay mucho de los ojos y palabras al corazón, en pocos días la afición del mozo halló correspondencia en la voluntad de la doncella.

Creció con la comunicación tanto la locura de la doncella y del mozo que, sacando ella de la cabecera de la cama de la señora de la casa las llaves de una puerta, rindió al gusto de su amante aquella fortaleza inexpugnable, perdiendo la joya de la virginidad, que tanto estimaba, y experimentando los riesgos de la preñez, que en aquella casa fueran de grandísimo escándalo, si no se hubieran atajado con sangrías. Pero ¡qué pocas veces escarmentó el amor con el riesgo! Llegó á estar tan perdida y desatenta en abalanzarse á nuevas culpas, que aunque Dios la tiraba el freno con un vivo conocimiento de su ofensa, decía, que si fuera necesario pasar por el mismo infierno, sólo por ver á su loco amante, se entraría por sus llamas, ¡Tanto puede crecer la de una pasión! Por lo menos no tuvo horror á sus ministros; pues faltándole la ocasión de comunicar otras veces con su galán, invocó al demonio, para que se lo trujese, ó para que él, en figura humana, supliese su ausencia. Castigóla nuestro Señor con permitirlo; y porque el demonio, que venía en figura fantástica se detenía, respetando su escapulario y otras reliquias, que ella tenía consigo, se las quitaba, para dar al demonio lugar, y aliento al ejercicio de maldad tan execrable.

En tan miserable estado vivió esta infeliz dos ó tres años, confesando y comulgando á menudo, y callando tan enorme delito, hasta que oyendo un sermón de la misión, vino á confesarse y quedó remediada, con particular providencia de nuestro Señor, de miseria tan lastimosa. Otros innumerables pecadores se remediaron también; entre ellos hubo algunos apóstatas y un grande foragido, que había hecho muchas muertes, y dependió su conversión de encontrarse en el campo la misión, que no había podido oír en las ciudades.

9. En materia de perdonar agravios, sucedieron casos de no poca edificación. Sólo en el tiempo que estuvimos en Andalucía, que fueron cuatro meses, se alcanzó el perdón de más de cincuenta muertes.

En Málaga se perdonaron doce, en Velez diez, en Marbella ocho, en Alhama siete, en Casabermeja cinco, otras nueve en Estepona, y algunas en los demás lugares. Entre otras hubo las siguientes de especiales circunstancias: En Málaga hay un caballero rico y principal, á cuyo hermano había muerto un hombre de mediana esfera, que se había pasado al Africa temeroso de la justicia y de la parte. Intentamos el perdón; pero nos dió tales razones el caballero para que el matador no entrase en Málaga, ofreciéndole socorros para que viviese fuera de ella, y librarle de la justicia en caso que le prendiese, que no sólo nos pareció justo que no volviese, sino muy conforme á prudencia; pues no se aseguraba el caballero de su dolor, en caso que le viese presente. Pero deseando después vencerse para imitar más á Jesucristo, fueron tales las impulsos que tuvo de perdonar sin condiciones, que se fué á una ermita, á dondo envió á llamar al padre de su enemigo, y abrazándole con grande ternura y lágrimas le dió licencia, y aun pidió, que trujese á su hijo á la ciudad. Acción que admiró á todos, y más á los que sabíamos las razones con que había justificado su excusa.

En Marbella estaba en el sermón un escribano á cuyo hijo habían muerto ocho días antes. Era su dolor gravísimo, porque le amaba tiernamente; pero prevaleciendo el amor de Jesucristo, salió de la iglesia, y llevando otro escribano, se fué á casa de los padres del matador y, cuando ellos temieron alguna molestia, se hallaron, entre muchos abrazos y copiosas lágrimas, el perdón jurídico de su hijo.

En Velez hubo una mujer tan rebelde, que aunque más la rogamos y aun amenazamos de parte de Dios, no pudimos conseguir el perdón de la muerte de un hijo suyo; antes para que no instásemos, sacó un pedazo de la camisa del muerto, que había guardado mucho tiempo, para que las señales de las heridas renovasen el sentimiento. Contentámonos con quitarle aquella reliquia, que fué como prenda del perdón, que pocos meses después consiguió el Sr. Marqués de Santillana; nueva que nos participó, con mucho gozo y gracia, la Sra. Marquesa, su mujer, diciendo que el Marqués, no sólo había quedado devoto después de la misión, sino misionero, y con más eficacia para alcanzar perdones que nosotros.

En Alhama había una señora principal, de natural tan entero, que en catorce años no había permitido la hablasen los parientes del matador de un hermano suyo; y porque al tiempo de la misión vinieron al lugar unos sobrinos del matador, que ya era difunto, quedó tan helada al verlos, que queriendo sangrarla no la pudieron sacar gota de sangre. Por causa de esta muerte había dos bandos muy encontrados

entre los parientes de la una y otra parte, que eran los principales de la ciudad. Tocóla nuestro Señor en la misión de manera, que una tarde se abrazó en la iglesia con las parientas de su enemigo, derramando ella y las demás mujeres de la iglesia, tiernas y copiosísimas lágrimas. Súpose en la plaza, donde estaban los caballeros, el suceso y, dando principio los sobrinos del matador, se hicieron las amistades, abrazándose de rodillas unos á otros con grande regocijo de toda la ciudad, y especialmente de la clerecía, que cantó en la iglesia el *Te Deum laudamus*, repicándose las campanas para demostración del alborozo.

Siempre tengo por más dificultoso, como enseña la experiencia, el perdón de otros agravios personales, que tocan en la honra, y más en personas que, ya por su natural, ya por su calidad, veneran como ídolo el pundonor. De aquí nacen las enemistades, venganzas, odios y desafíos, que vemos en los lugares y ciudades de España. En Madrid hay menos de esto; porque allí las personas particulares no se conocen, y todas se contentan con descontentarse, y murmurar de las públicas. Con todo en sola una mañana llegaron á mis pies cinco personas que habían perdonado varios agravios, y una de ellas era una mujer principal, á quien otra había dado una bofetada, y fué á buscarla á su casa y le pidió de rodillas su amistad.

En otra ciudad un mozo de 18 años, se entró por las puertas de un eclesiástico, que le había dado una bofetada en la plaza, é hincándose de rodillas le pidió la mano para besarla. En otra vivía un caballero principal, que había recibido el mismo agravio, y se abrazó públicamente en la plaza con su contrario. Otro, á quien habían dado de palos, se fué con el agresor al mismo puesto en que había recibido la ofensa, para perdonarla más heroicamente, á ejemplo de Cristo, abrazándose allí con su enemigo. Otro, que era un hidalgo principal, había recibido de un hombre ordinario una herida, que le afeaba la cara, y siempre que se miraba al espejo le persuadía la venganza. Salió de un sermón tan movido, que se partió de noche, solo y á pie, á un cortijo que distaba tres leguas, donde sabía estaba el enemigo; asustóse este mucho al punto que le conoció, hasta que arrojándose á sus pies el hidalgo, se convirtió el temor en un gozo no imaginado de la paz. En otro lugarcillo había un hombre á quien otro había dicho una afrenta de las más pesadas, y se compungió y desengañó tanto con la misión, que le envió á llamar para abrazarse con él en la plaza.

Y para que se vea como cuida nuestro Señor de castigar á los que agravian á otros, ó agraviados tratan de vengarse, referiré los tres casos siguientes: Dos hombres buscaron á un enemigo para matarle, y no

hallándole en casa, satisficieron su enojo, como bárbaros, matando á su inocente mujer. Tomó nuestro Señor la mano para el castigo; pues en el mismo día, que se cumplió el año de la alevosía, les llamó á los dos á juicio, quitándoles la vida con enfermedad natural. Otro caballero trató de vengar su agravio, para lo cual se embarcó tres veces para el Africa; todas las tres se levantó tal tempestad, que le volvió bien mojado y maltratado á la ribera de España; y á la última, para más abrirle los ojos, le quitó un hijo muy hermoso de dos años con una muerte muy desgraciada, que reconoció como castigo de sus intentos.

Un caballero tenía una mujer muy de su satisfacción, y á la verdad muy piadosa y honesta. Queríala tanto, que por no tener hijos tenía hecho testamento en que la dejaba heredera de toda su hacienda. Otro caballero, que en la acción no lo pareció, paseándose un día en el campo le dijo: «Amigo, mucho me pesa que un hombre de vuestras obligaciones, tenga una mujer tan poco atenta á las suyas; sabed, que si no he usado de ella, ha sido por no haber querido.» Quedó el marido muerto con nueva tan pesada, vino á casa y rasgó el testamento con muestras de grave dolor.

La inocente señora, discurriendo de estas acciones, que le habrían levantado algún falso testimonio, no pudiendo sacar del marido el motivo de su pena, comunicó el caso con una amiga; consiguió esta con prudencia, que el marido se declarase algo respondiendo: «¿Qué he de tener si es imposible vivir con honra en esta ciudad?» Procuraron quietarle, la mujer con el testimonio de su inocencia, y la amiga con sus palabras; pero nada bastaba, antes temía la mujer cada noche, que aquella había de ser la última de su vida. No pasó mucho tiempo sin que el cielo volviese por la inocencia de la señora; pues, habiendo de allí á dos meses, trabado una pendencia el caballero que la había agraviado con otro, este le dió una estocada por la boca que le traspasó la lengua. Reconoció el castigo de Dios; confesóse, y por medio del confesor, pidió perdón al caballero ofendido, ofreciéndole que si podía iría á su casa á pedirle perdón de rodillas. Dióle nuestro Señor lugar para hacer esta diligencia; pero poco después le quitó la vida, con que el agraviado hubo quietud y estimó más á su mujer.

10. Las enemistades particulares, que se quitaron en Málaga y las demás ciudades y lugares que anduvimos en Andalucía, no tienen número; pues habiendo en todos muchas, en ninguno quedaba discordia sin composición. Sofían, después de haber predicado de perdonar enemigos, buscarse á competencia, gastando en tan cristiana emulación gran parte de la noche. Mucho había que decir en esta materia, pero

referiré dos casos que atajaron la consecuencia á gravísimos escándalos.

Estaba el lugar ó villa de Casabermeja para perderse, por unos bandos que había entre dos familias de las más honradas del lugar: á saber, entre los Navarros y los Bermudez, sobre unas palabras muy pesadas, que dijo un Bermudez á Sebastián Navarro, sobre que dió quere-lla. Estando preso Bermudez, se huyó de la cárcel y andaba huido, y mientras el contrario quería tomar satisfacción. Intentáronse varios medios de composición, y metieron muchas personas la mano, pero sin fruto. Daba este caso mucho cuidado al Sr. Obispo, y por eso dispuso fuese allá la misión. La dificultad mayor era que, el uno por andar huido no podía, y el otro por no verse obligado á perdonar no quería acudir al sermón; últimamente alcanzamos de la justicia que diese salvo-conducto á Bermudez para que viniese al sermón. Enviósele á llamar; vino y andaba muy prevenido de armas, temiendo de los contrarios, y no pudiendo reducirle á dar cierta satisfacción pública á su contrario. A duras penas alcanzó de él el P. Tirso que viniese, víspera de los Reyes, á oír el sermón del perdón de enemigos, que sería de noche, y que hiciese lo que allí Dios le inspirase. Envióse á llamar al otro, y estando al principio reducido á venir al sermón, después se volvió atrás.

Llegóse á buscar á su casa á este hombre D. José de Acedo; (que fué á Casabermeja á este tiempo), y le pidió con grande instancia viniese al sermón, diciendo que allí no le pedíamos más, que el asistir á oír la palabra de Dios. Estuvo como un diamante; era ya tiempo de sermón; estaba la iglesia llena, que no cabía más; y sabiendo lo que pasaba fué el P. Tirso á buscarle. Hallóle empedernido, amenazóle con la ira de Dios, y enfadado el Padre, quería volverse á predicar; mas la mujer é hijas (que eran las que más atizaban antes el fuego, por parecerles, quedaba afrentado el linaje, y que las hijas perderían sus casamientos), le rogaron esperase, que recabarían que fuese. Empezó á vestirse, pero metía debajo de la ropa unas carabinas. Últimamente, vencido de las amenazas y de los ruegos, fuese al sermón, oyóle en pie junto á Don José de Acedo, y su contrario estaba al pie del púlpito.

En el discurso del sermón, empezó á enternecerse la gente, y á llorar D. José de Acedo, y aquí empezó á ablandarse Sebastián Navarro. Rematóse el sermón con un acto de contrición de enemigos, que se concluyó, apellidando todos á gritos *paz, paz*, entre lágrimas y suspiros. Con esto, rompiendo por medio de la gente Bermudez, vino á buscar á Sebastián Navarro, que estaba junto á la puerta de la iglesia, y allí se abrazaron y perdonaron con grande alborozo de todo el lugar. Todos

aquella noche anduvieron por la villa, pidiéndose perdón unos á otros, y duró la función hasta cerca de las doce, sin quedar agravio que no se compusiese.

Perdonáronse cinco muertes, y se ajustaron otras cosas muy dificultosas, y el día siguiente se cantó una misa en acción de gracias, y se predicó para confirmarlos en la paz; y en una procesión que hubo, llevaron los estandartes los dos contrarios y se sentaron juntos; y con estar Sebastián Navarro muy pobre, y haber gastado mucho en el pleito, cedió á las costas, que los suyos decían se le habían de pagar. D. José Acedo, anduvo tan honrado que de secreto hizo una buena limosna á Navarro para ayuda de las costas, y en lo que restaba, fué condenado el Obispo de Málaga, que se ofreció de buena gana á pagarlo.

Había una mujer viuda tan terca en no querer perdonar la muerte de su marido, que en hablándole de esto se enfurecía; y no salía de casa sino raras veces de sentimiento. Esta llamó ella misma al escribano para hacer el perdón; y después llamó al P. Tirso, y le dijo llena de alegría: «Padre, estoy muy consolada, porque espero que el Señor me ha de perdonar, pues perdoné; y se lo tengo de decir así el día de mi muerte, y le tengo de reconvenir con su palabra diciéndole: Señor, vos dijisteis, que quien perdona por vuestro amor sería de vos perdonado, cumplidme vuestra palabra.»

La discordia de Málaga tenía inquieta gran parte de la nobleza, sobre haberse dicho tres años antes, que uno de los caballeros regidores había afrentado de obra á otro muy principal y emparentado. Tenía este tanto empeño en la venganza, de la que, en opinión del vulgo, era afrenta, que pasó al Africa, donde se había retirado su enemigo, para quitarle la vida. Súpolo el Sr. Gobernador de Ceuta, y le mandó volver á Málaga, donde vivía escondido sin que nadie le visitase. Como el ofensor estaba ausente, y el ofendido tan retirado, no había medio humano para el ajuste de estas paces; pero como dicta la prudencia, que á males desconocidos se han de aplicar los últimos remedios, á la cuarta semana de misión, cuando estaban ya los caballeros de una y otra parte muy de nosotros y con deseo de la paz, usó de uno el P. Tirso, no sé si visto otra vez. El medio fué predicar segundo sermón de perdonar enemigos, exhortando á la paz, y ponderando que en aquel caso, en la realidad no había habido agravio, y las conveniencias que tenían todos en hacerse amigos.

A lo último de aquel sermón convocó el P. Tirso á todo el auditorio, en que estaba toda la nobleza, muchos de los prebendados, el Provisor y D. Juan Montalvo, alcalde de Granada y administrador de las

rentas de su Majestad, en Málaga, para que le acompañasen luego á casa del ofendido. Siguiéronle todas las personas de suposición, y á estos la ciudad. Entraron en la casa los más principales, y entre ellos muchos parientes de ambas partes, propúsole al ofendido la conveniencia de la paz; y aunque al principio estuvo fuerte para no admitirla, como también algunos parientes suyos, después de haber hablado algunos canónigos, y D. Juan de Montalvo, se redujeron á la concordia abrazándose todos, y publicando los parientes del que se imaginaba ofensor, desde las ventanas, al pueblo la falsedad de la voz que se había echado acerca del agravio, y que estaban prontos á defenderlo así, y á dar esta y cualquiera satisfacción, que fuera necesaria por sí y por la persona de su pariente.

Grande fué el consuelo de toda la ciudad y el alborozo del pueblo, alabando todos á nuestro Señor, que por un medio tan no pensado, había conseguido una paz á los ojos humanos imposible. El día siguiente juntáronse los coches de la ciudad, y fueron todos los caballeros de la ciudad á Ntra. Sra. de la Victoria, para asistir á una misa cantada en acción de gracias de la paz, y escribieron al caballero que estaba en Ceuta, viniese al punto, como lo hizo, y juntándose toda la nobleza en la plaza, fué adonde estaba su contrario, le puso la espada á los pies, y ambos se abrazaron con amorosas lágrimas, y vinieron todos después á nuestro colegio á dar las gracias á nuestro Señor, al P. Rector y Padres de la casa, por la paz que por medio de la Compañía gozaba aquella república. El Sr. Obispo se alegró mucho, y viendo este y los demás efectos de la misión, escribió al Sr. Marqués de Aytona, para encarecer la mudanza y compunción de aquella república, que si perseveraba en los propósitos, estaba en ella de sobra el Obispo.

II. Todo lo dicho hasta aquí es semejante al fruto que hemos experimentado en otros años. Lo que se sigue ha sido más extraordinario en misiones de España, y creo será de especial consuelo para V. P. Como en Málaga había tantos moros, tuvo deseo el P. Tirso de predicarles, para ver si podía reducir alguno; y dudando si propondría la materia á su Ilustrísima, le llamaron para exhortar al bautismo á una mora anciana y enferma, que, aunque estuvo rebelde al principio, pensando después en las razones que le había dicho el Padre, y pidiendo á Dios luz, se convirtió con tan buena dicha, que pocos días después del bautismo, y recibidos los demás sacramentos, con grande devoción dió su espíritu al Señor,

El suceso mencionado acabó de animar al Padre para proponer el intento á su Ilustrísima, el cual, aunque alabó los deseos dudó con ra-

zón del suceso, por ser los moros de aquellas costas, unos bárbaros, otros bozales, otros ignorantes de la lengua, y todos rebeldes, no sólo para creer, sino también para oír. Con todo, instando el P. Tirso para que se probase, le dió licencia, y se escogió como lugar más conveniente el Patio de las Comedias. Allí predicó cuatro sermones, asistiendo todo lo principal de la ciudad, con tan buen suceso, que se convirtieron treinta y dos, subiendo al tablado para pedir á voces el santo bautismo: acción que causaba grande consuelo en los católicos, y sacaba de sus ojos suaves lágrimas de alegría, acompañadas del aplauso con que mostraban la estimación de la fe.

Los moros libres, y los que andaban al trabajo para libertarse, que son los más, no querían acudir al sermón, antes hacían procesiones y rogativas á un castillo derribado, que está una legua de la ciudad, donde los africanos antiguamente veneraban á Mahoma, para que este falso profeta, obligado de su zala, les favoreciese en aquella que imaginaban persecución. A los moros esclavos, que eran los que acudían en mayor número al sermón, los extortaban y amenazaban para que no faltasen á su falsa secta; y para que no los alumbrase el ejemplo de los que se convertían les persuadían, que predicando el Padre, arrojaba con la mano hechizos á la cara para persuadirlos. De aquí nació, que las moras en el sermón se cubrían las caras con las mantillas, y las retiraban para evitar el influjo de las manos, que imaginaban supersticioso. Unas decían, *que aquel Padre estar moro, porque saber mucho del Alcorán. Otras que habían de escribir al Africa, para que si le cogían cautivo le friesen en aceite por enemigo de Mahoma.* Tal es la ignorancia y obstinación de aquella gente bárbara.

Su Ilustrísima se consoló mucho con el fruto no imaginado de tantas conversiones; y para mayor edificación de los infieles y gozo de los católicos, quiso se hiciese un bautismo solemne en la pascua de Navidad, ofreciéndose á bautizarlos y confirmarlos todos por su persona, estando ya bien instruidos los catecúmenos en los principales misterios de nuestra santa fe.

Día del evangelista S. Juan salió á las dos de la tarde una doctrina de nuestro colegio, asistida de toda la ciudad, acompañando la nobleza y padrinos, que eran de los más principales, á los recién convertidos, que iban bien vestidos, especialmente las moras, por haberse esmerado sus señoras en componerlas. Llegó la doctrina á la Catedral, en cuya puerta se había fabricado un grande tablado para esta función; allí aguardaba su Ilustrísima vestido de pontifical y asistido de su cabildo y familia. Apenas habían subido los catecúmenos al tablado,

cuando aumentó el gozo y lágrimas de toda la ciudad, que había concurrido á ver un acto tan solemne y devoto, una niña de hasta los doce años, que cuando se predicaban los sermones, rabiosa de ver se había convertido una tía suya, se arañaba la cara, y conmovida ya por aquel ejemplo exterior, é impulsada por Dios, pidió con lágrimas á su Ilustrísima la bautizase. No pudo contenerlas de gozo la piedad de su Ilustrísima, ni dejar de premiar tan fervorosa petición; y así la bautizó y confirmó aquella tarde con los demás, con lo que se cumplió el número treinta y tres, para que celebrasen los ángeles en el cielo los años de nuestro amoroso Redentor, en las alegres pascuas de su nacimiento en la tierra. Ejecutó su Ilustrísima la función con tanta autoridad, como despejo, que fué bien necesario para que pudieran concluirse el bautismo y confirmación una hora después de anochecido. Los dos días siguientes volvió á predicar el P. Tirso en el Patio de las Comedias, y pidieron el santo bautismo otros doce infieles, entre gozosas lágrimas, y repetidos aplausos de los católicos.

Por este tiempo intentaron unos farsantes, que estaban en Motril venir á representar comedias á Málaga; pero estaban los eclesiásticos y caballeros tan devotos, que los despidieron, aunque los habían concertado antes de la misión. Hubo personas devotas y de autoridad, que juzgaron se debía de establecer, que no representasen más en aquel tablado donde se habían predicado tales desengaños á católicos é infieles, y que se había santificado con la devota imagen de nuestro Señor en la cruz. Su Ilustrísima y el Gobernador, apoyaron este sentimiento; y tratando los comediantes de ir esta primavera quisieron embarazarlo, mas pienso que no pudieron conseguirlo.

12. En Velez se predicó dos veces y se convirtieron cinco moros con semejantes demostraciones de lágrimas y consuelo en los católicos á las anteriores; pero aun fué mayor el gozo que tuvimos con la conversión de otros dos, que sólo por oír lo que había pasado en Málaga, vinieron de un lugarillo cercano á Velez á pedirnos el bautismo. Consiguieronlo todos siete, el día de la Purificación de Ntra. Señora, y con sumo regocijo de toda la ciudad, del P. Rector de Málaga, y del P. Zanartu, que fueron á Velez llamados de los Sres. Marqueses de Santillana, para hallarse al bautismo de que fué ministro el Vicario de su Ilustrísima, y padrinos sus Excelencias, asistidos para el acompañamiento, de toda la ciudad, nobleza y clero.

Fué de mucho embarazo para la conversión de los moros en Velez, un moro muy ladino, cuya determinación aguardaban los demás para convertirse. Tenía entendimiento, pero pocas noticias del Alco-

rán. Mucho trabajamos para convertirle, porque hicimos juicio que bastara su resolución para que se convirtieran doscientos moros en Velez y Málaga, y que él por sí convertiría muchos más. En proponiéndole algunos errores del Alcorán respondía, que conocía claramente que aquellas eran falsedades, pero que no se persuadía estuviesen en el Alcorán, ley á quien tanto tiempo y tantos habían seguido. Si le decíamos algo contra la poligamia y repudio, que no ignoraba, decía que también había dispensado Dios en la ley de los judíos, y que por qué no había de dispensar con los mahometanos, siguiendo la que ahora era su ley. Si le proponíamos que no había de estar el mundo sin ley verdadera desde la venida de Jesucristo hasta la de Mahoma, y que entonces como no era ley que debía seguirse la de los judíos y gentiles, sólo la de los cristianos era la verdadera, decía, que aquel tiempo fué la verdadera: pero que ya cesó con la de Mahoma, como la de Moisés con la de Jesucristo. Si le instaban, que no podía dejar de ser siempre verdadera una ley en lo que dice de Dios, si una vez lo había sido; pues Dios no se muda, y que así si antes fué verdad, que Dios fué Trino y que Cristo es Dios, que ahora lo había de ser, y consiguientemente falsa la ley de Mahoma que lo niega, se acogía en estas y otras instancias, que entendía y que no sabía desatar, á las pocas noticias de su Alcorán, y á las dificultades de nuestros misterios, en que ponía más reparos de lo que podía esperarse de un hombre del campo, y esclavo casi toda su vida.

Hacíasele muy dificultoso á este moro que Dios, siendo uno, fuese tres Personas, y en especial, que todas hacían lo que querían y cada una estaba obligada á querer lo que quería la otra. Decía que no entendía, cómo Dios, siendo Espíritu, podía padecer y morir, y que cómo podía ser Dios aquel á quien pudieron matar sus criaturas. Y como procurásemos declararle estos altos misterios con razones, semejanzas y ejemplos, lo mejor que podíamos, daba sus respuestas, y se cerraba en que no entendía cómo aquello pudiera ser. Aquí fué necesario recurrir á los motivos de credulidad de nuestra fe, para que sujetase el entendimiento; pero respondía que no podía sujetarle, que él lo pensaría más y leería los libros que le dijimos, y pediría á Dios le alumbrase; que por entonces no se hallaba movido á pedir el bautismo. Quedóse en su error, aunque nos dejó con esperanzas de que se había de reducir; porque es de buenas costumbres, y al parecer no era su empeño seguir la ley de Mahoma, sino dificultad de creer la nuestra. Quizá aguardará nuestro Señor á darle en la hora de la muerte la luz que ahora le niega, como se ha visto en el caso siguiente:

Cuando hizo misión en Marbella el P. Tirso, aunque predicó con empeño á los moros no se convirtió ninguno; porque uno de ellos, que había sido, como ellos decían colegial en Fez, y era muy versado en el Alcorán, con su autoridad y agasajos, exhortaciones y amenazas, consiguió que no se convirtiesen los otros; y de sí mismo decía, que había más peligro de que el Papa se volviese moro, que no de que él se hiciese cristiano. Quedáronse todos en su error; pero, para que no imaginemos que es tiempo perdido el predicarles, y confiemos ha de tener su fruto la palabra de Dios, aunque ignoramos el tiempo; llegando el de la primera, le dió nuestro Señor á este moro tan rebelde la enfermedad de la muerte, y como allí se ven con ojos diferentes las verdades eternas se redujo, pidiendo con grandes ansias y ejemplo el bautismo, con tanta dicha, que poco después de haberle recibido, murió. Díónos, ahora hace tres semanas, la noticia y parabién de este caso el Sr. Obispo de Málaga.

Hasta que se hacía la misión la Marbella no había yo predicado de propósito á los moros; así porque el P. Tirso tenía estudio, deseo y práctica de predicarles, como porque yo gustaba más de trabajar con los cristianos, en quienes, como entendían y creían, era más seguro, fácil y copioso el fruto, y á veces no menos necesario. Pero como me hallase en Estepona sin el P. Tirso, me pareció decir algo, en vez de doctrina, contra la secta de Mahoma, aunque no había más que cinco moros en el lugar. Contéles brevemente la conversión del P. Baltasar de Loyola, y les propuse algunos de los argumentos de nuestra santa fe. Fué como se podía desear el suceso; pues al acabar el sermón que prediqué luego á los cristianos, un moro muy ladino pidió á voces el santo bautismo; imitóle al punto otro amigo suyo, y poco después los otros tres.

El regocijo de todo el lugar que estaba en la iglesia fué maravilloso, todos lloraban de alegría, y abrazaron tiernamente á los moros recién convertidos. Atribuí este suceso tan feliz á la intercesión del Padre Baltasar de Loyola, y al ejemplo de piedad y compunción que daban los cristianos en el sermón, y actos de contrición, á que asistía el moro más ladino, que se convirtió el primero, que parece quiso la Majestad Divina premiarle esta piedad, y el afecto que siempre había mostrado á Jesucristo y ánimas benditas, pues erigía cruces por los caminos y montes, y hacía decir las misas que podía por las ánimas del purgatorio. Y preguntado después de convertido, por el motivo que tenía en estas acciones, respondió que había oído á los cristianos, que aquellos eran buenos medios para alcanzar de Dios lo que se pretendía, y

que él los aplicaba para que Dios le volviese á Tetuán, su patria. Admitió nuestro Señor el medio que era bueno, para negarle el fin que era malo, y darle el opuesto; pues tres veces tuvo la ocasión como en la mano para irse á Tetuán, y todas tres se lo embarazó nuestro Señor con providencia tan rara, que la veneró el moro, y le ayudó mucho para convertirse. Estaba muy gozoso de que los otros cuatro, siendo los tres entendidos, se habían convertido por su ejemplo; y tuviera más de que gozarse, si supiera otras conversiones de cristianos en que influyó, especialmente la de un hombre, que siendo de patria muy distante, y dejando en ella un grande enemigo, llegó á este tiempo á Estepona, é hizo una confesión general con resolución de que, en llegando á su tierra, había de ir antes á la casa de su contrario que á la suya, y arrojado á sus pies ofrecerle su amistad y el perdón de una muerte de un hermano suyo.

13. Con la experiencia de estos sucesos deseábamos en Madrid predicar á los moros. Hallábanse no pocas dificultades; ya en la elección de iglesia, donde oyesen los moros, y pudiesen asistir en lugar competente los señores y señoras de título que lo deseaban; ya en quitar los temores, que causaba en alguno de los nuestros el celo de la honra de la Compañía, y deseo de nuestro crédito. Vencióse todo dando principio á los sermones, que prosiguieron toda la semana, en la iglesia de nuestra Casa Profesa (que es como se podía desear para el intento), el último día de pascua de Resurrección. Concurrió por la novedad tanta gente, que se ahogaban los que entraron, y podían llenar algunas iglesias, los que se fueron. Para los señores y señoras se guardaban las tribunas del crucero, en que hubo no poca apretura. El día siguiente fué necesario traer la guardia del Rey, para defender la entrada á los moros y personas de suposición; con que de allí adelante concurrió menos vulgo, y se ejecutó la acción como convenía en la estimación del ministerio, y crédito de la religión.

El concurso de los moros no fué como creíamos, pues algunos días no llegaron á treinta, y nunca pasaron de cincuenta, ni el suceso como esperábamos, pues sólo se declararon en la iglesia cuatro, pidiendo el bautismo; bastantes para que hubiese en los cristianos, cuando ellos llegaban al altar á pedirlo de rodillas, mucho gozo, y no pocas lágrimas de alegría; y sobrados para que nosotros quedásemos muy contentos, no sólo por lo que estima Dios una alma, sino por el fruto que se hizo en los católicos, y otros recién convertidos, que se consolaron mucho, y confirmaron en la verdad de nuestra santa fe.

Deseábamos para ejemplo de los demás infieles que había en la

corte, y mayor consuelo y edificación de los católicos, se hiciese un bautismo solemne en la pascua del Espíritu Santo; y porque se aumentase el número de los catecúmenos, el tiempo que nos dejaban las misiones de las monjas, lo gastábamos en conservar y catequizar á los ya convertidos, y en buscar y exhortar á los que se estaban ciegos. Sólo pudimos juntar hasta diez, que nos dieron no poca ocupación en buscarles quien los vistiese, padrinos para el bautismo, y disponer lo demás para tan solemne función.

Entre los demás que se convirtieron había una mora de diez y siete años, de muy buen natural, piadosa y recatada, llamada Barca. A esta se le había aparecido en sueños, como ella decía, un niño muy hermoso, que traía una cruz de plata en la mano y le dijo la adorase; y como ella respondiese: *yo mora no adorar la cruz*, el niño añadió: *mira que te espera un infierno si no eres cristiana*. Pero después vió á los pies de la cama un negro muy alto y feo, que arrojaba llamas por los ojos, que la amenazó y atemorizó tanto, que la mora alborotó la casa, llamando á sus amos, para que la socorriesen. Ayudónos también mucho un cristiano que se había huido de Tunez, que era su patria, para bautizarse en Nápoles, de donde le trujo consigo el Sr. Cardenal Aragón. Este les exhortaba en arábigo, que es muy entendido, y animaba mucho con su virtud y ejemplos, porque puede darlo á los cristianos antiguos y muy fervorosos.

Suplicamos al Sr. Cardenal Aragón autorizase función tan solemne, bautizándolos y confirmándolos por su mano. No pudo; porque aunque le inclinaba su piedad y santo celo, le embarazó su mucha ocupación y poca salud. Dispuso hiciese la función en su lugar el Sr. Obispo de Arcadia, su sufraganeo, y señaló para el bautismo la iglesia del Colegio Imperial. Fabricóse en el crucero un tablado de hasta treinta y seis pies en cuadro, donde se puso un rico aparador de plata, y en medio del tablado una pieza tan grande que pudiese servir de pila para el bautismo. Juntóse el acompañamiento en nuestra Casa Profesa (1), primer día de pascua del Espíritu Santo, á las cuatro de la tarde. Y porque no se acabase de noche el bautismo, vino por camino derecho, pasando por la plaza, y calle de Toledo, que toda estaba llena de inmenso pueblo, á nuestro Colegio Imperial. Iban delante algunos clarines y chirimias; seguíanles la Congregación de los estudiantes de nuestro colegio, muy lucida y numerosa; y á lo último, iban quince niños hermosamente vestidos con

(1) La Casa Profesa de Madrid ocupaba los solares que hoy ocupa la manzana de casas situada entre las calles de Arenal, Bordadores, S. Felipe Neri, Plazuela de Herradores é Hileras.

ricas cadenas y preciosas joyas, llevando el salero y aguamaniles, y en fuentes grandes de plata las capillas, velas y demás cosas necesarias para el bautismo y confirmación.

A este primer trozo de acompañamiento, que se cerraba con el estandarte de la Congregación, sucedía inmediatamente el de la nobleza, que se componía de caballeros de todas las órdenes militares, muchos ministros de su Majestad, y casi todos los títulos y grandes de España que se hallaban en Madrid. Raro fué el que faltó; así porque los llamó su piedad, para el ejemplo, como por haberlos convecado con general convite el Excmo. Sr. Conde de Medellín, Presidente del Consejo de las Ordenes Militares, que cerró tan lucido acompañamiento con el estandarte, asistiéndole, para las borlas, á un lado el Excmo. Sr. Marqués de Jarandilla, y al otro el Excmo. Sr. Duque de Alba. Entre toda la nobleza iban los diez catecúmenos, llevándoles en medio sus padrinos y otros señores de título, y por un lado y otro la guarda de su Majestad, que fué bien necesaria, y no bastaba para detener el concurso de tan numeroso pueblo.

Lo último del acompañamiento se componía de muchos eclesiásticos de los más graves de Madrid, y de cuarenta Padres de nuestro Colegio Imperial y Casa Profesora, con sus Superiores, que cerraban el acompañamiento, asistiendo el Dr. D. Diego de la Cueva, cura de San Sebastián, que por su piedad y afecto á las misiones, llevó en sus manos el Santo Cristo. A la entrada del atrio de nuestra iglesia, donde fué la mayor apretura que he visto, estaba lo restante de nuestra comunidad con manteos, para recibir el acompañamiento; y con ella el Excmo. Sr. Conde de Oropesa, Presidente de Italia, que no había podido venir en el acompañamiento por su indisposición y el Obispo de Arcadia vestido de pontifical, para hacer las primeras ceremonias. Pasaron al tablado, aunque con harta dificultad los niños, el Sr. Obispo, los catecúmenos y algunos Padres de casa.

Estaba la iglesia, cual jamás se vió; todo el presbiterio, que es capcísimo, y se había hecho mayor, igualando las gradas con lo demás del plano, lleno de señoras de título, á quienes había convidado la Excmo. Sra. Condesa de Villahumbroso, mujer del Excelentísimo señor Presidente de Castilla, que por ser esclava suya una de las catecúmenas, tomó por su cuenta el estrado y convite, que fué muy general. Los bancos, que en la iglesia pudo reservar la guarda, y las tribunas, que pudieron cerrarse, las ocupó la nobleza y principales ministros de S. M. La demás innumerable gente de todos estados, estaba en pie y ahogándose de apretura y calor. Muchos se ponían sobre los confe-

sionarios, otros en la calle sobre los coches, para ver desde allí lo que podían, otros en las cornisas de la iglesia, y algunos ví que se pusieron en los nichos del altar mayor.

Fueron padrinos en el bautismo de las moras, que estuvieron y siguen muy devotas, los Sres. Marqués de Jarandilla, Marqués de Aytón, Conde de Santisteban y Marqués de Quintana, heredero del señor Presidente de Castilla. De los moros fueron padrinos los Sres. Duques de Abrahantes, Marqués de Leganés, D. Pedro de Leiva, primogénito del Sr. Conde de Baños, D. Luis de Leiva su hermano, D. Luis de Benavides y Aragón, Conde del Risco y primogénito del Sr. Conde de Santisteban, y por haber faltado uno de los señores, el P. Alonso de Igarza de nuestra Compañía. En la confirmación fué padrino de los nueve el Sr. Duque de Abrahantes, y del que su Excelencia lo fué en el bautismo, el P. Alonso de Igarza.

Quien más se señaló en el fervor fué la esclava del Sr. Presidente, cuya conversión fué de grande gozo á sus Excelencias, por ser aun cuando mora, de natural piadosísimo y muy modesto. Antes de bautizarse estuvo de rodillas en el tablado, haciendo actos fervorosísimos de contrición, y al tiempo de recibir el bautismo levantó los ojos á Dios y le dijo: *Señor si no he de ser buena cristiana, quitadme la vida en acabando de bautizarme*, palabras que edificaron mucho á los señores que estaban en el tablado. Comulga esta nueva cristiana cada ocho días, y puede servir de ejemplo y confusión aun á los católicos muy ejemplares. Casi todos los otros han comulgado ya con mucha devoción, y están muy fervorosos y constantes, sin que sepamos haya retrocedido ninguno de cuantos se han convertido este año, después de la primera resolución de bautizarse; aunque en todas partes y más en Madrid hay moros, que con exhortaciones y amenazas, procuran pervertirlos, y consiguieron que otros no se convirtiesen.

Ni es de poco consuelo lo que nos escribió de Málaga un sacerdote ejemplar, que es director espiritual de una de las moras que se bautizaron en Málaga: pues asegura que la tiene nuestro Señor muy adelantada, no sólo en los ejercicios de penitencia, sino en el de la oración, en que la favorece mucho.

Coronó el consuelo de todos el día del bautismo de Madrid un moro de hasta diez y siete años, de quien decía una de las recién bautizadas, que ella le había convertido. Porque al entrar en la iglesia, conociendo que era moro, le dijo: *¿Por qué no venir á bautizarte con nosotras, no ves que irte al infierno?* Quedó el muchacho, que había estado rebelde á nuestros sermones, herido con estas palabras, y llevado de un

impulso superior, se metió entre los señores del acompañamiento, y con grande dificultad, rompiendo por la guarda y la gente, llegó al tablado. Quiso subir, pero no era posible, porque aun á los señores no se les permitía, por estar ya casi lleno; instaba, pero no aprovechaba, porque todos le arrojaban, viéndole en traje de lacayuelo, y que parecía cristiano. Alegó finalmente para que le dejaran subir, que era moro y que deseaba ver como se bautizaban los otros, entonces le ayudaron todos á que subiese. Estuvo un rato muy devoto y como suspenso, viendo aquellas santas ceremonias, hasta que hablándole interiormente nuestro Señor al corazón prorrumpió con grande ternura en estas palabras: *Ya Dios querer, que yo sea cristiano*. Raro fué el gozo que todos tuvimos, abrazámosle tiernamente los que estábamos en el tablado, y con especial cariño los catecúmenos y señores, y cogiéndole de la mano le pasearon por el tablado para que le viera el pueblo, que no pudo contener, ni los aplausos de su gozo, ni las lágrimas de su consuelo.

Acabóse la función á muy buena hora, y los padrinos llevaron en sus coches á los nuevos cristianos. Después se han convertido otros tres moros; y antes habíamos reconciliado en Madrid con la iglesia católica, por medio del santo tribunal de la Inquisición, á un hereje luterano, francés de nación, de edad de veinte años, que se bautizó pública y solemnemente, abjurando las herejías, y supliendo lo que faltaba á su bautismo el día de S. Felipe y Santiago, con grande aplauso y consuelo de los católicos, en la iglesia de S. Miguel. Con que los infieles que se han convertido en estas misiones han sido ochenta y dos.

En muchas, y por ventura en todas estas conversiones, han tenido gran parte las oraciones y diligencias de personas santas, que se lo suplicaban á nuestro Señor con instancia. Especialmente me consta, que una niña de seis años, en Málaga, deseaba tanto se convirtiese una mora, esclava de sus padres, que hincándose de rodillas y derramando tiernas lágrimas, le dijo con fervoroso afecto á nuestro Señor: *Dios mio convertid esta mora, que yo os ofrezco mi vida por su conversión*. Raro fervor en aquella edad, y más raro el efecto, pues se convirtió la mora, que estaba muy rebelde, y se bautizó con las otras (1). En Madrid me consta, que algunos seglares hicieron penitencias muy graves porque se convirtieran los moros, y hubo persona que, todo el tiempo del sermón, se estuvo afligiendo su cuerpo con áspera disciplina. De todo sea

(1) Según el P. Tirso en sus *casos raros*, esta niña era hija de su grande amigo el caballero malagueño D. José Acedo, y se llamaba Marianilla, y de ella tomó su nombre la esclava mora al bautizarse.

la gloria á Dios que guarde á V. P.—Indigno hijo de V. P. Juan Gabriel Guillén.—Jesús del Monte, Julio á 10 de 1670.

14. *Damos fin á este Capítulo con la relación de algunos casos raros sucedidos al P. Tirso, y que no están contenidos en la carta del Padre Guillén, omitidos muchísimos otros que allí van narrados, ó indicados cuando menos. Helos aquí:*

Habiendo predicado el primer sermón de la misión en la ciudad de Málaga, vino á la portería del colegio, desde la Catedral, una mujer del mundo, que había comido del infame trato, tan compungida y llorosa, que á voces quería publicar sus pecados. Hiriéronle de suerte las razones del sermón, que de él salió hecha arroyos de lágrimas y resuelta á echarse á los pies de su galán, pidiéndole por amor de Jesucristo no la inquietase más. Quería vender todas sus galas y vestirse un hábito de sayal de beata, y confesarse generalmente conmigo. Consoléla en la portería, y díjela que por ser ya de noche no la confesaba entonces; que estuviese consolada, que quien la daba aquel dolor la quería salvar, y que si la muerte la cogiese de repente aquella noche, no sería infeliz, pues el Señor le había dado tal contrición. Asintió á mis razones, confesóse después, é hizo gran mudanza de vida.

En Málaga, queriendo una señora llevar á su esclava mora á oír el sermón, que se hacía en el Patio de las Comedias; ésta dijo, que primero se echaría en un pozo, que ir á ver y oír á aquel Padre embustero; y me tenía notable ojeriza. Después sus amos la obligaron con halagos á ir, y el Señor le trocó el corazón de suerte, que habiendo pedido públicamente el bautismo, instó, luego á su señora la trajese á la Compañía, porque quería venir á ver á aquel Padre, y besarle los pies: y vino dos veces. De las africanas que se convirtieron, algunas mientras se estaban catequizando, ayunaban á pan y agua todos los días, y una, que estuvo en el recogimiento de las Beatas para ser instruida, procedía como la más fervorosa religiosa, y en la procesión iba con un semblante alegrísimo y modestísimo.

En cierta ciudad una mujer, llevada de una gran aflicción echó un juramento execrativo contra sí, diciendo: «Los diablos me lleven ó se apoderen de mí, si esto no es así.» Y esto lo dijo con grande ahinco y rabia, por asegurar no había hecho una cosa que le achacaban. Aunque era verdad, con todo, porque sin necesidad había echado con tanto despecho sobre sí aquella maldición, permitió Dios que el demonio se apoderase de ella, ó la acompañase sensiblemente. Veíale, y él la persuadía no se confesase. Como con la misión todos se movieron mucho, y se confesaban generalmente, esta mujer fué á contar su tra-

bajo á un religioso siervo de Dios de la orden de S. Agustín, que el trienio antecedente había sido Prior; y él la exhortó á hacer una confesión general. El demonio la asombraba y amenazaba si la hacía; finalmente el siervo de Dios, aplicando á la mujer una reliquia y conjurando al demonio, le obligó á que la dejase confesar. Confesóse generalmente, y por este medio quedó libre del demonio. Por dirección del Padre empezó á tener oración mental, y entró tan bien en ella, que tiene principios para medrar mucho su espíritu.

Conmigo se confesó una buena mujer, que siendo niña de ocho á nueve años, un hombre la subió por una escalera con engaño á fin de hacer burla de ella. La niña huía y daba voces, y el hombre cayó muerto de repente á sus pies, cuando iba á deshonrarla. Ella salió diciendo que allí se había muerto un hombre de repente, vino la justicia con otra gente, y le hallaron en efecto muerto.

Por singular providencia de Dios fuí á misionar á ciertos lugares, á donde encontré muchas almas en extrema necesidad de este espiritual socorro, de las cuales hice concepto se perdieran, si no hubiéramos ido. Algunos me dijeron: *Padre, si su Paternidad no hubiera venido, yo no me atraviere á confesar con otro.* Entre ellos había persona que tenía pecados callados de más de sesenta años, y que había recibido el Viático muchas veces y alguna la Extremaunción, y ahora no se podía tener en los pies. De estos casos he encontrado un número grandísimo. Una mujer principal tenía miedo de venir á oirme, mas finalmente vino. Oyó el sermón de la hermosura del alma; y como era muy entendida le hizo tanta fuerza, que luego me hizo llamar para disponer una confesión general. Hízola después muy despacio, y quedó tan deseosa de oír estos sermones, como antes los aborrecía y no me podía ver.

Un hombre dejado de la mano de Dios, con codicia de tener dinero para sus apetitos, hizo cédula al demonio en que le entregaba su alma, si le ayudaba. Salió al campo á llamarle para que viniese, repitió estas diligencias algunas veces, y como el demonio no se le apareciese, rasgó la cédula. Volvió á hacer segunda vez otra cédula y á invocarle; mas la clemencia de Dios no dió tal licencia al enemigo. No se atrevía el miserable á confesar esta maldad; llegó la misión al lugar en que estaba, y vino á confesarse con grandes lágrimas y compunción. Otro vino á confesarse tan atemorizado, que estaba temblando de miedo, no le arrebatasen los demonios antes de descargar su conciencia.

Muchos estaban determinados á ir á Roma, persuadidos que no tenían otro remedio, y por eso callaban los pecados, y volvían consolados extraordinariamente de haber hallado tan fácil medicina para su

dolencia. Una persona anduvo en bandos y latrocinios algunos años hizo cuatro muertes y cometió muchas maldades, las cuales por ser tantas no se atrevía á confesar. El demonio le inducía á desesperación, y se le apareció algunas veces persuadiéndole se ahorcase. Este no había podido venir á buscarnos, y Dios dispuso, que, pasando yo de camino, me apartase á cierto paraje á donde me oyó una plática y se confesó con mucho consuelo.

CAPÍTULO OCTAVO

Misiones dadas en el Verano y Otoño de 1670

SUMARIO: 1. Misión de Segovia.—2. Fruto extraordinario que se hizo en ella.—3. Misiones de Avila, Valladolid y Burgos.—4. Misión de Salamanca: oposición que encuentra; procesión de nuestra iglesia á la de S. Martín: acto de contrición.—5. Pasa la misión desde S. Martín á nuestro colegio; nuevo acto de contrición; último día de la misión.—6. Fruto que en ella se obtiene: confesiones; compunción de los fieles.—7. Reconciliación de enemistades; mudanza de costumbres; restituciones, etc. Va el P. Tirso á predicar á Castellanos.—8. Dos cartas del P. Tirso y una del P. Guillén al P. General, referentes á las misiones.

FUENTES HISTÓRICAS: 1. Itinerario del P. Tirso.—2. Carta del P. Rector del colegio de Segovia al P. Provincial de Castilla. ms.—3. Relación de la misión de Salamanca, hecha por el P. Rubí. ms.—4. Dos cartas del P. Tirso al Padre General. ms.—5. Carta del P. Guillén al P. General. ms.—6. Cartas anuas de la Provincia de Castilla; año de 1670. ms.—7. Actas del Cabildo Catedral de Segovia, año de 1670. ms.—8. Actas del Cabildo de Burgos, año de 1670. ms.—Diario de Salamanca. ms.

Terminadas las gloriosísimas empresas, que en el quinto año de su vida apostólica fueron encomendadas á nuestros misioneros, se retiraron, como dice el P. Tirso en su Itinerario Breve, por S. Juan, á Jesús del Monte, seis leguas más allá de Alcalá, para tener allí el verano con los estudiantes del colegio de Alcalá, que se pasan por esa época á dicho sitio. De allí el P. Guillén hizo jornada á Aragón, y misionó en Cariñena su patria. El Padre Tirso vino á hacer otro tanto á Segovia con el P. Rubí, que acudió de Salamanca á ayudarle. De esta misión apenas se contiene nada ó muy poco en el Itinerario, por haber hecho la relación de ella el P. Rector del colegio, según afirma el mismo P. Tirso en una de sus cartas. La relación del Padre Rector del colegio de Segovia, que se conserva en los archivos, es como sigue en forma de carta, al P. Provincial:

Luego que me avisó V. R. cómo enviaba á misión á esta ciudad al P. Tirso Gonzalez y al P. Juan Rubí, se trató de disponerla, esparciendo la noticia, é imprimiendo en los ánimos de todos la utilidad de aque-

te ministerio, y gran estima del espíritu y muchas prendas de los Padres misioneros. Logróse bien la diligencia en esta ciudad, que es una de las más devotas de Castilla y que, desde que S. Francisco de Borja puso la primera piedra en la fundación de este colegio, ama y estima con perseverante firmeza á la Compañía, sin que jamás haya sentido este colegio sino favores y beneficios. Creció la gana de la misión en todos con la fama que corrió del P. Tirso, no sólo por los muchos que le conocieron ya célebre en Salamanca, sino por muchos más que publicaban los frutos y aplausos que habian visto en sus misiones en la Andalucía y Extremadura; y con la vecindad de la corte, era incentivo nuevo, lo mucho que alababan su misión de Madrid innumerables personas.

Quien dió mayores muestras de contento fué el Ilmo. Sr. D. Jerónimo de Mascareñas, Obispo de Segovia, requiriendo con ansia se le dijese que podía hacer para que saliese la misión muy cabal. A este fin dió todas sus veces á los confesores del colegio; concedió las indulgencias que pudo á los ministerios de la misión; mandó á los oficiales de su imprenta que imprimiesen todos los libritos y tratados de devoción, que los Padres misioneros quisieran repartir al pueblo; y finalmente autorizó con su persona la doctrina; y con su asistencia á las demás funciones dió gran sed á la misión, significando con igual afecto el gozo de ver el fruto de su obispado, y la gloria que con tan fructuoso ministerio se le aumentaba cada día más al Instituto de la Compañía, de quien por tantos títulos se profesa su Ilustrísima devotísimo.

A vísperas de la octava de la Natividad de nuestra Señora, con buena estrella, dió principio á la misión una doctrina solemne. Acudieron á ella todos los maestros de las escuelas con los niños, á competencia en el número, en el adorno y en el orden. Seguíase el estudio de gramática y su lucida congregación, cuyo lábaro llevaba un estudiantico, el más agraciado, llamado D. Antonio de Tapia, del hábito de Alcántara. Guarneían luego á los lados, la numerosa congregación de ciudadanos, las tropas de la milicia, y un inmenso bulto de nobleza, al estandarte que iba en manos de D. Félix Melo de Silva. Marchaba después en dos hileras todo el clero con manteos y bonetes y gravísima autoridad y modestia. En pos del clero iba el Sr. Obispo y los prebendados sus asistentes, luego el Sr. D. Diego de Quiñones, caballero del hábito de Alcántara, corregidor de esta ciudad con sus tenientes y todos los ministros que tocan á su audiencia, siguiéndose y atropellándose una multitud de gente. En tal tenor, con repique de campanas del colegio, de las iglesias por donde la doctrina pasaba, y de la

iglesia mayor, se llegó á la Catedral, á cuyas puertas salieron á recibir la procesión cuatro canónigos, esperando el cabildo en pleno con sobrepellices en el coro. Allí publicó el P. Tirso la misión, y predicó con tal fervor, con tal doctrina, elocuencia y talento, que desde esta primera acción se apoderó de toda la ciudad; pues siendo el concurso de este día tan desacostumbrado, á fuerza de la industria y del convite, fueron con sumo exceso mayores los que le fueron atrayendo, así el gusto como el provecho que experimentaba el auditorio. Y siendo el templo de la Catedral inmenso, todos los ocho días que duró la misión, era menester ir con tiempo á tomar lugar.

2. Desde este primer sermón, en que el P. Tirso ponderó la importancia de la confesión general, publican todas las religiones, que les había dado infinito que hacer á sus confesores, y no acaban de decir el gran bien que se iba experimentando en las almas. Que con ser tan extraordinaria la moción pública que se veía en todos, era más prodigiosa la interior, que se tocaba en las confesiones, á que correspondía ser una como comunión general todos los días en todas las iglesias.

El domingo, día que había señalado el Sr. Obispo para la comunión general, que pide el *jubileo de la doctrina*, fué su Ilustrísima á decir misa á la Catedral para ganarle, y halló allí un alegre motivo de dar públicas gracias á Dios, considerando el día más devoto que jamás había visto, á saber: Un concurso espantoso de confesiones, y en dos puntos dar incesablemente la comunión, que con salir unos y entrar los otros, no cabía la gente en tan espacioso templo, todos devotos, todos compungidos, todos con sumo silencio, y ejercicio de varias devociones y obras pías. Creció el gozo de su Ilustrísima con el informe de que no había confesor en Segovia, que no estuviese ocupado aquella mañana en este empleo; y conjeturando bien por el concurso de la mañana á los sacramentos, cual sería el de la tarde al sermón, ordenó quitar la valla que cierra del coro al altar mayor; y aun así no bastó, ni bastaría otro tanto templo, para la gente que vino. Algunos se quedaron allí á comer por asegurar lugar. Fué tal el gentío que concurrió, que los más ancianos afirmaban no haberle visto igual en las honras de los Reyes, en las fiestas de la Fuencisla, ni en otra alguna ocasión de celebridad, tan atentos todos, (estando los más en pie por espacio de dos horas y media, que gastaba el P. Tirso en la doctrina y sermón), que inmóviles y callados, parecían de verdad y sin encarecimiento, de talla ó de pintura.

Celebróse el paso de la misión, desde la Catedral á nuestro colegio, con el *acto de contrición*, que suele hacerse al anochecer. Acudió á

él toda la ciudad con piadosa emulación de los prebendados y caballeros, sobre llevar las insignias, teniendo á dicha el llevar una hacha. Era de suma edificación entre tanta inmensidad de gente, tanto silencio, sin que quebrase mujer alguna el orden dado de estarse en casa. En tres puestos de los más populosos se hicieron tres actos de contrición, con tan gran fervor del que predicaba, como estupenda moción de cuantos oían. Hubo quien no pudo reposar aquella noche de contrito.

Quedó la ciudad con esta salida tan afervorizada, que á la segunda que se hizo á la parroquia de Sta. Eulalia, el concurso fué mucho mayor todavía; y sucedió, que hallando aquel espacioso templo lleno, el P. Tirso predicó á la multitud que estaba dentro, y otro Padre tuvo que predicar fuera á muchos millares de almas, á quienes se hizo imposible la entrada en la iglesia. Noche por cierto célebre, y de que habrá perpetua memoria. Estaba la gente movidísima, predicábase á todo fervor, y oíanse á largas distancias llantos, suspiros, bofetadas y recios golpes de pecho. En la iglesia clamaban todos misericordia; afuera en la plaza, se hacían á gritos promesas de firmes propósitos, como si estuvieran en una borrasca, terminando todos con piadosos sentimientos, en tales alabanzas de la Compañía, que no osa la modestia referirlas, y se contentará con merecerlas. Aun lo que es común á otras misiones en esta ha sido muy singular, y se deja de decir, por ser muy difícil de explicar, tal es lo concerniente á las confesiones de necesidad, que se rehicieron en tiempo de la misión.

El día que predicó el P. Tirso del perdonar enemigos, se entraban unos por las casas de otros, solicitando los mismos agraviados las amistades, aun los que más empeñados estaban en pleitos de intereses; y sólo era común pena, el no tener injurias que perdonar. No parece que ha quedado libro de comedias, después que él predicó contra esta peste perjudicial. Casa hubo en que luego se quemaron diez libros de estos; y está la ciudad con piadosa resolución, no sólo de negar licencia á una compañía de representantes, que estaba para venir; sino también de no admitir las demás (1).

El día de S. Miguel, que dió fin á la misión, fué el más célebre que ha visto esta ciudad, como lo confiesan todos los ciudadanos á una voz.

(1) Las cartas anuas hacen memoria de esta mision del P. Tirso en Segovia, y de este fruto en concreto de que aquí se habla por estas palabras: Ibi (Segoviae) impensus apostolice Patris Thyrsi Gonzalez et Patris Joannis Rubi labor, ea compendia messemque in horrea Domini conguessit, quae multae civitates hujus regni iisdem et Societati nostrae accepta referunt, ei grata memoria prosequuntur. Quo die ab altero ex Patribus valide et praeclare declamatum est in scenam histrionicam et coemedia-rum libros, i. e. amatoria philtrea, duodecim volumina fuerunt igne consumpta.

Ganábase aquella mañana el *jubileo de la doctrina* en nuestro templo y en el de Sta. Eulalia. En este se gastaron dos mil y quinientas formas, y en nuestra iglesia comulgaron cuatro mil y cuatrocientas personas; y en otros templos otras muchas desde el amanecer. En todos los conventos y parroquias, todo era confesar; y nuestra iglesia era una inundación. Muchos señores canónigos se vinieron á ayudarnos á confesar, y casi todo el cabildo á decir misa, para repetir las diligencias del jubileo. Tal moción, tal devoción, y una piedad tan común, era lo que más predicaba y convertía, avergonzándose el más duro de no enter necerse á tan potentes golpes del cielo. Participaron de este bien de la misión los pobres del hospital, y los presos de la cárcel, adonde fuimos á confesarlos y comulgarlos, llevándoles qué comer, y sacando para ellos limosnas, así en dineros como en vestidos.

La función de por la tarde del día de S. Miguel, fué un nuevo asombro; porque se remató la misión con otra doctrina, que salió de nuestro colegio á la Catedral, con sumo gozo del Cabildo, á quien le debe la Compañía siempre mucho, y en esta misión muchísimo, de continua asistencia á todas las funciones. Lo especial de esta solemne doctrina, fué la piadosa novedad y extraordinario fervor de los eclesiásticos y caballeros de *hábito*, ya mezclándose con los nuestros, que iban en medio cantando, ya careándose entre sí mismos; con que esta tarde aquella acción de los niños, se vió engrandecida y autorizada con las más venerables canas del sacerdocio y de la nobleza. Así llegamos á la iglesia Catedral, y estaba tan lleno aquel inmenso templo, que no pudimos entrar los que íbamos en la doctrina; con que el P. Juan Rubí, con gran talento y espíritu, como mostró en los demás sermones, se puso á predicar en la plaza mayor á un inmenso gentío, en que estaba lo más granado; mientras el P. Tirso predicaba á los demás en la iglesia, siendo aquella confusión piadosa el espectáculo más agradable y extraño, que jamás se vió en Segovia.

Con otras acciones se recogió después nueva vendimia, en vez de rebusca, apellidando por la misión los conventos de monjas; con que quedó la ciudad con igual pasmo que fruto, y les parece que ven aquellos tiempos de la primitiva Iglesia, y la predicación de los apóstoles. La Compañía ha logrado con todo esto nueva estima, este colegio más benevolencia, y las misiones eterna memoria. De todo damos las debidas gracias á Dios, nuestro Señor; y todo sea á su mayor gloria.—El guarde á V. R. como deseo y suplico.—En sus SS. SS. y O. O. mucho me encomiendo.—Segovia y Octubre 7 de 1670.

Añadiré á esto, que deja dicho el P. Rector de Segovia en esta su car-

ta al P. Provincial, el caso siguiente, que cuenta en el Itinerario el P. Tirso por estas palabras: El martes, inmediatamente después del día de San Miguel, en que se concluyeron los sermones de la misión, salimos con el acto de contrición por las calles para coger la rebusca. Y porque su Ilustrísima gustaba de ver esta función, se hizo la penúltima vez enfrente de su palacio, y se terminó en la Catedral con mucho concurso. El fruto de esta acción fué grande; porque sacó muchas confesiones; y un soldado, que hacía trece años traía una mujer consigo, por esta función se movió á casarse con ella, y hasta vino al día siguiente á confesarse, y luego se fué á su capitán, (quien varias veces le había pedido esto mismo), á decirle, cómo quería cuanto antes casarse con aquella mujer.

3. *Hasta aquí la relación de la misión de Segovia, tal cual se encuentra en los documentos citados. ¡Ojalá que con la misma extensión se hubieran relatado por alguno, los sucesos de las no menos importantes y fructuosísimas misiones de Avila, Valladolid y Burgos, que se dieron á continuación de la de Segovia, por el P. Tirso y el P. Rubí la primera, y las otras dos por los celosísimos misioneros de Extremadura y Andalucía. Esparcidos acá y allá en diversos documentos del P. Tirso, del P. Guillén y de las cartas anuas, se encuentran los siguientes datos, que juntamos aquí, para que el lector forme alguna ligera idea de lo que fueron estas tres últimas misiones.*

De Segovia pasamos el P. Rubí y yo, dice el P. Tirso Gonzalez, á la misión de Avila; y estando al medio de ella, vino el P. Guillén á juntarse conmigo. Semejantes fueron aquí los efectos á los de Segovia, causados en gran parte por el acto de contrición, lo que fué glorioso principio y feliz pronóstico del fruto que nuestro Señor había de darnos en Castilla, y del afecto y aplicación con que, los de la Compañía de esta provincia, habían de honrar y practicar ministerio tan de su celo. Duró la misión de Avila diez días, y se terminó el de Sta. Teresa de Jesús. Asistió siempre con sobrepelliz á los actos de ella el deán y cabildo, que es de mucha suposición, y toda la nobleza, que es de gran lustre (1).

Concluida la misión de Avila el P. Rubí se volvió á Salamanca, y nosotros pasamos á Valladolid, donde se hizo la misión por tres semanas: una en la Catedral, asistiendo sus prebendados; otra en nuestro colegio de S. Ignacio (2); otra en la iglesia de Santiago y de S. Martín, y al mismo tiempo en ocho conventos de monjas, sujetas al ordinario y

(1) *Diecesibus Burgensis et Abulensis eluxerunt marmoratis laudibus digni fructus missionum PP. Thyrsi Gonzalez et Joannis Gruillen.*

(2) La iglesia de este antiguo colegio de la Compañía es hoy parroquia, bajo la advocación de S. Miguel.

á varias religiones. Deseaban los de la Compañía y toda la ciudad, que se prosiguiera otra semana; pero prevaleció la determinación del Padre Provincial, quien dispuso, que en quince días que se podían quitar á las misiones de Valladolid y Salamanca, fuéramos á la ciudad de Burgos, para satisfacer las grandes ansias con que su Prelado pedía la misión.

Fué necesario para no faltar á la de Salamanca, ofrecida para el adviento, abreviar la misión de Burgos; de suerte, que en diez y siete días, desde nuestra salida de Valladolid, estábamos ya en Salamanca; habiendo predicado los diez, y caminado en los restantes, que eran de los más cortos del año, sesenta y seis leguas. Correspondió el fruto á los deseos del Prelado, más que á los días y sermones, que predicamos todos en la Catedral, y á la noche en nuestro colegio, para los hombres. El efecto de esta misión fué de lo más raro que se ha visto y digno de grabarse en mármoles con caracteres indelebles, según la frase citada de las cartas anuas (1).

4. La segunda dominica de adviento, víspera de la Inmaculada Concepción de Ntra. Señora, comenzó la misión en esta ciudad de Salamanca, con gran recelo de que no había de tener todo aquel fruto y moción que en otras partes; por ser esta ciudad una junta de varios lugares en calidad, jurisdicción y genio diferentes y desunidos, y no menos por el punto y la emulación de tantas y tan graves comunidades (2).

Decían muchos, *que estas misiones eran para las aldeas y no para Salamanca, lugar de tantas letras, religión y enseñanza*. El vulgo repetía mucho, *que si pensáramos que eran herejes, que habían menester para reducirse, medios tan extraordinarios*. Padeciósse también resistencia en la Catedral; porque deseando el Sr. Obispo que comenzase allí la misión, con el ejemplar de las demás iglesias de España, y enviando para este fin recado al Deán que juntase cabildo, no hubo medio de reducirle á que lo hiciese; y así se dejó, con mucho sentimiento de los prebendados que lo deseaban, asegurando que, si hubiera lugar de tratarlo en

(1) Con ocasión de esta misión de Burgos, el P. Tirso visitó el famoso monasterio de las Huelgas y se hizo cargo de la amplia jurisdicción de que gozaban sus abadesas. Así lo atestigua el R. P. M. Fr. José Moreno Curiel del Orden de la Stma. Trinidad en el prólogo de la vida de Doña Antonia Jacinta de Navarra. Hablando de los varones eminentes que reconocieron dicha jurisdicción dice así: De la Compañía de Jesús el R. P. M. Juan Barblano, el R. P. M. Ricardo Lince, el R. P. M. Gabriel de Henos, el R. P. M. Tirso González, General; el R. P. M. Gaspar Cruzat; sujetos todos tan grandes, de tanta erudición y letras, que habiendo sus doctos libros ilustrado mucho á nuestra patria, bastaran á ennoblecer aun lo sagrado de un concilio, sin que otros cinco mayores acaso los hallara el Reino.

(2) En carta al P. Oliva, dice el P. Tirso, que "el Rector enviaba una relación de esta misión, escrita por el P. Rubí," aludiendo á esta que aquí ponemos.

cabildo, no hubiera tenido dificultad. Desayudaba también el tiempo, sumamente áspero y desabrido, y otras muchas, aunque más menudas dificultades, mostrándonos nuestro Señor, con esta tan general contradicción, cuan de su servicio era esta obra. Y porque su Majestad la favoreciese, y quitase los estorbos de su servicio, á más de otras oraciones y penitencias, que se hicieron, salió la comunidad con disciplina al refectorio; y ¡bendita sea su bondad! nos ha dado un suceso tan prodigioso, que apenas lo creemos los que lo estamos gozando.

Dióse, pues, principio á la misión el domingo por la tarde, habiendo antes el Sr. Obispo mandado á todos los curas de las parroquias, que en sus iglesias encargasen de su parte á todos, acudiesen á la procesión de la doctrina cristiana, en la cual había de ir su Ilustrísima. Ejemplo, que con razón juzgamos, había de mover mucho; pero el tiempo fué tan contrario, y las calles estaban tan desacomodadas, que no se pudo lograr. Acudieron no obstante todos los estudiantes y algunos catedráticos de gran suposición; y aquí empezó nuestro Señor á triunfar del pundonor humano, reduciendo á los estudiantes, mozos de tanto garbo y nobleza, á cantar con los niños la doctrina cristiana. Así entramos en la iglesia de S. Martín, que en el sitio y capacidad pareció, entre las demás parroquias, la más á propósito para comenzar la misión; pero fué el concurso mucho mayor que la iglesia, no pudiendo su Ilustrísima, sino es con gran dificultad, romper por la gente á tomar su lugar. Este día y el siguiente fueron constantemente grandes los auditorios; y la solidez, eficacia y fervor de los sermones movieron y desengañaron á los que menos bien sentían de la misión.

Determinóse el salir de noche, haciendo el *acto de contrición* por las calles, según que en otras partes lo estilan los Padres misioneros, y conforme á lo que en esta misma ciudad había practicado el V. P. Jerónimo Lopez, en la misión tan fructuosa que hizo en ella el año de cincuenta y cuatro. Salimos el lunes á la noche con mucho y muy lucido concurso, y no con menos fruto y moción. Llevaba el Sto. Cristo el P. Rector, y alumbraban con hachas dos doctores de la Universidad, y el uno de ellos catedrático de vísperas de Leyes. Sucedieron dos casos, que confirman mucho la seguridad y conveniencia de esta función tan devota.

Resolvieron algunos hombres salir la primera noche al tiempo del dicho *acto de contrición*, y sacar las espadas, moviendo una pendencia y tumulto que turbase aquella acción tan piadosa, y luego dar voces contra nosotros como alborotadores de la ciudad; pero la providencia divina atajó con mejorados sucesos esta desgracia, alumbrando

su ceguedad, y atemorizando de suerte sus corazones, á la vista de un acto tan devoto, que compungidos y llorosos, le fueron acompañando, y se confesaron con grande arrepentimiento de su temeridad. Otro fué, que habiendo salido una persona de cuenta algunas noches, en busca de su contrario para matarle, esta noche lo encontró donde muy á satisfacción pudo vengarse. Estaba ya para ejecutar su colérica determinación; pero oyendo al mismo tiempo una de las sentencias, que se iban diciendo, y viendo aquel concurso tan piadoso, se compungió de suerte, que, cesando en su enojo, se fué acompañando al Sto. Cristo, y se reconcilió con su contrario.

Siendo tan grande el fruto de esta función, no es mucho procurase el demonio poner estorbos para que no se repitiese. Supo el Corregidor la temeridad que habían intentado aquellos hombres, y temiendo no pasase otra noche á ejecución el intento, entró en recelos de alguna desgracia. Llegábanse á esto los disturbios, que acababan de suceder pocos días antes, en que, puestas en armas todas las naciones [*bandos regionales*] de esta Universidad, primero entre sí, y al fin con los hijos de vecino [*naturales*], habían tenido á pique de perder este lugar. Y así, con harta apariéncia, ponderaron al Corregidor el peligro de andar de noche mezcladas las naciones estando reciente el disgusto; con que se determinó de dar cuenta al Consejo Real, y juntamente envió á suplicar al Sr. Obispo lo embarazase. Su Ilustrísima envió al Sr. Provisor que diese razón al P. Rector de lo que pasaba; pero su Reverencia habló de suerte al Corregidor, que mudó de intento; mas este añadió, que si volviese á salir, le avisasen para que él asistiese. De suerte, que nuestro Señor, no sólo desbarató las trazas del enemigo, sino que aumentó la autoridad de esta función con la asistencia de una persona tan pública.

5. Prosiguió toda esta semana la misión en la misma parroquia hasta el sábado en la tarde, que con una doctrina muy solemne, se trasladó á nuestra iglesia; y aquí fué donde los corazones de los oyentes, hasta entonces, al parecer tibios, empezaron á encenderse con demostraciones de singular fervor. Los concursos, en el número y la calidad fueron los mayores que jamás se han visto. Siendo nuestra iglesia una de las más capaces que tiene la Compañía en España, era menester prevenirse algunas horas antes para tener lugar. La ternura y sentimiento de los corazones, prorrumpía en lágrimas, clamores y bofetadas, cosa más extraña, por ser la gente del auditorio, por la mayor parte, tan seria y tan mesurada que, como ellos mismos decían, era más fácil deshacerseles el corazón en el pecho, que prorrumpir en una voz.

Salióse segunda vez con el *acto de contrición*, con mucho mayor concurso y moción que la primera; y para hacer más universal el fruto, nos dividimos en dos tropas. Salieron casi todos los caballeros de la ciudad, y muchos de la Escuela [*estudiantes universitarios*] con hachas, alumbrando al Sto. Cristo. Con ser tanta la gente, que no cabía por las calles, iba con tanto silencio, que parecía íbamos solos. Estaban las calles con las aguas de los días antecedentes llenas de lodo; y aunque por esta causa se les advirtió que al tiempo del *acto de contrición* no se arrodillasen, no pudo recabarse esto de su fervor. Espectáculo sin duda de gran ternura, ver tanta gente lucida, en horas tan desacomodadas, postrados de rodillas en medio de los lodos, pidiendo, con lágrimas y clamores grandísimos, misericordia de sus culpas. Rematóse esta función, como se suele hacer, en nuestra iglesia, la cual se llenó de la gente que acompañaba uno y otro acto. Allí con otra breve exhortación se repitieron los llantos, clamores y bofetadas; y se volvieron después á sus casas con tanta quietud, silencio y compunción, que admiró á todos. Habiendo sido esta función la que parecía más expuesta, y en la que se habían discurrido más dificultades, á ninguna han quedado más aficionados; como en efecto ninguna se ha experimentado más provechosa.

Desearon muchos se les diese lugar y tiempo para venir á tomar disciplina; díjose en el púlpito, que los que tuviesen devoción bajasen después del sermón, lunes, miércoles y viernes á la sala de la congregación (1), que es bien capaz; pero no siendo bastante para todos los que acudían, era tanto su fervor, que esperaban á que se desembarazase la pieza, y llenándose dos veces, era preciso enviar á muchos descontentos, por no poder satisfacer á los deseos de tantos. Allí rezaban antes de la disciplina el rosario á coros, hacíaseles una breve exhortación, y al fin el *acto de contrición* con grandes gemidos y clamores de misericordia. Obligó su devoción á continuar este ejercicio el sábado y el domingo siguiente; y han pedido con insistencia se vuelva, después de pascua, á proseguir en la misma forma. Recogióronse á hacer los ejercicios de nuestro santo Padre, en nuestro colegio, muchos estudiantes y colegiales mayores, para gozar á su tiempo de este retiro y de los sermones de la misión, que oían en las tribunas. Desacomodáronse para este efecto con gusto y prontitud los Hermanos Estudiantes, ofreciendo á porfía sus aposentos, y estrechándose por dejarlos á lo ejercitantes.

(1) Era esta sala la que está debajo de la sacristía de la iglesia de la Clerecía ahora convertida en salón-teatro del Seminario.

Entre todas las demostraciones piadosas de este tiempo, ha sido muy singular, el ejemplo de piedad y devoción, que han dado los cuatro Colegios Mayores, asistiendo con gran puntualidad á todos los sermones, sin reparar á veces en sentarse en las gradas del altar mayor, á vista de todo el lugar, que está hecho á no verlos, sino en los primeros asientos. Señaláronse con especialidad el día de Sto. Tomé, último de la misión, por la tarde. Habíamos en casa discurrido de cuánta edificación y ejemplo sería, si estos señores fuesen en la procesión de la doctrina, por ser estas comunidades mayores, en el lustre y autoridad las más entendidas y respetadas, como los seminarios donde se crían para los primeros puestos de la monarquía, la flor de la nobleza de España. Mas, reconociendo lo firme y asentado de sus ceremonias, y que en sus estilos no había ninguno que pudiese dar paridad ó ejemplar á esta acción, si no antes muchos argumentos de lo contrario; ni nos atrevimos á proponerlo, ni á esperarlo.

Venció el fervor de los colegiales nuestros deseos, y nuestro Señor las dificultades; porque el Colegio Mayor de Cuenca, se vino á ofrecer al P. Rector para llevar el lábaro ó estandarte de la doctrina, asegurando juntamente, que habían de asistir los cuatro Colegios Mayores, por haberlo así determinado, con circunstancias muy particulares. Pues, siendo así que para otras materias muy menudas suelen tener juntas y consideraciones muy espaciosas; esta acción, con ser tan extraordinaria, salió sin votarse por aclamación de todos. Dejóse todo con gran gusto y reconocimiento á su disposición.

Llevaron el estandarte y las borlas los tres más antiguos colegiales de Cuenca; y no sólo asistieron todos los cuatro colegios, sino que fueron también cantando las oraciones de la doctrina cristiana, y con ellos, y á su imitación, los caballeros de la ciudad, los prebendados de esta santa iglesia, los catedráticos, y en fin toda la Universidad, y la ciudad, con el concurso más solemne y más devoto que jamás ha visto Salamanca. Día, por cierto, glorioso para el cielo, en que se vió la humildad cristiana tan superior á todas las demás grandezas de la tierra, que los sabios y poderosos de ella se hicieron niños por Cristo, preciándose más de parecer discípulos de su cruz, que de ser maestros en todas las demás ciencias.

No bastó toda nuestra iglesia para la gente que concurrió al sermón; llenóse también la iglesia vecina de S. Isidro, donde predicó el P. Guillén; y la que no cupo en una y otra iglesia, bajó á la sala de la congregación, obligando á otro Padre á que predicase, para satisfacer las ansias de oír la palabra de Dios que tenían todos,

6. El fruto que de las mencionadas funciones y ejercicios se ha sacado, no es posible poderlo reducir á la breve suma de esta relación. El número de confesiones, por la mayor parte generales y de muchos años, se podrá colegir, ya que no ajustarse con puntualidad, por el ahogo con que han estado esta última semana todos los confesores de tantas y tan numerosas religiones, como hay en Salamanca. En el convento de S. Francisco, con tener doscientos religiosos, y así forzosamente muchos confesores, nos aseguró el P. Guardián que, á más de la mucha labor de toda la semana, el último día fué necesario atrasar la hora del comer dos horas más de lo ordinario, por no haberse podido antes desembarazar de las confesiones.

En Sto. Domingo, comunidad igualmente numerosa, nos dijeron que habían estado oprimidos de la gente que había acudido á confesarse, y que no tenían memoria en aquella casa de haber visto jamás igual concurso. En algunos conventos, en que por la distancia y poca comodidad, jamás en todo el año suele entrar nadie á confesarse, estaban en este tiempo confesando todo el día. Pero en nuestra casa fué donde cargó el mayor golpe de las confesiones. Con haber sido muchas el día de la Concepción, el domingo siguiente, y todos los demás días de esta última semana; los tres postreros fué con tanto exceso, que estuvieron los confesores, desde las seis de la mañana hasta las ocho de la noche, sin levantarse del confesonario más que á las horas de comer y del sermón. Muéstrase bien este grande número por las comuniones que hubo el último día de la comunión general. En nuestra iglesia pasaron de siete mil; en la iglesia de S. Martín fueron casi tres mil; en S. Agustín nos aseguraron que habían renovado tres veces la custodia [*copón*] con ser muy grande; y las que hubo en otras partes, aunque se refieren con variedad, es cierto que fueron muchas; y así no será encarecimiento decir que pasaron de diez y seis mil.

El dolor y sentimiento con que venía la gente á estas confesiones consolaba juntamente y embarazaba á los confesores, siendo necesario mucho tiempo para sosegar los sollozos que les impedía el hablar. Venían algunos con tanto horror de sus culpas, que les parecía se habían de condenar luego, si dilataban el confesarse. Y así, diciéndoles algunos que volviesen el día siguiente por ser ya tarde, decían: «Padre, y ¡si me muero esta noche!» Otro dijo: «Padre, si no me quiere confesar, aquí me estaré á la puerta de su aposento hasta la mañana, porque no me atrevo á salir de aquí con tantas culpas.» Otro, viendo que no podía romper por la mucha gente que estaba para confesarse, dijo á veces: «Padre, confiésemi, que ha mucho tiempo que me confieso mal.»

El fervor de los penitentes hizo también fruto en los confesores. Un religioso de una comunidad muy observante, hombre ya anciano y de mucho ejemplo en su comunidad, se entró una noche en la celda de otro y le dijo: «Padre, aunque nuestro retiro y mis achaques no me han dado lugar para oír á estos Padres misioneros; me han predicado sin embargo por medio de los penitentes que he confesado estos días: sus lágrimas y su mudanza tan extraordinaria, me ha descubierto muy singularmente la misericordia de Dios y mi ingratitud; ellos me han enseñado lo que debo hacer: súframe, pues, que haga una confesión general de toda mi vida.» Hízola, en efecto, con singular ternura y gozo de su alma.

Los casos tan raros y las conversiones tan maravillosas, que en estas confesiones se han experimentado, las oculta el sigilo; pero en general las da á rastrear la admiración de los confesores. Apenas hay comunidad religiosa, donde no nos digan, que por solo lo que ellos han experimentado, pudieran los Padres misioneros dar por bien logrados los trabajos de toda su vida; con otras ponderaciones de singular consuelo.

7. Por ser este lugar tan dividido en bandos y ser muy ordinarios los disgustos, ha sido muy sensible el fruto en la concordia de los enemigos y perdón de agravios. Predicaba de este asunto una tarde el Padre Guillén; había entre otros en el auditorio un clérigo, á quien otro públicamente había dado una bofetada. Estaba, como dijo él mismo, esperando la ocasión de la venganza; pero allí le tocó Dios el corazón tan vivamente, que deshecho en lágrimas y casi sin aliento, empezó á clamar, que le llevasen á su enemigo. Lleváronle, y postrado á sus pies le pidió perdón delante de mucha gente. Otro caballero de mucha calidad, estaba ofendido de otro muy desigual, y con resolución de vengarse; pero vencido todo el pundonor humano se le echó á los pies y le pidió perdón. De este género son muchos los casos que se saben, que por ser tantos y de una misma calidad, se dejan.

No ha sido menor el fruto de las malas amistades que se han deshecho, dejándose ocasiones muy escandalosas y de mucho tiempo. Muchos han mudado en matrimonio su mala correspondencia; y algunas mujeres perdidas se han recogido en monasterios. Ha sido en esta parte tan admirable la reformación de costumbres, cuanto el concurso de tanta gente moza hace á este lugar más ocasionado. Hanse restituido cantidades muy considerables, deudas atrasadísimas, y de quienes los acreedores dicen, que estaban desahuciados de poderlas cobrar. Fruto ha sido también de esta misión el haber entrado en la Compañía

tres estudiantes de muy buena habilidad, y la esperanza muy fundada que se tiene de que nos ha de dar nuestro Señor otros muy lucidos (1),

No puede callar nuestro reconocimiento lo mucho que hemos debido á todas las religiones. De todas han asistido á los sermones en gran número, celebrando con gran estimación el ministerio apostólico de estas misiones. El Maestro Reluz, de la orden de Sto. Domingo, catedrático de Prima de esta Universidad, persona de mucha estimación en santidad y letras, entre otras alabanzas de singular ponderación dijo: «que si le fuera permitido dejara con gran gusto la cátedra por acompañar á los Padres misioneros.» De muchos religiosos se sabe, que se han movido á nuevo fervor y observancia, dando principio á su reformatión con confesiones generales.

Los religiosos de S. Benito pidieron al P. Tirso, fuese un día de fiesta á predicar á Castellanos, aldea de su Priorato, distante dos leguas de Salamanca. Fué en efecto el Padre con otro de casa, y otros dos religiosos de dicho convento, el uno de ellos maestro y catedrático de esta Universidad. Con la noticia que se había dado antes á otros lugares vecinos, se juntó un auditorio muy grande. Estuvieron allí dos días y, no habiendo podido los cuatro confesores concluir las confesiones que se ofrecieron, los enviaron á Salamanca, y tuvimos otros dos días bastante ocupación con los que acudieron.

Finalmente, si no es viéndose, apenas se puede creer una conmoción tan extraordinaria, y una como universal conspiración en todos á tratar de ajustar sus costumbres de suerte que, á los que no redujeron los sermones, era preciso los arrebatase el corriente fervoroso de los demás. Ni era fácil que el más divertido pudiera escaparse de oír estas voces de Dios, teniendo otros tantos sermones cuantas conversaciones había en el lugar: sin que en ninguna parte se acertase á tratar de otra cosa, que de los desengaños que se predicaban en este tiempo, hablando con tal admiración y espanto de lo que habían oído, que se compungían de nuevo y se encendían unos á otros en el servicio de Dios. Obra verdaderamente maravillosa, y que por serlo tanto, ha parecido en esta insigne Universidad que se escriba y conserve en sus archivos, entre las cosas memorables que en ella han sucedido. *A Domino factum est istud.* A su Divina Majestad sea toda la gloria, y sea

(1) En la vida del V. P. Sanvitores, lib. 5.º, cap. XIV entre los compañeros del santo misionero se cita al H. Pedro Díaz, natural de Talavera de la Reina, que se encontraba en Salamanca al tiempo de esta misión; y se dice de él lo siguiente, en el lugar citado: "No le ayudaron poco á resolverse á entrar en la Compañía los sermones de misión que oyó en aquella Universidad á los PP. Tirso Gonzalez y Juan Gabriel Guillén." Sobre los demás que entraron, véase en el apéndice *Diario de Salamanca*.

servido de conservar con su gracia el fervor que ha encendido en todo este lugar. Amén (1).

8. *Cerraremos este capítulo con dos cartas del P. Tirso y una del Padre Guillén al M. R. P. Juan Pablo Oliva, en que se confirma lo que ya va escrito, ó se apuntan algunos datos más acerca de los ministerios de estos últimos meses del año 70. Helas aquí:*

Carta 1.^a—P. Ch.—Hemos hecho misión, después que entramos en Castilla, en cinco ciudades y todas principales: Segovia, Avila, Valladolid, Burgos y Salamanca. De todas habrán escrito á V. P. el fruto, y este P. Rector enviará relación del remate de la de Salamanca, que ha sido el más glorioso que hemos tenido en ninguna parte. Vuestra Paternidad se sirva de escribir las gracias á los Rectores, por lo que nos han ayudado y fomentado el ministerio. En Valladolid, aunque posamos en el colegio de S. Ignacio, el Rector de S. Ambrosio, con la Escuela, nos ayudó mucho para los actos de contrición, y ha introducido el que los Hermanos Estudiantes prediquen de misión en refectorio, y lo hacen escogidamente, y merece por esto especiales gracias. La misión de Burgos fué fervorósísima, y en diez días se hizo mucha obra, y la gente conserva el fervor. A ello ayudó especialmente el P. Rector, que es muy celoso de los ministerios.

El P. Provincial ha tomado muy de veras el introducir el *jubileo de las doctrinas* en la Provincia, con el calor que le ha dado el P. Cachupín. Y de hecho, en Valladolid y Burgos, lo publicamos el último día de la misión, diciendo que cada año por la Cuaresma tendrían este *jubileo*, y explicándoles la forma con que se practica en Andalucía y Toledo, y cómo se había de ejecutar. Recibieron la nueva con aplauso, y el señor Arzobispo dió las gracias de esto al P. Rector. El P. Provincial me mandó hiciese una instrucción del modo como se había de introducir para escribir la carta común. Le envié la instrucción; pero él no pudo escribir á tiempo, para que llegase su carta á Salamanca, antes de concluirse la misión.

Al P. Rector de este colegio le dije, como el P. Provincial con sus consultores de provincia tenía determinada esta materia; y que había especiales conveniencias en que lo publicásemos nosotros, que con eso sería cierto tendrían aquí toda la ciudad la cuaresma. No entró su Reverencia en esto, y parece que hizo punto de que el P. Provincial lo determinase sin darle primero cuenta; y así, aunque juntó consulta, en ella determinó no se publicase hasta que viniese la carta del P. Provin-

(1) En confirmación de lo que se dice en esta relación, véanse *Diario de Salamanca*, apéndice II, y *Cartas anuas*, apéndice VIII.

cial; con que se ha perdido esta ocasión. Parece que empezaron algunos Padres á poner dificultades, no habiendo ninguna verdadera; pues no hay colegio en la provincia, á donde se pueda esto ejecutar con más facilidad: que sólo con saber que los Padres Maestros explican los misterios de nuestra santa fe, los mandamientos, etc., vendrá todo el mundo. V. P. sin darse por entendido de esta resistencia que hubo para que no se publicase desde ahora, se ha de servir de escribir á este Padre Rector recomendándole mucho este punto, y haciéndole dueño de la materia; que con eso estoy cierto lo tomará con empeño; y también se sirva V. P. de recomendarle hagan los Hermanos sermones de misión en el refectorio, como lo han ejecutado ya en S. Ambrosio.

Ha quedado la gente de Salamanca tan movida, que desean vivamente haya cada año misión; y quisieran saliésemos muy á menudo con el *acto de contrición*; y á la verdad, Salamanca pedía cada año este ministerio. Si se introduce el *jubileo de las doctrinas*, ellos se animarán á juntar con el *docere* el *movere*, y quedará vinculado el *acto de contrición* á esta función; y será importantísimo hacerlo cada cuaresma.

Todos los seglares, oyendo al P. Rubí hacer el *acto de contrición*, y reconociendo su talento, dicen que es nacido para mi compañero, y les parece que ha de venir á parar en eso. Partiremos á Andalucía después del año nuevo el P. Guillén y yo. El P. Rubí, aun para el crédito y estimación humana, no puede dejar más aiosamente la cátedra, que para recogerse á Villagarcía, para disponerse á las misiones. Vuestra Paternidad se ha de servir de mandar al nuevo Provincial que nos enviare, que en acabando el P. Rubí de predicar aquí la cuaresma, le deje recogerse desde pascua de Flores hasta Otoño, para que haga trabajos. El sujeto no puede ser más á propósito para el ministerio; y muchos seglares, sin saber nada de lo que hemos escrito á V. P., se persuaden que me lo tengo de llevar conmigo. Señalándome V. P. al P. Rubí por compañero, y otro al P. Guillén de su provincia, después de haber discurrido este año por Andalucía el P. Guillén y yo juntos, podemos el año que viene, divididos, concluir con aquella provincia, ó quedarse el P. Guillén con su compañero allá, y volver yo á Castilla para discurrir por las ciudades que faltan, en compañía del P. Rubí. Dios pague á V. P. lo mucho que nos alienta á trabajar en la viña del Señor con su santo celo, y le guarde, etc.—Salamanca y Diciembre 27 de 1670.

Carta 2.^a—P. Ch.—Mañana partimos para Andalucía con harto sentimiento de la provincia de Castilla y de muchas ciudades, que están clamando. Vuelvo á encargar á V. P. se sirva de escribir al P. Rector,

encomendándole mucho que esta cuaresma se empiece á entablar aquí el *jubileo de las doctrinas*; porque con la misión queda la gente dispuesta para abrazarle bien. Como V. P. haga dueño [*que se persuada*] de la materia al P. Rector, él se empeñará. En ninguna parte de cuantas he andado, se puede hacer mejor que en el colegio de Salamanca, donde hay tantos maestros, que para explicar los misterios, los mandamientos, las partes de la penitencia, etc., son los que con más facilidad lo podrán hacer.

El colegio, con el nuevo gobierno del P. Hurtado, anda con más observancia que el trienio pasado, según he entendido. Anda el Padre Rector batallando con el P. Provincial, para que le dé algún socorro; porque el colegio cada año come una cantidad de la fábrica, y se va empeñando. Justicia tiene; mas parece que al P. Provincial le debe de mover más la necesidad de otros colegios, que no tienen á qué apelar, que la justicia del de Salamanca, que tiene adonde asirse.

La relación que á V. P. envía el P. Rector de la misión de Salamanca, la hizo el P. Juan Rubí, que tiene talento para todo. V. P. esté fijo en que, para pascua de Flores salga de la cátedra al noviciado, á prevenirse para el ministerio, y se sirva de señalármelo por compañero para el Otoño; á fin de que, divididos por diferentes veredas, el P. Guillén y yo, sea más copioso el fruto.—Guarde Dios, etc.—Salamanca y Enero 10 de 1671.

La carta del P. Guillén dice así: P. Ch.—De la misión de Segovia dirá el P. Tirso. Ahora estamos en Avila, y la ciudad está sumamente compungida. Por cartas del P. Tirso y del P. Rubí, que no he visto, sabrá V. P. su intento y determinación. Yo alabo á nuestro Señor por las veras con que llama al P. Rubí, que es sujeto nacido para este empleo; y ruego á V. P. lo dedique á él. El P. Tirso para facilitar el sacarle, y lograr el deseo de llevarle consigo que tiene, quisiera quedarse después de Navidad á proseguir las misiones en la Provincia [*de Castilla*]. Hele representado el deseo de V. P., del P. Asistente, de mi Provincia [*de Toledo*], y del P. Provincial de Andalucía, y la palabra dada de los de esta, de que volveríamos al arzobispado de Sevilla y demás ciudades de Andalucía. Parecele á su buen deseo, que se podrá componer tan á prisa el que los dos se queden aquí, y que á mí me dé V. P. compañero competente de mi provincia para satisfacer al Sr. D. Ambrosio Espínola.

No dudo, que si el compañero fuera el P. Francisco de Gamboa, que me parece admitiría con gusto la propuesta, se componía todo. Pero ajustar las cosas, y vencer las dificultades que las provincias tendrán

al dar los sujetos en cuestión, me parece no es cosa de pocos días. Yo me holgaré que se pueda ajustar el hacer estos dos binarios para el verano que viene. Con todo si V. P. pudiese ajustarlo luego, pronto estoy para ir á Andalucía por Navidad, sin el P. Tirso, con el P. Gamboa, y aun con el P. Miguel de la Puente; aunque reconozco, que para provincia extraña, y tales ciudades, son menester sujetos más graduados que este último.

Lo que me parece inevitable en todo acontecimiento es el ir á Andalucía para Navidad; porque he dado tantas palabras de esto, que no tuviera cara para parecer en España, si no cumplía; sino es que tuviera la excusa de que V. P. me mandaba expresamente lo contrario. Si V. P. juzga que esta división se deje para el verano, conviene mandarle al P. Tirso que vaya á Andalucía, para que los Padres de esta provincia no nos detengan; y ordenarle, que para el verano se venga á juntar con el P. Rubí, ó á este que vaya á buscarle allá. Que bien tendremos que hacer cuatro Padres, otro invierno, ú otros dos años fuera de este, en Andalucía. Disponga también el que yo me junte con el P. Gamboa, á quien yo escribiré luego con *solí*, para explorar su voluntad; que hasta ahora no le he hablado de este punto, porque me han cogido de repente con este intento. Nuestro Señor nos ayude y guarde á V. P., etc.—Avila y Octubre 11 de 1670.—Juan Gabriel Guillén.

CAPÍTULO NOVENO

Misiones dadas en Andalucía de Enero á Julio de 1671.

SUMARIO: 1. Relación del P. Guillén. Vuelven de Castilla á Andalucía. Llegada á Sevilla, y misión de Ecija.—2. Misión de Jerez de la Frontera.—3. Misiones de Cadiz, Puerto de Santa María y Sanlúcar de Barrameda.—4. Medios usados en estas misiones: doctrinas y actos de contrición.—5. Concurso á los sermones y castigos ejemplares.—6. Confesiones y vocaciones religiosas.—7. Conversiones raras.—8. Reformatión de costumbres.—9. Perdón de agravios.—10. Rosario y jubileo de las doctrinas.—11. Conversiones de moros.—12. Bautismo del Príncipe Muley.—13. Bautismo de moros en Cadiz.—14. Id. en Jerez.—15. Id. en el Puerto de Santa María.—16. Favores debidos á Prelados y Comunidades.—17. Otros casos raros sucedidos al P. Tirso.

FUENTES HISTÓRICAS: 1. Cartas del P. Tirso al P. General. ms.—2. Relación de los sucesos acaecidos en las misiones de 1670 á 1671, hecha por el Padre Guillén para ser enviada al M. R. P. Juan Pablo Oliva. ms.—3. *Manuductio ad conversionem Mahumetanorum* del P. Tirso.—4. Diario de Salamanca.—5. Libros de los que en este Colegio de Salamanca han sido recibidos en la Compañía desde el año 1554 hasta 1767. ms.—6. Vida del Venerable siervo de Dios el P. Presentado Fr. Francisco de Posada, del sagrado Orden de Predicadores.

1. *El Itinerario de la misiones del P. Tirso, que nos suministró tanta materia para tejer la relación de las mismas en los capítulos precedentes, carece de datos sobre los trabajos apostólicos de este año; así que nos serviremos principalmente de la relación que, como de costumbre envió el P. Guillén al M. R. P. General, que es la siguiente:*

Detuvimos en Salamanca, las pascuas de Navidad, para concluir los efectos de la misión y disponer el viaje al arzobispado de Sevilla, en cumplimiento de las ansias con que el santo celo del Ilustrísimo Sr. Arzobispo D. Ambrosio Ignacio Espínola, la deseaba y de la palabra que V. P., nuestros Provinciales, y repetidas veces nosotros, habíamos dado á su Ilustrísima, desde que para tanta gloria de Dios ocupó aquella silla. Pero no es fácil explicar los embarazos que tuvo esta determinación, originados del ardiente deseo con que procuraban la mi-

sión algunos Sres. Prelados y ciudades de Castilla: los Ilustrísimos Sres. Arzobispos de Santiago y Burgos, Obispos de Zamora y Mondoñedo, y las ciudades de Palencia, Zamora, Medina de Rioseco y Soria, arbitrando y librando en la misión el medio de su concordia y el remedio de muchas almas.

Llegó á tanto el empeño de dichos Prelados y ciudades, que viendo que sus cartas y embajadas no podían tener la respuesta que deseaban en el Provincial de Castilla, ni en nosotros la debida correspondencia á tanto celo, por embarazarlo el orden de V. P. y la palabra dada, interpusieron la autoridad de algunos señores y ministros de Madrid para sacar un decreto de la Reina, nuestra Señora, en que ordenaba al Provincial de Castilla, nos detuviese ó mandase volver de donde estuviésemos, para hacer misión en las ciudades de Castilla y Galicia, sin salir de ellas hasta concluir con todas, motivando con su Majestad esta determinación, con palabras de tanta piedad, como crédito de la Compañía y del ministerio de las misiones.

Esta orden la recibió el P. Provincial á fin de Enero, y nos la notificó por su carta con grande aprieto y puntualidad; pero no pudimos obedecerle con la misma, por hallarnos ya en Andalucía empeñados en la misión de Ecija, que había empezado cuatro días antes, en la dominica de sexagésima; y por estar ya en la jurisdicción del Sr. Arzobispo de Sevilla, que escribió á su Majestad y á algunos de los primeros ministros, proponiendo las razones que había para que no dejásemos á Andalucía. Fué tal la eficacia de esas cartas, que su Majestad, informada también por parte del P. Provincial de Toledo y del P. Rector del Colegio Imperial, determinó que se dilatase la misión de Castilla para otro tiempo, y que se prosiguiese lo comenzado.

Cuando después hemos visto los efectos de esta resolución, no podemos dudar fué del cielo, y que nuestro Señor dispuso por medio de V. P. se hiciese el viaje para Andalucía, que fué felicísimo, aunque tan largo y en el rigor del invierno. Pues aunque, pasada la primera noche, que hicimos en una granja (1) del colegio de Salamanca, cayó una cuarta de nieve, que nos obligó á detenernos todo aquel día, que se gastó en predicar y confesar la gente que había en ella y en un lugarcillo vecino (con admiración del medio que había tomado la providencia divina para la salvación de algunas almas); después, en todo el viaje fué el tiempo como de primavera, y nos permitió que en varios pueblos de Ex-

(1) Esta granja del colegio de Salamanca era la de Miguel Muñoz, de que se habla en la pág. 52, y el lugar que se menciona, sería Monterrubio ó S. Pedro de Rozados.

tramadura, donde habíamos hecho misión, se justificasen muchas almas por medio de la palabra de Dios y acto de contrición (1).

En todos los lugares querían detenernos; y en Plasencia vino el Deán de parte de su cabildo, alegando muchas razones para que hiciésemos misión, siquiera por ocho días, como deseaban el P. Rector y demás Padres de nuestro colegio. No pudimos obedecerles, por obedecerle á V. P. y al Sr. Arzobispo de Sevilla. Sólo en Guadalcanal, que estaba ardiendo en bandos, nos detuvimos dos días; y aunque no se consiguió todo el ajuste, por estar fuera algunos de los discordes, y el lugar lleno de jueces, que con pretexto de justicia, son tal vez el embarazo de la caridad; quedaron los que estaban presentes muy deseosos de la paz, y templados en el empeño de sus odios. Al paso que nos lastimó esta discordia nos consoló la paz en que habían perseverado cinco años las villas de D. Benito y Miajadas, y la que ya estaba establecida en Constantina, y con nuestra presencia acabó de confirmarse y asegurarse más.

Donde mostraron mayor cariño y gozo de saber nuestra llegada fué en la ciudad de Sevilla, persuadida íbamos á predicar en ella la cuaresma, y renovar la misión que habíamos hecho dos años antes. Pero su Ilustrísima, que nos honró como príncipe, y recibió con el afecto de padre, gozoso con la posesión de lo que tanto había deseado; por no dar lugar á instancias de señores y ciudadanos, determinó saliésemos luego de Sevilla para la misión de Ecija, que duró desde la dominica de sexagésima hasta la segunda de cuaresma. Hizose una semana en la iglesia mayor; las carnestolendas en la de nuestro colegio y en la plaza; y lo restante de aquella semana en S. Juan. Pero podemos decir que todos los días se hacía la misión en muchas partes; pues las primeras semanas predicábamos los dos misioneros, á un tiempo, en diversos lugares, y la última era necesario que platicásemos cuatro.

2. Concluida esta misión felizmente, salimos para la ciudad de Jerez de la Frontera que será de 16.000 vecinos. Por estar las iglesias principales ocupadas el tercer domingo de cuaresma por la tarde con sermón, y nuestro Señor descubierto, publicamos la misión en la plaza mayor, que llaman el Arenal; saliendo con una doctrina de nuestro colegio, en que iba toda la nobleza, que allí es tan calificada como numerosa, muchos eclesiásticos y todo el pueblo. En llegando á la plaza se dividieron los fieles en dos auditorios tan grandes, que ninguna iglesia, con ser las de aquella ciudad tan capaces, bastara para el uno; y sobró

(1) Los nombres de estos pueblos nos los dió el P. Tirso en su *Itinerario Breve*, pág. 37 de esta obra.

tanta gente para los dos, que la que no podía oír, podía componer otro grande auditorio.

Prosiguióse la misión toda aquella semana en la iglesia colegial, la siguiente en la parroquia de Santiago y la última en la de S. Miguel; y al mismo tiempo fué necesario predicar en las plazas y otras iglesias, casi todos los días, y á la noche en la parroquia de S. Marcos, donde suelen predicar los de casa, por la cortedad de nuestra iglesia. Allí se juntaba gran parte de la nobleza y pueblo para el ejercicio de la disciplina, que se hacía con extraño fervor, como en Ecija, Salamanca, Burgos y Valladolid. Concluyóse la misión el domingo de Ramos con una doctrina á que asistió toda la ciudad; y llegando á la plaza mayor, se dividió en cinco auditorios numerosísimos para otras tantas pláticas que se hicieron.

El punto más importante de esta misión fué una congregación de sacerdotes, en que habrá ya más de sesenta, que se ejercitan en obras de grande ejemplo, y otra de caballeros de la primera nobleza, que tendrá ya más de ciento, que son la edificación de la ciudad; ya en la asistencia á la plática y rosario y oración mental, que tienen cada semana; ya en las comuniones, que son muy frecuentes; ya en el pedir limosna para los pobres enfermos de la ciudad, siendo los primeros los más calificados, y sin que se embaracen por traer alforjas en los hombros, con los hábitos que traen los más en los pechos. Pasamos la Semana Santa en Jerez, haciendo varias pláticas, y logrando no pocos efectos de la misión, y la semana de pascua predicando á los moros.

3. Teníamos intento de pasar á la ciudad del Puerto de Sta. María, por habérnoslo mandado la Excma. Sra. Duquesa de Medinaceli y Cardona, no obstante que la habían hecho en aquella ciudad dos años antes unos religiosos franciscos, y por el adviento pasado dos de la Compañía, con fervoroso celo y singular provecho de las almas. Pero su Excelencia se conformó con el Sr. Arzobispo de Sevilla, en que fuéramos antes á Cádiz, cuyo Prelado la había deseado y solicitado con ansia para consuelo y reformation de la ciudad. Estaba esta no menos affigida que temerosa, por los amagos que vió de la divina justicia el domingo de Lázaro por la mañana, con el huracán furioso, que entrando por ella arrancó terrados, ventanas y rejas, derribó algunas torres, paredes y casas, y en su bahía anegó embarcaciones y navíos, ahogó muchas personas, y causó en un credo los estragos, cuya noticia habrá llegado ya á esa ciudad, y cuyo daño fué mayor que su relación, y pasarían de un millón de pesos.

Comenzóse la misión en la *dominica in albis*, anunciando paz y se-

renidad en las almas, y concediéndola nuestro Señor á los cuerpos; pues desde aquel día se aseguraron de los temores que tenían de ver repetir aquel primer golpe. Sucedió la misión como pedía la necesidad. Prosiguióse por cuatro semanas, tres á cristianos, y una á los moros; siendo casi siempre necesario predicar los dos á un mismo tiempo en las iglesias y plazas. Quitáronse innumerables escándalos, y se ajustaron otros tantos casamientos. Hiciéronse muchas paces entre personas que se buscaban para matarse; y al paso que parece aquella ciudad un receptáculo de todas las naciones, de todas las leyes y vicios, fué general el fruto en las demostraciones de penitencia, reformatión de costumbres y ejercicio de virtud.

Mandó su Ilustrísima que no hubiese comedias, y costó á su piedad cuatrocientos cincuenta reales acallar las quejas de los comediantes que, como salían de una cuaresma, sentían entrar en otra. Asistió su Ilustrísima á todas las funciones de la misión todos los días, hasta acompañar al Sto. Cristo de noche, y de día las cuatro doctrinas solemnes que se hicieron; que en sus años y poca salud es ejemplo de celo apostólico. Dió á nuestro colegio mil trescientos reales de limosna, para el reparo del daño que hizo en la casa el huracán, que costará más de tres mil ducados.

La Sra. Duquesa de Medinaceli, deseosa de hallarse en la misión antes de su partida á Madrid, instaba ya por cartas en el cumplimiento de la palabra dada y voluntad del Sr. Arzobispo de Sevilla; y así fué necesario pasar á su ciudad del Puerto, para comenzar la misión día de la Cruz. Mandó hospedarnos por su cuenta en el convento de San Agustín, donde debimos al P. Prior y á aquellos santos religiosos, no menos afecto y agasajo, que á los colegios de la Compañía donde estuvimos. No pudo comenzarse la misión día de la Cruz, porque hubo embarazo; sino el día siguiente, con una doctrina, en que llevaron el estandarte el Exmo. Sr. Duque de Medinaceli, y el Sr. Marqués de la Laguna, su hermano. Aunque era día de trabajo, se juntó gente para llenar una iglesia capacísima de tres naves, y otro numeroso auditorio en la plaza contigua, donde también se predicó.

Prosiguióse la misión durante dos semanas, y otra para los moros, honrándola mucho aquellos señores, especialmente la Sra. Duquesa, que no pudiendo asistir algunos días por una indisposición, nos mandó que fuésemos á platicar á su capilla, donde su Excelencia, hijos y familia pudiera oír una plática de desengaños. Y entre muchas limosnas y obras de piedad que su Excelencia hizo, mandó repartir cantidad copio-

sa de libros de devociones, impresos en Cadiz por su cuenta y disposición.

La última misión fué en la ciudad de Sanlucar de Barrameda, que la solicitó vivamente por sus cartas, que envió por manos del P. Bartolomé de Andrade, Rector de nuestro colegio. El fervoroso celo de este Padre, sacóle de Sanlucar y llevóle a la ciudad del Puerto, para cooperar al trabajo de la misión, y darnos tan copiosa materia para el agradecimiento, como admirables ejemplos para la imitación. Esta razón nos obligó á comenzarla cerca de mediados de Junio, y proseguirla hasta el día de S. Pedro, predicando ocho días en la iglesia parroquial de la ciudad, y otros ocho á cristianos y dos á los moros en el templo del glorioso patriarca Sto. Domingo, á cuya sagrada religión hemos debido tanta honra en esta ciudad, que es necesario acudir á V. P. para que nos ayude á agradecerla.

Salió toda la comunidad, que es gravísima y muy numerosa, á recibir á la nuestra, que fué el primer día allá con una doctrina muy lucida. Los días siguientes salían de la portería, para recibirnos, entre otros religiosos el Rvmo. P. Prior y el Rvmo. P. Presentado, Fr. Enrique de Guzmán, hermano del Excmo. Sr. Duque de Sidonia, cuyas honras y agasajos antes y después del sermón, y la asistencia con que ha favorecido la misión, desde que entró en esta ciudad hasta hoy, llevado de su apacible natural y santo celo, son para que siempre quedemos deudores. Con estos ejemplos asistía toda la comunidad tan gustosa á las doctrinas y pláticas, que aseguró el Prior no había pedido ningún religioso licencia para salir de casa por la tarde, en todos los diez días. Imitaban piedad tan cristiana los Padres más graves de las demás sagradas religiones, especialmente de S. Agustín y del Carmen, Calzado y Descalzo, pegando tal fuego y admiración á los seglares, con sus ejemplos y palabras, que nunca se vió tal compostura en la ciudad, ni tal ansia de oír sermones; pues en tiempos de grandes calores y siega, fué necesario algunas veces predicar ambos á un mismo tiempo. Los efectos de la misión han sido gloriosísimos, y cada día los experimentamos con novedad.

4. Los principales medios de que usamos en estas misiones se vieron en todas partes extraordinariamente favorecidos de Dios y de los hombres. A la doctrina asistió siempre la nobleza y numeroso pueblo. En Ecija la acompañó la ciudad con sus maceros, como á las procesiones generales. En Segovia y Cadiz los Sres. Obispos y Cabildos; y en las demás partes los gobernadores, deanes, provisores, títulos y personas más graves del estado eclesiástico y secular. Fomentaron mucho en

las ciudades de Castilla, donde era más necesario la estimación de este santo ministerio, el P. Provincial y Superiores de nuestros colegios y los Maestros de Teología, especialmente en Valladolid y Salamanca, siendo los primeros que entonaban las oraciones en alta voz, y siguiéndoles toda la nobleza y clero, y con sumo gozo de cuantos los oían. En Andalucía quitó la admiración la costumbre de ver tantas veces ejecutado ejemplo tan piadoso. Pero en Castilla, donde nunca lo habían visto, no lo creían aun los mismos que cantaban, especialmente en Salamanca, donde dieron este raro ejemplo de religión, no sólo los nobles, maestros y graduados de aquella Universidad, sino también los cuatro colegios mayores, en que se cría la nobleza de España para los principales puestos de la monarquía.

El acto de contrición se hizo una ó dos veces en todas partes, y ningún año con mayores efectos, ni con igual moción y eficacia. En Valladolid pareció tan demasiada al vulgo, que unos decían que les predicaban como á herejes, y otros salían atónitos de sus casas, preguntando si venía el fin del mundo. Una mujer, de las más célebres de España por su desenvoltura, oyó las voces, siguió al Sto. Cristo, volvió á su casa deshecha en lágrimas, y arrinconando galas y joyas, edificó, cual otra Magdalena, á toda la ciudad con su conversión.

En Jerez siguieron al Sto. Cristo más de doce mil hombres, sin que faltase persona de todo el clero y nobleza, siendo común voz de todos que había importado más aquella noche (que en los alaridos y llantos pareció del juicio), que los sermones de las tres semanas que habían precedido de misión. Salimos con una procesión, y fué necesario dividir en dos el concurso para la vuelta, y que fueran aparte, para no estorbarnos, más de cuatrocientos hombres, (que salieron con cruces, aun después de avisados que no era aquella procesión de penitencias exteriores), que estorbaban á nuestro intento de juntar la gente para exhortar á la interior. Hiciéronse siete exhortaciones, porque era necesario hacer dos á un mismo tiempo.

En Cadiz, fué igual ó mayor el concurso, mayor el ansia y demostraciones de penitencias, y las luces tantas, que pasarían de cuatrocientas. El número de exhortaciones llegó á once, ayudándonos en ellas y en las sentencias, con fervoroso celo, como en Valladolid y Salamanca, Ecija y Sanlúcar, los Padres de nuestros colegios. Era necesario sacar de la procesión los penitentes, para que su indiscreción no arriesgase su salud. Entre otros, admiró con su compunción y modestia, un hombre de buen porte, que siguió descalzo, y con una pesada y larga cadena á los pies, toda la procesión, llevando la cara descubierta, y con

su vestido ordinario y un criado delante, con una hacha, para que todos le notaran penitente.

Era allí tan grande el ansia de penitencia, que si hubiéramos insinuado se daba licencia para ello, hubiéramos visto los fervores de una Nínive arrepentida y penitente, para resguardarse de las amenazas de Dios. Muy semejante fué la compunción en la segunda salida, y la que después vimos en el acto de contrición en la ciudad del Puerto de Santa María, donde no pudimos estorbar el fervor de algunos hombres, que usaron de rigurosas penitencias, ni la piedad de los niños que dejaron de cargarse piedras insoportables á sus delicados hombros, por no hallar cruces con que abrazarse. Vió y siguió tiernamente piadoso el Sr. Duque de Medinaceli, con su hermano, el ejemplo de sus vasallos.

En esta ciudad de Sanlucar se ejecutó el acto de contrición, con tanta compunción y silencio, que la comunidad de Sto. Domingo, que la vió pasar, y oyó los llantos y alaridos y bofetadas que hubo en una de las exhortaciones, quedó con más estimación de esta función sola, que de toda la misión. Tuvo además aquí un singular efecto, que como se hizo en la víspera de S. Juan, y arrebató el Sto. Cristo toda la ciudad, se convirtió en llanto la fiesta de otros años, y en dolor y confesión de sus culpas, las que esta noche solían cometerse, saliendo toda la ciudad á la plaza.

Ni sólo suele reducir á los católicos este medio, sino también á los herejes. En Cádiz y otras ciudades le acompañaban éstos con ternura, y aunque hasta ahora no se sabe que por este medio se haya reducido más que uno, que, anegado en lágrimas, buscó el puerto de su salvación, podemos esperar que las lágrimas de otros les den luz más tarde. Así sucedió el año pasado á un hereje inglés muy entendido, que asistió en Málaga, y acompañó al Sto. Cristo muy compungido, pidiéndole misericordia y llorando sus culpas; y aunque por entonces no se redujo, vino después á Sevilla, y dándole nuestro Señor una grave enfermedad, estando cercado de herejes, pidió con tales veras el reconciliarse con la Iglesia Católica, que se ejecutó al punto; y viéndole nuestro Señor sazonado, le quitó la vida temporal, para darle la eterna, como de su piedad puede esperarse.

5. Los sermones fueron en todas partes muy asistidos. En algunas no bastaban tal vez los mayores templos é iglesias catedrales, y era necesario salir uno de los misioneros á predicar en otra iglesia, ó llevar otro tanto de auditorio á las plazas, como queda dicho de las ciudades de Andalucía, y sucedió también en Valladolid, Burgos y Salamanca,

en los días que se terminaba la misión. Era de admirar que no sólo concurría el vulgo, sino la nobleza toda de las ciudades; los cabildos todos de las catedrales; los más entendidos doctores y maestros, seglares y religiosos, con piadosas ansias de oír la palabra de Dios. Era cosa de ver y para alabar á Dios, en Burgos, cómo todos los hombres, habiendo gastado toda la tarde en asistir á la misión á la Catedral, se venían derechos de allí á nuestro colegio, donde empleaban gustosos otras dos horas, ocupados en ejercicios santos de rezar el rosario, oír un rato de lección y después otra plática, y asistencia á la disciplina.

Ayudó mucho al fervor de los concursos, el haber sucedido este año tres casos bien singulares ó públicos. Había en Valladolid un hombre de 80 años, y al parecer de menos desengaño que pedían sus canas. Instábanle algunos amigos que oyera los sermones de la misión, pues estaba tan cerca de dar cuenta á Dios, refiriéndole lo que en el acto de contrición habían visto y oído; mas él, sordo á tantas voces, respondía: *que no quería oír sermones, que aquellos eran espantajos de muchachos, y los misioneros unos embaucadores.* Quiso nuestro Señor volver por el crédito de su palabra: pues dentro de ocho días, un yerno suyo, por disgustos que con él tuvo, le quitó á puñaladas la vida, sin darle tiempo para la confesión, en el mismo punto en donde se había desmandado con aquellas palabras. Tuvimos el dolor que pedía semejante caso, aunque se templó con el consuelo de decirnos: *que después de haber dicho aquella palabra, se había confesado y ganado el jubileo.*

El segundo caso sucedió en el Puerto de Sta. María. Había en él un hombre de vida muy perdida, y que no había cumplido con la Iglesia. Deseaba una mujer devota que oyese los sermones, para que confesase sus pecados; decíale lo que ella había oído, y las conversiones que conseguía la palabra de Dios; pero el hombre, rebelde á voces tan piadosas, respondía: *que no quería ir al sermón porque los Padres aterrorizaban la gente, y eran embusteros.* Procuraba la mujer proponerle algunos rigores de la divina justicia; mas él, endurecido con una vana esperanza, respondía: *que la misericordia de Dios era infinita, y que habiendo muerto Jesucristo por él ¿cómo se había de condenar?* Instaba la mujer, que también era infinita la justicia de Dios, y que la sangre de Jesucristo la lograban los que acudían á ella en los Sacramentos, arrepentidos de sus pecados. Prosiguió, no obstante, obstinado en su intento aquel hombre; pero halló el castigo que merecía; pues antes que acabara la misión, y antes que diera muestras de penitencia, viniendo de fuera de casa á mediodía, y sintiéndose indispuerto, se recostó en la cama, quedándose muerto de repente, sin que le pudiesen absolver.

El tercero sucedió en otra ciudad, donde había un sacerdote, de mejor entendimiento que costumbres, pues había muchos años que no decía misa. Estaba algo indispuerto; pero con achaques, al parecer habituales, y no de mucho peligro. Propúsole un seglar piadoso algunas razones, que en el sermón había oído, para que no dilatase la penitencia. Respondióle: *Ese es un negocio que tiene mucho que hacer y mucho que pensar; mañana trataré de confesarme*. Volvió el seglar, movido de algún interior impulso, á rogarle no dilatase una diligencia tan importante, con lo que irritóse el sacerdote, y echando impaciente un voto, añadió: *Esto es mucho apretar, y no éstoy tan malo como vuestra merced imagina*.

No pudiendo aquietarse aquel seglar, avisó á uno de los misioneros, que acababa de hacer una plática, una hora después de haber anochecido. El Padre, pareciéndole que según la relación, no era enfermedad de cuidado, ni ejecutaba [urgía], y que sería conveniente dejar pasar algún tiempo para que se sosegase el enfermo, respondió: *Que volviese luego á asistirle, y hallando buena ocasión le exhortara con prudencia á intento tan santo y provechoso para su alma, y que avisase de la resulta, ó para ir á confesarle, ó para usar otro medio de reducirle*. Quietóse el seglar con esta respuesta, y pareciéndole que no había peligro aquella noche, dejó para la mañana la diligencia. Madrugó mucho, pero llegó tarde; pues sin que diera muestras de penitencia, ni darse cuenta nadie, el sacerdote se quedó muerto al amanecer. Causó este caso tanto horror, como lástima en la ciudad.

6. La moción que ha habido en los sermones, no ha sido inferior; sino al parecer mayor que otros años. Al sacar el Sto. Cristo eran tantos los llantos, alaridos y bofetadas, que no podía oirse lo que decía el predicador, especialmente en Andalucía, donde la devoción de la gente es más tierna, y más fácil de prorrumpir en semejantes demostraciones de dolor y penitencia. Era muy ordinario desmayarse las mujeres, con la vehemencia del afecto, y tal vez la curiosidad de algunos contó hasta veinte, que perdieron los sentidos del cuerpo, con el sentimiento del alma. En Castilla son los naturales menos blandos y la devoción más seria; y no obstante esto, fué en todas partes la moción extraordinaria y sensible, aun en Salamanca, donde la calidad del auditorio, si era fácil en desengañarse por lo entendido, era, por lo grave, difícil de rendirse á exteriores demostraciones de dolor y arrepentimiento.

No cesaba la devoción y moción en la iglesia; pues salían los pecadores, como atónitos, á buscar en la penitencia su remedio. Pecador

hubo que, al acabar un sermón, se condenó á cinco años de ayuno, á pan y agua, todos los viernes, y á cinco mil azotes, pagando aquella noche de contado los quinientos, disponiéndose con estos medios á la confesión que hizo el día siguiente, que fué de grande gloria de Dios. Otros se postraban en el suelo; otros, por más humildes, se quitaban las capas; otros entraban de rodillas, desde la puerta del aposento, á confesarse, y otros, por buen rato, no podían empezar la confesión, embarazándoles las palabras, la abundancia de suspiros y sollozos. No faltó penitente, que para avivar más su dolor, trajo una imagen de un Sto. Cristo, debajo de la capa, y sacándola al principio de la confesión, hizo tales coloquios, con tan fervoroso afecto, ya de dolor, ya de agradecimiento, que parecía se le había de arrancar el corazón.

En Burgos aseguraban algunos confesores, de diversas religiones, que era necesario interrumpir varias veces la confesión, para dar lugar á que el corazón se desahogase en llantos; tal era la compunción de los penitentes. En el convento de S. Pablo, de la misma ciudad, que es de la sagrada orden de Sto. Domingo, llegó tan compungido un penitente, que habiendo alguna gente en la iglesia, comenzó á publicar á voces sus pecados, sin poder detenerle el confesor, diciendo: *que quería dar aquella satisfacción de sus culpas, pues se habían de saber todas en el juicio de Dios.* Otro semejante caso sucedió en nuestra iglesia de San Ignacio, de Valladolid, pues llegó á confesarse una mujer, con tales extremos de dolor, que sin poderlo remediar el confesor, comenzó á prorrumpir en alaridos, y gritos tan altos y vehementes, que temió el confesor no le quitase la vida, la eficacia del sentimiento. En Salamanca dijo otra á voces: *Padre, confiéseme, que ha muchos años me confieso mal.* Otro no quería volver á su casa sin confesarse, y diciéndole, que lo dejase para el día siguiente, replicó: *Padre, ¿y si me muero esta noche?*

El fervor de los penitentes hizo también fruto en los confesores, pues hubo religioso muy grave y observante, y de religión muy austera, que se estuvo toda la noche confesando generalmente, compungido de ver el dolor con que venían los penitentes del sermón que no había podido oír. Ni sólo se contentaban algunos con lágrimas y penitencia, que se pasan, sino que salían de los sermones con desengaño para dejar el mundo y entrar en varias religiones, penitentes y austeras. En Salamanca, fuera de varios estudiantes que entraron en diferentes religiones, escogieron tres la Compañía, y otros ejecutaron en la cuaresma, los impulsos que entonces tuvieron de elegirla; cinco fueron admitidos en el Carmen Descalzo, y de cuatro supimos que habían pedido la Cartuja.

En Cadiz hubo mañana que salieron de los pies de un confesor seis penitentes, resueltos á entrar en diversas religiones, y de allí á pocos días entraron otros cuatro en la Compañía, y tres de ellos determinados para ir á la Provincia del Paraguay; y en esta ciudad lo desea otro con mucho fervor, y hubiera ido con igual gusto á las Islas Marianas, con los Padres que ahora se embarcaron para Filipinas, si hubieran tenido jurisdicción para recibirle (1).

Otros entraron en la Compañía en Jerez, uno con resolución de seguir muy de veras á Jesucristo, y otro, que se llama Diego de Florindas, muy agradecido á S. Francisco de Borja, por haber recibido del Santo el favor siguiente: Cayó enfermo el verano del 69, siendo de 12 años no cumplidos, de una calentura de tan mala calidad, que á pocos días se convirtió en ética, y perseverando cerca de dos meses, puso tan debilitado al sujeto, que le desahuciaron los médicos, diciendo que comiese de todo y bebiese cuanto quisiese, porque ya no tenía remedio, y que sólo cuidasen de que no se les pegase la enfermedad á los demás.

Visitaba á este niño enfermo uno de los nuestros, que era su maestro, y ofrecía, como sus padres, sacrificios y oraciones á S. Ignacio y S. Francisco Javier, por su salud. Prosiguió la enfermedad; mas desesperada de remedio cada día, hasta que llegó el de la víspera de San Francisco de Borja, de quien el niño no tenía noticia, ni aun había visto su imagen, y visitándole su maestro, le dijo: *que se encomendase al Santo, y propusiese, que si se hallaba con fuerzas, iría á visitarle y comulgar en su día, y confiase había de alcanzar la salud por su intercesión.* Quedó el niño muy devoto al Santo, y con gran deseo de hacer al día siguiente lo que su maestro le había dicho. Aquella noche, á la calentura ordinaria, se recrecieron algunas fatigas, y cansado de ellas, se quedó por algún espacio dormido. En este sueño ó embelesamiento, como él dijo, vió que un Padre jesuíta, de anciano y grave semblante, con una calavera coronada en la mano, se acercaba á su cama, y tocando el cuerpo por encima de la ropa, llevó su mano al rostro del niño, y como acariciándole y consolándole, le limpió el sudor copiosísimo que le bañaba. En este tiempo, no se hallaba el niño tan dormido, que no estuviese atento á todo; pero el miedo no le daba lugar á llamar á su madre, ni aun después de haberse salido el jesuíta por la puerta de la pieza.

A la mañana le pareció que estaba bueno, y se halló tan alentado,

(1) Véase en el apéndice núm. 9, lo referente al Venerable siervo de Dios, Fray Francisco de Posadas, que en esta misión de Sanlúcar resolvió dejar el mundo.

que habiendo contado lo sucedido, pidió licencia á su madre, con grandes instancias, para ir al colegio de la Compañía, que está muy distante de su casa, á cumplir lo que había ofrecido. Concedióselo la madre, con dificultad y ternura; y porque no le sucediese alguna desgracia en el camino, le fué siguiendo. Llegó con buen ánimo á nuestra iglesia, y viendo la imagen del Santo en el altar, se volvió á su madre, diciéndole: *Señora, aquel es el Padre que vino á verme esta noche*. Diéronle ambos las gracias; confesóse y comulgó á honra suya, y nunca más le volvió la calentura, antes quedó tan fuerte, que pudo, dentro de pocos días, recitar con aplauso una oración, que había prevenido su maestro, para la venida del P. Francisco Cachupín, visitador de la Provincia de Andalucía. Prosiguió sus estudios, fortaleciéndose cada día, tanto en la salud, y en el deseo de ser de la Compañía, que aumentándose mucho estas ansias con la misión, lo recibió el P. Provincial, supliéndole algunos meses de edad, y reparando en la fe de bautismo, halló que le bautizaron el día de S. Francisco de Borja; que parece quiso el Santo, desde la cuna, tenerle por su hijo, y que al tiempo que se celebraba la nueva de su canonización, se le cumpliesen á este niño los fervores agradecidos con que deseaba tenerle por Padre.

No fué menos admirable el número de las confesiones, que la compunción y desengaño de los penitentes. En todas partes parecía que no quedaba persona que no se confesase, y que venían de otros lugares para llenar tanto número. En Burgos comulgaron en un solo día, hasta nueve mil. En el Puerto de Sta. María, poco menos. En Salamanca, más de quince mil. En Ecija, otros tantos. En Jerez, treinta mil, y poco menos en Cadiz. Finalmente en todas partes fué de suerte el concurso, que todas las religiones aseguraban que jamás habían experimentado conmoción semejante, y que muchos días habían trabajado más los confesores, que en el Jueves Santo. Y si esto sucedía en otras religiones, ya se puede conocer cuál sería el concurso de penitentes en nuestros colegios, donde nos buscaban á todas horas.

No sé si admire más la devoción de los penitentes, ó el ejemplo de los confesores de nuestros colegios, que si en todas partes fué prodigioso, en Jerez fué inimitable; pues habiendo estado los Padres confesando el sábado, víspera del domingo de Ramos, hasta después del mediodía, y algunos hasta las dos, comenzaron después de sermón, por la tarde, las confesiones, y duraron sin interrupción toda la tarde, toda la noche y todo el día siguiente, hasta la una, llenando siempre la iglesia, patios y tránsitos de gente, que no se podía pasar de una parte á otra, ayudándonos muchos sacerdotes seglares, y sin excusarse ningun-

no de casa, por edad ó achaques, ni aun un Padre huésped, que estaba enfermo, y algunas veces sangrado. Sólo á los misioneros nos obligaron á recogerlos por espacio de dos horas, y todo ese tiempo se estuvieron muchos penitentes aguardando á las puertas de nuestros aposentos. Y con haber tantos confesores para el despacho, hubo penitente que estuvo, desde las cinco de la tarde, hasta las nueve de la mañana, para poder hallar ocasión de confesarse.

7. No sin fundamento puede presumirse, que le puso en cuidado al demonio, la guerra que se le hizo en aquella ciudad, como podía sospechar alguno del caso siguiente: Confesando el P. Tirso de día en un confesonario, capaz y claro, á los hombres que entraban en el patio, un hidalgo, que aguardaba para llegar á confesarse, vió que además del confesor y penitente había otro hombre, en figura de estudiante, que por las espaldas del penitente, estaba atento á mirar lo que tenía en un papel, con que hacía confesión general. Acabada la confesión, entró inmediatamente, y reparando que no salía del confesonario más que un hombre, calló por entonces; pero después vino admirado á decir al Padre lo que había visto, añadiendo la disonancia que al principio le causó hubiera admitido dos hombres juntos para confesar. Está cierto el Padre que no hubo en el confesonario más que uno; y así se sospecha sería el demonio, que estaba atento á ver si lo confesaba todo, ó á procurar embarazarlo; sino es que fuese el ángel de la guarda, que le asistía y favorecía para la confesión. Uno y otro es argumento de que le agrada á nuestro Señor, y cuánto aprovecha á las almas la confesión general, y de cuánta gloria de Dios sean estas misiones, que en ellas casi todos confiesan generalmente. Y tantos por obligación, que admirara, si pudiera referirse. Basta decir, que todos los confesores se pasaban, de ver lo que había llegado á sus pies.

De las conversiones raras que observamos, y pueden sin inconveniente referirse, sólo escribiré alguna en que más resplandece la providencia de nuestro Señor. En una ciudad, donde había hecho misión el V. P. Jerónimo Lopez, hubo un penitente que, movido de los sermones, quiso entonces confesarse, de diez años, en que no se había confesado; pero el demonio le persuadió se volviese del camino. Aguardóle nuestro Señor, otros diez años; y viendo repetidos los mismos desengaños y medios, vino algunas veces á confesarse, y otras tantas le retiró el demonio de los pies del confesor, hasta que, favorecido de Dios, hizo firme resolución de confesarse ahora, aunque se le opusiese todo el infierno, como lo ejecutó después, deshecho en lágrimas, por el dolor de sus culpas.

Otros treinta años había que no se confesaba una persona, de conciencia tan perdida, que había entregado su alma al demonio, para que le ayudase. Oyó algunos sermones y exhortaciones del acto de contrición, y un coloquio amoroso, que se hizo con Jesucristo, y se movió de suerte, que todo era aborrecer sus culpas, y andar absorto en el amor divino. Llegó á confesarse, lleno de amor y confianza, diciendo: *que él era por quien Dios había llevado la misión á aquella ciudad, y que había sido mayor milagro reducirle, que convertir á todos sus moradores.*

Otra persona estaba muy descuidada en su casa; oyó una sentencia del acto de contrición, contra los que callan los pecados al confesor, hirióla el corazón, cayó como muerta, y el día siguiente fué con muchas lágrimas y dolor á confesarse. En otro lugar había una muchacha, que no llegaba á trece años, pero de tales vicios, que no parecía cabían en aquella edad, ó que tenía por maestro al demonio; porque apenas había especie de culpas, de las más horribles, en que no hubiese caído, así contra religión, como contra el sexto mandamiento, repetidas veces, y con circunstancias raras, hasta apostatar interiormente de nuestra santa fe. Dispuso nuestro Señor, que oyese un sermón del infierno, y viese el retrato de una alma condenada; y fué tan grande el temor que entró en su corazón, que vino compungida á confesar sus pecados, que siempre había tenido ocultos.

Otra persona, por haber oído al predicador que no se espantaba de nada, aunque le confesaran herejías; y que no era necesario ir á Roma para la absolución, vino á confesar pecados que había callado, habiendo recibido tres veces la Extremaunción. Otra vino á confesar pecados muy feos, y otras tantas la retiró el demonio del confesonario, hasta que dispuso nuestro Señor, que el confesor subiese á su aposento. Fué se tras él, y cerrándose la puerta, purificó y desahogó su conciencia con lágrimas y sollozos. Otra persona alcanzó semejante victoria del demonio, pidiendo favor á la Virgen Santísima.

Son innumerables las conversiones raras que se deben á esta Señora; no puede ni referirlas, ni callarlas todas el agradecimiento. Una mujer había cuarenta y cinco años se confesaba mal; y leyendo en un libro que otra se condenó por no confesar un pecado, con uno de los misioneros que Dios envió á su lugar, se puso á los pies de la Santísima Virgen, á quien amaba con tierno afecto, y le hizo voto de ayunar á pan y agua, todas las vísperas de sus fiestas, si la enviaba misioneros semejantes. De allí á dos meses llegamos á aquella ciudad, y agradecida á nuestra Señora, por haber oído su petición, y juzgando éramos, no sólo semejantes, sino los mismos misioneros á quienes había suce-

dido el caso que leyó en el libro, se confesó con gran consuelo, copiosas lágrimas, y resolución de proseguir toda su vida en ejercicios santos de oración y penitencia.

Salióse en cierta ciudad un hombre al campo, en tiempo de misión, cuando todos estaban oyendo la plática. No había en el campo otra persona que una mujer, á quien habló con malos intentos. Procuró ella resistirse, hasta llegar á decir: *Déjame, por la Virgen Santísima*. Con esto detúvose el hombre; pero no dejaba de instarla con palabras, que no le dejase burlado. Ella, entonces, le respondió: *que volviese el domingo*; mas él, á la noche, tomó tal horror de lo que había pasado, que mudó el intento en dolor, y confesión de su culpa, juzgando que la Virgen Santísima, por el respeto que tuvo á su nombre, le había librado del demonio, ó por lo menos, alcanzado aquella tan repentina mudanza en su corazón.

En otra ciudad hubo una mujer, que había callado en la confesión algunas flaquezas, que la había ocasionado la necesidad. Era en lo demás bonísima, y no se había atrevido, de temor, á cumplir con la Iglesia. Oía misa todos los días, y rezaba el rosario á nuestra Señora, con mucha devoción, y se encomendaba á S. Francisco Javier, por haber oído en un sermón del Santo, que había andado mil leguas para confesar un gran pecador. Hablóla varias veces nuestra Señora en sueños, diciéndola: *Confíesate hija, y con eso te librarás de esa congoja, y pondrás en seguridad tu alma*. No bastaron tan prodigiosos avisos, hasta que, oyendo una plática de la misión en una plaza, en que animó el predicador mucho á confesar pecados callados, vino agradecida á nuestra Señora y á S. Francisco Javier, á confesar sus pecados, con el Padre que predicaba, que le parecía que en su vida se confesara con otro. Ni sólo se convertían para llorar lo pasado; sino también para asegurar lo venidero, arrancando los escándalos y vicios de raíz. Hubo en esto gran reforma de costumbres, en todas partes, de suerte que era voz común decir, que parecían otras las ciudades, así en dejar los juramentos, como en restituir gruesas cantidades, especialmente en Burgos, Cadiz y Salamanca.

8. El vicio en que era más necesaria, y hubo en todas partes mayor reformatión, fué el de la deshonestidad. Unos se retiraban de las mujeres, otros las encerraban en los conventos, y otros se casaban con ellas. Esto último, en Cadiz, se hizo muy común, por tan usado, y en ello su Ilustrísima, ministros y curas tenían bien que trabajar, ya para las averiguaciones, ya para dispensarles algunas solemnidades, ya para asistir á los matrimonios. Mucho fué lo que se consiguió con la misión,

de la reformatión de aquella ciudad; pero temo que no fueron pocos los que quedarían sin reducirse, y no es maravilla donde hay tantos y de tierras tan diferentes.

Ni debe del todo despreciarse lo que dijo, en Granada, un demonio conjurado de un religioso grave, para que saliese del cuerpo que poseía; pues afirmó, que era de los que fueron á Cadiz, la mañana del huracán, con licencia de Dios, para destruir la ciudad, y que no se había ejecutado, por las oraciones de algunos sujetos. Que ya se habían reducido, de cuatro partes las tres, y quedaba todavía una por reducirse. Esto escribió, á la ciudad de Cadiz, el religioso que se lo oyó, y yo saqué una copia de esta carta, que para en poder del Secretario de esta ciudad. La prudencia pide en este caso, suspender nuestros juicios, y venerar en todo los divinos.

Pero, volviendo á hablar en general, fué entre otras muy notada la conversión de un soldado, que tuvo consigo con gran escándalo, por espacio de once años, una mujercilla. No se redujo, como se deseaba, con los sermones de la misión; pero salió el Sto. Cristo por las calles, el último día, y fué para reducir esta oveja perdida; pues oyendo una exhortación del acto de contrición, salió muy conpungido. Aquella misma noche soñó, que le llevaban al infierno con gran violencia los demonios, y que él procuraba huir, pero no podía, hasta que con gran fatiga, y trasudando, se recogió á un templo. Despertó con el susto; pero tan trocado el corazón, que por la mañana vino á confesarse generalmente, y se casó, dentro de pocos días, con la mujer que tenía en casa.

Dejo innumerables casos de esta materia, muy semejantes, porque sería nunca acabar el quererlos referir. Sólo no callaré algunos bien raros, en que Dios mostró el rigor de su justicia, contra los que se dejan arrastrar de este vicio tan común; los que se supieron de personas que fueron testigos de vista. Un hombre viudo se amancebó con una doncella, criada suya. Un día en que ella se resistía, quiso traerla á sí, con violencia, para ejecutar su torpe intento. La criada tuvo la dicha de desasirse; pero apenas hubo salido del aposento, quando fué necesario volver, porque oyó decir al hombre: *¡Ay que me muero!* Ella envió de seguida por un confesor, que aunque no se detuvo mucho, llegó tarde; porque hallóle muerto, y su causa se había ya juzgado en el tribunal de Dios.

En la ciudad de Cadiz, este año de 1671, después del suceso del huracán, aquel mismo día ó el siguiente, un hombre á quien la desgracia, con las ruinas de su casa, le había muerto la mujer, trataba de ir-

se, dejando sola una hija doncella, que había quedado con vida, con un hermanito en los brazos, en la misma cama adonde la ruina de la casa había muerto á la madre. Ella se quejaba con lágrimas, porque la desamparaba, siendo pobre y doncella. Enfadado el padre se echó esta maldición: *Mal rayo me parta si yo volviese á verte*. Cayóle la maldición; porque estando en la mar en un barco, el día siguiente, entre veinte hombres, cayó un rayo, y sin hacer mal á los demás, hizo pedazos á este desdichado.

9. Ha sido también este año muy copioso el fruto que se ha cogido, en materia de perdonar agravios; pues aunque no hemos encontrado en los lugares los bandos que otros años, ni ha sido fácil numerar las muertes y otros agravios que se han perdonado, por ocultarlo la grandeza de las poblaciones, referiré algunos casos que se observaron muy singulares. En la ciudad de Avila, había sucedido la muerte violenta de un sacerdote, había más de veinte años. Era parte una hermana, que había estado siempre tan rebelde en los intentos de no perdonar, que se resistió á toda la nobleza, á muchos religiosos de autoridad, y entre ellos al V. P. Jerónimo Lopez, cuando en aquella ciudad hizo misión, y lo que más es, parece se resistió también á los voces de Dios, pues habiendo dicho ella, llevada de su dolor: *que pierda yo la vista de mis ojos, antes que lo vea*, se la quitó, en efecto, nuestro Señor, para ver de abrirle los ojos del alma. No bastó, sin embargo, esta luz para que saliese de su ceguedad, hasta que oyendo los desengaños de la misión, sin hablarla persona alguna, llamó al escribano, y luego tomando á uno que la asistiese, fué ella misma á casa del matador, y reconciliándose con todos sus parientes, puso en sus manos el perdón jurídico del agravio.

En la ciudad del Puerto de Sta. María, había una señora muy principal, y muy pobre, que se había resistido á grandes instancias que se hicieron, para que perdonara á un caballero, que mató á su marido en la ciudad de Málaga, siendo capitán de galeras, y daba 140 pesos á quien le consiguiese el perdón. Oyó los sermones de la misión, y deseosa de alcanzar los tesoros del cielo, perdonó de balde y jurídicamente la oferta, poniendo en manos de su confesor el perdón, para que se remitiese á la parte.

En la ciudad de Valladolid, hubo otra señora principal que, aun persuadida de algunos de la Compañía, y otras personas graves, no había querido perdonar la muerte de su marido. Salió tan confundida de un sermón, que ella misma buscó al escribano, y notó la cláusula del perdón, y el motivo y modo heroico de perdonar; y acabada de despa-

char, lo envió, con una carta muy cortés y tierna, á la misma parte, que estaba distante; y haciendo una confesión general, se retiró con una hija suya, á un convento muy observante, para dedicarse toda á Dios.

No es menos admirable, el perdón de otros agravios personales. En Ecija salió un mozo, de hasta veinte años, tan compungido de los pies del confesor, que llegando á la plaza dondè estaba su enemigo, que le había dado una bofetada, se arrojó delante de mucha gente á sus pies, y no sólo le abrazó tiernamente, sino que le besó humilde la mano que había ejecutado la ofensa. Otra persona, después de haber estado en despoblado cinco años, y sin confesarse, armado de carabina para matar á su contrario, llegó en tiempo de la misión á una de las ciudades de Andalucía, donde á la sazón estaba. Dispuso la providencia divina que, sin saber la causa le pusieran en la cárcel, donde, con las tenebras del calabozo, y desengaños que le dieron de la misión, abrió los ojos para llorar y confesar su culpa, y perdonar de veras á su enemigo.

Aun de los agravios ocultos, hubo quien, con más fervor que prudencia, procurase el perdón de su contrario. En cierta ciudad, estando revestido un sacerdote para decir misa, llegó un caballero mozo, de los más briosos y temidos en aquella tierra, y arrojándose á sus pies, le pidió perdón, por amor de Jesucristo, á quien representaba; porque había diez años que iba armado con una carabina para matarle, diciendo: *que algunas veces había tenido ocasión; y sólo le había detenido el ver que mataba un sacerdote de Dios.* Este, que estaba ignorante del caso, le abrazó tiernamente, dándole satisfacción de un engaño, que había sido ocasión de odio tan verdadero.

Callo otros muchos casos semejantes, y concluyo esta materia con uno, que puede servir de ejemplo horroroso á los que no perdonan, y me lo contó en Valladolid un Padre de mucha autoridad en aquella Provincia. Había en Villaorñate, lugar de tierra de campos, pocos años ha, dos sacerdotes, que por disgustos no se trataban, con algún escándalo de los seglares. Cayó el uno enfermo, y envió recado al otro, rogándole que le consolara con su amistad; mas el sano negóse á piedad y ejemplo tan preciso. Repitió el enfermo las simpatías é instancias de la paz; respondiendo el contrario: *que ahora la pedía sólo por verse vecino á la muerte.* Oída la respuesta, se incorporó en la cama el enfermo diciendo: *Protesto, señores, delante de Dios y de vuestras mercedes, que le ruego con la paz, y desde aquí le cito para el tribunal de Dios, donde estará patente el corazón de cada uno.* Procuraron todos consolarle y asegurarle su conciencia, y al día siguiente murió, al parecer, con muy buena disposición. Poco después su contrario, hallándose bueno y sano á

la lumbre de su casa, se cayó también muerto, y de repente, quizás para que el fuego de aquí se continúe en el fuego de allá.

10. Necesario es, para no dilatarme mucho, contentarme sólo con apuntar; ya el fruto de haber introducido en muchas partes la asistencia al rosario de nuestra Señora, lección espiritual, oración mental y ejercicio de penitencia; ya el haber persuadido á los más, que ejercitasen con empeño algunas devociones muy importantes y eficaces para conservar la gracia de Dios y aumentarla, repartiendo un librito que les propone, de que se han hecho este año seis impresiones muy copiosas, y todas no bastan para satisfacer las ansias con que todos le procuraban; ya el haber hecho misión en veintisiete conventos de monjas, con notable reformatión de algunos abusos en los más, y con general adelantamiento de fervor y espíritu en todos. Callo también la reformatión del abuso de trajes y libros profanos, y el fervor de una señora que hizo en su casa una hoguera de doce libros de comedias.

No digo con la extensión que era justo, de cuanta gloria de Dios ha sido el haber cooperado á los santos intentos y órdenes de Vuestra Paternidad, procurando dejar introducido en los colegios de Castilla, por donde pasábamos, que se publicase el jubileo de la doctrina cristiana todos los años, y se hiciesen pláticas de su explicación y exhortaciones fervorosas, como se estila en la Provincia de Andalucía. Este ejercicio lo ordenó el P. Provincial, pasado á todos los colegios de la Provincia de Castilla, y se ejecutó en casi todos, con tanto provecho de las almas, como crédito de la Compañía, según escriben de nuestras casas de Valladolid, cuyos superiores, maestros y otros Padres graves son los que más han ayudado á introducirlo, ya con su ejemplo, ya con su dictamen.

En Burgos fué tan bien recibido, que el Cabildo de la santa iglesia (1), les dió á los de casa su púlpito principal para que todos pudiesen lograr el deseo de oír la doctrina y pláticas fervorosas. En Logroño fué necesario que, al mismo tiempo que un Padre la explicaba en nuestra iglesia, otro la explicase en el campo. Asistieron la ciudad y el Santo Tribunal de la Inquisición, con todos sus ministros, todos los días de la doctrina; y el domingo de Lázaro la acompañaron, cantando todos en alta voz las oraciones por las calles. En Monforte, fué necesario que los de casa predicasen á un tiempo en el patio é iglesia, siendo capacísimas, y algunas veces, que saliesen á predicar á los campos. Finalmente, de todas partes, escriben tales cosas, que juzgamos que las doc-

(1) Véanse las actas del Cabildo catedral, apéndice núm. 8.

trinas, las demostraciones de piedad, la moción, los concursos y efectos, no han sido inferiores á los que dejo referidos de nuestra misión.

II. He dejado para este lugar la relación del fruto que nuestro Señor nos ha concedido este año en la conversión de los moros, á quienes predicamos dos semanas en Ecija, cinco en Jerez, seis en Cádiz, ocho en el Puerto de Sta. María, y cinco en esta ciudad. En la primera se convirtió sólo uno; diez en la segunda; treinta y tres en la tercera, hasta diez y ocho en la cuarta, y seis en la última; sin otros diez y ocho que se convirtieron después de los bautismos solemnes, pidiendo casi todos al fin del sermón, como se iban convirtiendo, á voces, el santo bautismo con tanto fervor, que ocasionaban tantas lágrimas de dolor en los moros, como de gozo en los cristianos, que asistían á estos sermones con sumo consuelo y en numeroso concurso.

Solían los moros, que estaban algo inclinados á reducirse, ponerse cerca del púlpito para declararse, é ir á los brazos del Padre que les predicaba, para que les diera algún rosario ó medalla. De aquí tomaron ocasión para discurrir como bárbaros, que la eficacia para convertirles estaba en tenerles cerca del púlpito, y que así se hacían cristianos, porque los padres eran embusteros y hechiceros, y con las manos, cuando predicaban, arrojaban encantos para engañar á los moros. Y así, cuando venían al sermón, no se podía conseguir de muchos de ellos que se acercasen al púlpito. Otros decían: *Estos Padres antes estar moros y los cristianos engañarlos, y ahora querer engañar á nosotros.*

Cuando nombrábamos á Mahoma, en el sermón de Cádiz y en el Puerto de Sta. María, se levantaba un confuso ruido de voces entre ellos. Creímos que era venerar á su falso profeta; pero después supimos, que era maldecirnos á nosotros. En el Puerto de Sta. María y en Sanlucar, se juramentaron de estar firmes en su secta, al entrar en el sermón; y cuando salían, y ninguno había pedido el bautismo, iban como triunfando por su obstinada resistencia. Nunca quedó vencida, ni salió vana nuestra esperanza, pues fuera del consuelo y confirmación de los católicos, punto siempre experimentado y seguro, veíamos que para convertir los moros más rebeldes á nuestros sermones, solía Dios valerse de otros medios y aguardar tiempos más oportunos. En confirmación de esto, referiré tres casos de mucho consuelo.

Uno de los más rebeldes á nuestras palabras, en esta ciudad, era un esclavo del Sr. D. Diego de Ibarra, su gobernador. Tanta era nuestra desconfianza de convertirlo, como el deseo de verlo reducido. Un día, al entrar y salir del sermón, hizo grande fiesta y burla, con los demás moros. Aquella misma tarde tuvo tan fervoroso celo de que se

convirtiese alguno, una mujer muy cristiana y virtuosa, que hizo voto de ir luego á visitar la iglesia de S. Francisco, y andar de rodillas desnudas la calzada de aquel convento, que es muy áspera y larga. Ejecutólo á la oración muy devota, y con tanto trabajo, que le quedaron desolladas las rodillas, y derramó no poca sangre; pero no sin fruto, pues á la misma hora que ella cumplía su promesa, se sintió el dicho moro, que estaba encendiendo las lámparas de su casa, con tan vehementemente y repentino impulso de ser cristiano, que dejándolo todo se vino corriendo á nuestro colegio, y arrojándose á los pies de todos los de casa, pedía el bautismo, con tantas demostraciones de fervor y gozo, que se conocía andaba en su alma la poderosa mano de Dios. Pidió al día siguiente el bautismo, con voz alta, en el sermón, y todo es ahora instar, que se hagan cristianos, á los mismos que antes amenazaba para que no dejasen su secta.

El segundo caso pasó en Jerez, donde había un moro que estuvo muy obstinado y duro en nuestros sermones. Pocos días después, estando nosotros en Cadiz, le envió nuestro Señor la enfermedad de la muerte. Abrió los ojos con aquella postrera luz, para pedir fervoroso el bautismo, protestando lo deseaba porque conocía la verdad de nuestra santa fe. Concediéronselo al punto; y algunos días después, habiéndolos gastado en ardientes actos de amor de Dios, y contrición, y recibido á nuestro Señor por Viático, dió su alma á Dios, y á nosotros tanto consuelo y envidia en su muerte, como compasión de su vida.

El tercero sucedió en Marbella, donde como escribí á V. P. el año pasado, había un moro letrado, muy entendido y empeñado en el Alcorán, que con sus dádivas y amenazas, había conseguido la pertinacia de todos los moros de aquella ciudad. Este mismo, como nos escribió el Ilmo. Sr. Obispo de Málaga, cayó por la primavera en una grave enfermedad, y viéndose cerca de la muerte, pidió muy arrepentido el santo bautismo, con tanta dicha, que poco después de haberle recibido murió. No aguardaron lance tan apretado para bautizarse esta primavera, en Madrid, dos moros esclavos de los Excmos. Sres. Conde de Oropesa y Duque de Linares, á quienes habíamos predicado y hablado varias veces, con instancias tan prolijas, como poco fructuosas, la primavera del año anterior.

Estos ejemplos animaban nuestra confianza, aun cuando había poca esperanza de pronto fruto y se veía más clara la obstinación. También nos animaba el ejemplo de lo que pasó en Madrid, adonde trabajamos mucho, por la conversión de algunos moros, el año pasado, sin haberlo conseguido entonces, y este año se han bautizado dos de aquellos

con quien más trabajamos; y esperamos ha de suceder lo mismo á algunos de los que este año se han resistido.

12. La causa de haber mostrado tan pertinaz empeño los moros del Puerto de Sta. María y Salucar, en no convertirse, fué la confusión que padecía su falsa secta, con la conversión y bautismo solemne de Muley Larbe Xerife, moro de buen entendimiento y amable natural, de diez y nueve años, á quien ellos veneraban y tributaban como á su príncipe, por hijo legítimo de Muley Hamet Xerife, príncipe de Guadredrat (como ellos pronuncian), hijo segundo, también legítimo, de Muley Alí Xerife, rey de Tafilat y otros tres reinos, que confinan con la Guinea, y por sobrino de Muley Arci Xerife, á quien llaman Tafilete, que siendo hijo bastardo de Muley Alí, muerto su padre, se levantó contra el hermano mayor suyo y de Muley Hamet, y degollándole cuatro hijos, le quitó con la vida la corona del reino. Murió también de su enfermedad Muley Hamet, dejando á su hijo mayor, Muley Larbe, de once años, á quien perdonó la crueldad de Tafilete, con intento de casarle con su hija, porque no tenía entonces heredero varón; mas para asegurarse le llevó siempre consigo en las guerras, que por el derecho de la sangre, y por su valor, movió contra los que después de la muerte del rey de Fez y Marruecos, padre del V. P. Baltasar de Loyola (1), se levantaron con aquellas ciudades y reinos. Venciólos á todos Tafilete, en ocho batallas campales, en las que se halló su sobrino gobernando, desde los trece años, un buen trozo de caballería. Coronóse por rey de toda la Berbería, hasta Tremecén y Argel, por el Oriente, y por Mediodía hasta Guinea, y de todas las costas de mar y tierra, situadas entre dichos términos.

El fin de la venida, por el presidio de Larache á España, de Muley Larbe Xerife, no fué el de ser cristiano, como algunos imaginan, sino el de huir de su tío, que deseaba cogerle para quitarle la vida, así por asegurarse de los recelos, que le causaba el aplauso popular que tenía entre los moros, como por vengar la muerte de un gobernador suyo, á quien quitó la vida Muley Larbe, porque le usurpó la mitad de un tributo, con que le contribuían algunos pueblos; y porque, reprendido, le dijo en su cara que no reconocía en Berbería otro rey que Muley Arci.

Estuvo muchos meses preso en la cárcel del Puerto de Sta. María, desconocido de los cristianos y venerado de los moros, que le hacían las cortesías que á sus príncipes; y aunque pobres le tributan con aquel

(1) Véase en el apéndice núm. 9 lo que, sobre este moro convertido, dice el Padre Tirso en su *Manuductio*. Vol. II. Lib. II. Cap. VIII.

amor natural que todas las naciones tienen á su rey. Procuraba pagarles el afecto que le tenían, con enseñarles el Alcorán, de que tenía algunas noticias, aunque soldado. No perdían la ocasión de hablarle algunos religiosos de S. Agustín, y cuando estuvieron los de la Compañía, en la misión del Otoño, procuraron introducirle la plática de religión; pero en vano. Hasta que habiéndole escrito los moros de Jerez, que en aquella ciudad había frailes hechiceros, que predicaban contra Mahoma, y engañaban los moros para volverlos cristianos, y que se guardase de ellos, tuvo deseos de oír los sermones, para seguir el verdadero camino. Con este intento pedía muy de veras, todas las noches, al Dios verdadero, le diese luz para conocer la ley en que se asegurase la salvación. Oyóle nuestro Señor, y concedióle lo que pedía, aun antes que nosotros llegásemos, quizá porque quiso que nos valiésemos en Cadiz de la noticia de su conversión, para convertir otros muchos.

El modo fué soñar una noche, en que con más devoción había pedido á Dios la luz, para conocer su ley, que entraba por su aposento el glorioso doctor S. Agustín, y que, llegando cerca de su cama, le llamó, repitiendo tres veces: *Muley, Muley, Muley*, y le daba un lienzo para limpiarse el sudor, y tres dátiles dulcísimos para que comiese. El efecto fué más admirable que el sueño; pues despertando se halló con el corazón tan mudado, que se resolvió á ser cristiano; y aunque aquella mañana no se atrevió á declararse con los moros, después se corrió de sí mismo, diciendo: *si delante de Dios soy cristiano ¿cómo me avergüenzo de parecerlo delante de los hombres?* Publicó luego su determinación, con tal eficacia y constancia, que desde entonces no permitió que le hablasen los moros, ni que le llamasen otro nombre que el de Agustín. Todo era rogar le declarasen los misterios, todo decir las oraciones que aprendió en una noche, escribiéndolas con letras arábigas, todo eran deseos de que llegásemos al Puerto de Sta. María, para poder disponer el bautismo; atención que debimos también al M. R. P. Prior y religiosos de S. Agustín. Apenas llegamos, cuando vino á buscarnos con grande ternura, como si nos debiera su conversión, siendo así que no supimos desearla, pues la primera noticia de su persona fué de que ya estaba convertido.

Dispuso nuestro Señor, para mayor crédito de nuestra fe y honra del que se había de bautizar, viniese de Madrid, al mismo tiempo, el Excmo. Sr. Duque de Medinaceli, capitán general de las costas del mar Océano, y que suplicádoselo nosotros, le honrase en el bautismo, siendo su padrino. Dispúsose todo lo necesario para que se hiciese con

toda solemnidad y aparato, á doce de Mayo. Mandó su Excelencia vestirle ricamente, y que se colgase la nave de la iglesia, por donde había de pasar, y la capilla donde está la pila del bautismo, y que se hiciese un grande aparador de plata, y se previniese música de instrumentos y voces.

Salió el acompañamiento del convento de S. Agustín, donde el catecúmeno y nosotros teníamos la posada. Llevó el estandarte el Señor Marqués de la Laguna; seguíale la nobleza y toda la familia de sus Excelencias, después algunos religiosos de los más graves de la ciudad, especialmente de las dos sagradas religiones de Sto. Domingo y S. Francisco, y toda la comunidad de S. Agustín. El concurso fué el mayor que en cincuenta años se había visto en aquella ciudad. El consuelo de todos, como pedían circunstancias de tanta ternura. Sólo los moros no parecieron, sino muy lejos aquella tarde; porque no tuvieron corazón para mirar tan clara confusión de su falsa secta.

Entrados en la iglesia, al llegar cerca de la pila, se postró el catecúmeno con piadosa devoción en el suelo, pidiendo á nuestro Señor perdón de sus culpas, y gracia para perseverar en su santa ley. Antes de echarle el agua, le hizo el vicario de su Ilustrísima, como ministro del bautismo, un breve, eficaz, devoto y grave razonamiento y exhortación. Recibió, después, el catecúmeno el agua sagrada, con tierno afecto, tomando por nombre Agustín-José, el primero de agradecimiento, y el segundo de atento y devoto al que fué esposo de María Santísima. Aseguraba después que, al echarle el agua, le pareció que miraba en la pila una representación de la Iglesia, y que el agua que llegó á sus labios, era más dulce que la miel; dulzura que mucho había experimentado otro rey, en la ley divina y juicios de Dios. Volvió el acompañamiento á S. Agustín, con el mismo orden, y su Excelencia quedó tan gozoso de que le hubiera nuestro Señor concedido tal ahijado, como agradecido D. Agustín, de que le hubiera honrado con tal padrino (1).

13. De allí á seis días, que era el segundo de pascua del Espíritu Santo, le llevamos á Cadiz, para que asistiese al bautismo solemne de los moros, que había de ser el día siguiente, y recibiese con ellos el sacramento de la Confirmación de mano del Ilmo. Sr. Obispo de Cadiz. Hospedóse en nuestro colegio, con no poca alegría de los Padres,

(1) *Hujus conversionis conscia Regina Maria Austriaca, quae Hispaniae regna pro minoritate Caroli Regis filii sui gubernabat, regia liberalitate cum beneficio cumulavit, et jussit ut in mediolanense ditone ducent cum duplici equitum turma ageret.* Manuductio. V. lit.

que se consolaban mucho en tratarle, por reconocer su apacible natural, y buen entendimiento, y la debida estimación que hacía de nuestra santa ley. Poco después que llegara, vino á oír misa á nuestro colegio el Excmo. Sr. Duque de Veraguas, general de la Armada Real, y gustó su Excelencia de verle. Honróle mucho y tratóle de Señoría; estilo que después imitaron todos en Cadiz, en Jerez y en Sanlucar, aunque como dijo su Excelencia, á quien me lo contó, *podía dudarse si se le debía dar más que Excelencia*, por nieto, sobrino y descendiente de tantos reyes, y heredero legítimo de tantos reinos.

Vinieron muchos moros á verle, arrojándose á sus pies, besándole la mano y hablándole en la forma que ellos estilan hablar á su rey. Los que no se habían convertido, lloraban de pena, los convertidos de gozo. A unos y á otros admitía con soberanía y agrado. A los que se habían de bautizar los abrazaba tiernamente, á los que estaban pertinaces en su engaño, procuraba reducirlos con eficaces razones; aquéllos se confirmaban con su ejemplo, éstos se compungían con sus palabras. Los unos le decían: *que no le querían tanto por su rey, como por cristiano*; los otros: *que no le respetaban por cristiano, y que le veneraban sólo por su rey*. Celebraba mucho D. Agustín, esta formalidad de su obstinación bárbara, y solía reirse de sus llantos, diciendo: *¡Que estos perros no llorasen cuando yo me iba al infierno, y que lloren ahora que estoy camino del cielo!*

Su Ilustrísima le honró mucho, ya convidándole con su mesa, ya sacándole varias veces á pasear en su coche á la mano derecha. En estas salidas era tan grande el concurso de moros y moras á verle y hablarle, que parecía una semejanza de lo que vemos por acá en las salidas de los reyes. Todos le confesaban por su señor natural, aun cuando los cristianos les baldonaban su obstinación, haciéndoles argumento con el ejemplo de su príncipe. Los que más mostraron su afecto, fueron los berberiscos ya bautizados; pues no se apartaban del coche en todo el camino, y hubo esclavo que fué al lado del estribo toda la ciudad, llorando de gozo, y diciendo: *Ya se ha convertido en alegría la afflicción de nuestro cautiverio, y me tengo ya por libre sólo con verle*.

Suplicamos al Excmo. Sr. Marqués de Jamaica, heredero del Señor Duque de Veragua, fuese su padrino de confirmación y llevase el estandarte en el acompañamiento. Admitió su Excelencia con gusto, hacer esa honra á D. Agustín y á la Compañía. Dióle la borla de la mano derecha, y la otra á D. Luis Carrillo, hermano del Sr. Conde de la Rivera, y convidó á toda la nobleza y cabos militares, de la armada y de la ciudad. Salíó el acompañamiento, que fué lucidísimo, de nuestro

colegio, con treinta y siete catecúmenos, asistidos de sus padrinos, que eran muy principales; entre ellos se contaban muchos caballeros de hábito, regidores, capitanes, el Sr. Marqués de Villacampo, y Sr. Gobernador. Llegamos á la plaza, y con ser capacísima, no pudo la guarda de soldados defender lugar para la entrada. Pasamos con dificultad al tablado en que había de hacer el bautismo su Ilustrísima que, al entrar en la plaza, se incorporó con el acompañamiento. Iban ya treinta y ocho catecúmenos, porque en el camino se añadió á los demás un muchacho moro, de quince años, descalzo y mal vestido, que dijo, *no se bautizaba por falta de padrino y vestido nuevo*. Buscóse aquél y suplióse éste por el fervor y disposición interior.

Para alivio de su Ilustrísima, y para abreviar la función de suerte que no se acabase de noche, se repartieron entre cuatro curas, al pie del tablado, que estaba cercado con una valla de bancos, las ceremonias del catecismo, que suelen hacerse á la entrada de la iglesia, y dejaron á su Ilustrísima las funciones de la pila, que ejecutó con mucha devoción, presteza y agrado, cantando, entre tanto la música algunos motetes y villancicos. Acabado el bautismo, se confirmó Don Agustín, y después los demás moros, y el primer moro y primera mora que se convirtieron, se casaron en el tablado, siendo también su Ilustrísima el ministro del matrimonio (1).

La alegría de los cristianos, la edificación de los herejes, la estimación que hicieron las naciones de la piedad y fe de la nuestra, fué igual á la confusión de los moros, y desprecio de la secta mahometana. De dos herejes me dijeron, que aquella tarde acababan de reducirse. El concurso fué el mayor que se ha visto en aquella ciudad, el suelo, ventanas, balcones, terrados y torres llenos de gente de todos los estados y profesiones, alabando á nuestro Señor, porque les había dejado ver aquel día; cuya singular providencia notaron muchos, en que habiendo corrido aquella mañana un levante muy caliente, que suele abrasar; por la tarde corrió un poniente, tan fresco, que no se sintió el calor; que á haber durado éste, se hubiera ahogado alguno por el aprieto y tiempo.

Los dos días siguientes se predicó á los moros, y acabado el sermón, les hacía D. Agustín una exhortación en arábigo; siendo lo más eficaz el ver ellos, con sus ojos, desengañarles su propio príncipe, que les explicaba nuestros ministerios, y era predicador de Jesucristo el

(1) Fué en otros tiempos opinión de algunos teólogos, que el sacerdote es el ministro del Sacramento del matrimonio, y en consonancia con esa opinión, desterrada hoy de las cátedras, habla el P. Guillén.

mismo que poco antes les explicaba el Alcorán. Respondíanle ellos como bárbaros, y D. Agustín les hacía tan fervorosas instancias, y hablaba después tan fácilmente á algunos, que se redujeron nueve, y entre ellos una mora muy ladina y noble, á quien todos miraban como á superior, y á quien nosotros habíamos deseado convertir, con repetidas diligencias y pláticas particulares. Finalmente les ganó tanto, con haber visitado con apacible agrado á los que se convirtieron, que después de nuestra salida de Cadiz, se han convertido otros cuatro, y cada día espera nuevas conversiones el santo celo de los Padres de aquel colegio, que incansablemente las fomenta y solicita.

14. El bautismo de los catecúmenos de Jerez, se dilató más de lo que creíamos, por las dificultades que hubo sobre el lugar donde se había de ejecutar, deseando cada una de las iglesias ser la preferida, y la nobleza y la ciudad, que se dispusiese en la plaza mayor donde sólo podía lograrse la piedad de aquella tan populosa ciudad. Concedió esto último su Ilustrísima, ofreciéndose al gasto de la función, que prometieron también ambas congregaciones de la nobleza y de los eclesiásticos, y otras personas particulares; pero no pudo negarse la función y disposición á la cofradía de S. Pedro, que consta de toda la clerecía, que quiso encargarse de todo. Nombró luego sus comisarios, y en dos días, previnieron tantas cosas que pedían muchas semanas. Formaron un tablado en la plaza mayor, de veinticuatro varas en cuadro, y sobre él, otro de doce. En la entrada de este segundo, se puso una columna vestida de tela rica, y sobre ella una pieza grande de plata que remedaba una hermosa pila de bautismo. En este segundo cuerpo, arriado á la pared, que estaba colgada de terciopelo carmesí, se levantaba un altar bien alto, y en él un Sto. Cristo, de estatura perfecta, que venera aquella ciudad en la iglesia de S. Miguel; en lo alto tenía su dosel. En los colaterales había dos aparadores de plata, y por uno y otro costado subían, desde lo bajo muchas gradas, para comodidad de los que habían de ver el bautismo.

Estaban ambos tabladados alfombrados hermosamente, rodeados de cortinas de damasco, y llenos de bancos de respaldar, y con tal disposición, que pudiesen, sin riesgo, acomodarse en el tablado hasta mil personas. Convidaron al corregidor, que eligió, para más solemnidad, salir á caballo con el sargento mayor, y formar en la plaza un escuadrón de cuatro compañías numerosas. Pidieron también su asistencia á los superiores y Padres graves de las religiones; de los que unos se fueron al tablado y otros vinieron de comunidad al acompañamiento de nuestro colegio. Hubo, en la víspera del bautismo, que fué domin-

go, catorce de Junio á mediodía, repique general de campanas en la ciudad, y á la noche, se repitió con luminarias.

A la hora señalada salió la clerecía, en número de trescientos, desde la iglesia de S. Miguel á la plaza, con sobrepellices y algunas capas de los que asistían al Vicario de su Ilustrísima, digno ministro por sus prendas, de tal función. Llegaron al tablado á tiempo, que pudieron recibir el acompañamiento de los catecúmenos que salió de nuestro colegio. Componíase de toda la nobleza de la ciudad, que pasaría de doscientos caballeros. Llevaba el estandarte D. Agustín, asistido de dos de los caballeros principales. Seguíanle treinta niños, ricamente vestidos con cadenas y joyas, que llevaban las velas y coronas, vestidas y compuestas con hermosas flores, las tohallas, aguamaniles, salero, capillos y otros instrumentos del bautismo. Sucedian nueve catecúmenos, acompañados, por uno y otro lado de sus padrinos, y otros caballeros de la primera nobleza. Terminaban el acompañamiento las religiones de S. Agustín, del Carmen Calzado y de la Victoria, cuyos superiores asistían al P. Provincial de la Provincia de Andalucía, que honró con su presencia esta función, como la de Cadiz. Cuando llegamos á la plaza mayor, parecía corta, porque se llenó hasta los terrados y almenas de las torres.

Comenzóse el catecismo en el plano del primer cuerpo del tablado, y cuando estábamos más descuidados, rompió por medio de la gente de la plaza un moro, de hasta veinte años, de aspecto español, que venía huyendo de otros moros que le sacaban fuera de la ciudad, y llegando al tablado, pidió el santo bautismo. El alborozo de los eclesiásticos, la alegría de los religiosos, los abrazos de los caballeros, especialmente de D. Agustín, las voces del pueblo, los aplausos de la milicia, saçaron de los ojos de todos, piadosas lágrimas de consuelo. Aumentóse este mucho, cuando examinado, se hizo dictamen que tenía las noticias suficientes para el bautismo, y que podía suplirse la más expresa y prevenida por el caudal, por el fervor, y por asegurarla el padrino y el amo, que eran dos sacerdotes ejemplares.

Acabado el bautismo, volvimos muy gozosos con el mismo orden y música á nuestro colegio; donde se cantó el *Te Deum*, con Santísimo descubierto, y los eclesiásticos, con la misma procesión, llevaron el Santo Cristo á su iglesia de S. Miguel. El día siguiente se predicó á los moros, y se convirtieron tres, uno de muchos años de edad, y dos niños, que tenían la bastante para bautizarse contra el gusto de sus padres. De otros me dijeron deseaban lo mismo. Fué, por cierto, tierno espectáculo ver el fervor con que una niña de diez y seis años, que se

ha bautizado ya, perseveró constante en pedir el bautismo, á vista de su madre, que con palabras, lágrimas y amenazas procuraba retirarla.

15. En el Puerto de Sta. María se hizo otro bautismo solemne, de treinta y seis catecúmenos, moros y negros, á cinco de Julio, y hubiera sido de treinta y ocho, á no haber tenido los amos de otros dos (una mora y un negro) especial capricho, de que sus esclavos no se bautizasen con los demás. Y así, el uno se bautizó un día antes, y la otra, un día después; mas todos se catequizaron juntos, ocho días antes del bautismo. Porque mientras yo quedé en Sanlucar, concluyendo la misión de los moros y ajustando otras resultas de la de los cristianos, fué el P. Tirso á la ciudad del Puerto, en donde desde el día de San Pedro, hasta el del bautismo, gastaba todos los días cinco ó seis horas con los catecúmenos, entre mañana y tarde; con que llegaron bien instruidos y muy fervorosos á recibir las aguas de vida.

No fué tanto el aparato y solemnidad por abreviarlo. Hízose tablado en la nave mayor de la iglesia. Salió el acompañamiento de San Agustín. Llevó el estandarte el príncipe de Taflete y de Fez, asistido de la nobleza y religiosos. Entraron los catecúmenos por las cuatro puertas de la iglesia, donde, á un mismo tiempo, comenzaran los cuatro ministros las ceremonias, concluyéndolas en el tablado el Vicario de su Ilustrísima, y uno de los curas. El gozo y concurso fué grande. Callo otras circunstancias, por semejantes, y el bautismo de los moros de esta ciudad, por no haberse ejecutado ya, aunque me parece se dispondrá por todo Julio.

Concluyo esta materia con un caso bien singular. Tenía una mora, de buen natural y entendimiento, que por enferma no había podido oír nuestros sermones, el licenciado D. Bartolomé Muñoz, comisario de la Cruzada, en el Puerto de Sta. María. El día de la Stma. Trinidad, vino á su casa muy desconsolado, y hablando con Dios, en parte que le pudo oír la mora, dijo: *¿Es posible, Señor, que cuando tantos se convierten, estén tan rebeldes mis esclavos? ¿Sin duda que lo ocasionarán mis culpas!* Apenas lo oyó la mora, comenzó á llamar á Dios y hacer actos de contrición, concluyendo con que quería ser cristiana. Un día, en presencia de su amo, comenzó á quejarse de un dolor que padecía y á pedir unas tijeras para cortarse el pelo. Dióle algún cuidado esta novedad, porque le había encargado lo guardase para el día del bautismo.

Creció el susto de D. Bartolomé, oyendo á la mora que hablaba con otro, que él no veía, diciendo: *Quítate niña, vete de aquí muchacho;* y que puesta de rodillas en la cama se dejó caer sobre los brazos, y vuel-

tas las manos á las espaldas, prorrumpió en estos gritos: *¡Ay que me atan! ¡Ay que me atan!* Era que el demonio, para apartarla de su propósito de recibir el santo bautismo, pretendía aterrorizarla, y para que no hiciese con sus dedos la señal de la cruz, para espantarle, le sujetaba las manos á la espalda. Espantado D. Bartolomé al ver á la neófita así perseguida del enemigo infernal, y por tan extraños modos tentada, la exhortó á que invocase los nombres de Jesús y María, y con esto cesó el tormento, y quedó más confirmada en su resolución de convertirse (1).

No dejaré de añadir, cuánto ha sido para la conversión de algunos infieles, el haberse hallado á los sermones, que en la misión hicimos á los cristianos, en los que se compungieron y lloraban tiernamente, movidos de lo que oían al predicador y veían hacer á los cristianos. En el Puerto de Sta. María había una mora muy pertinaz, y esclava de un sacerdote muy ejemplar. Este, con buenas razones y halagos, la movió á que fuese con su madre y hermanas á oír el primer sermón de la misión, en el cual se movió tanto que, vuelta á casa, dijo: *En verdad, Señor, que estar bueno estos papaces y agradar á mi mucho estos sermones, y me parece bien ley de cristianos.* Pidió la llevasen á todos estos sermones, y del segundo salió tan llorosa y compungida, que, en entrando por las puertas de su casa, empezó á desnudarse el tocado de mora y los anillos, diciendo: *ya no estar más mora, ya querer ser cristiana; y así no querer más traer vestido de mora.* Entre todas ha sobresalido esta mora en el fervor y en el afecto á los Padres que la habían convertido, y tiene principios para venir á ser muy sierva de Dios.

16. Por no dejar quejoso el agradecimiento de V. P. y de la Compañía, no puedo pasar en silencio las honras que este santo ministerio ha debido este año á varias comunidades y personas de grande suposición. Ya queda dicho la que en Avila, Segovia, Valladolid y Burgos debimos á las Iglesias Catedrales, en Salamanca á los Colegios Mayores, en Castilla á sus ciudades. En Andalucía nos visitaron éstas, con sus insignias y maceros, las de Ecija, Jerez y Sanlúcar. ¿Qué dirá nuestro reconocimiento de todas las sagradas religiones, especialmente de las de Sto. Domingo, San Agustín, y del Carmen, Calzado y Descalzo, en Salamanca, en el Puerto de Sta. María y en esta ciudad? Pues los superiores más graves, y los más graduados maestros, hablando, ya en público, ya en secreto con los seglares, decían: *que si se lo permitieran*

(1) Véase la relación que de este caso hace el P. Tirso, en su *Manuductio*, del que lo copiamos en el apéndice núm. 9.

sus religiones dejaran con mucho gusto sus gobiernos y cátedras por emplearse en ministerio tan apostólico, añadiendo otras palabras tan ponderativas, en alabanza de la Compañía y de sus hijos, que, aunque las miro como premio de méritos ajenos, no puedo ni aun á V. P. referirlas sin confusión.

Ni entre las honras que debió este ministerio á varios señores y títulos de Castilla, sabré explicar, por singularísimas, las que experimenté en Valladolid de los Excmos. Sres. Marqueses de Viana; pues sobre otros muchos favores, puede contarse por raro el que, ni los fríos, ni los achaques, ni su autoridad, ni nuestros ruegos pudieron retirar á sus Excelencias de día ni de noche, de los sermones de la misión. De los favores que debimos á los Sres. Prelados, no es necesario hablar, pues consta de lo dicho, y lo publican sus cartas y su liberalidad. Ya dije la que usó con nuestro colegio el Sr. Obispo de Cadiz. El Sr. Arzobispo de Burgos dió, al que tenemos en aquella ciudad, mil reales de limosna.

Pero lo que pide especialísimo reconocimiento de V. P. y de la Compañía, es la del Ilmo. Sr. Arzobispo de Sevilla, que no contento con los gastos de nuestros viajes y jornadas, y otras asistencias que nos ofreció, con el empeño de su afecto, dió al colegio de Jerez cincuenta fanegas de trigo, ordenó se diese un socorro al colegio, donde tuviésemos el verano, gastó muchos ducados en varias impresiones de algunos libros de devoción, mandó imprimir, por su cuenta, un librito de los sentimientos espirituales del V. P. Luis de la Puente, y un epítome de la vida de N. P. S. Ignacio, y que se abriesen láminas de sus imágenes para que se estampase en los corazones católicos su devoción, y solicita ahora en esa santa ciudad, que su Santidad conceda misa propia á nuestro glorioso Patriarca, alegando, entre otras muchas razones, la devoción afectuosa con que desea su mayor culto. Ya dije en su lugar la merced y favor que debió este santo ministerio á la Reina nuestra Señora, digno de que repetidas veces se proponga y acuerde á V. P. y á la Compañía para reconocimiento y veneración. Sea de todos efectos la gloria para Dios, que para su infinita bondad se ha servido de concederlos, y de V. P. la salud que la Compañía y las misiones han menester.—Sanlúcar, Julio á 14 de 1671.—Indigno hijo de Vuestra Paternidad.—Juan Gabriel Guillén.

17. *De los muchos casos extraordinarios que le acaecieron al P. Tirso en este año, y que apunta en sus manuscritos, como de ordinario, la mayor parte van referidos por el P. Guillén en los seis artículos precedentes. Los otros, ó no mencionados, ó expuestos sólo sumariamente, por dicho Padre, son los que ponemos á continuación, para terminar este capítulo. Un*

hombre había treinta años que callaba unos pecados feísimos, persuadido á que no había de hallar absolución sino en Roma. Deseaba ir allá; mas hallándose pobre, y con mujer é hijos, no pudo ejecutar su intento; y habiendo oído decir que en Santiago tenían los confesores las veces del Padre Santo, hizo voto de ir en peregrinación allá á confesar su culpa. Vivía afligidísimo. Todos los días rezaba un rosario por las ánimas, y porque nuestro Señor Jesucristo le abriese camino para salir de estas culpas, y del infierno en que estaba metido, y le ofrecía por esta intención, con una fórmula de palabras que cada día decía, invocando juntamente seis ó siete santos de su devoción, para que le ayudasen á salir de tanta miseria. Oyó el Señor su oración, y le trajo con ocasión de seguir un pleito, adonde llegó la misión.

Acació entrar este hombre en la población, á seguir su pleito, el mismo día que llegamos nosotros á hacer nuestra misión. Salimos de noche con el acto de contrición y, habiéndole dicho en su posada lo que había pasado, y cómo el día siguiente habíamos de predicar, fué á oír el primer sermón, en el cual se desengañó de lo que había menester, y entendió que su pecado no era herejía, como él pensaba; y viendo abierto el camino, determinó confesarse con el predicador; mas para disponerse mejor, aguardó cuatro días. Estando yo una noche solo en mi aposento, confesando un penitente, llegó él á la puerta, y entró en saliendo éste, y no como los demás, sino caminando de rodillas desde el dintel del aposento hasta la cama, adonde estaba á desudarme. Allí con mucho sentimiento, dijo: *que yo era su segundo Redentor, que le había venido á sacar del infierno*; y se confesó con mucho sentimiento y dolor, y sacudió de su alma el peso que la traía gravada y oprimida.

En otra ciudad un hombre salió tan movido de un sermón, y tan descontento de sí mismo, por ciertos pecados que había cometido en su adolescencia, que concibiendo un santo odio contra su cuerpo, se sentenció á cinco mil azotes, en penitencia de sus culpas (y de contado aquella primera noche se dió quinientos, con una fuerte disciplina); y á ayunar, á pan y agua, cinco años, todos los viernes. Para confesarse con desahogo, madrugó tanto, que estuvo esperando desde la media noche á la puerta de la casa, adonde vivíamos (y me alegó esta razón para que le confesase sin salir de casa), é hizo su confesión con muchísima compunción y lágrimas, y quedó después consoladísimo.

Un hombre cometió unos pecados tan feos, que él estaba persuadido, que si no es en Roma no había absolución para ellos. Estaba determinado á ir allá; pero por hallarse casado, y con obligaciones que sustentar, con la labor de sus manos, no se atrevía. Llegó la misión á

la ciudad adonde vivía; acudió á los sermones, y de ellos sacó que, sin ir á Roma, hallaría remedio de su mal, y le penetraron el corazón de suerte, que andaba atravesado del dolor, y deseo de confesarlos. En un día de la comunión general, en que se ganaba el jubileo de la hora de la muerte, dijimos misa antes de amanecer, para estar desembarazados para las confesiones. Madrugó él, y habiendo oído la misa, me pidió le confesase, y queriendo yo hacerlo en un sitio apartado de la sacristía, él me dijo: *que había menester lugar más retirado*. Llévele, entonces, á una pieza alejada, y cerrando tras sí la puerta, se echó á mis pies; y sacando de debajo de la capa un Sto. Cristo, que traía consigo, empezó á hablar con él con fervorosos coloquios y actos de contrición, dándole gracias por no haberle echado al infierno, como lo había merecido, y por haberle traído esta ocasión para salir de tanta miseria. Confesóse con rara compunción y lágrimas, y con determinación de entablar un modo de vida muy cristiana, confesando cada ocho días, y ejercitándose en otras obras de piedad.

Una persona había más de cuarenta años que callaba ciertos pecados. Cuatro años antes que llegásemos á aquella ciudad había oído la misión de un religioso franciscano, y movióse con ella á confesar; y escrita su confesión general, y yendo á confesarse, se volvió del camino. En esto oyónos animar á la confesión, y vino seis veces con ánimo de confesarse, y otras tantas se volvió á su casa, hasta que ultimamente se determinó, y dijo: *aunque reviente, me tengo de vencer*. Entró, pues, y se confesó con tanto dolor y confusión de sus maldades, que parece traía traspasado el corazón. Era hombre bien acomodado de bienes de fortuna, y muy limosnero y amigo de socorrer pobres, y lo que más le movía á dolor y confundirse, era ver, que el Señor hubiese comunicado tantos bienes, á un hombre tan malo. Tenía una mujer muy santa, la cual viéndole muchas veces triste y melancólico le preguntaba qué tenía; pues gozaba salud y tantos bienes de fortuna y era tan querido y estimado de todos; y él decía, entre sí: *no sabes tu lo que yo tengo en mi pecho. ¡Oh, si yo tuviera la conciencia que tu tienes!* Confesóse y quedó lleno de consuelo, y con disposición de ser muy siervo de Dios. No tenía herederos, y toda su hacienda determinaba distribuirla en obras pías.

Otro, por acusado de su conciencia, con unos pecados que había veinte años que callaba, no se atrevía á llegar á los pies del confesor. Siete veces vino al colegio á buscarme, y otras tantas el demonio le hizo que se volviese sin confesarse, por parecerle que había mucha gente, y que él no se podía confesar, sino estando muy retirado. Otro

día vino muy resuelto á no volver á casa sin haberse confesado, y Dios dispuso, que entonces yo subiese del confesionario al aposento. Fuése tras de mí, y al querer salir, se arrojó á la puerta y me detuvo, y me hizo cerrarme dentro con él. Allí se echó á mis pies, empezó á llorar y sollozar, diciendo lo que le había pasado. Confesóse, y quedó muy contento.

CAPÍTULO DÉCIMO

Año séptimo de las excursiones apostólicas del P. Tirso 1671-1672.

SUMARIO: 1. Ministerios durante el verano de 71 en Sanlúcar; bautismo de moros; acto de contrición en Ntra. Sra. de Regla.—2. Sale á misionar en Arcos, Bornos, Villamartín, Los Algodonales, Zahara, Ronda, Puerto Serrano, Espera, Utrera, Coronil, Morón de la Frontera, Huelva y Trigueros.—3. Misión de Sevilla; ejercicios al Sr. Arzobispo; misión de Montilla y vuelta á Castilla.—4. Fruto de estas misiones; fundación y aumento de Congregaciones.—5. Congregación de Montilla.—6. Congregaciones de Sevilla y Ronda.—7. Frecuencia de Sacramentos.—8. Corrígense muchos escándalos.—9. Castigos horrorosos de algunas personas escandalosas.—10. Misericordia de Dios con algunos pecadores.—11. Pacés hechas este año.—12. Fruto en las confesiones.—13. Protección especial de la Stma. Virgen con sus devotos.—14. Concurso á los sermones y moción exterior.—15. Estimación que por las personas de dignidad se hace de las misiones.—16. Conversiones de moros.—17. Devoción al V. P. la Puente.

FUENTES HISTÓRICAS: 1. Carta del P. Tirso Gonzalez al M. R. P. General, en la que se da cuenta de todos los sucesos de este curso de 1671 á 1672. ms.—2. Otra breve carta del mismo al mismo, escrita en Villagarcía el 26 de Agosto del 72. ms.—3. *Manuductio ad conversionem Mahumetanorum* del P. Tirso.—4. Vida del V. P. Sanvitores.—5. Resumen de los ejercicios en que se ocupa la Congregación de Ronda.

1. Los años que hemos andado juntos en misión, el P. Juan Gabriel Guillén y yo, tomó su Reverencia á su cuidado el dar cuenta á Vuestra Paternidad de los sucesos de cada año; y como éste nos ha dividido V. P. con otros compañeros, para que fuese el fruto más copioso, toca á mi insuficiencia el referir con mal estilo lo sucedido en las verdades que me tocaron. El verano pasado de 1671 hicimos alto en Sanlúcar de Barrameda, por tiempo de caniculares. Allí se adelantó mucho una congregación, que antes estaba fundada, con grande alivio de los pobres y ejemplo de la ciudad, por ver salir la gente más lucida á pedir por las calles limosna para los pobres vergonzantes y los enfermos del hospital, con una talega al hombro; viniendo algunas veces tan cargados, que el paso les hace sudar; y por verles acudir con tanta piedad á los ejercicios mentales de oración y pláticas espirituales.

Catequizáronse los moros que se habían convertido, y se celebró su bautismo con bastante solemnidad, aunque no tanta como la de Jerez de la Frontera y del Puerto de Sta. María, por haber sido corto el número de los convertidos á causa de ser pocos los moros que hay en aquella ciudad, pues fué de seis ó siete nada más. Predicáronse algunos sermones en la plaza, las tardes que dió lugar el calor, para conservar el de la misión; y con ellos se obtuvo no viniesen á Sanlucar las comedias, que son las misiones que ha inventado el demonio para arrancar de muchas almas la inocencia y la piedad, y plantar el vicio; y en viniendo después de una misión fervorosa, es más sensible su daño, pues agosta la devoción, barren del alma los pensamientos santos, y vuelven á helar los corazones.

A dos leguas de Sanlucar hay un santuario de grande devocoin, que llaman Ntra. Sra. de Regla, al que en la Natividad de la Virgen, y en su octava, concurre infinita gente de toda aquella comarca; y suele haber los desórdenes que traen consigo los grandes concursos, y más cuando son de noche, y cuando por ser con título de piedad, son en ellos las primeras las mujeres, como suele en éste, adonde por razón de los calores, se camina de noche, y todos aquellos campos cercanos á la casa de la Virgen, están inundados de gente aquellas noches, la del día y la de la octava de nuestra Señora.

Pareciónos esta buena ocasión para lograr algún buen lance con el acto de contrición; y comunicando nuestro designio con el P. Prior de aquella santa casa, que es de la orden de S. Agustín, habida su licencia, partimos allá la víspera de nuestra Señora, el P. Bartolomé de Andrade, Rector de nuestro colegio de Sanlucar, el P. Juan Gabriel Guillén y yo, llevando con nosotros una imagen de un Sto. Crucifijo, bastante abultada, para que se pudiese ver de tan numeroso auditorio. Esperamos á que se acabase de cerrar la noche, y que llegasen los peregrinos, y asistidos de aquella religiosa comunidad, y de algunos religiosos graves que habían venido del convento de Sanlucar, llevando el Sto. Cristo el P. Prior, y alumbrándole los demás, salimos con el acto de contrición por aquel campo, en torno del convento, con inmenso concurso, convirtiéndose los bailes y gritos en lágrimas, suspiros y devoto silencio.

Quedáronse todos aturridos, con tan impensado asalto, no acabando de creer lo que les había sucedido, viendo convertido en llanto su festejo. Y así, cuando otros años era tan grande el tumulto y alboroto, que se veían necesitados los religiosos á estar en centinela toda la noche, porque no sucediesen algunas desgracias, este año estuvieron to-

dos tan quietos que no parece había gente en aquella campiña. Los que de nuevo venían, viendo la gente tan compungida, y preguntando la causa, oyendo de sus bocas, lo que había pasado, se compungían también y se portaban con la misma moderación; de donde se siguió, que siendo otros años muy contados los que se confesaban y comulgaban en la romería, este año fué un número muy crecido, y empezamos á confesar más de dos horas antes de amanecer.

Aquí tocamos con las manos, que había sido esta traza inspiración del cielo; pues algunas personas que habían asistido á las misiones, que habíamos dado en aquel contorno, como en Cadiz, el Puerto de Santa María, Jerez y Sanlucar, y no obstante eso, estaban obstinadas en sus culpas, sin atreverse á confesarlas, este día que venían á holgarse y entretenerse, sin pensamiento de confesarse, hallaron sin pensarlo su remedio; y aquellas voces, y un ejemplo que se contó, fueron saetas que les atravesaron el corazón, y cayendo en la cuenta reconocieron que Dios les había traído allí para su salvación, y no se atrevían á resistirse más á los divinos impulsos.

2. A fines de Septiembre salí en compañía del P. Juan Gabriel Guillén y del P. Bartolomé de Andrade, el cual para ocuparse en las misiones dejó el rectorado de Sanlucar, á donde estaba sumamente querido y estimado de toda la ciudad, por su fervoroso celo y aplicación grande á los ministerios. Empezamos las misiones de este año por la ciudad de Arcos, adonde deseaba mucho el P. Provincial se tuviese misión, por haberse desmandado el año antecedente cierto misionero en hablar contra la Compañía, y con poca estima de N. P. S. Ignacio, diciendo que no conocía á este Santo. Procedió así irritado, á lo que yo entiendo, de haber sabido que en otro lugar alguno de los nuestros, con menos cautela de lo que fuera razón, había hablado con menos aprecio de algunas llanezas que con santo celo, sin duda, se habían dicho desde el púlpito.

El Sr. Duque de Arcos, que es príncipe que estima mucho á la Compañía, y el Sr. Arzobispo de Sevilla, á quien tanto debemos, sintieron agríamente el caso precedente, y por orden de su Ilustrísima se hizo una fiesta en la iglesia mayor de la ciudad á N. P. S. Ignacio, en que predicó el P. Prior de S. Agustín con grande aceptación de todos y grande honra nuestra. El P. Guardián de S. Francisco, asistido de su comunidad, cantó la misa; acción por la cual debe la Compañía quedar muy reconocida á aquella santa comunidad, que quiso dar satisfacción tan cumplida de lo que aquel religioso forastero había dicho con gran sentimiento suyo, sólo porque era de su religión, y estaba á la sazón

hospedado en aquel santo convento; viniendo desde el arrabal de la ciudad, que está en lo llano, á la iglesia mayor, que está en lo alto del monte, con la incomodidad del sol y de una cuesta tan larga.

Al pasar por Jerez me detuve un día, á instancia de la congregación de los caballeros, que dejamos fundada el año antecedente y está muy numerosa y en fervorizada. Me pidieron les hiciese una plática; y se saldó una quiebra que había padecido la congregación de los sacerdotes, que se fundó cuando la otra, y estaba á pique de deshacerse; Dios lo allanó todo en una tarde.

Ibamos con intención de empezar en Arcos, día de S. Francisco, por ser día de fiesta, en el que estaba toda la gente en la ciudad; mas mirándolo mejor, mudamos de intento, porque no pareciese, que sentidos de lo pasado, íbamos á deslucir la fiesta á los PP. Franciscanos, y quitarles la gente. Y así fuimos á las vísperas, y el día siguiente, á oír el sermón y asistir á la procesión de la tarde, á que concurre lo más de la ciudad; y cuando la gente salía de la fiesta, en una plaza vecina, se hizo una plática de media hora, publicando la misión, y convocando la gente para la procesión del acto de contrición, que empezó desde allí y vino á terminarse en la iglesia mayor, atravesando la mayor y más lucida parte de la ciudad. Con esto la misión quedó publicada y movida, alabando todos la atención con que se había portado la Compañía.

El fruto de esta misión fué grande, porque no quedó ninguna persona de cuenta, que no asistiese á los sermones y se confesase generalmente; creciendo en todos la estimación que tenían á la Compañía, y quedando muy arraigada en sus corazones la devoción de N. P. S. Ignacio, buscando con ansia alguna estampa, ó medalla del Santo, y estimando sobremanera algunos compendios de su vida, que repartimos. Recibió especialísimo consuelo de ver el fruto de esta misión, el Señor D. Diego Virués, que habiendo sido toda su vida muy adverso á la Compañía, poco antes le había tocado Dios maravillosamente el corazón, moviéndose á dar á la Compañía una casa nueva que acababa de labrar, que le había costado cincuenta mil ducados, con otras posesiones, para fundar allí un colegio, ya que hasta entonces no había allí más que un Padre y un Hermano, que administraban una poca de hacienda, que había dejado una persona rica y piadosa, para principio de fundación. Dejamos fundada una congregación muy lucida, compuesta de toda nobleza seglar y de los eclesiásticos.

Uno de los frutos mayores de la misión se cogió en un convento de monjas, sujetas al ordinario, las cuales se movieron con las pláticas

que oyeron, y se inmutaron de suerte, que habiendo oído la primera, estuvieron toda aquella noche algunas religiosas llorando y suspirando; y eran tantos los sollozos y tan vehementes los afectos de compunción, que parece se les quería salir el corazón del pecho, al hacer el acto de contrición, al fin de las pláticas. Reformaron los tocados y trajes con gran edificación; y habiéndose confesado todas generalmente, empezaron á entregarse, con muchas más veras que antes, á la oración y meditación, y á la mortificación de sus pasiones.

Concluida la misión, nos dividimos; el P. Juan Gabriel Guillén, fué á juntarse con el P. Francisco Gamboa, á la ciudad de Lebrija; y el P. Bartolomé de Andrade y yo, pasamos de allí á Bornos, á Villamartín, á los Algodonales, y á la villa de Zahara. Al fin de esta misión vinieron á buscarme dos sacerdotes de la ciudad de Ronda, distante de allí cuatro leguas, y que toca ya al obispado de Málaga. Porque, habiendo yo hecho misión allí dos años y medio antes, dejé fundada una congregación, que está muy florida; y las personas principales de esta congregación me habían escrito con muchas instancias, varias veces, pidiéndome volviese á Ronda, alegándome razones muy fuertes. Y como yo me hubiese escusado por la larga distancia, y por otras razones; ahora que me vieron cerca, nombró la congregación dos sacerdotes para que viniesen por mí, y yo no puedo negarme á tan justa demanda. Y así, mientras el P. Andrade hacía misión en algunos cortijos de la villa de Zahara, y en una aldea corta del arzobispado de Sevilla, llamada Puerto Serrano, pasé yo solo á Ronda, con consentimiento del Sr. Arzobispo de Sevilla, y con mucha aprobación del Señor Obispo de Málaga, que me escribió una carta muy agradecida, por haber hecho esta breve digresión hacia su territorio.

Detúveme en Ronda, sólo ocho ó nueve días, adonde el fruto fué colmadísimo; aunque crecía el trabajo por ir solo y haber de predicar todas las tardes, hacía antes del sermón, encaminado á la moción, una explicación de doctrina para la enseñanza, función que duraba casi dos horas; predicaba además de noche á los hombres del campo otra hora, y lo restante del día y parte de la noche, lo pasaba confesando. Fué singular el consuelo que tuve, por ver el fruto que se conservaba de la misión antecedente, y el fervor de aquella congregación, de que hablaré después en su lugar.

Concluida esta misión, me volví á juntar con el P. Andrade, yendo á buscarle á Puerto Serrano, de donde pasamos á la villa de Espera, de aquí á la de Utrera, de ésta á la del Coronil, y del Coronil á la de Morón de la Frontera; y estando en medio de la misión, allá á fines de

Enero, vino á juntarse aquí conmigo el P. Juan de Losada, Rector que acababa de ser de Ecija, á quien V. P. señaló por mi compañero, y no pudo desprenderse de aquella ciudad hasta este tiempo. Con esto el P. Andrade, que trabajó incansablemente, con indecible aplicación al ministerio, todo este tiempo, (premiándole Dios el trabajo, con mejorarle la salud, y minorarle algunos achaques que padecía), pasó de allí á Sevilla, para ir á juntarse con el P. Serrano, que estaba en Fregenal, y discurrir por los lugares de aquella última parte de Sierra Morena, que es del Arzobispado de Sevilla y confina con Portugal.

Concluida la misión de Morón, pasamos de allí á Huelva, distante hacia el poniente veintiséis leguas, villa adonde ahora tienen su habitación los Sres. Duques de Medina Sidonia, el P. Losada y yo; y de Huelva volvimos á la villa de Trigueros, donde tenemos colegio.

3. De Trigueros pasamos á Sevilla, para hacer misión en ella la cuaresma, adonde concurrieron también los PP. Juan Gabriel Guillén y Francisco Gamboa. Alternando en los sermones hicimos misión, todos los cuatro, en la Santa Iglesia Catedral (1). Dos días después nos dividimos: y los PP. Juan Gabriel y su compañero, hicieron misión, sucesivamente, en las parroquias de S. Vicente y S. Bartolomé, en dos semanas; y el P. Juan de Losada y yo, al mismo tiempo, en la parroquia de Omnium Sanctorum y en la de la Magdalena. A la semana volvimos á juntarnos todos en la Casa Profesa de la Compañía, por ser aquella la semana señalada para las pláticas de la doctrina, las cuales se acompañaron con sermones de misión, con que se juntó más que *otros* años el *movere* con el *docere* (2). Al mismo tiempo nos señalaban para hacer pláticas en las parroquias asignadas, para ganar este jubileo.

De la dominica *in Passione* á la de Ramos, nos volvimos á dividir, y los Padres pasaron á Triana, arrabal de cuatro mil vecinos de la otra parte del río Guadalquivir, hacia poniente; y nosotros, á un mismo tiempo, hicimos misión en dos parroquias, en la de Sta. Catalina y en la de S. Isidro, por haber hecho gran instancia algunos parroquianos de San Isidro, para que su parroquia no quedase sin misión; juntándose con esto, el ser el P. Losada predicador de la Casa Profesa; con que era forzoso, que el que predicaba en Sta. Catalina, de tres á cuatro de la tarde, pasase algunos días á predicar inmediatamente á S. Isidro. A esto se añadía el haber de ir de noche á hacer plática á las congregacio-

(1) Véase en el núm. 2, del capítulo siguiente, la relación de esta misión tan celebrada.

(2) En esta misión se movió á entrar en la Compañía de Jesús, el subdiácono Don Sebastián Monroy, natural de Arahál, que pasó después á las Islas Marianas, donde sufrió el martirio. Vida del P. Sanvitores, lib. V., cap. 18.

nes de las parroquias, donde concurrían los hombres en gran número, con singular fervor; y así todos los días, en algunas semanas, tenía cada uno sermón por la tarde y plática por la noche; y no pocas veces, habiendo predicado dos veces por la tarde, acontecía el haber de platicar de noche, ó en nuestra Casa Profesa, ó en las parroquias.

Aunque de propósito sólo se hizo misión en las parroquias referidas, era tanto el fervor de todas y deseo de gozar de este bien, que todas con ansia lo solicitaban; y así se hicieron varios sermones en otras parroquias. Yo no observé los que á otros les tocaron; lo que sé es, que á mí me tocó predicar dos veces en la parroquia de Sta. Marina, dos en el Hospital de la Sangre, una en la parroquia de San Gil, y otra en la del glorioso mártir San Hermenegildo, á la puerta de Córdoba

Aparte de esto, las pláticas que pedían en varias comunidades religiosas, fueron muchas. Fuera de las que hicieron los PP. Juan Gabriel Guillén y Gamboa, esta primavera, después de la misión de los moros, á mí solo, me tocaron más de doce en diferentes conventos, y nunca se hacía esta función sin haber aquel día otra de predicar, por la mañana ó por la tarde y hacer plática de noche. Después de pascua predicamos ocho días á los moros, con el fruto que consta á V. P. por la relación que de esto se imprimió.

Cuál fuese con esto la batería y el asalto que se dió por todas partes al vicio en aquella populosa ciudad, cuál la ganancia espiritual que sacó nuestro Señor, con su gracia de tantas almas; aun los mismos que lo vimos y gozamos, apenas acertamos á entenderlo, cuanto menos á referirlo. Y porque espero que otros avisarán á V. P. de los demás, yo, en su lugar, apuntaré sólo algo de lo que pasó por mis manos. Colmó nuestro Señor el gozo y consuelo de estos sus operarios, con la conversión de noventa y seis moros, de que consta á V. P. por las relaciones impresas que han salido de este tan glorioso suceso.

Concluidos estos dichosos empleos, en que tuvo tanta parte el celo, asistencia y vigilancia del Sr. Arzobispo, se retiró su Ilustrísima á Umbrete, sitio de recreación de aquella dignidad, á tres leguas de Sevilla, mas para su Ilustrísima de mortificación. Acogióse allí para hacer los ejercicios espirituales de N. S. Padre, y me mandó que fuese á dárselos, ó por mejor decir, á recibirlos yo de su raro ejemplo. Hízolos con tanta exacción y puntualidad, como se pueden hacer en el noviciado más fervoroso, sin asomarse por todo este tiempo ni una sola vez á la ventana, para divertir la vista con la frescura de los jardines, ó aliviar la cabeza. No admitió otra conversación en todo este tiempo,

más que un rato de sobremesa, la de su secretario, que también estaba en ejercicios, y la mía que les acompañaba, y esto sólo de cosas espirituales.

Concluidos los ejercicios volvímonos á Sevilla, donde su Ilustrísima, por su persona, bautizó á todos los convertidos, y acabada esta tan solemne función, tomando la bendición de su Ilustrísima, y recibiendo de su liberalidad muy crecidos favores, me partí á Montilla, donde el Padre Provincial de Castilla me mandó hiciese misión, para satisfacer los deseos de mi señora la Marquesa de Priego, su prima, que sobre el caso escribió al Sr. Arzobispo y á mí, y no parecía posible dejar de dar gusto á su Excelencia, debiendo la Compañía tanto á su casa, como consta de nuestras historias, y es notorio á todos. Y habiendo llegado á aquella ciudad por este tiempo unos misioneros de S. Francisco, para hacer nuevamente misión en ella, su Excelencia los despidió, diciéndoles que había llamado ya misioneros de la Compañía.

Fuí solo á Montilla; porque para predicar no era necesario compañero, y para confesar ayudaron con mucha aplicación los Padres del colegio. No obstante, vino de Antequera, de orden del P. Provincial, á ayudarnos, el P. Manuel de Lara, mozo de grande aplicación al trabajo y mucho ejemplo, que aunque llegó ya entrada la misión, cuatro ó cinco días, suplió con la intensión del trabajo, la extensión del tiempo, estando fijo en el confesionario sin levantarse, siete y ocho horas todas las mañanas, que fué grande socorro para el despacho. La misión de Montilla, que duró doce días, fué, en el fruto, muy parecida á la de Sevilla; y tengo para mí que fué efecto de la predestinación de algunas almas, las cuales no se habían movido á buscar su remedio en dos misiones que habían precedido, y ahora le hallaron con singular consuelo del que las oyó, á quien dijeron que no se atrevieran á declarar con otro ninguno.

De Montilla partí para mi Provincia, último día de Mayo; y pasando por Segovia, adon le se conservan frescas las memorias de la misión, que allí hicimos el P. Juan Rubí y yo, este Septiembre hará dos años, á instancia de los Padres de casa, para refrescar las especies de los desengaños pasados, hicimos el acto de contrición por las calles, víspera de la Stma. Trinidad, el cual nunca sale sin que se conozca el fruto. Al día siguiente, por la tarde, salimos con una doctrina de nuestro colegio, asistida de toda la nobleza de la ciudad, la cual se terminó en la Iglesia Catedral, con un sermón en que les exhorté á conservar el fruto de la misión pasada; concurrió muy grande auditorio á oírle. Ahora me hallo en esta santa casa de Villagarcía, en compañía

del nuevo compañero que V. P. se ha servido señalarme, el P. Juan Rubí, y estos dos meses de caniculares son muy necesarios *ad reparandas virés corporis et animi*, y para hacer algunos trabajos de cosas morales; porque la tarea continua del ministerio no deja tiempo, entre año, para estudiar de propósito, siendo esta parte tan necesaria para ejercitar, como se debe el oficio. Estos han sido nuestros pasos este año, desde Octubre del 71, hasta Junio del 72.

4. Ahora diré por mayor el fruto, omitiendo la repetición de cosas homogéneas. El principal de este año ha sido el fundar diez y siete congregaciones. Las once en los lugares siguientes: en la ciudad de Arcos, en la villa de Bornos, en la de Villamartín, en la de Puebla de los Algodonales, en la villa de Zahara, en la de Espera, en la de Utrera, en el Coronil, en Morón, en Huelva, en Trigueros y en la ciudad de Montilla. Además cinco en Sevilla: en la parroquia de Sta. Catalina, en la de S. Isidro, en la de S. Esteban, en la de Omnium Sanctorum, y en el Hospital de la Sangre, omitiendo las que fundaron el P. Juan Gabriel y el P. Gamboa.

Los ejercicios de las congregaciones, fuera de Sevilla, son comunemente los siguientes: Lo primero toma á su cargo la congregación el mantener todo el año el rosario á coros en la parroquia, para todo el pueblo, y cada día, al fin del rosario, se lee en voz alta y tono devoto un punto ó dos para dar materia á la meditación, que se encarga sea cada día, siquiera un cuarto de hora. Todos los viernes hay ejercicio de disciplina, precediendo antes un cuarto de hora ó media hora de lección espiritual. Salen los congregantes, por lo menos una vez cada semana, á pedir limosna para los pobres vergonzantes, y en las más partes llevan al hombro unas alforjas de lienzo, ó una capacha de esparto; y de este ejercicio nadie se escusa, porque es de todos, repartiendo por suertes los días. En los lugares más comprensibles piden solamente dos cada domingo, en los mayores cuatro ó seis, repartidos por barrios. Y como estas congregaciones las formamos de ordinario de la primera nobleza seglar, y de los eclesiásticos más autorizados; y es cosa de grande ejemplo y de grande socorro para los pobres, el ver pedir á semejantes personajes.

En Huelva se fundó una ilustre congregación y el Excelentísimo Sr. Duque de Medina Sidonia, fué el primero que salió á pedir para los pobres, y como algunos vasallos, por ver pedir á este príncipe, se esforzaban á dar más que de lo que permitía su caudal, su Excelencia, con grande afabilidad, les decía: *Tú no puedes dar tanto*; y así tomando una cosa moderada, les volvía lo demás. Cuidan también estas congre-

gaciones del socorro de los pobres de la cárcel, llevándoles algunas ollas en las festividades principales; y en algunas partes, por no haber otras personas dedicadas á esto, pide cada día la congregación para el sustento de los encarcelados. Nómbranse también enfermeros que visiten los pobres del hospital, y en Huelva quiso el Sr. Duque de Medina Sidonia que la congregación tuviese su asiento en la iglesia del hospital de la Caridad, para que todo el cuidado del hospital estuviese á cargo de la congregación. Atiende juntamente la congregación á componer enemistades y atajar escándalos públicos, y á la enseñanza de la doctrina cristiana, y á que se frecuente mucho el jubileo del mes; y por eso en Ronda tiene encomendado un hombre virtuoso, que dos noches antes, corra la ciudad con una campanilla, diciendo, cómo el domingo es el jubileo del mes, que todos procuren ganarlo.

Los ejercicios mentales de la congregación, son una vez cada semana. En ellos, en muchas partes, se gastan dos horas en unas oraciones vocales que dicen al principio en la plática espiritual, y media hora de oración mental, y un rato de lección espiritual, que se lee, mientras acaba de llenarse la congregación; y por lo menos duran una hora, y la oración mental nunca se omite. Comulgan de comunidad, en algunas partes, cada ocho días, en otras, cada quince, y por lo menos una vez cada mes; y á los que en esto faltan, les da el prefecto en las juntas secretas, sus amonestaciones y alguna vez reprensiones, y por no ser notados, toman de aquí ocasión para ser puntuales. Son estas congregaciones la reformación de las repúblicas, y el fruto principal de las misiones; que si no se deja algo permanente, que le conserve, se acaba presto, y se vuelven los lugares al estado que antes tenían.

Por ser esto de tanta monta, y habernos enseñado la experiencia cuánto importa no partir de los lugares sin dejar bien arraigadas las congregaciones, he guardado esta forma principalmente este año. Antes de acabar la misión, pondero lo que importa dejar fundada una congregación, y represento brevemente los ejercicios de ella, y el fervor con que está en muchas partes, alegando el ejemplo de las más fervorosas. Con esto los ánimos se excitan, y comunmente claman porque se funde también en aquel lugar. Viéndolos con esta disposición, señalo día y hora para hacer una junta en que se ha de formar la congregación, convidando para ello á todos los caballeros y gente más granada de los lugares, y á los eclesiásticos, é infórmome quienes son las personas más ejemplares y más á propósito para dejar á su cuidado la congregación.

En esta primera junta, hecha oración é invocando el socorro del

Espíritu Santo, con el himno *Veni Creator Spiritus*, hago una plática de media hora, ponderándoles la obligación que tienen de entregarse á Dios de veras en lo que les resta de vida, y cuán proporcionados son los medios que tiene la congregación para conseguir esto. A este fin llevo conmigo las constituciones impresas, y leo los títulos de los capítulos, y voy explicando brevemente lo que contienen. Concluyo con preguntarles si son de parecer se forme la congregación; y habido el consentimiento de todos, paso á que se nombre el título de la congregación, que de ordinario es de nuestra Señora, en algunas de sus festividades, ó del nombre de Jesús, ó del Espíritu Santo, y que se señale el día en que ha de tener su fiesta. Luego paso á la elección de oficios, diciendo que esta primera vez no puede ser por votos servidos, como ha de ser después, sino por votos públicos. Exhórtoles á que pongan los ojos para perfecto en alguno de aquellos señores eclesiásticos de más celo y autoridad, pues hay tantos. Buenamente introduzco los que sin controversia son tenidos por todo el pueblo por personas de más ejemplo, celo y aplicación, preguntando primero su parecer á las personas de más autoridad, que sé han de votar sin pasión. Con esto fácilmente concuerdan en la persona más á propósito. Elegido el perfecto, se le pregunta á él su parecer para nombrar asistentes, y elegidos éstos, se le pregunta á los tres para los demás oficios; y siempre se hacen estas elecciones con grande paz, y salen nombradas las personas más á propósito.

En Huelva, para formar la congregación, quiso su Excelencia se hallasen presentes los Prelados de tres religiones que allí hay, de San Francisco, de los Mínimos y de la Merced Descalza, y como había de constar de eclesiásticos y seglares la congregación, dijo: *que allí habia de ser la cabeza eclesiástica, como en las demás partes, y que él entraría como particular*; y así se eligió por perfecto un eclesiástico de mucha autoridad, y á su Excelencia le designaron como asistente primero. Nombrados los oficios, se asientan esta primera vez por congregantes (de aquellas personas que se hallan presentes, y que ordinariamente son capaces de entrar) los que lo piden, y el recibir de los demás, se reserva al modo ordinario que disponen las constituciones.

Fundada ya la congregación, se publica en el púlpito, para enseñar á los alistados á que lleven adelante lo comenzado y mover con su ejemplo á otros, y señalase día para hacer la incorporación solemnemente, explicándoles la forma en que se ha de hacer y lo que contiene, y cómo ese día han de comulgar de mano del perfecto, que dirá la misa cantada, después de haber hecho aquella exterior y pública de-

mostración de dedicarse al servicio divino, con propósito de vivir cada uno con la perfección propia de su estado. Esta incorporación y modo de profesión, se hace de ordinario, un día ó dos después de concluidos los sermones de la misión, y se hace en esta forma: Procúrase toda la solemnidad posible, de misa cantada, con diácono y subdiácono, de música y villancicos. Dice la misa el prefecto, ú otro sacerdote de la congregación, si él está impedido; y asisten á ella todos los congregantes, y los que no son sacerdotes, vienen dispuestos para comulgar en ella.

Después que el sacerdote consume, abre la custodia y descubre el Santísimo y se arrima á una esquina del altar, en la forma que se hace en nuestras profesiones, y acercándose todos los congregantes al altar, el P. Misionero, ó un sacerdote de la congregación, lee en voz alta, palabra por palabra, y la van repitiendo los congregantes, una oración muy devota, impresa para este efecto con las constituciones, que es una fórmula de dedicarse al servicio de Dios y de la Virgen, semejante á la de nuestros votos, aunque contiene solamente propósito, sin obligación especial de pecado. Concluida esta oración, comulgan todos los que no son sacerdotes, de mano del que dice la misa. Esta función se hace con tanta gravedad y devoción en muchas partes, que saca lágrimas de consuelo á muchos de los circunstantes. Acabada la misa se sube al púlpito el Padre y hace una plática de media hora, ó tres cuartos, alabando la acción presente, y exhortándoles á cumplir á Dios la palabra que le dieron con tantas veras y con tanta solemnidad. Esta función es de suma importancia, porque les obliga á llevar adelante lo comenzado, y les empeña á hacer pundonor de no volver atrás, y alienta á otros á imitarles. En Utrera, asistió á ver esta función, un caballero de lo más calificado de aquella tierra, llamado D. Perafán de Rivera, que no había querido alistarse en la congregación; y salió tan admirado y edificado de verla, que propuso entrar en ella, y dijo: *Bravardid de guerra es este á lo espiritual, para necesitar suavemente á la gente honrada á no volver atrás.*

En esta última plática se convida á los congregantes para aquella tarde ó la siguiente, á fin de hacer los ejercicios de la congregación, y dar el modelo de lo que se ha de observar en adelante; si no es, que por ganar tiempo, se haya hecho antes esta función. Es de grande importancia, que no salgan los PP. Misioneros del lugar, sin tomar posesión de los ejercicios espirituales de la congregación, y dar el ejemplo para en adelante; porque con esto quedan las cosas asentadas, y como nunca falta en esas juntas alguna persona de celo, si estas ven que después decaen los ejercicios, claman y obligan á mantenerlos. Así lo he-

mos practicado este año en muchos lugares; y la experiencia ha descubierto, que aunque sea necesario detenerse para esto un par de días, importa esto más que adelantarlos de misión en otras partes. Ejecutóse así en Utrera, en el Coronil, Huelva y otras partes, y el Sr. Duque de Medina Sidonia, fué el primero en acudir á estos ejercicios, y por atención á su Excelencia, concurrieron algunos religiosos; y para adelante encomendó á las personas más espirituales de las tres comunidades religiosas, las pláticas de estas juntas, que son cada ocho días.

5. Entre las demás congregaciones merece especial mención la de Montilla. Había allí una que constaba de sola la gente ordinaria, y pareció necesario fundirla en otra, compuesta de aquel mismo gremio y de la gente granada y lucida de la ciudad, y lo más selecto de la clerecía; porque no era fácil multiplicar congregaciones en el colegio. Para formarla me valí de los medios referidos; y allí, más que en otras partes, se afervorizaron los ánimos, por haberles predicado dos ó tres veces de la oración mental. Habían precedido dos misiones de los Padres Franciscanos, bien fructuosas; y la última no había dos años que había pasado. En ellas se predicaron muchos motivos de temor, con que no me pareció necesario cargar tanto la mano hacia este lado. Reconocí mucha gente inclinada á la oración y trato interior con Dios, parecíame estaba la tierra bien dispuesta para promover esta materia; y así, después de algunos sermones de rigor, hablé tres veces de este asunto, y les propuse el ejemplar de lo que pasa en las parroquias de Sevilla, que luego referiré. Con esto se movió grande deseo, de que en aquella ciudad se entablase la oración mental cotidiana, y lección espiritual, para todo el pueblo, en la parroquia y otras partes públicas.

Hay en Montilla una clerecía muy numerosa, y en ella muchos sacerdotes doctos, por haber en nuestro colegio una cátedra de Artes y dos de Teología Escolástica. En ninguna parte asistieron los clérigos con tanta aplicación á los sermones como aquí, ni los recibieron con más estimación; con que los hallé bien dispuestos para todo lo que se propusiese. El viernes, pues, inmediato al día de la Ascensión, los convoqué para la ermita de la Cruz, por la mañana entre diez y once, para hacerles una plática *clausis januis*; y sin más diligencia, que haberles enviado un recado el Rector de la clerecía aquella mañana, avisándoles de la plática, se juntaron más de ciento á la hora señalada. Allí, entre otras cosas, les propuse el punto de la congregación, y les convidé para que de cinco á siete de la tarde se juntasen en la iglesia de nuestro colegio, para formarla, juntamente con la gente lucida de la ciudad, que había convidado en el sermón el día antecedente.

Hablé primero al prefecto y oficiales de la congregación antigua, proponiéndoles la conveniencia de que aquella congregación se amplificase, y que para eso era necesario hacer una elección de oficios; pues habiendo de componerse de allí en adelante la congregación de entrambos gremios, eclesiástico y seglar, era forzoso que la cabeza fuese eclesiástica; y que, supuesto que sus mercedes habían de hacer por pascua del Espíritu Santo una nueva elección de oficios, por ser este el título de la congregación, no importaba nada se anticipase ocho días la elección, é importaba mucho que esto se hiciese luego antes que yo me partiese. Vinieron bien en todo, y me dieron las gracias por tal pensamiento. Con esto, á la hora señalada, mientras el P. Manuel de Lara, mi compañero, predicaba en la iglesia mayor á las mujeres, se juntaron en nuestra iglesia más de trescientas personas; y después de una plática, con suma aprobación de todos, se formó la congregación, nombrando por prefecto á un sacerdote anciano, muy siervo de Dios y de grande autoridad para con todos y mucho celo, y quedó por asistente primero el prefecto antiguo, y se dieron los demás oficios á las personas más beneméritas de todo el concurso, saliendo todos admirados de ver el acierto de las elecciones.

Como me instaba el tiempo de partirme, se determinó que el día siguiente, de tres á cinco, se hiciesen los ejercicios de la congregación antes del sermón; y así se ejecutó, concurriendo grandísimo número de congregantes. Duraron los ejercicios más de dos horas; y quedaron tan gustosos, que porque yo les dije que era forzoso partirme el martes, pidieron se repitiesen estos ejercicios el lunes. Echóse la incorporación ó profesión para el día siguiente de la dominica *post Ascensionem*, que era el último día de la misión; y pudo hacerse entonces sin embarazo, por haber sido la comunión general el día de la Ascensión, en que toda la ciudad ganó el jubileo de la misión. Hízose esta función con grande solemnidad, y tanta devoción, que el prefecto estuvo llorando de gozo mucho rato, y hubo otros que le acompañaron; y fué tan crecido el número de los nuevos congregantes, que hicieron esta incorporación, que pasaron de setecientos.

Lo que más admiró, fué la asistencia del lunes, á los ejercicios de congregación, mientras en la plaza se corrían toros y jugaban cañas. El caso fué, que el mismo día que se empezó la misión, vino nueva á mi señora la Marquesa, cómo su hija, la Sra. Duquesa de Gandía, había parido un hijo, con parto muy feliz, con que el regocijo de su Excelencia y de toda la ciudad fué grande, por ver con tan feliz sucesión á su hija; y era forzoso hacer alguna demostración de alegría. Esta, por ra-

zón de la misión, se suspendió hasta que ella se concluyó; con que, habiendo concluido el domingo, fueron las fiestas el lunes, y á ese mismo tiempo concurrieron á la congregación más de ciento cincuenta personas, y estuvieron con tanta ternura y devoción, como pudieran los novicios más observantes. Un sacerdote, doctor en Teología, se señaló, entre otros, por lector de la congregación, y antes de empezar los ejercicios de ella, mientras se acababa de llenar la congregación, les estuvo leyendo con mucho afecto parte de la introducción á la oración mental, que hace el V. P. Luis de la Puente, en el primer tomo de sus meditaciones. Luego se siguieron las oraciones vocales, una plática de más de media hora y otra media de oración mental, gastando toda la tarde en estos santos ejercicios, en lugar de los toros y cañas (1).

Tomó la congregación á su cargo el mantener el ejercicio de la oración mental cotidiana, señalando, desde luego, sacerdotes que ofrecieron el rosario todos los días en la iglesia mayor y en Ntra. Sra. de los Remedios, y que al final de él leyesen un punto ó dos de meditación, para que los circunstantes se quedasen por espacio de un cuarto de hora en la consideración de aquellas verdades. No se señala más tiempo para todos, porque siendo de cada día, si es más largo, se retirara la gente, y los que tienen devoción se suelen quedar por una hora, y muchos empiezan por un cuarto de hora, y después vienen á tener cada día más de dos horas. Entablóse esto, con tanto fervor, que el domingo, después de haber oído en pie un sermón bien largo, en tocando á rosario, se llenaron entrambas á dos iglesias; y no hubo persona que se menease, hasta que, concluido el cuarto de hora, hizo señal el sacerdote que presidía.

6. Influyó mucho en la fundación y fruto de las congregaciones, que dejamos enumeradas, el ejemplar de las parroquias de Sevilla, adonde es tanto lo que se hace, que no se puede oír sin grande admiración. Después que hicimos misión en aquella ciudad, el P. Juan Gabriel Guillén y yo, el año 1669, se adelantó mucho una congregación de Cristo Crucificado, fundada dos años antes en la iglesia colegial del Salvador, con particulares instituciones, por el celo de algunos devotos sacerdotes y seglares recogidos, cuyo fin es caminar á la perfección propia del estado de cada uno, con la oración cotidiana, frecuencia de

(1) Los días de toros descubren el Santísimo en su capilla, y hacen los congregantes sus ejercicios ordinarios. En otras partes, donde no hay colegio de la Compañía, usan el descubrir el Santísimo los tres días de carnestolendas, con el jubileo de las cuarenta horas; y así en los ejercicios espirituales, como en las penitencias, han excedido, de suerte, que ha sido necesario ponerles tasa, etc. De otra carta del P. Tirso al P. General.

sacramentos, obras de mortificación y de caridad. Todos los días, en dando la oración, se lee un cuarto de hora, medido por un reloj de arena, en un libro espiritual, y concluida esta lección, se encienden las velas del altar y corren los velos; y un sacerdote lee en voz alta un punto ó dos de meditación, y luego se tiene un cuarto de hora de oración mental, que se concluye con un fervoroso acto de contrición. Después se reza, con mucha pausa á coros el rosario, concluyendo con algunas oraciones vocales, y tres días á la semana, lunes, miércoles y viernes, hay ejercicio de disciplina y se cuenta algún ejemplo de la devoción del rosario; y todos los domingos del año y en las festividades de Cristo y de su santísima Madre, hay una plática espiritual por espacio de media hora, con otros ejercicios de gran piedad.

Después de la misión se acrecentó mucho esta congregación, y se imprimieron sus constituciones, año de 1670. Poco después murió un hombre santo en la ciudad de Sevilla, que era congregante en la congregación del Santísimo, de nuestra Casa Profesa de Sevilla, que ha sido la matriz, á cuya imitación se formaron las demás. Este se enterró en el hospital del Amor de Dios, y desde entonces se formó en aquella iglesia, una de las congregaciones más fervorosas que hay en toda España, adonde concurre lo más granado de toda Sevilla. Tienen todos los días lección espiritual, oración mental, rosario á coros y muchos ejercicios de mortificación; sentándose los caballeros más ilustres en el suelo á oír las pláticas espirituales, que son muy frecuentes, y después de ella se sigue una recia disciplina, tres días cada semana, y por ser tan grande el concurso, no cabiendo en la iglesia y sacristía, se retiran á algunas piezas oscuras del hospital.

Los ejercicios de esta hermosa hermandad son tales, que en la religión más austera compungiera á cualquiera el asistir á ellos, y en gente noble, rica y regalada y moza, pasa de compungir á admirar. Yo confieso, que habiendo ido esta cuaresma á hacerles una plática, quedé admirado de ver tal piedad. De aquí se extendió este santo ejercicio á la iglesia del Sagrario y á la parroquia de la Magdalena; y el mismo año que hicimos la primera misión, lo entabló un sacerdote devoto, en la parroquia de S. Hermenegildo, á la puerta de Córdoba. Como estaban los ánimos tan bien dispuestos, predicamos mucho de la oración mental, exhortando á que este santo ejercicio se entablase en otras parroquias.

En todas las iglesias de Sevilla, donde hice misión este año, metí sermón de este asunto, con que en todas se entabló de nuevo, fuera de la Magdalena, donde ya estaba introducido; pero aun allí, con la mi-

sión se adelantó mucho. Habiéndome tocado la semana de las doctrinas, hacer dos pláticas en la parroquia de S. Esteban, hice la una de este asunto. Procuré meterles un poco de cizaña espiritual, con el ejemplo de otras parroquias, particularmente con el de la parroquia de San Bartolomé, que era la más vecina, adonde los PP. Juan Gabriel y Francisco Gamboa, habían plantado una congregación lucidísima, como también lo hicieron en la parroquia de S. Vicente. Con esto, juntándose al día siguiente los caballeros y parroquianos más lucidos, formaron una congregación, en nada inferior á las más sobresalientes, á la cual concurren cada día más de cien personas, con notable fervor; ejercitándose, no solamente en la oración, sino en otras obras penales y mortificaciones públicas, que les enseña su fervor, á las cuales yo no me atrevería á exhortarles. Hiciéronme grande instancia, para que después de pascua les fuese á hacer otra plática, exhortándoles á la perseverancia; asentí, quedando no menos edificado de las veras con que lo pedían, que del fervor con que asistieron á la plática y demás ejercicios.

Con esto ha quedado la ciudad de Sevilla hecha un cielo, y puede ser ejemplar de piedad á todas las de España; pues ya en ella, la virtud, modestia y compostura, es profesión, no sólo en los ancianos, sino en los mozos; pues todos se precian de ser virtuosos, y parecer modestos, cuando en otras partes se hace gala del vicio. Y el que en Sevilla es malo, procura ocultar de nuevo el vicio, y que no le conozcan, porque no le noten y desprecien por esa causa; y así no tiene allí lugar la maldad, si no embozada y encubierta. El concurso á estas congregaciones es tan grande, que la Sra. Marquesa de la Algaba, que tiene paso desde su casa á la parroquia de *Omnium Sanctorum*, y tribuna en ella, fué á ver lo que pasaba, persuadida á que era cosa de risa el pensar que en aquella parroquia, que toda se compone por la mayor parte de oficiales y mercaderes y otra gente ocupada en tareas de sus oficios, pudiese formarse congregación, ni haber concurso competente; y después me contó había quedado asombrada de ver, que siendo tiempo de pascua, se llenaba la iglesia á la oración, rosario y disciplinas.

Por ventura no admirará menos que los pasados, el fervor de la congregación de Ronda, que es tan grande, que habiéndolo visto este año, hice entre mí juicio, que Dios me había llamado segunda vez á aquella ciudad, para que viendo lo que allí pasaba, pudiese con este ejemplar alentar en otras partes á su imitación; y para premiarme en esta vida, el corto servicio que le hice en aquella misión, con el gozo de

ver el fruto tan grande que de ella ha resultado. Por Mayo de 1669 hicimos misión en aquella ciudad el P. Estanislao de Acosta y yo, y dejamos fundada una congregación en la parroquia de Sta. Cecilia, y ermita de Ntra. Sra. del Socorro, haciendo prefecto de ella al Doctor D. Antonio Díaz Moreno, cura de dicha parroquia, hombre santo y de extraordinario celo, el cual la puso en el estado que hoy tiene.

Consta de ciento cuarenta y cuatro congregantes, de todos gremios, sacerdotes, caballeros, hidalgos y gente de plaza, y por la mayor parte gente del campo; y tienen tantos y tan devotos ejercicios, que habiendo ido este año dos noches á asistir á ellos, pedí me los apuntasen en un papel (1) para representarlos en otras partes, y me parecen dignos de referirse en esta carta.

Todos los domingos por la tarde, que es el día de congregación, tienen los ejercicios siguientes: Mientras se acaban de juntar los hermanos, se lee por tres cuartos de hora un libro espiritual, que de ordinario es del P. Fr. Luis de Granada; y para esto están señalados tres, que se van remudando, y leen de pie sobre un atril alto, oyendo los demás con sumo silencio, y el mismo guardan los que van entrando, sentándose como caen sin distinción de puestos. Después empieza el prefecto los ejercicios con algunas oraciones vocales, á que sigue la letanía de nuestra Señora; luego se sientan todos en unos bancos rasos, y les lee en voz alta y con mucha pausa y sentimiento los puntos sobre que han de meditar, que siempre son del compendio de las meditaciones de las dominicas del V. P. Luis de la Puente, del cual usa la Escuela de Cristo en todas partes. A esto se sigue media hora de oración mental, medida por un reloj de arena; la cual se concluye con algunas jaculatorias fervorosas y unas oraciones vocales. Después de esto se vuelven todos á sentar, y hay un rato de conferencias espirituales ó plática; y el secretario lee las faltas que hubo aquella semana. Y si alguno faltó á la comunión de la mañana, ó á otros ejercicios de comunidad, se dice en público su falta; y el prefecto le pregunta la razón que tuvo para faltar, y si la excusa no es legítima, le amonesta cortesmente á la enmienda, etc. Luego se sigue el rosario de nuestra Señora á coros; y después se señalan por cédulas, los que aquella semana han de acudir al hospital, y los que han pedir para los pobres. Finalmente se lee el principio de la meditación de la dominica siguiente, para que todos se ejerciten en ella; y el prefecto les enseña brevemente, cómo podían meditar y el fruto que han de sacar; y dichas algunas oraciones vocales, se despide la congregación.

(1) Véase el apéndice, núm. 10.

Todos los domingos comulgan de comunidad, en su capilla, los que no son sacerdotes, y se tiene un cuarto de hora de meditación antes de la misa, para disponerse á la comunión, y otro después para dar gracias. Todos los viernes acuden todos de obligación á las Avemarias, y se reza primeramente el rosario de actos de contrición, luego se leen los puntos de la meditación y se tiene media hora de oración mental; á ésta sigue el ejercicio de la disciplina, mientras se canta un *misere-re*, y después se concluye con el rosario de nuestra Señora. Los demás días de la semana, aunque no es obligación que acudan todos, siempre acuden muchos hermanos á tener media hora de oración y rezar el rosario, y los lunes y miércoles á tomar disciplina. Cuatro días á la semana, discontinuados, piden tres hermanos, para los pobres vergonzantes, limosna por las calles, sin que nadie se excuse de esta carga, ni el prefecto; y el pan que se junta, se reparte luego aquel día entre los pobres vergonzantes, y el dinero entre los enfermos más menesterosos, y, el que sobra, se deposita en poder del tesorero para comprar bulas á los pobres.

Asímismo, de dos en dos, acuden todos los días al hospital á barrer las piezas y asear las camas de los pobres, según son señalados por el secretario; y si alguno falta á tan santo ejercicio, ó al de pedir, le apunta en la tabla, y el día de la congregación le dan reprehensión. Todas las pascuas van á visitar los hermanos á los pobres de la cárcel; y con las limosnas que ha juntado la congregación, echan fuera al más desvalido. Por pascua florida, lleva la congregación en procesión á la parroquia los pobres, para que cumplan con la Iglesia; y les da una olla aquel día en el hospital, sirviéndoles en la mesa. Todos los años hace dos doctrinas públicas por las calles, por el adviento y cuaresma, con concurso de toda la ciudad, y en ellas se predica algún punto de doctrina.

Los tres días de carnestolendas tiene la congregación descubierto el Santísimo por la tarde, y hay sermón; y salen los congregantes á recoger gente, y se hacen públicamente los ejercicios de la congregación, esos días, de lección espiritual, oración y rosario para edificar y mover al pueblo, y lo mismo hacen todos los días de toros. Tienen constitución de no ver toros ni comedias, y al que en esto falta le despiden; ítem de no jugar á los naipes. Tiene la congregación á su cuenta el ejercicio de la *vía sacra*, y salen con gran modestia y silencio á visitar las cruces todos los viernes, siguiéndoles mucho pueblo, por una banda las mujeres y por la otra los hombres; sin que nadie se atreva á hablar palabra, celando mucho la congregación, la modestia que pide

función tan sagrada. En cayendo algún congregante enfermo, se nombran dos que le visiten y avisen de lo que ha menester, para que la congregación le socorra. Todos le encomiendan á Dios; y cada día en el rosario se dice una Avemaría, para que el Señor le dé lo que más convenga para su salvación. En estando desahuciado, se nombran hermanos de dos en dos, para que continuamente le velen, el uno sacerdote y el otro seglar.

Todos los días de Jueves Santo, en encerrándose el Santísimo, en el monumento, le asisten y velan los congregantes por horas, según la lista que hace el secretario, y están de rodillas uno á un lado y otro al otro. En muriendo algún congregante, acuden todos al entierro, con rosarios en las manos, llevándole cuatro en sus hombros, juntándose antes en la capilla de la congregación á rezarle, los eclesiásticos un nocturno de difuntos, y los seglares un rosario. Después señala el prefecto un domingo en que, juntos todos, se le dice el oficio de difuntos entero, rezando los seglares en el interín el rosario. Luego á la misa comulgan todos, y ofrecen la comunión por el difunto, y andan la vía sacra; y el domingo inmediato á la conmemoración de los difuntos, hacen los mismos ejercicios por todos los difuntos de la congregación en común. Luego que muere algún congregante, exhorta el prefecto á todos, que hagan todo lo que pudieren por el alma del difunto; y pasadas tres ó cuatro semanas, cada uno trae apuntado en una cedula todo lo que ha hecho, sin poner su nombre, y el secretario las junta todas, y hace una lista de todo lo que se ha ofrecido por el difunto, y la lee en congregación plena, para que todos se alienten á hacer más y más, viendo tan admirables obras de caridad, esperando que cuanto más liberales se mostraren con otros, dispondrá Dios que después ejerciten otros con ellos la misma liberalidad.

El titular de la congregación es la Concepción de nuestra Señora, y son sus abogados S. Ignacio y S. Francisco Xavier, cuyas imágenes, de cuerpo entero, tienen en el altar de la capilla á los lados de la Virgen, y las traen también grabadas en el estandarte, con la imagen de la Concepción en medio. Fuera de las comuniones de los domingos comulgan de comunidad, en los días de estos patronos y fiestas grandes de nuestra Señora y otras de primera clase. Estos, y los antes indicados, son los ejercicios de esta congregación, cuyos hijos son el ejemplo de toda la ciudad, y todas son personas espirituales y que tratan de oración. Y está tan asentado, que cada congregante ha de tener cada día media hora de oración mental, fuera del examen de conciencia y otras devociones; que se tiene por gran delito faltar á eso. A mí me causó

espiritual consuelo, el confesar á muchos de ellos; entre los cuales hallé algunos, que por ser gente del campo, y andar trabajando todo el día, se levantaban á media noche á tener su oración, y sus mujeres les imitaban, movidas de su ejemplo.

A imitación de esta congregación se fundó otra en la parroquia del Espíritu Santo, que aunque consta de menos sujetos está muy fervorosa, en ella se juntan todas las noches los congregantes á rezar el rosario, oír un poco de lección espiritual, y tener media hora de oración mental; y los más son labradores, que viniendo hartos de trabajar del campo, toman por alivio estos ejercicios. Con esto y con la Escuela de Cristo, que se había fundado dos ó tres años antes de la primera misión, dentro de la ciudad en el Hospital Real, por medio de una misión de los canónigos del Monte Sacro de Granada, que envió el gran celo del Sr. Obispo, está la ciudad notablemente mudada, y hay en ella gran número de personas que tratan de oración, especialmente mujeres. El jubileo del mes, que dejamos en la primera misión, está tan entablado, que todos los primeros domingos del mes, se gastarán tres mil formas en sola la iglesia de Sta. Cecilia, y á esa proporción en la iglesia mayor y en la de Sancti Spiritus. Por haberse entablado este jubileo en la misión, le llaman jubileo de la misión, y casi todos los que venían á confesarse á la misión de este año, preguntados, cuánto había que no se confesaban, respondían: *Padre, desde el jubileo de la misión.*

7. El segundo fruto de estas misiones, ha sido dejar en todas partes muy promovida la frecuencia de los sacramentos, é introducido el uso de la oración mental, haciendo sermón de propósito de este asunto, en que se les persuade la necesidad de este ejercicio, y se les facilita mucho, y enseña prácticamente á tenerla. Son muchísimas las personas que se determinan á abrazar medio tan importante para la salvación. En Sevilla está esto tan introducido, que se hallarán más mujeres que tengan oración, que de las que no conocen este santo ejercicio. Y en Montilla queda esto tan promovido, que habrá más de mil quinientas personas que tratan de oración. En esta segunda misión de Sevilla encontré muchas personas adelantadas en la virtud, que comenzaron á tener oración desde la primera misión.

Entre otras se confesó conmigo, generalmente, una señora principal de lindísimo natural y tan buenas costumbres, que me pareció, que si tuviese oración vendría á ser santa, siendo así que hasta entonces se podía decir de ella que estaba más *magis sine vitis, quam cum virtutibus*. Díjele mi sentir, y la exhorté á tener un rato de oración cada día. Fué entrando poco á poco en este ejercicio, y Dios nuestro Señor

la fué llamando á sí de suerte, que ahora tiene tres ó cuatro horas todos los días; y se puede con verdad decir, que todo el día anda en oración, por la continua presencia de Dios que trae. Hace todos los años los ejercicios de N. P. S. Ignacio, con extraordinario fervor, y ha crecido tanto en perfección, que es una de las almas más santas que yo he encontrado. La oración le movió á dejar las galas, y á huir de visitas impertinentes, y á no atender más que al bien de su alma, á la educación de sus hijos y obediencia de su marido; y con su ejemplo toda su casa, más parece de religiosas recoletas, que de personas seglares. Su maestro y su guía son los libros del V. P. Luis de la Puente, especialmente la *Guía Espiritual*, que no deja de las manos, poniendo en práctica todas aquellas delicadezas de espíritu, que el santo Padre enseña en la cuarta parte, en que trata de la mortificación y obras heroicas que acompañan la vida contemplativa. Esta señora fué de las que más oración y penitencia hicieron por la conversión de los moros; y antes de empezar á predicarles, hablando con su confesor en el confesonario de esta materia, como él dijese que sería harto si llegasen á una docena los convertidos, ella llena de confianza, dijo: *más han de ser de cuarenta*; y cuando se acabaron los sermones, como faltasen casi la mitad para ese número y el confesor le dijese que sus esperanzas habían salido vanas, ella con la confianza que Dios le daba interiormente, volvió á decir: *yo no dudo, que han de pasar de cuarenta*; y así fué.

En la misma ciudad, otra señora de las más principales, dama bizarra y muy metida en la vanidad de las galas tan propias de las mujeres, especialmente de poca edad, cual era esta señora, pues tendría entonces veinte años y estaba recién casada, abrió de suerte los ojos con la primera misión, que empezando á leer libros espirituales y á tener un poco de oración, había ido creciendo de manera, que en medio de sus pocos años, es ejemplo de virtud y modestia á todas las señoras; teniendo cada día dos horas de oración, y comulgando muchas veces en la semana, sin otro cuidado que el de agradar á Dios y crecer en virtud. Un caballero mozo, hijo de un título, muy travieso é inquieto, se convirtió también en la misión pasada, y habiendo hecho una confesión general le dió el confesor en penitencia que leyese cada día un capítulo del P. Eusebio en la Diferencia entre lo Temporal y Eterno, acompañando la lección con media hora de consideración; y le aconsejó, que entrase en la Escuela de Cristo, y comunicó el Señor tanta luz por medio de aquel rato de consideración, que, creciendo en este ejercicio, y haciéndose de la Escuela, es hoy de lo más ejemplar de Sevilla.

Cuando la vez pasada empezó la misión en Triana había allí una doncella de muchas prendas entregada totalmente á la vanidad, á la gala y al donaire, rica y bizarra, y tan presumida, que aunque sus deudos, temiendo su desahogo deseaban casarla y le propusieron varios casamientos, á todos daba de mano. Esta joven llevada de la novedad, y de lo que se decía de los nuevos predicadores, que habían venido á Sevilla, fué á oírlos; y del primer sermón quedó tan compungida, que quitándose luego las galas, nos fué siguiendo en todas las parroquias; y eran sus ojos dos fuentes continuas de lágrimas. Confesóse generalmente, y empezó á entregarse á la oración y trato interior, y le comunicó el Señor tanta luz y aborrecimiento á las cosas del mundo, que hizo voto de castidad; y porque sus deudos le instaban que se casase, y las muchas amigas que tenía en Sevilla la inquietaban su recogimiento con sus visitas, se retiró con su madre á Sanlucar adonde vive con grande recogimiento sin dejarse visitar de nadie, ni saber más calle que la de su casa á la iglesia; volviéndose luego á su rincón. Estando el año pasado en Sanlucar vino á confesarse conmigo, dándome cuenta de su vida. Otros muchos ejemplos de estos pudiera referir, y no dudo que de esta segunda misión ha quedado mucho más promovido el espíritu de oración, y por los efectos de una se pueden colegir los de otras.

8. El quitar escándalos y amancebamientos públicos y secretos es un efecto común á toda misión, y en las de este año ha habido algunas conversiones bien raras. Estando la misión en la parroquia de la Magdalena de Sevilla, ponderó mucho el predicador el peligro de los que están de asiento en ese vicio; y habiendo exclamado contra ellos, clavó los ojos hacia una parte de la iglesia casualmente, y levantando el grito, y limpiándose el sudor del rostro con la mano, y estampándola en el pilar á que estaba arrimado el púlpito, dijo: *¡Este sudor ha de ser tu fiscal en el juicio divino si no te enmiendas, desdichado! Contigo hablo, ¡ay de ti, si de esta vez no dejas esa ocasión!* Estaba en aquella parte de la iglesia hacia donde se encaró el predicador, un caballero que había muchos años que andaba divertido con gravísimo sentimiento de su mujer. Quedó el hombre medio muerto, viendo esta acción, y oyendo semejantes palabras, pareciéndole que pues el predicador no le conocía, y con todo eso había mirado hacia donde él estaba, sin duda Dios le había movido. Vino á su casa, demudado el semblante, y lleno de horror, y echándose á los pies de su mujer, le pidió perdón de los agravios que le había hecho, é hizo una mudanza tal de vida que bien se echó de ver, que Dios había movido al predicador; pues aquella

acción no la llevaba pensada, y allí se la dió su Majestad, que es el que sólo puede hacer esas mudanzas.

Llegando la misión á cierta villa de Andalucía, oyó el acto de contrición, que hicimos para publicarla el día que llegamos, un mozo que había diez años que no se confesaba, por haber otros tantos que estaba amancebado, y no hallarse con ánimo de dejar la comunicación. La primera exhortación que oyó le llenó de tal horror y temor del juicio de Dios, que se vino tras del predicador, y cerrándose con él á solas, se echó á sus pies, tan lleno de espanto, que tenía las manos yertas, y no acertaba á hablar; expúsole el infeliz estado de su alma y después con lo que el Padre le dijo, se recobró un poco. Quería que le confesase luego, y como el Padre, le dijese, que confesión de tanto tiempo pedía más examen, replicó: *Padre, y si me muero esta noche*; y lo dijo temblando y con tanto sentimiento de sus culpas, que parece se le quería arrancar el corazón. En fin, el Padre lo consoló y exhortó á que primero examinase su conciencia. Asistió á todos los sermones, y un día, cabando en lo que había oído acerca del estado que tiene un alma que está en pecado mortal, se cayó desmayado en el suelo sin sentido por mucho rato. Dispuso su confesión; hizola con grandes lágrimas, y abrazó cuanto el confesor le ordenó, de oración, penitencias y huir la ocasión; y si no fuera por cierto embarazo, se hubiera ido luego á entrar religioso en una casa que estaba en el desierto.

Muchísimos, se casaron con las mujeres con que estaban amancebados, siendo ellos gente principal. De esto hubo mucho en Sevilla, y no pocos casos pasaron por mi mano. Dos en especial tuvieron mucho que vencer, y todo lo atropellaron por el deseo de su salvación; y se casaron en secreto, dispensando el Ordinario en las amonestaciones. La madre de uno de ellos, con ser mujer que trataba de oración, lo sintió tanto, que estuvo para perder el juicio; mas el hijo estaba tan herido de Dios, y tan alegre de verse fuera de la esclavitud del demonio, que llevó con notable paciencia, los baldones de su madre, y con ella la venció y amansó, y la hizo alabar la determinación que había tomado. Desde la misión está hecho un santo, teniendo cada día una y dos horas de oración mental, y frecuentando los sacramentos muy á menudo. El otro ha padecido grandes desaires de sus deudos, y todo lo pasa con consuelo por verse libre de tan infeliz estado.

No llegó la misión á lugar donde no se quitasen del todo, ó por la mayor parte, los escándalos públicos. En Montilla había algunos, después de las misiones que habían precedido, y todos alabaron á Dios porque con esta última se han quitado. Plegue á Dios que perseve-

ren en la enmienda, para que no vengan á experimentar el castigo, que ejecutó este año la divina justicia en un hombre, que habiéndose enmendado algún tiempo, volvió después al vómito del pecado. El caso es espantoso y digno de contarse para escarmiento de semejantes personas.

9. Llegó la misión á cierta villa de Andalucía (1), adonde vivía un hombre casado, escandalosamente amancebado con una mujercilla, dando por esta causa muy mala vida á su mujer, y cuidando poco de la educación de sus hijos, y sustento de su familia. Vino la pobre mujer afligida á confesarse con uno de los Padres Misioneros, y consultó con él, si podría en buena conciencia poner pleito de divorcio á su marido. El la dijo, *que sobrado paño tenía; pero la aconsejó que llevase con paciencia aquella cruz, y añadió que quizá con esta misión se enmendaría el pecador. Ella, después de haberse confesado, habló con grande resolución á su marido, diciendo: que venía de confesarse, y había consultado con el Padre, si podría, con buena conciencia, apartarse de él; que le había respondido que sí; que por lo tanto mirase lo que hacía, que si no se enmendaba, sin duda lo pondría en ejecución. El hombre estaba muy movido, y se había confesado; y así la respondió con mucha paz: Hermana, tiene razón, yo también me he confesado, y os doy mi palabra de enmendarme muy enmendado; y añadió: Y plegue á Dios que la primera vez que volviere á pecar con esa mujer, me caiga muerto de repente. Esto dijo con muchas veras, y se fué á despedir de ella, diciéndole la determinación en que estaba. La mujer estaba mucho más arrepentida, que no él, y le dió las gracias de esta resolución, pidiéndole muy encarecidamente, no atravesase más aquellos umbrales, significándole que primero se dejaría degollar, que volver á pecar.*

Perseveró el hombre algún tiempo en aquella determinación, acudiendo todos los días al rosario y á la lección espiritual, que dejamos entablada en aquella villa, á que concurría lo más del lugar, llenándose la iglesia. Mas como el vicio y la mala costumbre habían echado en su alma hondas raíces, no se habían pasado veinte días, cuando estando con algunos caballeros en conversación en la plaza, á tiempo que tocaron á entrar al rosario, dejándolos entrar en la iglesia, él se escapó á la deshilada, y se fué á casa de aquella mujer, con dañados inten-

(1) Este caso, como muchos otros de los precedentes y subsiguientes, se encuentra también entre los *casos raros* correspondientes á este año. En estos se dice que el hecho acaeció en Bornos con un hombre forastero; pero casado allí, que había sido fraile antes de casarse. El caso se lo refirió en Madrid el año de 1672, al mismo P. Tirso, el Sr. D. Francisco Carrasco, que la noche de tan triste tragedia, se encontraba allí, y era uno de los que antes del rosario estuvo hablando con el malaventurado pecador.

tos. Llegó á tiempo que ella, puesto ya su manto, estaba cerrando la puerta para ir al rosario, y hecha predicadora, le dió una reprehensión, y dejándole con la palabra en los labios, se fué á la iglesia. Mas él, ciego con la pasión, no tuvo ojos para ver su peligro, ni el ejemplo que aquella mujer le daba; y así, en vez de seguir sus pasos hacia el templo, se metió en un zaguán que estaba enfrente de la puerta, para avalanzarse en su casa cuando viniese. Como lo trazó así lo ejecutó. Vino la mujer, y apenas abrió la puerta, cuando él se entró corriendo tras ella; mas al querer echarle los brazos, para hacerle violencia, se quedó muerto de repente, ejecutando la divina justicia la sentencia que se había dado con aquella maldición.

La mujer era entendida, y reconociendo el mal que la podría venir, si no se ponía en cobro, disimulando el caso, cerró la puerta y recogió sus alhajas; y luego, fué á consultar ó contar en secreto á un sacerdote de la villa el caso, diciéndole, *que ella estaba determinada á salir de la villa antes de dos horas*. Aprobóle dicho señor el consejo, con que habiendo sucedido esta tragedia á las Avemarías, al toque de las ánimas ya estaba una legua de allí. El sacerdote, porque no se supiese cosa de tanto escándalo, valiéndose de un confidente suyo, sacó á media noche el cadáver de aquella casa, y lo puso en la plaza sobre un poyo, rebozado en su capa, para que se pensase que allí había caído muerto de repente. Pero por ser el lugar corto, y el hombre muy conocido, y haberse reconocido que aquella mujercilla había desaparecido de repente, dieron en discurrir sobre el caso, y dentro de pocos días se supo claramente la verdad.

No es menos horroroso el caso siguiente, que fué notorio en la villa de Morón de la Frontera. El Sr. D. Ambrosio Espínola y Guzmán con el ardiente celo que tiene de atajar escándalos, luego que entró á ocupar la silla arzobispal de Sevilla, procuró informarse de los escándalos que había en su diócesis. Por noticias ciertas supo, que había en aquel lugar no pocos de personas eclesiásticas, y envió orden al vicario, que le fuese mandando uno por uno á Sevilla, los contenidos en una lista, por no alborotar la clerecía con llamarlos todos de una vez. Ejecutó el orden en uno, que luego obedeció y se presentó en Sevilla. Pasó á intimar el mismo orden al sujeto de esta historia, que había más de veinte años que tenía la amiga en casa, y en ella seis ó siete hijos. Púsose el tal como una fiera contra el vicario, y contra el Sr. Arzobispo; y estando un día con algunos amigos paseándose por el campo, empezó á echar blasfemias y juramentos por aquella boca, jurando que había de coser á puñaladas al vicario á sangre fría, para que muriere

sin confesión. Esto dijo un viernes por la tarde, y el día siguiente á la una, ya había dado cuenta al supremo juez, muriendo de repente sin confesión, ni otro sacramento, enviando Dios sobre su cabeza, el castigo de morir sin confesión, que él pensaba dar á su prójimo. El caso fué que le salió un granito en la yema de un dedo, y transmitiéndose el veneno al corazón, quizá por haberse encendido la sangre con la cólera, le quitó el sentido y la vida. Este caso sucedió el verano pasado de mil seiscientos setenta y uno, castigando Dios nuestro Señor á este desdichado; porque habiendo oído diez y seis meses antes una misión, que allí hicimos el P. Juan Gabriel Guillén y yo, no quiso oír las voces que Dios le dió entonces, ó si las oyó, para dejar por algún tiempo la mala amistad, no perseveró en la enmienda (1).

Si estos dos casos, que acabo de referir, muestran el rigor de la divina justicia contra los que están de asiento en el vicio, el que se sigue debe obligar á todos á venerar los juicios de Dios, y á entender que esas muertes desastradas no suceden solamente á los que han hecho callos en la maldad; sino que algunas veces las permite Dios en los que antes vivían bien *ut qui stat, videat ne cadat*, para que nadie fie de sí. En cierta ciudad de estos reinos vivía un caballero seglar tan compuesto y de tan buen proceder, que todos le tenían por ejemplar. Asistía con una limosna á una mujer pobre y honrada y de buen parecer, sin que jamás le significase mal intento, no hubo fundamento para entender lo hubiese, porque daba muchas limosnas á personas honradas y vergonzantes, y este parece que fué el motivo para socorrer á ésta. Cayó enfermo el tal caballero, y habiendo muchos días que aquella mujer no le veía, llevada del agradecimiento al bien que la hacía, le fué á visitar; hallóle solo, significóle con palabras corteses la pena con que estaba de verle enfermo, y dióle los agradecimientos del socorro que la hacía, pidiendo á Dios le diese salud. Al despedirse de él, el enfermo la asió de la mano, y la significó su mal deseo. Ella aunque era mujer honesta, como estaba tan obligada por el socorro continuado por algunos años, se dejó vencer; mas al ir el desdichado á ejecutar el delito, se cayó muerto. Ella, entendiendo que era desmayo, empezó á exhortarle á que hiciese un acto de contrición; mas presto se desengañó, de que ya aquel miserable no tenía remedio. Quedó asombrada, y manifestó á su confesor el caso con grande dolor de sus culpas.

10. Como muestra Dios su justicia en castigar á unos, muestra su

(1) Este suceso se encuentra también entre los *casos raros* del P. Tirso, quien lo oyó contar á personas fidedignas en Arcos, recién sucedida la desgracia, y luego en Morón, con ocasión de la segunda Misión que allí dió á 22 de Enero de 1672.

infinita misericordia en detener á otros. Una mujer muy honesta se aficionó locamente de un sacerdote, y luchando en ella la obligación con el horror que le causaba tan grande delito, procuraba el gusto de verle muchas veces, mas con firme resolución de huir el riesgo de caer en este pecado. La pasión creció tanto que la obligó á mostrarle algún agrado, y significarle con palabras su estimación. Reconoció el daño que había ocasionado, y el peligro á que se había expuesto, y propuso no dejarse ver de él de allí adelante; y así siempre que estaba en parte adonde pudiese ser vista de él, se cubría el rostro con el manto, y como la pasión la trajese ciega, clamaba á Dios cada día en la oración para que la librase. Su Majestad tomó la mano, y la curó con un modo maravilloso. Estando oyendo su misa un día, pidió á Dios con más fervor la oyese, y al volverse el sacerdote al pueblo á decir el Dominus vobiscum, se le representó su cara como una horrible calavera, y esta vista le curó tan del todo aquel frenesí, que jamás después sintió rastro de esta pasión; porque traía clavada en su imaginación aquella tan horrible, como provechosa imagen de la muerte, y confesándose después, contaba á su confesor esta, por una de las mayores misericordias que de Dios había recibido.

Mayor fué la misericordia que Dios usó con un grande pecador, tomando por instrumento las voces del predicador. Tendría como treinta y seis años, y jamás se había confesado bien; y andaba tan rendido de una pasión, que había muchos años que no se le pasaba día sin cometer un pecado muy feo, al cual añadía todos los días un enorme sacrilegio, continuado por algunos años. Llegó la misión á su lugar, salimos por la noche con el acto de contrición, asistió á él, y á la primera exhortación que oyó le infundió Dios tal temor del juicio, que habiendo más de tres años, que esto sucedió, no se ha apartado este temor de su pecho, efecto del acto de contrición, con el cual como con un freno poderoso le detuvo el Señor para que de allí adelante no volviese jamás á caer en semejante flaqueza. Propúsose confesar conmigo, pareciéndole que con otro ningún se atrevería á declararse; empezó á examinar su conciencia, y el demonio al instante le engañó, persuadiéndole no se podía confesar bien, sin tomar mucho tiempo para el examen. Fuéle enredando y embarazando de suerte, que se acabó la misión sin que él acabase de examinarse, con que nos fuimos de aquel lugar, quedándose sin confesar; mas enmendado de todo lo demás, fuera de los sacrilegios que hacía, por no confesar sus pecados.

Estando yo en aquel verano á treinta leguas de distancia, quiso ir á buscarme, y por ciertos embarazos que le sobrevinieron no pudo. Su-

cedió después el haber subido á Castilla para hacer una misión en la corte. Deseaba venir á buscarme, y se hallaba imposibilitado; así que hacía continuamente oración á Dios, pidiendo me llevase otra vez á Andalucía, y dándose mucho á la oración mental y á la mortificación. Oyóle su Majestad, porque volviendo segunda vez á Andalucía, viendo ya cerca el remedio, me fué á buscar, hizo una confesión general, y en ella me contó no haber hecho en todo este tiempo otro pecado mortal, más que los sacrilegios ocasionados por la vergüenza. Entabló una vida tal, que espero, que no solamente se ha de salvar con ventajas; sino que ha de ser instrumento para que muchas personas aspiren á la perfección, por ser raro el cuidado con que vive de su aprovechamiento, y mucha su oración.

La noche que se hizo el acto de contrición, en un lugar adonde tres años antes había habido misión, convirtiéronse dos personas, una que había año y medio que no se confesaba, porque traía deseo de vengarse de un enemigo: y otra que había diez años que no se confesaba, por haber otros tantos que estaba amancebado, y no hallarse con valor para apartarse de la mujer. Vinieron luego entrambos, heridos de Dios, tras de mí á confesarse; y el de los diez años de amancebamiento, que era mozo, y de buenos bríos, venía tan demudado, que parece se le quería salir el corazón del pecho, y quería luego confesarse aquella noche. Al día siguiente, trajo dispuesta su confesión, é hizo una gran mudanza; sin atravesar los umbrales de aquella mujer, que era casada y comadre, y el marido á título de compadre, quería fuese á su casa, y le dió quejas porque no iba. En este mismo lugar, habiendo llegado algunos días antes la noticia de que habíamos de venir, dos mujeres públicas, que cada día pecaban, dejaron sus correspondencias; y vinieron á confesarse, luego que oyeron el primer sermón, y había más de quince días que estaban totalmente apartadas de los hombres, aunque las acudían, y con oír los sermones quedaron muy enmendadas y entablaron una vida muy reformada.

11. El quinto fruto que se ha seguido de estas misiones, es el haber dejado en paz los lugares, atajando infinitos odios, enemistades declaradas, y venganzas muy sangrientas. No ha llegado á lugar la misión en que no haya tenido efectos en esta materia, notorios á todos. Dejo los muy frecuentes de perdonar muertes y agravios muy pesados, y sólo referiré lo más sobresaliente de este año. La villa de Utre-ra, había más de treinta años que estaba dividida en dos bandos, entre los capitulares del cabildo secular, haciendo cabeza dos caballeros de os más principales; y heredándose de padres á hijos los odios, con los

inconvenientes que trae consigo el haber de votar los aliados de un bando, no más que lo que quería la cabeza de aquella facción. Y aunque no faltaban á la cortesía de quitarse el sombrero, y visitarse en la ocasión de algún pésame; pero jamás se juntaban unos con otros, en las conversaciones y corrillos, huyendo de encontrarse, y haciéndose en lo secreto el tiro que podían, estando á pique de prorrumpir en otros inconvenientes mayores de desahogos y muertes. En las palabras afectaban mostrar no había en lo interior enemistad, y en las obras descubrían lo contrario. Eran muy notados estos bandos en toda aquella tierra.

Predicóse de este punto, y con la expectación de la paz, acudió mucha gente al sermón, pensando que allí públicamente se habían de abrazar y reconciliar todos, como había sucedido en otras partes. Pero como todos en lo exterior afectaban no querer mal á nadie; aunque todos deseaban ya la paz, porque estaban muy movidos en los sermones, ninguno quiso ser el primero en prorrumpir en público en demostraciones exteriores de pedir perdón, por no dar á entender había tenido odio; y así se tomó otro medio. Con título de fundar una congregación en nuestro colegio, los convidamos á todos para un día señalado, hablando personalmente á las cabezas de los bandos, y á todos los que podían tener alguna dificultad; con que nadie se excusó. Hizoseles un razonamiento de las conveniencias eternas y temporales que había para abrazar la paz, y de la nota que había de seguirse en todo aquel reino á la villa si esto no se efectuaba, habiéndose allanado otras cosas más dificultosas en otras partes; y se concluyó exhortándoles *magis per modum imperantis quam rogantis*, á que luego al punto se abrazasen allí todos. Obedecieron al punto; y cuanto antes habían estado detenidos en declararse, tanto después que se declararon estuvieron más prontos y finos en dejar muy establecida la paz, haciendo grandes demostraciones de cariño y amistad, abrazándose, visitándose, y paseándose juntos.

Quedaron todos tan gustosos, que para mayor celebridad de las paces, corrieron toros; y salieron veintiseis ó veintiocho caballeros, de los que estaban más encontrados, á correr parejas á la plaza, vestidos de gala y con caballos ricamente enjaezados, paseándose las cabezas de los bandos y todos aquellos que antes no se juntaban, con infinito concurso y mucho gozo de toda la villa. Y era cosa de grande consuelo y edificación el ver, que los que se paseaban juntos y hacían corrillos en la plaza, eran los que antes no se podían ver. Siguióse luego la elección de alcaldes y otros oficios; y jamás se vió elección más pacífi-

ca; porque unos y otros convinieron en dar los oficios á las personas más beneméritas, poniendo los de un bando en las manos de los otros la elección. Con que quedó aquella villa con suma quietud.

En la villa de Espera, había encuentros muy pesados, entre las familias principales, siendo entre sí muy conjuntas, con el vínculo del parentesco y se temía algún grande desastre. Habían tomado la mano personas de grande suposición, y no habían podido ajustarlas; y con la misión se ajustaron, abrazándose públicamente en la iglesia, y saliendo pareados por toda la villa en la procesión de la doctrina, llevando el estandarte, á trechos, las cabezas de las disensiones, y las borlas los más principales de los que estaban encontrados. Uno de estos caballeros había muchos días que no parecía en público, por no encontrarse con sus enemigos. De la otra parte se habían de hacer pruebas para un hábito muy presto, y se temía que aquel caballero no pusiese algún embarazo; que aunque la calidad del pretendiente era muy segura, en habiendo enemigos nada es fácil. Con eso quedó todo allanado, y luego se visitaron todos, y hubo en las visitas muchas demostraciones de amistad. Con este ejemplo se ajustaron cuantas disensiones había en aquel lugar; y algunas eran bien pesadas.

Uno de los motivos que tuvo la congregación de Ronda para llamarme, fué el estar muy encontrados el corregidor y el administrador de millones y otros caballeros, entre los cuales había dos que por palabras muy pesadas que se habían dicho tocantes á la honra, se temía con mucho fundamento no se diesen de carabinazos; porque el uno andaba como retirado sin parecer en público, y se pensaba que andaba disponiendo la venganza, y el otro no se atrevía á salir de noche, y andaba siempre sobresaltado. Hablé en particular al corregidor y al administrador para templarlos y ajustarlos; y especialmente para que el administrador, que estaba para partirse á Madrid, y tenía hecha una causa con que podía hacer mal á muchos, la echase tierra y sobreseyese el negocio. Hícele asistir al sermón de enemigos, yendo á buscarle á su casa antes de ir á predicar. Con el sermón y pláticas particulares se templaron; y después, en una casa particular, con título de que cada uno venía á verme allí, les ajusté, y se abrazaron, y los otros caballeros encontrados hicieron lo mismo; con que todo se sosegó, y el administrador me dió palabra de no pasar adelante en la causa que había hecho, que era muy pesada y bastante para abrasar muchas haciendas y arruinar gran parte del lugar.

Llegó la misión á Ronda á tan buena coyuntura, que el mismo día vino de fuera un hombre con intento de degollar á su mujer, y matar

á dos personas con quien tenía odio. Traía afilado el cuchillo, y cargadas dos carabinas para ejecutar aquella noche sus intentos. Aquella tarde antes, se encontró impensadamente en la plazuela de Sta. Cecilia más de tres mil personas que venían á oír sermón. Llevado de la novedad se detuvo á oírle, y en él le movió Dios á que, mudados los intentos que traía, tratase de hacer una confesión general, y ajustar su vida, como lo ejecutó, dando muchas gracias á Dios de que por este medio le hubiese impedido su perdición.

También en la misión se atajó otro inconveniente grande. Un hombre ordinario, instigado de un pariente suyo, dió de puñaladas á su mujer, por haber encontrado en su casa á un clérigo, el cual había venido á llamarle, para ocuparle el día siguiente en la labor de su hacienda; pues el pariente interpretaba mal estas entradas, é incitóle á la venganza. Desvanecímosle la sospecha que tenía del sacerdote, hicimos que el pariente, que le había incitado, le pidiese perdón del consejo; y la mujer, á quien su conciencia no le acusaba, volvió á juntarse con su marido, porque él la buscó y rogó con la paz, pidiéndole perdón de haberse dejado cegar de la pasión y mal consejo; y todos hicimos juicio de la bondad del hombre, y de las veras con que deseaba hacer vida con su mujer, que en esta junta no podía tener el inconveniente, que suele tener otras veces,

La razón que tuvo el Sr. Arzobispo para enviarnos á hacer segunda vez misión en la villa de Morón de la Frontera, habiéndola hecho allí tres años antes, y seguidose después otra de los PP. Franciscos, fué por templar el incendio con que ardía aquella villa en odios y enemistades entre dos familias principales, que arrastraban tras sí lo restante del lugar. Ya antes había tenido por mucho tiempo muchos encuentros, mas de nuevo habían crecido los odios; porque á la cabeza de una familia, (que era un caballero muy querido, y que en la Cancillería de Granada había salido triunfante en todos los pleitos que los contrarios le armaron), le mataron una noche en una calle, disparándole un trabuco á quemarropa, sobre lo que había venido juez pesquisidor. Para atajar nuevas desgracias nos envió el Sr. Arzobispo á Morón. Luego que tuvieron noticia de que iba allá la misión, se ausentaron de la villa á un cortijo distante tres leguas, la madre del difunto y un hermano suyo con toda su familia; sin que fuese posible el reducirlos á venir á la misión, aunque apliqué cuantos medios fueron posibles.

La causa de tanta resistencia, fué por estar el caso muy reciente y ellos nuevamente irritados de los contrarios, que en vez de humillarse, reprobando el hecho, y obligando con sumisiones á la parte agra-

viada, la habían lastimado más, dando muestras de estar ufanos de lo hecho, y haciendo nuevos pesares á sus aliados. Y aunque por esta razón no se pudo ajustar el perdón, se siguió notable provecho, templando los ánimos de los aliados de una y otra parte, para que no les asitiesen en cosa ninguna injusta, ni soplasen la llama con llevar cada día chismes y cuentos de una parte á otra, como lo hacían, con que las encendían más, é imposibilitaban el remedio. La gente se compungió de suerte con dos sermones que se hicieron de esta materia, que si la parte agresora hubiera sabido portarse y ganar á los agraviados, se hubiera ajustado una muy segura paz, por medio del casamiento de una hija del difunto, con un hermano del matador. La cual no se consiguió, porque, deseando los agresores el casamiento, no querían que pareciese lo pretendían. Mas témome, que anda por aquí la divina justicia que los ciega, para castigar una muerte tan mal hecha. El difunto murió con prendas muy grandes de su salvación; pues habiendo confesado y comulgado ocho días antes del fracaso, en un jubileo, el mismo día que le mataron había vuelto á confesar y comulgar, y juntamente ayunaba. Y el haber sido el caso tan repentino, y la muerte tan veloz que solamente pudo decir: *Ay, que me han muerto á traición. Jesús sea conmigo*, fué otra dicha del difunto; pues no tuvo tiempo el natural para brotar deseos deliberados de venganza.

Si es verdad lo que contaron, quiso Dios castigar como padre á este caballero un consejo, que dicen dió, según las leyes del duelo. El caso fué que un muchacho, hijo de padre noble, acometió con una daga á un mozo labrador que andaba arando. El mozo le dijo que se detuyese; y viendo que no se reportaba, por defenderse, le dió de palos con la ajada que traía en la mano. Entró luego el demonio con las leyes del duelo¹, á persuadir, que quedaba afrentado el caballero; y dicen, que consultándose el caso con aquel caballero en casa del padre del agraviado, dijo: *que no quedaba bien, si no mataba al que le dió de palos*; con que el muchacho, revestido del celo de su honra, buscó á su contrario, y le tiró un carabinazo, y lo mató. Los indicios para entender fué la muerte de aquel caballero castigo de este consejo, son el haber caído muerto á la puerta de la casa, adonde dicen dió tal parecer.

No solamente entre los seglares, sino entre las religiosas, se compusieron muchas disensiones. En cierto convento de Sevilla, sujeto al ordinario, había monjas que en dos años no se habían hablado. Por orden de su Ilustrísima y á instancia de la prelada, un día se les hizo una plática de la unión y caridad, de que resultó, que luego, con mucha hu-

mildad y lágrimas se pidieron perdón y quedaron tan contentas, que para celebrar la paz, excedieron los términos de la cordura, poniendo luminaria en los claustros interiores, y haciendo otras demostraciones de alegría, como vitorear á la Compañía. En el conyento de Sta. Ana de Montilla, que es muy religioso, al fin de una plática fueron tantos los sollozos y lágrimas, y la prisa de pedirse unas á otras perdón, y las demostraciones de humildad y ansias de desposeerse de cualquiera alhaja supérflua, que causó admiración á cuantos lo supieron.

12. El sexto y más copioso fruto de este año, y que menos se puede explicar, por caer debajo de los sellos sagrados del secreto, es común á toda mision, adonde es tanto lo que se remedia en materia de confesiones sacrílegas por callar pecados, que no lo pudiera creer quien no tuviera experiencia del ministerio. Contaré algunos casos singulares. Llegó la misión á cierto pueblo, á donde es cierto que no entráramos, si hubiéramos tenido noticia de una circunstancia, que supimos luego que entramos en él (1). Y yo dije entre mí: Dios nos ha ocultado esto, pues sin duda debe pretender el remedio de alguna alma por este medio. Después toqué con las manos había sido esta disposición suya, y efecto de la predestinación de algunos. Pues llegó á mis pies persona que había setenta años que callaba pecados, y habiendo oído muchas misiones, en ninguna se atrevió á descubrirse hasta que se animó con lo que oyó ahora en el primer sermón, *que no nos espantábamos de nada, y que lo que buscábamos era grandes pecadores, y que éramos como los pescadores, que se alegran más, cuando pescan mayores peces*. Llegó otra que hacía cuarenta años que callaba ciertas culpas, y se había visto cuatro veces con el Viático y dos con la Extremaunción. Entrambas eran personas tan buenas y piadosas que, fuera de los sacrilegios de las confesiones y comuniones y del pecado que callaban, apenas habían cometido otra culpa mortal en su vida; y por eso la divina providencia les encaminó esta ocasión; y de esta venturosa ignorancia que nos ocasionó el entrar en aquel lugar, se valió Dios para la salvación de otras almas. En otro, hizo confesión de sesenta años una persona, que me dijo: *que si yo no hubiera venido, no se atreviera á confesar con nadie*; y persona hubo, que habiendo oído dos misiones, y en la segunda todos los sermones, cada día quería venir á confesarse, y siempre el demonio la venció, y estaba casi rendida la segunda vez, hasta que, encomendándose á Dios y á la Virgen, finalmente

(1) Fué esta circunstancia, como se infiere de los *casos raros* la de haberse dado allí, no hacía más de un año, dos misiones; una por los PP. Franciscanos, y otra por los de la Compañía.

venció y se confesó de más de cincuenta y seis años que hacía malas confesiones. El sermón del infierno, y la vista del retrato de una alma condenada, ha sido este año instrumento divino de muchas conversiones.

Una persona persuadida á que para ciertos pecados, que había cometido, no había absolución sino en Roma; en una grave enfermedad de un tabardillo, en que estuvo ya con la Extremaunción, sin atreverse á manifestarse, hizo voto de ir allá; pero como no podía dejar á su mujer y sus hijos, siempre vivía con esta fatiga. Cada año, por tiempo del jubileo de las doctrinas, iba al colegio de la Compañía con propósito de confesarse, y llegado á los pies del confesor nunca se atrevía. Pasó de esta suerte muchos años, hasta que, llegando allí la misión, se resolvió á confesarse por haber oído el acto de contrición de la primera noche. Mas el demonio, que le había otras veces anudado la garganta, se la anudó también esta vez; hasta que oyendo el sermón de las penas del infierno, y viendo el retrato del alma condenada, salió tan determinado, que vino á confesarse con rara compunción, juzgando que para su remedio nos había traído Dios á aquel pueblo.

En otro lugar una persona callaba ciertos pecados, persuadida á que la habían de mandar quemar, si los confesaba. Oyó el primer sermón y le movió tanto, que andaba fuera de sí absorto y embelesado, sin poder dormir ni descansar; y después de todo esto, viniendo á confesarse se detuvo, persuadido á que le habían de afrentar. Por fin, oyendo los gritos del alma condenada y viendo su retrato, concibió tal horror de la divina justicia, que rompiendo por la multitud de la gente, se vino tras de mí, y hablándome al oído me dijo: *Padre, confíeseme, que ha treinta años que me confieso mal*, consoléle, y díjole que fuese á tal parte, que allí me hallaría. Vino, y habiendo dicho la confesión, la primera palabra que habló, fué decirme: *Padre, aquí vengo, aunque temo que V. P. me ha de mandar quemar*. Desengañéle y animéle, confesóse con extraordinaria compunción, y me dijo: *Padre, cuando yo salí tras V. P. no me parece que ponía los pies en el suelo, sino que venía por el aire*. Contóme que estando para embarcarse todos aquellos días, siempre había hallado la mar alborotada, porque Dios le detenía para confesarse. En Sevilla habiendo oído muchos y muy fuertes sermones de la misión un criado del Sr. Marqués de la Algaba, ninguno hizo en su corazón la impresión que el sermón del infierno; vino siguiéndonos desde la parroquia de *Omnium Sanctorum*, adonde viven sus señores, á la de la Magdalena adonde se predicó este sermón, el cual le trocó de suerte el corazón, que desde allí se fué derecho al convento de los PP. Capu-

chinos á tomar el hábito, adonde persevera con mucho ejemplo y fervor, y causó muchos efectos admirables este sermón, en otras personas.

Añado á los pasados un caso más singular. A una persona de mala vida, hablaba con voz exterior y sensible el demonio. Había estado en Italia, y él una noche le contó todo lo que allá le había pasado; otra hizo ruido, como quien contaba monedas de oro y plata sobre un bufete, y le dijo: *Mira, si haces tal pecado yo te daré tantos reales de á ocho; y aconsejóle un pecado muy feo. Rindióse por codicia del dinero, y después de haberle cometido, le dijo el demonio, que se levantase, que sobre aquella mesa hallaría lo prometido. Levantóse, pero hallóse burlado, y el demonio triunfado le decía: Mira, tu no tienes remedio; en muriendo llevaré conmigo tu alma al infierno. Vino la misión, oyó los sermones, y hablando con el demonio, le dijo: Mira yo tengo de ir á confesarme con el P. Tirso, y hacer todo lo que me dijere, y con eso me libraré de tí. Confesóse y dióle el confesor los consejos que le convenían, y ejecutándolos, no le hizo otra vez esos cocos el demonio.*

Con modo más especial socorrió Dios nuestro Señor á una religiosa, en un grande aprieto en que la puso el demonio. Estando ella muy triste y despechada, porque la censuraban mucho, y obligaban á dejar una comunicación que tenía; y hallándose junto á un aljibe oyó una voz que le decía: *Echate aquí, que no tienes otro remedio.* Ella asombrada se fué á su celda, encomendándose á Dios, reconociendo que aquel era el demonio que quería hacer presa de su alma. Allí la acometió el enemigo con otra tentación no menos peligrosa, diciéndole al oído: *Mira, todo eso que crees es embuste, los hombres no tienen alma inmortal, todo se acaba con la vida del cuerpo; quítate pues la vida, y acabarás con tantas fatigas.* Hallándose muy apretada con esta tentación, levantó los ojos á Dios, pidiéndole favor, y su Majestad se lo dió muy pronto; porque vió con los ojos exteriores, uno como rayo de luz y llama singular, y oyó una voz que le decía: *Mira tu alma, que es llama y luz inmortal.* Con esto se desvaneció la tentación, y ella quedó con devoción de rezar cada día tres credos, en honra de las tres divinas personas, en acción de gracias de esta merced, y para que su Majestad la librase de tentaciones contra la fe; y después acá nunca ha sido tentada en esta materia. Estando esta misma embarazada en una comunicación, de la cual era dificultoso salir, sino es por muerte de aquel sujeto, pedía con muchas veras á Dios la librase de este lazo; y estando una noche en lo más fervoroso de su oración, oyó unos ronquidos, como de persona que estaba agonizando, y después supo que á la misma hora había muerto

aquel hombre, y ella libre de este embarazo trató de servir á Dios de veras de allí en adelante.

Ardid es muy ordinario del demonio, con que enlaza muchas almas, el arrojarles á la imaginación pensamientos horriblos contra Dios y sus santos, y luego persuadirlas que aquello es un gravísimo pecado; y no hay misión, adonde, explicando esta materia, no se encuentren personas, que salen como de un infierno, con oír explicar clara y distintamente, cómo en aquello no hay pecado; y las que, con ocasión de la conciencia errónea, hacían grandes sacrilegios, por este medio salen de tanta miseria. Contaré solamente un caso bien singular en esta materia. Una mujer, siendo niña de ocho á diez años, un día que hubo una grande tempestad de truenos y relámpagos y viento vehementísimo, se recogió á un aposento á pedir á Dios favor, encomendándose á su Majestad muy de veras. Estando en esto, una mano invisible le dió un gran golpe en el pecho, estando ella sola, y oyó una voz que le dijo: *No hagas eso*, arrojándole pensamientos de blasfemia contra Dios. Con esto empezó la niña á llorar, y preguntándole su madre la causa, respondió: *que lloraba, porque le venían malos pensamientos contra Dios*. La madre le dijo los desechase, encomendándose á su Majestad. La muchacha desde entonces quedó como asombrada, y se persuadió que había hecho un gran pecado, y que era caso de Inquisición; y llegó hasta los sesenta sin confesarse, hasta que viniendo á su lugar la misión, y oyendo explicar esta materia en el púlpito, vino á confesarse conmigo con muchas lágrimas. Me dijo: *que la razón porque no se había confesado en tanto tiempo, era porque tenía una hija doncella; y que si á ella la llevaban á la Inquisición, no hallaría casamiento*.

13. Todos los pecadores que hemos referido, á quienes Dios esperó tanto tiempo, como hemos visto, alcanzaron esta misericordia de Dios por medio de la Virgen Santísima, á quien hacían oración para que no les dejase morir en aquel estado; y á las misericordias de esta celestial Señora, debió también un mozo no haber ejecutado en él los demonios un terrible castigo por un pecado de desobediencia á su madre. Fué el caso que un hijo desobedeció á su madre, añadiendo á esto el decirle palabras muy injuriosas, y hasta el querer poner en ella las manos. Ella irritada le echó con muchas veras una maldición terrible. Yendo después aquella noche el mozo á visitar las cruces de la vía sacra solo, vió junto á sí cuatro perros negros muy gordos, que le venían siguiendo. Asombróse y, recelando no fuesen demonios, que como ministros de la divina justicia venían á castigarle por el pecado cometido contra su madre, empezó á compungirse, y á hacer actos de contrición

con tanto fervor, que tomando en la mano una piedra se dió con ella tantos golpes en el pecho, que se lastimó. Invocó á la Virgen con muchas lágrimas, suplicándola con mucho afecto, le alcanzase perdón de su culpa y le librase de aquellos mastines que le seguían; y en el fervor de su oración le pareció que veía á la Virgen, que ahuyentaba á aquellos perros; y el efecto fué que ellos huyeron, y le dejaron libre. Volvió á su casa muy arrepentido á pedir perdón á su madre de rodillas. Ella estaba tan irritada, que con severidad le respondió no le había de perdonar; de lo cual y de la visión que había tenido le sobrevino tal pavor, que cayó como difunto en tierra, y estuvo tres horas sin sentido, y quedó tan malo, que llegó á estar sacramentado, y le quedó muy impreso en el alma aquel favor de nuestra Señora.

Más singular es el caso que se sigue, y más extraordinario el favor de la Virgen. En la ciudad de Ronda, este invierno pasado de 1671, subió un mozo á una cuesta agria, á hacer un haz de leña. Atóle con una sogá, quedándose con un cabo largo de ella en las manos. Por ser la cuesta pendiente, comenzó el haz á rodar; y al querer detenerle, se le enredó al mozo la sogá en el cuerpo. Empezó á cobrar más vuelo el haz, y rodando con ímpetu, llevaba tras sí al pobre mozo; y con las vueltas se le enredó la sogá á la garganta, y se ahogaba. Había ya corrido largo trecho, é íbase acercando al tajo de una peña, de la cual había un precipicio profundísimo. Viendo el peligro, encomendóse á la Virgen del Rosario, con quien tenía especial devoción, y vió con los ojos exteriores del cuerpo, bajar por el aire á esta celestial Señora, la cual detuvo el haz un paso antes del precipicio. Con tal ayuda se desasíó el mozo de la sogá, y se libró del peligro, quedando sumamente reconocido á esta Señora por tal misericordia, y con vivos deseos de mejorar de vida para mostrar el agradecimiento á Dios y á su Madre; y para empezar vino á confesarse conmigo, y traía en el rostro y en el cuello muchos cardenales y heridas, que había recibido cuando rodaba por la cuesta. Yo le examiné muy despacio, y quedé muy satisfecho de la verdad de este favor milagroso de María.

No solamente la misión obraba los efectos, que hemos visto, en los que asistían á ella; sino que movía á los ausentes. Quince días antes de entrar en un lugar, se supo en todo él que habíamos de ir allá; y esta sola noticia bastó para apartar del ejercicio de pecar á dos mujeres del mundo, que sabiendo que había de venir la misión, se apartaron de la ocasión, y se dispusieron desde luego para una confesión general, que hicieron en llegando los misioneros con mucha compunción, sin haber caído, después que tuvieron aquellas noticias,

El verano pasado, por este tiempo, la madre Priora de las Carmelitas Descalzas de Sanlucar, con ocasión de darme los agradecimientos por una plática que hice á aquella santa comunidad, me escribió un billete en que me certificaba: *que en veinticinco años que tenía de religión nunca había visto aquel convento tan fervoroso, como lo había estado en tiempo de la misión, sin habernos visto, ni oído, sólo por lo que las referían los seglares y los religiosos de otros conventos.* Este de Sanlucar tiene fama de observantísimo, entre todos los de Andalucía.

14. Los concursos á los sermones han sido en todas partes muy grandes, y en las más era necesario predicar en las plazas, por lo menos en los días de fiesta, en que solían concurrir auditorios de tres, cuatro y cinco mil personas y más. En Sevilla, en la parroquia de la Magdalena, por ser tan grande el concurso, y estar tan apretada la gente, algunos días tardé casi media hora en pasar de la puerta de la iglesia á la sacristía; y fué singular providencia de Dios, no sucediesen algunas desgracias con tanto ahogo. En Morón, después de quince días de sermones, en un día, que estaba actualmente lloviendo, entendí no habría auditorio; y cuando llegué, me admiré de ver la iglesia llena, viniendo la gente por los lodos, sin reparar en mojarse.

Una doncella de rara virtud y muy alta contemplación, á quien Dios hace especiales favores; por no haber oído en muchos días de misión, más que un sermón, deseaba con grandes ansias, oír otro que se predicaba en la plaza; y su gran recogimiento, y el estar á su cargo la casa de su padre viudo, con quien vive, no le permitían el salir á oírle. La casa estaba á distancia tal, que parece no lo podía naturalmente oír. Sintióse movida á pedir á Dios con mucho fervor trazase las cosas de suerte que le oyese, acercóse á una ventana que caía á la plaza; y desde allí, clara y distintamente, sin perder palabra, oyó todo el sermón; y asomándose otros días, que se predicó en el mismo puesto, no pudo percibir palabra. A quien conoce la pureza de vida de esta doncella, su rara mortificación y alta oración, se le hará esto muy creíble. Quiso Dios darle este consuelo, con tan singular providencia, por ser la materia del sermón cosa que ella mucho deseaba oír. Para poder levantarse á media noche á oración, se recuesta vestida en la cama, que compone de suerte, que su padre no lo echa de ver, y suele perseverar cuatro ó cinco horas en oración. Porque tenía grande inclinación á la fruta y ensalada, se ha condenado voluntariamente á no probarlas; y su sustento ordinario son unas migas de pan, con un poco de aceite y agua.

Tiene esta joven muchas hablas intelectuales, y todas encaminadas

al desprecio de sí misma, y á la mortificación y despegó de las criaturas; y le quedan tan grabadas en el alma, que no se puede olvidar de aquella doctrina; y el Señor le da una explicación clarísima de todo lo que por su interior pasa. Ve muy de ordinario delante de sí una luz, como rayo resplandeciente, la cual le habla, y conoce ser aquel el ángel de su guarda; porque todas sus hablas van encaminadas á pureza y mortificación de sentidos, conocimiento propio y amor de Dios. En una ocasión le dió un grande deseo de tocar un poco el arpa, por gustar mucho de la música; y haciendo reflexión sobre este deseo, dijo: *¿qué gloria de Dios se sigue de que yo tome ahora este recreo? Este es movimiento de la naturaleza, que se busca á sí misma; pues no le tengo de dar ese gusto.* Con esto hizo propósito firme de no tocar el arpa, ni oír música en mucho tiempo. Y Dios nuestro Señor se agradó tanto de esta mortificación, que aquella noche le dieron música los ángeles en su oración; y el Señor le dijo: *que aquello era un premio de haberse mortificado.* Su confesor le mandó viniese á darme cuenta de sus cosas; y habiéndola examinado despacio, me pareció que allí anda Dios, por convenir en ella todas las señales de buen espíritu que pone el Venerable P. Luis de la Puente, en la *Guía Espiritual*.

La moción exterior de lágrimas, suspiros, voces y gritos de arrepentimiento, bofetadas y otras demostraciones, ha sido cosa muy ordinaria en las misiones de Andalucía, por ser los naturales más blandos y tiernos de corazón. El desmayarse en los sermones las mujeres, dándoles mal de corazón, por la moción que experimentaban, era cosa tan ordinaria, que por frecuente no causaba reparo. Lo más singular es que causase algunas veces esa inmutación en los varones. Mozo hubo, de más de veinte años, á quien causó tanto horror un sermón del infierno, que del espanto le sobrevino una calentura, que le duró por veinticuatro horas; y otro que echó sangre por la boca de una congoja, dando por bien empleado este accidente, por el provecho espiritual del temor de la divina justicia, que experimentaron en sus almas.

Y no es menor indicio de la moción interior, la reformation en las mujeres, en los trajes tan indecentes de los escotados. Lo que en esto se consiguió de la blandura y docilidad de las sevillanas, se dice en la relación impresa. Yo sólo añado, que en la villa de Utrera, adonde era exorbitante esta profanación, se cubrieron con unos lienzos todas las señoras principales, tan indecente desnudez, luego que oyeron afean en un sermón este abuso. Esta moción no era superficial y sacada en fuerza de la elocuencia humana, que conmueve los afectos; sino profunda, en fuerza de los desengaños y razones vivas, que quedando estampa-

das en el entendimiento movían la voluntad, y así eran de dura. Una mañana madrugando mucho en Ronda para confesar, hallé á la puerta de Sta Cecilia, tres ó cuatro personas de rodillas, llorando y suspirando. Estaban desde antes de amanecer, esperando que se abriese la puerta, porque otras no les quitasen la ocasión de confesarse con el misionero; y esto era un día que estaba lloviendo, y que corría un aire bien frío, por ser en el mes de Enero, y ser Ronda lugar de sierra. Venían algunas veces tan heridos de Dios los penitentes, que era necesario pasar un rato para dejarles desahogar el corazón. Y era tanta la prisa á confesarse, que no pocas veces este invierno, nos sucedió estar confesando hasta las doce de la noche; y empezar el día siguiente á las dos y á las tres de la mañana, hasta las doce y la una del día; y reconocíamos muchas veces providencias muy singulares de Dios, para que algunos se confesasen.

En la villa de Huelva, que toda por la mayor parte se compone de gente de la mar, que vive de pescar, fué cosa muy reparada de todos, que luego que entramos se levantó un temporal que alteró de suerte la mar, que mientras duró la misión, no pudieron embarcarse para la pesca, y así decían: *Dios quiere que nos confesemos y oigamos los sermones; y mientras los Padres estuvieren aquí, no ha de asentar el tiempo, porque esto nos importa más.* Y así fué; y sin duda se valió Dios de este medio para el bien de muchas almas, que no se hubieran confesado si el tiempo fuera á propósito para pescar. En premio de la devoción con que acudieron á los sermones, les envió su Majestad, acabada la misión, un tiempo muy favorable, con que en pocos días rescataron todo lo que podían haber ganado durante la misión en su ordinaria pesca.

15. La estimación que el ministerio y por él los misioneros hemos debido á toda suerte de personas, no se puede en pocas palabras significar. El Sr. Arzobispo de Sevilla ha mostrado el gran concepto que hace del ministerio; con el celo infatigable de que todas sus ovejas gocen de este pasto; con la diligencia en escribir á los vicarios y cabildos seculares, encomendándoles asistiesen á los ejercicios de la misión; con la providencia paternal en mirar no nos faltase nada; con la asistencia personal á autorizar esta obra; con el amor más que de padre con que nos trataba; y por fin con el cuidado de hacer imprimir libritos de devoción para repartir.

El Ilmo. Sr. D. Fr. Alonso de Sto. Tomás, obispo de Málaga, mostró también la grande estimación que hace de este empleo; pues á una carta que le escribí desde Ronda, dándole razón de haberme

entrado en su territorio, sin haber pedido primero su licencia, por haber sido la entrada repentina é impensada, me respondió otra toda de su letra, en que honra al misionero y al ministerio, con estas palabras entre otras: *Con gran consuelo mío recibo la carta de V. P. y envié mucho á los feligreses de Ronda su presencia. V. P. para siempre y para cuando guste, de tránsito, y de asiento, en toda la jurisdicción de mi dignidad, use su santo ministerio con los compañeros que eligiere; que, si como se lo ruego, me fuera lícito el mandárselo, jamás saliera V. P. de ella.* Al salir de su jurisdicción, por enviarme más acomodado, me dió la mula de su persona, por ser de buen paso, para que me sirviese de ella en este viaje y en otros.

No pueden quedar sin especial mención las honras que el ministerio y misioneros debimos al Excmo. Sr. Duque de Medina Sidonia. Luego que su Excelencia supo que nos habíamos ido á apeaar al hospital, pareciéndole que allí no estaríamos con la comodidad que su Excelencia deseaba, envió un recado al P. Guardián de S. Francisco, para que nos hospedase en su convento; y su Paternidad muy Reverenda, y toda aquella santa comunidad, abrazó este orden con tanto gusto, que no es decible el agasajo, caridad y asistencia que debimos á aquellos religiosos Padres, los cuales nos ayudaron con grande aplicación á llevar el peso de las confesiones. Enviónos su Excelencia aquella noche una cena, digna de su grandeza, pero que no decía con la templanza y austeridad que deben profesar los misioneros; y reconociendo después, que no admitíamos aquellos regalos, mandó que se nos enviase todo lo necesario, con mucha abundancia, dentro de los límites de nuestros estilos.

El agasajo que nosotros más estimamos fué, la asistencia que tuvo con mi Sra. la Duquesa, á todos los ejercicios de la misión, sin faltar á función ninguna, desde el primer día hasta el último, y siendo el primero en todas. En dos doctrinas que allí hicimos, para comenzar y acabar la misión, llevó su Excelencia el estandarte, con durar todas las tardes la explicación de la doctrina y el sermón dos horas, á que asistía también mi Sra. la Duquesa con sus damas. Venía después á la noche el Sr. Duque, con todos sus criados, al convento de S. Francisco á oír el ejemplo, y al ejercicio de la disciplina como los demás. Con su celo y amparo fundamos allí una fervorosa congregación, en que entró su Excelencia, con todos sus criados, de escalera arriba; convocando para formarla á todos los prelados de las religiones, y encargando las pláticas á los religiosos más fervorosos. Con esta misión parece que quiso Dios nuestro Señor disponer á su Excelencia para un trabajo

grande que le envió cinco meses después, de quitarle á mi Sra. la Duquesa, hija de los Sres. Conde de Benavente, á quien estimaba y amaba grandemente, como lo merecían sus grandes prendas y virtud, cuyo premio quiso nuestro Señor darle anticipadamente, llevándosela para sí en tan temprana edad, *ne malitia mutaret intellectum ejus*.

Singulares fueron también los favores que debí á mi Sra. la Marquesa de Priego, señora de grande capacidad y virtud. Mandó su Excelencia al Sr. D. Francisco de Córdoba, su hijo, honrase el estandarte de las dos doctrinas que hicimos. Autorizó los sermones, asistiendo á muchos de ellos, honrólos con estimarlos y alabar la doctrina de ellos; y al partirme me envió una preciosa reliquia con su mayordomo, prenda para mí de mucha estimación, por sí y por venir de tal mano. Y aunque pudo muy bien entender que el Sr. Arzobispo de Sevilla me había dado todo el viático necesario, no quiso darse por entendida, para mostrar su liberalidad, en enviarme dos doblones de á ocho para el camino, diciendo lo hacía para que tuviese á qué apelar y qué esconder si acaso los ladrones me saliesen á robar en Sierra Morena; á que respondí que aquella limosna se emplearía en hacer alguna impresión de libritos de devoción, para repartir por amor de Dios en nombre de su Excelencia.

Las honras que debimos á la Sta. Iglesia de Sevilla y á sus capellanes, son dignas de eterno reconocimiento para la Compañía; y en la relación impresa de la conversión de los moros, se significan.

Es mucho lo que casi en todas partes hemos debido á las sagradas religiones, y muy principalmente á la de Sto. Domingo. En Ronda, predicando en la plazuela de Sta. Cecilia, vino á oirme el P. M. Ramirez, Prior de aquella casa y persona de grandes prendas, que en Sevilla fué muchos años examinador sinodal, y venía acompañado de los hombres más graves de su comunidad. En Utrera, en todos los sermones había muchos religiosos de Sto. Domingo, y en todas partes aplaudían los sermones y modo de predicar. En Montilla venían siempre las personas más autorizadas del convento de S. Agustín, y en Sevilla y otras partes hemos debido mucho á esta sagrada familia; como también á la de S. Francisco, á la de la Merced y del Carmen. Muestra es de esta estimación, el haber los regulares concedido licencia á sus monjas, para que nos llamasen á hacer pláticas en sus conventos; y siendo así que los PP. Carmelitas Descalzos celan tanto el que de otra religión no vayan á hacer pláticas á sus monjas, en Sanlucar, el Reverendísimo P. Francisco de S. Elías, Prior de aquel convento, y Provincial que había sido de Andalucía, no sólo dió licencia para que se platicase á sus monjas, sino que para honrarnos más, la fué á oír con otros re-

ligiosos. Y en Sevilla las madres Carmelitas, hicieron grande pretensión de que fuésemos á platicarlas, y los religiosos lo estimaron mucho.

16. El fruto más señalado de este año ha sido la conversión de los moros. Fuera de Sevilla sólo se convirtieron dos en Huelva; porque en las demás partes, ó no los había, ó eran pocos, y se les predicó más de paso. La conversión de los de Sevilla, el bautismo solemnisimo de treinta y ocho en un día, y el de otros seis que se bautizaron después, se refiere á la larga en la relación impresa que remití á V. P., la cual se volvió á imprimir con algunas adiciones (1), y juntamente con esta carta, la pondrá en manos de V. P. el P. Procurador de Castilla. Mucho es lo que en ella se dice; pero todo no iguala con la realidad, porque no puede la pluma escribir lo que vieron los ojos. No ha tenido nuestra santa fe en Sevilla mayor triunfo después que la ganó el Sto. Rey D. Fernando, ni la Compañía, cosa de igual gloria desde que allí se fundó; y después acá he sabido se van convirtiendo otros; y ya pasan de cincuenta los convertidos.

A lo que se dice en la relación, tengo que añadir tres ó cuatro cosas: la primera que nos dió Dios en Sevilla un principio, para la conversión de moros, semejante al que precedió en Málaga, adonde me alentó mucho á dar comienzo á este asunto de predicar á los infieles, la conversión de una mora enferma, que había estado siempre muy rebelde. Estando muy apretada de una enfermedad, me llamaron para probar ventura, habléla algunas veces, oyó con gusto la plática, pensó lo que se le había dicho, hizo oración muy de veras á Dios, suplicándole que si la ley de los cristianos era verdadera, la alumbrase para recibirla; y su Majestad la alumbró de suerte, que habiéndose bautizado con mucho fervor, recibido el Viático y la Extremaunción, con singular fe y devoción, y voló su alma al cielo, dándonos Dios con esta conversión feliz pronóstico y prendas de la grande cosecha que allí hubo con la conversión de cuarenta y seis ó cuarenta y siete. Esto mismo pasó en Sevilla con un moro enfermo de más de ochenta años. Había estado tan tenaz, que aunque varias veces los religiosos de Sto. Domingo, que viven enfrente de la casa de sus amos, le habían predicado, jamás quiso dar oídos á semejantes pláticas. Avisóme un piadoso caballero, fui á visitarle algunas veces, propúsele blandamente y con amor la materia, hablándole en dos ocasiones, cada vez una hora, y concluyendo con encargarle que pidiese á Alá grande, que si era verdad lo que yo le decía, le pusiese en el corazón deseo de ser cristiano.

(1) Esta relación de que aquí habla el P. Tirso, es la que ponemos en el capítulo siguiente de esta obra.

La razón fácil y muy conforme á su capacidad, con que concluí entrambos días, fué decirle: *Amigo Alí, ello es que no hay más que dos caminos entre que escoger, camino de moros ó camino de cristianos: pues los gentiles y los judíos ya tu sabes que van errados. Si la ley de los cristianos es falsa, todos los cristianos nos vamos al infierno; pues ley falsa no bajó del cielo, y ley que no bajó del cielo, no puede llevar al cielo. Si la ley de los moros es falsa, todos los moros os vais al infierno. Según esto mucho te importa acertar con la ley verdadera. Dios grande, á quien tu también adoras, desea llevarte al cielo; y si tu con fe y confianza le pides cuál de estas dos leyes es el camino verdadero, para ir allá, su Majestad lo hará sin duda. Piensa bien lo último que te dije. La Virgen María, S. Juan Bautista y los Apóstoles están en el cielo, como vosotros lo confesáis, y la Virgen y S. Juan Bautista fueron cristianos; luego fueron al cielo por la ley de los cristianos; luego la ley de los cristianos es buen camino para ir al cielo. Ley de moros no puede ser buen camino; porque la ley de moros es camino contrario al de los cristianos. Como si hay dos caminos, uno que va hacia el Mediodía, y otro que va hacia el Norte, si el camino que mira al Norte es bueno, para ir de Sevilla á Madrid, no es bueno para ir á Madrid el camino que mira á Mediodía. Piensa en esto y pide á Dios luz.* Con esto le dejaba pensando. Todos concebimos buenas esperanzas, porque mientras yo le hablaba estaba muy atento sin decir palabra.

Ayudó mucho para rendir el entendimiento de este moro, el ganarle la voluntad, acariciándole á título de enfermo, y necesitado, con algunos regalillos de dulces y bizcochos; porque en reconociendo estos bárbaros, amor y caridad, dan oídos á la razón; y haciendo esto, está lo más andado para que se conviertan. Con estos medios Dios le abrió los ojos, y se convirtió y recibió el bautismo, que yo le administré, con singular gozo suyo y consuelo mío; y con su conversión fervorosa fué pronóstico feliz y alegres primicias de la cosecha que Dios determinaba darnos.

Fué notable el modo con que ablandó Dios el corazón empedernido de un moro, en uno de los sermones. Estaba junto á él un caballero, que deseaba mucho su conversión, y á medio sermón le estimulaba para que se levantase á pedir el bautismo, y el bárbaro, con un ademán de desdén y de impaciencia, le dijo que no quería ser cristiano. Fué prosiguiendo el sermón, y al fin, estando muy sudado y fatigado el predicador con un ímpetu repentino de fervor, que el Señor le inspiró sin duda, para ablandar aquel pecho, limpiándose el sudor con la mano y mostrándole á los moros dijo, con mucha fuerza: *Bien claro os he hablado, las razones que os he propuesto, son más claras que la luz; este*

sudor ha de ser vuestro fiscal, y os ha de condenar en el tribunal de Dios, si no os rendís. Al oír estas razones se le demudó al moro el semblante y le dió tan grande vuelco el corazón, que sin poder contenerse, prorrumpió, diciendo: *Padre, yo querer ser cristiano; y ha sido uno de los más fervorosos.*

Tuvimos noticia que en un barrio de los más desusados de la Casa Profesa, cercano á la puerta Macarena, había una mora, muchacha de veinte años, de quien podía haber esperanzas se convertiría, por haberse convertido un cuñado suyo. Fuí allá, llevando conmigo este catecúmeno; y fué un día que, en saliendo de casa, nos llovió de suerte, que aunque nos entramos dos ó tres veces en algunos zaguanes á guarecernos de la lluvia, llegamos allá muy mojados. Habléla más de hora y media, y aunque algunas veces se enternecía, no fué posible sacarla una palabra; díjela, que nosotros no teníamos más interés temporal de su conversión, que venir calados de agua y cansados. Ibamos ya á despedirnos, cuando salta su señora, y hecha predicadora, empezó á hablarla con tales razones, fervor y afecto, á que daban eficacia las lágrimas, que asomaban á sus ojos, de compasión de tal ceguera, que no pudiendo resistirse más la mora, dijo: *que quería ser cristiana.* Al oír esta palabra su señora y la gente de la casa, levantaron el grito con la fuerza del gozo; y empezaron á derramar tantas lágrimas de alegría, como se suele hacer en los casos repentinos de la muerte de persona muy querida, con la fuerza de la tristeza y sentimiento. No sabía su señora desprenderla, estrechándola consigo, y regando con tiernas lágrimas de gozo la cabeza y cuello de la convertida; y una hija de esta señora, que estaba enferma, fué tanto lo que lloró de gozo al abrazarla, que nos estremeció. Era la esclava muy ladina, y á pocos días, estuvo tan capaz en la doctrina, que pudo bautizarse con los demás; y fué una de las que se casaron el mismo día del bautismo. Esta conversión, después de Dios, se debe al efecto y lágrimas de aquella piadosa matrona.

Cuatro meses antes de la conversión de los moros, á una persona de muy calificada virtud, estando en oración, se le presentaron unas aves que andaban descarriadas, y con los silbos de unos cazadores se habían juntado á beber en la taza de una fuente, de la cual salieron blancas y muy hermosas. Fuéle dicho que aquella fuente, era el santo bautismo, y aquellas aves, los moros, y los cazadores, eran los predicadores que los habían de convertir. Dijéronle claramente, que había de haber aquel año una gran conversión de moros en España; mas no le dijeron adonde ni quién los había de convertir. Esta visión dió escrita á

su confesor, que es un religioso grave de S. Agustín, cuatro meses antes del suceso.

17. Concluyo con significar á V. P. que en muchas partes he encontrado personas extraordinariamente afectas al V. P. Luis de la Puente; que por su medio han recibido de Dios singulares mercedes, y que leen sus libros como oráculos de celestial sabiduría. Un prebendado, de los más graves de estos reinos, lee con tanto consuelo y admiración el libro de la *Guía Espiritual*, que pocas veces le toma en la mano, sin que se sienta movido á besar con veneración una imagen que tiene de este siervo de Dios. Una mujer muy espiritual y visitada de Dios con singulares favores, leyendo el mismo libro, quedó tan consolada de ver explicado con tanta claridad lo que pasaba por su alma, que no acertaba á soltarle de la mano, diciendo: *que jamás había leído libro que tanta luz la diese*; y ha quedado con tan tierno afecto á su autor, que si como es pobre, fuera rica, consagrara todo su caudal para ayudar á su beatificación. Otra señora, que está en muy alto grado de perfección, debe los progresos de su virtud á este V. Padre, cuyos libros son su norte, especialmente la *Guía Espiritual*, en que lee cada día, poniendo en práctica la altísima perfección que allí enseña, y pide con muchas veras al Señor declare en su Iglesia la santidad de este su siervo, para que su doctrina lleve más copiosos frutos. En todas partes es admirado por sus escritos y venerado por sus heróicas virtudes; y ha crecido la devoción y estima, con el libro de sus *Sentimientos y Avisos Espirituales*, que se imprimió, enmendándose en algunos puntos (1).

(1) La publicación de este precioso librito se debe exclusivamente al P. Tirso que es el autor del Prólogo, con que aquella primera vez y todas las sucesivas, salió á luz.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

Misión de Sevilla en la cuaresma de 1672, y famosa conversión y bautizo de moros

SUMARIO: 1. Razón de ser de esta misión extraordinaria.—2. Fruto de la misma.—3. Misión á los moros.—4. Comienzan las conversiones.—5. Algunos casos extraordinarios.—6. Preparativos para el bautismo.—7. Cereemonias y procesiones solemnisimas.—8. Salida de los catecúmenos para la Catedral.—9. Efectúanse el bautismo y confirmación con el más grandioso aparato.

FUENTES HISTÓRICAS: 1. Relación de los maravillosos efectos que en la ciudad de Sevilla ha obrado una misión de los Padres de la Compañía de Jesús, este año de 1672, especialmente en la conversión de cuarenta y cuatro turcos y moros, de que bautizó treinta y ocho el Ilmo. Sr. Arzobispo D. Ambrosio Ignacio de Espinola y Guzmán. Segunda impresión, añadida por el autor de ella. Sevilla 1672 folleto de 12 páginas en folio.—2. *Manuductio ad Conversionem Mahumetanorum*, del P. Tirso.—3. Vida del V. P. Diego Luis de Sanvitores.—4. Compendio histórico de la fundación del orden de regulares Jesuitas en Sevilla; cuaderno en 4.º de 92 páginas, impreso en Sevilla, año de 1817.

1. Si victorias políticas y heróicas acciones se dan justamente á la imprenta para la publicidad y memoria, ó por el crédito de sus acciones, ó por la gloria de la monarquía; no es bien que religiosos triunfos de la infidelidad y de las culpas, queden sepultados en el lugar ó en el olvido, cuando cualquier tiempo es corto para celebrar sucesos que, por grandes y sagrados, han de poblar el cielo y medir la eternidad (1). Por esto, aunque Sevilla y su comarca son teatro en que quedan bastante pùblicas y acreditadas cualesquiera acciones grandes: han sido de tanta edificación y de tanta gloria de Dios las que en esta se han representado, este año de 72, que si no para el crédito de sus autores (para esto las callara la humildad, ó las huyera el riesgo de caer en la lisonja), para la común edificación de nuestra España; y para que con esta fe sea Dios más honrado en toda ella, ha parecido necesario

(1) El autor de esta relación es el P. Juan de Losada, según escribió el P. Uriarte, en su obra *Catálogo Razonado de Obras Anónimas*, núm. 1865.

publicar con los caracteres de la imprenta, el celo del Ilmo. Sr. Arzobispo de Sevilla, los bien logrados trabajos de los hijos de la Compañía en el glorioso empleo de las misiones, la piedad y fervor con que sevillanos eclesiásticos y seglares han logrado aquel celo y estos trabajos, y ultimamente la dicha con que muchos infieles han abrazado nuestra santa fe, por el celo del Sr. Arzobispo, por la predicación de los Padres Misioneros, y por el religioso fervor y natural piedad de los sevillanos.

La sincera concisión de esta relación y el ocultar en ella los nombres de los que han obrado las acciones particulares, que se refieren, deben de ser crédito de que sólo falta de verdad á la relación, lo que, siendo verdad, lo oculta el cuidado de huir de alabar á los hombres, y de que sólo se pretende con la común edificación la mayor alabanza y mayor gloria de Dios. Discurriendo en el santo empleo de las misiones, para la común utilidad de toda España, por todas sus provincias, los PP. Tirso Gonzalez, Juan Gabriel Guillén, Juan Losada y Francisco de Gamboa, de la Compañía de Jesús, los juntó, primero en su arzobispado, y esta cuaresma en la ciudad de Sevilla, el santo celo de la salvación de almas de sus ovejas y las cuidadosas diligencias del Ilustrísimo Sr. D. Ambrosio Ignacio Espínola y Guzmán, dignísimo Arzobispo de esta patriarcal y metropolitana iglesia. Luego que dichos Padres entraron en Sevilla, se alegraron tanto sus ciudadanos, que en la memoria y estimación tenían los maravillosos efectos que tres años antes habían experimentado del celo y predicación de los PP. Tirso Gonzalez y Juan Gabriel Guillén, que en esta ciudad habían hecho utilísimo empleo de su santo ministerio; y más se reconoció de las costumbres de los nobles y plebeyos, en quienes los frutos de la misión antecedente se conservaban y crecieron en admirables ejercicios de piedad, de uso y frecuencia de sacramentos y penitencias.

2. Empezáronse las misiones, miércoles de Ceniza, en el púlpito de la Santa Iglesia, y continuáronse autorizadas con el ejemplo y asistencia del Sr. Arzobispo y del Ilmo. Cabildo; que no faltaba en esos días algún señor prebendado. Fueron siempre tan grandes los concursos de la nobleza y pueblo; que con ser tan capaces algunos templos de Sevilla, era ordinario ser mayores los auditorios, continuándose hasta la calle. De día predicaban los PP. Misioneros á hombres y mujeres, con tan extraordinaria moción de los oyentes, que no contentándose con derramar lágrimas y decir á voces y suspiros su dolor de haber ofendido á nuestro Señor, pasaban á la demostración de darse repetidas bofetadas, hasta que el predicador, dejando de predicar, les obliga-

ba á que dejasen de maltratarse. Por la noche obligaban los ciudadanos á los PP. Misioneros, á que se dividiesen por varios templos de la ciudad, para exhortarlos al santo ejercicio de la disciplina, en que eran muy numerosos los concursos de los hombres, y tan rigurosos los fervores, que con azotes y bofetadas se castigaban; que haciendo temer á los prudentes pecadores alguna desgracia en la indiscreción, les obligaba con voces á los fervorosos penitentes á que dejasen de castigarse; aunque algunas veces, ni las voces, ni los mandatos eran bastantes para reprimir, ni las lágrimas, ni los azotes, ni las bofetadas.

A estos ejercicios asistían casi todos los nobles, hasta los de pocos años, y con tan fervoroso y anciano desengaño, que no reparaban en que los viesen y conociesen todos, venciendo allí al mundo que hace más dificultoso en semejantes personas atropellar los reparos en que los miren, no sólo devotos, sino también cristianos. En cualquiera ciudad es de gran reparo y estimación, que haya algunos caballeros de pocos años y de mucho juicio y temor de Dios. En Sevilla, con ser tan grande, ninguno ha habido que no merezca este reparo y estimación, ninguno que no haya asistido á los sermones de día, y á las penitencias de noche.

Toda esta cuaresma, las calles parecían desiertas, y sólo los templos, en que se predicaba, daban á entender cuán numerosa es Sevilla. Sus ciudadanos han estado tan entregados á los ejercicios de oraciones y penitencias, así públicas como secretas, que se conocía bien que toda la ciudad tenía estos empleos; pues ningún ciudadano hallaba embarazo alguno para ellos, y cualquiera tenía muchos ejemplos para ejercitar las ansias de su fervor. Este se conoció singularmente en las muchas y extraordinarias penitencias que se hicieron la semana santa, y en la común devoción con que se celebraron las exequias de nuestro Redentor Jesucristo. Notóse ésta, con más reparo, la noche de Jueves Santo, que se celebró sin que los inmensos concursos ocasionasen desórdenes en las calles, ni embarazasen el silencio y devoción de los templos. Con esto las muchas rondas, así eclesiásticas como seglares, que anduvieron vigilantes toda la noche, no teniendo desorden alguno en que reparar ni corregir, pasaron á admirar y publicar la novedad.

Las confesiones y comuniones han sido tantas esta cuaresma, que en una semana, en que para mover los corazones á la eficacia de los desengaños de la misión, que se hacía en la Casa Profesa de la Compañía, se añadieron los que trae consigo la explicación de la doctrina cristiana, se pudo notar que el día último de la misión le faltaban [*se gastaron*] *sesenta mil formas*. En la misma semana se explicaba la doctri-

na cristiana al mismo tiempo, no sólo en los muchos templos que tiene la Compañía en Sevilla, sino también en las principales parroquias de la ciudad; y eran tan inmensos los concursos, que era necesario predicar, en el mismo templo y en la misma tarde, muchas veces para que los oyentes, que no teniendo lugar en el templo, aguardaban en la calle la palabra de Dios, no se volvieran á su casa sin ella. Esto sucedía en diez ó doce templos, donde se predicaba al mismo tiempo, y en cada uno varias veces, y cada sermón con distinto auditorio.

El domingo de Pasión, se formó una tan numerosa doctrina, que estando no sólo llenas, sino también con grande ahogo las calles, antes de acabar de salir un estandarte, que la cerraba, de la Casa Profesa, estaba otro que daba principio al concurso, en la Iglesia Catedral. La semana siguiente se consumieron en Triana más de veinte mil formas; y á este paso, semejantes números en otros días y templos de la ciudad, asistiendo el Sr. Arzobispo, muchas veces, á dar las comuniones con tan constante fervor, que, antes que interrumpiese el trabajo, se conoció alguna vez el cansancio por el sudor, que salió hasta manifestarse en el roquete.

Hanse perdonado muchos agravios, pidiendo los que los habían hecho el perdón, con grandes y públicas demostraciones de dolor y de sentimiento, y concediéndole los ofendidos con generosidad tan cristiana que sólo sentían no haber sido los primeros en procurar la paz y unión de los corazones. Pasaron muchas torpes comunicaciones, á ser castos matrimonios. Hanse hecho muchas restituciones y de grandes cantidades. Hanse fundado algunas congregaciones en las parroquias de la ciudad, para que la frecuencia de los sacramentos y el uso de la lección espiritual, de la oración y penitencia, en que esas congregaciones se ejercitan, conserve el fruto de las misiones.

En lo que han sido de más edificación, por más dificultosas las reformationes, fué en los trajes de las mujeres, en que el más celoso predicador ha sido el ejemplo de las señoras de la primera nobleza; con que en las demás mujeres, el jubón sirve tanto para el aliño como para la modestia. La semana santa eran tan uniformemente los vestidos negros, que se reconocía que los había elegido la atención cristiana de celebrar las exequias de Jesucristo muerto por nuestro amor, y no el cuidado de la gala. Descuidáronse en esto dos mujeres, y entraron en la iglesia Catedral con vestido de color; y las demostraciones de disonancia de las demás, las obligaron á salirse de la iglesia.

Esto ha conseguido, la suavidad de los predicadores en persuadirlo, y la modestia, devoción y piedad de las señoras principales, autorizan-

do la doctrina con su ejemplo. ¡Quiera Dios que pãse la imitaci3n á ser de toda nuestra naci3n, que es la que mäs ha estimado siempre el recato de las mujeres y su modestia en los trajes! La concisa relaci3n que pretendo hacer, me obliga á dejar muchas de las cosas pãblicas, y mäs de las ocultas para los libros, en que Dios las conserva, para premiarlas en la eternidad.

3. En estos ejercicios, gastaron la cuaresma todos los sevillanos y los religiosos misioneros. Cuando estos, al fin de ella, se hallaron tan consolados y alentados con el copioso fruto de su celo, determinaron pasar, de la conversi3n de los pecadores cat3licos, á la de los infieles, especialmente de los turcos y moros que hay esta ciudad. La mayor dificultad que esto tiene es, convocar y juntar á este g3nero de oyentes, á oir sermones contra sus sectas. Empez3 á vencer esta dificultad el celo 3 industria del Sr. Arzobispo, mandando publicar en las parroquias el deseo de los PP. Misioneros; para que todos los amos trajesen á sus esclavos á sus sermones, y pidiendo á los seõores jueces seculares, que convocasen á los mahometanos libres. Ejecutaban este consejo, cuando Dios inspir3 otro que prometía con la suavidad mejores efectos; que fu3 pedir á la Sta. Hermandad de la Caridad de esta ciudad, tomase por su cuenta el ejercitarla, convocando todos los sectarios de Mahoma en la Casa Profesa de la Compañía de Jes3s, para que oyesen lo que ignoraban, no s3lo de nuestra verdadera religi3n, sino tambi3n de la suya falsa, porque uno y otro conocimiento los alumbrase en su conversi3n.

Esta Sta. Hermandad se compone de la nobleza de Sevilla y de la primera de Espaõa; pero como la nobleza sirve á Cristo nuestro Seõor en ella, por lo que estima la virtud, atendiendo á s3lo esta, abraza por hermanos, calificados por aptos para su instituto, á solos y á todos los virtuosos. Ejercitase en las obras de misericordia, especialmente en las corporales; y para esto todos los hermanos, con tanto trabajo como edificaci3n, por sus mismas personas piden limosna, hospedan, sirven, curan, visten y sustentan á los miserables vivos, y amortajan y entierran á los difuntos, aun á aquellos á quienes sus delitos ponen en la horca. Finalmente esta Sta. Hermandad se ejercita en el remedio de los pobres con tanta edificaci3n de la ciudad, y admiraci3n de cuantos ven sus ejercicios, que pudieron los PP. Misioneros fiarla el mäs alto y dificultoso empleo de la caridad en la conversi3n de los infieles; y Dios y los efectos han acreditado la confianza.

Porque la convocaci3n de los mahometanos se hiciese con mäs suavidad, pareci3 mäs conveniente que no la hiciese la justicia, sino la

caridad; y su Sta. Hermandad abrazó con tanto gusto y estimación este consejo, que á la primera insinuación, por un papel, del deseo de los PP. Misioneros, nombró *setenta* caballeros, que, divididos por la ciudad, sacasen á los mahometanos de las casas de sus amos, y á los que eran libres, de sus asquerosas y miserables habitaciones. Ejecutóse esto con tanta caridad y humildad, que alguna vez los caballeros trajeron á los esclavos en sus coches, y en ellos en mejor lugar; y con tanta suavidad, que los mahometanos venían gustosos porque, para que tuviesen la luz espiritual sin daño temporal, la Sta. Hermandad les pagaba los jornales que habían de ganar con el trabajo de cada día, sólo por que asistiesen á los sermones.

Luego que se supo en Sevilla que los PP. Misioneros habían de predicar para convertir á los moros, fué tan grande en todos el deseo del buen suceso de los sermones, que se conoció la natural piedad y religioso fervor de los sevillanos. Porque, conociendo de sobra, que sólo Dios puede vencer los obstinados corazones de los infieles, y hacerlos hijos de Abrahán y discípulos de Jesucristo en la fe; para conseguir de Dios tan dificultosa transformación, ofrecieron tantas comuniones, misas, penitencias y mortificaciones públicas que siendo más las ocultas, no caben las públicas en muy dilatada relación.

Una persona principal ofreció *cincuenta* misas, por cada uno que se convirtiese; otra servir un viernes en un hospital descalzo de pie y pierna; otra ponerse por cada conversión un día cilicio, y besar la llaga más asquerosa que encontrase en el hospital. Otra persona ofreció á nuestro Señor, con voto, abstinencia perpetua de carne, si se convirtiese un obstinado mahometano; y convirtiéndose en esta ocasión, cumple su voto con grande consuelo y fervor. De este género le ofrecieron á nuestro Señor, muchas demostraciones de religioso fervor. Con estas prevenciones cobraron tanto aliento los PP. Misioneros, que antes de predicar se aseguraron del fruto; y aunque ha sido menor que sus deseos, ha sido mayor que lo que nadie esperaba. Porque sobre ser tan dificultoso convertir á estos infieles, haciendo con razones á los que viven sin razón, que pasen de la relajada secta de Mahoma á la estrecha de Jesucristo, son pocos los mahometanos que hay en esta ciudad, por ser casi todos esclavos negros y ya cristianos.

No es razón callar la piedad con que un niño de diez años, hijo de padres moros, procuró la conversión de sus padres. Tiene este niño admirable aplicación á los ejercicios de devoción y muy puntual noticia de la doctrina cristiana; de la primera se ha valido desde que le amaneció la razón, para procurar con Dios el desengaño de sus padres; y

de la segunda para predicarles, y esto con tanta eficacia, que añadiendo á las razones el respeto, delante de muchas personas se arrojó á los pies de sus obstinados padres y se los besó. Este niño se dedicó los días que se predicaba á los mahometanos, á traer agua á algunas personas que se la pedían en los concursos; y juntando hasta ocho reales, los dió á un sacerdote para que ofreciese á nuestro Señor cuatro misas por la conversión de sus padres. Ha causado esta religiosa piedad tan tierna estimación de este niño en la ciudad, que todos le miran con respeto y admiración; al considerarle como rosa, que engendrada entre espinas de tan obstinada infidelidad, apenas amanece á la razón, cuando esparce fragancia de devoción, de piedad y de religión.

El común deseo que todos tenían de asistir á estos sermones, ocasionó dificultad en la elección de tiempo para predicar, porque ninguno fuera bastante para los concursos. Y así se tomó el consejo de dividir los auditorios; predicando al mismo tiempo, á los moros en el espacioso patio, y á las moras en el suntuoso templo de la Casa Profesa de la Compañía de Jesús. Los concurrentes fueron tan numerosos, que ni el templo fué bastante para las mujeres, ni el patio, sus corredores, galerías, ventanas y tejados, para los hombres; porque la religiosa piedad de muchas personas se prevenía, cogiendo lugar desde por la mañana, con que otras muchas no le hallaban á la tarde.

4. Empezáronse los sermones á diez y ocho de Abril, segundo día de pascua de Resurrección; y en ellos asistían en sitio particular y arriado al púlpito, los nobles de la Sta. Hermandad de la Caridad, teniendo cada uno sentado á su lado á uno de los mahometanos; para que este ejemplo de caridad humilde, los moviese á estimar la religión cristiana; y para que la división los tuviese quietos, oyendo impugnar la falsa secta de Mahoma.

Llovió algunas veces al tiempo que se predicaba en el patio; pero ni el agua, ni la instancia del predicador conseguían que se retirasen los oyentes. Esto consiguió el ejemplo de los nobles, de los cuales uno dijo que no era razón retirarse por el agua que sufrían, haciendo la causa del Rey del cielo, cuando en una campaña la sufrieran por el de la tierra. Y añadió otro, que era justo padecer entonces por Dios, y la salvación de sus hermanos, los que muchas veces habían padecido por el entretenimiento de la caza.

Sucedió alguna vez ser necesario mudar los bancos espacio considerable; y teniendo tan á mano esclavos propios, que los mudasen, no les permitían este trabajo, sino que lo tomaban ellos y los bancos á cuestras, para mudarlos. Más admirable teatro hacían en el templo las

señoras, mezcladas con las mahometanas, á quienes alentaban, regalaban, abrazaban, y lo que es más, de quienes sufrían no pocos atrevimientos, que les pagaban, no sólo con sufrirlas á ellas y su asqueroso traje y mal olor, sino también con acercarse más á ellas y abrazarlas con más caridad. Señora hubo, y de la primera grandeza de España, que oía entre las moras el sermón de rodillas, para conseguir de Dios, con tan penosa y edificativa mortificación, su conversión.

Asistió el Sr. Arzobispo todos los días á los sermones movido de su celo, y, como su Ilustrísima decía, movido y obligado del ejemplo de tantos nobles seglares, que con tan religiosas demostraciones honraban la religión cristiana; y con tanto celo procuraban la conversión de los infieles. En acabándose el sermón, aguardaba á los convertidos, y con ternura de padre los recibía en sus brazos, y procuraba que se los llevasen á su palacio para agasajarlos y regalarlos. Siendo estas acciones de tierna admiración á todos los que las vimos, fueron de más estimación de Dios; y así las compensó desde luego con lo que más deseaban los que las hacían.

Convirtiéronse en los dos primeros sermones *cuatro moras y tres moros*; y predicándose hasta *catorce* en apoyo de la religión cristiana contra los errores del falso profeta Mahoma (que haciendo leyes de las liviandades del apetito, arrastra tantos sectarios), llegaron los convertidos hasta *cuarenta y tres*. De éstos, muchos se convirtieron al tiempo de predicar los sermones, otros después, y todos tan fervorosamente, que en pocos días pasaron de enemigos á predicadores de nuestra fe; logrando tan dichosamente la luz que habían recibido, que con ella sacaron á otros mahometanos de las tinieblas de su ceguedad.

Un moro, fué á su casita convertido, y siendo su hacienda *trescientos reales* y un jumentillo, se lo dejó todo á su mujer mora, pidiéndola que no perdiese esta ocasión de convertirse; y viéndola obstinada en su ceguedad, la dejó, añadiendo al despedirse de ella, que no quería tener más bien, que ser cristiano, porque con esto Dios cuidaría de su alma, y su padrino de bautismo, de su sustento. Otro dejó con la misma resolución á su mujer, obstinada en los errores de Mahoma, y Dios los consoló á entrambos, con la conversión que sucedió poco después de las dos mujeres. Otro turco esclavo, se sintió tan fervoroso, que hallándose con caudal para su rescate, lo ofreció á otro moro, que se convirtió á su instancia y por su ejemplo. Con esto no es de tanta admiración, aunque sí de grande edificación, que un ciudadano, y no de mucho caudal, se alegrase tanto de saber que un esclavo suyo se había convertido en un sermón, que luego le ofreció la libertad.

Uno de los días que se predicaba, recibió una mora carta de Argel, y noticia de su rescate, en cange de un ciudadano de Sevilla cautivo en el mismo Argel; pero estimando más ser libre de la esclavitud del demonio, dijo que quería quedarse en la cristiandad esclava, anteponiendo el ser cristiana á su rescate, patria y libertad. Esta han conseguido algunos de los nuevos cristianos convirtiéndose; porque algunos de los padrinos, movidos de religiosa piedad, y edificados del fervor con que los nuevos convertidos han abrazado nuestra ley santa, les han comprado la libelartad, dando á los amos el precio de su rescate. En tanto que el predicador impugnaba la secta de Mahoma, estaban los oyentes cristianos manifestando las fervorosas ansias de su celo con continuas lágrimas, y muchas veces con voces, que por grandes y por eficaces llegaban hasta el cielo. Y pidiendo algún moro ó mora el bautismo, era forzoso interrumpir el sermón; porque pasaban las lágrimas y voces á ser de tanta alegría, que después de abrazar todos los caballeros al convertido, le cogían y le llevaban en los brazos hasta subirlo al púlpito; y con la misma ternura y alegría celebraban las señoras á las moras convertidas.

No paraba la caridad de los sevillanos nobles en procurar con tantas demostraciones la conversión de los infieles; sino que pasaban á ejecutarla, llevándose á sus casas, y regalando en ellas á los convertidos todo el tiempo que duró el catequizarlos, trayéndoles por la mañana y tarde á la Casa Profesa de la Compañía, donde los acompañaban hasta volverlos á su casa catequizados. Con esto crecía en los catecúmenos la estimación de nuestra fe, el consuelo de haberla abrazado y la admiración de la caridad cristiana; y mirando todas estas cosas, los obstinados en sus errores, se iban convirtiendo, y aumentando el consuelo y alegría de toda la ciudad.

5. Entre los demás había un moro, á quien los de su secta respetaban por más entendido en ella, y por cierta superioridad que le habían dado para asistir á las juntas y celebrar sus matrimonios. Este, embarazando el desengaño de los otros, estuvo tan obstinado, que de noche los juntaba, después de los sermones; y disponiéndoles convites de cabras (plato supersticiosamente regalado entre los de esta secta), les persuadía á que no se rindiesen á los sermones de los *papases* cristianos. Atrevióse este moro á visitar á los PP. Misioneros, y estos desearon vencerle en disputa particular; pero hallándose tan ignorante de su falsa ley, como de la verdad de la nuestra, y no convencido de su ignorancia, le dejó pasar su obstinada ceguera, á convencerle de las luces de la razón que acreditan nuestra santa ley. Pareció necesario

apartarle de los demás, porque no les impidiese el desengaño de su mal ejemplo; y aun, porque nuestra desconfianza no desagradase á Dios, desesperando de la conversión de este corazón de piedra, ó lo que es peor de carne, se tomó la resolución de entregarle al administrador del hospital del Amor de Dios, con que de día salía á oír los sermones, y de noche no podía comunicarse con los de su secta. Allí dispuso Dios su conversión y la de otros moros, combinando con alto consejo estas y otras disposiciones, que fueron acaso de los hombres,

Porque entre los demás ejemplos que el Sr. Arzobispo da para edificar ó admirar á esta ciudad, uno es visitar, consolar y servir á los pobres y enfermos de algunos de los hospitales. A este tiempo, sin saber que el moro estuviese en este hospital, fué á él su Ilustrísima, y viéndole el obstinado mahometano servir con apacible humildad y caridad á los pobres y enfermos, concibió tan grande estimación de nuestra verdadera religión, que al principio prorrumpió en voces de admiración, y á la noche siguiente, en ansias y voces con que decía, que hiriéndole Dios en el corazón, le obligaba á que se volviese cristiano. Fué esta conversión de grande consuelo en toda la ciudad, y crecía el consuelo, siguiéndose á esta la conversión de otros moros de igual estimación entre los de su secta, y siendo los predicadores de la fe de Jesucristo, con fruto de imitación y de desengaño de otros.

Nadie ha dudado de que Dios ha puesto la mano con especiales misericordias en estas conversiones, y, si merecen crédito los mismos convertidos, no han faltado milagrosas demostraciones de la divina piedad. Lo cierto es, que este modo de predicar y convertir mahometanos, es nuevo en esta tierra, y suele Dios usar de extraordinarias providencias para alentar los principios de la predicación de la fe.

Uno de los PP. Misioneros (1) fué á visitar á un moro de ochenta y un años, que por estar enfermo no podía asistir á los sermones; pero hallóle tan obstinado que con grande desconsuelo le dejó en su ceguera, con mal logro de las diligencias de su celo y razones para convencerle. Después, cuando menos se esperaba, avisaron al P. Misionero, que volviese á ver al enfermo, porque quería ser cristiano; hízolo así, y preguntando al enfermo la causa de tan repentina resolución, respondió que había soñado que estaba en un ameno jardín, y vió á unos religiosos coger regaladas y hermosas frutas; y que, pidiéndoles algunas de ellas, se las negaron, diciéndole que aquellas frutas no eran para los moros, sino para los cristianos. Juntóse al sueño, como refirió el enfermo, otra

(1) El P. Tirso. Véase *Manuductio*, y Apéndice núm. 11.

maravilla que le fué de más desengaño, por haberla experimentado despierto; y fué, ver cerca de su camilla una imagen grande de Cristo Señor nuestro crucificado; y que arrojándose á adorarlo, poniendo los labios en los pies, se retiró, y luego desapareció. Con esto, concluyó el enfermo, lleno de temor pedí el bautismo, para ser discípulo de aquel Señor crucificado por todos, y otra vez en aquella imagen para mi conversión. Fué bautizado; y apretándole la enfermedad, recibió el Santísimo Sacramento de la Eucaristía con grande ternura suya y de todos los que se hallaron presentes, y con asistencia piadosa de muchos nobles de la ciudad, que á porfía quitaban á los monaguillos y otros sirvientes de la iglesia las funciones que les tocaban, para servir en esta ocasión á Dios nuestro Señor y admirar la infinita misericordia con que iba á darse en el Santísimo Sacramento, en prendas de darse luego entre resplandores de bienaventuranza, á un corazón que había vivido obstinadamente sectario del falso profeta Mahoma más de *ochenta* años. Este caso ha sido muy público y celebrado en Sevilla; y acredita su verdad, el consuelo y fervor con que el nuevo cristiano ha estado, y le ha contado, hasta pasar á cantar tan grandes misericordias de Dios en la eternidad.

No pudiendo los PP. Misioneros asistir siempre al fervoroso cristiano nuevo en la enfermedad, le visitaban frecuentemente para alentarle y para consolarle, viéndole con una imagen de Cristo Señor nuestro crucificado en la mano, llorar con tierno dolor la obstinación de su vida en la infidelidad y en las culpas, y estimar con voces agradecidas la paciencia con que Dios le había aguardado, y el amor y misericordia con que, tan cercano á su muerte, le había dado luz para conocerle, y conocer y abrazar su verdadera ley. Iba mucha gente á visitarle, y á todos obligaba con su fervor á derramar lágrimas de consuelo. Sólo no podía sufrir que le llevasen algún moro, aunque con título de que con su ejemplo se convirtiese; y así pedía, que los echasen del aposento en que estaba él enfermo, y entre tanto tenía cerrados los ojos.

Así gastó diez y ocho días que tuvo de cristiano, asistido de los hijos de Sto. Domingo del convento de S. Pablo, algunos días y noches antes de su muerte; y estos caritativos religiosos, y cuantos le visitaban, le veneraban como á un hombre singularmente favorecido de Dios, con la luz para su conversión, con la gracia que recibió en el bautismo, y con las fervorosas demostraciones de agradecimiento, de dolor, de amor, de conformidad y lágrimas con que se disponía para la muerte, y dió su alma en manos del que tan singularmente fué su Redentor.

Quedó el cadáver con admirable apacibilidad en el rostro, y tan tratables y flexibles los brazos; manos y dedos de las manos y los pies, que creciendo en todos la devoción, hasta las mujeres le miraban y tocaban, no sólo sin horror, pero con grande consuelo y estimación, que imitando á otras personas doctas y religiosas le besaban los pies y le tocaban los rosarios. Compitieron, para celebrarle las exequias, sus amos, la cofradía del Stmo. Sacramento de la parroquia de la Magdalena, el Sr. D. Antonio Valcazar, su padrino en el bautismo; y venció éste en la competencia. Púsose el cadáver en una caja, forrada interiormente de tafetán blanco, y exteriormente de tela carmesí; y poniéndole en la cabeza una corona primorosamente tejida, le cubrieron todo de flores, para que llevándole á enterrar, descubierta la caja, todos le pudiesen ver para el consuelo y devoción. Llevaron el cuerpo dos religiosos de Sto. Domingo, y el Padre Prepósito de la Casa Profesa de la Compañía, acompañado de uno de los Padres Misioneros, y dos caballeros hermanos de la Sta. Caridad, acompañando gran parte de la nobleza de Sevilla, y llevando hachas en el entierro los nuevamente bautizados, con las galas con que recibieron el bautismo.

Hízose el entierro, el domingo quince de Mayo, en que el religiosísimo convento de S. Pablo celebraba con tan religioso y majestuoso aparato la canonización de S. Luis Beltrán y de Sta. Rosa Peruana, y concurría toda la ciudad al convento, movida de la piedad y de la admiración. Con ésto, acaso hizo Dios más célebre el entierro, porque le acompañó la nobleza y numeroso pueblo, asistiendo á las exequias que se cantaron con primera música, entre tanto que los religiosos, los nobles y los plebeyos, considerando el alma en el cielo, repetían las demostraciones de veneración del cadáver en la tierra. Esta se le dió en el entierro de los caballeros Valcazares, con que añadiendo ésta á las demás acciones de su piedad, acreditan en su noble entierro su religión, y lo que es más la de Jesucristo, que con estas demostraciones va triunfando de suerte de la secta de Mahoma, que ya son cuarenta y siete los mahometanos convertidos. A otro moro, que no se había rendido á Jesucristo en los sermones, estando en su más ciega obstinación, le pidió una persona principal que hincadas las rodillas en la tierra, se encomendase á Ntra. Sra. del Carmen; y obedeciendo el moro, acompañándole en la oración la persona que le dió el consejo, se levantó de la oración diciendo, que Dios le movía á ser cristiano, como ya lo es.

Una mora, quedándose en su ceguedad después de los sermones, se salió al campo á coger unos caracoles para venderlos y sustentarse;

y al entrar en una huerta, se encontró con una señora que con apacible semblante la persuadía á que volviese á la ciudad, no obstante que la mora se excusaba de obedecerla con la necesidad que tenía de emplearse en aquel humilde ejercicio para sustentarse. Llevaba como acostumbraban las moras, un niño á la espalda, que inquietándose en esta ocasión la obligó á volver la cara y manos para sosegarle. Cuando la mora quiso continuar la excusa, para quedarse en su ejercicio, se le había desaparecido la señora que la había detenido; con que, obedeciendo al prodigio la que se había resistido al mandato, volvió á la ciudad, y encontrando en ella un nuevo cristiano, que la persuadió que imitase á los muchos que desengañados abrazaban la ley de Jesucristo, dijo que quería ser cristiana; y sin consultarlo con su marido moro, entró en la iglesia de la Casa Profesa, publicando su resolución con la alegría de las voces. Estas cosas merecen más estimación que sus autores, si los efectos merecen que reconozcamos á Dios por autor de ellos. Yo los dejo al juicio prudente de los lectores, que mi ánimo sólo es referirlas, no calificarlas.

6. El consuelo de los catecúmenos y la aplicación de los PP. Misioneros, consiguió, que en pocos días supiesen tan bien los misterios de nuestra santa ley, y los preceptos de la natural, divina y eclesiástica, que como la religión arrastraba á los sevillanos al convertirlos, el consuelo y la admiración los traía al catequizarlos. Determinó el Sr. Arzobispo celebrar el día del bautismo, asistiéndole por su persona; y para que nada faltase al lustre de este día en crédito de la caridad y religión cristiana, la Sta. Hermandad de la Caridad, por su hermano mayor D. Miguel Mañara y Vicentelo, caballero del orden de Calatrava, presentó petición, pidiendo al Ilmo. Sr. Deán y Cabildo de la Sta. Metropolitana Iglesia de Sevilla, su templo para la celebridad. Esta petición sólo fué necesaria para guardar los estilos y respetos que se deben á tan autorizada comunidad, no para mover los ánimos de los señores prebendados, pues todos deseaban, lo que por la petición se pretendía. Mostraron los deseos con los afectos, con las voces y con las resoluciones, pues al leer la petición, se vieron en aquel gravísimo cónclave manifestadas la alegría y religión de los corazones con las lágrimas en los ojos, y por los labios, con resolver que á nada se perdonase, ni en cuidados ni en gastos, para hacer más célebre el día de los bautismos.

No ignorando alguno la ostentosa majestad con que esta Sta. Iglesia desempeña su religiosa piedad en las ocasiones, nadie ha menester más argumento que esta resolución, para conocer cuán grande fué la celebridad de este día. Aunque la Sta. Hermandad de la Caridad, de-

seó y esperaba que la Sta. Iglesia de Sevilla entrase en el empeño de que se celebrase con ostentosa religión el bautismo, no se atrevió á pedir tanto como deseaba, pero el Sr. Deán y Cabildo venció en el desengaño de su piedad hasta los deseos. Porque para tener más, el día de tanta gloria de Dios y consuelo de todos los sevillanos, dispuso y consiguió que todos concurriesen á su celebridad. Para esto convidó el Sr. Deán al Sr. Conde Luces, dignísimo asistente de Sevilla, y á todos los Sres. *Veinticuatro*, á los Sres. Ministros de la Real Audiencia y Real Contratación, disponiendo decentes estancias para tantas y tan autorizadas personas, en el teatro del bautismo. También las dispusieron para todas las señoras de Sevilla, y para las comunidades de la Compañía de Jesús y de la Sta. Hermandad de la Caridad, que como se unieron para la conversión de los mahometanos, no se quisieron dividir al llevarlos al bautismo convertidos.

Al tiempo que se celebró el bautismo tenía la Sta. Iglesia, en uno de los brazos de la cruz que forma su templo, dispuesto espacio, y adornado teatro para la competencia escolástica de muchos lucidos sujetos que competían una de sus canongías vacantes, y se hallaba ocupada con asistencia á los competidores en sus lecciones y disputas; pero ni este teatro embarazó á que en el templo se fabricase otro mayor para el bautismo, ni con tan precisa ocupación se embarazó la religiosa piedad del Ilmo. Cabildo para celebrarle. Eligióse el domingo tercero después de pascua de Resurrección, y día octavo de Mayo, para que, de los errores y las culpas, triunfase para nuestra religión cristiana la gracia por el bautismo; y para que en este día, en que se celebra la aparición de S. Miguel Arcángel, tuviese este celestial caudillo del cielo y protector de la Iglesia, cuarenta soldados más con que triunfar del infierno.

El lugar para celebrar el bautismo fué el trascoro de la Sta. Iglesia, donde la semana santa se fabrica aquel tan solemne suntuoso monumento, que sólo él puede exigir para hacer exequias á Dios hombre, y sólo le puede ejecutar la Sta. Iglesia de Sevilla, por la grandeza de su templo, y ser aun mayores que el templo sus generosos corazones. Para este fin, de las cinco inmensas naves del templo, se cerraron las tres de en medio con su dilatado y ricamente alfombrado palenque, que embarazando los arrojos de la curiosidad popular, no embarazaba la vista de los que quedaban fuera, por una y otra nave exterior.

En el centro de este espacio (que tenía doscientos cuarenta palmos de largo y ciento ochenta de ancho), se fabricó un teatro de ochenta palmos de largo y sesenta de ancho. A este teatro se subía por dos

espaciosas escaleras de cuatro gradas, una que hacía frente al trascoro, otra que miraba á la puerta principal del templo, que este día se abrió para recibir á los catecúmenos, y sólo se abre para recibir á los Señores Arzobispos el primer día de su entrada en la Sta. Iglesia, con la dignidad de Prelados suyos. Desde este teatro se subía á otro de veintiocho palmas en cuadro, por tres gradas que lo cerraban todo; en medio de éste estaba, sobre un pie de rica y curiosa arquitectura, una pila muy capaz, de plata, en que habían de ser lavados los catecúmenos con las corrientes de la sangre de Jesucristo, por las aguas del bautismo. Uno y otro teatro y todo el espacio del palenque que servía de estrado á las señoras, ó á las funciones del bautismo, estaban rica y curiosamente alfombrados; y allí se tendían las alfombras desde el teatro del bautismo hasta las gradas de la iglesia, saliendo por la puerta principal, porque en ella aguardaba el Sr. Arzobispo con todo el Cabildo á los catecúmenos para examinarlos en la fe, y hacer otras ceremonias conforme al estilo de la Iglesia. Los postes que cerraban el palenque y las puertas principales de la iglesia, hasta salir á las gradas, estaban primorosamente vestidas con las colgaduras ricas de la iglesia.

La capilla mayor, donde se empezó y donde se acabó la procesión, con que se celebraron todas las ceremonias del bautismo, estaba hecha un cielo; porque á su grandeza y claridad se añadieron adornos de primera clase para vestir el altar mayor, muchas luces sobre majestuosos hacheros y candeleros de plata, y un altar arrimado á su muy rico dosel, en que su plano servía para poner los ornamentos pontificales, que el Sr. Arzobispo se había de vestir, sobre este altar se levantaban muchas gradas, que con las riquezas y proporción formaban un rico aparador. Otros dos altares, y aparadores de igual majestad, y riquezas estaban arrimados á dos ricos doseles y á los postes, que estaban junto al teatro del bautismo. Uno servía para poner el Sto. Crisma, y el otro estaba dedicado para aparador en que estaban las piezas de plata, que sirvieron en el bautismo; pero uno y otro eran altares en la curiosidad religiosa, aparadores en la majestad y riqueza. Otro aparador y altar se arrimaba á un rico dosel fuera de la puerta de la iglesia. En este estaban los manuales con que el Sr. Arzobispo (asistido de todos los señores dignidades, y cuatro señores canónigos, revestidos los primeros con capa, pluviales y mitra, y los segundos con dalmáticas), empezó la ceremonia del bautismo, ayudado de los cuatro curas del Sagrario.

7. Empezó la celebridad de este día á las doce, repicando solemnemente en la Iglesia Catedral, y siguiendo á la mayor todas las igle-

sias parroquiales de Sevilla. Esta es demostración tan singular de la Sta. Iglesia, que sólo lo hace en el año la víspera de la Concepción sin mancha de la Virgen Santísima, por ser los sevillanos los que con más tiernas y singulares demostraciones han aplaudido siempre y celebrado este misterio. Para dar más tiempo en el día á la acción de tanta gloria de Dios, y consuelo de la cristianísima ciudad, adelantó la Sta. Iglesia las horas del coro, empezando la nona á las dos de la tarde y continuándola hasta cantar maitines y laudes del día siguiente, por dedicar al bautismo, no sólo la tarde, sino también la parte que fuere necesaria de la noche; y porque esta no embarazase con sus tinieblas la claridad de tan alegre día, estaban los postes del templo adornados con cornucopias y hachas de cuatro pábilos, para alumbrarla.

Luego que acabó la Sta. Iglesia sus horas, bajó el Sr. Arzobispo de su Palacio, y con numeroso y grave acompañamiento, entró en la capilla mayor, donde, asistido de todos los señores canónigos con dalmáticas, se vistió de Pontifical morado. Entre tanto que el Sr. Arzobispo vestía el Pontifical, todos los señores prebendados tomaron capas pluviales, y con ellas pasaron desde el coro á la capilla, donde se formó una procesión con el mayor aparato de solemnidad que usa la Iglesia de Sevilla. Caminó la procesión desde la capilla mayor hasta el coro, y de este salió por las dos puertas que dan paso al trascoro, hasta subir por una de las escaleras y bajar por la otra del teatro del bautismo. Desde éste hasta las gradas del templo tuvo bancos en que sentarse el cabildo, y á su puerta principal sillas y almohadas el Sr. Arzobispo; y asientos competentes los señores dignidades y canónigos que le asistían.

Entre tanto que esto se hacía en la Iglesia, caminaba desde la Casa Profesa de la Compañía de Jesús hasta la Sta. Iglesia otra procesión, en que acompañando á los catecúmenos, se juntaron las dos comunidades de la Compañía y de la Sta. Hermandad de la Caridad. Esta se compone de trescientos hermanos, y en este día ninguno faltó, antes todos desearan ser hermanos, por tener más parte en acción de tanta gloria de Dios y consuelo de la religiosísima ciudad. La de la Compañía iba también muy numerosa y grave; porque, haciendo Dios para esta celebridad providencia de los acasos de los hombres, se hallaron, fuera de los Jesuítas que en sus fundaciones abraza esta piadosísima ciudad, todos los superiores y hombres graves de la provincia de Andalucía, que se habían convocado para celebrar congregación ó capítulo provincial.

Fuera de las dos comunidades, componían la procesión treinta y seis pobres á quienes vistió para este día la Sta. Hermandad de la Ca-

ridad, y dió hachas para alumbrar á la imagen de Cristo crucificado, á quien tiene por insignia para su lustre, y por blanco para su aliento esta Sta. Hermandad, con que consigue ser la primera cofradía en la estimación, y ser la que estima más, servir á Cristo pobre y muerto en la cruz en los pobres (á vivos en su desnudez, y á muertos en su desamparo), que todas las grandezas de la tierra. Ultimamente componían la procesión los catecúmenos ricamente vestidos, y la mayor nobleza de Sevilla, con título de padrinos. Porque luego que se vió el fruto de los sermones, en la conversión de los mahometanos, empezó la competencia de los nobles por pretender todos llevarse los convertidos á sus casas, para instruirlos y regalarlos, y ser sus padrinos en el bautismo.

Fué árbitro en la competencia la Sta. Hermandad de la Caridad, que, con el acierto y paz que en todas las ocasiones, señaló en ésta los padrinos, y puso raya á los alientos con que todos deseaban hacer en los gastos demostraciones correspondientes á su generosidad, alegría y deseos. Santamente determinó esta noble y misericordiosa Hermandad agradecer á Dios el beneficio de la conversión de los mahometanos, con el medio más proporcionado á su instituto, que fué vestir á tantos pobres cuantos fuesen los convertidos. Los que se bautizaron este día fueron treinta y ocho; veintidós hombres, quince mujeres y un niño. Otro hombre y una mujer se habían bautizado en último peligro de muerte. Otra mujer, por otro accidente, y otros tres por no estar catequizados, no recibieron ahora el bautismo.

Para fruto de conversiones, tan dificultosas por el número como por la calidad, para disposiciones tan ostentosas, y para catequizar los convertidos, en que trabajaron más que en convertirlos los PP. Misioneros, sólo se gastaron veinte días; y si el número de los convertidos dobla el guarismo á los días, la ostentación, religión, piedad y concurso, excede á cuanto se ha ejecutado en Sevilla. Las calles, por pregones y mandatos del Sr. Asistente, se limpiaron y colgaron; y como no necesitaba de mandatos la religiosa piedad con que Sevilla guardaba este día, los adornos de las calles fueron tanto mayores que lo mandado á los vecinos, que exceden á lo que yo puedo decir. Discurriendo los ciudadanos por los comunes deseos de la ciudad y su comarca, que había de ser tan numeroso el concurso, que unos á otros se habían de embarazar el logro de los deseos y gozo al ver la fiesta, se previnieron para alquilar los balcones y ventanas; pero fué de tantos prevención, que hizo la competencia muy costosos los alquileres.

8. Salió la procesión á las tres y media de la tarde de la Casa Profesa, y para desembarazar las calles iban delante un gran número de

alabarderos y otro de alguaciles, gobernados todos del Sr. D. Lope de Mendoza, caballero de la orden de Calatrava y alguacil mayor de Sevilla. Después le seguían tres clarines con ropones de tela azul, guarnecidos con pasamanos de plata, y detrás de éstos, un numeroso y armonioso juego de instrumentos eclesiásticos, que tocaban diez ministriles. Empezaba la misión uno de los PP. Misioneros con el estandarte de la Sta. Caridad, en cuyo seguimiento se mezclaban sus Hermanos y los Jesuitas, aquellos con tanta modestia, que todos parecían de la Compañía de Jesús, y los Jesuitas tan gustosamente unidos con los seculares hermanos de la Caridad, que siempre los desearan acompañar en los empleos de la misericordia corporal, y siempre los estimarán ó procurarán compañeros en sus ministerios, para ejercitar con más fruto la misericordia espiritual.

Un insigne predicador persuadía esta cuaresma la modestia y silencio en las procesiones de la semana santa, poniendo por ejemplar la que ejercitan en los entierros de los pobres la Hermandad de la Caridad; y este día fueron con tanta modestia y silencio, que tanto como los unió con los Jesuitas la caridad, los equivocó la modestia. Seguía después un estandarte del nombre de Jesús, que llevaba el Sr. D. Diego de Escalada, caballero del orden de Calatrava, y hermano de la Sta. Caridad, que correspondía en honor con esto á la Compañía, al gusto y estimación, con que un hijo de la Compañía llevaba el estandarte de la Caridad. Este guión daba principio al tercio de la procesión, que componían los catecúmenos, acompañados de sus padrinos y Jesuitas; porque al nombre de Jesús reconoce la Compañía por autor de todas las victorias, que consigue de la infidelidad y de las culpas.

Cada uno de los catecúmenos iba acompañado de uno de los Jesuitas, que se juntaron en congregación ó capítulo provincial (juntáronse cuarenta), y de su padrino; aquél á mano derecha, éste á lado izquierdo, y delante iba un paje del padrino vestido al uso, y del tiempo, con una cadena de filigrana de plata al pecho, y con una fuente de plata en las manos, en que llevaba la vela y capillo para el bautismo, y una hermosa corona de plata y flores contrahechas, para coronar al bautizado.

A los padrinos sólo le permitió su Sta. Hermandad, de quien todos eran hijos, gala del tiempo, y uso y joya de diamantes al pecho; y en uno y otro fueron tan uniformemente obedientes los padrinos, y galanes los padrinos y sus pajes, que quitando el trabajo de referirlo por las galas, de por sí nos dejaron la admiración de su obediencia en el rendimiento, y de su uniformidad en la bizzarria y en la gala. Sólo en una

cosa sin faltar á la obediencia, añadieron demostraciones de su religión; porque los nobles que tenían hijos, nietos ó sobrinos, que por la edad fuesen proporcionados para el ministerio de pajes, no quisieron servirse de otros en esta ocasión, porque en ella fuese Dios más servido, y los niños hiciesen más estimación de la fe.

En señalando alguno de los muchos pretendientes la Sta. Hermandad por padrino, le daba un papel en que, diciéndole que sólo había de llevar un paje, le ponía las reglas que había de guardar en vestirse y vestir al paje y catecúmeno.

Los catecúmenos habían de salir vestidos de tela lisa, ó de flores; pero sin gastos de primores de la aguja en los bordados. Las mujeres con jubón y basquiña al uso, y cadenar, joyas y lazos; los hombres con calzón al uso, pitacos con medias mangas anchas sobre magotes de delicado lienzo hasta la cintura, ajustado y con faldones con muchos pliegues dilatados hasta las rodillas, medias de seda, sombrero negro con plumaje, corbata al cuello y cadenas y joyas al pecho. Estuvieron tan puntualmente observantes de estas reglas los padrinos, como violentos sus deseos generosos de más ostentosos gastos. Sólo faltaron á la uniformidad en los colores, porque sólo dos catecúmenos salieron á la procesión vestidos de damelote carmesí, con aguas de plata, y los demás de brocados de oro ó plata, según la proporción de los colores; por esto fué tanta la variedad, que cada catecúmeno parecía un vistoso jardín de flores, y todos juntos formaban una vistosa primavera.

Yo querría dejar los padrinos, ó por condescender con su humildad, ó por no poder hacerlos á todos primeros, siendo todos tan ilustres en la nobleza y tan iguales en la piedad; pero como la honra es sombra de quien la huye, su piedad me necesita á no privar del lustre de sus nombres la relación. Nombrarélos con el orden que fueron en la procesión, por añadir al crédito de su piedad, el de sus cuidados humildes, con que cada uno deseaba el peor lugar (si hubo alguno que no fuese muy bueno en tan religiosa acción). El Sr. D. Miguel Mañara Vicentelo, caballero de la orden de Calatrava, se valió de la superioridad del Hermano mayor de la Caridad, para escoger el último lugar, siendo el primero en el acompañamiento. Siguiéndole los demás por este orden, ó escogiendo lo menos autorizado por la autoridad de su oficio en la Hermandad, ó por la diligencia de su humildad, con que, compitiéndolo todo, embarazaba la caridad de sentimientos á los vencidos en la competencia. El Sr. D. Luis Manuel de Céspedes; el señor Marqués de la Algaba; el Sr. D. Francisco Maziaga, caballero del orden de Santiago; el Sr. D. Francisco Marmolejo; el Sr. D. Diego de

Mendoza; el Sr. Marqués de Valencia; el Sr. D. Juan Gutierrez Tello; el Sr. D. Melchor de Guzmán, hijo mayor del Sr. Marqués de Villamanrique; el Sr. D. Juan Tello; el Sr. D. Pedro Venegas de Córdoba, caballero del orden de Calatrava; el Sr. D. Agustín de Guzmán, hermano del Sr. Marqués de Algaba; el Sr. D. Juan de Saavedra, caballero del orden de Santiago; el Sr. D. Alonso Verdugo y Albornoz, caballero del orden de Alcántara; el Sr. D. Fernando de Toledo; el señor D. Juan de Melo; el Sr. D. Pedro José Vázquez; el Sr. D. Alonso Bernardo de Cárdenas, y el Sr. D. Cristóbal García de Segovia. Los padrinos de las catecúmenas fueron el Sr. D. Bernardo Ochoa de Cludutrée, caballero del orden de Santiago; el Sr. D. Juan Vicentelo, caballero del orden de Santiago; el Sr. D. Miguel Tello; el Sr. D. Luis Mendez Guerrero, caballero del orden de Calatrava; el Sr. D. Francisco de Viveros; el Sr. D. Fernando de Esquivel y Guzmán, caballero del orden de Calatrava; el Sr. D. Miguel de Zúñiga, hermano del Sr. Marqués de Valdés; el Sr. D. Diego de Zúñiga, del orden de Santiago; el señor D. Francisco de Espínola Parra; el Sr. D. Gabriel de Morales, que también fué padrino del niño; el Sr. D. Francisco Carrillo de Albornoz; el Sr. D. Diego García de la Parra; el Sr. D. Martín Rodríguez Rizo, y el Sr. D. Juan de Garcés. Bien acreditado deja este catálogo, que no es mi ánimo pasar de la alabanza á la lisonja, pues reprime tantos panegíricos, cuantos sujetos he nombrado.

El último tercio de la procesión, lo empezaba otro estandarte del nombre de Jesús; porque la Compañía, teniendo tantos timbres para disponer la variedad, no quiere más armas que el nombre de Jesús, para coronarse y orlarse vencedora. Seguían treinta y seis pobres, vestidos de paño y con cirios ardiendo en las manos, y cerraba la procesión la imagen de Cristo nuestro Señor crucificado. Sólo Cristo crucificado llevaba mejor lugar en la procesión, ó porque siendo estilo y empeño de la Hermandad de la Caridad, servir á los pobres hasta en ponerlos mejorados de lugar, como la liberalidad hizo el más pobre del mundo á nuestro Redentor, aun por más pobre merecía mejor lugar en la procesión; ó porque siendo toda esta religiosa y piadosa procesión un triunfo de la Caridad y de la Fe, siendo Cristo nuestro Señor el vencedor, debía llevar delante todo el acompañamiento en que ninguno iba que no fuese vendido á su caridad y á su fe. De esta suerte caminaba la procesión por entre tanto numeroso concurso, que sola su caridad y modestia le hubieran conseguido del pueblo, con el respeto, lugar para caminar. Los tejados, balcones, zaguanes y calles estaban tan llenos de gente, que en cada calle parece que estaba todo Sevilla; y la piedad y

religiosa devoción del concurso, tenían á todos con tanto silencio y respeto, que parece que caminaba la procesión sin testigos. Sólo se oían algunas admiraciones que formaban los religiosos corazones y no caían en los pechos, y se miraban las lágrimas en los ojos cristianos, que mirando tan numeroso triunfo de la fe, obligaba el consuelo á derramarlas.

9. Al llegar la procesión á dar vista á la Sta. Iglesia, se oyeron los pausados golpes de sus mayores campanas, tocando á rogativa, con que aumentando la devoción de los corazones, movían á todo el pueblo á pedir á Dios la fe y gracia para los catecúmenos. Por las gradas del templo estaba tendida, en dos filas, una numerosa compañía de arcabuceros, que celebrando con salvas este triunfo de la fe, le guardaba el paso para llegar á la iglesia, á cuya puerta principal, estaban ya aguardando el Sr. Arzobispo, el Sr. Deán y los demás señores dignidades y canónigos; con que, sin perder tiempo, se empezaron las ceremonias del bautismo, por el examen de los catecúmenos, á que para ganar tiempo le ayudaron los cuatro curas del Sagrario. Ocasionaba tierna y devota devoción, ver al Sr. Arzobispo en todas estas ceremonias, competir á los curas el trabajo, y exceder á todos en devoción. Concluidas las ceremonias de las puertas del templo, volvieron á formar procesión todos los eclesiásticos, y subiendo al teatro del bautismo, pasó el cabildo á tomar asiento en la capilla del trascoro, y dejando al Sr. Arzobispo junto á la pila del bautismo, acompañado de los señores dignidades y de los cuatro señores canónigos diáconos, y cercado de los padrinos y catecúmenos.

Entre tanto que se disponía el bautizarlos, los PP. Misioneros alentaban á los convertidos á renovar la intención, que muchas veces habían repetido, de recibir el bautismo, y exhortaban al dolor de sus pecados; y le tenían tan grande, que muchos se manifestaban con lágrimas de sentimiento, de que su ceguedad les hubiese dilatado tanto esta dicha, y de alegría de verse tan cerca de mezclarlos con el agua del bautismo. Caminando con mucho trabajo una catecúmena impedida, oyó que se compadecían de ella, y dijo con mucha ternura, que más había padecido Jesucristo para llevarla al bautismo. Con esto aumentaban los catecúmenos las lágrimas y la alegría del pueblo, y con esto el Sr. Arzobispo estuvo con tanto aliento en el trabajo de bautizarlos, y de animarlos á todos, que sin querer, por muchas instancias que le hicieron para aliviarle los curas, bautizó y crismó por sus manos á todos los catecúmenos.

Al acabarse de bautizar á los hombres, celebraron la tarde el ór-

gano mayor de la Santa Iglesia, los demás instrumentos con su armonía, y la Giralda con sus campanas, acompañadas de todas las de las parroquias de la ciudad. Pero cuando estos instrumentos levantaron más los corazones, fué cuando, bautizados todos, se formó tercera vez la procesión, para llevar los nuevos cristianos á la capilla mayor, y dar á Dios las gracias de día tan feliz para ellos, y de tanto consuelo para todos, y para administrarles el sacramento de la Confirmación, acciones todas que hizo el Sr. Arzobispo, sin permitir para alivio del trabajo, ni aun que le quitasen por breve tiempo la mitra, que tuvo cinco horas sin interrupción, sobre la cabeza.

Acompañaron los músicos todo este armonioso tropel de instrumentos, cantando el *Te Deum laudamus*. Las campanas, con sus dilatados repiques, dieron la noticia alegre á la ciudad, de que ya eran cristianos los que habían entrado en el templo; ya mirándole tan claro con las muchas hachas que ardían; ya oyendo dar á Dios alabanzas en punto tan armonioso; ya viendo la majestuosa pompa de la procesión; ya considerando la gloria que se seguía á Dios en la tierra, y la alegría con que se celebraría en el cielo; ya atendiendo á la risueña devoción con que estaban los nuevos cristianos, y el agradecimiento con que al entrar en la capilla mayor besaban el suelo, y ultimamente, mirándose unos á otros, todos se hallaban tan religiosamente devotos y consolados, que parecía el templo la gloria, por su majestad, por su hermosura y por sus habitantes. Dió el Sr. Arzobispo á Dios las gracias, á todos los nuevos cristianos el sacramento de la Confirmación, á muchos el sacramento del Matrimonio, revalidando el que fuera de la iglesia habían hecho escrupulosamente, por la libertad de los repudios, que en la falsa secta de Mahoma se oponen á la natural perpetuidad, que pide el contrato del matrimonio; á dos, casándolos de nuevo; y finalmente á los bautizados y confirmados, les dió á besar su mano, y á todos su bendición.

Acabáronse tantas funciones á las nueve de la noche, y con ser tan largas fueron tan gustosas para todos, que á nadie le parecieron tales, ni al Sr. Arzobispo con llevar todo el peso del trabajo. Fué este día verdaderamente glorioso para el cielo, para toda la Iglesia católica, para la ciudad de Sevilla, para el Sr. Arzobispo, para la santa metropolitana Iglesia de Sevilla, para la Compañía de Jesús y para la santa y noble Hermandad de la Caridad. Para el cielo, porque si basta para aumentar su gloria la conversión de un pecador arrepentido, ¿cuánta gloria se le aumentaría con tantos infieles convertidos y bautizados? Para toda la Iglesia, pues convertirse tantos mahometanos, sólo á fuerza de la

razón, en crédito de las verdades que abraza, acredita su verdad contra los infieles que con errores la impugnan, y su estable firmeza contra el poder del infierno. Para la ciudad de Sevilla, por haber sido el teatro en que Dios ha recibido tanta gloria, la Iglesia aumento, y la fe lustre. Para el Sr. Arzobispo, por haberle dado Dios ocasión en que lograr tan bien su celo de prelado; su piedad de padre, y su trabajo de pastor. Para la santa y metropolitana Iglesia de Sevilla, por haber dado tan grande ejemplar de religiosidad á todas las iglesias de la cristiandad. Para la Compañía de Jesús, cuya activa caridad descansa con los trabajos, sin permitirles sosiego, ni á las culpas, ni á los errores. Para la Sta. Hermandad de la Caridad; pues siendo sus empleos de misericordia corporal, su religioso celo y fervor, ha añadido á sus lustres timbres de la espiritual y crédito de la fe.

Quiera eficazmente Dios que con este suceso conozcan los predicadores católicos, que no es asunto desesperado predicar para convertir los infieles; pues se rinden á la razón y estructura de la ley de Jesucristo, los mahometanos que viven tan sin razón por su rusticidad y por su secta. Quiera Dios que este asunto le alienten los Sres. Prelados, le autoricen las Iglesias catedrales, le promuevan las religiones, le favorezcan las ciudades, le asistan los nobles, que todos tienen ejemplar en Sevilla, y motivos grandes en la razón; pues con el celoso trabajo de veinte días, cuatro PP. Misioneros de la Compañía de Jesús, abrigados de la fervorosa misericordia que enlaza en la Sta. Hermandad de la Caridad, la piedad y nobleza de Sevilla, han dado á Dios tanta gloria, y han hecho que tantos miserables esclavos tengan la mayor dicha en su cautiverio, y la libertad más feliz en su esclavitud. Pues en su patria vivían desterrados del cielo, para el tiempo y la eternidad; y en su libertad caminaban sin riendas de la ley de Dios y de la razón, á precipitarse por el camino del infierno, y huyendo de la patria, que sola es de los hombres, que es la gloria.

Y cuando la bienaventuranza ajena no sea poderoso motivo para alentar á todos á procurar la salvación de los infieles, lo debe ser la propia. Esta tendrán á favores de la misericordia divina, los que ejercitasen la misericordia espiritual, ya que no en arrojarse á buscar y convertir los mahometanos en sus tierras, por lo menos en procurar su conversión en la nuestra, donde no hay que temer; ni el trabajo en el ejemplo, pues no buscan las ocasiones en los esclavos, que hay donde vivimos; ni la espada en la defensa de su ley, de que usan los sectarios de Mahoma, pues la esclavitud los desarma; ni la razón en las disputas, porque están muy claras las que apoyan aun los misterios más os-

curos de nuestra santa fe, y en el Alcorán, dictado del demonio y escrito para hacer ley las sinrazones del apetito, no hay razón de que valerse en las disputas; y allí contra los mahometanos se asegura la victoria de su conversión, con que la caridad apacible en tratarlos les obliga á oír las sinrazones de su ley y las razones de la nuestra; porque ni saben nuestra ley, por ser moros, ni saben las suyas, por ser bárbaros. Y una y otra ignorancia es ceguedad sin excusa en ellos; porque tropiezan en las luces de la razón natural, y viven á la luz de la cristianidad; y es falta de celo en los católicos, pues es tan corta la esfera de su caridad y tan remisa la actividad de la luz de su celo, que ni calienta ni alumbra á los que Dios les pone tan cerca, haciendo providencia de que pierdan la libertad, porque ganan la salvación (1).

(1) Véanse en el apéndice núm. II otros documentos confirmatorios de lo que en esta relación se contiene.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

Octavo año de las misiones apostólicas del P. Tirso Gonzalez

(1672-1673).

SUMARIO: 1. Vocación del P. Rubí al ministerio de las misiones: su primera carta al P. General.—2. El P. Tirso apoya las pretensiones del P. Rubí.—3. Da esperanzas el P. General al P. Rubí, y al fin accede á sus deseos.—4. Nuevos planes del P. Tirso.—5. Es llamado á misionar por el Arzobispado de Santiago, después de hacerlo en Medina de Rioseco: misiones de Padrón y Rianjo.—6. Edicto del Sr. Arzobispo en pro de las misiones.—7. Célebre misión de Santiago: efemérides de la misma; empieza por la Catedral. Primer acto de contrición.—8. Prosigue la misión: disciplina pública en nuestra iglesia para los hombres.—9. Jubileo del mes en la Compañía. Comunión general en la Catedral.—10. Pasa la misión á S. Martín con una solemne doctrina.—11. Fin de la misión: pasmosa comunión general en la Catedral y en S. Martín. Resumen del fruto logrado en esta misión.—12. Misiones de Betanzos, S. Pedro de Nos y la Coruña.—13. Jubileo de las doctrinas, fiestas de la canonización de S. Francisco de Borja, é inauguración de la nueva iglesia en Santiago. Misiones de Pontevedra, Cangas, Vigo y Redondela. Ejercicios á las monjas de Vistalegre (Villagarcía).

FUENTES HISTÓRICAS: 1. Cartas de los PP. Tirso y Rubí al P. General. ms.—2. Cartas anuas. ms.—3. Itinerario Breve de las misiones del P. Tirso.—4. P. Cifuentes: Vida del P. Jacinto de Loyola.—5. Actas del cabildo catedral de Santiago. ms.—6. Testamento del Excmo. Sr. D. Rodrigo Moscoso y Sandoval, Deán de Santiago. ms.—7. Cabildo de Mareantes de Coruña. ms.—8. Vedia y Goossens: Historia y descripción de la ciudad de la Coruña.—8. Diario de Salamanca.—9. Lopez Ferreiro: Historia de la Sta. A. M. Iglesia de Santiago.

1. *Comenzando en este curso una nueva era para las misiones del P. Tirso, con el cambio definitivo de compañero, me parece conveniente dar principio á la narración de los sucesos de estas misiones, con la vocación del P. Rubí á este santo ministerio. Según el Diario del Colegio de Salamanca, á 15 de Marzo de 1652, fué recibido para la Compañía en*

aquel colegio, D. Juan Rubí, estudiante valenciano (1). Concluida en Salamanca la Teología con mucho lucimiento, y hecha la tercera probación, recibió el cargo de Maestro de Estudiantes, cargo que desempeñó antes el P. Tirso, cuando el P. Rubí estudiaba la Teología. Como aparece claro en las cartas que trascribimos, el joven valenciano, que estaba cortado por el mismo patrón que nuestro P. Tirso, se sintió, desde luego, dominado por los más vivos deseos de consagrarse al ministerio tan saludable de las misiones. Abrió su corazón de par en par al P. Tirso Gonzalez, y éste le prometió no olvidarse de aquellas sus disposiciones de ánimo. Y no se olvidó en efecto. Debiendo de dar misión en Segovia y Avila, durante las vacaciones del 70, suplica al P. Provincial que le dé por compañero al Padre Rubí, como se lo dió. Por su parte el P. Rubí, estando ya de vuelta en Salamanca, escribió la siguiente carta al M. R. P. General, Juan Pablo Oliva, gran favorecedor de este santo ministerio.

P. Ch.—El P. Tirso ha venido á Segovia á hacer una misión, y pidió al P. Provincial, que por hallarse en Aragón el P. Guillén, me diese á mi licencia para ayudarle en este santo ministerio. He asistido en él, por espacio de quince días, que ha durado, con grande consuelo mío, viendo el fruto tan extraordinario que ha obrado nuestro Señor, por la celosa y apostólica predicación del P. Tirso, y muy especialmente porque habiéndome el P. Tirso encargado algunos sermones, se ha confirmado en que, sin duda, parecen de Dios los deseos que años ha le tenía comunicado de emplearme en este ejercicio, y le ha parecido se lo represente á V. P., para que conforme á ellos, disponga lo que juzgare á mayor gloria de Dios nuestro Señor. Yo quisiera, que cupiese en la cortedad de esta carta, el dar á V. P. cuenta de toda mi conciencia, para que, con mayor noticia de mi alma, determinare lo más conveniente. Hela comunicado al P. Tirso, y así en eso como en la suficiencia que puedo tener para este ministerio, me remito al informe que el Padre, delante de Dios nuestro Señor, diere á V. P. Lo que á mí me toca, es solamente significar á V. P. mis deseos en esta parte, que son tan grandes, que en ninguna cosa de esta vida tendré igual consuelo; y sólo puedo temer, que mi corto espíritu y mi poca habilidad, me estorben este gran bien. Mas yo por ahora sólo suplico á Vuestra Paternidad me dé licencia para acompañar al P. Tirso, y por algún tiempo hacer prueba de lo que puedo servir en este ministerio; y

(1) El P. Rodeles, en la vida del P. Calatayud, dice, en cambio, que nació en Barcelona el 14 de Noviembre de 1635. El libro de *Recibidos en el colegio de Salamanca*, sin señalar la fecha del nacimiento, dice, también expresamente, que era natural de Barcelona, hijo de Don Ramón Rubí y Marimón y de Doña Teresa Sabater y Meca.

si la experiencia mostrare no convenir que prosiga, me retiraré á lo que á V. P. y á los demás superiores pareciere mejor .

Debo en este punto prevenir á V. P. una dificultad, que puede ofrecerse de parte de la Provincia; porque acaso propondrán á V. P., que el seguir acompañando al P. Tirso, es faltar al servicio de esta Provincia; y si bien creo que la resistencia no podrá ser mucha, pudiendo yo importar tan poco para nada; pero cuando yo valiese mucho, no me perdía la Provincia, antes me lograría mejorado, siguiendo yo algún tiempo al P. Tirso; pues, con su instrucción y compañía, me instruiría en el modo que usa el P. Tirso en este ministerio, á quien nuestro Señor con tan raros sucesos muestra le ha escogido por maestro de misioneros, y sería bien nos procurásemos formar otros en esta enseñanza, para que se perpetúe y prosiga siempre este santo ministerio.

En un año, ó dos, que pueda andar en compañía del P. Tirso, poca falta puedo hacer en la Provincia. Si después de ese tiempo pareciere conveniente, podré yo volverme á la Provincia y servir en ella en esta ocupación, y las demás del púlpito que fueren menester. Esto deseo y suplico á V. P. con todo afecto, aunque siempre con toda indiferencia; esperando del celo de V. P., y de la luz que tiene de nuestro Señor, dispondrá siempre lo más acertado. Guarde nuestro Señor á V. P. felices años, como lo suplico y la Compañía ha menester. Añado que si V. P. determinare que me dedique á esta santa ocupación, se ha de servir de mandar que me dejen retirar algún tiempo á Villagarcía, para hacer alguna prevención de sermones, como lo hizo el P. Tirso; porque, como mi ocupación ha sido hasta ahora las cátedras, no tengo estudios de esta materia, como son menester.—Salamanca y Octubre 1 de 1670.—Humilde súbdito de V. P.—*Juan Rubí, S. J.*

2. *La carta del P. Tirso al mismo P. General, á que se remite el P. Rubí, es la siguiente: P. Ch.*—Ya el Sr. Arzobispo de Sevilla dió su beneplácito para que entrásemos por Castilla antes de volver á Andalucía. Por haber hecho el P. Guillén una jornada á Aragón, vine yo sin su Reverencia á hacer misión á Segovia; y el P. Juan Rubí vino de Salamanca á ayudarme. La misión ha salido cuanto se podía desear, y el P. Rector de aquel colegio hará relación de ella á V. P. Yo juzgô ha sido singular providencia de Dios el haber venido á asistirme el Padre Rubí, para que escribiese á V. P. lo que va en ésta. Este Padre *habet egregium talentum ad missiones, vocem ut tubam, quae a multis hominum millibus possit distincte audiri, claram, et sonoram. Habet pectus et ingentia ad novendum latera, optimum judicium ad religendas concionum materias, denique, meo judicio, si in missionibus exercentur, eo perveniet, ut*

P. Guillen et ego pusillimi respectu illius inveniamur. Ab incunabilis vitae religiosae habet inclinationem ad hoc ministerium vehementem. V. P. Hieronymus Lopez, dum adhuc logicae incumberet P. Rubí, hujus talenti experimentum fecit, et quasi propheta pronuntiavit: «Este mozo es nacido para la Compañía y la Compañía para él, y será muy grande misionero».

Es el P. Rubí, sujeto de gran prudencia y cordura, cual es menester para este ministerio. Antes que empezase á leer Teología, siendo aun Maestro de Estudiantes, me comunicó los deseos que tenía de dedicarse á este ministerio, y me dijo, que cuando yo le declarase era tiempo de dejar la cátedra para las misiones, lo haría. Aunque para todo tiene talento y capacidad, su genio é inclinación más le tira al púlpito, que á la cátedra; y así ha pedido á los superiores le saquen de la Escuela. Hoy están las cosas en disposición, que parece le darán gusto en esto; mas, como están faltos de predicadores, querrán aplicarle al púlpito para que predique algunos años en los colegios principales de la Provincia, como son Salamanca y Valladolid, ó hacerle Rector, en que podrá servir mucho, por ser sujeto de virtud y prudencia.

Tendrá gran dificultad en salir con título y oficio de predicador, después de Maestro; pero á las misiones saldrá con gusto y podrá servir á la Provincia mucho, no sólo en las misiones, sino quedándose á predicar las cuaresmas en las ciudades grandes, adonde hiciere misión.

Si no sale inmediatamente de la Escuela á las misiones, como yo salí, ni logrará los talentos que Dios le dió, ni servirá tanto á Dios y á la Compañía. Por esto juzgo, que hará V. P. un gran servicio á Dios, si le envía licencia al Padre para seguir este empleo, y ordena al Padre Provincial, que no se lo impida. Ahora está sustituyendo la cátedra del P. Barbiano; y si este vuelve á la Provincia, de aquí á Navidad, para entonces queda el P. Rubí desocupado, y como ha pedido dejar la cátedra, juzgo, que le han de mandar predique esta cuaresma en Salamanca.

Está Castilla muy falta de predicadores, y así la Provincia hará empeño en que el P. Rubí no salga de ella á hacer misiones en otras, por no privarse de su talento. Un medio se me ofrece con que V. P., sin discontentar la Provincia, puede consagrar al P. Rubí á las misiones; y es que el P. Guillén, después de Navidad, vaya con otro compañero á cumplir con el Sr. Arzobispo de Sevilla, y yo me quede con el P. Rubí, haciendo misión este año en las ciudades de Castilla. Con esto contentamos á la Provincia de Castilla, que está quejosa de que todas mis correrías sean en otras partes, y juntamente aseguramos este sujeto para el ministerio. Recogeríamos después los dos juntos el verano en

Villagarcía; y allí el P. Rubí haría los sermones de misión, que le hacen falta; y para el otoño podríamos los dos ir á Andalucía. Con que andando cuatro; el P. Guillén con su compañero por una parte, y el P. Rubí y yo por otra, acabaremos lo de aquellas partes. Si yo una vez me voy á Andalucía, sin llevar al P. Rubí, será dificultoso el arrancarle de Castilla; y para empezar conviene venga conmigo. Si V. P. determina que la cátedra del P. Barbiano esté todo el curso en sustitución, habrá de correr este año el P. Rubí en esa ocupación; y si yo me vuelvo á Andalucía, no será fácil el que el P. Rubí me vaya á buscar. Vuestra Paternidad se sirva de encomendarlo al Señor, y determinar lo que fuere de mayor gloria suya. Su Majestad guarde á V. P. muchos años, etcétera.—Avila, Octubre 6 de 1670.

Por modo de postdata vuelve á insistir al fin de la carta sobre lo mismo, en estos términos: Si V. P. dedica al P. Rubí por mi compañero, y señala al P. Guillén, el que pidiere de su Provincia, podremos, divididos, correr á toda España presto; y unos pueden tirar hacia Portugal, y otros hacia Valencia y Cataluña; y aun podríamos pasar á Nápoles y Sicilia. Que este modo de misiones y predicar, por venir de fuera y ser de suyo tan eficaz, también por allá hará los mismos efectos; pues el Dios de Italia es el mismo que el de España, y obra los mismos efectos donde se predica su palabra. Dios guarde á V. P. muchos años.—Avila 6 de Octubre de 1670.—Tirso Gonzalez.

3. *A estas representaciones, el P. General contestó el 22 de Noviembre siguiente, dando grandes esperanzas al P. Rubí, como se ve por la siguiente carta de este Padre, al mismo P. Oliva:* Muy Rvdo. P. General.—P. Cht.—Recibo su carta de V. P. con indecible consuelo, por las esperanzas que se sirve darme de que he de conseguir el santo empleo de las misiones; y le doy repetidas gracias por este favor, y las demás honras que me hace. Bien veía yo que para este año no podría ajustarse el ir acompañando al P. Tirso; ni yo me atreví á esperarlo, ni á pedirlo. Lo que yo ahora rendidamente suplico á V. P. es que, pues esto, habiendo de ser, parece que no podrá pasar de este año, se sirva de darme licencia, para que, después de cuaresma, me retire á Villagarcía á prevenirme; pues ya para ese tiempo habrá venido el P. Barbiano; y yo, ni para la sustitución de Prima, ni para mi lectura de casa, podré ser ya menester. Y cuando no se me ajustase la dicha de ir acompañando al P. Tirso, á lo menos no creo me negará V. P. licencia para dedicarme á la ocupación del púlpito, en la cual veo me desean ocupar los superiores; y para hacerlo con el fruto y fervor que deseo, necesito mucho de retirarme de esta suma ocupación de Salamanca, que no

me deja tiempo para nada; y mi poco espíritu necesita mucho de este recogimiento. Espero se ha de servir V. P. de darme esta licencia, que le suplico, y tenerme presente en sus santos sacrificios, como el más necesitado de sus hijos. Nuestro Señor guarde á V. P. muchos años.—Salamanca y Diciembre 27 de 1670.—*Juan Rubí, S. J.*

Con indecible consuelo del fervoroso P. Rubí fueron estas sus peticiones favorablemente despachadas por el M. R. P. Juan Pablo Oliva, en carta de 14 de Febrero de 1671, á la que contestó dando las gracias, y demandando, como complemento de las anteriores, el que se le ponga como compañero del P. Tirso. He aquí esta nueva carta: En ejecución del orden de V. P., me ha concedido el P. Provincial el retiro santo de Villagarcía, donde me hallo, con indecible gozo y consuelo de mi alma; y por este singular favor doy á V. P. muy reconocidas gracias; y suplicaré á nuestro Señor continuamente, en mis pobres oraciones y sacrificios, pague á V. P. este gran bien que se ha servido de hacerme.

Espero también que V. P. *perficiet opus suum*, y que me cumplirá lo que se ha dignado ofrecerme, de señalarme por compañero del Padre Tirso. Y parece que se ha dispuesto muy oportuna ocasión para ello; pues las ansias de estas ciudades de Castilla, y también las de Galicia, no cesan de instar por la venida del P. Tirso; con que pudiera el P. Guillén quedar con otro compañero, continuando el gran fruto que se experimenta en Andalucía, y por acá, el P. Tirso y yo, contentar los deseos de estos reinos. V. P. dispondrá lo más acertado y lo que fuere de mayor gloria del Señor, y yo desearé siempre acertar á obedecerle con todo el rendimiento que debo. Nuestro señor guarde, etcétera.—Villagarcía y Mayo 8 de 1671.—*Juan Rubí.*

*La contestación del P. General á esta última petición, llegó á 20 de Junio, por lo que deshecho el P. Rubí en agradecimiento, y teniendo ya por concluido este negocio, escribe finalmente al P. Oliva, en los términos siguientes: P. Ch.—*Habiendo conseguido, con el favor de V. P. el deseo de ir en compañía del P. Tirso en el empleo santo de las misiones, no puedo dejar de dar á V. P. muy rendidas gracias, y confesarme por esta merced con nueva obligación de encomendar á nuestro Señor los sucesos y salud de V. P., no sólo en mis pobres oraciones y sacrificios, sino también aplicando por esta intención, muchas de las que encomendamos en las misiones, que experimentamos siempre muy poderosas, con su Majestad. Suplico también á V. P. me favorezca con sus oraciones, que de ellas y su bendición, espero la asistencia divina en este empleo tan superior á mis cortos talentos.

El P. Tirso, me parece significa á V. P. la conveniencia que ten-

dría el entrar en Portugal. Yo, como buen testigo de lo que ví y experimenté en la misión que hice en la ciudad de Miranda, que es por esta parte la primera de Portugal, puedo asegurar á V. P., que la buena disposición de aquella tierra, y la necesidad que tienen por los males de la guerra pasada, y por no estar tan estilado allí este modo de predicar de las misiones, promete haber de ser de mucho servicio de nuestro Señor y bien de las almas, y aumento de este ministerio. Así creo, que V. P. se servirá de favorecer y amparar esta empresa, á gloria de nuestro Señor. También deseo que V. P. nos envíe una patente en que nos comprenda al P. Tirso y á mí, porque vayamos unidos en el orden y mandato de V. P., de suerte que podamos decir que V. P. *misit nos binos ante faciem suam in omnem civitatem et locum*. Dios nuestro Señor lo guíe en su santo servicio y nos guarde, etc.—Villagarcía, Julio 15 de 1672.

4. *La misión de Miranda (Portugal) de que hace mención el P. Rubí en la carta anterior, la dieron él y el P. Cruzat, profesor de Teología en Valladolid. De ella hablan las cartas anuas.* La mudanza de costumbres fué muy notable, y el número de los que comulgaron en la santa iglesia catedral, el día de la comunión general, fué de diez mil. Concluida la misión, las autoridades de la ciudad escribieron una carta honorificentísima á nuestro P. Provincial, en la que suplicaban que volvieran nuestros Padres á misionar en aquella comarca.

*Este fruto y estos deseos, referidos por el P. Rubí al P. Tirso, entusiasmaron á éste, renovaron sus antiguos pensamientos y deseos, y le pusieron la pluma en la mano para instar al P. General en este asunto de las misiones de Portugal. Esta carta decía así: P. Ch.—*Antes de llegar á Montilla escribí á V. P. dándole cuenta del orden que tenía del Padre Provincial, para venirme por allí. Hízose aquella misión á mucha gloria de Dios. Pasé luego á Castilla, y llegué á Valladolid, á 14 de Junio. Por ser ya entrado el verano y acercarse los caniculares, fué necesario poner punto á las misiones de este año. Escribí luego al Sr. Arzobispo de Santiago, diciéndole cómo á fines de Agosto partiríamos para aquella ciudad; de lo que su Ilustrísima está muy gozoso. Estos dos meses estoy con el P. Rubí, en este colegio de Villagarcía, que es muy á propósito para la soledad, que naturalmente se apetece, después de tanto bullicio y comercio con los prójimos.

Años ha que traigo en la cabeza y en el corazón la misión de Portugal, adonde está una grande mies dispuesta. Con las guerras y comunicación de las naciones extranjeras, ha quedado la gente muy estragada, y el vicio tiene mucho más imperio del que tenía antes. Los

naturales de los portugueses son de suyo blandos y piadosos, y muy dispuestos para recibir con grande provecho la misión. Bien se reconoció este invierno en la entrada que hizo el P. Rubí á la ciudad de Miranda, que confina con el obispado de Zamora, llamado de los capitulares de aquella santa Iglesia, adonde el fruto fué inmenso, concurriendo, de doce y catorce leguas, los fidalgos y señores portugueses, con infinito pueblo, quedando todos admirados de este modo de predicar. Luego que yo oí este suceso, hice concepto que con él nos había Dios abierto la puerta, y nos hacía señas, y llamaba para entrar en lo más interior de aquel reino, penetrando á Lisboa, Coimbra, Evora y todas las ciudades grandes. Espero que esta empresa ha de ser la más gloriosa, que hasta aquí he tenido en estos siete años.

Como es natural en los nuestros que tengan celos de que vengan de otras Provincias á hacer misión en la suya; con especialidad se puede recelar esta dificultad en los Padres portugueses, á título de ser los misioneros castellanos, por la natural antipatía, que tiene la nación portuguesa á la castellana. Para esto, se ha de servir V. P. de prevenir al Provincial ó Provinciales de Portugal, escribiéndoles cuando sea tiempo; que no habiendo resistencia en los de la Compañía, será franca la entrada, y nos vendrán á llamar y rogar. Uno de los frutos principales que yo espero de la entrada, es que quede entablado entre los nuestros este modo de hacer misiones, y animado este ministerio, que no pienso está por allá tan sendereado; porque aunque aquella Provincia es muy observante, y que ha granjeado grandísima estimación con todos; no obstante, según tengo entendido, parecen los de allá *Jesuitae monachales*. Y así, la misión que vieron en Miranda, inmutó, como cosa nunca vista, por allá.

A Portugal podremos pasar, en habiendo satisfecho al Sr. Arzobispo de Santiago; y aunque este año no entremos de propósito, con todo, si hacemos misión en la tierra de Galicia, confinante con Portugal, nos llamarán; y para que la voz nos allane el camino, para la entrada á las ciudades más principales, será conveniente hacer algunas breves correrías en aquel país. V. P. se sirva de encomendar á Dios este negocio, y echarnos su bendición, y darnos su licencia para esta empresa; y se le pareciere conveniente, prevenir, desde luego, al P. Provincial de Portugal, por si acaso entramos, para que nos hagan la acogida que V. P. desea, cuya persona guarde el Señor muchos años.—Villagarcía y Julio 15 de 1672.

P. D.—Supuesto que Dios, por mano de V. P., nos ha unido al Padre Rubí y mí en este ministerio, se ha de servir V. P. de enviar tam-

bién patente al P. Rubí para todas las Provincias de España, ó una que comprenda á entrambos, y esto segundo parece lo más conveniente, para que no me quiten compañero tan á propósito. *En otra de 26 de Agosto en que trata de otros asuntos, concluye el P. Tirso con estas palabras que vienen al caso para terminar este párrafo: El P. Rubí y yo quedamos en ejercicios, para partir á nuestro ministerio.*

5. *Del Itinerario Breve, que va en el capítulo segundo de esta obra y de otros documentos que encontrará el lector, esparcidos acá y allá en la misma, consta el empeño grandísimo que el nuevo Arzobispo de Santiago, D. Andrés Girón (1), puso en llevar á su archidiócesis, para que misionara en ella, al P. Tirso, cuyo espíritu apostólico le era bien conocido, desde que de 1666 á 1667 misionó en el reino de Navarra. Logró al fin sus deseos el benemérito Prelado, y en Septiembre de 1672, el P. Tirso, con su nuevo compañero, salió de Villagarcía, con rumbo á Santiago. Mas, antes de alejarse de Castilla, hubieron de dar misión, tan celosos operarios de la viña del Señor, en Medina de Rioseco, á petición de uno y otro cabildo civil y eclesiástico.*

Creemos que á Rioseco se refiere lo que consignan las cartas anuas, como puede verse en el Apéndice, de una ciudad de la parte occidental de Castilla, que por la grande corrupción de costumbres que en ella reinaba, y por los castigos del cielo, de que se veía afligida, estaba sumamente necesitada de la misión, remedio supremo para tales males. A una alma santa, que allí había, reveló Dios en la oración la venida de los misioneros de la Compañía de Jesús, antes de que estuviera determinada su llegada; y la Virgen Santísima manifestó á otra alma, devota suya, el beneficio que á ella y á toda la ciudad iban á hacer dichos misioneros. Y en efecto, con la llegada de éstos, se lograron las promesas del cielo; pues reconciliadas las gentes con Dios, y hecha penitencia por los pecados públicos y privados, la peste y la plaga de la langosta, que los tenía tan afligidos, cesaron por entero, después de una solemne rogativa hecha á una ermita cercana de la Virgen. Con este suceso creció lo indecible la devoción á nuestra Señora, y se afianzaron todos en sus propósitos, de desterrar de allí, por completo, los escándalos, vicios y supersticiones, que antes reinaban.

Terminada la misión de Medina de Rioseco, partieron para Galicia los misioneros, yendo en derechura á Compostela, para ponerse á las órdenes

(1) Era natural de Toro, y después de ocupar una plaza de colegial en el Mayor de Oviedo de Salamanca, fué Canónigo lectoral de Segovia y Magistral de Avila y Cuenca. En 1660 fué promovido al Obispado de Lugo, y en 1664 al de Pamplona, de donde, en 1669, pasó á Santiago. Aquí perseveró hasta su muerte, acaecida en 1680.

del Excmo. Sr. Girón, que con ansia los esperaba. Vimos ya en el capítulo segundo lo que el P. Tirso dice, en compendio, de esta su llegada y primeros trabajos en la archidiócesis compostelana. Las cartas anuas narran estos sucesos, con alguna más distinción, por estas palabras que traducimos fielmente del latín en que están escritas:

Nunca Compostela se vió abrasada por un fuego tan sagrado, ni en ella hubo tan grande moción de los ánimos, como cuando el Excmo. Sr. Arzobispo, D. Andrés Girón, trajo para misionar en ella al P. Tirso Gonzalez, pregonero felicísimo del Evangelio, y varón señaladísimo y digno de todo encomio, por su celo, de la gloria de Dios, salvación de las almas y pureza de nuestra santa fe, quien traía por compañero al P. Juan Rubí. De las muchísimas excursiones apostólicas que hizo por todo el arzobispado, ya con el P. Rubí, ya con otros diversos compañeros, una solamente narraremos con alguna detención, la de Santiago, apuntando brevemente lo concerniente á las demás, ya porque aquella da idea de las restantes, ya para no molestar al lector con la repetición de cosas parecidas.

El año 1672, á dos de Octubre, llegaron á Santiago los misioneros, con la salud algo quebrantada, efecto, ya de los arduos trabajos de las misiones pasadas, ya del largo viaje. Para reparar sus fuerzas, se detuvieron á descansar en nuestro colegio hasta el 13, día en que, por orden del Sr. Arzobispo, pasaron á Iria Flavia ó Padrón, por donde dieron comienzo á las misiones de Galicia. Trabajaron allí sin descanso y con tan ardiente celo, que aunque el trabajo fué muy grande, aun más grande y sobre la espectación común, fué el fruto conseguido.

Quebrantadas las fuerzas corporales del P. Tirso, que no podían igualar á las de su grande espíritu, para que las misiones no quedasen interrumpidas, fué preciso llamar al enfermo á Santiago, á fin de que allí atendiera á su curación, enviando en su lugar á otro Padre del colegio, con el que el P. Rubí recorrió algunos lugares de la costa, hasta mediados de Noviembre, en que volvieron á casa, cargados de los ricos frutos obtenidos en bien de las almas, encontrando al P. Tirso restablecido de su enfermedad, y recobradas, con la quietud, las fuerzas perdidas en los trabajos pasados, para emplearlas en otros nuevos.

6. *Apenas llegados los misioneros á Santiago, el celoso Arzobispo los proveyó del siguiente documento, en que tan á las claras se muestra, no menos que su ardiente deseo del bien espiritual de sus diocesanos y súbditos, el grande aprecio que hacía de la Compañía de Jesús, y en particular de los trabajos apostólicos de sus misioneros. El documento en cuestión, en forma de edicto, es como sigue: D. Andrés Girón, por la gracia de Dios*

y de la Sta. Sede Apostólica, Arzobispo, y Señor de Santiago, del Consejo de su Majestad, su Capellán mayor, Juez ordinario de su Real Capilla, Casa y Corte, Notario mayor del Reino de León, Gobernador y Capitán General del Reino de Galicia, etc., etc. Teniendo muy presente la cuenta, que hemos de dar á Dios nuestro Señor del copioso y extendido rebaño, que nos ha encomendado, y la que el mismo Señor ha de pedir á cada uno de nuestros súbditos; y que está tan vecina, cuanto lo está la muerte, que cada hora debe tenerse, para que no nos coja desprevenidos: Y viendo, que aun no bastan tantos y tan repetidos golpes, con que la divina misericordia cada día nos avisa del rigor de su justicia, reconociendo por ellos, cuán ofendida se halla la Majestad de nuestro Dios y Señor, de los excesos de nuestras culpas, y cuán justo es, que las reconozcamos, y lloremos con dolor verdadero, y propósito firme de no ofenderle más: Por tanto, para cumplir con parte de nuestra obligación y pastoral oficio, hemos acordado, se hagan misiones en esta ciudad, y toda nuestra diócesis, por ser el medio más eficaz y proporcionado para dar á los fieles, que Dios ha puesto á nuestro cargo, la saludable medicina, con que se purgan las conciencias, y el pasto espiritual, con que se alientan las almas.

En estas misiones, sin duda la espada de la palabra divina, desnuda á todas horas en sermones, pláticas, doctrinas y otros ejercicios santos de día y de noche, en las iglesias, calles y plazas, se opone á la insolencia de los vicios de nuestro siglo, con los buenos efectos que admira en sus experiencias toda España. Ellas acallan, sin duda, la queja de aquel insigne Cardenal Hugón: *O pastores ¿quid facitis? Christus in oculis vestris crucifigitur et adhuc, gladium in vagina habetis?* Y habiendo conferido esta materia con el Rvmo. P. Provincial de la Compañía de Jesús y el Rvmo. P. General, para que señalasen operarios, que entendiesen en esta misión; movidos del ardiente celo, con que su religión sagrada, solicita nuestro mayor, y más seguro bien, han señalado con gran gusto, al P. Tirso González y P. Juan Rubí, misioneros, y predicadores apostólicos, con patente del Rvmo. P. General, en todos los reinos y provincias de España, en que los ha hecho bien conocidos su predicación apostólica, y celo del bien de las almas.

Y para que se dé principio á esta sementera de la divina palabra y se logre un agosto copioso, en que secos y extirpados los vicios, se recojan las virtudes sazonadas y crecidas: Requerimos á todos nuestros súbditos, de parte de nuestro señor Jesucristo, y de la nuestra afectuosamente les rogamos, y encarecidamente les pedimos, por las entrañas de aquel soberano Señor, que murió por nosotros en una cruz, se

animen y alienten á asistir, con gran puntualidad y devoción á las doctrinas, sermones, pláticas, y demás ejercicios, para ganar las indulgencias y jubileos concedidos por los Sumos Pontífices, que ponemos aquí para que todos las sepan, y son como siguen:

Jubileos perpetuos de la Santidad de Gregorio XV.—Primeramente, concede su Santidad á todos los de la Compañía de Jesús, que acostumbraren enseñar la doctrina cristiana á los niños y cualesquiera adultos, y á todos los que de cualquiera manera ayudaren al tal ministerio, con licencia de sus superiores, y consentimiento de los ordinarios, y á todos los que asimismo acostumbraren á hallarse presentes á su declaración, estando confesados y comulgados, una vez en el año, un día de fiesta, que señalare el ordinario, ó quien tuviere sus veces, en las iglesias donde se enseña la doctrina cristiana, ganar indulgencia plenaria y remisión de todos sus pecados.—*Item*, todos los arriba dichos, habiendo confesado y comulgado, ó si no pudieren, estando contritos, invocando el nombre de Jesús, á lo menos con el corazón, si no pueden con la boca, en el artículo de la muerte, ganan indulgencia plenaria y remisión de todos sus pecados.—*Item*, los mismos, que cada mes, una vez confesaren y comulgaren, ganan siete años, y siete cuarentenas de perdón.—*Item*, todos los que fueren causa, y ocasión, que los niños, criados, y otras cualesquiera personas, vayan á la doctrina cristiana, ganan doscientos días de perdón.—*Item*, los que los días de las *estaciones* de Roma, enseñaren la doctrina cristiana, en las iglesias, ú oratorios, con licencia del Ordinario, y los que se llegaren á oirla, y aprenderla, ganan las mismas indulgencias, que ganaran, si visitaran las iglesias de las dichas *estaciones*.—*Item*, las mismas indulgencias de las *estaciones* ganan los visitadores de las escuelas de la doctrina cristiana, si por oficio propio visitaren aquel día las escuelas, que pudieren y hubieren confesado y comulgado.—*Item*, todos los que en días de trabajo, en público y en particular, declaren la doctrina cristiana, ganan cien días de perdón.—*Item*, todos los maestros que en los días de fiesta llevaren á sus discípulos á la doctrina, y se la enseñaren, ganan siete años de perdón; y los que en día de trabajo la enseñaren en su propia escuela, cien días. Lo mismo ganan las maestras.—*Item*, todos los de la Compañía de Jesús, que en las iglesias ó en los oratorios, donde se enseña la doctrina cristiana, predicaren la palabra de Dios, ó hicieren algunas conferencias espirituales, ganan siete años de perdón.—*Item*, todos los padres y madres de familia, que en sus casas declaren la doctrina á sus hijos ó hijas, criadas, ó criados, ó domésticos, por cada vez que lo hicieren, ganan cien días de perdón.—*Item*, todos

los que anduvieren por las ciudades, y otros lugares, por causa de enseñar la doctrina cristiana, á niños, hombres ó mujeres, ganan siete años de perdón.—*Item*, los que salieren fuera de la ciudad á enseñar la misma doctrina á las aldeas, ó arrabales, ó villas, diez años de perdón.—*Item*, todos los fieles que se ocuparen media hora en enseñar, ó en aprender la doctrina cristiana, ó asistieren á su declaración, cien días de perdón.—*Item*, todos los que tienen costumbre de enseñar la doctrina cristiana, y visitaren algún enfermo, ganan doscientos días de perdón, cada vez que lo hicieren.—*Item*, finalmente quiere su Santidad, que estas indulgencias sean perpetuas.

Jubileo plenísimo de la Santidad de Clemente IX.—A todos los religiosos de la Compañía de Jesús, que fueren á misiones, y á todos los fieles, á cuyos pueblos fueren enviados, da su Santidad su apostólica bendición.—*Item*, á los sobredichos que estando verdaderamente arrepentidos y habiendo confesado, y comulgado, rogaren devotamente, por la exaltación de la santa Iglesia Romana, por la unión entre los príncipes cristianos, conversión de los infieles, y extirpación de las herejías, cuanto fuere la devoción de cada uno, concede por una vez solamente, con autoridad apostólica, indulgencia plenaria y remisión de todos sus pecados.

Pasados por la santa cruzada, cuya bula han de tener para ganarlas.—

Y además de las dichas indulgencias y gracias, concedidas por los Sumos Pontífices, concedemos cuarenta días de indulgencia, á todas las personas que se hallaren presentes, y asistieren á las dichas doctrinas, pláticas y sermones, por cada vez que asistieren; y las mismas concedemos, á todos los padres ó madres de familia, que enviaren á sus hijos ó criados, por cada vez que los enviaren. Y á los dichos religiosos de la Compañía de Jesús, que se ocuparen en la dicha misión, por todo el tiempo que durare, les damos comisión y facultad, y cometemos todas nuestras veces plenariamente, para que en el fuero de la conciencia puedan absolver y dispensar en todos los casos, á nos reservados, por decreto y por constituciones sinodales de este arzobispado.

Y porque nos toca señalar iglesia ó iglesias, donde se hayan de hacer estos ejercicios y comulgar; por ahora, y en tanto, que otra cosa no disponemos, señalamos en esta ciudad, nuestra santa y apostólica iglesia, y en las demás ciudades, villas y lugares, cometemos á los Padres de la misión que las señalen. Y mandamos á todos los arciprestes, rectores, vicerrectores y demás curas y clérigos de este nuestro arzobispado, y á las justicias y regidores, que son de nuestro dominio tem-

poral; y á las que no lo son, les encargamos, ayuden, y fomenten por su parte, este tan santo y provechoso ministerio, recibiendo con benignidad, amor y cariño, á los dichos Padres, disponiendo todo lo necesario, para el mejor logro de su intento, y siendo los primeros que asistan y acuda á todos los ejercicios, para dar ejemplo á los demás fieles; que además de ser tan del servicio de Dios, nos será de espiritual gratitud. Dada en los palacios arzobispales de la nuestra ciudad de Santiago á 8 de Octubre de 1672 años.—*Andrés, arzobispo de Santiago.*—Por mandato de su Ilma. el arzobispo mi Señor, *Juan Bautista de Valderrama.*

7 *He aquí ahora como las cartas anuas refieren día por día el fruto que se obtuvo con esta santa misión de Compostela, que dudo haya tenido ninguna que le supere, si es que ha tenido alguna que la iguale, entre las de nuestros más célebres misioneros españoles y extranjeros (1):*

Día 1.—Solemne fué el aparato con que el día primero de Adviento dieron principio á sus sagradas tareas los PP. Tirso Gonzalez y Juan Rubí. Un escogido y copioso número de fieles, multitud de estudiantes, la mayor parte del clero y todos los Padres de la Compañía de Jesús, salieron de nuestro colegio en procesión, presididos por el Excelentísimo Sr. Arzobispo, cantando la doctrina cristiana, y se dirigieron á la santa iglesia Catedral. En cada uno de los púlpitos estaba fijada una bula pontificia: en uno la de las misiones, y en el otro la del catecismo, con la concesión de una indulgencia plenaria para las misiones, y otra para los catecismos.

Grande era la expectación de vecinos y forasteros, y el deseo de oír al P. Tirso, de quien tantas alabanzas decían los que habían tenido la dicha de asistir á sus misiones. Subió por fin dicho Padre á uno de los púlpitos, y explicó; *cómo siendo los misioneros* embajadores de Cristo se deben oír sus palabras como dichas por el Señor, á quien ellos representan; explicó los dos jubileos concedidos por su Santidad, y finalmente, después de haber probado la necesidad de hacer penitencia, y la obligación que hay á veces de repetir las confesiones anteriores, tomando en sus manos la imagen de Jesucristo crucificado, excitó á los oyentes al dolor y arrepentimiento de sus culpas y pecados. Allí fué de ver el llanto de los circunstantes, y el admirable silencio y orden con que, por intimación del misionero, salieron todos del templo para ir á sus casas. Un solo contratiempo se preveía que iba á tener la misión: la estación estaba entrada en agua; la noche anterior no había

(1) Debo la traducción. de estas efemérides, en gran parte de éstas al P. Cecilio Gomez Rodeles.

cesado de llover, y aquel día sólo paró la lluvia, cuando echó á andar la procesión. Pero no quiso el Señor estorbar la fiesta, de que tanta gloria le iba é resultar; pues mientras duró la misión, no cayó del cielo ni una sola gota de agua.

Día 2.—Este día, á eso de las tres de la tarde, por espacio de media hora, habló el P. Tirso sobre la confesión general de toda la vida, y anunció á la muchedumbre, que habría por la noche, sin asistencia de las mujeres, *acto de contrición* por las calles de la ciudad. A continuación subió al púlpito el P. Rubí, de roquete, é hizo un devoto y fervoroso sermón, que duró algo más de una hora, en el que exhortó á los oyentes á ganar las indulgencias, amenazando en nombre de Dios á los que aplazasen la penitencia para otro tiempo, con pretexto de sus obligaciones. Al fin, tomando el Sto. Cristo, los excitó al dolor, con grande fervor y energía, siguiéndose en el auditorio una explosión de voces, implorando de Dios indulgencia y misericordia. El Padre despidió á los fieles poseídos de saludable temor.

Al entrar la noche, tuvo lugar la procesión de penitencia, en esta forma: Reunidos los hombres en la capilla de nuestro colegio (pues todavía no estaba acabado el templo), en mucho mayor número de lo que la estrechez del sitio lo permitía, poniéndose de pie el P. Tirso, en la tarima del altar mayor, les hizo una plática, y al fin de ella les explicó lo que habían de hacer. En seguida uno de los Padres, tomando un crucifijo, empezó á andar, acompañado de algunos que llevaban faroles encendidos. Cerca de ellos iba el P. Tirso dirigiendo el principio de la procesión, y en alta voz, y tono lúgubre, pronunciaba á intervalos, algunas sentencias, propias para mover á dolor de los pecados; y otros Padres mezclados en la procesión, hacían lo mismo. Al fin iba el P. Rubí, junto á un señor canónigo de la basílica de Santiago, el cual, acompañado de algunos clérigos que llevaban hachas encendidas, conducía otra efigie de Cristo en la cruz.

En llegando á la plaza más ancha, subió el P. Tirso sobre un banco, y con voz sonora, y mucho afecto, dijo el acto de contrición, y con fervor, cada vez mayor, fué excitando al pueblo á la detestación de sus pecados. Los fieles arrepentidos, manifestaban su dolor y sentimiento de haber pecado, dándose de bofetadas. Después de haber rezado algunas Avemarías, por los que hubiesen hecho actos de verdadera contrición, y también por los pecadores obstinados, y por otras necesidades, siguió adelante la procesión con gran silencio, cosa que parecía difícilísima, asistiendo tanta gente, y por las calles, y de noche. En otro lugar espacioso hizo el Padre Rubí el segundo acto de contri-

ción, semejante al primero, y con no menor conmoción de los oyentes. Llegados á la Catedral, hizo el P. Tirso la exhortación, propia de este acto, con extraordinaria vehemencia y unción. Los suspiros, sollozos, gemidos, bofetadas y voces de ¡perdón!, ¡misericordia!, acompañadas de copiosas lágrimas, formaban una desconcertada armonía, capaz de conmover el corazón más duro é insensible; de modo que salía la gente de la iglesia, como si bajasen del monte Calvario, hiriendo sus pechos, llorando y guardando religioso silencio.

8. *Día 3.*—Por la mañana estuvieron los Padres de la Compañía en la iglesia del Apóstol Santiago, oyendo confesiones, que casi todas eran de toda la vida ó de muchos años. Por la tarde después de comer subió al púlpito el P. Rubí de manteo; anunció á los hombres la disciplina pública para la noche, y habló del modo de hacer buena confesión. A las tres subió á predicar el P. Tirso y trató de «cómo es sentencia muy común entre los Santos Padres y Teólogos, que la mayor parte de los adultos, aun de los católicos, se condenan, siendo, por consiguiente menor el número de los que se salvan.» Como consecuencia práctica exhortó á los oyentes á seguir la senda estrecha de la verdadera penitencia, y sacando el Sto. Cristo, excitólos á detestar sus pecados. Escucharon los fieles estas palabras, conmovidos y llorosos, entre los gemidos, súplicas, y protestaciones que salían de sus labios, y el estrépito de las bofetadas, que descargaban sobre sus mejillas.

Entrada la noche acudieron muchísimos á nuestra capilla, tantos que no podían revolverse en ella: les habló desde el púlpito el P. Rubí, animándoles á tomar venganza de su cuerpo, que es incentivo de casi todos los pecados. Repartidos los penitentes en tres tandas, por no permitir otra cosa el local, se distribuyeron disciplinas á una de ellas, y á oscuras, mientras uno de los Padres cantaba con pausa, semitonando el salmo *Miserere*, se disciplinaban fuertemente, enterneciendo sus golpes los corazones de los nuestros, que derramaban abundantes lágrimas. Disciplináronse después los otros dos grupos, testificando todos de manera tan clara, cuán grande era el dolor concebido de sus pecados.

Día 4.—Fiesta de S. Andrés. De siete á doce confiesan los nuestros en la Catedral. A las dos de la tarde el P. Rubí, así que acabó el P. Tirso la explicación de la doctrina á una inmensa muchedumbre de hombres y mujeres, predicó sobre el juicio particular, terminando como de costumbre, y dándoles al fin la bendición; haciendo tres cruces con la mano derecha. Mientras predicaba el P. Rubí dentro del templo, lo ha-

cía el P. Tirso, en el atrio, á unas tres mil personas, que no podían oír al P. Rubí, por más que su voz era de mucho alcance.

Día 5.—De siete á doce, todos los Padres del colegio y muchos sacerdotes seculares, oyeron confesiones en la iglesia del Sto. Apóstol, Llegada la tarde, á la hora de costumbre, habló el P. Rubí, sobre las cosas necesarias para hacer un acto de contrición, y el P. Tirso explicó, en qué consiste convertirse á Dios de todo corazón; que esto exige, ante todo, el que uno aleje de sí las ocasiones que los teólogos llaman próximas, entre las cuales deben contarse, no sólo aquellas en que las caídas son frecuentes, sino también las que se prevea que le habrán de arrastrar al pecado, si es que uno se encontrase en ellas. Esta doctrina la confirmó con ejemplos adecuados, y causó gran moción en los oyentes, siguiéndose después los sollozos, supiros, bofetadas, etc., que manifestaban el dolor de sus corazones.

Día 6.—Los trabajos del sexto día fueron semejantes á los del anterior, con la particularidad de que á los disciplinantes les hizo el Padre Tirso la exhortación, que versó sobre la lujuria.

Día 7.—Fiesta de S. Francisco Javier; hubo misa cantada en nuestra capilla, por los músicos de la catedral, y panegírico del Santo, pronunciado por el P. Predicador del colegio. Los confesores se dividieron en dos grupos: unos estuvieron en la catedral, y otros en el colegio. Por la tarde, á la hora de costumbre, así que el P. Rubí acabó la explicación del catecismo, predicó muy elocuentemente el P. Tirso sobre la reconciliación de los enemistados, y el perdón de las injurias, consiguiendo mover al auditorio, aun más de lo que estaba movido, particularmente cuando al presentar al pueblo la imagen de Cristo crucificado le incitó á perdonar los agravios recibidos. Entonces fué el gemir, el llorar, el suspirar, y el darse bofetadas sin medida.

9. *Día 8.*—Hubo indulgencia plenaria en forma de jubileo mensual, concedida por la Sta. Sede, á los que confesados y comulgados visitaren nuestra capilla, como se hace cada mes; por eso estuvieron los confesores en el colegio á disposición de los fieles. A las dos fueron ambos Padres á la catedral, el uno para platicar, y para predicar el otro. Mas, era tal el gentío, que se hizo necesario, el que predicaran ambos á la vez; así que el P. Rubí predicó de la muerte, dentro del templo; y el P. Tirso lo hizo fuera, á la gente que llenaba todo el trayecto de la catedral al real convento de Benitas. Fueron oídos con extraordinaria conmoción, no sólo del crecido concurso de fieles que los escuchaba, sino también de las monjas, las cuales, aunque guardaban con exacti-

tud su instituto, sin embargo, con las exhortaciones que hacían al pueblo los misioneros, entraron en nuevo fervor.

Día 9.—Los nuestros se ocuparon toda la mañana en oír confesiones en la catedral. Por la tarde el P. Rubí, explicó la doctrina, y el Padre Tirso habló con gran fervor y provecho de los fieles, sobre la necesidad de la oración. Terminó su discurso, exhortando, como de costumbre, al numeroso auditorio, á dolerse de sus pecados, y prorrumpiendo los fieles en las muestras de dolor usadas muchas veces. En este día se tuvo de noche el acto de contrición, que tan apto es para excitar á dolor de los pecados cometidos. Concurrieron á él los hombres solos, y su número fué crecidísimo; el silencio con que recorrían las calles, atentos unicamente á sus oraciones, era muy edificante. Al salir les hizo una exhortación propia del caso el P. Rubí, y en seguida comenzó el desfile de la procesión, en la que iban dos canónigos, llevando cada cual su Sto. Cristo. El primer acto de contrición, lo hizo el P. Rubí, el segundo el P. Tirso, y el tercero el P. Rubí. Siguióse á ellos todo el fruto que podía esperarse.

Día 10.—La mañana se empleó como las anteriores. Por la tarde, predicó el P. Rubí sobre la diferencia, entre lo temporal y lo eterno, con mayor elocuencia y fervor que nunca, pasmándose todos, no pudiendo entender como tenían los Padres fuerzas para predicar sermones tan vehementes y eficaces, después de pasar tantas horas en el confesonario.

Día 11.—La mañana entera de este día se empleó en el ministerio sagrado de oír confesiones. A la tarde predicó el P. Tirso, á la apiñada muchedumbre, acerca de la avaricia, pintando este vicio con tan vivos colores, que produjo desusada moción y fruto. Al anochecer platicó el P. Rubí, á los disciplinantes voluntarios que acudieron á nuestra iglesia.

Día 12.—Coincidió este día con la fiesta de la Inmaculada Concepción, y fué de mucho trabajo, por ser el de la comunión general del jubileo de las doctrinas. Acudieron á participar de tan celestial tesoro más de treinta mil personas. Para confesarlas se reunieron en la catedral nuestros Padres, muchos sacerdotes seculares y otros religiosos; y estuvieron todos desde las cuatro de la mañana, hasta las doce, y algunos hasta la una. A fin de que un resultado tan feliz no acabase con aquel año, se obtuvo facultad para que los fieles pudiesen ganar las mismas indulgencias cada año en la santa iglesia metropolitana; y el Señor Arzobispo deseoso de tener alguna parte en obra tan santa, explicó la doctrina cristiana los sábados de cuaresma.

Terminadas las vísperas de aquel día, predicaron ambos misioneros: el P. Rubí en el atrio, y el P. Tirso en el templo, sobre la perseverancia en el bien comenzado; aconsejando como medios, la asiduidad en las oraciones vocales, frecuencia de sacramentos, práctica de meditar, y devoción á la santísima Virgen, sobre todo rezándola el santo rosario, aconsejando á los párrocos que hiciesen señal con la campana para que los fieles acudiesen á la iglesia á rezarle. A persuadir esto contribuyó la narración de un ejemplo muy á propósito. Avisaron los Padres, que los ejercicios de la misión se tendrían al día siguiente en la iglesia de S. Martín, de los religiosos benedictinos, adonde se iría desde la catedral en procesión, y cantando el catecismo, é invitaron para este acto á todos los fieles.

10. *Día 13.*—Grande fué la afluencia de gente á la procesión con que se pasó la misión de la catedral á S. Martín. A las dos empezaron á marchar dos larguísimas filas de nuestros estudiantes de gramática (1); seguían los universitarios, que en crecido número oyeron los sermones en el templo ó en el atrio; tras estos iban los fieles, y por fin, el clero, con el Sr. Arzobispo á la cabeza, cantando todos el Padrenuestro, Ave-maría, los artículos de la fe y otras cosas del catecismo. Iban en la procesión cuatro estandartes. A las puertas del templo de S. Martín estaban aguardando los monjes. No cabiendo todos en el anchuroso templo, y por no dejar desolados á los que quedaron en la plaza, improvisó el P. Tirso un elocuente sermón, mientras su compañero predicaba en la iglesia. Se alargó esta función hasta la noche, en la que, como otras veces, acudieron muchos á nuestra capilla, para disciplinarse en ella.

Día 14.—Por la mañana fueron nuestros Padres á confesar á San Martín, siendo muy bien recibidos y tratados por el P. Abad, que les convidó á comer, aunque ellos no aceptaron. Por la tarde á las dos y media volvieron allá los dos misioneros, para hacer el ejercicio acostumbrado. El P. Rubí platicó de las indulgencias y de algunos otros puntos, estando presentes el Excmo. Sr. Arzobispo y Gobernador de Galicia, el P. Abad, y muchísimos canónigos y religiosos. El templo estaba llenísimo. Subió después al púlpito el P. Tirso, y por espacio de una ho-

(1) En esta segunda mitad del siglo XVII, llegó á contar este colegio de Santiago más de mil estudiantes de primeras letras y gramática; doscientos teólogos, y otros tantos filósofos, aparte de los seminaristas irlandeses y de los jóvenes jesuitas que cursaban allí la Filosofía ó Artes. Los irlandeses vivían bajo la dirección de los Padres de la Compañía de Jesús en la casa de la calle de la Rúa Nueva, propiedad hoy del señor Harguindey, en que se halla establecido el colegio de S. Luis.

Como profesor de primeras letras alcanzó gran fama el H. Santiago Gomez, natural de Guillamil (Orense), que empleó su larga vida en este ministerio, y fué autor de una obra de caligrafía, titulada: *Preceptos de la Pluma*.

ra trató docta y fervorosamente de que «cual es la vida, es la muerte de cada uno.» Concluyó á las cinco y media con una tiernísima plegaria á Cristo crucificado y una vehemente exhortación final á todos los fieles, para que detestasen sus culpas y propusiesen la enmienda en lo sucesivo.

Día 15.—Por la mañana confesiones. A las tres de la tarde predicó el P. Rubí, sobre las penas del infierno, sacando al fin el cuadro del alma condenada, en que se pintan al vivo las penas de sentido. El predicador fué describiendo estas penas con el cuadro delante, enumerando sus causas, y proponiendo los remedios para los que quisieren evitarlas. Por fin, tomando el Sto. Cristo, en nombre de los oyentes pidió al Señor perdón de todas las pasadas iniquidades, y despidió al pueblo consternado con un temor saludable. El P. Tirso, viendo en la calle una inmensa turba de fieles, que pugnaban por entrar en la iglesia, ó cuando menos en el atrio, sin que pudieran conseguirlo por estar ya todo lleno, se los llevó al atrio de la Catedral, donde predicó á unas tres mil personas oyéndole las religiosas de S. Benito desde su monasterio.

Día 16.—Por la mañana se ocuparon los nuestros en oír confesiones. Por la tarde el P. Rubí explicó el catecismo, y el P. Tirso, predicó un largo y utilísimo sermón sobre la gravedad del pecado mortal. Terminó á las cinco y media con el acto de contrición, que movió extraordinariamente al pueblo. En seguida los hombres vinieron á nuestra iglesia para tomar santa venganza de sus pecados, con una recia disciplina.

Día 17.—Después de haber empleado la mañana todos nuestros Padres en oír confesiones, por la tarde el P. Tirso tuvo la doctrina, y el P. Rubí predicó de la muerte, al numeroso auditorio, del que formaban parte muchos forasteros, sacando al fin el Sto. Cristo, y excitando á la detestación de los pecados y á la diligencia en disponerse para una santa muerte.

Día 18.—Este día predicó el P. Tirso contra la moda de llevar las mujeres el vestido escotado hasta dejar ver los hombros, y á veces aun los pechos, hablando luego de la hermosura del alma, reportando fruto abundante, como siempre. Al anochecer vinieron los hombres á tomar su disciplina.

Día 19.—Hubo grande afluencia de penitentes. A las tres empezó el P. Tirso la explicación del séptimo mandamiento. El P. Rubí predicó á la apiñada muchedumbre sobre el evitar los juramentos. Fué elocuente y eficaz en alto grado este discurso, las razones aducidas de

mucho peso, y los ejemplos muy adecuados; la moción del pueblo fué muy grande, sobre todo cuando el Padre, tomando el Sto. Cristo, hizo con él un fervoroso coloquio. Poco después hubo acto de contrición por las calles; la primera exhortación la dirigió el P. Tirso en el atrio de S. Martín; el P. Rubí, la segunda, en el de la Catedral, y el P. Tirso la tercera, dentro de la iglesia del Sto. Apóstol. El fruto recogido fué abundante.

Día 20.—Confesiones como de costumbre durante la mañana. A las tres de la tarde, por acudir innumerables fieles al sermón del P. Tirso, y no poder entrar todos en la iglesia á oírle, se hizo necesario que predicaran á la vez los dos misioneros: el P. Tirso Gonzalez dentro, y el P. Rubí fuera de S. Martín. Persuasivo, suave y eficaz fué el sermón del P. Tirso, que versó acerca del juicio universal. Es indescriptible la moción que se siguió, máxime cuando tomó en sus manos la imagen de Cristo juez incorruptible, y exhortó al pueblo á obrar de suerte que merecieran ser colocados en el tremendo día á la derecha del Señor. No cabe duda que este sermón sacó del cieno del pecado y puso en camino de salvación á muchas almas. Este mismo día se fijaron en las esquinas y lugares públicos de la ciudad, los carteles contra juradores, que llevaban escritas las palabras del Eclesiástico (23-12). *Multum jurans implebitur iniquitate et non discedet a domo illius plaga*: En casa del que jura —No faltará desventura. Por la noche hubo disciplina como de costumbre.

Día 21.—Fué el concurso de penitentes tal, que muchos confesores no pudieron decir la misa hasta la una de la tarde. No inferior fué el concurso por la tarde, de los que vinieron de las aldeas circunvecinas, lo que hizo necesario el que predicasen á la vez los dos misioneros. El P. Rubí lo hizo en S. Martín y el P. Tirso en el atrio de la Catedral. El P. Rubí preguntó á algunos jóvenes de familias principales lo que se había explicado en los días anteriores sobre el pecado. Habló luego brevemente contra los cantares obscenos, y exhortó á los oyentes á valerse de cánticos piadosos. Entonces él, con los niños que tenía preparados, entonó un canto al Santísimo Sacramento, tan suave y tierno que todos se deshacían en lágrimas, y se vieron obligados á exclamar: *que no había cantar tan suave como aquel cantar*. Acabó con un sermón sobre el número de pecados que Dios tolera á cada uno, pasado el cual, le envía la muerte: doctrina muy á propósito para que todos se confirmasen en la resolución de nunca jamás pecar. Hizo al fin el acto acostumbrado de contrición.

11. *Día 22.*—El Sr. Arzobispo señaló para la comunión general de

este día la Sta. Iglesia Catedral y la de S. Martín, trabajando los confesores, desde las cuatro de la mañana, á la una de la tarde. Comulgaron cerca de cincuenta mil personas; á pesar de que cada día de los anteriores, lo hacían en S. Martín, unas mil quinientas, y muchas otras en nuestra capilla ó en otras iglesias. A las tres tuviéronse dos sermones á un tiempo, á dos numerosísimos auditorios, sobre el modo de conservarse en gracia: el P. Tirso, en S. Martín, y su compañero en el atrio. Acabaron ambos indicando los ejercicios de piedad, que convendría practicar en adelante.

Al día siguiente se reunieron en nuestro colegio el Sr. Arzobispo con los canónigos y personas principales, á las cuales exhortó el P. Tirso á conservar el fruto de la misión; y desde entonces se empezó á rezar el santo rosario en tres templos diferentes, y á proponer los puntos de la meditación para el día siguiente. El dignísimo Prelado, no contento con haber asistido á todos los sermones, él mismo dirigió el rosario siempre que no se lo impidiese la enfermedad, alguna ocupación extraordinaria, ó su ausencia de la ciudad. Un día después habló el Padre Tirso en el claustro de la Universidad á los estudiantes sobre la elección de estado.

En resumen: la mies recogida por los misioneros con labores tan prolongadas fué indecible. Los odios inveterados y acerbas disensiones desaparecieron, perdonáronse las injurias, reanudáronse las rotas amistades, restituyéronse los bienes robados á sus legítimos dueños, refrenáronse las públicas liviandades, rehiciéronse innumerables confesiones sacrílegas, entablóse la frecuencia de sacramentos, muchos emprendieron una vida virtuosa y perfecta, se propagó la devoción y culto de la santísima Virgen María, y se difundió en fin por muchas partes el buen olor de nuestra madre la Compañía de Jesús, con el aprecio consiguiente de nuestros ministerios, y sobre todo de las misiones. Justamente exclamaban los pueblos, admirados, que un método tan santo y prudente de dar misiones, tan provechosas á las almas, no lo había podido aprender la Compañía, sino dándosele el cielo.

Esta es la relación (1) que hacen las cartas anuas de tan famosa misión; la cual concluida antes de las Navidades, y empleado el tiempo de és-

(1) El P. Rodeles en su vida del P. Calatayud trae esta relación, aunque no íntegra. La transcrita es traducción fiel de la copia que de las mismas cartas anuas nos facilitó el citado Padre, al que debemos igualmente otros muchos documentos de los copiados ó citados en esta obra.

También menciona esta célebre misión, así como la que se dió tres años más tarde, el muy ilustre D. Antonio López Ferreiro, en su apreciadisima Historia de la Santa A. M. Iglesia de Santiago, t. IX, pag. 166, donde, tomándolo de las Actas Capitulares, se llama á los misioneros *varones ejemplares y apostólicos*.

tas en hacer la rebusca, se pusieron luego en marcha los incansables misioneros, para los pueblos que les marcó el Sr. Arzobispo.

12. *Respecto de los trabajos apostólicos llevados á cabo por el Padre Tirso y sus compañeros de misión durante los ocho primeros meses del año 1673, no tenemos más datos, excepción hecha de la misión de la Coruña, que los contenidos en el Itinerario Breve, donde se dice que después de Reyes pasaron los PP. Tirso y Rubí á hacer misión en la ciudad de Betanzos, y de allí á la parroquia de S. Pedro de Nos, donde concurrió la gente de toda aquella comarca, durante los ocho días que duró la misión. Terminada ésta, después de un breve descanso, dieron principio á la de Coruña á mediados de Febrero. Acerca de lo sucedido en ella, he aquí lo que nos dicen las cartas anuas.*

Es la Coruña, ciudad de Galicia, un célebre puerto frecuentadísimo por franceses, belgas, holandeses, ingleses y alemanes. A esta ventaja, que le da la concurrencia de gentes de tantas naciones, se añade la de tener allí su asiento la Chancillería Real del reino de Galicia. Estaba esta población falta de operarios evangélicos que trabajaran diligentes en extirpar los vicios que cundían por doquiera, y á suplir esa deficiencia acudieron nuestros misioneros.

Fué la llegada de los PP. Tirso y Rubí, á los principios de la cuaresma, y poco después vinieron otros dos Padres para ayudarles en el confesonario; añadiéndoseles también más tarde, como cooperadores infatigables en esta labor, otros dos Jesuitas belgas, que llegaron allí en calidad de capellanes de la armada de su nación, estacionada accidentalmente en aquel puerto. Duró la misión catorce días, y se dió en la iglesia del convento de S. Francisco, por ser la más capaz de aquella ciudad. El fruto que se obtuvo fué mucho mayor de lo que se esperaba, y no desemejante del que se logró en Santiago, por lo que no nos detenemos en contarle.

Lo que no se puede pasar en silencio es, que los misioneros se ganaron de suerte las voluntades de los coruñeses, que estos trataron de fundar allí un colegio de la Compañía. Ni en el Consejo Real, ni en los próceres del reino, ni en los primates de la ciudad se encontró dificultad alguna. La Reina Gobernadora hubiera dado también su aprobación, si no se hubieran puesto de por medio dos órdenes religiosas, que creían habían de perjudicarles la Compañía de Jesús, si allí se estableciese. A este fin no dejaron piedra por mover, valiéndose principalmente de un expulso de la misma Compañía y del Gobernador de Galicia.

Esperanzas hay firmísimas de lograr la deseada fundación, con la

ayuda del ilustre, antiguo y muy sincero amigo de la Compañía, Don Jerónimo Altamirano, y la cooperación de otros amigos del Real Consejo, y de obtener lo necesario para disponernos una casa en que morar interinamente. Es esta casa el hospital de S. Andrés, que D. Jerónimo logró transformar en vivienda para diez ó doce sujetos, á manera de pequeño colegio. Por juzgarse necesaria la presencia de uno de los dos misioneros en Coruña hasta acabar el negocio de la fundación, los Superiores dispusieron que quedase allí el P. Rubí, acompañado de otro Padre y de un hermano coadjutor, mientras que el P. Tirso continuaba sus misiones ahora con éste, ahora con aquel compañero.

Apenas es creible el fruto que, después de la misión, se continuó recogiendo por aquellos dos Padres en las confesiones, visitas á las pobres, enfermos y moribundos, actos religiosos en nuestro templo y sermones dentro y fuera de casa. Tal fué la transformación y mudanza de costumbres que se obró en Coruña, que el P. Tirso, al volver á ella por segunda y tercera vez, afirmaba que aquella no era ya la antigua Coruña, que precedió á la misión de 1673.

El P. Cifuentes, en la vida del P. Jacinto de Loyola, insigne operario y firme columna del colegio de la Coruña, especifica algo más el fruto obtenido en esta misión, con la predicación del P. Tirso y de su compañero. El lector puede ver en los apéndices relativos á este capítulo algunos párrafos, que de dicha vida allí ponemos, para complemento de las noticias de la misión de Coruña.

Según el Itinerario Breve, el P. Tirso vino de Coruña á Santiago en la tercera semana de cuaresma, para dar comienzo allí, en la cuarta dominica, á las pláticas preparatorias del Jubileo de las Doctrinas. Fueron, dice él, los concursos grandísimos. Estas pláticas y jubileo, y la misión habida pocos meses antes, dispusieron admirablemente la población de Santiago para las solemnísimas fiestas que se celebraron después de pascua como inauguración de la nueva iglesia de la Compañía, y en honor de San Francisco de Borja, que acababa de ser canonizado. En ellas se halló nuestro P. Tirso, y resultaron brillantísimas, como puede verse en lo que sobre el particular escriben las cartas anuas, que van en el apéndice núm. 12.

Terminadas estas fiestas salieron nuestros misioneros á evangelizar las poblaciones de Pontevedra, Cangas, Vigo y Redondela. En las tres primeras tuvo por compañero al P. Rubí, que al terminar la misión de Vigo, hubo de volverse á la Coruña, sustituyéndole en la de Redondela el Padre Francisco de Lamar ó Lamas, que pertenecía al colegio de Pontevedra. Pusieron fin á la misión de Cangas, el día de S. Juan, y como el tiempo era ya, por razón de los calores y de las ocupaciones del campo, poco á

propósito para estas correrías apostólicas, dió el P. Tirso por terminadas las de este curso, y se retiró á descansar de sus fatigas al colegio de Santiago, de donde, á mediados de Agosto pasó á Villagarcía, con el fin de dar los ejercicios espirituales de S. Ignacio de Loyola á las monjas Agustinas Recoletas de Vistalegre, que salieron de ellos muy aprovechadas. Por ser muy curioso el conocer esto, ponemos en los apéndices correspondientes á este capítulo, el sistema que entonces se tenía de dar esos ejercicios, copiando de los diarios de Salamanca y Huete, dos distribuciones distintas.

CAPÍTULO TRECE

Año noveno de las misiones apostólicas del P. Tirso Gonzalez
(1673-1674)

SUMARIO: 1. Misión en el Arciprestazgo de Barcala.—2. Pasa á Sta Comba.—3. Va de allí á Bergantiños.—4. Misión de Malpica.—5. Id. de Laje.—6. Id. de Vimianzo.—7. Id. de Corcubión y Finisterre.—8. Id. de Mugía.—9. Id. de Muros.—10. Id. de Noya.—11. Vuelve á Santiago: Fruto de las misiones pasadas.—12. Es llamado á hacer misión en Madrid, y sale para allá.—13. Misiona en Alcalá con el P. Gamboa, y luego empieza la misión en Madrid por S. Ginés, continuándola en otras iglesias.—14. Fruto de esta misión é ida á Madrid.—15. Intenta formar una congregación de todos los señores de la nobleza, y lleva el negocio muy adelantado.—16. Introduce las pláticas de misión en el Palacio Real.—17. Sale de Madrid y misiona en Riaza y Pedraza (Segovia).—18. Predica en Segovia y pasa á misionar en Zamora.—19. Relación de esta misión.—20. Fruto de la misma.—21. Vase á descansar á Villagarcía, y desde allí escribe dos cartas sobre las congregaciones al P. General.—22. Algunos casos raros.

FUENTES HISTÓRICAS: 1. Itinerario de las misiones hechas por el P. Tirso Gonzalez.—2. Cartas del mismo al P. General. ms.—3. Relación de la misión de Zamora hecha por el P. Andrés Rupide, para ser enviada al P. General. ms.—4. Memoria de algunos casos raros.—5. Respuesta Teológica sobre los escotados,

1. Día de S. Francisco salí de Santiago en compañía del P. Robles (1), que vino de Pontevedra á acompañarme. Llegamos á las tres de la tarde á la iglesia del anejo de S. Juan de la Riva, adonde estaba mucha gente junta en una cofradía á que concurren de todas las feligresías. Fué buena ocasión para publicar la misión, por haber allí gente de toda la comarca; así que envióse de allí aviso á todos los rectores del arciprestazgo de Barcala, para que concurriesen con sus feligreses á la casa de la Virgen de Cobas, por estar en medio del arciprestazgo, allí se predicaron cuatro sermones, y el domingo se termi-

(1) El P. Cristóbal de Robles, fué natural de Ponferrada (León), y operario y Rector benemérito del colegio de Pontevedra. Era profeso de cuatro votos, y á los 53 años de su edad y 33 de vida religiosa, murió en la Coruña, á 8 de Junio de 1689.

nó la misión, gastándose dos mil forinas. No nos detuvimos más en este arciprestazgo, por haber habido misión en muchos lugares de él poco antes, esto es, en el mes de Julio, la cual hicieron el P. Alonso Lopez y el P. Rubí. Estuvimos hospedados en el hospital que tiene la Virgen de Cobas, junto á la iglesia. D. Juan Pita, rector de S. Juan de la Riva, con orden de su Excelencia, convocó á los rectores de la comarca por la mucha autoridad que tiene con todos los sacerdotes de la tierra, con lo que fuimos trece los confesores el día último.

2. El lunes, 9 de Octubre, pasamos á S. Pedro de Sta. Comba, adonde nos fué acompañando D. Juan Pita, con otro sacerdote. Estaba la gente ya convocada, y concurrió en gran número. La iglesia es muy pequeña, y así fué necesario predicar en el campo, como también en la Virgen de Cobas; aunque no con la comodidad que allí, adonde predicamos desde una ventana del hospital, que tiene enfrente la iglesia y un buen atrio. En Sta. Comba era mucha la incomodidad para predicar.

Dios tuvo singular providencia con enviarnos buen tiempo; y aunque el último día por la mañana estuvo lloviendo, y fué de incomodidad para confesar, y dar la comunión (que fué forzoso se diese fuera, debajo del palio, por ser la iglesia pequeñísima, y el tropel de la gente grande); nuestro Señor mudó el aire de vendabal en cierzo, que enjugó la tierra, para que se pudiese predicar á la tarde en el campo, á más de cuatro mil personas. Aquí fué el fruto copiosísimo, y hubo mucho concurso de confesores; pues el día último fuimos veinte y tres, y de ordinario éramos diez y ocho ó veinte. Gastáronse cinco mil forinas, ajustadas por cuenta; y entre semana se gastaron muchas más. Estuvimos hospedados en casa de D. Bartolomé de Valenzuela, rector de aquella feligresía, que nos trató con mucho agrado, y cuya casa está distante de la iglesia un buen trecho. Concurrieron con gusto los confesores, porque el juez daba mesa cada día á diez ó doce, y á los demás el rector y el escribano.

3. De aquí pasamos el lunes á Traba de Bergantiños, y vínonos asistiendo D. Juan Pita y D. Bartolomé Valenzuela, con otro sacerdote. Llegamos cerca de las cinco de la tarde, y hallamos grande concurso, con que luego fué grandísimo el número de confesiones, durando desde el amanecer los confesores en el confesonario, hasta las dos de la tarde. Experimentamos aquí singular providencia en el tiempo; pues la iglesia es como un puño; y si lloviera no había adonde predicar. Nuestro Señor, atendiendo á esta necesidad, aunque había llovido la noche antecedente al lunes, y toda la mañana de éste, á la tarde serenó el tiempo,

y estuvo el cielo muy apacible para que se pudiera predicar, confesar y dar la comunión todos los días en el atrio de la iglesia. Sólo el día último, después que la gente estaba movida, y no había de retirarse por el mal tiempo, hizo una noche y mañana terrible con un viento vehementísimo y mucha lluvia, que trajo grande penalidad á los confesores y penitentes, y á los que habían de dar la comunión; pero no obstante á las dos de la tarde se había concluido todo, habiéndose gastado seis mil quinientas formas. No se hubiera podido despachar tanta gente, si no estuviera casi toda confesada de entre semana; y si la noche antecedente no hubieran estado muchos confesores confesando hasta media noche; y todos, por lo menos, no hubieran asistido dos ó tres horas al confesonario.

No faltó aquí Dios con su amorosa providencia, para que la gente que había concurrido, no quedase sin sermón, que forzosamente había de ser en un campo apartado del atrio de la iglesia, por ser este corto para tanta multitud. Pues habiendo llovido hasta las tres de la tarde, amainó el aire, é hizo muy apacible tarde, todo el tiempo necesario para predicar; y yo reparé, que por otras partes no muy distantes, llovía al mismo tiempo. Dejóse entablado el jubileo de la comunión general para los segundos domingos de mes, en dos iglesias, las de más devoción del arciprestazgo que son: Ntra. Sra. de Rus y la Virgen de Cereo, que tienen curas muy vigilantes, que lo pidieron con instancia.

4. De Bergantiños pasé á Malpica el lunes por la tarde, adonde hallamos un grande auditorio, y luego fué grandísimo el tropel de confesiones. Predicóse en varias partes fuera de la iglesia, buscando las más defendidas del aire; los más de los sermones fueron en el campo de las redes, que es muy capaz. Ningún día nos impidió el temporal el sermón; y el último fué admirable por lo sereno y templado, contra toda la esperanza de los vecinos, que casi todos son pescadores, y por la experiencia que tienen de los vientos, se persuadían que había de llover; mas nuestro Señor trajo un día admirable, con que se logró con comodidad el despacho de los penitentes. Dióse la comunión alrededor de la iglesia; y los confesores estuvieron divididos por los campos, calle y atrio de la iglesia, confesando. Gastáronse seis mil formas, y fundóse congregación. Teniendo echada la misión para la villa de Lage, del arciprestazgo de Soneira, tuve carta como el P. Rubí estaba enfermo en el hospital de S. Andrés con calentura continua y tres sangrías; fué, pues, necesario dilatar la partida á dicha misión. Hay siete leguas de Malpica á la Coruña; fuí lunes y volví á Malpica, miércoles por la no-

che. Mientras fui á ver al P. Rubí, fundó el P. Alonso Lopez (1) la congregación, y yo al día siguiente, mientras se daba noticia á las feligresías que habían de concurrir á Lage, me detuve á hacer los ejercicios de la congregación.

5. El viernes, tres de Noviembre, se empezó la misión en Lage, para el arciprestazgo de Soneira, que duró hasta el domingo doce. Fueron muy grandes los concursos; aunque el primer día, por el accidente de haberse dilatado la misión después de echada, fué corto el auditorio; después fueron muy grandes. Predicóse en la calle, desde una ventana ó puerta de una casa, que está enfrente de la iglesia, á que se sube por unas escaleras de piedra. Ningún día dejó de haber sermón; y aunque alguna vez llovió toda la noche con recio vendabal, é hizo mala mañana, á la tarde trajo Dios viento norte que barrió las nubes. Otro día llovió con vendabal, y la tarde estuvo bastante buena, hasta que se acabó el sermón, y luego empezó á llover. Los clérigos concurren bien; cada día había de ordinario dieciocho confesores, y algunos días veintidós. Gastáronse más de ocho mil formas el día último.

El jueves, nueve de Noviembre, llegó el P. Andrés Lince (2); y se partió el P. Alonso Lopez para Santiago, el domingo después de haber predicado. Allá de noche, hice una junta á la gente de la villa en la iglesia, y se formó la congregación con título del Espíritu Santo; y el lunes por la mañana, hicieron la incorporación en la misa, que cantó el prefecto, y comulgaron todos los congregantes. Mientras el P. Andrés Lince predicaba, junté en mi posada todos los clérigos, y les hice una plática *clausis januis*.

6. El lunes vinimos de Lage á dormir á casa de D. Antonio Caamaño, en Vimianzo, y partimos á las ocho de la mañana siguiente. A medio cuarto de legua de Cée, salieron á recibirnos diez ó doce rectores, y otra gente de la villa de á caballo. Empezamos á predicar, martes por la tarde, y á confesar el miércoles por la mañana. El sacristán de Cée tuvo curiosidad de contar las formas que se iban gastando; y aquellos cuatro días, hasta el sábado inclusive, se gastaron hasta siete mil quinientas, y el domingo ocho, más de ocho mil contadas.

Predicóse en la plaza, levantando un tablado, con su cubierta hacia la parte de la iglesia, que estaba defendida del cierzo. Cada día se re-

(1) Según el *Libro de Entierros* de Salamanca, el P. Alonso Lopez falleció en el colegio de Palencia el 28 de Noviembre de 1690, á los 68 años de edad y 50 de religión. Era profeso de cuatro votos.

(2) El P. Andrés Lince, irlandés, recibido en Salamanca, era profeso de cuatro votos, y á las 66 años de su edad y 40 de vida religiosa, falleció en el colegio de Santiago, el 1.º de Enero de 1694.

zaba el rosario allí, á coros; luego seguía la explicación de la doctrina, y después el sermón. El domingo se colocó un altar en el tablado donde se predicaba, y se dió la comunión en la plaza, haciendo filas de largo á largo. No se pudiera despachar tanta gente, si no nos hubiéramos atareado á confesar dos ó tres horas todas las noches, y madrugado por la mañana antes de amanecer.

El domingo por la noche hice una junta en la iglesia para formar la congregación, para la que había convidado en el sermón de la tarde; y por la mañana se hizo la incorporación con toda la solemnidad posible, con misa cantada de diácono y subdiácono, en que comulgaron todos los congregantes con sus velas en las manos. Después de hecha la profesión, y al fin de la misa, les hice una plática de media hora para empeñarlos más á la perseverancia, y el mismo estilo guardé en Lage, formando la congregación el domingo último, después del sermón, y haciendo la incorporación el lunes, de nueve á diez.

7. Lunes, veinte de Noviembre, á las dos de la tarde, entramos en la villa de Corcubión, pasando en un barco la ría, y se dió principio á los sermones en un campo muy capaz, que cae á la parte del mediodía. Levantóse allí un tablado con su cubierta en parte defendida del norte, que corría aquellos días. Tenían también dispuesta una valla de bancos de respaldo en forma de media luna para la gente noble, y sacerdotes, recogiendo las mujeres más principales dentro de la valla, y echando al vulgo de los hombres detrás de los bancos.

Los primeros días de la semana no hubo tanto concurso como en Cée; por haber sido muy grandes los auditorios de Cée; y por haberse esparcido voz, que habíamos de volver á Mugía, y que allí habían de concurrir las feligresías de Moraima, y de S. Martín de Ozón, que son prioratos de los monjes Benitos. Mas viernes, sábado y domingo, fueron aun mayores los concursos que en Cée, y así se gastaron el domingo sobre nueve mil formas. Fundé luego el martes la congregación, y el viernes hicieron su incorporación con toda solemnidad. Por no impedir las confesiones, se dijo la misa de la congregación cerca de las once; con que la plática de la congregación, la reservé para el lunes por la mañana antes de partirme, y se hizo en la ermita de S. Antonio. Dije allí la misa, y al fin de ella, antes de desnudarme, hice la plática en una silla. El jueves, mientras el P. Lince predicó, hice en la iglesia una plática á los sacerdotes. Tenía determinado de ir jueves por la mañana al Sto. Cristo de Finisterre, y volver á la tarde, pero se levantó un nordeste tan recio, que impidió esta jornada. Dista Finisterre de Corcubión legua y media no más; así que el domingo por la tarde, des-

pués que acabé las confesiones, cerca de las dos, subí la cuesta de Corcubión, al fin de la cual hay alguna ermita, de donde se ve Finisterre. De allí registré aquel cabo del mundo; y en bajando esta cuesta subí al púlpito á predicar; había aquel día un auditorio de ocho mil personas.

Aquí recomendé la devoción de S. Ignacio, el sábado, exhortando á hacerle altar, por ser el fundador de las misiones, que tanto bien traen á las almas. Esta ha sido la primera vez, después que ando en misiones, que me determiné encargar á la congregación pidiese el día siguiente para hacer altar á S. Ignacio. Pidieron algunas de las personas principales en esta forma: *den su limosna, para hacer un altar al glorioso S. Ignacio, fundador de estas misiones*. Sacóse de solos ochavos, que ofrecían aquellos pobrecillos, hasta ochenta reales, que pusieron en manos de la congregación, encargada de poner altar al Santo.

Tuvieron tanta fe estas gentes con los misioneros, que, al pasar de Cée á Corcubión por la ría, nos llevaron á los barcos adonde tienen las redes con que hacen las sacadas ó cerco de las sardinas, para que las bendijésemos, rociando las redes y aquella ría con agua bendita, para que Dios les diese buena pesca de sardinas; la cual ha dos años que les falta, y es el remedio del país. Los de Corcubión, el lunes, en acabando de hacer la plática á la congregación, me metieron en un barco y me llevaron á bendecirles sus redes y playa, trayendo para esto el manual Romano, estola y agua bendita. Dijimos la letanía de nuestra Señora, é invocamos el patrocinio de S. Ignacio y S. Francisco Javier con sus oraciones y antífonas.

8. El lunes, entre diez y once de la mañana, salimos de Corcubión para Mugía, que dista de allí tres leguas, volviendo de mediodía al norte, y llegamos á Mugía después de las tres, habiéndonos detenido á comer en Moraime, priorato de los monjes Benitos. Y como había de predicar luego, no pude recibir este agasajo de aquellos religiosos Padres. Predicóse aquella tarde, y en aquellos tres días, hasta el de S. Andrés inclusive, que cayó en jueves. Se confesaron más de tres mil personas, y se fundó una buena congregación luego el martes; hicieron su profesión el miércoles, en nuestra Señora de la Barca, que es una imagen de mucha devoción, por no embarazar las confesiones y comuniones de la parroquia. Dependió de esta misión por ventura la salvación de algunas almas, que se hubieran quedado sin remedio, á no haber venido allí la misión; porque no pudieran acudir á otra parte. Aquí concurrió toda la gente de la villa de Camariñas, que está de la otra parte

de la ría hacia el norte, y hay poco más de una legua por mar; y por tierra más de cuatro.

9. El viernes, por haber llovido la mañana, sólo pudimos ir á comer á Moraime; y á dormir á Baiñas, de allí tres leguas. El sábado pasamos de Baiñas á Muros. Hay cinco lenguas largas, casi todo páramo; y nos llovió hasta llegar al principio de la calzada de Muros. Venían con nosotros D. Juan Pita y otros dos clérigos. Llegamos á las dos de la tarde, con harta incomodidad, por venir los más en ayunas, y los otros con sólo un bocado de pan y un trago de vino. Por haber sido el día tan malo no se persuadieron que habíamos de venir ese día, y así no hallamos convocada ninguna gente de las aldeas, con que dilatamos el sermón para el día siguiente, primera dominica de adviento.

Tiene Muros una de las iglesias más capaces que hay en todo el arzobispado, fuera de la Catedral de Santiago. Llovió fuertemente; pero, como la iglesia es tan capaz, pudo caber la gente. Todo el tiempo que fué necesario predicar en el campo, por ser las iglesias cortas. Dios nos trajo bastantes buenos días; y aquí, que había bastante iglesia, dejó correr la lluvia, hasta que concurrió tanta gente que no cabía en la iglesia; y así el día de la Concepción nos trajo la Virgen, á quien el auditorio en su víspera se lo había pedido con una Avemaría, la serenidad, que habíamos menester; y se predicó en la plaza ese día y los dos siguientes, que fueron bellísimos. Estuvimos hospedados en casa del prior de la colegial, y D. Juan Pita y los clérigos, que nos acompañaban, en casa del alcalde.

Fundóse una buena congregación; pidióse limosna para hacer altar á S. Ignacio, y la congregación quedó encargada de hacerlo. Hice una plática, *clausis januis* á los clérigos. Aunque el domingo último estuvimos confesando hasta las dos y media de la tarde, no pudimos concluir con la gente, y quedaron para la noche y mañana siguiente más de cien personas. Concurrirían aquí, de la villa y de fuera, cosa de ocho mil personas. El lunes, al amanecer, hice una plática á la congregación para afervorizarla, en la iglesia de S. Pedro.

10. Pasamos el lunes de Muros á Noya con lindo tiempo, por mar. Apenas habíamos pasado, cuando luego, al poner del sol, se turbó el tiempo, y se alteró el mar; de suerte que si nos hubiéramos detenido más, no hubiéramos podido pasar. En Noya, no es la gente de la villa tan inclinada á oír sermones como los de Muros; y así al primer sermón no hubo mucho concurso, hasta que se fueron calentando con los sermones. Llovió unos días fuertemente, y fué necesario predicar á un

mismo tiempo en S. Martín, y en Sta. María, ó la Concepción, que es iglesia capacísima.

Determinamos hacer en Noya el acto de contrición; teníamosle echado para el jueves, mas por haber llovido aquella noche, se conmutó en haberles hecho yo una plática de seis á siete de la tarde, en San Martín, adonde estuvo la iglesia reventando de gente en pie. Esta plática importó mucho, y no estorbó el acto de contrición, que se hizo, con estupendo concurso y moción otra noche, esto es, el sábado, de seis á ocho de la noche. Hubo dos días de comunión general: el primero, la tercera dominica de adviento; y el segundo, el día de Sto. Tomé.

Concurrían á esta misión de Noya, más de catorce mil personas. Vinieron muchísimos del partido de Muros, que no habían podido concurrir allá, y de otras partes adonde habíamos andado; y así vino gente de seis y siete leguas. El acto de contrición, á que concurrieron más de tres mil personas, se hizo en tres partes: la primera, desde las casas del ayuntamiento, que está junto á S. Martín; la segunda, junto á la puerta de la villa, que cae á S. Francisco; y la tercera, en la parte del atrio que está en la iglesia de la Concepción, á la puerta del mediodía, que es de grande capacidad, y todo se llenó de gente en pie: hice la plática desde una ventana de aquellas casas que caen al atrio. Fué de estupendo fruto esta función.

Fundóse la congregación en el discurso de la misión; hice para esto, la junta de noche en la iglesia de la Concepción, mientras los clérigos estaban confesando en S. Martín, y el P. Lince con ellos. La profesión la hicieron el sábado por la mañana en S. Martín, con misa cantada de nueve á diez; y después de la misa hice plática de tres cuartos de hora, para afervorizarlos. A los clérigos del arciprestazgo de Muros, ó de Entines, que no habían concurrido á Muros, les envió á convocar D. Juan Pita, con un fiscal, que llevó á cada uno doce reales de multa, é imponiéndoles veinte ducados de pena, si no concurriesen; con que tuvimos buena ayuda de confesores. Como la gente era tanta, de parte de tarde, en saliendo del sermón, nos recogíamos á S. Martín hasta las ocho, á confesar; y estaba la iglesia llena de penitentes, y eso que solía haber en ella veinte confesores. Por la mañana madrugábamos á confesar, una, dos y tres horas antes de amanecer.

11. Después de algunos días de lluvia hizo otros hermosísimos de gran serenidad. Y así, aunque yo tenía determinación de venir á descansar las Navidades á Santiago, mudé de parecer, y me determiné pasar á la Puebla del Deán, para coger aquella punta, mientras el buen tiempo nos ayudaba. Para eso (porque D. Juan Pita se había de reco-

ger á su casa, y no podía ir á la convocación de los confesores), escribí al Sr. Arzobispo, para que nombrase á D. Tomás Sierra, rector de Noya, para este oficio. Y habiéndole nombrado su Excelencia, y dándose aviso á la Puebla del Deán, Dios me hizo mudar de parecer, con el temporal que envió. Porque, apenas se acabó de predicar día de Santo Tomé, cuando empezó á llover, é hizo viernes y sábado mucha tempestad de vientos y lluvias. Con esto cesó toda la razón de pasar por entonces á la Puebla, que era por lograr el buen tiempo.

Estábamos el sábado ya almorzados, para venir á dormir á casa de D. Juan Pita, distante de Noya tres leguas; y por haberse detenido los mozos de las mulas en venir, fué forzoso el quedarnos, lo que fué providencia de Dios; pues aquella tarde cargó tan grande lluvia, que hubiéramos peligrado en el viaje. Salimos domingo, víspera de Navidad, á las ocho, y llegamos á casa de D. Juan Pita á más de mediodía con una mañana de viento muy frío y con alguna agua. Luego, el día de Navidad, serenó el tiempo y se continuó la bonanza por muchos días, cuando ya no se podía volver á la Puebla.

Detúveme en casa de D. Juan Pita, cuatro días por huir los cumplimientos de las pascuas en Santiago. Iba su merced á decir misa al anejo, y yo me quedaba en la parroquia, donde se rezaba primero el rosario, luego decía la misa, y al fin hacía al pueblo una plática de media hora. Confesábanse todas las mañanas y tardes algunas personas. Por fin, el viernes, veintinueve de Diciembre, á las dos de la tarde, entré en Santiago.

En Noya, había muchas enemistades de muchos años entre señoras principales, por celos que una había tenido de otra, imponiéndola que se dejaba galantear de su marido, cosa que puso en grande riesgo á la señora murmurada, siendo muy honesta; y casi estuvo para entrarse en un convento, y llegó á decir de la otra que la había querido matar con hechizos. Siete años antes había habido misión, y no se habían podido ajustar estas paces, y en esta misión se hicieron. Hablé á las dos señoras en particular, y obligué á la más anciana, que estaba ya viuda del marido á quien celaba, á que en la iglesia pidiese perdón á la otra; hízolo con palabras de mucha satisfacción, diciendo, que ella jamás se persuadió de tal, y que conoció muy bien que todo fué quimera y embustes. Estas y otras enemistades muy enconadas se compusieron, y todo en mucha paz, pidiéndose perdón unos á otros. En Corcubión sucedió lo mismo, y en todos los demás lugares se pacificaron todas las discordias que había. Hubo no pocas restituciones en todas partes; y todos procuraban hacerlas antes de comulgar, por habérselo encargado así.

12. Estando para volver á salir á misi3n despu3s de a3o nuevo, tuvo carta el Sr. Arzobispo de Santiago del Sr. Presidente de Castilla, en que le pedía me enviase á hacer misi3n en la corte. Esta carta negociaron los Padres de Madrid; porque todo aquel adviento habíado misi3n de cuatro misioneros de S. Francisco, que hicieron mucho fruto, y tuvieron mucho séquito, aunque no de se3ores ni de gente de la primera esfera; y les pareció á los Padres, que para que su misi3n saliese lucida, sería conveniente traer misionero de fuera. No se atrevió el Sr. Arzobispo á resistirse; y así, dándome todo lo necesario, me envi3.

Partí de Santiago, día de S. Antonio abad. Vine por Monterrey, por tener hasta allí la compa3ía del P. Rector de aquel colegio, que en esta saz3n se hallaba en Santiago. En Orense me envi3 la ciudad dos capitulares, pidiéndome me detuviese siquiera un día para hacer un serm3n á una congregaci3n, que allí tienen de mucho fervor en una parroquia, excuséme. Pasé por Villagarcía, y de allí fuí á Medina á verme con el P. Provincial, y entré en Madrid día de nuestra se3ora de la Candelaria, por la tarde.

Experimenté singulares prendas de Dios en este camino; y la primera fué haber hallado mulas de retorno con mozo de á caballo, cosa que sirvió mucho para los puertos. Desde salido del valle de Monterrey, á tres leguas del valle, hasta Requejo, pisamos sobre nieve. El puerto de Padornelo tenía media vara; y bendito sea Dios, no tuve el menor peligro. Al pasar el Guadarrama hubiera peligrado, si Dios no hubiera dispuesto, que saliésemos de Medina tan tarde, que no pudimos pasar aquel día de Arévalo. Amaneci3 el siguiente nevada la campi3a, y llegamos á Villacastín, estando nevando. Aquella tarde pasó con mucho riesgo el puerto un fraile agustino; y se hubiera perdido, á no haber traído mozo muy práctico del puerto. Nev3 también aquella noche; mas al día siguiente, particularmente al pasar el puerto, hizo un día de primavera, sin pizca de aire; que si hiciera ventisca no pudiéramos pasar, por la mucha nieve que había desde lo alto de la sierra hacia Castilla la Vieja. Luego que llegamos á Guadarrama, se levant3 un viento tan recio, que si nos hubiera cogido en el puerto, hubiéramos peligrado.

13. Antes de la misi3n de la corte fuimos el P. Gamboa y yo, á Alcalá, adonde poco antes había habido misi3n de un misionero franciscano, y con todo eso fueron muy grandes los concursos, y toda la Universidad se confes3 generalmente; y yo experimenté una conversi3n bien rara de un alma perdida, que había muchísimos a3os que asis-

tía en aquella Universidad, y había visto muchas misiones, sin moverse á penitencia; y esta vez le tocó Dios tan poderosamente el corazón, que hizo rara mudanza.

Volví de Alcalá para empezar la misión de Madrid, que comenzó la dominica segunda por S. Ginés; de allí pasó á S. Sebastián; y de allí vino al Colegio Imperial; y de éste pasó al Noviciado, adonde se terminó. Lunes santo, día de S. José, en S. Ginés se gastaron diez mil formas, siendo así que en la misión última que allí había habido, sólo se habían gastado ocho mil. A esta proporción fué en las demás partes. En el Noviciado fué extraordinario el concurso de señores y señoras, y grandísimos los de otra gente. Gastáronse este año tres mil formas más que el antecedente, en que hicieron una misión muy fervorosa el P. Guillén y el P. Gamboa, en aquella casa.

Parece gustó Dios de esta mi jornada á la corte; pues estando en Noya, con determinación de pasar á la Puebla del Deán y Portonovo, el temporal nos necesitó á venirnos á casa de D. Juan Pita, adonde luego mejoró el tiempo y se puso de primavera. Si se hubiera extendido la misión hasta los Reyes, como yo quería, no me hubiera dado licencia el Sr. Arzobispo, para que, después de cuatro meses de trabajo continuado, me pusiese en camino; pero como me halló la carta del Sr. Presidente con quince días de descanso, vino en ello.

14. Fué forzoso detenerme en Madrid, después de pascua; lo uno por unas pláticas de misión que se habían de hacer en el Palacio Real, después de pasadas las pascuas; lo otro para alcanzar la reserva de los juros del santo P. Luis de la Puente; y lo tercero para hablar á aquellos señores del Consejo sobre la fundación de la Coruña. Se sirvió Dios de la misión de la corte, lo primero porque vinieron á buscarme para confesarse conmigo almas perdidísimas. Hombre llegó á mis pies, que había más de treinta años que no había cumplido con la parroquia; otro que había cuarenta y ocho, que no se confesaba; y otro que había trece.

Por haber ido á Madrid, negocié, como queda dicho, la reserva de los juros del santo P. Luis de la Puente, y una limosna de quinientos ducados que dió mi Señora la Duquesa de Frías, para ayuda de su beatificación. Negocióse el dote para una gran sierva de Dios, natural de Antequera, que era novicia en el convento del Jesús de Cáceres, y por falta de dote estaba á riesgo de que la despidiesen, habiendo cumplido ya el noviciado, meses antes; y ya profesó. Negocié un gran alivio para un caballero amigo, de mucha virtud, natural de Sanlúcar, llamado D. Manuel de la Cueva y Aldama, al cual apretaba el Sr. Gobernador

por orden del Sr. D. Fernando de Arce, para que pagase ciento ó doscientos de á ocho, de una condenación que le echaron, por haberse huido un hombre condenado á presidio, de quien él era fiador. Estaba el caballero retraido en la iglesia, con la determinación de irse á vivir á otra parte; y alcancé que no se le molestase por esto.

Asimismo negocié que se hiciera segunda impresión del *Jardín de Cristo Sacramentado*, y que se imprimiese el librito intitulado *Tesoro Escondido en las Enfermedades y Trabajos*, y dejé dispuesto se hiciese impresión de las meditaciones del santo P. Luis de la Puente, dando principio con los quinientos ducados de la Sra. Duquesa de Frías, y con otros quinientos que me dió de limosna un cura de Galicia, llamado D. Juan Pita. Premió el Señor esta limosna con haber movido á la Sra. Marquesa de Almazán, madre y tutora del Sr. Conde de Altamira, para que diese facultad á dicho D. Juan de renunciar el beneficio, reservando para sí una buena pensión. Vale el beneficio más de setecientos ducados, y á mi súplica, le hizo la Sra. Marquesa esta gracia. Por último negocié se hiciese una impresión muy copiosa de la *Práctica de Ayudar á bien Morir* del mismo santo Padre Luis de la Puente, y otra de los *Novísimos* del P. Salazar, con las *Máximas de la Eternidad*, en un cuerpo entero.

15. Tuve muy adelantado el formar una congregación de señores. Quejéme en el Colegio Imperial y en el Noviciado de que, teniendo todos los gremios congregaciones y juntas para su aprovechamiento espiritual, sólo carecían de este medio los que más necesitaban de él, que son los señores. Propúseles el ejemplo de las señoras, que habían formado congregación nuevamente, en nuestra Señora del Buen Consejo; y dije, que desde Galicia había traído este pensamiento en la cabeza, y este deseo en el corazón.

En el Colegio Imperial anuncié que en el Noviciado se había de formar. Allí propuse la materia, con que se afervorizaron mucho y mostraron deseo de esto el Sr. D. Antonio Benavides, Presidente de la Cruzada, el Sr. Duque de Abrahantes, el Sr. Duque de Nájera y otros. Hablé sobre ello al Sr. Conde de Medellín, Presidente de Indias, que, con estar tan ocupado, ofreció entrar; y asimismo hablé al Sr. Duque de Medinaceli, al Sr. Duque de Alba, al Sr. Conde de Peñaranda y á otros.

Tenia la materia en linda disposición. Al principio, pareció al señor Duque de Abrahantes, que el Sr. D. Antonio de Benavides, por el puesto que ocupaba y por ser pariente de todos, era á propósito para prefecto. En esto el Sr. Conde de Peñaranda dijo, que si el Sr. Carde-

nal no entraba por cabeza de esta congregación, no había de tener séquito, que había de haber puntos sobre quién había de presidir, y que, siéndolo su Eminencia, cesaban las competencias.

Comuniqué este punto con el P. Provincial y demás Padres, y á todos les pareció excelentemente. Mas el Sr. Cardenal se fué la Semana Santa á Boadilla, y estuvo allí muchos días después de pascua. La cosa era materia, que pedía mucho tiempo y sumo trabajo, para atravesar muchas veces cada día á Madrid, y á pie, como andamos los misioneros, en el convite de los señores. Como reconocí que había gana de que yo saliese de la corte; porque nadie pensase que me valía de este color de la congregación para no irme de Madrid, levanté velas. También lo hice por no dejar lo cierto por lo incierto. Lo cierto era hacer mucho fruto, saliendo aquella primavera á misión; y lo incierto el fatigarme para formar aquella congregación, sin esperanzas ciertas de que hubiese de cuajar.

16. Uno de los frutos mayores de esta mi ida á Madrid, fué haber introducido las pláticas de misión en Palacio, cosa que hasta entonces no habían tenido. Luego que entré en la corte, dije al P. Francisco Gamboa y á otros Padres ¿es posible que los jesuitas de Madrid en tantos años no hayan tenido maña para embocar la misión en Palacio? Púseles en gran deseo de esto, y buscóse traza por medio de la Sra. Marquesa de Alcañices, que tiene grande amistad con la señora D.^a María de Cárdenas (dama de la Reina nuestra señora, de las más favorecidas, y que tiene mucha mano allá dentro), para que pidiesen que yo les fuese á hacer una plática al oratorio de Palacio, como se acostumbra en cuaresma. Fuí, en efecto, una tarde; y escogí asunto que no las espantase, y por otra parte las moviese y aficionase; traté del daño que hace la falta de consideración, y lo que importa oír y rumiar las verdades eternas.

Introdujé el bien que gozaba la corte todos los años con el jubileo de las doctrinas, y el provecho que se sacaba de asistir á los sermones de misión. Dije que me hacía lástima, que estando recogida en Palacio la flor de la nobleza de España, careciesen del bien que gozaba toda la corte; que las misiones no eran sólo para convertir pecadores, sino para adelantar en perfección y fervor á los justos; que se hacían también en conventos de monjas descalzas, y de mucha oración; que los misioneros proporcionaban los sermones al auditorio, hablando según la necesidad de los oyentes; que claro está, que cuando se hablaba á un coro de religiosas, ó doncellas recogidas, no se les había de hablar en el mismo tono, que á una multitud de mujeres, entre las cuales hay

muchas perdidas ó malas; explíquelas el bien que se ganaba; y finalmente las estimulé á que solicitasen este bien. Quedaron muy movidas, y fueron á la Reina nuestra Señora á pedirle plática de misión para Palacio. Su Majestad respondió secamente, que hartos sermones y pláticas tenían.

El P. Francisco Gamboa, que tiene mucha mano con la Sra. Marquesa de los Velez, instó con ella, significándole cuánto importaría para servicio de Dios, que se introdujese lo que yo proponía. Su Excelencia, que es mujer de mucha capacidad y talento, viendo á las damas tan deseosas de misión, sin dar parte á la Reina nuestra señora, envió un recado al P. Rector del Colegio Imperial, pidiéndole enviase á Palacio á los Padres misioneros, para que en su cuarto hiciesen pláticas durante aquella semana de Pasión. Después de esto, dió aviso á las damas, y preguntó al Rey nuestro señor, si gustaría de oír la explicación de la doctrina y una plática; respondió su Majestad que sí. Con que se empezaron las pláticas; y la Marquesa, después de hecha la cosa, significó á la Reina, que había traído pláticas de los Padres misioneros á su cuarto; que en tiempos pasados había ejemplar de la Sra. Condesa de Olivares, que había hecho otro tanto, cuando era aya del príncipe, ó camarera de la Reina. De este modo se introdujeron y fueron prosiguiendo las pláticas.

La silla del predicador se ponía junto al altar del oratorio de la Sra. Marquesa, enfrente de una puerta que entra al salón adonde tiene su Excelencia la cama, estando la puerta abierta, y allí se ponía una silla al Rey nuestro señor, que estaba secreto, y no nos habíamos de dar por entendidos de que estaba allí. Al principio se hacía una humillación con la cabeza á todas aquellas señoras, que estaban presentes. Las damas y la Sra. Duquesa del Infantado, la Guarda Mayor y otras señoras, que cabían en el oratorio, se sentaban allí; y estaban algunas pegadas á la silla, por ser la pieza estrecha; las damas que no cabían allí estaban en una antesala capaz, que está al lado del Evangelio del altar. Los dos primeros días asistió solamente el Rey nuestro señor; los cuatro ó cinco siguientes también la Reina. Estaba el Rey con más quietud y reposo de lo que pedían sus pocos años; sin menearse, en aquella silla, ni hablar una palabra con el enano, que estaba sentado á los pies de su Majestad, en el suelo; salía contentísimo de las pláticas, repitiendo el ejemplo ó ejemplos que se habían contado. Al principio se hacía un poco de explicación de doctrina; luego se seguía la plática, y todo ello no duraba más que una hora; porque la Reina nuestra señora, se iba derecha de allí á dar audiencia. Estuvo el Rey tan

gustoso en las pláticas, que teniendo la Reina nuestra señora echada salida á la Encarnación, ó á las Descalzas, para una de aquellas tardes, su Majestad dijo: *Madre, yo más quiero la misión que el paseo.*

Al acabar la plática, venían de rebozo y encubiertas á confesarse algunas de las damas; y la primera Guarda Mayor me citó una tarde para subir al oratorio á confesar tres ó cuatro de las damas, que deseaban confesarse conmigo; pero iban cubiertas con manto, y yo no me daba por entendido de quienes eran en el modo de tratarlas, sino que dábalas merced, como si fueran de las criadas. Para esto me llevó por lo interior de Palacio, desde el cuarto de la Sra. Marquesa de los Velez, hasta el oratorio, la Sra. Marquesa de Villagarcía, que es Guarda Mayor. Al anochecer salí por la portería ordinaria, por donde se entra al oratorio y á las posadas de las damas.

Algunas personas de adentro no estaban bien con estas pláticas; y como esto no se dirigió por medio de la Sra. Camarera, á quien toca todo lo que pertenece á las damas y mujeres de Palacio, levantóse una terrible zambra sobre el caso. Hay costumbre en Palacio inviolable, que el hombre que entrare dentro, salga por la misma puerta por donde entró; y como á mí me llevaron por una puerta, y salí por otra, se levantó una gran persecución contra la Guarda Mayor. La Sra. Camarera le dió una mano, por haberme llevado por lo interior del cuarto, y la otra se excusó con la verdad, de que no estaba en este estilo. Por otro lado el cura de Palacio hizo sentimiento de que aquellas señoras se confesasen con los misioneros, dejándole á él, pareciéndole que tenían menos satisfacción de sus letras. También el Sr. Patriarca se quejó agriamente de que nos hubiesen llamado á confesar, sin su licencia; y dió quejas de nosotros, á que dimos entera satisfacción, diciendo que á nosotros nos habían llamado á confesar de Palacio; y que suponíamos tendría licencia de su Ilustrísima. Después formó quejas de la Sra. Marquesa de los Velez, porque sin su licencia se hacían aquellas pláticas. Finalmente la Camarera tenía su queja de que aquello se había dirigido mal.

En nuestro favor, y para aplacar al Sr. Patriarca, importó mucho, el que, explicando yo el jubileo, dije: que para ganar este jubileo se había de comulgar en el día de fiesta, que señalase el ordinario; que esto tocaba al Patriarca; expliqué también, que para ganar el jubileo se había de comulgar en la iglesia; que aquel oratorio de la Sra. Marquesa de los Velez, no era iglesia; y que así, aunque se hubiesen hecho allí las pláticas, y adquirido la costumbre de oír la explicación de la doctrina, que pide el jubileo; pero que la comunión había de ser en

el oratorio, que es la iglesia de Palacio, adonde cumplen con la Iglesia aquellas señoras; que para eso era menester habilitar el oratorio, haciendo allí algunas explicaciones de doctrina. A este fin, habiendo confesado allí, domingo de Ramos por la mañana, al fin de las misas, hice una explicación de doctrina, para que pudiesen ganar allí el jubileo el día que señalase el Sr. Patriarca; mas su Ilustrísima no quiso por estos enfados señalar el día de S. José, como se deseaba.

Esta tempestad se sosegó al fin con la destreza de la Sra. Marquesa de los Velez. Porque el Sr. Patriarca dijo que se hiciesen después de Pascua otras pláticas en el oratorio, y que él señalaría día, del que nos avisaría. El viernes de la segunda semana de pascua, que fué el señalado, estaba el oratorio lleno de aquellas señoras, que estaban esperando la plática; pero olvidóse de avisarnos, y nosotros, por no tener ruidos, propusimos no ir allá, sino llamados; con que se hallaron las damas muy frías sin plática.

Fué, pues, forzoso pasar el día de ganar el jubileo para la *cuarta dominica post pascha*. Hicimos aquella semana dos ó tres pláticas; y ese día comulgaron para ganar el jubileo. Mas aquella semana andaban todos alborotados con la jornada de Aranjuez y prevención de vestidos; y así no estuvieron las pláticas tan asistidas de gente, como lo estuvieran si no hubiera habido este embarazo. Esto es puntualmente lo que ha pasado, en la introducción de la misión en Palacio.

17. Salí de Madrid, segundo día de pascua del Espíritu Santo, para hacer misión en una villa del estado de Maqueda, llamada Riaza, doce leguas de Segovia, hacia Somosierra. Deseaba mucho esta misión la Sra. Duquesa de Aveiro; porque entre el estado de hijos hidalgos y el de la gente llana, había muchos pleitos y enemistades, y su Excelencia deseaba componerlos. Debía muchísimo á su Excelencia, que favorece y ampara tanto las misiones; y así no se le pudo negar este gusto.

Vine por Segovia, en donde tomé por compañero de misión al Padre Diego de Allende (1). Ibamos cargados de cruces de Caravaca, medallas, rosarios, libros, y estampas, que me dió su Excelencia para premios. Hicimos noche en la villa de Pedraza, que es del Sr. Condestable; y me pareció era atención debida á Excelencia, y á mi señora la Duquesa de Frías, hacer allí misión; y así aquella noche hicimos el acto de contrición, previniéndoles para cuando volviésemos de Riaza.

(1) El P. Diego de Allende, murió siendo Rector del colegio de Burgos, el mismo año que el P. Tirso, ó sea en 1705, á ocho de Octubre. Contaba 62 de edad y 42 de Compañía. La profesión solemne la había hecho en Oviedo el año de 1677.

Dijimos que pasaríamos de Riaza á Sepúlveda, y de allí vendríamos á Pedraza. Cogimos allí, como unos cien hombres forasteros, que estaban en el esquila de las ovejas. Pasamos á Riaza estotro día que era de ayuno: hicimos colación en el camino, y aquella noche dimos una vuelta con el acto de contrición por las calles, y terminamos la procesión en la iglesia, adonde se hizo el primer sermón.

Enviamos aviso á los curas de la comarca de toda aquella vicaría, para que acudiesen todos, y trajesen á sus feligreses. El vicario con autoridad del Sr. Obispo, les intimó el orden. El día siguiente fué por la tarde el P. Allende á Riofrío, aldea de Riaza y del dominio de la señora Duquesa, para predicarles aquel día y prevenirles, para que los demás concurriesen á Riaza, por las tardes. Con estos avisos concurrió mucha gente de la comarca; y de la villa de Fresno vino mucha. Señalamos el día del Corpus para la comunión general, á la que concurrirían como dos mil personas; las del lugar son pocas; porque tiene poco más de cien vecinos. Alcanzamos un día de mercado, en que yo prediqué en la plaza á la una del día, que es el mayor concurso; y el Padre, á las siete, á la gente de la villa. Con esto se extendió mucho la noticia y fué grandísimo el fruto; porque no se acordaban haber visto misión allí; y me parece que esta jornada, fué efecto de la predestinación de muchas almas.

Dejamos formada una congregación, compuesta de los clérigos, hidalgos, y demás gente honrada. Hízose la incorporación, con toda solemnidad, y se practicaron los ejercicios de la congregación, para enseñarles, cómo habían de hacerlos en adelante. Entablóse rosario cada día, y disciplina los viernes con lección espiritual, y el jubileo del mes. Predicóse de enemigos; y antes hablamos á las cabezas de los bandos, cada una á parte, y después careándolos; y procuramos ajustarlos para adelante. Algunas cosas estaban pendientes en el consejo, que pareció conveniente se esperase de allí la determinación, para quitar pleitos en lo sucesivo; pero hicimos á entrambas partes las advertencias necesarias, para conservar la paz; y dimos noticia puntual á los Sres Duques, á fin de que pudiesen de allí adelante mantenerlos en igualdad á todos; cosa que mi Sra. la Duquesa estimó mucho, escribiéndome que la había sacado de un gran cuidado. Dimos á su Excelencia noticia de algunas necesidades sobresalientes, que podía socorrer, cual su Excelencia nos había encargado, como eran: ayudar á un hombre pobre que se le había quemado la casa, y reparar la iglesia de Riofrío, que estaba muy mal parada.

Aunque habíamos dicho que iríamos á Sepúlveda, por habérnoslo encargado mucho en Segovia, diciendo, que dispondrían que la villa lo

fuese á pedir; sin embargo, como ellos no se acordaron de eso; por instar el tiempo de ir á Zamora, nos determinamos á pasar de Riaza á Pedraza, y dimos aviso. Los de la villa, aunque son gente muy honrada y cumplida, sintieron viniésemos en esta ocasión, porque hacían fiesta al Santísimo aquella *infra octava*, y había corrida de dos toros. Concurrían más de treinta clérigos á asistir á la fiesta del Santísimo, por tener allí una congregación para esto, cuya junta era entonces. A nosotros nos pareció, que antes era esta la mejor ocasión; y así nos vinimos el sábado *infra octavam Corporis*. Para rendirlos á todos, les digimos que la misión no había de impedir la fiesta, antes había de ser de más concurso que nunca: ni la fiesta había de atrasar la misión; sino antes ayudarla. Así sucedió, empezándose en Pedraza los sermones de la misión la *dominica infra octavam Corporis*; después de encerrado el Santísimo por la tarde.

En un lugar de la jurisdicción, de allí legua y media, había ese día comedia, y concurría, según me informaron mucha gente. Parecióme buena ocasión para dar noticia de que estábamos en Pedraza, ir aquella mañana á aquel lugar; fuí temprano, y hallé que el cura estaba encerrado con los feligreses en la iglesia, probando la comedia, que se había de representar por la tarde. Esperé grande rato, dijele mi intento, y fué foroso esperar á la misa mayor, para hablar al pueblo. La misa se dijo á más de las doce, en ella hice un sermón de tres cuartos de hora, en que les exhorté á ganar el jubileo. En apeándome del púlpito, monté á caballo, para volver á Pedraza á empezar por la tarde la misión. Con esto, y con haber sido día de mercado el martes, en que prediqué en la plaza á la gente de la villa, y á la de fuera, se publicó la misión. Vino mucha gente, y el jueves, que concurrieron todos los clérigos de la congregación, hubo grande cantidad de confesores, y despachóse mucha gente.

Concurrirían á esta misión, de todas partes, como dos mil personas. La villa no tiene más de sesenta ó setenta vecinos; pero hay gente tan lucida, que parece un retazo de una ciudad muy aseada. Antes de la procesión prediqué á la congregación de clérigos y al pueblo; luego salieron á la procesión por toda la villa, y el día siguiente se hizo la incorporación de la congregación, y hubo muchos forasteros que confesar. El sábado por la mañana tuvimos que hacer hasta las doce, y hubo plática, para consuelo de los forasteros que habían concurrido.

Dejamos planteado en Pedraza el rosario cada día (antes no se rezaba), y una congregación muy lucida, la cual está muy fervorosa; y para el día de la Visitación llamaron al P. Allende que les predicase á

la fiesta de la congregación, y tratan de hacer capilla á nuestro Santo Padre, que sea también pieza de la congregación. Fué extraordinario el fruto que aquí se cogió, y los hidalgos estaban admirados de haber visto tanto concurso de gente, y corridos de haber puesto dificultad por razón de las fiestas, y muy satisfechos de lo que yo les dije, que ningún año habían de tener mejores fiestas. Estas se reducían á dos toros, casi mansos, en que no había riesgo ninguno. Yo tuve aquí extraordinario consuelo con algunas confesiones de personas, para cuya salvación Dios nos trajo á Pedraza.

18. El sábado fuimos á dormir á Segovia; iba con deseo de condescender á la batería que me dieron todos los caballeros de aquella ciudad, de que les predicase un sermón, juntándose con ellos muchos prebendados. Habían tenido poco antes una misión muy fructuosa de un misionero francisco, llamado Fray Francisco Salmerón; á quien siguió con grandísimos concursos todo el pueblo. Yo me excusé por esta razón, y con que mi venida había sido tan repentina, que no se podía saber que yo predicaba; pero reservé la resolución para la vuelta, y vine con designio de darles gusto, y predicar el domingo por la tarde en la catedral. Hubo embarazo para hacerlo, porque era día de la procesión del rosario en el convento de Sta. Cruz, á que concurrían todas las señoras, convidadas de la madrina de la fiesta. Fué tanto, sin embargo, el empeño de que había de predicar, que se determinó fuese lunes por la tarde, sin que hubiese más publicación, ni señal de campana, ni doctrina, que el haber corrido la voz entre la gente lucida. Esta concurrió toda, sin que faltase nadie de la gente de porte, y hubo muy grande auditorio; aunque de pueblo no hubo gente, porque no tuvieron noticia.

Aquí les exhorté á guardar los propósitos que habían hecho en la misión, y traté principalmente dos puntos, uno de los tratos y contratos, y de los muchos que se perdían por dejarse cegar de la codicia, y otro de los trajes; y esto hizo grande operación, juntamente con el *Libro de los Escotados* (1), que había llegado allí. Aunque el misionero

(1) Este libro es la *Respuesta Teológica sobre los Escotados*, escrita por el mismo P. Tirso, y publicada de orden del arzobispo de Santiago, D. Andrés Girón, no en Santiago, como reza el pie de imprenta, sino en Madrid. Así consta por varias cartas auténticas del autor al P. General, que tenemos á la vista, en las que refiere minuciosamente todo lo acaecido con ocasión de la publicación de ese su libro, del que damos una ligera idea, y exhibimos algunos párrafos en el índice núm. 13. La publicación de esas cartas, por no ser atinentes á la materia de esta obra, que es de las misiones, la reservamos para cuando editemos la vida completa del P. Tirso, si es que nos es dado arribar á ello, coordinando los muchos documentos ya reunidos, y allegando otros nuevos, que completen estudio histórico tan nuevo como interesante.

francisco predicaba mucho contra este abuso, no se movían las señoras. A este tiempo el P. Olea, procurador de Segovia, vino de Madrid en tiempo que estaba allí el misionero, y trajo dos libros de los escotados. Un Padre de casa, con deseo que se reformase una señora muy profana en esto, llevó el libro á casa de unas señoras de las más principales de la ciudad, esto es las de Contreras; las cuales, luego que leyeron el libro, se reformaron y cubrieron hasta la garganta.

Un prebendado de aquella santa iglesia, de mucho entendimiento, llamado D. Miguel Perez, discutía de lo que predicaba el fraile, y se persuadía que era bobería pensar que pudiera llegar á pecado mortal este traje: vino el libro, y luego que lo vió le hizo tanta fuerza, que hablando á las señoras les dijo: *Señoras, yo me retracto de lo que dije á vuestras mercedes; he visto el libro del P. Tirso, y me ha hecho grandísima fuerza, y así digo para descargo de mi conciencia, que si vuestras mercedes no se reforman tienen en grande riesgo sus almas.* Esto y el ejemplo de aquellas señoras, hizo que estuviera la materia bien dispuesta; y con lo que me oyeron desde el púlpito, se siguió una notable reformatión.

De Segovia vine por Valladolid; y tomando por compañero al Padre Zupide, que acababa de leer el curso de artes, pasamos á Zamora, adonde entramos á trece de Junio, día de S. Antonio, y estuvimos hasta el 4 de Julio, que partimos para Villagarcía á descansar el verano. De esta misión hizo relación más copiosa el P. Zupide (1). En ella reformáronse los escotados, quitáronse muchos escándalos públicos, dedicóse altar á S. Ignacio con sermón y fiesta, y fundóse congregación cuyo prefecto es su Ilustrísima. Hízose además misión en seis conventos de monjas, cinco sujetas al ordinario, y el de las Comendadoras de San Juan. El fruto y reformatión que en ellos se siguió fué grande: hicimosles veintitres pláticas; casi todas se confesaron generalmente, hubo grandes llantos, y en público se abrazaron todas las que estaban encontradas.

Todos los sermones fueron en S. Ildefonso, menos dos al acabar, en el atrio de la Catedral, y dos dentro, uno el día de S. Juan, y otro el día de S. Pedro. Gastáronse día de S. Juan cuatro mil formas; platicóse, fuera de esto, en la plaza tres veces; las funciones de pláticas y sermones llegaron á cuarenta. El Sr. Obispo asistió á todo, con gran-

(1) El P. Pedro Andrés Zupide, compañero del P. Tirso en la misión de Zamora, después de haber desempeñado varios cargos, y entre ellos el de Rector del colegio de Oviedo en 1683, murió en Loyola el 30 de Enero de 1709, á los 65 de edad, 49 de religión y 32 de profesión solemne.

de ejemplo. Estuvimos en el hospital nuevo, hospedados por cuenta de su Ilustrísima, con mucha asistencia. *He aquí la relación del P. Zupide:*

19. Llegó el P. Tirso con su compañero á la ciudad de Zamora, miércoles 13 de Junio por la noche, y luego que nos apeamos, vino recado de su Ilustrísima el Sr. Obispo, diciendo que nos estaba esperando, con ser muy tarde; con que fué forzoso ir luego á dar la obediencia á su Ilustrísima, que no permitió saliésemos de su palacio, y así nos hospedó en él aquella noche. Jueves, á instancias de fuertes razones, nos dió licencia su Ilustrísima para que nos hospedásemos en un hospital nuevo que hay enfrente de su palacio, como se hizo. En él estuvimos lo restante de la misión, á que se dió principio aquella noche con el acto de contrición por las calles, saliendo de la parroquia de S. Vicente, y yendo á parar á la de S. Ildefonso, que es la más capaz de Zamora; y por tal se escogió para los sermones de la misión. Acudió al acto de contrición con gran piedad el Sr. Obispo y toda su familia, con todo el cabildo y clerecía, que es muy numerosa, todos los caballeros ciudadanos, y grande multitud del pueblo, con mucha devoción y muestras de grande arrepentimiento en las lágrimas y repetidas bofetadas que se dieron.

El viernes por la mañana, por ser día de mercado, fuimos cantando la doctrina con los niños de la escuela á la plaza, donde se explicó la doctrina; platicó el P. Tirso á innumerable gente de todos estados, previniendo á los aldeanos, para que concurriesen á ganar los jubileos de la doctrina y misión; diligencia de que se siguió el concurrir muchísimos, lo restante del tiempo. Por la tarde se dió principio á los sermones, saliendo con una doctrina desde la iglesia de S. Vicente, á la de S. Ildefonso. Llevó en ella el estandarte el alcalde mayor, en nombre del Sr. Gobernador, porque él no pudo asistir este día; pero concurrieron á esta función cuantos asistieron la noche antecedente al acto de contrición y otros muchos; cantan lo todos con igual piedad y devoción, á ejemplo de su Ilustrísima, que con hallarse achacoso, ha sido el primero en asistir, á todas las funciones y sermones; sin permitir en ellos, con estar en público, que se le pusiese estrado, ni una almohada. Fué increíble el concurso de la gente, y no menos la moción que causó en ella el P. Tirso, con un sermón muy eficaz, en que hubo grandes sollozos, lágrimas y bofetadas, como en todos los demás que predicó.

Con parecer á muchos que, por ser muy capaz la iglesia de S. Ildefonso, y estar lejos de la mayor población de la ciudad, lo cual retardaría de acudir mucha gente, especialmente de mujeres, sobraría lugar para todos; fueron tan grandes los concursos desde el segundo día,

que por no caber en la iglesia, era forzoso estar mucha gente fuera de las puertas de ella; y tal el cuidado y deseo de oír al Padre, que se anticipaban dos y tres horas antes á coger lugar, siendo las primeras las mujeres, en quienes se ponía mayor dificultad.

Antes de comenzar la explicación de la doctrina que precedía todos los días al sermón, por espacio de casi media hora, se rezaba el rosario de nuestra Señora á coros, dando principio á él con un acto de contrición, y acabando con la letanía (1), anticipando por el tiempo de la misión la hora de este santo ejercicio, que está entablado de otras misiones, para que lograsen más el fruto de él. Duraron los sermones continuados hasta el día de S. Juan, que fué el de la comunión general; sin dejar por eso de platicar en la plaza dos días de mercado, que hay cada semana, en que concurrió un sinnúmero de gente, cogiendo ventanas (como pudieran para una gran fiesta) para oír la palabra de Dios. Dos días antes del de S. Juan vino mucha gente de las aldeas á oír los sermones y hacer las diligencias para ganar los jubileos, quedándose para esto muchos sin volver á sus casas para ganarlos.

Solía en Zamora, víspera y día de S. Juan, haber mucha libertad y desahogo por las calles y campos, especialmente hacia el río, como suele en todas partes; pero la gente estaba tan movida á penitencia y dolor de sus culpas, que no hubo ni aun señal de las licencias de otros años; y hubo personas, que con particular cuidado notaron, no haber salido gente de la ciudad la víspera de S. Juan, fuera de la Puente, que es la salida principal de este día de S. Juan, á cosa de desahogo; si no es á confesarse al convento de S. Francisco, que está á la otra parte del río; porque en la ciudad no podían los confesores dar abasto á la multitud de penitentes. Gastáronse este día más de tres mil formas en la iglesia de S. Ildefonso.

Para la tarde estaba echada la doctrina general, pero por haber llovido continuamente más de tres horas, al tiempo mismo que había de salir se dilató para el día de S. Pedro; aunque no por esto se dejó el sermón ni faltó el concurso, que aun fué mayor que el de los días anteriores. En efecto, no cabiendo la gente en las tres naves, coro, y presbiterio de la Catedral, á donde había ido á parar la doctrina, y donde predicó el P. Tirso (porque no daba lugar el tiempo para predicar fuera, como se había dispuesto al principio y lo pedía la multitud), se quedó mucha gente fuera, aunque en disposición que podían oír, por estar el púlpito cerca de la puerta principal.

(1) Este modo de rezar el rosario arraigó de suerte en nuestra patria, que aun hoy se continua observando, con haber pasado cerca de tres siglos y medio.

Día de S. Pedro se hizo la doctrina general, asistiendo á ella su Ilustrísima y toda la ciudad, cantándose por todos con gran devoción y piedad. Llevó el estandarte el Sr. Gobernador. Salió la doctrina general de la iglesia de S. Vicente, y se terminó en el atrio de la Catedral, donde predicó el P. Tirso, para que estuviese más desahogada la gente; y con esto se dió fin á la misión de la ciudad.

Aunque en tiempo de ella se hicieron algunas pláticas en varios conventos de monjas; los días siguientes á S. Juan hasta cuatro de Julio, en que partimos de Zamora, se destinaron especialmente á esta misión de las monjas en seis conventos. Cinco de ellos estaban sujetos á su Ilustrísima, y el otro era de Comendadoras de la Orden de S. Juan. Pidieron estos conventos con grandes instancias la misión, como también otros, aunque no se acudió á ellos, por razón particular. Ha sido grande el fruto de esta misión á los conventos, en que se movieron tanto con las pláticas, que todo era sollozos y lágrimas, y al final abrazarse todas, pidiéndose perdón unas á otras las que estaban disgustadas entre sí; disponiéndose desde la primera vez para hacer confesión general, como la hicieron casi todas en todos los seis conventos, que al presente quedan muy reformados, y con mucha edificación de toda la ciudad. Quiera nuestro Señor continuar su particular asistencia, para que ellas continúen en su santo servicio, con el fervor en que ahora están.

20. Esta misión ha durado por espacio de tres semanas, en que han sido más de cuarenta los sermones y pláticas que se han dicho, de grande servicio de nuestro Señor, y copiosísimo el fruto que con ella se ha logrado en Zamora. Son sin número las confesiones generales, que se han hecho, y muchas de singularísimo consuelo, con haber habido muchas misiones en aquella ciudad. De pecados callados no se hace especial mención, por ser tan frecuentes estos casos en las misiones. Persona hubo que desde el sermón vino siguiendo al predicador para echarse á sus pies, con tanto sobresalto, que aun á los pies del confesor no parece se daba por seguro de que no le llevasen los demonios al infierno, como él mismo decía, y lo significaba la congoja, de que sudaba arroyos hasta regar el suelo, juntamente con lágrimas de dolor con que se confesó, quedando serena su conciencia, quieto su corazón, y consolada su alma.

No faltó quien estaba resuelto á ir al infierno, por no confesar sus pecados; pero oyendo los sermones, cambió Dios su corazón, y se confesó generalmente, con grande consuelo de su alma y no menor del confesor, porque veía reducida aquella alma al verdadero camino de su

salvación y con deseos de hacer grandes progresos en la virtud en adelante, pidiendo para eso particular instrucción conforme á su estado para regular su vida por ella. Muchos pliegos se pudieran escribir de semejantes casos, que por homogéneos y vulgares se omiten. Otros más particulares que ha habido se callan por justas razones en esta relación.

Hanse quitado muchos escándalos y ocasiones de ofensas de nuestro Señor con no poca admiración de muchos, que no lo esperaban por haber visto frustrados otros medios que se habían puesto, viendo ahora el remedio que deseaban. Persona que tenía bien comprendida la ciudad le dijo al P. Tirso en la despedida: *V. P. lleve este consuelo, que con haber antes mucho que remediar, hoy no hallo cosa que no esté remediada por medio de su apostólica predicación.*

Aunque no hay en Zamora enemistades declaradas de bandos, no faltaban rencores entre muchos particulares, que oyendo el sermón de enemigos lo dejaron de ser, pidiéndose perdón unos á otros públicamente. Fué muy de alabar en esto uno, que por haberse casado á disgusto de sus padres, estaba con desgracia suya. Saliendo éste del sermón, vió que su padre estaba en otros en la plaza, y yendo para él se arrojó á sus pies delante de todos, pidiéndole perdón de lo hecho, y que le admitiese en su gracia. Lo mismo hizo otro con su madre, yendo á pedirla perdón delante de otras señoras, con quienes estaba de visita. Hanse atajado varios pleitos muy enconados de que se habían originado grandes disgustos, y se temían mayores en adelante.

En dos sermones tocó el P. Tirso el punto de los escotados, y bastó el primero para que al día siguiente viniesen muchas mujeres muy reformadas; y con el segundo se convencieron casi todas de suerte, que las señoras más principales andaban á competencia sobre cual se reformaba la primera, haciendo jubones subidos y cerrados, y no fueron pocas las que la misma noche se subieron los jubones, trasnochando por no salir en público el día siguiente sin reforma, que ha sido universal en casi todas de todos los estados, usando las que no podían más, de lienzo muy cerrados para encubrir su inmodestia y desnudez; y se espera juntamente de la resolución con que han tomado este punto, que proseguirán en lo comenzado, y si acaso han quedado algunas, que bien pocas pueden ser, se reformarán con el buen ejemplo de las demás.

Hase fundado una congregación, en que entran eclesiásticos y seculares con tanto deseo de todos, que desde la primera vez que el Padre Tirso habló de ella, todo era preguntar, cuándo se había de fun-

dar; solicitando que fuese cuanto antes, porque no se refriasen en muchos los buenos deseos que nuestro Señor les había comunicado. El primer día, con no haberse comenzado generalmente, acudirían más de sesenta personas de lo más granado de ambos gremios, y nombraron por prefecto á su Ilustrísima, que con gran celo ha tomado por su cuenta el promover esta santa congregación, que ya queda con la instrucción de las demás, que se han fundado en otras partes con ocasión de las misiones. Ha comenzado esta congregación la práctica de sus ejercicios, hallándose presente el P. Tirso, que les hizo dos pláticas muy fervorosas, para que no desistiesen de tan santo empleo, del que depende su aprovechamiento y el logro principalmente de los desengaños con que quedan. De las veras y fervor con que han comenzado, se espera continuarán con él, y que este medio será el más provechoso y eficaz, para que sea permanente el fruto de la misión y aun se multiplique. También se ha establecido el que se lea todos los días alguna de las consideraciones de los ejercicios del P. Salazar, ó algún otro libro espiritual en la iglesia de S. Vicente, donde es el concurso mayor, al tiempo que se junta para rezar el rosario de nuestra Señora.

Con haber habido en Zamora tantas misiones de los de la Compañía, no había allí imagen de N. P. S. Ignacio, en parte pública; y hablando el P. Tirso en un sermón del santo, como de fundador de las misiones, de que se seguía tanta gloria de Dios y bien de las almas, les dió á entender con suaves quejas esta falta de reconocimiento al Santo, por medio de cuyos hijos han sido más beneficiados del cielo los de Zamora que los de otras ciudades, en que cada día hacen singulares demostraciones de afecto y veneración al Santo, juntandó á esto alguna noticia de las maravillas y prodigios con que Dios le honra, para bien de los que se le encomiendan, y se valen de su intercesión. Fué tanto lo que con esto se movieron á la devoción de S. Ignacio, que luego trataron de hacer una imagen suya y ponerla en parte pública, adonde todos pudiesen acudir á valerse de su poderosa intercesión en sus necesidades. Y aunque algunos particulares quisieron hacer solos este obsequio al Santo, lo resistieron los demás, diciendo, que puesto que todos eran obligados, todos querían concurrir con sus limosnas á su culto y merecer de alguna manera su favor, y que para este fin el día de la comunión general se pusieran á pedir limosna tres caballeros de los más principales, en las tres puertas que tiene la iglesia de S. Ildefonso. Pero no se han contentado con esta demostración; antes advirtiendo uno, que pocos días antes de la misión se había hecho la traslación de una imagen de la Concepción de nuestra Señora á la iglesia

de S. Vicente: de un colateral, donde ocupaba el nicho principal, al altar mayor en que se fabricó un camarín y trono muy rico; propuso á los demás, el que se pusiese la imagen de S. Ignacio en el nicho del colateral desocupado, proposición que abrazaron todos con grande júbilo y alegría. Trataron luego de ponerlo en ejecución, venciendo las dificultades, que podía tener por ser aquel altar de persona particular, y tener esta de mucho tiempo antes tomada resolución de poner otro Santo en aquel nicho; y así hablaron al dueño, que era persona principal, cuyo afecto á S. Ignacio y á sus hijos, no hubo menester más de que se le representase el deseo, para condescender con él, teniendo á mucha dicha suya el poder hacer este obsequio al Santo. La piedad de esta persona se adelantó, hasta solicitar con veras se le permitiese hacer todo el gasto de la imagen, supuesto que en su capilla se había de colocar; y aunque no se le concedió, para que la piedad de todos tuviese parte en tan gran obra, siempre le cabrá grande honra. Pero, porque mientras se hace la imagen de bulto no faltase el exponerla á la atención, devoción, y deseo común de todos, se dispuso que se colocara en el mismo lugar una de pincel, con toda solemnidad, como se ejecutó. Concurrió al acto toda la ciudad, se cantó una misa votiva del Santo; y porque no faltasen las circunstancias de fiesta grande, predicó el P. Tirso un gran sermón muy de la ocasión; y la música de la Catedral, con que se celebró la fiesta, cantó un villancico muy bueno, hecho para el caso de la fiesta; que siendo puramente eclesiástica, no se pudo hacer con más solemnidad, ni con mayor gusto y alegría; de la que mostraron todos. Sólo sentían el no haber hecho antes de ahora esta pública demostración al Santo Patriarca, para tenerle por intercesor y abogado con Dios en sus necesidades, como esperan en adelante, especialmente las mujeres para los aprietos de sus partos, en que cada día obra nuestro Señor por su medio tantas maravillas. Gracias sean dadas á su Majestad por todo. Amén.

Terminada la misión de Zamora, con tan abundantes frutos espirituales, recogióse el P. Tirso por dos meses en el Noviciado de Villagarcía, para hacer sus ejercicios y descansar algún tanto de sus larguísimas tareas apostólicas. Aprovechó también este tiempo para escribir al P. General en pro de las congregaciones que solía fundar en sus misiones, para cuya fundación acababan de ponerle grandísimas trabas. He aquí la carta:

21. P. Ch.—El P. Provincial me ha comunicado un nuevo orden de V. P., de 30 de Junio, de que aquí adelante ninguno, sin consultar primero con V. P., pueda instituir congregación alguna ni cofradía.

Para la inteligencia de esta orden, tengo que representar á Vuestra

Paternidad, que si él se ha de entender, para que de cualquier congregación que de nuevo se fundare, se ha de dar cuenta primero á Vuestra Paternidad, ó á sus sucesores, esto es tronchar totalmente el fruto principal de las misiones. Porque cuando uno sale á misión, no sabe dónde ni cuándo se ofrecerá el fundar congregación; que esto pende del *hic et nunc*. Y si no se puede erigir sin consultar primero á Vuestra Paternidad, esto es imposibilitar que se funden congregaciones, que son las que conservan el fruto de la misión y la mayor obra de ellas.

Por la experiencia que tengo de nueve años, puedo asegurar á V. P., que este es un fruto admirable y el mayor de cuantos hemos hecho. Y así, para que no se impida este fruto, V. P. se sirva de dar licencia general, para que se funden aquellas congregaciones, que están calificadas con la experiencia de muchos años, cuales son las que el P. Guillén y yo, y otros á nuestra imitación, hemos fundado en estos reinos, de las cuales se han impreso constituciones.

Estas congregaciones no tienen cosa extravagante que disuene, y sí muchas de grande ejemplo. Estas congregaciones conservan, el que se rece el rosario á coros todos los días; que se lea un rato de lección espiritual, ó un punto de meditación después del rosario; que se frecuenten los sacramentos; que se haga lección espiritual y disciplina de noche para solos los hombres, cada viernes, y tres días cada semana en cuaresma. Los ejercicios peculiares son: lección espiritual, plática espiritual, y media hora de oración mental, un día cada semana.

Suplico á V. P. se sirva enviarme licencia general á mí y á mis compañeros para fundar estas congregaciones de aquí adelante, como lo hemos hecho hasta aquí; y para que los misioneros de la Provincia puedan fundar otras á su imitación, pasando todo al registro del Padre Provincial. Guarde nuestro Señor á V. P. muchos años, como se lo suplico y todos hemos menester.—Villagarcía y Agosto 8 de 1674.—Humilde hijo de V. P. *in Chrto*.—Tirso Gonzalez.

Los motivos alegadas movieron al M. R. P. General á conceder la facultad solicitada, concesión de que el P. Tirso da las gracias al final de la carta siguiente que ponemos aquí, como en el lugar más apropiado.

P. Ch.—Mucho tiempo ha que tengo determinación de imprimir un tomo de cosas escolásticas con este título: *Disputationes Selectae ex Universa Theologia Scholastica*, sacándolo de lo más escogido que leí en mis materias, y de otras muchas cuestiones, que trabajé y no dicté en las cátedras, aunque las presidí y se defendieron en las escuelas de Salamanc a.

Los motivos que tengo para esto son: Lo primero que el crédito de las letras acredita el ministerio de las misiones. La mano de Dios no está abreviada y puede llevarme á reinos extraños, adonde no se sabe si leí en Salamanca ó no; y el libro abrirá puerta á la predicación. Lo segundo, porque esto servirá para ejemplo de la posteridad, que dejó la cátedra quien tuvo algún talento para ella, y puede mover á otros este ejemplo á hacer lo mismo. Lo tercero, porque cuando yo salí de Salamanca, los émulos de la Compañía esparcieron una voz, que todavía repiten á los estudiantes tomistas: *que el P. Tirso dejó la escuela, porque habiendo leído una materia de un maestro dominico contra la Ciencia Media, se convenció de que la doctrina de la Compañía era falsa, y que por no ajustarse con su conciencia el leerla, se había metido á misionero.* Por eso quiero que conste á todo el mundo, cuan arraigada tengo en las médulas la doctrina de la Compañía en materia de *Auxiliis*.

Aunque reconocí, que hubiera acreditado mucho las misiones sacar cuanto antes este tomo, con todo eso no quise hacerlo hasta ahora. Porque si lo hiciera antes pudiera la malicia pensar que *respiciebam retro*, y que me había arrepentido de las misiones, y quería anhelar por lo que desprecié. Mas ahora que estoy lleno de canas, y tengo cincuenta años, y están las puertas tan cerradas á grados y maestros, por estar todo ocupado, no puede haber esa sospecha; y así ahora es tiempo oportuno.

Si para hacer esta impresión hubiera de interrumpir mis misiones, huyera de ella. Pero esto no me quita misión ninguna; porque todo esto está trabajado, ni yo tengo de gastar tiempo ahora en especulaciones escolásticas. No me ha faltado una limosnilla para pagar el amanuense. El hacer los índices y corregir lo escrito, lo encomendaré á un pasante de Salamanca, que este año acaba los estudios. V. P. se sirva de escribir al P. Provincial, me señale revisores cuanto antes. En las cosas escolásticas no habrá en qué tropezar en mis escritos. Podré hacer un tomo como los del P. Vazquez.

Si V. P. juzgara no conviene que yo imprima cosa escolástica, y que no son buenos los motivos que aquí alego, sírvase de avisármelo; que en todo estaré á las órdenes de V. P., á quien Dios guarde, como se lo suplico y la Compañía ha menester. Santiago y Octubre 20 de 1674.—Humilde hijo de V. P.—*Tirso Gonzalez*. P. D.—Doy á Vuestra Paternidad con todo reconocimiento las gracias por la noticia de las congregaciones, y por lo que las fomenta.

CAPÍTULO CATORCE

Septiembre y Octubre de 1674

SUMARIO: 1. El Sr. Obispo de León pide para misionar en la capital de su diócesis al P. Tirso, y éste va allá.—2. Llega á León y publica la misión, que comenzó con una solemne doctrina.—3. Sermones en la Catedral.—3. Tiene segunda vez el acto de contrición, y con otra doctrina se pasa la misión de la Catedral á S. Marcelo, y de allí á Ntra. Sra. del Mercado.—3. Comuniones generales y fin de la misión.—5. Fruto de la misma.—7. Reformatión en los conventos de monjas: misión en la cárcel, y corrección de un abuso notable entre las señoras de León.—8. Orden que se tuvo en los sermones, y salida de León.—6. Villafranca del Bierzo solicita la misión, y la consigue; pasa por Astorga, Ponferrada y Arganza, su patria.—10. Comienza la misión de Villafranca; concurrencia extraordinaria de toda suerte de personas.—11. Orden de los sermones y fruto inmenso de esta misión.

FUENTES HISTÓRICAS: 1. Itinerario del P. Tirso Gonzalez.—2. Relación de la misión de León, hecha por el P. Rector del colegio de aquella ciudad. ms.—3. Relación de la misión de Villafranca, que hizo el P. Fuentes, Rector de aquel colegio. ms.—4. Cartas anuas.—5. Actas del Cabildo de León y código "Miscelanea del Gobierno y Ceremonias del Cabildo," ms.—6. Provisión de Felipe II respecto del coro de la Sta. Iglesia Catedral de León.

1. Deseando el Ilmo. Sr. D. Juan Alvarez Osorio, Obispo de León (1), el bien espiritual de sus ovejas; con aquel santo celo y vigilancia pastoral, que nuestro Señor ha encendido en su pecho para mucha gloria de Dios y provecho de sus súbditos, pidió al P. Provincial de la Compañía de Jesús de Castilla ordenase al P. Tirso Gonzalez de la misma Compañía, viniese á la ciudad de León á hacer misión, para que esta ciudad experimentase en sí el fruto espiritual, que otras muchas de estos reinos han gozado con las misiones que ha hecho el citado Padre.

No pudo el P. Provincial dejar de conceder al Sr. Obispo lo que

(1) Esta es la relación que escribió el P. Rector del colegio de León, segun dice el P. Tirso, véase pág. 44.—Del *Itinerario* tomamos alguna cosa para complemento de la relación, lo que haremos constar en su propio lugar.

era tan debido á la persona y celo de su Ilustrísima, y lo que el colegio de León ha muchos días había deseado y procurado, y así mandó al P. Tirso viniese á obedecer á su Ilustrísima, y á cumplir los deseos de los que en esta ciudad le esperaban. No se contentó su Ilustrísima de haber solicitado la misión, sino que quiso hallarse personalmente en ella, para autorizar con su presencia esta obra de Dios, y mover con su ejemplo á la asistencia de los sermones y demás funciones de este santo ministerio.

El P. Tirso refiere así su venida á León.—El estío de este año de 1674 lo tuve en Villagarcía, adonde entré á cinco de Julio, después que acabé la misión de Zamora. Estuve allí hasta el jueves seis de Septiembre, en que salí á hacer misión en la ciudad de León, para donde me había llamado con grandes y repetidas instancias el Sr. D. Juan Alvarez Osorio, Obispo de aquella ciudad. Su Ilustrísima tuvo los caniculares en Valderas; y pensando yo hallarle allí, me vine por aquella villa para ir en su compañía, pero me hallé con que ya había partido dos días antes.

Aquella tarde vine á dormir á Valencia de D. Juan, y procuré llegar á tiempo con objeto de hacer el acto de contrición. En apeándome en el mesón fuí á hablar al arcipreste y superior de la clerecía y al cura, y hecho esto, salí con el Sto. Cristo desde la iglesia de Sta. María, que es la mayor. Recorrí las calles principales, echando jaculatorias, y convocando al pueblo para la iglesia, donde se terminó la procesión con una plática de una hora en que se movieron mucho. Diles cuenta de como pasaba á León, para que concurriesen allá los que tuviesen necesidad. La plática fué encaminada á que se dispusiesen para confesar y comulgar el día de nuestra Señora.

2. El viernes, siete de Septiembre, víspera de la Natividad de nuestra Señora, vine á comer á León; y aquella noche salimos con el acto de contrición para publicar y empezar á mover la misión, diciendo entre las jaculatorias que se cantaban: mañana por la tarde se comienza la misión en la Sta. Iglesia Catedral. Terminóse esta función en nuestra iglesia (1), con una plática de media hora, en que les exhorté á acudir á oír la palabra de Dios, y á venir al día siguiente á la doctrina.

(1) Esta iglesia es la que hoy se llama de Sta. Marina, y el edificio contiguo, destinado en su mayor parte hasta nuestros mismos días á Instituto Provincial, fué el antiguo colegio de la Compañía de Jesús, en el que vivieron hombres tan santos como el V. P. Luis de la Puente, y se criaron en espíritu y en letras los leoneses más célebres de los siglos XVI, XVII y XVIII, y entre ellos el V. P. Gonzalo de Tapia, protomártir de la Compañía en Méjico. Llegó á contar este colegio más de mil estudiantes. Véase apéndice núm. 14.

Ayudaron á hacer los actos de contrición el P. José Mosquera y el Padre Juan Gonzalez. Hasta aquí el *Itinerario*. A petición del Sr. Obispo, concedió la Sta. Iglesia Catedral para el santo ministerio de la misión su ilustrísimo Cabildo; el cual, como no es inferior á ninguno de los de España en autoridad y nobleza, no quiso que otro alguno le llevase la ventaja en la piedad de autorizar la misión con su templo, y con su presencia los sermones.

El sábado, día de la Natividad de nuestra Señora, á las tres de la tarde, dimos principio con una doctrina muy solemne, que salió de nuestra iglesia para la Catedral. Llevaba el estandarte D. Diego de Quiñones, caballero de la orden de Alcántara, Regidor de esta ciudad, acompañado de todos los caballeros que para esta función había convidado. Iba delante con la campanilla el P. Diego de la Fuente Hurtado, Provincial de Castilla, que á la sazón se hallaba visitando esta casa. En medio iban cantando los Padres del colegio, y respondían los caballeros, sacerdotes y demás personas que iban en la doctrina. Cerraba la procesión el Sr. Obispo con toda su familia. En este orden fué la doctrina por las calles principales de esta ciudad á la Sta. Iglesia Catedral; y al llegar á ella era innumerable el concurso de hombres que se habían agregado á la procesión, convidados con el ejemplo de su Ilustrísima y de la nobleza, que en ella iba. En la iglesia estaba esperando gran número de mujeres á que llegase la doctrina para oír el sermón, que después de ella predicó el P. Tirso, como todos los demás de la misión, con grande fervor y moción del auditorio.

3. Al mismo tiempo que se empezaron los sermones de la misión en León, fué un Padre del colegio á Ntra. Sra. del Camino, santuario distante una legua de León, que es de mucha devoción en toda esta tierra, y este día de mucho concurso, para dar en él noticia de la misión á los de la romería; y así lo hizo, predicando á ese fin. Desde este día se empezaron los sermones en la Sta. Iglesia, y duraron por espacio de nueve días, siempre con grandes concursos y nunca jamás vistos en León, como lo atestiguan las personas más ancianas de esta ciudad. Asistió á todos el Sr. Obispo, el Cabildo y la nobleza de la población, con innumerable gentío de ella y alguno de las aldeas, especialmente los días de fiesta; concurriendo también á ellos muchos religiosos de todas las sagradas órdenes que hay en esta ciudad.

Señalóse para la comunión general en la Sta. Iglesia el domingo 16 de Septiembre, día nono de la misión. Asistieron en la Catedral á oír este día las confesiones todos los Padres confesores que hay en este colegio, y á petición y de orden del Sr. Obispo, muchas de las sagradas re-

ligiones y los confesores seculares de la ciudad. Y con ser tanto el número de confesores, y haberse confesado ya la mayor parte de los penitentes en el discurso de la semana, hubo que hacer para todos hasta bien tarde, en reconciliaciones de unos y confesiones de otros. Estaban en la Sta. Iglesia dispuestos tres altares para dar la sagrada comunión, en los que casi toda la mañana sin interrupción se dieron comuniones. Señalóse mucho en esta ocasión el celo y fervor infatigable del señor Obispo, el cual estuvo casi tres horas dando la sagrada comunión á sus ovejas, en un altar que se formó en la puerta que sale del coro al crucero de la iglesia.

4. Para acrecentar los auditorios en los días de trabajo, se repitió el lunes, dos días después de empezada la misión, el acto de contrición, que salieron á hacer el P. Mosquera (1) y el P. Juan Gonzalez (2). Y porque la ciudad de León es muy extendida y de mucha gente; para que los más distantes de la iglesia catedral pudiesen gozar de los sermones y palabra de Dios, aunque por dos veces había salido al anocheer el acto de contrición por los barrios de la ciudad, pareció conveniente llevar la misión á las parroquias más apartadas de la catedral, para que pudieran asistir allí con más conveniencia los vecinos. Y así, lunes, diez y siete por la tarde, salió segunda vez la doctrina de la catedral á la parroquia de S. Marcelo. Fué con el mismo orden que la primera. Llevó el estandarte D. Antonio Castañón, caballero Regidor de esta ciudad; y el Sr. Obispo fué en ella, no obstante el gran trabajo, que el día antecedente había tenido en dar la sagrada comunión,

Discurriendo de lo futuro, dice el P. Tirso en su *Itinerario*, por lo que había pasado en la catedral, todos los de casa se persuadían, que no había de caber la gente en la iglesia de S. Marcelo; pero como habían asistido tanto los primeros nueve días, persuadidos de que la misión se había de acabar entonces, no fué el concurso tan grande como se esperaba, aunque fué bueno. Dios lo dispuso así, para que se repitiera una vez más el acto de contrición; porque viendo yo que aquel auditorio no correspondía á los pasados, eché en lugar del sermón, para el martes, otro acto de contrición, diciendo que había de salir de San Marcelo, y que allí se había de terminar la función con una plática.

(1) El P. José Mosquera, según el *Libro de Entierros* de Salamanca, murió en Santiago á 28 de Abril de 1790, contando 61 años de edad y 45 de religión. Era profeso de cuatro votos.

(2) El P. Juan Gonzalez Herrera falleció en Orense el 18 de Marzo de 1708, á los 66 años de su vida, 46 de religión y 20 de profesión solemne.

Dispusimos que la misma noche saliese el P. Juan Gonzalez al arrabal de Sta. Ana, con un segundo acto de contrición. Hubo infinito gentío en entrambas partes, y no debió de quedar hombre en León, que no concurriese. Fué esta la función de más fruto de toda la misión.

Las monjas de la Concepción pidieron, que se hiciese un acto de contrición enfrente del convento. Ejecutóse así; y se movieron y lloraron muchísimo todas ellas, tanto que se oían desde afuera los sollozos y suspiros. Además de este acto de contrición, que lo hice yo, hizo otro en la plaza el P. Ventura Dueñas (1), dentro de la misma iglesia de S. Marcelo, antes de mi plática. En esta conté el ejemplo de Pelagio; la moción fué extraordinaria, y el fruto que se sacó del ejemplo, maravilloso. La iglesia estaba apretadísima de hombres en pie. *Hasta aquí lo tomado del P. Tirso.*

En S. Marcelo estuvo la misión dos días, y otros dos en la iglesia de Ntra. Sra, del Mercado; mas no pudiendo caber los oyentes de los sermones en estas iglesias, fué forzoso volver la misión á la catedral, que es capacísima para los concursos de los sermones, por estar las tres naves con todo el crucero hasta la puerta principal *desembarazadas del coro* (2), y de otro cualquier estorbo. Aquí se continuaron los sermones el viernes veintiuno, día de S. Mateo, y el sábado y domingo siguientes, con tanto concurso que llenaban la gran capacidad de la iglesia. Testificaron personas muy ancianas, no haber visto jamás en León concursos que se pareciesen á estos, y es esto más de estimar, por no ser la gente de León tan inclinada á oír sermones, como en otras partes. Y así de las aldeas comarcanas concurrió poca gente, respecto de la que suele concurrir en Galicia á las ciudades donde se hace alto.

5. El domingo veintitres de Septiembre se hizo otra comunión general con la misma disposición que la vez primera, y con más concurso en ella. Se señaló singularísimamente el fervor del Sr. Ohispo; porque no obstante que el día antecedente había hecho órdenes, y había asistido la misma tarde del día de las órdenes, al sermón, como asistió á todos los que se predicaron, así en la iglesia catedral como en las parroquias; dió la comunión este día sin interrupción, aun por más tiempo que el domingo antecedente, en que estuvo dándola casi cuatro horas, no

(1) El P. Ventura Dueñas, murió en León en 15 de Noviembre de 1680. Contaba á su muerte 87 años de edad, 70 de Compañía y 55 de profesión solemne.

(2) Es por consiguiente posterior á 1674 el coro de la nave central. Véase en el apéndice núm. 14 la carta de Felipe II al Cabildo de León, prohibiendo que se levantara el coro en el centro de la nave mayor.

apartándose uno y otro día del altar, hasta que no hubo gente que llegase á comulgar. Gastaríanse en estos días, y en los del discurso de la misión, como diez y seis mil formas; con que parece que apenas quedaría en León persona capaz de comunión, que no comulgase en este tiempo, y algunos comulgaron segunda vez.

Terminóse la misión en este domingo por la tarde, con una doctrina general, que saliendo de nuestro colegio, fué á parar á la iglesia catedral. Llevó el estandarte D. Fernando Castañón, caballero del orden de Alcántara, Regidor de esta ciudad. Iban cantando los Padres, acompañados de algunos caballeros y del Sr. Provisor de este obispado, que se puso en medio con los nuestros. El Sr. Obispo, como otras veces, cerraba la procesión, mostrándose infatigable á todo lo que es servicio de nuestro Señor; pues no se dió por rendido á la fatiga de las comuniones de la mañana, y trabajo de órdenes del día antecedente, y asistencia á todos los sermones, para dejar de hallarse en función de tanta edificación y ejemplo. Cuando llegó la doctrina á la catedral, estaba esta tan ocupada de gente, que muchos que iban en la doctrina, se volvieron por no poder oír al predicador, aunque su voz es muy grande y clara.

Al mismo tiempo que se hacía la misión en la catedral, *escribe el P. Tirso*, se tuvo un acto por las mañanas en el convento de Carvajal, que es de monjas Benitas, sujetas al ordinario. Hícelas tres pláticas en que se movieron mucho; y en la última, en que toqué un punto de la paz y unión, se emocionaron tanto, que todas al fin de la plática se abrazaron, pidiéndose perdón con grandes lágrimas, sin que por largo espacio se oyeran sino suspiros y llantos, y voces de rendimiento y compunción.

6. Del concurso á los sermones, confesiones y comuniones, se puede colegir el fruto de esta misión. Reconciliáronse voluntades que había mucho tiempo estaban enconadas con enemistades; y los que antes no se hablaban, se fueron á buscar unos á otros á sus casas, estrechándose en verdadera amistad, sin que quedase persona de quien hubiese noticia que estaba enemistada contra otra, que no se reconciliase. Señaláronse en esto algunas personas de lo más ilustre de uno y otro estado eclesiástico y secular, con grande edificación y ejemplo de toda la ciudad. Las personas que vivían en ocasión de ofensa de nuestro Señor, se apartaron de ella; y no era menester que los confesores, cuando llegaban á sus pies, les avisasen de que tenían que dejar la ocasión, porque ya antes ellos la habían dejado movidos de los sermones.

Las confesiones generales fueron muchísimas, y todas las personas la hicieran, si los confesores no se lo estorbaran á muchas, juzgando que por ser escrupulosas, y haberla hecho en otras ocasiones, era mejor no las oír generalmente. No hablo de las personas que descargaron sus conciencias fatigadas con pecados, callados por mucho tiempo, en otras confesiones, y del consuelo que de haberlos manifestado han experimentado. Persona hubo que estaba del todo perdida, y que vivía casi sin esperanzas de su salvación, que con oír el sermón del juicio y el tercer acto de contrición, sintió una moción tan grande en su conciencia, que luego trató de vivir como cristiano, disponiendo las cosas de su alma á satisfacción del Padre misionero. Un escribano salió de los pies del confesor con determinación de poner cédulas públicas en los lugares en que había ejercido su oficio, diciendo en ellas que cualquiera que se sintiese agraviado en los derechos de su oficio, acudiese á él que le daría satisfacción.

Las mujeres reformaron el traje, y en el de los escotados se ha reconocido mucha enmienda; porque algunas han subido los jubones; y todas las que llegaron á comulgar en la comunión general, que no habían subido los jubones, iban cubiertas con algun lienzo. No faltó señora, que la noche siguiente al sermón en que se habló de esta materia, estuvo trabajando en subir el jubón. Con esto se espera que los jubones que de nuevo se hicieren no serán tan escotados, sino más decentes. Tiénese grande esperanza de que se ha de continuar el fruto de la misión: en la frecuencia de los sacramentos, en la devoción mayor á nuestra Señora; y en la lectura de libros santos, cuya importancia se les ponderó en los sermones, y los oyentes recibieron con gusto. La congregación de nuestra Señora, que es de lo más lucido de esta ciudad, y está situada en nuestro colegio, se ha aumentado.

Toda la ciudad ha quedado movida á mayor devoción y reformation de costumbres. Vióse esto bien en lo que aconteció el último día de la misión; porque habiendo llegado una farsa de comediantes, y ofreciéndose á representar algunas comedias, pidiendo nada más que una ayuda de costa, la ciudad desechó la oferta é hizo salir á los comediantes, sin darles lugar á la representación. Esto fué singularísima muestra de fervor, por ser aquí las comedias muy deseadas, tanto que un mes antes ofrecía la ciudad á la farsa gran suma de dinero porque viniese á representar algunas comedias, y no se habiendo ajustado entonces, y teniéndola ahora con gran conveniencia, no quiso valerse de ella, por no deshacer con esta misión del diablo, lo bueno que la de Dios había edificado.

7. No se contuvo el fruto de la misión en la gente secular, sino que pasó á los monasterios de monjas. Porque haciendo el Padre misionero algunas pláticas en los sujetos al ordinario, y publicándoles el santo jubileo, no sólo se confesaron con mucho consuelo de su alma, sino que entraron en nuevo fervor de vida y ajustamiento á la observancia regular, quedando envidiosos de este bien los conventos que no pudieron gozar de las pláticas, aunque se les procuró satisfacer sus deseos, con los actos de contrición, que junto á ellos se hicieron en las calles.

Para que ninguno careciese del bien que por medio de esta misión nuestro Señor envió á la ciudad, se fué á predicar y dar la comunión á los pobres de la cárcel, á quienes el Sr. Obispo envió una comida digna de su mucha caridad y ánimo piadoso. Lleváronla desde el palacio episcopal, cuatro Hermanos de nuestra Compañía, acompañados de dos capellanes de su Ilustrísima. Y no fué esta sola la limosna que se dió á estos pobres; sino que otras personas particulares los socorrieron con dinero para alivio de su necesidad, tomando el trabajo de pedirla entre los fieles algunos caballeros de lo más lustroso de la ciudad.

Hasta aquí la «relación que hizo el P. Rector de lo acaecida en esta misión,» según frase del P. Tirso en su Itinerario. Añadiremos ahora algunas circunstancias omitidas en la relación transcrita, tomándola del Itinerario citado. Helas aquí:

Hay en León un desorden grande entre las señoras, y consiste en que, si una ha de hacer una visita, lleva consigo á otras muchas que la acompañen; y la que la ha de recibir, debe tener consigo á todas sus amigas para recibirlas; con lo que á cualquiera visita se juntan las señoras todas de la ciudad, y andan así continuamente fuera de casa. Resultan de esto graves inconvenientes, como el de dejar á sus hijas y criadas solas; y muchas veces no vuelven hasta las diez de la noche. Los gastos que se hacen con este motivo son excesivos, por ser obligación de la que recibe la visita, el dar chocolate y bebidas á todas las señoras. Los maridos sienten este desorden, pero no se atreven á romper con el abuso. Aguardé yo á reprenderlo para el domingo de la primera comunión general. Hícelo con toda atención, y guardando todo respeto á las señoras. Con todo eso las más lo sintieron notablemente, y se conjuraron para no venir más á oirme, y por eso el lunes, que se pasó la misión á S. Marcelo, no fué ninguna. Algunas en cambio se holgaron de que hubiera tocado la materia. El domingo último, en que estuviéron todas, volví á tocar brevemente la materia, encargando á los maridos el que tomasen la mano para remediar el mal; porque si, por el

punto de no faltar á estos cumplimientos, dejaban de pagar las deudas, no tendrían excusa delante de Dios; pues estos gastos eran vanos y superfluos, y tenían obligación de cortarlos para poder pagar las deudas.

8. El orden de los sermones fué el siguiente: 1.º *Pro Christo legatione fungimur*. 2.º Como se vive se muere. 3.º *Contendite intrare per angustam portam*, sobre los pocos que se salvan. 4.º *Nunc ergo, dicit Dominus, convertimini ad me ex toto corde*, sobre las partes de la penitencia, *praesertim* de las ocasiones próximas. 5.º Del infierno. 6.º De la medida de los pecados. 7.º De enemigos. 8.º *De scandalo vitando*, sobre aquellas palabras: *vae mundo a scandalis*, en que metí el punto de los escotados. 9.º De la oración mental. En S. Marcelo; el lunes del juicio final, y el martes tuve el acto de contrición, con la plática para mover á no callar pecados. En Ntra. Sra. del Mercado, sobre aquellas palabras: *ne tardes converti ad Dominum*; y sobre la guarda de los mandamientos, ponderando al fin la eternidad de las penas del infierno, en que saqué el retrato del alma condenada. El día de S. Mateo, en la Catedral, de la recomendación del alma y calavera, sábado de la devoción á la Virgen, y último día de la perseverancia. El lunes, después de concluida la misión, por la mañana hice plática de misión en la cárcel á los presos, que el martes ganaron el jubileo. El mismo día por la tarde hice plática en nuestra iglesia á solos hombres, para levantar una congregación, que estaba caída y sólo tenía junta de mes á mes. Se aumentó con esto mucho, en el número de congregantes y en la frecuencia de los ejercicios, que serán en adelante cada domingo, haciendo una vez plática, y otra leyendo el ejercicio. El martes por la mañana platiqué á las Agustinas Recoletas, y por la tarde hice plática en los ejercicios de la congregación, que se tuvieron para tomar posesión. Miércoles por la mañana hice segunda plática á las Recoletas, y por la tarde fuí á despedirme del Sr. Obispo, del Abad de S. Isidoro y de dos hijas del señor Presidente de Castilla, monjas, la una en la Concepción, y la otra en Carvajal.

El fruto de la misión fué muy grande en todas materias, y quitáronse muchos escándalos. Había pesados encuentros entre muchos canónigos, cuya composición deseaba mucho el Sr. Obispo, y todos se compusieron, con el sermón de enemigos (1), como también otros pleitos entre señores seglares principales, sin otros innumerables de personas de menor estofa, todas las cuales se pidieron perdón y se visitaron.

Como logró León, capital de la provincia en que nació el P. Tirso los

Véase el apéndice núm. 4.

frutos del cielo de este su hijo preclaro; así también los consiguió Villafranca del Bierzo, cabeza del distrito en que está enclavada Arganza, cuna del mismo. La relación de la misión dada allí la hacen el P. Fuente, Rector de aquel colegio (1), y el P. Tirso, en esta forma:

Corrió por este país la voz de las célebres misiones, que para tanta gloria de Dios hacía el P. Tirso Gonzalez, en la corte repetidamente, y en las más populosas ciudades de España, con gran fruto en todo género de personas y estados. A esa causa la villa de Villafranca y este, su colegio de la Compañía, desearon con ansias que el Padre Tirso les participase su apostólica doctrina, fundados en el título de ser *natural de la tierra*, y haberse criado desde las primeras letras en esta escuela y estudios de latín. Ofrecióse en esto ocasión de volver el P. Tirso á misionar á Santiago. Quiso entonces la villa lograr tan buena dicha al pasar por este colegio; y alegando la palabra que les había dado, forzaron al misionero á detenerse.

He aquí como en su Itinerario nos refiere el mismo Padre su venida á esta villa: Partí el jueves veintisiete de Septiembre de la ciudad de León para Villafranca. Vine aquel día á dormir á Astorga, adonde llegué al anocheecer. Visité al Sr. Obispo, D. Rodrigo Mandía y Parga (2), que estaba *in extremis* y ya con la Extremaunción. Habléle brevemente de lo que pedía la ocasión, y por la mañana, antes de partir, volvíle á visitar, pero le hallé durmiendo. El viernes vine á dormir á Ponferrada, y el sábado fuí á decir misa á *mi lugar* (3). Al fin de ella hice una plática de media hora al pueblo, convidándole á acudir á Villafranca. Comí con el Sr. D. Juan de Ulloa (4), y por la tarde vine con su merced y con su hermano D. Rodrigo á Villafranca. A la mañana siguiente vino también su mujer con todos los niños y familia para asistir á la misión.

10. Llegamos á Villafranca á las cinco de la tarde, y para poder empezar al día siguiente, fué preciso hacer aquella noche el acto de

(1) En el libro de Entierros de Salamanca aparecen dos Padres con este apellido. El P. Pedro Jerónimo de la Fuente, fallecido en Madrid el año 1696, á los 76 de su edad, y el P. Juan de la Fuente, que murió en Vergara en Agosto de 1698.

(2) Nació este Ilustrísimo en el Ferrol, fué colegial del de S. Clemente de Santiago y del mayor de Cuenca de Salamanca. Sirvió de Provisor en Mondoñedo, Osma, Sigüenza, Cuenca, Jaen y Santiago. Tuvo en Madrid el empleo de Vicario, y en Salamanca el de Cancelario y Maestrescuela de la Universidad. De allí salió para Obispo de Almería en 1665, y después de Astorga en 1672. Fué hombre de muchas letras y actividad. Murió á 22 de Octubre de 1674, y yace en el convento de Sancti Spiritus de Astorga. Cf. España Sagrada, tomo 16.

(3) Arganza, que cae entre Ponferrada y Villafranca, dos leguas, poco más ó menos de cada uno de estas dos villas.

(4) Los Ulloas eran los Sres. de Arganza, su casa señorial está aun en pie.

contrición, á cuyo fin salí luego á pedir licencia al Sr. Abad (1). *Lo sucedido en este acto y en los demás, se narra así en la relación del Padre Rector:* Al anochecer salieron los Padres del colegio, acompañando al P. Tirso, con la procesión y acto de contrición; y con ser tan repentino, que apenas había noticia de él, al salir de la iglesia, comenzó á concurrir un número sinnúmero de gente, con tanto tropel que no se podía andar sin grande apretura. Llevaba el P. Rector un Sto. Crucifijo, alumbrando cuatro hachas de casa y otras más que unos caballeros habían traído. Al segundo acto de contrición que se hizo en la plaza, había ya tanta multitud de gente de todos estados que, aunque había prevenido el P. Tirso en la iglesia, que las mujeres no saliesen de sus casas, no se pudo conseguir, antes todas las señoras más principales acudieron más puntuales, que si fueran convidadas.

Al volver á la iglesia del colegio, la gente no cabía por la calle, y así se fueron por otras, anticipándose á tomar lugar. No obstante, al entrar por la puerta, fué necesario hacer gran detención, y que personas de autoridad asistiesen allí á detener el aprieto de la multitud, para que pudiesen entrar sin ahogo. Estaba la iglesia con muchas luces en todos los altares, y la gente era tanta que aun de pie no cabía. El P. Tirso hizo una plática y acto de contrición en que se movieron mucho, y hubo muchos llantos y bofetadas.

El domingo 30, por la tarde, comenzó la misión con una doctrina y sermón en nuestra iglesia. Con ser esta bien capaz, fué tanto el concurso que, abriéndose las dos puertas del crucero, para que pudiese oír la gente desde el patio y otras partes, y estando todos de pie y sobre los confesionarios y pilares de la iglesia, no fué bastante á satisfacer á todos; y así se volvieron muchos á sus casas, sin poder entrar ni ver al predicador. Todo esto fué causa de avivar más los deseos de todos, por lo cual se determinó que al día siguiente lunes, se predicase en la plaza desde un balcón muy bien compuesto, y no dejó de haber su devota competencia entre personas principales, sobre el querer preferirse cada cual en que el sermón fuese desde su casa y balcón, eligióse el más á propósito para poderse oír de todas partes.

Los demás sermones se fueron prosiguiendo generalmente en el mismo lugar, menos alguno que otro en que, por el mal temporal, fué necesario retirarse á la iglesia, con lo que mucha gente esos días se quedó sin sermón por falta de local. Concurrió lá gente siempre con la misma frecuencia; el Abad y canónigos anticiparon la hora de vispe-

(1) Villairanca era abacia exenta *et vere nullius*.

ras todos los diez días que duró la misión, por no perder punto de sermón, y le oían las más de las veces de pie. Acudieron también los religiosos de S. Francisco, y de otros conventos circunvecinos definidores y personas graves, así como los eclesiásticos seculares de toda la comarca. Niños y hombres y viejos, toda la gente principal y lo demás del pueblo, interrumpían sus ocupaciones y oficios, como si fuera día solemne de fiesta. Los aldeanos concurrían de ocho y nueve leguas á confesarse.

El martes aun creció mucho más el número de gente, que apenas cabía de pie en la plaza, soportales, balcones y ventanas. Las confesiones eran en la misma correspondencia, y las más generales, de suerte que desde el amanecer hasta la tarde, era una continua frecuencia á confesar toda la semana; y un sacerdote se ocupaba sólo en dar comuniones. El domingo siguiente fué excesivo el concurso de la gente forastera. No cabía de pie para confesarse en toda nuestra iglesia; y así se valían de entrarse los aldeanos en la sacristía, patios y tránsitos á confesarse, porque no podían en la iglesia donde estaban ocho de la Compañía, y otros muchos curas y sacerdotes de fuera que venían con sus feligreses. Lo mismo sucedía en el convento de S. Francisco y demás comunidades, iglesia colegial y parroquias. Nunca se ha visto tal frecuencia, ni en *Cuarenta Horas*, ni en otros días más célebres. Gastaríanse treinta mil formas.

Asistía toda la gente, así principal como del pueblo, con extraña devoción y atención á los sermones; y con estar en pie casi todo el auditorio, y á la fuerza del sol, decían que no se cansaban ni recibían molestia, con ser los actos de más de dos horas largas. Nos decían, que aunque predicara toda la tarde, estaban con sumo gusto oyendo al P. Tirso; lo cual no solamente lo oímos á todos, sino que lo vimos por experiencia. Las personas entendidas y versadas muchos años en la corte, decían: *Hic homo fuit missus á Deo, et major est quam fama.*

Al principio se publicó la misión no más que por ocho días; mas por aumentar el número de los que venían, fué forzoso dilatarla otros dos días más. Y á no ser el tiempo más ocupado del año en esta tierra por las vendimias, en que consiste la principal granjería del país, no fuera suficiente un largo mes á satisfacer el afecto y devoción de la gente. Además de que pensaban, que se proseguiría la misión por lo menos quince días; y en esa persuasión venían varias personas de fuera del país, después de acabada la misión. No se pudo detener el P. Tirso más, porque instaba el Sr. Arzobispo de Santiago, con repetidas cartas; que le estaban esperando por días.

11. El orden de los sermones fué este: 1.º De la confesión general. 2.º Sobre las palabras *Contendite intrare per angustam portam*. 3.º De las partes de la penitencia. 4.º De las penas del infierno. 5.º De los desengaños de la muerte sobre las palabras: *Memorare novissima tua, et in oeternum non peccabis*, sacando al fin la calavera. 6.º De la oración mental. 7.º Del perdón de enemigos. 8.º De la perseverancia. 9.º De la muerte del justo y del pecador, con la recomendación del alma. 10. De la medida de los pecados.

Las monjas Recoletas, valiéndose del afecto grande que tienen á la Compañía, pidieron una plática al P. Tirso; ofreciéndosela para el miércoles después de acabada la misión, á las siete de la mañana, encargándolas que no había de ir gente seglar. De nada valió esta prevención, porque al amanecer ya las señoras más principales habían ocupado la iglesia, visto lo cual, el P. Tirso se avino á predicar, estando ellas presentes; pero mandó cerrar las puertas, á fin de que no se atropellasén las que aun querían entrar, no habiendo lugar para ello. Otra plática hizo el mismo miércoles por la tarde á los caballeros de la congregación. Acudieron todos puntuales, y los demás que no eran congregantes, canónigos y demás eclesiásticos; y todos se alistaron en la congregación, desde el Sr. Abad y el Sr. Corregidor, sin quedar persona de importancia.

Desde esta misión, entre otros frutos grandes son, el haberse compuesto enemistades graves y antiguas, de que se temían grandes males y otros inconvenientes. La gente ha quedado tan devota y compungida, que los que se confesaban tal cual vez al año, hoy se confiesan cada ocho días, y rezan sin falta cada día el rosario á nuestra Señora. Hase quitado el pernicioso abuso de los degollados [*escotados*] de todo punto, materia en que había suma dificultad en las mujeres, porque ninguna se atrevía á comenzar. Ya es común advertencia, si en alguna conversación hay alguna palabra menos decente y ajustada decir: Acuérdense, señores, de lo que se ha predicado en la misión. Finalmente se ha quedado Villafranca trasformada en muy cristiano trato; y no se refieren otros casos bien singulares, por las razones que se dan á entender.—Sea para mayor gloria de Dios y de la Compañía.

Hasta aquí el P. Rector. Añadiremos para concluir tres casos que refiere el P. Tirso en su Itinerario, por estas palabras: En medio de un sermón, que hice en nuestro colegio, ponderando el miserable estado de una alma en pecado, y exclamando contra el pecador diciendo: *¡ay de ti desdichado, que estás según la presente justicia condenado, confiesa tu pecado y vuélvete á Dios!* Se le estrechó de suerte el corazón á un

sacerdote, que sin poder contenerse se levantó en medio del auditorio gritando: *Fadre, yo soy ese*. Después se vino á confesar el tal muy compungido, y pesaroso de haber hecho aquella demostración, poco conveniente ante tan numeroso público. Hizose grande fruto y se cortó la raíz á un grande escándalo que estaba para suceder, por una vehemente afición de una doncella principal á un hombre casado, que la sacaba de sí y traía loca; y á no haberla tenido Dios de su mano, al hombre le hubiera sucedido una desdicha. Quedaron ambos curados con la misión, que vino tan á buen tiempo, que quizá se hubieran perdido, si no viniera ahora.

Hiciéronse las amistades entre los Toledos con su parcialidad, y D. Luis de Miranda con los suyos. Estaban los dos partidos muy enconados y á punto de levantarse un incendio, por haberse atrevido un caballerito de un bando á entrar á hablar á una doncella del otro, para casarse con ella. Estando hablando, vino el padre de la doncella; y el mozo, porque no le cogiese, echó á huir y dejó el gabán. Esto se supo, porque los deudos del mozo con poco recato lo publicaron; y parece que tiraban con esto algunos á necesitar al caballero á dar su hija en matrimonio á aquel mozo. En verdad no hubo nada más, que el hablar y pretender obligar al casamiento. Con la misión sosegóse este disturbio, y se obligó al mozo á que declarase lo que había pasado, para volver por el crédito de aquella señora, la cual se casó dentro de cuatro meses con otro caballero muy principal; con que cesó todo el disturbio gracias á la misión (1).

(1) Véanse en el apéndice núm. 14 algunos datos referentes á esta misión y al colegio de Villafranca.

CAPITULO QUINCE

Décimo año de las misiones 1674-1675

SUMARIO: 1. Llegada á Santiago, y misión de Puente deume.—2. Misión de Ares.—3. Por segunda vez misiona en Betanzos.—4. Pasa de allí á Monero.—5. Misión de Sobrado.—6. Misión de Arzúa, y vuelta á Santiago.—7. Nuevas misiones en la Coruña y Santiago.—8. Misión de Lugo y su fruto extraordinario.—9. De vuelta para Santiago hace escala en S. Martín de los Condes. Sale después á misionar en Puebla del Deán.—10. Pasan de allí á Villagarcía, donde misiona con grande fruto y da ejercicios á las monjas de Vistalegre.—11. Misión de Cambados, Fefiñanes y Sto. Tomé: su fruto.—12. Los Groves y Portonovo: caso singular allí acaecido.—15. Pasa de Portonovo á Caldas de Reyes, haciendo noche en Leiro: fruto de la misión de Caldas.—14. Misión de Quireza.—15. Pasa á Tabeirós y Sta. Maria de Rubin.—16. Misión de Veá. Carta del Sr. Parga y Gayoso al Padre Tirso sobre el fruto permanente de esta misión.—17. Memoria de algunos casos raros de las precedentes excursiones por Galicia.

FUENTES HISTÓRICAS: 1. Itinerario de las misiones.—2. Memoria de algunos casos raros acaecidos en las misiones de 1673 á 1675. ms.—3. Carta de D. Juan Parga Gayoso, cura de Sta. Cristina de Veá, al P. Tirso. ms.—4. Carta del P. Tirso al P. General. ms.—5. Cartas anuas. ms.—6. Actas del Cabildo de Santiago. ms.—7. Libro de Cuentas y Visitas de la parroquia de Santiago de Betanzos. ms.—8. Lopez Ferreiro: Historia de la Iglesia de Santiago.—9. Murguía: Galicia.—10. Libro de Entierros del colegio de Salamanca.—12. Libro de Votos de los colegios de Salamanca y Oviedo.

1. El domingo 15 de Octubre entré en Santiago; descansé unos días por haber llegado muy fatigado y penetrado del agua, pues el último día del viaje me llovió todo él desde Mellid; y á fines de Octubre partí con el P. Pernía (1) á la misión de Puente deume. En compañía del P. Rubí, que vino aquellos días á Santiago, salimos de Santiago y fuimos á dormir á la casa de Figueroa, por haberse detenido allí esperándonos mi señora D.^a Juana de Figueroa con su marido, á

(1) El P. José Pernía, que en 1669 hiciera la profesión solemne en Oviedo, murió en Agosto de 1699 en el colegio de León, á los 63 de su edad y 48 de vida religiosa.

fin de comunicar conmigo algunas cosas de su alma: es señora de mucha virtud.

El martes llegamos á dormir á Betanzos, á casa del Rector de Santa María, asistiendo aquella noche al rosario y á la lección espiritual ó punto de meditación, que lee cada día la congregación en aquella iglesia. Leí yo el punto, y ofrecí el rosario, y rematé con una plática, de la que aquella misma noche recogí algún fruto. Miércoles, víspera de Todos los Santos, llegamos á las once á Puentedeume, y fuimos á apearnos á la iglesia donde encontramos al cura, que estaba diciendo misa, y le dimos la carta del Sr. Arzobispo. Es sobrino del P. Alonso Vazquez, que está en el cielo, y muy afecto á la Compañía; llámase D. Antonio de Montenegro. Aunque la casa es estrecha, hospedónos en ella con mucho agasajo. Para que los curas diesen aviso á los fieles, y vinieran á ayudarnos á confesar, envióseles vereda á todos los de la comarca; y nosotros vinimos dando aviso de lo mismo, por los lugares que atravesamos desde Betanzos.

Hicimos, víspera de Todos los Santos, el acto de contrición por las calles, y hubo mucha moción, porque la gente es dócil. Los sermones empezaron al día siguiente por la tarde en la parroquia de la villa, que es bien capaz, y allí se continuaron algunos días; pero después por ahogarse la gente con el aprieto, salimos á predicar á la plaza, que está junto á las casas del Conde. Duraron los sermones de misión desde el jueves, día de Todos los Santos, hasta el domingo, 11 de Noviembre. Gastaríanse seis mil formas en esta misión. La moción en los sermones fué muy grande, y copiosísimo el fruto en revalidar confesiones sacrílegas por haber callado pecados. Quitáronse además los escándalos que había de amancebamientos, y se pacificó la tierra con las amistades que se hicieron, con el sermón de enemigos.

El martes ó miércoles, infra octava de Todos los Santos, formé la congregación, haciendo una junta para esto en las casas de ayuntamiento. Antes de esta junta ponían muchas dificultades, mas después que oyeron la plática, que para este fin les hice, todos abrazaron mi proyecto con mucha voluntad. Encargué desde el púlpito la devoción á S. Ignacio, para que se le hiciese altar; y el secretario de la congregación pidió para ello con mucho afecto, y se juntó buena limosna. El jueves, octava de los Santos hicieron los congregantes su incorporación, y hubo plática después, y á la tarde predicó el P. Pernía al pueblo. Por fin el lunes, doce de Noviembre, hicimos los ejercicios de la congregación en la ermita de los Santos Mártires, y al fin se recibieron de nuevo muchos congregantes, y entraron todos en nuevo fervor. Mientras nos-

otros estuvimos en Ares tuvieron, día de la Presentación, de nuestra Señora, su comunión *pro congregatione*, con mucha devoción y concurso; que está la congregación muy numerosa y florida.

Deseaban mucho todos, que saliese, segunda vez el acto de contrición, y accediendo á su deseo echámoslo para el viernes, nueve de Noviembre. Como llovió aquella tarde, y no parecía posible salir con él, me subí al púlpito para decir al pueblo alguna cosa en lugar del acto de contrición; mas como tenían tanta gana de salir, desde la puerta me avisaron, que había cesado la lluvia, y que así bien podría ya salir. Hubimos de rendirnos á la devoción de la gente, aunque caía una como orballada de agua muy menuda, como niebla desatada en muy menudas gotas. El aprieto de la gente era tanto, que unos llevaban en volandas á otros; y al bajar desde la iglesia á la plaza por una calle pendiente, nos vimos perdidos con el tropel del público. Saqué de aquí que no convenía hacer este acto de contrición, convidando de antemano, en lugares de calles estrechas; porque el concurso es mucho, y no hay ponerlos en razón. Hizo el P. Pernía el primer acto de contrición en la plaza de la villa, y yo concluí desde un balcón en la plaza de enfrente de Palacio, contando el ejemplo de Pelayo. Antes de esto hubo disciplina en la iglesia, precediendo lección espiritual, para instruir á la congregación de lo que ha de hacer en adelante; y en la procesión, aunque avisamos desde el púlpito que no hiciesen disciplina de sangre, con todo salieron muchos penitentes.

2. Pasamos de Puente de Ume á Ares, lunes doce de Noviembre, después de comer, acompañándonos el cura de Puente de Ume media legua; y su sobrino D. Antonio, también sacerdote, y otro presbítero más, hasta Ares. Allí salíonos á recibir el cura con otro eclesiástico, y llevónos á su casa, adonde nos tenía dispuesta la posada con mucha comodidad, por ser la casa capaz y bien dispuesta. Aquella noche hicimos el acto de contrición, saliendo de la ermita, que es ayuda de parroquia, y terminando en una plazuela ó calle ancha al fin de la villa, hacia Puente de Ume.

Tuvimos en Ares gran incomodidad para predicar; porque la parroquia está muy distante, y de la villa á ella había muchos lodos, y fuera de eso es poco capaz. Por otra parte, en la ermita, cubierta á tejavana, que está en medio de la villa y es ayuda de parroquia, aunque es algo capaz, no cabía la gente. Con que estuvimos variando de sitios, por no haber plaza á propósito, ni lugar en buena disposición. Algunos sermones se predicaron desde una casa particular, estando la gente en una calle ancha; otras dentro de la ermita; porque aunque no cabía den-

tro toda la gente, como tiene dos puertas, y el tejado bajo y muy sin abrigo, se oía claramente al predicador en el contorno; otros días, que hizo mejor tiempo, se predicó en unos arenales, al pie de una puentecilla que está en medio de la villa, junto al almacén de las sardinas.

Concurrieron á ayudarnos á confesar los sacerdotes del arcipresazgo, y hubo mucho concurso. Echóse el jubileo de la muerte para el domingo, séptimo día de la misión, y dióse la comunión en dos partes: arriba en la parroquia, y en la ermita. Gastárianse en aquel día como cuatro mil formas, y en los días siguientes más de mil quinientas. El provecho que se hizo en esta misión fué muy grande, llegando á decirme un cura muy conocido, que fué discípulo mío de Artes: *Dé Vuestra Paternidad gracias á Dios por el fruto que se hace: yo desde ayer hasta ahora he hecho treinta confesiones no más; pero las veintisiete fueron de necesidad por haber callado pecados por vergüenza*. Reconciliáronse todas las personas que estaban encontradas en la villa, y se compuso una enemistad que había entre los curas de aquel partido con los frailes de Sta. Catalina, que son de la orden tercera de S. Francisco. Era el caso que los curas no querían llamarlos á los entierros de sus feligresías, porque en cierto encuentro á uno de los curas, á causa de algunas diferencias que existían, lo habían maltratado.

Es Ares de muchísima pesca de sardina; y por eso hay allí muchos contratos de compañías, poniendo unos la sal, y otros comprando la sardina, en lo que suelen intervenir injusticias y desigualdades, y aun se decía había malicia de algunos poderosos que, comprando la sal del alfolín, reducían después á los pobres á que la comprasen muy caro; y con tener la sal en su poder necesitaban á los pescadores á que les vendiesen á ellos la sardina por el precio que querían. Y aun de otros, se añadía, que antes de salir la sardina á tierra, entraban en barcos á comprarla, para venderla después á los maragatos. Contra todos esos tratos y contratos hablé largo, explicándoles lo que era lícito, y lo que estaba prohibido.

Fundóse una buena congregación. Costóme trabajo el convocarlos para la primera junta; y habiendo señalado hora para un día por la mañana, ya me volvía á casa desconfiado de que se hubiesen de juntar. Hizo un hidalgo punto de honor del caso, y dióse tal prisa en activarla, que al fin se tuvo dicha junta en las casas del ayuntamiento. Allí se movieron tanto con la plática, que todos tomaron con grande empeño este negocio. Hicieron su profesión los congregantes con la mayor solemnidad que fué posible, con plática después de la comunión. La víspera de mi partida hice los ejercicios de la congregación, con que

quedó muy arraigada, y más con la inteligencia de haberse agregado á la congregación la cofradía de las ánimas.

Quedó á cargo de la congregación el poner altar á S. Ignacio, para el cual había buena limosna junta. Quedaron tan agradecidos los de Ares del bien que recibieron, que enviaron al colegio de Santiago dos cargas de pescado seco, una de congrio, y otra de cecial. Exhortéles mucho á hacer iglesia, y para eso ofrecieron dar, los armadores de los barcos y los pescadores, un quiñón de cada traña. Así llaman al cerco de la sardina, cuando con muchos barcos y redes la van rodeando; y un quiñón, entre setenta, es bastante para que en pocos años se fabrique la iglesia. Premió Dios la devoción que tuvieron ellos y los de Puente deume, con haberles dado este año la mayor abundancia de pescado y sardina que han visto en mucho tiempo; de suerte que del Ferrol y otros puertos, venían á Ares á hacer provisión de aquel pescado.

3. A tiempo que nosotros estábamos en Puente deume vino el señor Arzobispo á visitar la ciudad de Betanzos, y aunque dos años antes habíamos hecho misión allí el P. Rubí y yo, la ciudad pidió á su Excelencia segunda misión, y así, de orden suyo, vinimos á Betanzos el viernes veintitres de Noviembre, y el sábado por la noche hicimos el acto de contrición. Por ser el P. Pernía, predicador del colegio de Santiago hacía falta allá, y el P. Rector le daba prisa para que volviese; para sustituirle, y por compañero mío de todo este año, vino el Padre Juan de Berreyarza (1), que acababa de hacer la tercera probación en Villagarcía; y cuando el P. Pernía y yo llegamos á Betanzos, ya su Reverencia estaba esperándonos, para que el Padre volviese á Santiago en su mula. Ayudónos el P. Pernía al acto de contrición de dicho día, y se partió el domingo por la mañana.

Para dar principio á la misión hubo doctrina, la que corrió por cuenta de la congregación que dejamos allí fundada en la primera misión. Fué en la doctrina el Sr. Arzobispo y honró con su presencia, sin perder ninguno, todo los sermones de la misión. Duró esta de domingo á domingo, con tres días de disciplina á la semana, predicando un día, y muy de misión su Excelencia. Hizolo con todas las circunstancias de misionero, explicando primero un punto de doctrina, pasando de allí á la moción, y ultimamente acabó sacando el Sto. Cristo para hacer el

(1) El P. Juan de Berreyarza, natural de S. Sebastián, hacia 1542, á los 16 años, ingresó en la Compañía, en la que hizo la profesión solemne en 1678, estando en Salamanca, después de haberse ejercitado en el ministerio santo de las misiones. Su muerte acaeció en Noviembre de 1692 en el Real Colegio de Salamanca, donde era Director de la congregación. Murió en opinión de santidad.

acto de contrición, lo que ejecutó con mucho fervor, dándose también de bofetadas, como lo estilamos los misioneros, y moviendo con esto á todo el pueblo.

El orden de los sermones que prediqué, sin repetir los que había hecho en la primera misión, que fué de tres semanas, fué el siguiente: 1.º *Ne tardes converti ad Dominum.* 2.º *Contendite intrare per angustam portam.* 3.º Del infierno con el alma condenada. 4.º Del juicio. 5.º De las memorias de la muerte con la calavera. 6.º de la guarda de los mandamientos, tocando brevemente muchos puntos muy sustanciales sobre algunos mandamientos en particular, sacados de la obligación de amar al prójimo como á sí mismo. Gastárianse como cuatro mil formas en la comunión del último día (1).

Me consoló muchó en Betanzos el ver el gran fruto que quedó de la misión pasada. Tan diferentes estaban las conciencias ahora, respecto de la primera vez, como una tierra bien cultivada respecto de un erial. El prefecto de la congregación es un sacerdote de mucha virtud, llamado D. Juan Serrano, capellán que fué del Sr. Arzobispo, y muy buen teólogo. Desde nuestra primera misión en Betanzos dió en predicar á lo misionero, y en la cuaresma antecedente hizo con la congregación sus doctrinas, y concurrió la gente de toda la comarca, cogiéndose con esto grande fruto. También hizo un retrato del alma condenada, y lo sacó en el púlpito. En una palabra, que la congregación y su prefecto han sido la reformación de la ciudad.

El lunes, después de la misión, cayó la fiesta de S. Francisco Javier. Parecióme era razón celebrarla; y aunque no llevaba conmigo sermón del Santo, ni apuntamiento ninguno, leyendo la vida escrita por el P. Francisco García, fragüé mi sermón, que fué á propósito para dar á conocer á este gran apóstol. No tuvimos cuadro que poner en el altar, y en su lugar colocamos una estampa de vitela en su relicario sobre la cornisa de la custodia, que cae sobre la puerta del sagrario. Asistió su Excelencia, y se vistieron de diácono y subdiácono un capellán de su Excelencia y el cura de Sta. María. Concurrió todo lo lucido de la ciudad; y para que no faltase nada á la fiesta, convidó su Excelencia á los de la misa y al predicador á la mesa. El Sr. Arzobispo envió al cura de Sta. María, en cuya casa nos hospedamos, lo necesario para el gasto que hicimos, fuera del vino.

4. De Betanzos pasamos á Monfero, convento de monjes Bernar-

(1) Véase en el apéndice núm. 15 lo que en el Libro de Visitas de Santiago de Betanzos se dice, acerca de esta misión.

dos, para coger desde allí todas aquellas montañas confinantes con el obispado de Mondoñedo. El cura de una feligresía de las más cercanas al convento, llamado S. Pedro de Fix, solicitó mucho esta ida. Fuéron á buscar á Puente deume; envió á Ares á un sobrino suyo, para saber cuando habíamos de ir; le volvió á enviar á lo mismo á Betanzos; y ultimamente vino él en persona á vernos á la misma ciudad. Parece quiso Dios disponerle con esta misión para la muerte; pues, concluida la misión, á cuyos sermones todos asistió, murió dentro de pocos días.

Determinados á ir á este paraje, y no habiendo iglesia proporcionada para predicar sino la del convento, dispuse que los curas comarcanos se la pidiesen al P. Abad. Este, quizá echando de menos el que no se la pidiese el Sr. Arzobispo, ó por lo menos el misionero, negósele; y en vista de ello supliqué á su Excelencia escribiese al P. Abad sobre el particular. El Sr. Arzobispo lo hizo así, y luego su Paternidad envió un religioso con la respuesta, ofreciendo la casa y convento, y con mucha cortesía vino á convidarnos y preguntarnos el día en que habíamos de salir para ella, con el fin de enviar por nosotros las mulas. Hicieronlo tan cumplidamente que enviaron las mulas del P. Abad para nosotros y dos monjes que nos acompañasen; y con ellos, el cura de S. Pedro de Fix y otro vecino, salimos de Betanzos el martes, 4 de Diciembre, á mediodía.

Siendo así que todo el tiempo que estuvimos en la ciudad corrió vendabal y hubo mucha lluvia, y que aquella misma mañana había llovido copiosamente, al partirnos para Monfero empezó á correr el aire cierzo que atajó el llover. Trajo Dios en seguida un tiempo excelente y unos días muy serenos, lo que fué una providencia muy particular, para que la gente pudiese concurrir á aquel convento, que está en despoblado. Venían de tres, cuatro y cinco lenguas, trayendo provisión para algunos días; y los que eran de lejos se quedaban á dormir por aquellos campos; cosa que no pudiera ser, si el tiempo no fuera tan apacible. De tierra de Villalba del obispado de Mondoñedo, donde poco antes habían estado los misioneros Capuchinos, vino mucha gente, y mucha también, que había concurrido á Puente deume, concurrió aquí. Los del priorato de Caneiro, para poder venir sin rodeos, hicieron un puente, por haber crecido mucho un río con las continuas lluvias que habían precedido.

Al principio de esta misión, por la distancia de los lugares habitados, y por no tenerse noticia de la misión, hubo poco concurso; mas, como se fué extendiendo la voz, después se juntó muchísima gente. Hubo dos comuniones generales; el domingo, nueve de Diciembre, la pri-

mera, y la segunda el domingo siguiente diez y seis. Comulgarían seis mil personas; y á no estar cercados de lugares donde había habido misión, como Betanzos, Puente deume y Villalba, hubiera sido mayor el concurso. El fruto de las confesiones fué grandísimo. Mañanas y tardes hubo en que todas ó casi todas las confesiones de los que llegaron al P. Berreyarza y á mí, fueron de necesidad.

Los religiosos acudían á campana tañida al sermón; y seis ó siete Padres nos ayudaron á confesar mañana y tarde. Estaban aturdidos de ver la moción y experimentar el fruto, y de oír aquel modo de predicar. Antes del sermón había cada día rosario y explicación de doctrina, que empezaba muy temprano, conviene á saber, á la una y media ó dos, para que les quedase tiempo á los oyentes de volverse á sus casas.

Para sacarlo en el púlpito nos prestó el P. Abad un Sto. Cristo de su celda; el cual, juntamente con la calavera con que se predicó, hizo colocar en un altar particular formado con ese fin, para conservar la memoria de la misión, y para que sirviese de recuerdo á los labradores de aquella comarca, con que trajesen á la memoria los desengaños, que con aquel Sto. Crucifijo y calavera, les habíamos predicado. Desearon muchísimo los religiosos que dejásemos en su iglesia el jubileo del mes; y nosotros se lo dejamos por ser algunas iglesias de aquel contorno como ayudas de parroquia del convento, y haber juzgado que se podía hacer así. Tiene aquella casa una iglesia hermosísima y capacísima, como la de nuestro colegio de Salamanca. Debimos sumo agasajo á aquellos religiosos Padres, que nos pusieron en la hospedería en dos celdas muy buenas, asistiéndonos un religioso con mucho cuidado y caridad. El buen tiempo duró lo que duró la misión; y, apenas ésta se acabó, cuando el tiempo se mudó.

5. Pasamos de Monfero á Sobrado, el lunes 17 de Diciembre. El Sr. Arzobispo había escrito al P. Abad de aquel real Monasterio, quien nos escribió una carta muy cortés, convidándonos con el hospedaje. Enviónos después un monje que nos acompañase, y el P. Abad de Monfero envió otro; y así, acompañados de entrambos, partimos de Monfero á las nueve de aquella mañana en la que había llovido mucho. Partimos con recelo de mojarnos mucho en la jornada; pero fuera de unas goticas que nos cayeron al principio, no nos llovió hasta llegar al crucero del convento de Sobrado, adonde nos cogió una rociada. Mirando hacia Monfero, de donde salimos, y á Sobrado adonde caminábamos, estaba el cielo muy cargado con muestras de que llovía mucho; mas en la campiña y valles intermedios estaba el aire despejado. En Sobrado nos certificaron los monjes, cuando allá llegamos, que ha-

bía llovido todo el día, condoliéndose de que hubiésemos caminado con tal tiempo, y se admiraron cuando les dijimos, que, en seis leguas de jornada, no nos había llovido sino una pequeña rociada al entrar en los términos de aquella santa casa. Para que reconozcamos la paternal providencia del Señor en habernos librado del agua, á fin de que pudiéramos luego empezar á ejercitar nuestros ministerios.

Recibiéronnos en Sobrado con mucho agasajo, dándonos dos celdas en la hospedería, junto á la sala abacial. Al día siguiente de nuestra llegada á Sobrado, luego por la mañana, se envió aviso á las feligresías cercanas. Aquellos primeros días, mientras corrió la noticia, fueron de tiempo muy malo y desabrido; y así los auditorios no fueron grandes; mas luego que la noticia cundió, envió Dios buen tiempo para que pudiese concurrir la gente. Los auditorios pues, en adelante, fueron muy crecidos, de suerte que fué necesario predicar fuera de la iglesia, lo cual tampoco se hubiera podido hacer, si el Señor no hubiera enviado buen tiempo. Se hacía el sermón desde un balcón que está en la hospedería en la sala del P. Abad, y la gente estaba en un espacio muy grande que hay enfrente de la puerta de la hospedería. Pegada á esta está la iglesia, desde cuya puerta oía el sermón la mayor parte de la comunidad, y otra parte lo oía dentro de la misma sala abacial. Mientras se predicó en la iglesia, asistía toda la comunidad en el coro bajo, y oía con tanto gusto, que nunca perdían sermón, y con predicarse largo no se les hacían los sermones prolijos, ni les parecían largos.

Predicamos todos los días de pascua, excepto el primer día, por haber estado toda la noche y hasta mediodía en el coro; y en ese día salí yo á una aldea para confesar á cierto hidalgo que estaba impedido de la gota, y con todo tenía la manceba en su casa. Esta vino á los sermones, compungióse y llegóse á los pies de un confesor. Como éste le negase la absolución, si no dejaba primero la ocasión, ella persuadió al hombre me llamase, con el fin de que se confesase y le diese con que remediarse. Fuí, como dije, allá, confesé al hombre y le absolví con palabra de que luego echaría de casa á la manceba; pero encomendé al cura que no le diese la sagrada comunión, por el escándalo público que había, hasta que á todos constase que la mujer había salido de casa. Así logré arrancarle la mujer, á la cual trajo consigo un hombre piadoso que vive junto al convento de Sobrado. Mas duró poco el remedio; porque la mujer, como el hidalgo no la pudiese dar dote ni otro socorro por ser miserable, ni tampoco quisiese casarse con ella, como yo se lo persuadía, al fin, encontrándose embarazada, se volvió después

á la casa del tal hombre, de cuya hacienda más que de la persona estaba enamorada; pues el tal hidalgo estaba hecho un cesto de tierra.

No pude menos de admirar la providencia de Dios con sus escogidos, que tan palpablemente se me manifestó en este caso; pues los hombres me llevaron para arreglar á aquellos amancebados, y su Majestad para otros intentos bien diferentes. Que con ocasión de esta jornada se remediaron muchas almas que tenían extrema necesidad, y no tenían fuerzas, ni pies para ir á buscar el remedio fuera. Como apuntaré en los casos singulares de este año, luego que llegué á la aldea, confesé al hidalgo enfermo, y después, mientras los feligreses entraban en misa, confesé á la gente vieja é impedida, que deseaba confesarse conmigo y no podían ir á Sobrado. Terminada la misa hice una plática en el campo cercano, y después de comer volví á sentarme en el confesionario hasta el momento de partirme.

Los días de S. Esteban y de S. Juan hubo grandísimos concursos, y los días de Inocentes y de Año Nuevo se juntarían de ocho á diez mil personas. Los religiosos, que confesaban, estaban aturridos, y muchos de ellos quisieron desahogar con nosotros sus conciencias, como lo hicieron también los de Monfero, supuesta en unos y otros la licencia de sus prelados. El sacristán del convento colocó en un altar el Santo Crucifijo que yo sacaba en el púlpito, para memoria de la misión. Hubo muchísimas restituciones en aquel partido y en el de Monfero; y á los dos conventos les estuvieron las misiones muy á cuento; pues se les hicieron restituciones considerables, y se impidió que en adelante les siguiesen robando, quitando ciertos instrumentos, que alguna persona tenía para entrar furtivamente. En Santiago dijo un hidalgo de aquella tierra, que se habrían restituido en ella por valor de dos mil ducados. Dejamos también en Sobrado el jubileo del mes; y pasando algún tiempo, me escribió uno de los monjes diciendo, que eran tantos los que acudían á confesar y comulgar, que los ahogaban con tantas confesiones.

6. Teníamos determinación de volver de allí á Santiago á descansar algunos días; mas el día de año nuevo, después de haber predicado el último sermón y despedido la gente, me hallé sumamente movido á bajar de allí á Arzúa, distante cuatro leguas, por lograr el buen tiempo que Dios envió; y así lo ejecutamos. Fué año nuevo el martes, el miércoles confesamos la gente que había quedado, y el jueves por la mañana nos partimos acompañados de muchos Sres. Rectores de aquel partido, y de un hidalgo llamado D. Juan de Prado, que había asistido con toda su familia á la misión, y tiene su casa legua y media más

abajo de Sobrado, muy cerca del camino de Arzúa. Fuimos á comer á su casa, y llegamos á Arzúa á las cinco de la tarde.

A nuestra llegada á Arzúa, afligiéronse algunos, viendo que ni teníamos posada ni comodidad; mas yo los desahugué diciendo, que presto nos sobraría todo, y que allí esperaba yo se había de hacer una gran misión, aunque no estaba publicada, por haber tomado la resolución de darla, después de terminada la de Sobrado el día de año nuevo. Se nos pegó luego un escribano muy devoto, llamado Carracedo, el cual dispuso que la villa nos diese posada en casa de un hombre honrado, que vivía más abajo de la iglesia. Aquella noche nos dieron de cenar á cuenta de la villa; pero luego llovieron tantos presentes de varias partes, que tuvimos con que pasar sobradamente, y aun para repartir con la gente de casa y con algunos sacerdotes de fuera, que vinieron de Sobrado á vernos y ayudarnos á confesar. Los primeros días hubo pequeños auditorios, por no estar bastantemente publicada la misión, hasta que el domingo día de la Epifanía, fué corriendo la voz. Yo al principio estaba arrepentido de haber venido allí por no ir experimentando fruto muy crecido; mas presto me desengañé.

Hay en aquella villa el octavo día de cada mes una feria de grande concurso, de la cual yo no tenía noticia hasta que llegué á Arzúa; y en la feria fué adonde se dió un gran pregón por toda la comarca. El lunes, víspera de ella, hicimos el acto de contrición por las calles, al cual acompañaron muchos disciplinantes, sin haberles hablado palabra de disciplina. Con esto, y con haber sacado el día de la feria, en la plaza, el alma condenada, y contado el ejemplo de Pelayo, se cogió un admirable fruto. Antes del sermón, fuí convocando la gente, por aquellos campos en contorno de la villa, adonde estaba el ganado mayor y el de cerda. Con esto concurrieron al sermón unas diez mil personas, y fué tan grande la cosecha, que cogimos innumerables peces grandes, y acaecieron muchos casos singulares, que quedan apuntados entre otro papel. Vinieron á confesarse muchas personas que eran de ocho y diez leguas, y algunas de la frontera de Portugal. Con ocasión también de la feria acudieron no pocas mujeres, extremadamente necesitadas de remedio, á quienes sus maridos no dejaban salir de sus lugares á confesarse.

Viendo á un niño desnudito, como un S. Juan, y abandonado, le subí al tablado del púlpito, y después de tocar un punto de limosna, dije si había quien quisiera vestir á Cristo en aquel pobrecito. En seguida levantó la voz un hidalgo rico, pidiéndole; y á este ejemplo se colocaron otros cinco ó seis niños, y una niña, que me pidió una señora. Hu-

bo en Arzúa muchas restituciones, algunas de las cuales pasaron por mi mano, y los que las hicieron decían, que aunque se quedasen en la calle y pidieran limosna, querían restituir lo ajeno que poseían. Concurrió allí la mayor parte de la villa de Mellid, distante dos lenguas.

Fundóse en esta misión una numerosa y lucida congregación de la gente principal de la comarca, y después fuese aumentando mucho, llegando á tener más de ciento y tantos congregantes. Hicieron un cuadro grande de tres varas de alto y dos y media de ancho, con nuestra Sra. de la Concepción en medio, y á los lados S. Ignacio y S. Francisco Javier, y cada día, con el rosario que rezan, juntan un punto de meditación. Antes de acabar la misión, hicieron su procesión de disciplinantes muy devota en que iban cantando los muchachos unas coplas de la pasión; y aunque nosotros dijimos, que más queríamos la disciplina en seco de medio cuerpo abajo, que la de sangre en las espaldas, no pudimos contener su devoción. Cuanto más adelantaba la misión más era la moción, é iba viniendo una gotera tan continuada de gente, que si no levantamos velas, tuviéramos allí qué hacer dos meses. Fué, pues, necesario cortar; y así salimos de allí el 19 de Enero, víspera de S. Fabián y S. Sebastián, llegando á descansar al colegio. De allí á la cuaresma, gasté el tiempo en hacer treinta y dos pliegos de adiciones al libro de los escotados; y otros ocho pliegos de una carta ó memorial á los Príncipes y Prelados, llenos de motivos para reformar este abuso.

7. Deseaba el P. Provincial, y la Provincia toda, dar gusto al señor Obispo de Lugo, y por eso yo instaba con el Sr. Arzobispo, para que me diese su beneplácito á fin de ir á Lugo á principios de cuaresma; y aunque su Excelencia se resistía, Dios al fin abrió camino para que se efectuase esa misión en mejor forma. Había en la Coruña un personaje grande, de quien se murmuraba había algunos años que no cumplía con pascua, siendo cierto que no había cumplido allí el año antecedente. Escribióle su Excelencia paternalmente, que se confesase; pero él andaba dando largas de un tiempo para otro. Su Excelencia entonces comunicó á la mujer de ese personaje, que si su marido no se confesaba, que lo había de hacer poner en la tablilla. A ella le pareció sería medio para rendir á su esposo, el que yo fuese á predicar allá, y con ese fin negocio el que me echasen el sermón de la Piscina, en el acuerdo que hubo para ello. A ese tiempo escribió el P. Rubí á su Excelencia que la tal señora deseaba fuese yo á Coruña, no solamente para el sermón dicho, sino á hacer misión. Con esto su Excelencia *sua sponte* determinó, que hiciese tres misiones aquella cua-

resma; la primera en la Caruña, de ocho días, predicando juntamente el sermón mencionado; la segunda en Santiago, desde la dominica tercera hasta la Anunciación; y la tercera en Lugo, desde la dominica *in passione*; y así se efectuó.

Partí á la Coruña, primer viernes de cuaresma, con el P. Rubí, que había venido á Santiago á predicar las *Cuarenta Horas*. El sábado por la mañana publiqué la misión en la plaza del mercado con una breve plática; y á la noche salimos con el acto de contrición, de San Andrés. Corriendo la pescadería, y atravesando la ciudad, fuimos á parar á la parroquia de Santiago, adonde se terminó la función con una plática breve.

Al salir el acto de contrición del hospital, estremeciósse nuestra casa con un terremoto, que asustó al Hermano Martín que quedó en ella, pensando que se caía el cuarto; y dicen sintieron el terremoto en otras muchas casas. Y aunque este accidente pudo ser un acaso, por las circunstancias se pudo interpretar á designio de la divina Providencia, que con aquel amago quería avisar á los pecadores, que con la penitencia evitasen el castigo con que Dios les amenazaba; *dedisti metuentibus te significationem ut fugiant á facie arcus*; y así lo advertí yo en el primer sermón.

Aquella semana fué terrible de lluvias y vientos, y con todo eso no faltó á la misión ninguna persona de monta de toda la ciudad. El viernes prediqué el sermón del paralítico, y encaminé toda la enseñanza á la reducción del caballero citado antes, debajo de razones comunes. Ponderé cómo Dios no había vinculado el milagro de dar la salud por medio de la piscina, ni á la mayor necesidad y pobreza de los enfermos, ni á la mayor antigüedad en la enfermedad; sino unicamente á la mayor presteza de arrojarse en las aguas; y de aquí introduje cómo es menester acudir con presteza al llamamiento de Dios; cómo el dilatar la conversión es señal de reprobación; y que para convertir un pecador de estos no bastan los socorros ordinarios de la gracia, sino que es menester un milagro. Pero que nadie debe desconfiar, por muy envejecido que esté en las culpas, aunque sea como el paralítico de treinta y un años, pues este halló remedio. Salió movido del sermón aquel caballero, y dió á entender á los concurrentes la mucha fuerza que hacían aquellas razones. Después le hablé en su casa; y porque él me dijo la guerra que le hacía el demonio con la dificultad del examen, procuré ensancharle el corazón.

Finalmente él se confesó y dijo al P. Rubí: *Bien puede V. P. escribir al P. Tirso que ya me he confesado*. Aquel día por la tarde predi-

có el P. Rubí; pero todos los demás sermones quiso que los predicase yo. No pudimos conseguir de aquel caballero, que fuese á ningún otro sermón de la misión, por más que se lo rogó su mujer y otras personas; sino al último que se predicó el martes después de la segunda dominica. Duró la misión diez días; y el lunes prediqué de los motivos de credibilidad para avivar la fe, con ocasión de un moro que trajeron al auditorio. Hizo mucho efecto la misión, como lo reconocimos por las muchas confesiones generales.

El miércoles me despedí; y me partí para Santiago el jueves, para empezar la misión el sábado con el acto de contrición; mas la mucha lluvia no dió lugar á esto, como á que tampoco se hiciese el domingo la doctrina, para convocar la gente al sermón; y así fué necesario ir á predicar, sin que precediese ninguna de estas publicaciones. Yo entendí que había de estar la iglesia desierta; porque por las calles corrían arroyos de agua, y la Quintana estaba nadando en ella; y así admiré el auditorio grande que hallé en la iglesia, el cual fué creciendo todos los días, de suerte que nunca se vieron en la Santa Iglesia tan grandes auditorios. Llegaba la gente de puerta á puerta, y mucha estaba en las gradas de afuera, y se extendía por las naves hasta más abajo de nuestra Señora. Concluyéronse los sermones lunes *post dominicam quartam*, que fué día de la Encarnación. El martes prediqué por la tarde en casa, el miércoles en las Huérfanas, y el jueves nos partimos para Lugo.

Fué mucha la moción y fruto de esta misión, y se reformaron muchísimo en los escotados todas las señoras, aun las que se habían resistido en la primera misión; porque hablé con mucha resolución. Empecé por el sermón del juicio, el cual movió de suerte á una señora principal, que ida á su casa, todo era suspirar, para desahogar el corazón; y temía volver á oír más sermones, por no versé tan congojada y apretada. Esta señora frecuentaba muy poco los sacramentos, aunque de su vida no se sabía cosa mala, sino aquel descuido y pereza en confesar. La santa Iglesia quedó tan agradecida, que su cabildo nombró dos diputados, para que viniesen á dar las gracias al misionero de lo mucho que se había promovido la causa de Dios (1).

8. Para ir á Lugo tuvimos dos días muy terribles, especialmente el segundo, desde Mellid allá, que todo fué ventiscas, granizo y lluvia. En aquellas tierras, el viernes, en que llegamos, había llovido infinito; mas para que el sábado pudiésemos dar buen principio con el acto de

(1) Véase apéndice núm. 15.

contrición. se serenó el cielo. Salimos con él desde el hospital, que está extramuros, corriendo por las calles principales; hízose dos veces fuera con grande moción; y terminóse en la iglesia Catedral, adonde lo estaban esperando todos los señores principales. Estaba la iglesia muy clara con muchas hachas, que mandó encender el cabildo. Hice una plática de tres cuartos de hora, en que se movieron infinito, y todo fué llantos, gritos y bofetadas. Con tan buen principio, nos prometimos una gran moción. Aquella misma noche que salió el acto de contrición, bajó hacia la fuente, que está á distancia considerable, un sacerdote para hacer la diligencia de notificar una provisión á un escribano; y por la mañana le hallaron muerto, echado de bruces sobre un arroyo. Esta muerte tan desdichada, ayudó mucho al aturdimiento de la gente. Continuaron los sermones en la Catedral toda aquella semana con grandísimos concursos, asistiendo á todos el Sr. Obispo (1) con todo el cabildo, y el P. Prior de Sto. Domingo con las personas más graves de su comunidad.

El orden de los sermones fué el siguiente: 1.º Exhortar á la penitencia y á confesiones generales. 2.º Como se vive se muere. 3.º *Mulli sunt vocati pauci vero electi*, el cual principalmente les admiró y aturdió. 4.º De las partes de la penitencia, y ocasiones: *Nunc ergo dicit Dominus, convertimini ad me ex toto corde vestro*. 5.º Del amor de Dios y del prójimo, con un punto de *scandalo vitando*, á que nos obliga la caridad. 6.º De las penas del infierno, sacando el retrato del alma condenada. Fué ese día de mercado y hubo infinita gente; y al mismo tiempo el P. Juan predicó en la plaza, á la gente que no cupo en la iglesia. 7.º El sábado predicó el P. Juan de los juramentos, y yo hice la doctrina acerca de los escotados. 8.º El domingo de Ramos contra el vicio deshonesto. 9.º Lunes santo, de la oración mental. 10. Martes, á instancia de las monjas recoletas, de la medida de los pecados, á la puerta de su iglesia, estando de la parte de adentro el Sr. Obispo con los prebendados y todas las señoras, y de afuera toda la demás gente. 11. El miércoles santo, de la fealdad del pecado mortal, en la catedral, adonde desearon todos se predicase, y la lluvia necesitó á eso. 12. El jueves prediqué el mandato, á instancias del magistral que lo tenía, y me mandó se lo predicase.

El viernes hice á puertas cerradas una plática á las Madres Recoletas, acerca de traer en su corazón á Cristo crucificado. *Pone me ut signaculum super cor tuum*, y fué á puertas cerradas por atención á los

(1) Era obispo de Lugo D. Juan de Aparicio, que después fué trasladado á León.

Padres dominicos que tenían sermón de la Soledad en su casa. El sábado formé la congregación, asistiendo su Ilustrísima, con toda la comunidad del cabildo y los caballeros, á la plática; y después hice una exhortación á las monjas. Domingo de pascua prediqué de la gloria, lunes de la devoción de los pobres, y martes de la perseverancia. Miércoles hicimos los ejercicios de la congregación; y después de ellos, para introducir un punto de meditación á continuación del rosario, asistí á él y leí el punto, é hice un razonamiento de un cuarto de hora acerca de la devoción del rosario. El jueves hizo la congregación su profesión, diciendo la misa el Sr. Obispo, y dando de su mano la comunión á los congregantes; por la tarde hice una plática de la presencia de Dios á las Madres Recoletas, á que asistieron todos los prebendados, y gente principal, y todas las señoras.

El viernes, que es día de mercado, terminamos la misión con una procesión de la doctrina, que saliendo de la catedral vino á acabar en el campo del hospital adonde hice el último sermón de la recomendación del alma y calavera, para dejar por despedida gravados los corazones con este último desengaño. Fué su Ilustrísima en la doctrina, y los prebendados la iban cantando. Tres días cada semana había disciplina en el hospital, después del rosario, precediendo un rato de lección espiritual y un poco de plática, que les hacía el P. Juan; é instaban porque hubiese disciplina cada día.

Fué esta misión en todo muy cabal. Fuera de las que nos hizo el Sr. Obispo, que vino á visitarnos varias veces, y asistió con tanto afecto á todo, debimos al cabildo singulares honras. Luego que llegamos, á más de habernos enviado á dar la bienvenida con dos prebendados, nos ofreció la iglesia para que dispusiésemos de las horas en la forma más conveniente para la misión; y así se alteraron de lo ordinario para la mayor conveniencia del pueblo. Por fin al terminar la misión nos enviaron cuatro doblones para el viático, los cuales nosotros no quisimos recibir, dando las gracias de aquella fineza. La ciudad también anduvo ostentósísima, visitándonos al principio y asistiendo en forma de ciudad á todos los sermones. Todas la comunidades de religiosos y religiosas nos enviaron á visitar con mucha atención; que son cuatro Dominicos, Franciscos, monjas Dominicas y Agustinas Recoletas. Porque nos tenía en su compañía D. Sebastián de Arce, muy afecto á la Compañía, y que tiene carta de hermandad; le enviaron muchos regalos, así caballeros, como canónigos y otras personas.

El fruto fué grandísimo; todos los prebendados y caballeros, todas las señoras y gente lucida, se confesaron generalmente; los trajes pro

fanos y jubones degollados se desterraron; muchas personas empezaron á tener oración desde la misión, y otras que la tenían se afervorizaron mucho; siguióse una sensible reformatión en todo. Su ilustrísima quedó tan agradecido, que dijo quedaba comprado para toda la vida para esclavo de la Compañía, luego anduvo discurriendo traza para asegurar siempre los mil ducados de renta para el colegio de Palencia, de la obra pía de Sor Catalina. Quedaron tan aficionados á buscar libros espirituales que enviaron por cantidad de ellos á Santiago y á Madrid. Uno de los frutos mayores de esta misión, fué atajar un escándalo grande que amenazaba y estaba en peligro próximo, y hubiera sucedido á no haber venido la misión.

Las madres agustinas Recoletas, que son tan de la Compañía, y muy santas, se adelantaron mucho en fervor con la misión, por las pláticas que les hicimos el P. Juan y yo, y con haberlas oído de confesión á todas el P. Juan. Para el confesar nos dividíamos; el P. Juan iba á la catedral, y yo me quedaba en el hospital, donde estaba en el confesonario hasta las doce, que iba á hacer colación, para predicar después á las tres. Cada día antes del sermón, había media hora de explicación de la doctrina.

Las monjas dominicas deseosas de oirnos, no perdieron ocasión. Fuí á despedirme de la Priora, la cual las llamó luego á todas; y aunque yo me escusé de platicarlas, porque no tenían licencia de su prelado; con todo por modo de conversación les dije algunas cosas. Dedícase altar á nuestro P. S. Ignacio y S. Francisco Javier, en la capilla de S. Froilán. Pidieron para esto limosna algunos prebendados un día á las puertas de la catedral, y sacaron como seiscientos reales.

9. Salimos de Lugo, dominica de *quasimodo*, acompañados del cura de S. Martín de los Condes que había sido criado del Sr. D. Sebastián de Arce, y es todo el gobierno de su casa. Este deseaba diésemos algún socorro á sus feligreses. Teníalos prevenidos, y aquel día que llegamos, les hice una plática en el atrio de la iglesia, donde estaban convocados ellos y los de la comarca, en que les hablé de la confesión. El día siguiente, habiendo confesado algunas horas, de las diez á las once y media, les expliqué la doctrina, é hice una plática con el alma condenada; y á la tarde les hizo otra el P. Juan, junto á la casa del cura, que dista de la iglesia un cuarto de legua. El día siguiente, de diez á once, después de haber confesado la mañana, les hice la última plática con la calavera, y á las dos de la tarde nos partimos para el colegio de Santiago.

Jueves, dos de Mayo, salimos de Santiago para la Puebla del Deán,

distante de allí nueve leguas, después de haber descansado ocho días de la misión de Lugo. Llegamos aquella noche y al día siguiente fiesta de la Cruz, dimos principio con una doctrina, que salió de la parroquia, que es capaz, y volvió á ella. La iglesia se llenó de suerte con la gente que iba corriendo para tomar lugar, que se dió una voz de que caía el coro. Empezaron entonces las gentes á gritar, y aunque se reconoció que la voz fué sin fundamento, con todo eso era tanto el aprieto, que corrió grande peligro de ahogarse un niño que traía una mujer en brazos. Por esta causa fuimos á predicar á la plaza de la villa, aunque hacía un viento cierzo muy recio. Allí se predicó un par de días; y creciendo los auditorios, y no cabiendo en aquella plazuela, nos pasamos á la del Caramiñal, que está cerca y es muy enjuta y capaz. Allí fueron todos los sermones, fuera del penúltimo, del domingo doce de Mayo, que se predicó en los llanos detrás del palacio, por no ser capaz, ni la plazuela del Caramiñal, ni otra llanura que hay en frente de la iglesia; concurrieron aquel día de seis á siete mil personas, ú ocho mil. Por no caber en la plaza, á las dos vinieron á avisarme, que fuésemos á señalar puesto; y al ir á señalarlo iba la gente tras nosotros corriendo para tomar lugar, y de esta suerte, sin poder contenerlos, nos iban siguiendo de tropel hasta que finalmente señalamos el puesto; y luego fuí á la iglesia para salir con la doctrina. Inundábanse las calles y plazas con la gente. Prediqué de la muerte con la calavera.

Un día entre semana formé la congregación, la cual hizo su profesión el sábado; y el lunes por la tarde mientras el P. Berreyarza predicaba en la plaza, hicimos los ejercicios, dando forma de lo que había de quedar para después. Desde luego se introdujo el leer unos puntos de meditación después del rosario.

El ahogo á las confesiones fué de los mayores que he visto: muchísimas personas esperaron cuatro, cinco y seis días para poder llegar á los pies del confesor. Venían de tres y cuatro leguas. El fruto en lo interior que no se ve, fué grandísimo, pues son innumerables las confesiones de necesidad que hubo. Con el sermón de enemigos se pacificaron las discordias que había en toda la tierra.

En la villa había un hidalgo, llamado Domingo Romay, que hacía cuatro años que no había querido admitir á su gracia á una hija suya, que se casó á disgusto, sacándola el novio de su casa á instancia suya, y llevándola á Santiago delante del Provisor. Habían tomado la mano personas de mucha autoridad para reducirle, y no lo habían podido conseguir. El estaba en la cama con la gota; habléle dos veces primero, y después llevéle allá los hijos, para que se echasen á sus pies á pedir-

le perdón: se vieron todos; hícele los convidase á comer, haciendo fiesta á imitación del padre del hijo pródigo; y no sólo hizo esto sino que los trajo á dormir en su casa, y quedaron muy en su gracia. Esta y otras enemistades se ajustaron, y redujimos á un caballero, llamado Don Juan Saco, que echase la bendición á un hijo suyo, con quien tenía grande enojo, sin querer admitirlo á su gracia por ruego ninguno, á causa de haberse casado á disgusto, y después haberle sacado por justicia alimentos, y haber venido algunas veces á hurtarle algunas cosas. Era éste el mayorazgo, y su padre no quería que maneja-se la hacienda.

Muchas veces, estando predicando, venía una poca de lluvia con travesía que corría, y la gente prefería mojarse á perder el sermón. Alguna vez se interrumpió la enseñanza, y habiéndose guarecido la gente de la lluvia, volvieron luego á tomar sus puestos para oír. Muchos días había penitentes, que venían á azotarse al lugar del sermón; y fué menester irles á la mano, para que dejasen de hacerlo. La noche del acto de contrición hubo una copiosa procesión de penitentes de sangre, y esto, habiendo desde el púlpito advertido, que más gustábamos, que hiciesen disciplina en seco, de medio cuerpo abajo, porque esto mortificaba y no arrasaba la salud. Un mozuelo, que se había azotado la noche antecedente, salió una vez desnudo del medio cuerpo arriba, caminando á gatas con mucha penalidad; y otros salieron con otras penitencias. Partimos el martes á mediodía de la Puebla; y aquella mañana hubo una pesca grandísima de grandes peces en las redes de la confesión; pues á mis pies llegaron muchísimos que estaban en extrema necesidad.

Estuvimos alojados en casa del rector pasado, llamado D. Pedro Reino, que murió de repente un año antes; la cual es de mi señora Doña María del Reino, su hermana, casada con D. Juan Marino, cabo de aquel partido. En esta casa estuve hospedado veintidos años antes, viniendo á hacer misión en compañía del P. Melchor Miki, siendo lector de artes en Santiago (1). El hospedaje corrió por cuenta del cura llamado D. Blas Alcantud, criado del Sr. Arzobispo, el cual no tenía casa á propósito; y nos puso en ésta, á instancia de mi señora D.^a María del Reino, que nos regaló mucho repetidas veces; y muchas personas hicieron varios presentes, de los cuales recibimos lo que no era contra nuestro estilo.

(1) Fué esta misión en el año 1652, por Septiembre. Véase el capítulo primero de esta obra.

Vino de Padrón á la Puebla mi señora D.^a María Josefa Moscoso y Sotomayor, viuda de un caballero llamado D. Pedro Romay, capitán segundo de aquel partido, hijo de D. Juan Marino y D.^a María Reino, y trajo consigo tres niñas, que le quedaron y un hijo de trece años, y vino para comunicar conmigo los deseos de dejar el mundo y retirarse á la vida religiosa con sus hijas. Tiene veintinueve años, la niña mayor tenía doce, la segunda diez y la tercera ocho; todas unos ángeles, y bien criadas. Había tratado de entrar en las Franciscas Descalzas de Villafranca, llevando consigo á las dos hijas mayorcitas; y porque no se ajustaron los votos de que la admitiesen con las dos hijas allí; determinamos se entrase en las Mercenarias descalzas de Santiago. Escribimos á la madre Comendadora, y por no haber de presente habitación para más religiosas, se dilatará su entrada un año, hasta pasarse á un cuarto de la casa nueva.

10. A catorce de Mayo pasamos por mar de la Puebla á Villagarcía, con un día bellissimo, acompañados del rector de la Puebla y otros sacerdotes. D. Narciso de Navia, alcalde mayor de Villagarcía, nos tenía prevenido el hospedaje en el palacio de los Marqueses (1). Aquel día determinamos descansar, ya que no se había de juntar el auditorio que deseábamos; porque la gente no había de concurrir de la comarca, hasta que supiesen estábamos ya en Villagarcía. Empezamos miércoles por la tarde con una doctrina bien ordenada, que saliendo de la iglesia, vino á terminarse en un campo muy espacioso, que está fuera de la villa, y se llama de los cabritos. Predicóse desde el descanso de una escalera de piedra; por donde se entra á una casa que está en aquel campo.

Aquí me pareció sería grande gloria de Dios dar al mismo tiempo los ejercicios espirituales á las religiosas Recoletas de Vista Alegre, á las cuales se los había dado ya por Agosto del 73, casi dos años antes, viniendo desde Santiago, por ocho días, á eso solamente. Experimenté habían hecho grandísimo provecho, y para adelantarlas en fervor pareció este el mejor medio. Con eso el jueves, mientras el P. Juan predicaba al pueblo, les hice una plática acerca de esto, y dí el primer ejercicio. Entraron todas, menos las que por sus oficios estaban necesariamente impedidas. Continuáronse de esta suerte, alternando entre los dos, algunos días; hasta que siendo necesario continuar yo algunos ser-

(1) ¡Coincidencia singular! Esta casa de los Marqueses de Villagarcía, que sale á relucir repetidas veces en esta obra, contribuye de un modo especial á su publicación. Alguna razón para ello es el haber nacido dos de los Sres. Marqueses en Cacabelos y Oencia, lugares cercanos á Arganza, cuna de nuestro misionero.

mones, prosiguió el P. Juan las pláticas del ejercicio. Por la tarde, antes de ir á predicar, estaba dos horas, poco más ó menos, oyéndolas y consolándolas; porque algunas tuvieron dificultad en entrar en ejercicios, diciendo que los Padres, ocupados con los seglares no las oirían, teniendo grande necesidad de desahogarse, por haber más de dos años que no tenían más que un confesor; y para consolarlas y alentarlas á los ejercicios les ofrecí, que no nos partiríamos sin confesarlas y oirlas á todas, y por eso hurtábamos por las tardes algunos ratos para oirlas; y el día que nos partimos dediqué á su consuelo toda la mañana.

Cada día se iban aumentando mucho los auditorios; y el domingo diez y nueve hubo en aquel campo al sermón del infierno, un auditorio de siete ú ocho mil personas. Por ser aquel campo raso, y haber hecho algunos días de gran calor, mudé el púlpito á una dehesa que está allí cerca; adonde prediqué tres veces; y allí, día de la Asunción, debió de haber nueve ó diez mil personas; prediquéles del juicio final sobre aquellas palabras: *Hic Jesus qui assumptus est á vobis quemadmodum vidistis*, etc. Eché el acto de contrición para víspera de la Ascensión; y de día hice una junta en el salón grande de palacio para formar la congregación, de cuatro á seis de la tarde. Concurrió toda la clerecía de esta villa y comarca y toda la gente lucida: formóse una buena y lucida congregación cuyo titular es el Espíritu Santo; y el sábado hicieron los congregantes su profesión, con misa cantada, y mucha solemnidad.

Estaba echada la última doctrina para el domingo, y ese día fué horrible de tempestad y lluvia; con que no pudo concurrir la gente que se esperaba. No obstante que había llovido toda la mañana y por la tarde, fuí á predicar al campo de los cabritos, junto á la cerca de una huerta que defendía al púlpito del vendaval; empezó á lloviznar al principio del sermón, y habiendo exhortado al pueblo que rezásemos á la Virgen una Avemaría, para que se suspendiese la lluvia, con su intercesión nos hizo Dios esa merced; y hubo buen tiempo todo lo que duró el sermón y después volvió á llover. Faltaba gente por confesar y exhorté á todos los confesores que asistiesen el lunes; y fueron muchos, y todos tuvimos que trabajar. Por la tarde, mientras el P. Juan predicó á un gran auditorio; yo hice los ejercicios de la congregación en la iglesia. No se había echado sermón para el lunes, y con todo eso por haber mejorado el tiempo concurrió un grandísimo auditorio y necesitó á que se le predicase.

El martes por la mañana se cogió la rebusca y tuvieron bien que

hacer cuatro ó cinco confesores. Yo dediqué esa mañana para ver algunas religiosas, y hacer una plática á la comunidad; y estuve fuerte en que habíamos de partir martes para Cambados. El concurso á las confesiones era en Vista Alegre, por la mayor comodidad que había para las comuniones en el convento de las Madres; y porque habiendo entre Vista Alegre y Villagarcía la ría, que muchas veces estaba llena cuando subía la marea, era grande embarazo para nosotros, el ir y venir á la villa tantas veces, pasando en la barca, ó á pie.

Como estábamos en palacio muchísima gente quedábase á dormir en aquellos salones, cercanos á nuestros cuartos. Se quedaban mujeres con los niños en los brazos, los cuales causaban bastante inquietud con los gritos; y por ser privilegiadas, en que se las llamasen presto, se quedaban con gusto; y también porque, no pudiendo volver á sus casas por estar distantes, no hallarían tan buena comodidad en la villa para dormir. Venían á confesarse de más de cinco leguas. El fruto fué inmenso. Los clérigos estaban aturcidos; uno contó ciento veintiocho confesiones de pecados callados, que llegaron á sus pies; y otro dijo, que los más que llegaban eran de esta suerte.

Concurrieron muchas damas y gente lucida de todo el contorno. Pacificáronse todas las discordias y enemistades que había en aquella tierra, abrazándose en el sermón de enemigos todos los que estaban encontrados, que eran no pocos. No se comunicaba el comisario Oporto con su sobrino, el rector de la villa, en quien había renunciado el beneficio. Deseaban mucho estas paces las Madres de Vista Alegre; y yo las dije que las diesen por hechas, y que esperasen á que se predicase de este punto; y así fué, que en ese día se hicieron también estas paces.

Al proponer desde el púlpito que había de formar allí una congregación, huho muchos que se reían de eso, diciendo que allí no había forma para eso; y el mismo día que se hizo la junta para formarla, cuando estaban esperando se acabara de juntar la gente, persistían en su parecer. Entramos en la junta, que fué muy autorizada, con toda la gente de bien de la comarca, y quedaron tan mudados con la plática, que para esto se hizo, que los que más repugnaban, después reconocieron su engaño. Juntáronse quinientos reales de limosna para hacer altar á S. Ignacio; y tomóse posesión durante la misión, de leer cada día un punto de meditación después del rosario y del ejercicio de la disciplina.

El concurso al acto de contrición fué inmenso. Antes de salir separamos todas las mujeres de los hombres á la puerta de la parroquia, echando los hombres delante, siguiendo un Santo Crucifijo; y divi-

diéndolos de las mujeres con otro, que iba delante de estas. Poco después de la parroquia, frente á frente del convento de las Madres, que tienen la ría en medio, hice el acto de contrición, y lo oyeron las religiosas con tanta distinción que no perdieron sílaba. El P. Juan le hizo en la plaza y yo le rematé en el campo de los cabritos, que se inundó de gente.

El provecho que sacaron las religiosas de los ejercicios fué muy grande; y yo me consolé mucho de ver lo que habían obrado los ejercicios primeros que les dí por Agosto del 73; porque á la verdad estaban muy diferentes de lo que las hallé la primera vez. Diéronme cuenta de sus conciencias, y se confesaron generalmente de estos dos años las más de las que se habían confesado generalmente la vez pasada. Hubo monja á quien se imprimieron las palabras de los primeros ejercicios de suerte, que si se descuidaba en ir á la oración y al coro, le parecía resonaban en sus oídos ciertas palabras que me había oído, y le parecía que yo le estaba diciendo: *levántate, ¿qué haces?*

Hallé aquí con una grande aflicción á una muy buena religiosa y sierva de Dios, la cual estando tomando los puntos del ejercicio para meditar la mañana siguiente, oyó una voz que le dijo clara y distintamente: «Mira que te has de morir antes que acabes el oficio que ahora tienes;» y esto le sucedió por dos veces. No hizo mucho caso de esto; pero de allí á algunos meses cayó mala, y con la mala cura creció el achaque; y allí empezó el susto de que se moría. Estaba afligidísima, yo la desahugué el corazón, y consolé; y pienso que Dios me llevó allá en esta ocasión para su alivio. Le dije que estaba persuadido que aquella habla había sido del demonio, que convencido de su natural tímido y pusilámne la quiso inquietar, y le aseguré, que había de conocer lo falso de aquella habla, porque no había de morir en el oficio que tenía, antes de la nueva elección de prelada, como ella se lo persuadía. Por los efectos conocí que la voz no había sido de Dios, pues de ella no se siguió, sino alboroto y turbación (1).

Después que concluimos estuvo muy al cabo de un calenturón y varios accidentes; mas Dios fué servido de darle salud, y ya se ha hecho nueva elección de priora, con que se habrá confirmado en que aquella voz no fué de Dios.

II. Salimos de Villagarcía para Cambados martes á las dos ó las

(1) El Santoral Español, al mes de Enero, cita á las VV. Paula Antonia de San Agustín, Isabel de Sto. Tomás, su hermana y Jacinta de la Presentación, que murieron en este convento en olor de santidad, hacia 1686, once años después de estos ejercicios. No sin fundamento podemos afirmar que ellos contribuyeron á su santificación. Poco antes, allí mismo había muerto con la misma fama, la V. Inés de la Asunción.

tres de la tarde, veintiocho de Mayo, acompañados de doce personas de á caballo. Saliéronnos á recibir otros cinco ó seis de á caballo de Cambados. Asistiéonos mucho en Villagarcía á las confesiones D. Francisco de Oña, rector de Fuente Carmona, natural de Cambados; y su hermano D. Antonio Benito, que está casado en Cambados, tomó por su cuenta el hospedaje. Su casa es en Sto. Tomé, que es una villa del señor Conde de Villaumbroso y está unida con la de Cambados, que es del Conde de Monterrey, como ésta lo está con la de Fefiñanes, que es de D. Fernando Valladares. Para mayor comodidad nos puso en una casa aparte en Cambados, junto á la plaza; y su hermano D. Francisco estuvo con nosotros, asistiéndonos y ayudándonos á confesar todo el tiempo que duró la misión.

Fué muy acaso respecto de mí el haber resuelto salir martes de Villagarcía, pero muy á concilio respecto de Dios, el cual pretendió con esto se lograra un buen lance el miércoles por la mañana en un mercado numeroso que había á las siete en la plazuela de Fefiñanes, villa continuada con la de Cambados. Con llover aquel día hubo más de seiscientas personas, en el mercado; á las siete de la mañana fuí allá, y publiqué la misión, y empecé á moverla con una plática, que se terminó con el ejemplo de los sapos, el cual cogió una buena redada. Convidé para el primer sermón de la tarde, y mucha gente del mercado se quedó á oírle, y los demás dieron noticia por todo el partido.

Por la tarde, entre tres y cuatro, salimos con la procesión de la doctrina desde la ermita del hospital, que está inmediato de la villa, á la parroquia de Sta. Marina, que está fuera de la villa, á dos tiros de mosquete. La iglesia esta es muy capaz, y pudo caber toda la gente que concurrió de las tres villas, que están continuadas una con otra á la orilla del mar. Fefiñanes, Cambados y Sto. Tomé; porque hubo gran cuidado de disponerla con orden.

Todos los días siguientes se predicó en el campo de San Francisco, que es muy capaz y está detrás de la cerca del convento, junto á la cual hízose un tablado. Siempre hubo muchos religiosos en el auditorio, y otros oían desde la huerta de detrás del púlpito, y á pocos días el superior con casi toda la comunidad asistía con la gente principal de la villa. Fueron muy grandes los auditorios; especialmente los tres días de pascua de Espíritu Santo; mas el día de la Trinidad que fué la procesión de la doctrina y último sermón de la misión, se llenó todo aquel campo de bote en bote con un concurso que llegaría á diez mil ó doce mil personas.

Hubo aquí grandísimo número de señoras y gente lucida, por ha-

ber mucha en aquel país. Hízose una noche el acto de contrición, para el que salimos de Sto. Tomé; habiendo dividido primero todas las mujeres de los hombres. Vino toda la comunidad de S. Francisco á asistir á esta función. Antes de empezar la procesión, esperamos largo rato á que acabase de concurrir la gente; mandando pasar las mujeres á lo último. Iba delante un santo crucifijo, á quien seguían los hombres, y veíase en pos otro en medio de ellos y de las mujeres, que servían de división. Hicimos tres actos de contrición: el P. Juan en la plazuela de Cambados; y yo, en Sto. Tomé al principio, y de remate en la plaza de Fefiñanes, desde un balcón. Concurrieron ocho mil personas.

Fundóse una lucida y numerosa congregación, cuyo primer prefecto fué el licenciado D. Pedro Bazán, cura de Cambados, se dispuso en medio de la semana, haciendo para esto una junta en el hospital de Cambados, que es ayuda de parroquia. Otro día hicieron su profesión en Sta. Marina, que es la parroquia, y los ejercicios por la tarde mientras el P. Juan predicaba. Fraguó esta congregación excelentemente, y ha quedado bien arraigada.

Trataron luego de ensanchar un poco la iglesia del hospital; y hacen dos estatuas de bulto de S. Ignacio y S. Francisco Javier, para que estén á los lados de la Virgen, patrona del hospital y de la congregación. Sacáronse de quinientos á seiscientos reales de limosna para esta obra, entre la gente del concurso; y los congregantes hicieron repartimiento entre sí, para la fábrica y adorno de la capilla de la congregación. Después que salí de allí me escribieron que el primer domingo, que se celebró el jubileo del mes, comulgaron más de setecientas personas, y que los viernes era admirable la disciplina.

Siguióse notable reformatión entre la gente más desahogada. Día de la Trinidad rematamos con una procesión de doctrina, que saliendo de la iglesia del hospital por la villa arriba, vino á terminarse en el campo de S. Francisco, el cual se llenó de bote en bote: habría de once á doce mil personas. El cura y el ayudante de cura estaban pasmados de los muchos casos de pecados callados que llegaban á sus pies, y el cura observó en una mañana ó día quince. Uno se había confesado mal conmigo, y después movido de una exclamación que me oyó en un sermón, se fué á confesar con el cura; y preguntando de él qué le había movido, respondió: Señor, que el Padre habló conmigo, y me penetró el corazón, cuando con el Cristo en la mano dijo: *y tú desdichado, que ha tantos años que engañas al confesor mira que acudas luego á confesarte, que este Señor sale á predicarte. ¡Ay de ti si no lo haces!* Llegó el hombre temblando y le dijo: *Señor, reventara si no viniera luego*

á manifestar este pecado. Muchos casos singulares observamos aquí mi compañero y yo. El concurso de la gente á las confesiones era tan grande que no nos dejaban dormir, antes de amanecer estaban llenas la calle frontera de nuestra posada y la plaza de gente, y muchos dormían por aquellos soportales.

12. Está la isla ó península de los Groves á vista de Cambados, como un cuarto de legua de mar en medio; y aunque muchos habían pasado á oír los sermones y á confesarse, deseaban grandemente pasásemos allá, siquiera el uno, con algunos confesores. El cura lo repugnó, y por el mismo caso me pareció era conveniente pasase allá el Padre Juan, mientras yo iba á Portonovo, distante de allí dos lenguas, de donde había venido poca gente por la distancia, y por una ría que hay en medio, así como porque corrió la voz de que yo había de pasar allá; lo cual fué preciso, por ser aquella villa del Sr. Presidente de Castilla, y haberme encargado mucho la Sra. Presidenta, pasase allá.

El lunes, después de haber confesado hasta las nueve, me partí á Portonovo acompañado de muchos eclesiásticos y caballeros seglares y del comisario, cura de Portonovo; y aquella tarde pasó el P. Juan con algunos clérigos á los Groves.

Ese día, que fué á diez de Junio, hice la primera plática; y no fué muy grande el concurso, aunque vino la gente de la villa de Sangenjo, que dista de Portonovo como un cuarto de legua; los demás días fué creciendo tanto, que día de Corpus se juntarían allí de cinco á seis mil personas. Acudieron á confesar todos los rectores y curas de la comarca, y algunos mercenarios que nos venían siguiendo desde Villagarcía. El sermón primero fué junto á la ermita de la villa, que es ayuda de parroquia. Estaba el púlpito en parte, que señoreaba el campo que cae al mar, y es como plaza de armas para defensa de los enemigos; pues desde allí les podían cañonear con algunas piezas de artillería.

Por estar aquel sitio descubierto al sol, y cubierto al aire cierzó, mandé que el martes se mudase el púlpito á una calle ancha, que está detrás de la puerta colateral de la ermita, por estar aquella calle descubierta del norte, y defendida desde las cinco de la tarde del sol, por hacerle sombra una casa. Aquí el demonio nos hizo una burla muy pesada. Estaba el auditorio muy cumplido, la calle llena y de lo largo de la ermita hacia la calle, todo cubierto de gente. Predicaba el sermón del juicio; y cuando iba á ponderar el último trozo, se levantó una voz baja, de que venían los moros; y cayó de repente tal miedo sobre la gente, que, como la calle donde se predicaba era el camino derecho para huir y escaparse más presto, la gente que estaba en la ermita em-

pezó á abalanzarse á huir. Como la calle era pendiente y cuesta abajo, y estaba atestada de gente sentada, y había algunos bancos atravesados; los que de arriba se abalanzaban á huir, no dejaban lugar á los que estaban sentados, y avanzaban por encima de ellos, y muchos tropezaban en los bancos; siendo todo una grita y confusión espantosa.

Yo desde el púlpito daba voces diciendo: *deténganse que no hay nada; miren que es ardid del demonio para inquietarnos*; pero no fué posible detenerlos. Iban cayendo unos sobre otros, dando unos gritos que les reventaban, otros que les quebraban las piernas. Estaban de la parte del púlpito hacia abajo al lado más distante de la parte por donde se temía vinieran los moros, muchos hidalgos, y gente principal, y todos se echaron á huir á carrera abierta, con tan grande miedo, que calzados y vestidos se metieron en el río, adonde sube la marea, y se mojaron. Aun hubo caballero, y de muchas obligaciones que siendo casado de pocos años, con una dama muy bizarra, que estaba oyendo el sermón desde una ventana, en compañía de su suegra, y madre de tal caballero, huyó sin acordarse de venir á asistir á su mujer. Huyó el juez, huyó el capitán de la tierra, y aun hubo mozo de obligaciones que fué huyendo media legua, dejando el sombrero y un zapato en el camino, el cual cogió un sacerdote de buen humor y se lo puso; y el otro quedó tan corrido de esta acción, que viendo su sombrero en poder del sacerdote, no se atrevió á decirle palabra.

De toda aquella gente que estaba en lo alto, y con una ojeada pudieran reconocer el campo, no hubo quien tuviera ánimo, sino un muchacho de quince años, hijo del sargento mayor, que cogiendo un chuzo en la mano fué á reconocer lo que había; y hallando que no parecía ninguno, vino corriendo á dar esta nueva. Duró la turbación cosa de cinco ó seis credos. Yo, viendo que la gente se atropellaba, y que corrían peligro de ahogarse, bajaba del púlpito á detenerlos, para que no se atropellasen, y al bajar oyóse la voz de que *no había nada*. Aunque el susto duró tan poco, para los que no huyeron; pero para éstos duró mucho; porque oyeron la voz falsa, de que venían moros, y no pudieron oír la verdadera, pues se habían dado mucha prisa á huir. Un hombre estuvo en peligro de muerte, de una caída que dió con este susto; y á una doncella forastera le lastimaron la cara, pisándola y atropellándola (1).

(1) No carecían de fundamento, cual pudiera suponer alguno, estos temores y sobresaltos; pues años antes habíanse visto invadidas estas costas por los turcos, que causaron grandes daños, y llevaron cautivas á centenares de personas. Véanse sobre el caso *Lopez Ferreiro*: Historia de la Sta. A. M. Iglesia de Santiago, t. IX pag. 47 y *Murguía*: en su obra Galicia, pag. 319.